

DAD A
CIÓN G



Alarra



Alarra



Alarra

BT620
V54
C.1

00E 250



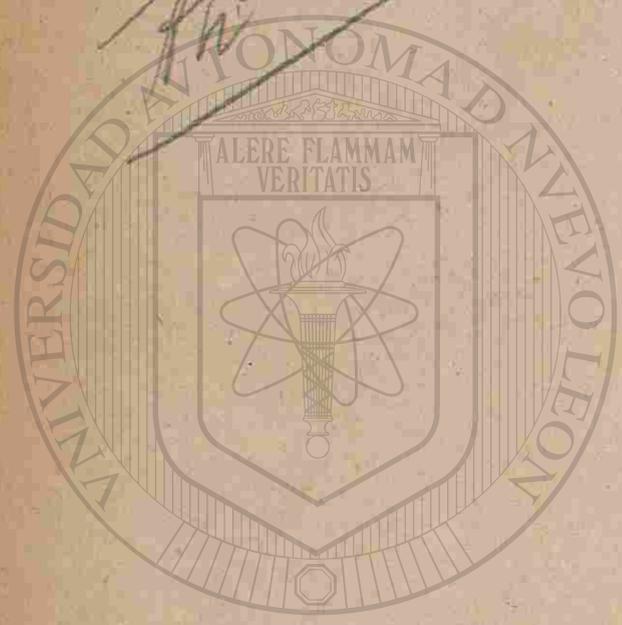
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



71-50

1ar
a2
fn

2.61



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS
 DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS Y DOCUMENTACIÓN

LAS

DOS INMACULADAS.

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LAS DOS INMACULADAS

Ó SEA

TRATADO DE LAS ANALOGÍAS

ENTRE

LA SANTÍSIMA VIRGEN

Y

LA SILLA APOSTÓLICA

EN SU DESTINO, CONCEPCION, VIRGINIDAD, MATERNIDAD, CONSTANCIA, TRIUNFOS,
PODER, REINO, POPULARIDAD É INDEFECTIBILIDAD.

CONFERENCIAS

habidas en los templos antiguo de SAN MIGUEL y parroquial del PINO de Barcelona,
CON MOTIVO DE CELEBRARSE EL NOVENARIO

DE LA CONCEPCION DE MARÍA

EN EL PRIMERO,

Y DE SU TRIUNFANTE ASUNCION

EN EL SEGUNDO.

POR EL

R. D. Eduardo Maria Vilarrasa, Pbro.,

Cura párroco de Mollet.

Obra que el autor dedica

AL P. PASSAGLIA

como fraternal llamamiento á la casa paterna, que con sentimiento universal
de la familia pura abandonó.

Con aprobacion del Ordinario.

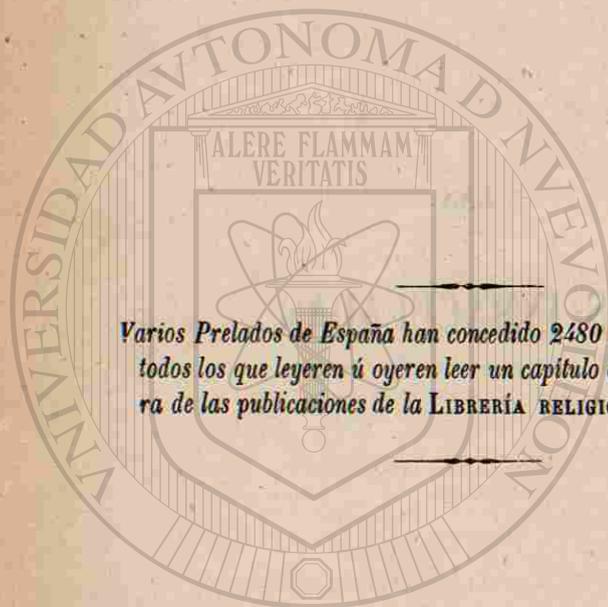
LIBRERÍA RELIGIOSA
cal

LIBRERÍA RELIGIOSA
Aviñó, 20.
BARCELONA.

1869.

RIERA,

45359



Varios Prelados de España han concedido 2480 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capitulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

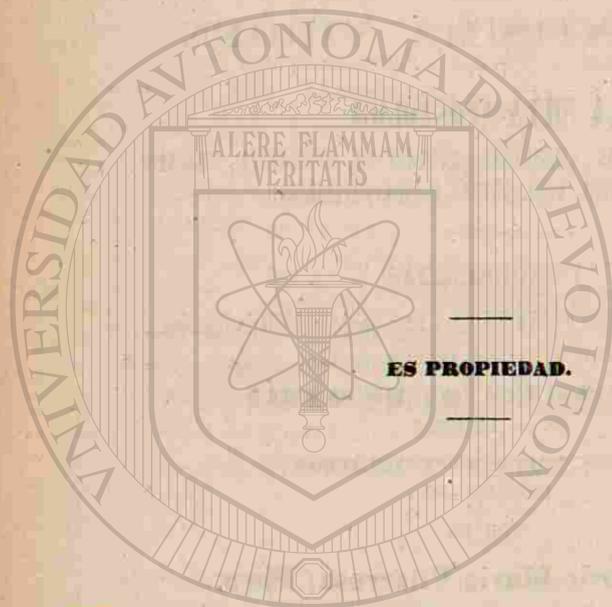
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVE LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



BT620

V 54



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CENSURA.

Por comisión del M. I. Sr. D. Juan de Palau y Soler, presbítero, Doctor en ambos derechos, Abogado de los tribunales del reino, Canónigo de esta santa Iglesia, y Vicario general Gobernador de la Diócesis de Barcelona por el Excmo. é Ilmo. Sr. D. D. Pantaleon Monserrat y Navarro, Obispo de la misma, he leído la obra que lleva por título: *Las dos Inmaculadas*, ó sea, *Tratado de las analogías entre la santísima Virgen y la Silla apostólica en su destino, concepción, virginidad, maternidad, constancia, triunfos, poder, reino, popularidad é indefectibilidad*, escrita por el R. D. Eduardo Maria Vilarraza, presbítero, Cura párroco de Mollet.

Conocidas son ya del público la lengua y pluma del autor de estas Conferencias. Solo diré, pues, que son dignas de ser leídas por la ingeniosidad con que ha sabido encontrar sublimes analogías entre la santísima Virgen y la Silla apostólica. El objeto que en ellas se propuso dicho escritor y orador es altamente recomendable. Dedicólas al famoso, *mala utique fama*, P. Passaglia, con el fin de persuadirle á que desande el funesto camino que en mal hora emprendió y vuelva á la CASA PATERNA que no debió jamás abandonar. ¡Ojalá logre la Iglesia tamaño triunfo, que neutralizaria sin duda los escandalosos extravíos de aquel hijo pródigo!

Barcelona 10 de agosto de 1865.

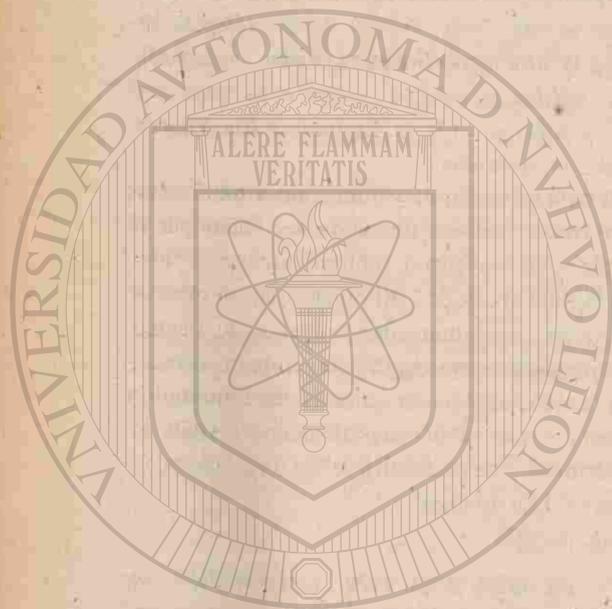
FR. JAIME ROIG, Pbro., *Lector en Filosofía,*
de la Orden de Carmelitas calzados, ex-
claustrado.

APROBACION.

Barcelona veinte de agosto de mil ochocientos sesenta y cinco. Vista la anterior censura, damos nuestra aprobación para que se imprima la obra de que hace mérito.

JUAN DE PALAU Y SOLER, *Vicario Ge-*
neral Gobernador.

008760



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

CARTA DEDICATORIA.

AL R. P. PASSAGLIA.

Roma 21 de junio, XVII aniversario de la Coronacion de PIO IX.

Desde la otra parte de los Alpes y aun de los Pirineos he venido á las orillas del Tíber para gozar algunos dias de paz, é inspirarme en el ambiente sagrado de la ciudad eterna, en la que firmo la presente. Los títulos que alego para que la recibáis son: 1.º el de hermano vuestro en el sacerdocio; 2.º el de entusiasta admirador del monumento, á cuya elevacion un dia dedicásteis vuestras no escasas fuerzas, en cuya corona la posteridad verá brillar, como la generacion actual, los destellos de vuestro talento; 3.º el de hijo adicto y devoto discípulo de aquel á quien vos con sincera efusion llamásteis cien veces padre y maestro: y si estos títulos, que radican en el período de vuestros recuerdos, no son valederos para vos, porque no os son simpáticos, alegraré otro: Vos os llamais amigo de armonizar la libertad con el Catolicismo, y yo, no solo me llamo tal, sino que presumo serlo de tan santa é indispensable armonía. Admirador de vuestro pasado, amigo sincero de una parte, *solo de una parte*, del tema con que inaugurásteis vuestro presente, hermano vuestro por el ministerio, no os juzgo capaz de desatender mi voz, aunque no proceda de una reputacion europea como la vuestra, sabiendo yo que los grandes hombres no juzgan por la medida de las personas, ni por la gloria de los nombres, y que solo atienden á la elevacion de las ideas y á la anchura de los sentimientos; como estos y aquellos yo los recibí del espíritu católico, ni la elevacion falta á mis ideas ni á mis sentimientos la anchura correspondiente á un sacerdote que abrigue un corazon tan vasto y una inteligencia tan privilegiada como Dios os la concedió á vos.

Partiendo de la fundada suposicion de que las anteriores líneas os han dado ya una idea de mi sinceridad y franqueza, me permitiréis os exponga sin ambages el motivo de esta carta.

En los dias en que vos disteis á luz la carta *ad episcopos* se me encargó la predicacion de un novenario en honor de la pureza origi-

nal de la Virgen santísima. La declaración dogmática de aquella pureza, en cuyos preparativos el público os atribuye el honor de haber cooperado, se me presentó como uno de los mas notables frutos de la Silla pontificia, y una de las glorias mas esplendentes del Pontificado, y una de las piedras mas preciosas de la diadema que cifie Pio IX, pontífice cuya grandeza de alma es imposible no os admire á vos que de cerca la habeis contemplado. Esta declaración pura me reveló la pureza del árbol que la producía; y entre el árbol y el fruto, y el objeto del fruto encontré naturalmente analogías íntimas y semejanzas profundas. La tristeza y turbación que vuestra carta *ad episcopos* derramó en los espíritus fieles á la cátedra de la verdad, me decidió á desarrollar para tranquilizarles y consolarles un glorioso paralelo entre María y el Pontificado. Os lo confieso, yo me propuse borrar en los corazones de mis conciudadanos la huella impresa por aquel vuestro espíritu: atacué vuestros conceptos de hoy para que triunfasen vuestros conceptos de ayer; combatí la causa que defendeis para defender la causa que defendíais; y para ello vos mismo, P. Passaglia de ayer, me servisteis de modelo.

Ví pura, santa, hermosa, siempre sin mancha á la Virgen, por cuyas gracias os mostrásteis atraído; y á la Virgen pura, segun vos, le pregunté: ¿Quién hay que en pureza se te asemeje? y en la sagrada Escritura, cuyos profundos senos vos habeis penetrado mas que yo, encontré la respuesta. La cátedra de la sabiduría, que es el Pontificado, es la mas semejante en santidad y pureza á la Madre de la sabiduría, que es la Virgen santísima é inmaculada.

Mi apología de María y del Pontificado es, pues, hija de vuestro ataque á las grandezas y glorias pontificias. Vos fuísteis por antitesis mi inspirador; yo seria ingrato si asociara otro nombre que el vuestro á un trabajo cuya alta inspiración os pertenece. Yo os lo dedico: ¿lo aceptaréis vos? creo que sí, á menos que, al separaros de la casa paterna, os hubiérais descuidado en ella la nobleza y generosidad de sentimientos, lo que no tengo derecho á presumir.

El lema de mi trabajo es: LAS DOS INMACULADAS, ó sea *Tratado de las analogías entre la santísima Virgen y la Silla apostólica en su destino, concepción, virginidad, maternidad, constancia, triunfos, poder, reino, popularidad é indefectibilidad.*

Por lo demás, querido hermano, no puedo finalizar esta carta sin expresaros antes la honda pena que siento al pensar que habeis privado á la causa de la civilización, basada en la justicia y en la libertad, de vuestro talento é influencia.

Nos habeis abandonado.

¿Por qué?

Hé ahí un misterio para todos: nadie sabe atinar la causa de vuestra defección.

¿Para qué?

Esto es ya algo mas claro: os habeis marchado de Roma, para refugiaros en Turin.

Estábais en la cumbre del monte, os encontrais en un rincón del valle; estábais en la ciudad de los recuerdos inmortales y de las inmortales grandezas, os encontrais en una ciudad en la que, si hay recuerdos, el mundo no se percibe de ellos, y si hay grandezas, son grandezas arruinadas como la de vuestra fidelidad, de vuestra paz y de vuestra gloria: estábais en Roma, érais allí uno de los mas lucientes cabellos de la cabeza del mundo cristiano; estais en Turin, servís de calzado para cubrir las deformidades del pié sobre el que camina un reino que aun se ignora qué miembro es en el cuerpo social: estábais en Roma, érais uno de los mas claros velones de la catedral de todos los siglos y de todos los pueblos; estais en Turin, donde todo lo mas podeis ser lámpara funeraria del sepulcro de la civilización y de la libertad. Habeis descendido. Érais hijo mimado de un padre amabilísimo, que os quería con efusión y que aun os perdonaria con incomparable gozo: ¿de quién sois hijo hoy, querido P. Passaglia? del rey de Italia. Servís al rey de Italia; pero, ¿habeis examinado bien lo que significa este título, rey de Italia, cuando no es el Papa el que lo lleva? Es el título de una tiranía. La Italia súbdita de un rey que no sea el rey del mundo no puede ser sino una Italia degradada: degradais, pues, á la Italia trabajando para hacerla tributaria de un rey nacional. Además, haciéndoos súbdito de un rey profano, dejais de ser apóstol de la libertad divina; érais apóstol de la fraternidad católica, sois funcionario de un poder problemático. Aquello érais, esto sois: ¿qué seréis?

No puedo resignarme á creer que esteis contento siendo lo que sois, pues sois menos de lo que érais: ¿qué intentáis, pues, ser?

Perdonad tome en cuenta una idea que tal vez no os ha ocupado, aunque amigos y adversarios os la hayan atribuido; se os ha atribuido el proyecto de ser jefe de una Iglesia italiana. Pero vuestro talento es un embarazo á semejante pretensión.

Todas las iglesias han muerto ya, menos la Iglesia inmortal; ¿creéis que de las cenizas de las iglesias sepultadas puede nacer una Iglesia imperecedera? ¿quién seria el espíritu fecundizador de vuestra Iglesia? Solo podía ser la revolución. Mas ¡ah! la revolución tenia necesidades en el siglo XVI de que hoy carece; una misión religiosa le hacia falta entonces; hoy el escepticismo ha inutilizado la hipocresía, y las muchedumbres tienen bastante libertad para decir de una manera absoluta: no creemos. Pero la época de los nombres propios pasó, y perdonad mi excesiva franqueza, el espíritu público, que acaba de extinguir la secta de un ex-agustino, nada dispuesto se manifiesta á secundar la secta de un ex-jesuita.

Y aunque fuera posible un protestantismo italiano, ¿qué gloria proporcionaría á su fundador? La originalidad faltaría á su papel, debería contentarse con ser el satélite de Lutero, con la seguridad de que su órbita no sería tan vasta y sí menos duradera. Hombre de criterio, habeis estudiado el mundo y conoceis la atmósfera que respira.

Si no es ni puede ser un proyecto extraordinario el que os ha arancado de la casa paterna, ¿qué haceis en el extranjero? En el extranjero, digo, porque la revolucion os tratará siempre como á tal: llevais en vuestra frente el sello de un sacerdocio que la revolucion ha calificado de cáncer; perteneceis á otra raza; ¿qué le importa á la raza revolucionaria que una abjuracion de principios haya cambiado vuestra conducta? Ella os preguntará siempre: ¿de dónde venís? y ella dará siempre mas fe á esta palabra que á vos os dirigió la Iglesia: *Tu es sacerdos in æternum*, que á esta que vos dirigís á la revolucion: *Ego sum frater tuus*. *Le Siècle* lo ha dicho: *Il vient toujours un moment où soit à l'Académie, soit à la chambre, soit au sénat, l'évêque et le moine viennent dire: «J'ai parmi vous un titre que je porte seul, je suis prêtre, je ne puis pas plus quitter ma mission que mon titre, et vous m'avez nommé tout entier!»* Estais en el extranjero, os es imposible abrir vuestro corazon ante los que os rodean; los conoceis, y por consiguiente sabeis que su carácter es la doblez. ¿No volveréis á la patria, P. Passaglia?

Volved, que todavía no os han sido cerradas las puertas: en ella teneis una grande mision, mision religiosa, politica, social. Si os levantais, el mundo volverá á admirar vuestra grandeza tiempo há desaparecida, y apareceréis tanto mas alto cuanto mas bajo hoy se os ve. Vuestra voz será poderosa para confirmar, con palabras dictadas por la experiencia, la columna de la verdad, que aun sin vos permanecerá, y para hacer vacilar el edificio de la mentira, que hasta con vos caerá. Levantaos, pues, caro hermano: en Turin no teneis mision. Estais rodeado de niños en la ciencia del espíritu, de niños por los caprichos de la vida. El cielo os ha dicho: Sed hombre. Sois hombre, venid con los hombres: los hombres están en Roma, veníos á Roma, y volved á defender en ella la doctrina católica cuyas defensas os inmortalizaron: realizad allí vuestra mision politica, que es cristianizar la libertad de los pueblos, haciéndoles reconocer su procedencia, que es el Calvario, y su camino, que es el Evangelio, y su fin, que es la perfecta fraternidad de los pueblos y de los hombres: la cristianizacion de la libertad para armonizarla con el Catolicismo exige los esfuerzos de todos, y vos le servís de embarazo,

¹ *Le Siècle* del día 20 de abril de 1862 hablando de la eleccion del P. Lacordaire, católico liberal, á la Academia.

ofreciendo vuestra persona á una causa que no es católica, porque es enemiga del Papa y de los obispos: que no es liberal, porque nace de la ambicion y se funda en la fuerza y el exterminio. Venid á realizar en ella vuestra mision social.

Los vínculos de la familia, los fundamentos de la propiedad, el orden en las jerarquías, los diferentes problemas económico-sociales exigen el desinteresado é imparcial estudio y apoyo de los hombres de alguna valia. ¡Qué campo tan fecundo para sembrar! Dios os ha dado buena semilla, ¿por qué sembrais en aquel la zizaña?

Santificar la libertad ¿no es una causa digna de vos? ¿Por qué os empleais, pues, en prostituirla? No deis á los sistemáticos amigos de determinadas formas el gusto de poder oponer el ejemplo de una apostasia lamentable á vuestras consideraciones, hijas del espíritu de caridad. Si sois enemigo de la libertad atea, ¿por qué no os manifestais amigo de la libertad cristiana? Y si amais la libertad cristiana, ¿por qué no la tomais por la mano y no la acompañais á arrodillarse, junto con vos, á los piés del Papa, maestro del Cristianismo? La monarquía vivió porque se arrodilló allí, cuando se levantó de allí cayó: ¿quereis que viva la libertad? Haced que la libertad se arrodille. Sin la bendicion del Papa todo muere; hasta vuestra reputacion tan robusta ha muerto cuando os ha faltado aquella bendicion.

Reconciliar, no el Catolicismo con la libertad, sí la libertad con el Catolicismo, es la gran mision que ha recibido de la Providencia la juventud, y de la que vos pudiérais ser uno de los mas importantes misioneros. Venid, pues, al Capitolio, no en calidad de gran limosnero de un rey invasor, sino en concepto de categorizado paje de la libertad, reina del mundo, y de negociador activo de sus desposorios con el Pontificado, rey de la Iglesia.

Yo no deseo humillaros, deseo que brillen en todo su esplendor las cualidades con que Dios os ha distinguido; pero una gran figura no se ve bien en un lugar reducido. Los espíritus educados por la Iglesia necesitan por teatro toda la tierra y por atmósfera todo el espacio: solo en el Catolicismo tienen bastante campo.

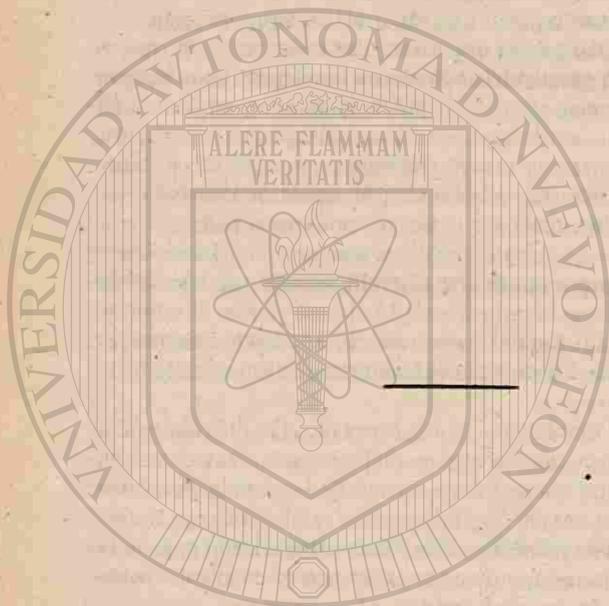
Volved, pues, á emprender la tarea que os fue confiada; dejad que los niños se ocupen en constituir el reino de Italia, el sacerdote tiene por mision propagar mas y mas sobre la tierra un reino mucho mas extenso é importante, el reino de Jesucristo.

Concluyo suplicándoos recibais estas líneas como fruto espontáneo de mis sentimientos católicos y fraternales: en mi lenguaje habréis reconocido la entereza de mis convicciones y la sinceridad de la honradez: si no aceptais mis principios, aceptad á lo menos mi corazon, y encontraréis en él un deseo vivo de que el Señor rasgue el velo que está tendido ante vuestros ojos; el deseo de que el

Señor os derribe del caballo brioso de la obcecación, no para sepultaros, sino para que recibais otra vez la vida y la gloria del apostolado católico.

Vuestro afectísimo capellan,

EDUARDO MARÍA VILARRASA.



LAS DOS INMACULADAS.

NUEVE CONFERENCIAS

PREDICADAS

EN EL ANTIGUO TEMPLO DE SAN MIGUEL.

CONFERENCIA PRIMERA.

Analogías del destino y concepción de María y del Pontificado.

Introducción.—Espectáculo que ofrecen el cielo y la tierra el día de la Concepción.—Lucha de las dos escuelas en que se divide el siglo.—La declaración dogmática de la Concepción sin mancha fue una declaración de guerra a la impureza.—Oportunidad de tratar la semejanza de la cátedra definidora con la pureza definida.

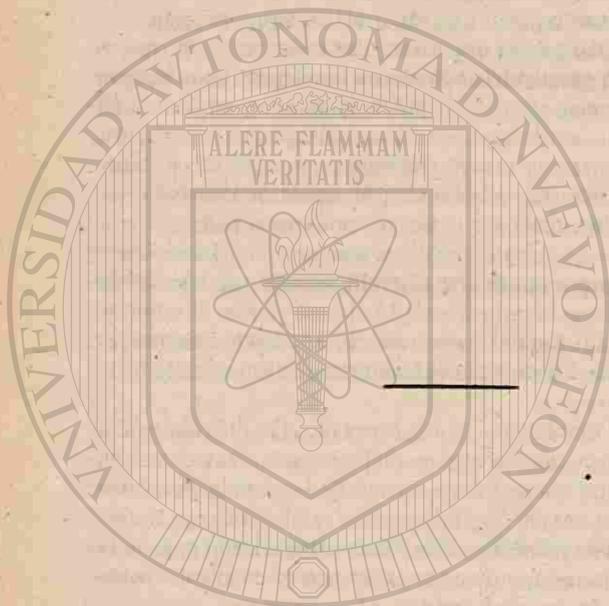
- I. Necesidad que el hombre tiene de adquirir la sabiduría.—Esta es el complemento del hombre.—¿Por qué el hombre no podía encontrar la sabiduría en el árbol?—Relaciones del materialismo y del panteísmo con la sabiduría.—Relaciones de la sabiduría con la justicia y la vida.—Relaciones de la injusticia con la muerte.
- II. El destino de María fue completar al hombre dando la sangre para la hipostática unión con la naturaleza humana de la naturaleza divina, que es la naturaleza de la sabiduría.
- III. ¿Por qué María debió ser pura?—Relaciones de la sabiduría con la pureza.—La bula *Ineffabilis* y la sagrada Escritura sobre este particular.—Conceptos bíblicos aplicables a la pureza perpétua de María.—La defensa de la justicia de su Concepción es una glorificación de la ciencia.
- IV. Acusaciones de la revolución al Pontificado.—¿Cómo debe defenderse la Santa Silla?—Vindicación de los defensores del Pontificado bajo el punto de vista social.—Qué significa bajo el punto de vista moral ser oposición de Pío IX.—Relaciones de la definición de Pío IX con el espíritu del concilio de Trento.—Conclusión.

Hermanos: Muy satisfactorio me es poder adherirme públicamente a la alegría a que en estos momentos se entrega la cristiandad. Sí, la alegría de los pueblos raya hoy al entusiasmo: parece que la so-

Señor os derribe del caballo brioso de la obcecación, no para sepultaros, sino para que recibais otra vez la vida y la gloria del apostolado católico.

Vuestro afectísimo capellan,

EDUARDO MARÍA VILARRASA.



LAS DOS INMACULADAS.

NUEVE CONFERENCIAS

PREDICADAS

EN EL ANTIGUO TEMPLO DE SAN MIGUEL.

CONFERENCIA PRIMERA.

Analogías del destino y concepción de María y del Pontificado.

Introducción.—Espectáculo que ofrecen el cielo y la tierra el día de la Concepción.—Lucha de las dos escuelas en que se divide el siglo.—La declaración dogmática de la Concepción sin mancha fue una declaración de guerra a la impureza.—Oportunidad de tratar la semejanza de la cátedra definidora con la pureza definida.

- I. Necesidad que el hombre tiene de adquirir la sabiduría.—Esta es el complemento del hombre.—¿Por qué el hombre no podía encontrar la sabiduría en el árbol?—Relaciones del materialismo y del panteísmo con la sabiduría.—Relaciones de la sabiduría con la justicia y la vida.—Relaciones de la injusticia con la muerte.
- II. El destino de María fue completar al hombre dando la sangre para la hipostática unión con la naturaleza humana de la naturaleza divina, que es la naturaleza de la sabiduría.
- III. ¿Por qué María debió ser pura?—Relaciones de la sabiduría con la pureza.—La bula *Ineffabilis* y la sagrada Escritura sobre este particular.—Conceptos bíblicos aplicables a la pureza perpetua de María.—La defensa de la justicia de su Concepción es una glorificación de la ciencia.
- IV. Acusaciones de la revolución al Pontificado.—¿Cómo debe defenderse la Santa Silla?—Vindicación de los defensores del Pontificado bajo el punto de vista social.—Qué significa bajo el punto de vista moral ser oposición de Pío IX.—Relaciones de la definición de Pío IX con el espíritu del concilio de Trento.—Conclusión.

Hermanos: Muy satisfactorio me es poder adherirme públicamente a la alegría a que en estos momentos se entrega la cristiandad. Sí, la alegría de los pueblos raya hoy al entusiasmo: parece que la so-

ciudad creyente se ha transformado en sociedad gloriosa: los cristianos se agrupan al rededor del trono simbólico de María como los Ángeles al rededor de su trono real: Ángeles y cristianos se abrazan en unidad de sentimientos; Ángeles y cristianos atraídos por el amor de ese corazón se encuentran mezclados, confundidos e identificados en él, y empieza en él entre ellos una especie de lucha sobre quién manifestará á María mas sobreabundancia de amor.

El amor aviva su ingenio en unos y otros: la emulacion entre el cielo y la tierra es perfecta: *Gabriel*, el ángel del Cristianismo, desciende del cielo y dice á los cristianos de la tierra: «Yo el primero la llamé *gratia plena* en la encarnacion,» pero *Pio IX* eleva su voz de la tierra y dice á los Ángeles del cielo: «Yo la llamé *gratia plena* en su «misma concepcion.»

¡Ah! niña bella como Jerusalen, aurora naciente, Virgen hermosa como la Luna, Sulamite poderosa, ¡quién diera á la tierra la gloria que el cielo posee para festejarte! ¡quién nos diera la luz del rostro de Dios que los Ángeles poseen, para iluminar con ella nuestros templos! ¡quién nos diera disponer de un coro de Serafines para sustituir con sus alas ese trono de perspectiva! ¡quién nos diera colocar en tu altar las coronas vivas de los Santos como agrupadas las tienes en la tarima de tu celeste solio! ¡quién nos diera ofrecerte por aderezo de tu pecho el corazón inflamado de Jesús, como lo llevas en la patria! Nada de esto tenemos, Señora, los desterrados; todo esto tienen los Ángeles: y ved ahí por qué en cierta manera estos nos vencen en la lucha del amor. Danos, Señora, los elementos con que los Ángeles cuentan, y no lo dudes, transformaremos en cielos nuestros templos, y será dicho de ellos: *Cæli enarrant gloriam Dei matris.*

Pero, todo lo posible se nos ha dado ya concediéndosenos tomarte por emblema de nuestras glorias, égida de nuestros edificios, bandera de nuestras campañas, personificación del pensamiento de nuestra Iglesia.

De ahí que la ciencia y la piedad acuerden sus voces para elevarte un mismo cántico. La madre que te ofrece sus hijos, el sábio que te dedica sus obras forman armonía.

El orbe católico conmovido por las furias del averno rueda á tus piés para que lo domines, angélica niña, y tú te elevas sobre él y le dominas.

La sociedad cristiana se acoge bajo tu manto, azul como el firmamento, para que la cobijes, y tú, misericordiosa, con tu manto la cobijas.

Como la columna de nubes que guió á Israel, eres para el pueblo cristiano emblema de la santa libertad; tú le precedes para que salga del opresor Egipto; tú le alumbras para que no se pierda en la oscuridad de los áridos sistemas; tú le salvas en la guerra de exterminio que contra él ha emprendido el moderno Faraon.

Y ¿de tí, Madre, de la cual tan gloriosas cosas se dicen, de tí he de hablar yo, que puedo llamarme tartamudo, como Moisés, yo que apenas se decir el *a, a, a* del Profeta? ¿hablaré de tí, Señora? Mas ¡ay! que es exacto lo que consignó un fervoroso escritor: «¿Quién no temerá de alabar á aquella, cuya alabanza Dios se reservó, como «á especial privilegio? ¿qué podré decir de tí, si al contemplarte el «Señor exclamó: ¡Qué limpia eres, amiga mía, qué pura! tus ojos, «ojos de paloma, además de lo que tienes oculto; como si dijera: lo «que en tí no puede verse es precisamente lo mas admirable; *abs- «que eo quod intrinsecus latet.* Si el Espíritu Santo hizo consistir lo «mas elocuente de tu panegirico en el silencio, ¿hablaré yo? Mas «eres tan buena, que tú misma me darás luz: y si tu luz no me falta, *para tí haré yo gargantillas de oro taraceadas de plata; garga- «tillas de verdad, adornos de bendicion y accion de gracias, bendi- «ciendo y dando gracias á Dios porque así contigo se portó y de tal «manera te hizo; de modo que no haya lugar donde no tenga eco la «voz de este encomio; voz sonora, alabanza debida, que celebrando «tu nombre, te rodee siempre, y penda de tu cuello como esbelta «gargantilla!.»*

La ciudad de Dios y la ciudad del hombre se encuentran frente á frente: existen dos espíritus en un siglo, dos civilizaciones en una época; la civilizacion moral, la civilizacion egoista; esta quiere la restauracion del orden pagano, aquella reclama la adopcion del perfecto orden católico.

La ciudad del hombre está personificada en la *prostituta* que sirvió de diosa en las bacanales del año 1793: la Madre de Jesucristo, declarada *siempre pura*, es la que personifica la civilizacion de la ciudad de Dios.

Pureza original; justicia llena.

Hé ahí el lema del Catolicismo renovado en la Iglesia por *Pio IX* por medio de la dogmática declaracion: tal es el único programa que la Iglesia opone á los utópicos planes de sus enemigos.

Desde luego comprenderéis que la declaracion dogmática fue una especie de declaracion de guerra á cuantos combaten contra la justicia ó contra la pureza: y por esto desde aquella declaracion la Iglesia no ha disfrutado ni un instante de paz.

Los enemigos de la bandera inmaculada, los sistemas impuros formando una dilatadísima linea, cuyo lejano extremo está constituido por los ateos de Proudhon y cuyo extremo cercano por los doctrinarios de Guizot, se levantan á una contra la Iglesia que elevó á la apoteosis la idea de la pureza: el blanco de todos los tiros es el Pontífice que izó alta aquella bandera; el Pontificado es la pie-

¹ Ruperto.

dra en la que la bandera de la pureza fue elevada, y por esto es la piedra que baten de mancomun todas las turbias olas.

El Pontificado resume el poder y la acción del Catolicismo; el dogma de la pureza inmaculada resume su doctrina y su moral: el dogma es la ciencia, el Pontificado es el magisterio que la define; entre la concepción inmaculada de María y la Silla pontificia existen, pues, relaciones íntimas, semejanzas perfectas, puntos de semejanza y relaciones que urge desarrollar.

Semejanza en la pureza del destino y concepción; semejanza en la maternidad; semejanza en la sabiduría y en el amor; semejanza en las contradicciones y en los triunfos; semejanza en las grandezas del porvenir. El Pontificado y la Virgen son dos tronos igualmente puros, destinados a una misma sabiduría.

Tal es el resumen anticipado, ó si quereis, el programa de las nueve conferencias que me propongo tener con vosotros.

Juzgo que mi plan es procedente, me apoyo en lo que acabo de indicaros. El Pontificado ha definido un dogma; al oír su definición los enemigos de la Iglesia han recrudecido la lucha contra el Pontificado; luego aparece una relación de hecho entre el dogma definido y los combates a la cátedra definidora.

Además de procedente me parece oportuno y útil investigar la intimidad filosófica que se oculta bajo esta relación aparente.

Hoy no se habla sino de los defectos del Pontificado, de sus errores, de sus vicios; se le presenta como enemigo de la ciencia, del progreso, de la libertad, de la civilización, y hasta, compadeced la estupidez de nuestros hermanos disidentes, hasta se le presenta como destructor de la moral.

Pues bien, yo no puedo olvidar que la cátedra del Espíritu Santo está erigida para combatir los errores y falsas opiniones que corren. Soy enemigo de conferencias de lujo, y sé que estando en tiempo de guerra no debemos entretenernos a desplegar nuestras fuerzas en paradas.

Puesto que se acusa de impuro el reino del Pontificado que declaró pura a María, es a mí a quien se confió, por atención inmerecida, predicaros el novenario de esta pureza viva, es a mí a quien pertenece demostrar que la vida del reino pontificio ha sido siempre vida pura, y nada más conducente a tamaña demostración, ni más análogo a vuestra piedad que trazar un paralelo entre la *purísima Virgen* y la *purísima Cátedra*.

No sin significado la Virgen María estuvo emparentada con la sacerdotal tribu de Levi.

Hoy consideraremos la semejanza de pureza del destino y concepción de María con el destino y concepción del Pontificado.

Señora, el desempeño de mi plan ha de ser obra tuya: condúceme, santa Madre, a tu casa, y enséñame en ella tus gracias, pues si no me las enseñas, ¿cómo las veré? si no las veo, ¿cómo las predicaré?

Llamo a la puerta de tu casa: ábreme, casta paloma, humedecidos están mis cabellos por el relente de la noche, ábreme y dame a beber el licor nuevo de mis granados: abrázame con tu derecha, que es la mano de la plenitud: *Ave María*.

I.

Dios crió al hombre con una inteligencia capaz de recibir la sabiduría, pero la sabiduría no se la concedió: dióle el receptáculo, y le confió la tarea de llenarlo. Así la primera necesidad que sintió el hombre fue necesidad de sabiduría. El hombre buscó antes la sabiduría que el pan. Los frutos de los árboles del paraíso estaban todos a su disposición, mas él a todos los despreció, solo hizo caso de los frutos del árbol de la ciencia. Notadlo, para hacer quebrantar la ley al hombre, la serpiente, como si encontrara débil esta promesa: *seréis semejantes a Dios*, añadió: *conocedores del bien y del mal*. ¡Conoceréis! esta palabra decidió al hombre a comer la fruta prohibida. Comprendió esta verdad que después formuló elocuentemente Cicerón: «Lo que más nos asemeja a Dios es el saber¹.» Y como Dios les había dicho: «Este es el árbol de la ciencia, no comais,» y como la serpiente añadió: «Dios os dice: no comais, porque si coméis conoceréis, y si conocéis a él seréis semejantes;» Adán fue deslumbrado por esta lógica sofística y cayó.

A pesar de aquella caída, anhelante el hombre en buscar la sabiduría, manifestó que sentía dentro de sí un vacío, que se sentía incompleto, y que buscaba en la sabiduría el complemento y la corona: y en efecto, corona y complemento del hombre es la sabiduría.

El que encuentra la sabiduría encuentra la vida; el hombre prudente la prefiere a los reinos y a los imperios y a los tesoros; es la atmósfera que forma el resplandor de la luz del Padre reflejada en las inteligencias de sus criaturas.

Adán la buscó, pero sin preguntarse seriamente ¿dónde se encuentra? Por esto trabajó en vano.

Dirijámonos, pues, esta pregunta, que Adán no supo dirigirse para fundar en ella algunas consideraciones: ¿dónde está la sabiduría?

Adán la buscó en el árbol: ¿podía estar en el árbol en que Adán la buscaba? El árbol nace de la tierra: si nace de la tierra, de tierra es su fruto; luego la ciencia hija del árbol es ciencia de tierra: la ciencia de tierra es incapaz de completar al hombre, porque el hombre es de tierra, y un elemento nunca se completa a sí propio.

¿Cómo, pues, Dios llamó árbol de ciencia al árbol del paraíso? Llamóle así, porque así era: era el árbol de la ciencia materialista,

¹ Nihil est per quod magis diis assimilentur quam per ipsum scire.

es decir, de aquella ciencia que no completa, sino que disuelve; que no emancipa, sino que oprime.

Si comiereis moriréis, dijo Dios á Adán: si Adán hubiera reflexionado sobre esta palabra de Dios, hubiera conocido que la verdadera sabiduría era incapaz de producir la muerte: mas no reflexionó. Desoyó á Dios, cuya imágen era, y por consiguiente el único que podía coronarle, y se fué á buscar el complemento, la corona, la sabiduría al árbol, aun constándole, como le constaba, que no era su imágen. No fué á pedir la sabiduría á aquel que le habia dado la existencia; no fué á pedir la corona á aquel que le habia dado el ser: no quiso decir, como mas tarde Salomon: *Invoqué del Señor el espíritu de la sabiduría*¹: ved ahí por qué Adán no pudo decir como Salomon: *Y se me dió. Et venit in me.*

No, no vino á él, porque él no fué al Señor: fué al árbol.

Dios constituyó la vida humana de un cúmulo sin fin de maravillas: dentro el hombre erigió todo un reino—el reino de la conciencia—reino que confió á un poder tan atractivo como la misma vida, poder que fue llamado *libertad*. Constituyó Dios la libertad y la hizo reina del hombre, para que regido por la libertad, fuese á pedirle lo que le faltaba, el complemento de su ser, la sabiduría. Quería Dios realizar un comercio con el hombre, pero quería fuese á petición del mismo hombre; quería que este en virtud de su libertad le dijese: «Criador mio, dame tu sabiduría; en paga ahí tienes mi amor.»

Pero la libertad en vez de pedir á Dios la sabiduría fué á pedirla al árbol prohibido por Dios: alióse con la astucia en vez de aliarse con la justicia. Resultados: esta alianza no completó al hombre, le destruyó. La sabiduría del árbol le identificó con su sustancia, el hombre y la tierra se hicieron solidarios. Así la condena de Dios en cierta manera fue reclamada por la libertad del hombre. La libertad del hombre prefirió la sabiduría de la tierra á la sabiduría de Dios; por consiguiente, Dios no hizo mas que atender los deseos y tendencias de la libertad intimando al hombre esta condena: *Volverás á la tierra de la cual has salido. In pulverem reverteris.*

Ahora cumple dirigiros una observación. Á semejanza de Adán la mayoría de los hombres buscan el saber unos directamente en la tierra, y de aquí las escuelas materialistas; otros en el espíritu independiente, y como tal solo vivo por la tierra, y de aquí las escuelas panteistas: dos escuelas que no han dado fruto alguno de certeza, que no han producido la sabiduría, que no han completado al hombre.

Es que la única sabiduría capaz de completarle es «aquella que «recibe su fuerza de la Omnipotencia divina de la que nace, de la «que se exhala y en la que todo lo embebe: diciendo la Biblia, que es «una exhalación de la virtud de Dios, ó como una pura emanación

¹ Sap. vii.

«de su gloria, afirma claramente que la sabiduría es un elemento «sutil, balsámico, ó ameno de Dios emanado, que envolviendo al «hombre en una especie de atmósfera divina lo recrea, y hace que su «palabra y su vida impregnadas de divinidad complazcan á Dios¹.»

Mas esta divina ciencia no se obtiene emancipándose de Dios, del cual emana, sino sometándosele, humillándosele, sirviéndole; no se obtiene diciendo: *Soy señor*, sino *soy esclavo*: en fin, la sabiduría solo se obtiene por la moral; el camino de la ciencia es la justicia: lo bueno conduce á lo verdadero.

El Cristianismo conserva en su museo sobrenatural un cuadro digno de estudiarse, ya que presenta animados en su fondo estos grandes principios. Yo cedo la palabra á un hombre eminente para que os lo describa. Es Ricardo de San Victor el que va á hablaros:

«Raquel significa: *estudio de sabiduría*; Lia *deseo de justicia*. Sabemos que Jacob sirvió para Raquel siete años, y le parecia poco la «duración de su servidumbre comparada con la extensión de su «amor. Y no es extraño, pues ¿se posee algo mas dulce que la «sabiduría? ¿hay algo mas estimable que ella? hermosa mas que toda «belleza, suave mas que toda dulzura, brillante mas que el sol, ordenada mas que el curso de las estrellas, aun si con la luz se la com- «para ella lleva la ventaja.

«Debemos ahora cuestionar por qué muchos de los que vivamente «anhelan el abrazo de Raquel aborrecen la unión con Lia. Lia re- «presenta la perfecta justicia, y esta exige perdón para los enemigos, «desprendimiento de las riquezas propias, sufrir los males consu- «mados, despreciar la gloria ofrecida; cosas todas arduas para los «mundanos².»

Pues bien, hermanos, Jacob pretendiendo á Raquel y sirviendo antes á Lia; Jacob siendo de Lia antes que de Raquel trazó prácticamente el camino de la sabiduría verdadera, á la cual se va por la justicia; se va por la ley, no por la transgresión; por la moral, no por la inmoralidad: cuando alguno os pregunte, pues, por qué nuestra sociedad no es sabia, contestadle: porque no es justa. La verdad, objeto de la sabiduría, dejóse ver en la tierra; ¿sabeis cuándo? cuando la justicia, que es el fin de la moral, miró á la tierra desde el cielo.

La sabiduría está en Dios como la vida: *Yo soy la vida*, dijo Dios, *Yo soy la verdad*. Ved ahí por qué al renunciar el hombre la sabiduría de Dios, Dios intimó al hombre la muerte: le intimó la muerte porque habia renunciado implícitamente la vida, y así es que le confirmó en la ignorancia; pero al intimarse al hombre la ignorancia y la muerte, se le notificó que su descendencia recobraría el saber y la vida, cuando una mujer, derivada de Eva, dominaría las gestiones de la reptil astucia.

¹ Cornelio Alávide, Com. sobre el lib. de la Sab.

² Ricardo de San Victor, Libro de los doce Patriarcas.

II.

En la plenitud de los tiempos vino la niña de las profecías á cumplir el destino que *ab aeterno* se le diera. Esta Virgen, simbolizada en el arca de Noé, apareció llevando á la tierra la familia humana que habia desaparecido entre el diluvio universal de las instituciones, errores y tiranías del paganismo.

Su destino fue prestar la sangre á la sabiduría divina, que es el Verbo de Dios, á fin de que el hombre fuera enaltecido y completado por la hipostática union del Verbo con la humanidad.

El eterno destino de Maria fue dar al hombre el complemento que no habia querido recibir, hermanando, uniendo, encarnando la sabiduría de Dios en el ser humano.

El eterno destino de Maria fue elevar al hombre de tierra, en que le habia convertido la comida de tierra, á elemento celeste, pues elemento celeste es todo aquel á quien Dios da facultad de llamarse hijo suyo.

Desde este punto de vista se descubre que el destino de la Virgen es ser Madre de la sabiduría, y por consiguiente de la humanidad por la sabiduría vivificada.

El mundo pagano buscaba la verdad y no la encontraba; el destino de Maria fue concebir la verdad, que no habian sabido concebir los sábios; dar á luz la verdad, que no habian sabido dar á luz las escuelas; alimentar la verdad, que habian dejado disminuir los hijos de los hombres; sostener en sus brazos la verdad, que pisoteaban las pasiones; entregar la verdad hasta al sepulcro, para que, penetrando hasta él su luz, penetraran los destellos de la vida en la misma morada de la muerte.

«El Padre, dice Convelt, por la fecundidad de su inteligencia engendra la verdad eterna, la cual se llama *Verbo é Hijo*; la Virgen, llena de Dios, engendró la *verdad*, que se llama tambien *Hijo*. Por lo tanto, Dios es Padre, Padre de la verdad; la Virgen es Madre, Madre de la verdad. No sin razon el Hijo del Padre y de la Virgen dice de sí mismo: *Ego sum via, veritas et vita*¹; no sin razon la Madre de Hijo tan excelso afirma de sí misma: *In me omnis gratia via et veritatis; in me omnis spes vite et virtutis*². En el seno del Padre la verdad fue engendada; del seno de la Virgen Madre la verdad nació³.»

«Justamente, pues, se nos representa vestida del sol, porque ella penetró el abismo de la divina sabiduría hasta una profundidad admirable, presentándosenos tan sumergida en su inaccesible luz, cuanto puede darse en una criatura que no esté con ella en union personal⁴.»

¹ Joan. xiv. — ² Prov. viii. — ³ Convelt. — ⁴ San Bernardo.

Esto explica estas palabras de Cornelio Alápide: «Toda virtud viene comprendida en Maria; ella todo lo ve, abarca todos los espíritus inteligentes, incluso los Querubines y Serafines; es mar de sabiduría, abismo de pureza, de bondad y de gracia; por esto los Padres afirman que casi son infinitas su gracia y su gloria.» Por lo que san Buenaventura, dirigiéndose á ella le dice: «Tú, inmensísima Señora, eres mas capaz que los cielos, porque en tu seno contuviste á aquel que en los cielos no cabe; mas capaz que el mundo, pues aquel para el cual el orbe es pequeño cupo en tus entrañas.»

Y qué mucho, hermanos; ella es la hija eterna del eterno Padre; y como á tal hermana eterna del eterno Hijo; y como á tal inmensa debe ser su belleza, su poder y su gloria, en virtud de esto que, si me lo permitis, yo llamaré la fraternal participacion de las grandezas del Verbo: y como el Verbo es sabiduría en propiedad, la Virgen, hermana del Verbo, porque hija del mismo Padre, debió ser sabiduría por fraternidad y participacion.

María, pues, hija del hombre, obteniendo la sabiduría, hija de Dios, por fraternidad, completó perfectamente el hombre incompleto en el paraíso: tal fue su destino.

¿Debo encomiaros la excelencia de este destino? No: sabeis ya que todas las cuestiones humanas se reducen á una cuestion fundamental: todo es cuestion de sabiduría; por consiguiente siendo el destino de la Virgen llevar la sabiduría al mundo, equivalió á solventar las cuestiones humanas, y en efecto todas las cuestiones humanas quedaron solventadas por el fruto de Maria, como todas las cuestiones humanas quedaron planteadas, y ninguna resuelta, por el fruto del árbol paradisiaco.

Pues bien; de la naturaleza de este destino yo vengo á deducir la naturaleza de la concepcion.

III.

La concepcion de Maria hubo de ser pura, porque su destino fue ser cátedra de la sabiduría: no califiqueis de nuevo este argumento. La sabiduría y la pureza están perfectamente identificadas, y yo os lo demostraré.

Empiezo recordándoos las siguientes palabras de la bula *Ineffabilis Deus*: escuchadlas con veneracion, hermanos.

«La Iglesia, dice, tuvo costumbre de valerse, así en los oficios eclesiásticos como en la sacrosanta liturgia, de aquellas mismas frases con que las divinas Escrituras hablan de la increada Sabiduría y representan su origen sempiterno, para recordar el origen de la Madre de Dios, prefijado en un mismo y solo decreto en la encarnacion de la Sabiduría divina.»

Podeis observar en el anterior fragmento el testimonio que el Pa-

dre Santo da de que la Iglesia ha reconocido siempre una relacion íntima entre la Sabiduría eterna y la Virgen inmaculada; y ¿quién no lo ve? Semejante á la sabiduría en esplendor y justicia, era conveniente fuese la Virgen destinada á engendrarla, pues el parentesco que habia de contraer con ella suponía una especie de solidaridad, si no de naturaleza, á lo menos de gracia, de ministerio, de intereses. Como la madre y el hijo se identifican en la sangre, así parece convenia se identificaran en pureza la sabiduría y la Virgen.

El espíritu de estas consideraciones brilla en una página de la Escritura santa: en ella la sabiduría y la pureza se nos manifiestan procedentes la una de la otra, y la una á la otra necesarias: parece, hermanos, que el genio divino se complació en atesorar hermosuras para acumularlas en este doble panegirico.

«La sabiduría, dice, es mas ágil que todas las cosas, y alcanza á todas partes á causa de su pureza: *propter suam munditiam.*»

«Siendo como es una exhalacion de la virtud de Dios, ó como una pura emanacion de su gloria, por lo que no tiene lugar en ella cosa alguna manchada: *ideo nihil inquinatum in eam incurrit.*»

«Como que es el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancha de la majestad de Dios: *Speculum sine macula majestatis Dei.*»

«La cual es mas hermosa que el sol, y sobrepaja á todo el órden de las estrellas, y si se compara con la luz les lleva ventaja, visto que á la luz le alcanza la noche, pero la malicia jamás prevalece contra la sabiduría: *Sapientiam autem non vincit malitia.*»

Decid, hermanos, al contemplar este cuadro bíblico ¿no os parece, como á mí, que el Espíritu Santo tomó el pincel de retratista, y nos legó en el libro de la Sabiduría la imágen de esa Madre que nos preside, vestida del sol, coronada por las estrellas, teniendo la luna á sus piés, como significando que vence la noche, aplastando la cabeza de la serpiente, como significando que vence la malicia, y diciendo por órgano de este conjunto de símbolos: Es á mí, es á mí á quien alude esta palabra del Espíritu Santo: *Nihil inquinatum in eam incurrit, sapientiam autem non vincit malitia?*

Si, á ella, solo á ella alude el Espíritu Santo en las anteriores palabras y en las siguientes frases dictadas por un inmenso amor: «Á esta amé yo y busqué desde mi juventud, y procuré tomarla por esposa mia, y quedé enamorado de su hermosura.»

¡Ah! sí, ella es, es ella, porque de ella fue escrito: «Realza su nobleza la estrecha union que tiene con Dios, y además el mismo Señor de todas las cosas ha declarado que la ama.» *Amator factus sum forme illius... et omnium Dominus dilexit illam.*

«Porque es la maestra de la ciencia de Dios y la directora de sus obras:» *Doctrix enim est discipline Dei et electrix operum illius.*

Puede decirse de María, ella sacó de su pecado al primer padre dándole potestad de dominar todas las cosas, dominando la serpiente que á él le dominaba; de ella puede decirse: «Mostró el reino de

«Dios, y dió la ciencia de los santos á la sociedad que, siendo justa como Jacob, estaba perseguida por la indolente, como Esaú:» *Hec profugum ira fratris justum... ostendit illi regnum Dei.*

Por consiguiente, hermanos, de su pureza ¿quién racionalmente dudará?

Nadie ignora que Salomon fue el representante de la sabiduría, por ello es llamado el Rey sabio: pues bien, el trono del Rey sabio puede considerarse como el símbolo del trono de la sabiduría cristiana. Y ¿de qué era construido el trono de aquel? de maderas del Líbano; y ¿qué significaban aquellas maderas? Lo explican las siguientes palabras del Espíritu Santo: «Ven del Líbano, Esposa mia, ven del Líbano, y serás coronada.» Y ¿cuál es la Esposa que el Espíritu Santo fué á buscar al Líbano? la misma á la que saluda diciendo: *Escogida como el cedro*: El cedro del Líbano es María, á quien el Espíritu Santo llama Esposa: la llama del Líbano para coronarla; y ¿qué corona le da? hacerla trono del Verbo, rey de la sabiduría: *Ven del Líbano, serás coronada;—de madera del Líbano estaba construido el trono del rey Salomon.*

Si el Maestro de la ley nueva se sentó en el trono de ese cedro inmaculado, ¿es creible que la polilla de la corrupcion hubiese alguna vez anidado en ella? No, no lo es: la ley incorrupta no debia promulgarse en un trono corrompido; no, no hubo jamás en ella mancha: si la hubiera habido, el Espíritu Santo no hubiera dicho: *Yo la amé desde mi juventud*, porque ¿qué quiere decir *juventud* en el Espíritu Santo? en el Espíritu Santo *juventud* quiere decir *eternidad*. El Señor amó á María desde la eternidad, porque desde la eternidad estuvo ordenada, desde la eternidad el Señor ordenó en ella el amor. La quiso el Señor desde la eternidad, porque no fue concebida entre abismos: *Nondum erant abyssi, et ego jam concepta eram*; su concepcion fue en el firmamento, segun esta profecía de Balaam: «Aparecerá una estrella de Jacob:» *Orietur stella.*

Contemplando á María desde este punto de vista, san Pedro Damiano dice: «El Señor hizo un trono para si, y fue el útero intemperato de la Virgen en el cual descansó su Majestad; este trono del Hijo lo conoció y lo aprobó el Padre, segun esta expresion del Verbo: *Tú conociste mi asiento*; y esta otra: «Tu trono, Señor, por el siglo del siglo:» y esta otra: «Este trono está ante ti, como el sol;» y luego: «salí del trono una voz clamando: Hé aquí que todo lo hago nuevo.» Feliz trono en el que no solo todos sino todo se renueva.

Tenemos, pues, derecho de fijar en María nuestros ojos y de exclamar profundamente conmovidos: Esa es la luz que fue hecha en el pensamiento del Señor, antes que fueran hechas las demás cosas; esa es la luz que el Señor ya en la eternidad vió que era buena; esa es la luz que en el primer dia de la creacion el Señor dividió de las tinieblas, para que jamás fuese contaminada por la sombra la que habia de ser principio constitutivo del firmamento: esa es la luz

de la cual habia de presentarse al mundo vestido el Verbo, luz de los cielos: *amictus lumine sicut vestimento* ¹.

Esa es la tierra mas pura, mas fina, mas sólida que la primitiva, tierra de la que debió ser hecho, no el Adan prevaricador, sino el Adan redentor; no el Adan que murió para deshacerse en tierra, sino el Adan que solo murió para vencer la muerte en la plenitud de su dominio, para convertirse en celeste elemento.

Esa es la mujer nueva que vino á sustituir la mujer antigua: aquella alargó á Adan el fruto del árbol prohibido, esta alargó á la humanidad el fruto del árbol recomendado. Adan acusó á Eva, diciendo al Señor que le notificaba su sentencia: «La mujer que me disteis me alargó el fruto y lo comí.» La humanidad nada tiene que acusar á Maria: al contrario, cuando el Eterno llama á sus escogidos diciéndoles: «Venid á mí, benditos de mi Padre, porque fuisteis misericordiosos,» los escogidos contestan: «No fuimos nosotros; «Maria, la mujer que nos diste, nos alargó el fruto de la misericordia que brilló en nuestros espíritus.»

¡Maria! esa es la niña que antes de ser concebida decia en idea: «Bésemelo Señor con el beso de su boca, es decir, abra el Señor la boca de su sabiduría, y sea hecha yo tal, que su amor me abrace y me enaltezca desde un principio:» *Deosculetur me osculo oris sui*. Ó tú, el querido de mi alma, le decia, dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar al mediodía, para que yo no tenga que ir vagueando tras de los rebaños de tus compañeros; es decir, criame, Señor, en justicia desde mi primer instante para que no tenga de vaguear como las demás criaturas antes de encontrar el sesteadero de tu gracia.

En la plenitud de los tiempos abandonó el Señor aquel descanso á que se entregó en el día séptimo, y pronunció un nuevo *fiat*; hágase, dijo, hágase aquella Virgen cuya idea alumbraba mis obras mientras las hacia; hágase aquella Virgen cuyo pensamiento derramaba sobre la creación una poesía semejante á la que el sol derrama sobre los montes en una mañana pura; hágase.

Y fue concebida la niña; y al ser concebida pudo decir: *Yo salí de la boca del Altísimo*: mientras el Rey estaba recostado en su asiento, ya mi nardo difundió su olor: *Dum esset rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem*. Aun yo no era, y ya era graciosa: la gracia andaba ante mí, precedia mis pasos, para cubrir de justicia el camino que habian de pisar mis piés, como la aurora precede al sol, para que jamás el sol vea tinieblas.

Ya no es extraño que el Señor la llamara majestuosa como las carrozas de Faraon, hermosísima entre las mujeres, hermana mia, esposa mia, amiga mia, mi inmaculada: *Immaculata mea*.

«¡Admirable consorcio! el que es todo puro se dirige á la que toda

¹ Psalm. ciii.

«pura es; yo, dice el Hijo, soy todo puro como toda pura eres tú: yo «lo soy por naturaleza, tú lo eres por gracia: yo todo puro, porque «todo lo puro está en mí; tú toda pura, porque nada de lo impuro en «tí se halla.

«Ambos, á saber, la Virgen y el Hijo son la flor del campo y el «adorno del mundo; uno y otra hermosos: el Hijo hermoso por sí, la «Madre hermosa por el Hijo: el Hijo hermosísimo por la forma de la «divinidad que tiene del Padre, hermosísimo tambien por la forma «de la humanidad que tiene de la Madre, y la Madre hermosísima «por la forma de gracia que del Hijo tiene. La Madre dice al Hijo: «Hé aquí que tú eres hermoso, porque eres mi hermosura; y el Hijo «replica á la Madre: Tú eres la hermosa, porque hermoso soy yo «por tí ¹».

Tal es la grandeza de Maria: ¿Quién no se entusiasma al considerarla?

David saltó de alborozo ante el arca de la alianza, porque, segun dice el genio de Milan, vió en espíritu de profecía que el arca simbolizaba aquella Virgen descendiente suya, que habia de concebir al enviado: vió en espíritu de profecía las virtudes del corazón de su nieta que las bellezas del arca prenunciaban; vió y se entusiasmó; se entusiasmó y cantó; cantó y se alegró; se alegró y saltó ante la idea de Maria, como ante ella se habia alegrado y saltado el eterno Verbo.

Permitidme, ahora, hermanos, manifieste mi profunda confianza de que la filosofía católica no rechazará esta prueba de la pureza inmaculada, que me he propuesto desarrollar: *Madre de la sabiduría é hija de las tinieblas* son dos extremos irreconciliables. Defendiendo, pues, la justicia de esta concepcion, defendiendo el honor de la ciencia, como quiera que consignando el realce que á la nobleza de Maria da «su estrecha union con Dios,» es claro que consigno la nobleza de las escuelas filosóficas ó sociales nacidas de la sabiduría cristiana y por lo tanto hijas de Maria, y por lo tanto, unidas íntimamente con Dios.

Defendiendo la justicia de la concepcion virginal defendiendo el honor de la sabiduría; y si la Religión nada me debe por esta defensa, y si yo debo mucho á Maria por haberme permitido formularla, el siglo debe agradecimiento al sacerdocio, en cuyo nombre hablo, porque, enalteciendo el origen de la que es «maestra de la ciencia «de Dios,» enaltece el de las instituciones y sistemas que se glorian de ser discípulas de aquella ciencia.

Otra consideracion notable debo proponeros para confirmar mas en vosotros la consoladora creencia de la pureza original de Maria: no es mia, hermanos, yo no hago mas que aceptarla. Si yo fuese el primero que la hubiera ideado, quizá no me atreveria á formularla;

¹ Convel.

pero yo la lei en una obra autorizada, debida á un Padre eminente de la Compañía de Jesús, que os he citado ya y que os citaré en el decurso de estas conferencias; héla ahí en globo; *Maria es el complemento de la santísima Trinidad.*

¡Cómo! sin Maria la santísima Trinidad no sería completa! La Trinidad es eterna y absolutamente completa en lo que respecta á las personas y á los atributos, pero en lo que dice relacion á la fuerza y eficacia de sus ejercicios *ad extra*, esto es, á la manifestacion de su poder, encontró un complemento en la Virgen Madre de Dios. Esta fue el verdadero *speculum sine macula Dei operationis*, pues como en un espejo refléjase en la Virgen la eficacia de todos los divinos atributos, por lo que con oportunidad dijo Hesiquio: Esta es la declaracion de los secretos y profundidades de la divina comprensibilidad... por esto llena de humildad exclama: *Magnificat anima mea Dominum*, esto es, Dios, distinguiendo con tanta dignidad á esta su esclava, se propuso que viendo la grandeza de mi dignidad todos vieran la de la suya; me exaltó, para que admirándome exaltada, exaltarán su majestad... por lo que dijo muy bien el Crisólogo: *Quantus sit Deus ignorat qui hujus Virginis mentem non stupet, animam non miratur.*

Es, pues, Maria el complemento de la gloria de la Trinidad santísima: bajo otro respecto, el citado Hesiquio la llama complemento de la Trinidad augusta.

El término de la generacion paterna, dice en resumen, es el Hijo, así como el Espíritu Santo es el término de la produccion del Hijo y del Padre. Parece, pues, que al Espíritu Santo le falta un término en el que decline el océano de su bondad infinita. Siendo imposible la produccion de otra persona, por cuanto Dios solo consta de entendimiento y voluntad, y de estas dos potencias emana, si es lícito hablar así, la constitucion de las tres Personas, no pudiendo haber otro término, porque no hay por él fundamento ó principio. Á fin, pues, de que el Espíritu Santo pudiera difundir la esencia de su bondad infinita, y cumplir en cierta manera el apetito ó deseo comunicativo de sus excelencias, de industria en el senado de la santísima Trinidad le fue encomendada una Virgen Madre de Dios capaz de ser el receptáculo, el término en la que difundiera con generosidad y afuercia sus dones y gracias. Por esto el Espíritu Santo descendió á la Virgen con todo el impetu que le fue dado, lo que explica esta palabra de san Lucas: *Spiritus Sanctus superveniet in te.*

Cuyas palabras comenta así san Bernardo²: No le dijo el Ángel: *Veniet in te*, sino *superveniet in te*, porque antes estaba ya en ella con mucha gracia; pero ahora se le anuncia que sobrevendrá por la plenitud de una gracia abundantísima que sobre ella será derramada.

Basta, hermanos, yo no acabaría jamás. Los pensamientos afluyen,

¹ Hom. II in Assumpt. — ² Serm. IV de Annunt.

los elogios divinos, patológicos, filosóficos, sociales y místicos de Maria se multiplican en mi memoria. Supla la elocuencia de vuestro fervor el silencio de mi boca; yo leo en vuestros corazones una frase, ayer española, hoy gracias á Dios ya católica; esta frase lo dice todo: *Ave Maria purísima; sin pecado concebida.*

IV.

Yo no puedo cumplir hoy lo que os habia prometido: os habia prometido un paralelo entre la pureza de la concepcion y del destino de la Virgen inmaculada y la del destino y concepcion del Pontificado. Acabo de desarrollar la primera parte, y observo que mi discurso tiene ya las dimensiones regulares. No os he conducido sino hasta el atrio de este templo inmenso de la sabiduría, no os he enseñado sino muy de léjos esta cúpula majestuosa y augusta de la gracia, y se nos ha pasado en ella una noche. Me detengo, pues, aquí; si quisiera ser fiel á mi promesa habria de tratar precipitadamente de un asunto que necesita mucho sosiego y madurez: los enemigos del Pontificado, que escriben cada dia mas de cincuenta periódicos de veinte y cuatro columnas en fólío, además de sus folletos y obras en toda clase de formas y sentidos, para demostrar la corrupcion de la Santa Silla, se alegran de que estas cuestiones fundamentales se traten con precipitacion y ligereza. No lo haré yo así. Puesto que se me dispensa el honor de poder dirigiros estos dias la palabra, sirva de prólogo el discurso que acabo de dirigiros, y empecemos mañana, con el estudio del destino y concepcion del Pontificado, el tratado importante de las semejanzas entre las dos sillars, la del Verbo encarnado y la de la verdad perpetuada.

Detenidamente, pues, estudiaremos una materia sobre cuya oportunidad no extrañéis que insista. La revolucion ha puesto la Silla pontificia á la barra de los acusados, y le ha dirigido y dirige cargos tremebundos. Sus acusaciones no son friolera. Le acusa de haberse olvidado de su mision en la tierra, de haber abandonado el gobierno del espíritu por el gobierno temporal, de haber excitado la eferescencia de las pasiones, de haber protegido las rivalidades de los pueblos, de ser hostil al espíritu moderno, de estar en completa é irreconciliable enemistad con las instituciones sociales vigentes; en resumen, se afirma que la Cátedra pontificia está corrompida, que no solo no es necesaria, que hasta es perjudicial. Y despues de largas peroraciones, en las que campea siempre la calumnia, se termina con el funesto: *Exinanite, exinanite usque ad fundamentum in ea.*

Y la propaganda de estas ideas se lleva á cabo con alarmante velocidad; la opinion pública se adultera lastimosamente, á fuerza de mentir se logra hacer odiar la institucion mas santa, y no dudo que hay familias que de buena fe creen, porque les han hecho creer,

que el Papa es responsable de parte de las desgracias que sufre la Europa.

Ministros de la verdad, nosotros debemos salir á su defensa: el pueblo cristiano tiene derecho á que le instruyamos por principios. Conviene, además, que los enemigos del Pontificado oigan la doctrina pura, imparcial é independiente del Pontificado, no precisamente por órgano de los periódicos, que, por buenos que sean, colocados en el terreno de las pasiones, no tendrán jamás la autoridad, ni usarán la prudencia que se usa en esta cátedra. La causa pontificia debe ser, pues, defendida aquí.

Yo no quisiera ver jamás defendida la Silla apostólica en nombre de partido alguno; el defensor de la Santa Silla no debe tener color político: defender la Santa Silla, en nombre de un partido, tiene dos inconvenientes principales: 1.º Atraer contra ella las miradas y ataques de los demás partidos; 2.º hacer responsable á la misma Santa Silla de los crímenes y bajezas cometidos por el partido defensor: puesto que ¿hay por ventura alguna obra humana que no tenga mucho de que arrepentirse? El pueblo cristiano tiene una escuela, y esta escuela es el templo; en el templo hay su cátedra, y esta cátedra es el púlpito; el púlpito independiente: desde esta altura, pues, estudiaré el Pontificado.

Y puesto que hoy estamos de prólogo, y que hemos de examinar juntos algunos días una materia importante, conviene conozcais mis sentimientos: el conocimiento del corazón ilustra el sentido de la palabra; pues bien, ya que estamos de prólogo, decía, os advierto que no vengo á defender el Pontificado para atacar la civilización, ni el progreso, ni aun las formas políticas que ha tenido á bien darse la sociedad. El Pontificado es la cabeza de la Iglesia, y como tal, en él está la idea, el pensamiento, la inteligencia de la civilización por la Iglesia creada: en el terreno de la justicia no temais que el Pontificado se convierta en freno de la actividad y del progreso.

Estas declaraciones eran necesarias, porque hemos llegado á un punto tal de confusión, en que basta que uno abra la boca en defensa del Papa ó de la Iglesia, para que una voz desdeñosa le rechace diciendo: es un retrógrado, un reaccionario, un rancio.

Yo no sé lo que soy en sociedad, ó si lo sé no es oportuno decirlo aquí; lo que sí os diré, que el Dios, del que soy ministro, dijo: «Yo soy la luz;» luego yo no puedo ser oscurantista; dijo: «Yo soy el camino;» luego no puedo ser enemigo de andar; «Yo soy la verdad;» luego yo no puedo ser enemigo del exámen: lo que os diré que mi Dios envía la libertad á todo aquel que recibe su espíritu; lo que os diré, que la Silla que vengo á defender es la enaltecida por hombres tan eminentes como fueron Julio II, Gregorio VII, Bonifacio VIII, Leon el Grande, Leon X, y en fin, es la Silla en la que se sienta un Pontífice, quien, es mi convicción, no solo será coronado de gloria

por la eternidad, sino que tambien el porvenir irá á su sepúlcro y dirá: ¿Cómo no conoció el mundo el tesoro que en él tenía?

Yo no debo decir lo que significa en sólida política ser enemigo de Pio IX; lo que creo deber indicar es lo que ser enemigo de Pio IX significa en moral. Pio IX elevó, si posible era fuese elevada, la idea de la pureza y de la justicia, definiendo su no temporal, sino perpétua union con la Madre de Dios. Nada digo de la gloria que con ello dió en el tiempo á la inmaculada Virgen; baste decir que con ello puso el mejor florón á su brillantísima corona. Esta definicion tuvo su significado social, fue la voz elocuente de la suprema autoridad, advirtiendo al mundo que la Iglesia habia obtenido la plenitud de la pureza y la plenitud de la justicia, no solo en su fundador, sino en su primer miembro, que es María. Esta declaracion, hecha á la sociedad en el momento en que esta se preparaba á pisotear todo derecho y á cometer toda abominacion, dió por resultado palpable trazar una línea divisoria entre la Iglesia y la política; declarar á la faz de las generaciones venideras que la Iglesia es inocente de la sangre que se derrame, de las bellezas que se destruyan y de los crímenes que se cometan en nombre de principios ambiguos y al abrigo de banderas manchadas.

Pio IX, declarando inmaculada á María, ha puesto el remate á la obra del concilio de Trento; ha dicho: El lema de la Iglesia de María es este: «Pureza original, justicia plena,» que equivale á declarar que la causa de la Iglesia es la causa de la moral. Las situaciones están despejadas: combatir el Pontificado no es solo combatir la Iglesia, es combatir los principios del orden social.

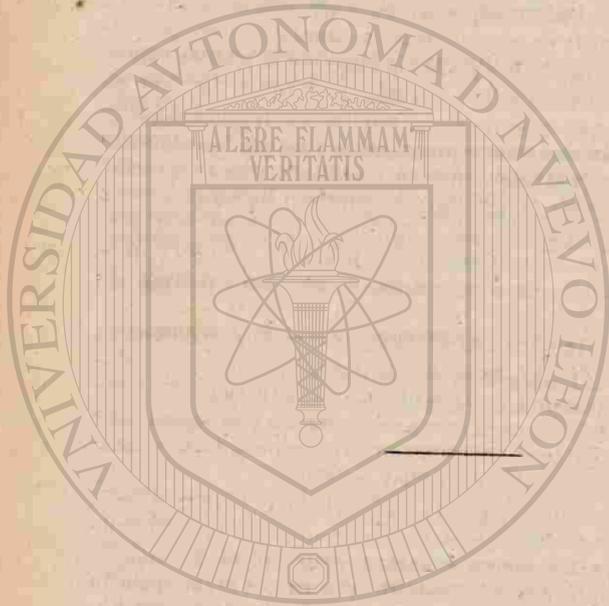
Por las anteriores consideraciones podeis deducir la importancia de los asuntos de las siguientes conferencias; no temo el indiferentismo de vuestra parte: espero saludaros cada día al rededor de esta cátedra, para que el mundo católico vea que os preocupais de sus intereses, y que sois amantes de recordar la historia de sus glorias y la filosofía de sus principios. Yo os prometo que el santo Pontífice sabrá el testimonio de vuestra adhesion, testimonio que le será tanto mas agradable, como que sabrá que no habeis venido aquí atraidos por una grande reputacion oratoria, sino por la palabra franca, ingénua, del último ministro de su Iglesia.

Á las manifestaciones de los malos opongamos, hermanos, las manifestaciones de los buenos: cristianos, todavía nos queda libre el altar; no dejemos desiertos sus cercanias: venzamos la perfidia de los enemigos con la constancia de nuestro celo. Yo empezaré á poner en práctica la doctrina que os predico: deseo que mi defensa de la Santa Silla sirva de desagravio de las ofensas que la ha inferido recientemente un nuevo Judas.

Y para ello, tú, ó María, serás mi inspiradora; subiré á buscarte en el monte de la mirra y en el collado del incienso; acercaré mi oído á esos tus labios, para oír tus palabras, que son como miel des-

tilada; esa miel y leche, que tienes bajo tu lengua, las pondrás en mi boca, y podré así demostrar que tú y el Pontificado sois huerto cerrado, fuente sellada, verjel delicioso.

Bienaventurado el día en que la moral y la doctrina que emanan de esas dos cátedras se esparzan por el universo como aromas: *Fluant, fluant aromata illius*. Oriente pronto este día. *ó Dios. Amen.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

CONFERENCIA SEGUNDA.

Introducción.—Destino del Pontificado.—Puede venirse en su conocimiento por tres medios.—La verdad necesitaba un asiento en la tierra.—El Pontificado es la roca que JESUCRISTO estableció en medio de las tiranías y preocupaciones que constituían el paganismo.—El Pontificado es el centro de la economía social del que parten y en el que convergen la verdad y la santidad.—Él es el cerebro y las entrañas de la civilización.—Jesucristo lo estableció para que sostuviera la dignidad, cimentara la unidad, basara la ciencia y definiera la ley de los pueblos.—El cumplimiento de su destino es la verdad de la civilización.

I. El Cristianismo definiéndonos el Pontificado nos define *à priori* la civilización.—Sin el Pontificado es inevitable la tiranía ó la anarquía de las ideas, con él una y otra se hacen imposibles.—Admirable constitución del Pontificado.

II. El Pontificado no solo restaura la dignidad humana, sino la unidad social.—Antes del Cristianismo apenas se conocía la *unidad*.—La idolatría, que era común, es la negación de la primera y fundamental unidad, que es la de Dios.—Importancia que JESUCRISTO dió á la unidad.—A los católicos nos conviene aceptar la lucha que en el terreno de la dignidad humana y de la unidad social nos libran los adversarios del Pontificado.—Semejanza de destino de María y del Pontificado.

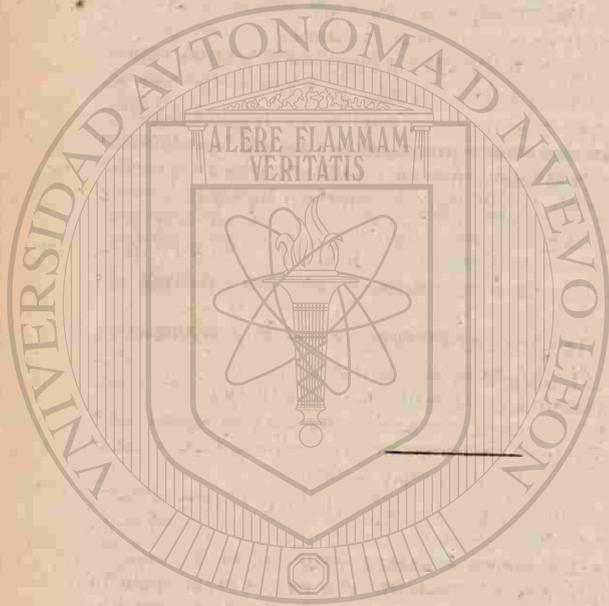
III. Analogías entre la Concepción de María y la del Pontificado.—Esta parte de discurso es dirigida especialmente á los que de veras creen, pues se apoya en hechos de la Biblia, libro que obtiene la confianza de los extranjeros al reino de Dios.—Gloriosos símbolos de la Concepción y de los destinos pontificios en las cuatro épocas bíblicas de la creación, de los patriarcas, de los jueces y de los reyes.—El Pontificado puede decir como María: *Ego ex ore Altissimi prodixi*.—Conclusion.

Como lo recordais, hoy debemos tratar de la semejanza de destino y concepción del Pontificado con la concepción y el destino de María. El asunto es importante y la materia abundantísima: tanto, que á fin de poder reducir lo principal de ella á los límites de un discurso, me decidí á suplicaros me acompañeis desde luego á los pies de la *Inmaculada* para invocar su auxilio saludándola *llena de gracia*.

DIOS TE SALVE.

tilada; esa miel y leche, que tienes bajo tu lengua, las pondrás en mi boca, y podré así demostrar que tú y el Pontificado sois huerto cerrado, fuente sellada, verjel delicioso.

Bienaventurado el día en que la moral y la doctrina que emanan de esas dos cátedras se esparzan por el universo como aromas: *Fluant, fluant aromata illius*. Oriente pronto este día. *ó Dios. Amen.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

CONFERENCIA SEGUNDA.

Introducción.—Destino del Pontificado.—Puede venirse en su conocimiento por tres medios.—La verdad necesitaba un asiento en la tierra.—El Pontificado es la roca que JESUCRISTO estableció en medio de las tiranías y preocupaciones que constituían el paganismo.—El Pontificado es el centro de la economía social del que parten y en el que convergen la verdad y la santidad.—Él es el cerebro y las entrañas de la civilización.—Jesucristo lo estableció para que sostuviera la dignidad, cimentara la unidad, basara la ciencia y definiera la ley de los pueblos.—El cumplimiento de su destino es la verdad de la civilización.

I. El Cristianismo definiéndonos el Pontificado nos define *à priori* la civilización.—Sin el Pontificado es inevitable la tiranía ó la anarquía de las ideas, con él una y otra se hacen imposibles.—Admirable constitución del Pontificado.

II. El Pontificado no solo restaura la dignidad humana, sino la unidad social.—Antes del Cristianismo apenas se conocía la *unidad*.—La idolatría, que era común, es la negación de la primera y fundamental unidad, que es la de Dios.—Importancia que JESUCRISTO dió á la unidad.—A los católicos nos conviene aceptar la lucha que en el terreno de la dignidad humana y de la unidad social nos libran los adversarios del Pontificado.—Semejanza de destino de María y del Pontificado.

III. Analogías entre la Concepción de María y la del Pontificado.—Esta parte de discurso es dirigida especialmente á los que de veras creen, pues se apoya en hechos de la Biblia, libro que obtiene la confianza de los extranjeros al reino de Dios.—Gloriosos símbolos de la Concepción y de los destinos pontificios en las cuatro épocas bíblicas de la creación, de los patriarcas, de los jueces y de los reyes.—El Pontificado puede decir como María: *Ego ex ore Altissimi prodixi*.—Conclusion.

Como lo recordais, hoy debemos tratar de la semejanza de destino y concepción del Pontificado con la concepción y el destino de María. El asunto es importante y la materia abundantísima: tanto, que á fin de poder reducir lo principal de ella á los límites de un discurso, me decidí á suplicaros me acompañeis desde luego á los pies de la *Inmaculada* para invocar su auxilio saludándola *llena de gracia*.

DIOS TE SALVE.

Hermanos: ¿cuál es el destino del Pontificado? Hé ahí una pregunta á la que puede responderse de tres maneras: primera, acudiendo á la autoridad de JESUCRISTO que le instituyó; segunda, analizando la naturaleza de la institucion; tercera, atendiendo al carácter de las obras por él mismo inspiradas y realizadas. Si es la escuela histórica la que nos pregunte, contestaremos señalándola los monumentos elevados por los siglos; si es la escuela filosófica, confiaremos la respuesta al análisis de la institucion, y si sois vosotros, hijos de la fe, hermanos míos, los que deseéis investigarlo, acudiremos á la divina palabra de JESUCRISTO: iremos á un mismo punto, y simultáneamente, por tres caminos: JESUCRISTO, la institucion, los siglos están acordes en que el destino del Pontificado es un supremo destino.

Supremo destino, ya que es nada menos que sostener la humanidad en la altura á que la elevó JESUCRISTO; destino que no es otro que el de ser trono, silla, asiento de la verdad. Si, la verdad necesitaba un asiento en la tierra; pues sabéis que el que dijo: *Yo soy la verdad*, añadió un poco mas tarde: *Es preciso que vuelva á Aquel que me envió*; es que la verdad habia bajado de lo alto, pero con el objeto de visitarnos: *visitavit nos*; y una visita no es permanente. Nos visitó, *recorrió la tierra haciendo bien*, y se despidió de la tierra. No obstante, al subirse al cielo quiso dejarnos su espíritu. Pero ¿dónde podia dejar su espíritu vasto, infinito, aquel que no habia podido obtener ni un punto donde reclinar su limitada cabeza? Si JESUCRISTO no tenia dónde reclinar su cabeza *magullada*, ¿cómo podia obtener espacio para extender su espíritu *inmenso*? El paganismo lo habia invadido todo, su confusion todo lo dominaba, el aspecto del mundo era el de un diluvio universal de tiranías y opresiones; ¿qué podia fijarse en tan movedizo oleaje?

Sin embargo, al través de aquel mar de pasiones y sistemas, el soplo del Eterno hizo aparecer una *roca* á la que afianzó diciendo: Esta *pedra* tendrá por destino sostener la doctrina, la moral, la ley, que yo he predicado; esta *pedra* tendrá por destino sostener la Iglesia que yo he establecido para perpetuar mi espíritu; esta *pedra* tendrá por destino recibir y estrellar los embates de todas las olas y los impetus de todas las tempestades; esta *pedra* tendrá por destino reflejar la luz de la indeficiente verdad; esta *pedra* tendrá por destino aplastar las cabezas de las astutas serpientes que pretenden socavarla; esta *pedra* tendrá por destino ser la losa del imperio del orgullo, y servir de silla, de trono, de asiento á la justicia y á la sabiduría; esta *pedra* tendrá por destino ser la maestra de la ciencia de Dios y la directora de sus obras.

Justicia; sabiduría: tales son los dos polos del Cristianismo; justicia, sabiduría, que es igual á decir: plenitud moral en el corazón, plenitud científica en la inteligencia; que es igual á decir: santidad y verdad: hé ahí los dos elementos de vida social que parten y lue-

go convergen hacia este grande centro de economía cristiana que llamamos *el Pontificado*.

Si, JESUCRISTO constituyó al Pontificado centro de la economía cristiana; constituyóle para ser el cerebro y las entrañas de este cuerpo robusto y bien proporcionado que se llama *sociedad civilizada*: le constituyó sobrenatural regulador de las ideas y de los sentimientos; le constituyó para que sostuviera la dignidad, cimentara la unidad, basara la ciencia y definiera la ley de los pueblos.

Esta es la extension del destino del Pontificado: ¿comprendéis su importancia? Fácil os será reconocerla, aunque os hubiera pasado desapercibida, cuando os haya hecho ver que su cumplimiento constituye la civilizacion.

I.

En efecto, hermanos, la civilizacion no depende de otra cosa que del cumplimiento del destino del Pontificado, de manera, que el Cristianismo definiéndonos el Pontificado nos define *à priori* la civilizacion, y, recibidlo por via de anticipo, los enemigos de la Iglesia jamás han podido crear, ni podrán crear tampoco una civilizacion perfecta, porque emancipándose del Pontificado rechazan algunas cualidades integrantes de la civilizacion. Pero yo no quiero imponeros mis ideas. Vengo á sujetáros las en nombre de la razon ilustrada por el Cristianismo, y el Cristianismo accede gustoso á que os dé lo que deseáis: deseáis pruebas, creo poder dáros las.

Sin dignidad humana no hay civilizacion; sin Pontificado no hay dignidad humana. No la hay, puesto que sin él es indispensable la tiranía de las ideas ó la anarquía de las ideas; en uno y otro caso sucumbe la dignidad del hombre: si vence la tiranía de las ideas, sucumbe su dignidad, porque sucumbe su libertad; si es la anarquía de las ideas la que domina, sucumbe tambien su dignidad, porque la confusion le oculta hasta el último destello de la verdad; y sea que el hombre pierda de vista la verdad, sea que pierda el poder y la independencia para abrazarla y adorarla, ¿pensáis que puede salvarse su dignidad? No lo penseis. Pues bien; estad seguros que sin el Pontificado la inteligencia del hombre ha de ir á parar ó bajo la tiranía ó en medio de la anarquía. Porque, desengañémonos, ó es la razon de un hombre la que dice á la razon de los demás: «Yo veo lo que vosotros no veis, creedme bajo mi palabra,» y entonces tenemos un *racionalismo tiránico*; ó bien la razon de los maestros del pueblo es tan débil, que no tiene fuerzas para descubrir el criterio, superior, que indica la verdad, y se ve precisada á decir: «Guíese cada cual con su luz,» y entonces tenemos un *racionalismo libre*, que quiere decir, tenemos al hombre metido en un laberinto de sistemas ajenos y de vacilaciones propias; tenemos al hombre viendo agitada é invadida su conciencia; tenemos en el reino interior del

hombre la guerra de la razón extranjera que niega lo que su propia razón afirma, y tenemos la guerra inestina en su misma razón, la cual arruina su propia dignidad afirmando hoy lo que ayer negaba, destruyendo mañana el sistema que hoy erige.

Fuera de la Iglesia católica ha acontecido siempre lo mismo: ó el hombre domina al hombre, y tiene lugar la tiranía, ó los hombres se desprecian mutuamente, y tiene lugar la anarquía.

Peró Dios no quiso condenar para siempre al hombre á tan funesta alternativa: bajó para salvar lo que había perecido, y como la dignidad humana había perecido, trató de echar bases sólidas para su conservación en el porvenir. Hé ahí cómo:

Para evitar el despotismo de las doctrinas elevó la enseñanza: fundó una cátedra que ilustrara la tierra, sin que se apoyara en la tierra; cátedra á la que, á fuerza del *vapor de la virtud de Dios*, de que fue constituido depósito, debía ascender un hombre, quien por el hecho de ser ascendido á ella, había de perder algo de su humanidad, y obtener algo de la divinidad: me explicaré.

JESUCRISTO llamó á un hombre y le dijo: *Tú te llamarás piedra; y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia; no te faltará la fe, porque yo pido al Padre que no te falte*. Serás piedra, le dijo, y con esto quitó al electo pontífice la volubilidad humana; serás piedra, así atestiguó que reunía las cualidades para ser fundamento de un edificio, cualidades que hasta entonces ningún hombre había reunido. La humanidad era un mar, las obras humanas todo lo más eran barcos que flotaban si no se hundían; pero desde el momento en que se dijo á un ser humano: *Tú eres piedra*, la humanidad supo que tenía un punto fijo y firme donde apoyarse sin vacilar; un punto que tenía la nobleza del hombre sin ciertas imperfecciones del hombre.

JESUCRISTO no dejó empezada su obra; la concluyó gloriosamente, continuando como si dijera: *Eres ya piedra, no eres ya voluble, á semejanza de los demás hombres, pero no eres todavía bastante, voy á concederte más; te concedo que nunca puedas ser destruida por fuerza alguna, que nada pueda contra ti el error: yo estaré contigo, mi espíritu no te abandonará, las puertas del infierno no prevalecerán*: SERÁS INFALIBLE.

Serás infalible!!! ¿comprendeis toda la profundidad de esta palabra: *Serás infalible?* ¿puede ser esto? ¿No dijo Dios: *Omnis homo mendax?* En efecto: lo dijo y es exacto; mas JESUCRISTO dando la infalibilidad al Sumo Pontífice, significó que en cierto sentido el Sumo Pontífice es más que un hombre, es una nueva especie de criatura moral que ha perdido algo de los defectos humanos y obtenido algo de las perfecciones divinas.

Admirable es la táctica de la Providencia en este asunto: así obedecer al Pontífice no es obedecer al hombre sino á Dios: así no es la inteligencia del Pontífice, sino la infalibilidad del Verbo, que la ilustra, la que enseña; así, ni el hombre se acata ante el hombre, ni

proclama la independencia de su razón, de modo que en el establecimiento del Pontificado desaparecen á la vez la tiranía y la anarquía: la tiranía, porque las doctrinas que bajan de él son las del autor de la libertad; la anarquía, porque las doctrinas que bajan de él son las del centro de la unidad.

Colocado en este punto de vista, decía un día el P. Lacordaire: «De todas las esclavitudes la más dura, la más funesta en sus efectos es la de la inteligencia. Pues bien, la inteligencia es esclava toda vez que está sometida á superioridades individuales, y lo está á ellas siempre que la razón se forma por la enseñanza, y cuando todos los hombres, sin excepción, están sometidos desde el principio á una autoridad humana. El pueblo, esto es, la inmensa mayoría del género humano queda invenciblemente sujeta al yugo de su educación primitiva, y hasta los hombres que se llaman ilustrados obedecen á lo menos á la enseñanza de su país y de su siglo. ¿Cómo, pues, se compondrá el hombre para sacudir esta servidumbre? ¿qué recurso le queda para obtener la libertad á su talento? «Dos: ó que piense por sí mismo, lo que solo Dios lo alcanza, ó si está persuadido que para pensar necesita una enseñanza, no hay otro arbitrio aquí abajo que tener una autoridad que represente á la inteligencia infinita de Dios, y que comunique á cada cual el pensamiento divino por medio de una enseñanza divinamente establecida.»

En vista de esto ya puedo apoyarme en el P. Lacordaire para afirmar que el destino del Pontificado es ser indefectible vínculo de la sabiduría social: su reino es el de la sabiduría, porque es el de la infalibilidad. La felicidad humana puede realizarse partiendo de esta base, ya que ella cumple la hipótesis de Platon, formulada en estas palabras: *Beatas fore respublicas, si vel sapientes eis regerent, vel earum rectores sapientie student.*

No discurramos más acerca el particular: volvamos la atención á otra parte del destino pontificio, porque el Pontificado además de restaurar la dignidad humana restaura la dignidad social. ¿Y cómo? por medio de la unidad. Veámoslo.

II.

Antes del Cristianismo no existía sociedad: no podía llamarse tal el conjunto de elementos aislados y esparcidos por todas partes: no existía sociedad, porque faltaba unidad. No conociéndose ni siquiera las primeras nociones del deber y del derecho, la unidad moral, fundamento de toda otra unidad, era imposible: por esto existían soldados no ciudadanos; dominación ó señorío, no gobierno; y de esta falta de unidad moral provenía otra falta de unidad más tras-

1 P. Lacordaire, Conf. sobre la constitucion de la Iglesia.

cidental todavía: antes del Cristianismo la sociedad no admitía la unidad mas gloriosa, la unidad de Dios.

Diciéndolos que se desconocía la unidad de Dios puedo dispensarme de añadir una palabra mas: yo os aseguro que donde se desconoce la unidad de Dios, es inútil buscar *unidad* en ningun sentido. Dios es principio de la vida; ¿puede ser una la vida cuando no es uno su principio? No lo puede; y aun he dicho poco: no solo es imposible que sea una la vida si no se reconoce la unidad de su principio, sino que hasta la vida es imposible faltando tal reconocimiento: hé ahí por qué la vida no estaba en el paganismo; el paganismo era un sistema de negaciones: su base era la idolatría: la idolatría es la negacion de Dios, y por consiguiente la negacion del orden de Dios emanado, y por consiguiente la negacion de la sociedad constituida por este orden, y por consiguiente, negacion de la familia reclamada por esta sociedad, y por consiguiente, negacion del hombre, elemento indispensable de la familia. Para obviar los males consecuentes al sistema de negacion universal, desarrollado por la negacion de la unidad, JESUCRISTO fundó el plan de su divina regeneracion en la *unidad*.

Vino á fundar la sociedad nueva sobre las ruinas de la antigua; y san Pedro, el primer pontífice, se declaró continuador de la obra de JESUCRISTO, exhortando á las naciones á publicar las grandezas de aquel que las sacó de las tinieblas á su luz admirable: «*Vosotros, les decía, que antes ni siquiera érais pueblo, y ahora sois el pueblo de Dios: Qui aliquando non populus, nunc autem populus Dei*».

Y para realizar este prodigioso cambio, JESUCRISTO explicó el sistema conveniente: *Sed unos como mi Padre*, dijo, *sed unos para que reconozca el mundo que mi Padre me envió*. Así habló JESUCRISTO: de manera que dió tanta importancia á la unidad, que la declaró prueba convincente de la divinidad de su poder, de su doctrina y de sus instituciones. Dió mas importancia á la unidad de los discípulos, que el recuerdo de las curaciones y resurrecciones obradas por su palabra: no les encargó resucitaran muchos muertos, curaran muchos enfermos, cambiasen muchas montañas de lugar, sino que fuesen siempre unos: su encargo supremo fue que sus discípulos formaran *un* solo rebaño con un solo pastor: *con un solo pastor!* Hizo, pues, al pastor centro de la unidad: y si centro de la unidad, bien podemos decir centro de la sociedad. Y constituyó pastor de la sociedad al Sumo Pontífice: *Pasce oves*; hé ahí, pues, otra parte gloriosa del destino del Pontificado. Siendo centro de la sabiduría y del gobierno de todos los pueblos; siendo la piedra fundamental de la sociedad constituida segun la fe, la justicia y el amor, vino á coronar en el tiempo el desarrollo del plan de Dios, el cual *es* fin de que *el* pueblo paciera á la sombra de un solo pastor, le envió á Abra-

¹ I Petr. 1, 10.

«han, primer autor de la sociedad fundada en la circuncision; á Moisés, autor de la sociedad fundada en la ley; á los Jueces, autores de las sociedades fundadas en el culto del Dios uno, á diferencia de las sociedades idólatras; en fin, á los Profetas, destinados á «desviar del mal á los pueblos acercándoles á Dios». Este plan constante de unidad fue completado, en efecto, proclamando JESUCRISTO la unidad de bautismo, la unidad de doctrina, la unidad de ley: pero para que no pareciera despótica esta unidad, representada y basada en la unidad de autoridad, JESUCRISTO dió á los hombres dos supremas garantías de justicia: una divina, otra humana.

La garantía divina está en la misma esencia de la institucion: la garantía histórica tiene su hipoteca en las mismas transacciones de los siglos: la primera es la promesa de la infalibilidad; la segunda la espontánea universalidad de los pueblos en aceptar la doctrina infalible. La primera se nos manifiesta confirmada en la consecuencia admirable de la palabra pontificia, jamás desmentida en el período de diez y nueve siglos; la segunda en este movimiento cada dia ascendente de los pueblos dirigido á unir su *credo* al *credo* de la Santa Silla. La universalidad del asentimiento y la infalibilidad de la institucion son las bases de la unidad social establecida por el Pontificado.

Y no es menos interesante la igualdad de las jerarquías, de la que este poder es regulador: esta piedra, como os decía, no fue solo escogida de la tierra, sino que fue elevada sobre la tierra, de modo que constituye una verdadera montaña, cuya sombra domina las cumbres de las demás montañas, hasta las mas erguidas; un constante Sinai, desde el que se publica la ley indispensable para todos: para todos: ved ahí por qué el Pontífice que Dios ha llamado á aquella cumbre, á pesar de estar en ella tan elevado, como que es la cúspide de la columna de la verdad, despues de haber dirigido al mundo las órdenes y los preceptos del Altísimo, desciende de su supremo rango, digámoslo así, y va á colocarse en la fila de los demás hombres, distinguiéndose de ellos solo por el lugar humilde que entre ellos escoge, pues se llama, no *siervo de Dios*, como los otros, sino *siervo de los siervos*.

Reasumamos: la Santa Silla ha tenido por destino histórico impedir que el hombre saliera de sí mismo para dominar á los demás; velar para la conservacion de la dignidad humana y de la dignidad social, declarándose contra todo despotismo que la degradara. De ahí el destino de la Santa Silla, rápidamente estudiado en su misma naturaleza, en la fórmula con que fue instituido, y en los siglos que le recibieron.

¿Qué os parece, hermanos? Si se pesan los principios que acabo de sentar, ¿podrá continuarse diciendo: que el Pontificado es viejo, que

¹ Cayetano.

su destino concluyó? Respondan sus enemigos. Yo he probado con calma, que el destino del Pontificado es salvar la dignidad humana y social haciendo posible la civilización: demostré que sin el Pontificado es indispensable la tiranía ó la anarquía, porque sin él, ni puede vivir la libertad, ni puede encontrarse la verdad ni la unidad.

Se acusa á los católicos de que declaman sin probar: «Discutid y verémos,» se nos ha dicho: pues bien: aceptamos el reto; el Pontificado nos alienta á aceptarlo; es él que por órgano de san Pedro nos manda *estar prontos á dar satisfaccion á cualquiera que nos pida cuenta de la esperanza en que vivimos*; es él quien nos manda *hacerlo con modestia y circunspeccion, como quien tiene buena conciencia*.

Los enemigos han dicho: la filosofía de la historia sepultará la teología: en este campo no entrarán los teólogos. ¡Ah! se engañaron. Ya nos tienen en su campo. Por fortuna el Catolicismo domina la historia, y así cuanto mas se profundice la historia, mas se ensalzará la razón cristiana. Deseo, hermanos, que la ciencia filosófica de la historia se cultive, se popularice, cierto de que el día en que el pueblo sea filósofo, aquel día, dejad que use una palabra vulgar, aquel día será *papista* y — modo *italianísimo* — aquel día será *papellino*. Los argumentos que he insinuado — pues no me ha sido posible desarrollarlos — en este discurso, bien meditados probarán á los adversarios de las glorias pontificias, que en este punto es á ellos á quienes no conviene una discusión calmada y seria: de modo que, á pesar de ser yo joven cadete en el ejército de la verdad, digo lo que siento, armado con la espada de la razón, — dejad que me dirija á ellos aunque no estén aquí, — armado con la espada de la razón católica no, no me espanta vuestra filosofía: cuando os veo con la tea en la mano me haceis temblar, cuando os veo con el argumento en los labios me haceis reír: quiere decir esto: podéis incendiar el mundo, convencerle, no.

El destino del Pontificado es, pues, semejante á tu destino, ó María; tu destino fue aplastar la cabeza de la serpiente, amparar el mundo con la sombra de tu manto, y presentarte ante las generaciones coronada de celestes virtudes: pues bien, tu figura es la de la Santa Silla.

Esta vió una serpiente que roía la dignidad humana y la aplastó: vió que los pueblos necesitaban protección, y extendió sobre ellos el manto de amorosas y caritativas instituciones: ella ha ostentado siempre una brillante corona de virtudes, semejante á esta corona de estrellas que realza la belleza de tu sien augusta, ó santa Virgen: tu destino, Señora, fue ser casa de la sabiduría encarnada; el de la Santa Silla fue ser casa de la sabiduría perpetuizada: *Sapientia edificavit sibi domum*.

El destino del Pontificado nos indica el carácter de su concepción ú origen, como la concepción de María nos fue ilustrada por el estudio de su virginal destino.

III.

Mucho hay que considerar en la concepción inmaculada de esta obra suprema: sobre ella voy á dirigiros algunas consideraciones, advirtiéndole que ellas son mas bien dirigidas á vuestra piedad que á la razón incrédula, pues las apoyaré en un libro, que á pesar de contener los principios de toda ciencia y las leyes de toda sólida discusión, preciso nos es convenir que no obtiene la confianza de los extranjeros al reino de Dios. Á vosotros que creéis dirijo ahora exclusivamente la palabra.

La concepción de María fue la primera piedra de la gran obra de la encarnación del Verbo; el primer trabajo inmediatamente encaminado á la formación de aquel sacrosanto cuerpo, templo vivo, que se abrió de par en par en el Calvario para que en él se refugiase la humanidad errante: la concepción del Pontificado fue la primera piedra de este inmenso templo, la Iglesia cristiana, que construida según el modelo del templo vivo, extiende sus bóvedas sobre el orbe todo, dilata, universaliza, perpetúa y socializa el refugio primitivo, proporcionado por la persona de Cristo.

Las entrañas de la Virgen debían sostener la sabiduría personal, el Pontificado debía sostener la sabiduría secular del Cristianismo. Una y otra concepción se nos presenta, pues, con todos los caracteres de un hecho culminante, distinguido en los planes de la divina Providencia. No extrañemos, pues, que estos dos hechos culminantes en la historia de la sabiduría de Dios hayan tenido su anuncio simbólico en los antiguos tiempos: yo vengo á estudiar los gloriosos símbolos de la concepción y destinos pontificios en cuatro épocas: en la de la creación, en la de los Patriarcas, en la de los Jueces, en la de los Reyes. Veámoslo:

Época de la creación.

El Verbo crió en el principio todas las cosas: hizo la luz, dividió el mar de la tierra, cubrió la tierra de yerbas, flores y árboles, estableció el orden, y cuando todo estuvo preparado, en la víspera del día del descanso, tomó un pedazo de fango é hizo el hombre, y lo hizo á su imagen, y lo colocó en el paraíso de los deleites, á las orillas del río que brotando cercano al árbol de la vida, recorría la tierra, la regaba, la fecundizaba. Como observáis, todo fue allí digno, noble, puro.

JESUCRISTO vino cuando la tierra era un caos; cuando estaba hueca de espíritu y las tinieblas del error la cubrían; pero predicó, enseñó, habló: *Dixit*, y fue hecha la luz de sus doctrinas, separó la doctrina de la luz de las doctrinas de las tinieblas, y estableció el orden cristiano, y la tierra hasta entonces seca la cubrió de bellos senti-

mientos, de extraordinarias virtudes, y cuando todo estuvo preparado, procedió á hacer un nuevo hombre, hombre que hizo tambien, como el primero, y mas que el primero, á su imágen.

¿Y cómo lo hizo? Al hombre, primera imágen, lo hizo de polvo: *Pulvis es*, fue Adán: al hombre, segunda imágen, lo hizo de piedra; *Tu es Petrus*, fue el Pontificado: el Pontificado fue el hombre institucion, pues su destino era ser cabeza de la Iglesia, sociedad reformada: Adán fue tambien hombre institucion, pues su destino era ser cabeza de la humanidad, sociedad primitiva: era este, un hombre institucion, pues de él habian de salir los demás hombres; era aquel, hombre institucion, porque de él habian de salir todos los Santos que constituyen la Iglesia. Adán, obra del paraíso, se desfiguró; el Pontificado, obra de Cesarea, no podia desfigurarse; la imágen divina no podia desvirtuarse en este, debia ser una obra permanente, porque fue hecho de piedra; la imágen divina se desvirtuó en Adán, el Verbo le dejó en libertad de cambiar de figura, la hizo de polvo; aquel polvo fue tomado de tierra extraparadisiaca; la piedra de la que fue hecha el Pontificado, lo fue del paraíso de la Iglesia; el Verbo llamó al mas obediente de sus discipulos y lo transformó en piedra, lo hizo pontífice: esta piedra fue confirmada en la justicia; aquel polvo fue dejado en libertad, ved ahí por qué luego de haber sido criado Adán Dios le dijo: *Si comieres esta fruta morirás*, consignando la posibilidad de que la imágen se envileciese: no así despues de haber sido constituido el Pontificado: *Las puertas del infierno*, le dijo, *no prevalecerán contra ti, no te degradarás, no morirás*.

La pureza original del Pontificado y de Adán está consignada en estas sagradas palabras: la concepcion de ambos fue debida á una misma virtud; al poder generador del Padre, á la potencia creadora del Verbo y á la union fecundizadora del Espíritu Santo, estas tres virtudes, vivas en las tres divinas Personas, dijeron en el paraíso: *Hagamos al hombre*; las tres virtudes, representadas en el Enviado, dijeron: *Establezcamos sobre esta piedra la Iglesia*.

Dios no hizo á Adán para que estuviese solo, sino para que fuera el apoyo de un ser semejante á él, salido de él, y del que él debia ser cabeza y guia: Dios constituyó al Pontificado, no para que permaneciera solo, sino para que fuese apoyo, ó columna, ó fundamento de una institucion, semejante á él porque con él identificada; salida de él, ya que de él habia de tomar su fuerza, su sabiduría y su luz; cuerpo de él, pues él habia de ser su cabeza y guia. La Iglesia es la nueva Eva: Jesucristo la presentó al Pontificado como hija y como esposa: el Pontificado pudo saludarla: *Os ex ossibus meis*.

Á Adán y Eva dijoles el Verbo: *Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y enseñareos de ella*: al Pontificado y á la Iglesia dijoles JESUCRISTO: *Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas*, es decir, multiplicaos en ellas por medio del bautismo, generacion espiritual, dominadlas por medio de la enseñanza.

Y aquel Adán que á la sombra del árbol de la ciencia recibió en medio del paraíso uno á uno los animales de la tierra para darles su nombre correspondiente, ¿no fue la figura exacta de ese Pontificado que á la sombra de Jesucristo, verdadero árbol de la vida, recibe en medio de la Iglesia los sistemas de la tierra, y á cada uno le da el nombre que corresponde á sus formas é indicaciones?

Tal hizo Adán en su calidad de vicario de Dios en la tierra¹, tal hace el Pontificado en la misma relevante y perfeccionada cualidad.

La Virgen Maria nos presentó tambien otro lazo de intimidad entre la creacion universal y la creacion católica: la intimidad de su presencia: ella nos dice: «Cuando el Señor estableció los fundamentos de la tierra yo estaba con él: *Cum ipso eram*. Hay dos orbes y por lo tanto dos fundamentos: los orbes son: el universo y la Iglesia; los fundamentos son: las leyes universales y el Pontificado: cuando el Verbo creaba el globo, Maria estaba presente en idea: *Ludens coram eo*: Maria estaba presente en el espíritu de JESUCRISTO cuando fijaba las bases de la Iglesia, creando el Pontificado: *Quando appendebat fundamenta terrae, cum eo eram*.» Pasemos á la

Época de los Patriarcas.

En las tres primeras figuras de aquella época se me presentan simbolizados los tres grandes principios del poder universal: Dios, el Redentor, el Pontificado. Dios se nos representa en Abraham, el Redentor en Isaac, el Pontificado en Jacob.

En efecto: Abraham significó á Dios Padre: «primero, en cuanto tiene un solo hijo al cual da todo lo suyo; segundo, Abraham no quiere que su hijo quede solo, sino que piensa solícito en darle una esposa, la cual le para hijos; Dios Padre quiso tambien que su Cristo se uniera á la Iglesia, y que fuese por esta fecundo, diciéndole: *Pídeme y te daré las naciones en herencia*; tercero, Abraham procura las bodas de su hijo, enviando un criado—pues si él no le hubiera enviado, el criado no hubiera ido—es el que hace llamar á la esposa—de otra manera esta no hubiera venido—así Dios es el autor y principio de nuestra salud; él nos envió los Profetas y Apóstoles que nos llamaran—de otra manera jamás nos hubiésemos acercado á Cristo: cuarto, Abraham ejecutó el proyecto, no por sí, sino por medio de un criado anciano y fiel; Dios confió las ovejas y la esposa á los mas fieles pastores; de ahí que dijera á Pedro: *¿Me estimas mas que estos?* apacienta mis ovejas: quinto, Abraham recibe el juramento de su criado, así Dios nos obliga á ser predicadores, á predicar bajo grave responsabilidad: sexto, Abraham escoge por esposa de su hijo una que sea de la misma sangre y costumbres de

¹ Talis fuit Adam velut Dei vicarius in terra. (Aláp. lib. Sap.).

«Isaac, así Dios quiso que JESUCRISTO tuviese una Iglesia santa que le fuese de honor: *Sancti estote, quia ego sanctus sum.*»

Isaac nos anunció lo que hizo CRISTO en el tiempo de sus desposorios: «Isaac había salido al campo, cuando le llegó la esposa, JESUCRISTO había venido á la tierra: Isaac salió al anochecer, JESUCRISTO vino en la última edad del mundo: Isaac habitaba entonces el país austral, JESUCRISTO venia del frio Aquilon, que designa el juicio, y se vuelve hacia el austro de la misericordia: Isaac se paseaba cerca del pozo de aquel que *vive y ve*, y el que *ve y vive* es Dios, á cuyos ojos todo está abierto y desnudo: fuente y pozo del que *ve y vida* es la Escritura. El camino de la fuente es la pasión de su humanidad, por esto CRISTO en su peregrinación andaba cumpliendo hoy esta mañana aquella profecía, hasta que todas cumplidas pudo decir: *Consummatum est*: Isaac va al encuentro de la esposa que llega, y JESUCRISTO sale también al encuentro con su gracia á todos los que se dirigen á él, como se nota en la historia de Zaqueo y del hijo pródigo: Isaac recibió á Rebeca no como criada sino como esposa, así CRISTO recibe la Iglesia: Isaac acompañó á Rebeca en la tienda de Sara su madre, CRISTO acompañó á la Iglesia de las naciones en el lugar de la Sinagoga de los judíos, de los que había sido *progenerado*: Isaac estimó de tal manera á Rebeca, que su amor templó la amargura que le había causado la muerte de su madre, JESUCRISTO viendo la ciudad lloró por ella, pero adoptando á la Iglesia de las naciones templó su dolor.¹»

El clásico colorido y demás bellezas de los dos cuadros que acabo de reproducir, os habrán advertido ya que no son de mi pincel. La Compañía de Jesús cuenta entre sus sagrados intérpretes un genio bíblico, de cuyos preciosos conceptos me valdré alguna vez, porque en esto de iluminar pasajes de la Escritura santa, ¿quién no reconoce en Cornelio Alápide el gran Rafael de la hermenéutica?

Feliz he sido pudiendo intercalar este fragmento precioso, en que Dios Padre y Dios Hijo se ven representados en la primera época por Abraham é Isaac; pero me falta un cuadro que debo trazar yo, pues él ha de coronar la idea cuyo desarrollo escucháis. Jacob simbolizando el Pontificado.

Isaac en su vejez engendró á Jacob en Rebeca, JESUCRISTO cuando había terminado ya su carrera, despues de haber resucitado, despues de haber comido en la última aparición que nos refiere san Juan, engendró la vida pontificia. Jacob fue concebido *extra* el período comun á la naturaleza en lo respectivo á la edad y esterilidad de su madre; estéril y vieja y enfermiza era la sociedad para concebir una institución perpétua é infalible: Jacob estuvo en las entrañas de la madre con Esaú; salió Esaú primero del útero materno, pero agarrado al talon de Esaú salió Jacob: la Sinagoga y la Iglesia

¹ Aláp. in Genes.

estuvieron unidas en los destinos de la Providencia, segun cuyas disposiciones, primero nació la Sinagoga, Esaú; pero el Pontificado, nuevo Jacob, salió agarrándola el pié, es decir, deteniendo su marcha: Jacob compró á Esaú su derecho de primogenitura, el cual se lo vendió para satisfacer un apetito sensual; la Sinagoga carnal despreció los derechos espirituales que había recibido, y los legó al Pontificado. Jacob buscó á la sombra misma del padre la ofrenda propiciatoria de la bendición; Esaú se fué á buscarla léjos de la casa, y por lo tanto, léjos de la presencia de Isaac: la Sinagoga se apartó de JESUCRISTO, y fué á buscar en los sacrificios materiales el precio de su paz y bienandanza; al contrario, Simon Pedro un momento antes de ser constituido pontífice supremo estaba en su barco de pesca, y al ver al Señor en la orilla salta del barco, se echa á la mar, confia el asunto de la comida al mismo Redentor, y despues de haber comido el manjar de su providencia, recibe de CRISTO la bendición.

Jacob es el símbolo de Pedro: tres veces Isaac habló con especial énfasis á Jacob antes de constituirle en su derecho; tres veces Jesucristo se dirigió á Pedro antes de constituirle su pontífice. Primera voz de Isaac á Jacob: *Quién eres tú, hijo mio?* Primera voz de Jesucristo á Pedro: *Pedro, ¿me amas mas que estos?*

Segunda voz de Isaac á Jacob: *¿Eres tú el hijo mio Esaú, ó primogénito?* Segunda voz de Jesucristo á Pedro: *Simon hijo de Juan, ¿me amas?*

Tercera voz de Isaac á Jacob: *Llégate á mí y dame un beso, hijo mio.* Tercera voz de Jesucristo á Pedro: *Simon hijo de Juan, ¿me amas?*

Notadlo: Isaac queria asegurarse de la primogenitura legal de Jacob, antes de darle su bendición hereditaria; JESUCRISTO queria asegurarse de la primogenitura de Pedro en el amor antes de darle la supremacía pontificia.

Despues de las tres respuestas dadas por Jacob á las preguntas de Isaac, bendijo este á aquel diciéndole: *Bien se ve que el olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido á quien el Señor bendijo. Déte Dios por medio del rocío del cielo y de la fertilidad de la tierra, abundancia de trigo y vino. Sirvante los pueblos y adórente las tribus: sé señor de tus hermanos, é inclínense profundamente delante de ti los hijos de tu madre. Quien te maldijere, sea él maldito, y el que te bendijere, de bendiciones sea calmado.*

Semejante á esta es la bendición dada por JESUCRISTO á Pedro: *Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas: lo que tú atares en la tierra, atado será en el cielo:* la primacía entre sus hermanos le fue entregada, el reino de la verdad y de la abundancia le fue prometido, la justicia y la gloria y la gracia le fueron asignadas por patrimonio.

«Esaú queria matar á Jacob, la Sinagoga queria matar á Pedro; Jacob peregrinó segun las órdenes que había recibido de Isaac,

«Pedro peregrinó según las órdenes recibidas de JESUCRISTO; Jacob antes de erigir un altar á Dios en Betel, soterró los ídolos, el Pontificado derribó la idolatría antes de erigir en el Capitolio la casa del Dios vivo; Jacob luchó con un Ángel, el Pontificado hizo violencia á Dios con sus oraciones; á Jacob la sabiduría le acompañó hasta la casa de Laban, en la que encontró riquezas, esposas e hijos, por lo que alcánzole pudiese recorrer sano y salvo todo el trecho que va de la Mesopotamia al lugar donde Laban habitaba, según se lo había prometido Dios, en medio de las dificultades y asechanzas que le tenía preparadas su hermano Esaú¹.» La sabiduría acompañó al Pontificado al lugar escogido para establecer la cátedra, el trono y el altar del Señor, haciendo que recorriese sano y salvo todo el camino que va de Jerusalem á Roma, en medio de los peligros, dificultades y asechanzas que le tenían preparados su hermano el judaísmo y su enemigo el gentilismo.

Abrahan, Isaac, Jacob son tres figuras, realizando la unidad en la historia antigua y simbolizando la unidad de la historia cristiana: el Pontificado, concebido por JESUCRISTO, JESUCRISTO engendrado por el eterno Padre, son la realización viva y completa del primitivo grupo de los Patriarcas. Grupo que yo os he descrito para que en el enlace del origen é historia del Pontificado con la obra del Verbo y con las manifestaciones del Padre, viérais confirmada su divinidad y fuera de duda su pureza.

Época de los Jueces.

Barac, Gedeon y Jefe descansaban ya en el sepulcro; el pueblo del Señor estaba en manos de los filisteos, cuando el Ángel se apareció á una mujer diciéndola: Tú eres estéril y sin hijos, pero concebirás y parirás un hijo, á cuya cabeza no tocará navaja, pues ha de ser nazareo, ó consagrado á Dios, desde su infancia: y él ha de comenzar á libertar á Israel del poder de los filisteos. De ahí el anuncio de la concepción de Sanson.

Los Patriarcas, los Jueces, los Reyes de Israel habían pasado ya, el pueblo del Señor gemía bajo el yugo de los romanos cuando el Verbo divino se apareció á la sociedad estéril y le dijo en sustancia: Yo te haré concebir una institución á cuya cabeza no tocará navaja, es decir, á nadie se sujetará sino á Dios, al cual estará consagrada: ella empezará á establecer la libertad universal: hé ahí el anuncio de la concepción del Pontificado.

No mucho despues de nacido el Niño, bendito de Dios desde su origen, dijo á su padre: He visto en Tamnata una mujer entre las hijas de los filisteos, la que os ruego me tomeis por esposa, pues me ha caído en gracia.

¹ Alóp. lib. Sap.

Pero mientras con su padre y madre Sanson se dirigia á Tamnata, hé ahí que le salió al encuentro un cachorro de leon, feroz y rugiendo, el cual arremetió contra él.

Mas el espíritu del Señor entró en Sanson, quien despedazó al cachorro, haciéndole trizas, y eso que no tenía arma alguna en la mano.

Ahora bien: aquella lejana hija de los filisteos de que Sanson se enamoró por esposa, ¿no pudo simbolizar la mas bella entre las ciudades hijas del paganismo, esto es, Roma, elegida por el Pontificado como un lugar de descanso? Y el leon que por el camino despedazó, ¿no pudo significar la fuerza del imperio, á pesar de la que, y venciendo la que, aun sin armas, Pedro dió á Roma el ósculo sponsalicio?

Aquel Sanson á quien sus enemigos ataron con dos cuerdas nuevas, y le sacaron de la Peña de Etam, ¿no fue la imagen de Pedro, á quien los romanos sacaron de las entrañas de la tierra ó catacumbas para sepultarle, atado con cadenas, en la cárcel Mamertina?

Sí, Pedro atado en la cárcel Mamertina estuvo preunciado por Sanson atado en la Peña de Etam; como Sanson rompiendo y deshaciendo con el auxilio del espíritu del Señor, á la manera de lino, sus ligaduras, fue la figura de Pedro, á quien el Ángel del Señor desató las cadenas de que los romanos le habían cargado.

El espíritu del Señor comunicó á Sanson la fuerza de la libertad hasta el grado que no hubo ya para él cerrojos, ni puertas capaces de impedirsele, pues le dió virtud de arrancarlas, de cargárselas al hombro, de transportarlas á la cumbre de las montañas: el mismo grado de libertad el Ángel dió á Pedro: ya para el Pontificado son inútiles centinelas, cárceles y puertas: las puertas se le abren, las cárceles se le allanan, los centinelas ven que se les escapa y quedan «sentados puestas una pierna sobre otra¹.»

Pero todavía hay otra semejanza profunda entre Sanson y el Pontificado: Sanson no desapareció de la tierra sino derribando el templo de sus enemigos, y sepultando en su sepulcro al juez perseguidor; el Pontificado nunca desaparece, pero cuando el primer pontífice murió, con su muerte derribó el Capitolio de la idolatría, y sepultó en su sepulcro la última esperanza del imperio pagano.

Demos un paso mas, lleguemos á la época gloriosa de los reyes de Israel.

Época de los Reyes.

Mirad las circunstancias en que tuvo origen el reinado de Salomon, y no se os ocultarán las analogías profundas que tuvo con el del Pontificado. David, representante de JESUCRISTO, había prometi-

¹ Judic. xv. 8.

do á su esposa Betsabé que Salomon reinaria, y conforme á su promesa, á pesar de las indignas tentativas de Adonias para sentarse en el solio de su hermano, David, en el último período de su vida, le hizo sentar en su trono: pues bien, David era la figura de JESUCRISTO, el que antes de postrarse en el sepulcro prometió á Pedro que le daría las llaves del reino de los cielos, esto es, el cetro del reinado del mundo, la figura de JESUCRISTO, que á pesar de los esfuerzos de la Sinagoga para reinar en vez de la Iglesia, dió á la Iglesia el cetro que le habia prometido, diciendo á Pedro: Apacienta, esto es, rige.

Á Salomon dió el Señor «una sabiduría y prudencia incomparable y una magnanimidad inmensa como la arena que está en las playas del mar: aventajaba la sabiduría de Salomon á la sabiduría de todos los orientales y de los egipcios. Era mas sábio que todos los hombres... y era muy celebrado en todas las naciones comarcanas. Pronunció tres mil parábolas, y sus cánticos fueron mil y cinco. Por lo que venían de todos los países á escuchar la sabiduría de Salomon y enviados de todos los reyes de la tierra, entre los cuales se habia reparcido la fama de su sabiduría!»

Sin apartar la vista de este cuadro bíblico de las bellezas intelectuales del gran Rey del Antiguo Testamento, extended la mirada hasta al gran Pontífice del Testamento Nuevo.

El Espíritu Santo, derramando el lleno de sus gracias en el camino de Jerusalem, convirtió al colegio apostólico en un areopago admirable por su ciencia, y toda la ciencia la concentró en la cabeza de aquel compacto cuerpo. Si, el Oriente y el Egipto, á pesar de haberse distinguido por los vastos y sublimes pensamientos de sus escuelas, no habian oido palabras tan elevadas como las que dirigió al mundo el Pontificado. Pedro redondeó los incompletos principios de Platon; y á las pocas veces de abrir sus labios inspirados, las muchedumbres y los sábios repitieron esta frase de la Escritura: *Et præcedebat sapientia Salomonis sapientiam omnium orientalium et ægyptiorum.*

El Príncipe de los Apóstoles no tardó á conquistar fama del mas sábio de los hombres: *Et erat sapientior cunctis hominibus:* presto todas las naciones, no solo las vecinas á su silla, sino las mas lejanas de ella quisieron escuchar su sabiduría, y siendo la sabiduría de Pedro, no propiedad del que fue pescador, sino del mismo Pontificado, por esto su fama ha ido transmitiéndose, el catálogo de parábolas ha ido aumentándose, y todos los reyes de la tierra han enviado sus legados al pié de su trono.

Et veniebant de cunctis populis ad audiendam sapientiam Salomonis, et ab universis regibus terræ, qui audiebant sapientiam ejus.

¿Deseáis mas analogias?

¹ III Reg. 17, 29, 30, 31, 32, 34. — ² Ibid. 34.

Os insinuaré otra de las muchas que me acuden, y pasaré á la conclusion de este discurso, mas extenso ya de lo que me habia propuesto. David era el simbolo de JESUCRISTO: aquel llevó de una parte á otra el arca de la alianza; este llevó de una parte á otra, no fijándola en ninguna, el arca santa de su cuerpo: Salomon encontró lugar para fijar la primera, y la fijó; la fijó, y en esto fue simbolo del Pontificado, que fijó en Roma la silla de la doctrina infalible y de la moral cristiana, arca de la verdadera alianza de los pueblos.

Juzgo haber cumplido mi palabra: os he dicho que veriamos al destino y concepcion de la Silla pontificia simbolizados claramente en las cuatro épocas principales de la edad antigua; y os lo he enseñado, en la época de la creacion, en la época de los Patriarcas, en la época de los Jueces y en la época de los Reyes.

Pura como la de María debió, pues, ser la concepcion de esta obra maestra del divino poder: María nos dice: Yo salí de la boca del Altísimo: *Ego ex ore Altissimi prodivi:* ¿de qué boca salió el Pontificado sino de la de aquel á quien la Iglesia saluda: *Tu solus Altissimus?* De la boca de JESUCRISTO salió esta palabra: Te llamarás Pedro; sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; á tí te daré las llaves del reino de los cielos; pastorea mis corderos, pastorea mis ovejas: de la boca de la Sabiduría salió todo esto, esto es lo que constituye el Pontificado, luego el Pontificado puede decir como María: *Ego ex ore Altissimi prodivi.*

Y tambien como María puede decir: El Criador de todas las cosas dió sus órdenes y me habló: y el que á mi me dió el ser estableció mi tabernáculo: María y el Pontificado pueden decir: Me alcé como un hermoso olivo en los campos: en el tabernáculo santo ejercité el ministerio mio, y mi morada, vedla, en los altísimos cielos.

¡Ah! vosotros, los amadores de la pureza, venid y ved si puede concebirse algo mas puro que esta niña y esta institucion, las cuales se diferencian de todas las instituciones y de todas las niñas por la plenitud de las gracias: seguid la historia y ved si encontraréis en ella otra institucion y otra virgen ante cuya belleza respectiva pueda decirse: Verdaderamente el espíritu del Señor adornó los cielos.

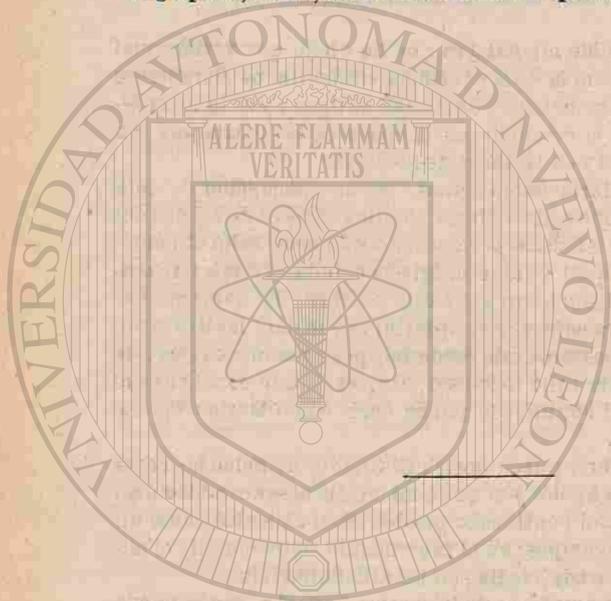
Examinad la hermosa ciudad que corona la cumbre del Cristianismo.

Ella es ciudad descendida del cielo: ¿qué es lo que la forma? ¿qué es lo que la embellece? su luz y su fundamento: ¿y qué es lo que constituye la luz de la ciudad de Dios? tú, María, tú eres su luz, tú que llevas el sol por vestido, las estrellas por diadema, la luna por calzado; tú eres la luz de la ciudad de Dios, ya que su claridad nace de aquel que tú concebiste para inundar el mundo con su divina claridad. Su luz es María: y su fundamento ¿cuál es? permitidme que para contestaros os pregunte: ¿de qué es? la Escritura lo dice: es



de mármol jaspeado: el mármol es piedra dura; su jaspe simboliza la pureza y el amor: sabemos, pues, cuál es el fundamento de la gran ciudad: *ex lapide jaspide*, ó sea la institución: *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*.

El Pontificado es el fundamento, María es la luz de la nueva ciudad: ciudad bajada del cielo con su luz y su fundamento, y si bajada del cielo, luego concebida en el cielo; y si concebida en el cielo, luego pura, santa, inmaculada desde un principio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CONFERENCIA TERCERA.

Virginidad de María y del Pontificado.

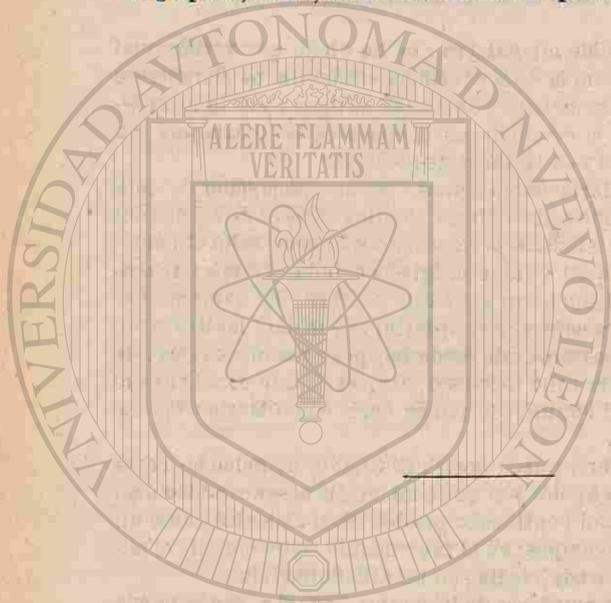
Virum non cognosco.

Relaciones entre el llanto del niño Jesús y la alegría de los Ángeles reproducidas en la Asociación de las Siete alegrías de María.—A la Silla pontificia como á María el Ángel puede decir: *Ave gratia plena*; la Silla pontificia como María puede contestar al Ángel: *Virum non cognosco*.

- I. La causa de que el Espíritu Santo descienda á María y que la virtud del Altísimo la fecundice es su virginidad.—El Criador y el Redentor obrando sobre la virginidad.—Encomios de la virginidad.—Símbolos de la virginidad pontificia.—Testimonio de ella dado en estas palabras de Jesucristo á Pedro: «No es la sangre ni la carne la que te ha inspirado esto.»—La virginidad del Pontificado demostrada por la divinidad del fruto.—La virginidad de la institución se continúa en la virginidad de la historia.—La historia de la Iglesia es una colección de páginas en cada una de las cuales el Pontificado demuestra el *Virum nos cognosco*.—El Pontificado es como María vírgen *in corpore*, vírgen *in mente*, vírgen *in professione*.
- II. Virginidad material del Pontificado.—Análisis de los elementos materiales que le constituyen.
- III. Virginidad mental del mismo.—Diversas clases de adulterio en los sistemas.—Adulterios con el orgullo, con la ambición, con la concupiscencia, con el espíritu dominante.—Hermosura y escasez de la virginidad de las inteligencias.—Relaciones del ebionismo, del sabeianismo, del maniqueísmo, del protestantismo, y del socialismo, con la virginidad de las escuelas.—Fundamento de la virginidad intelectual del Pontificado.—Contraste de la doctrina pontificia con la de los sistemas adulterados.—La virginidad del Pontificado revelada en su pobreza, en su celibato, en su sacrificio, en su lucha continua.
- IV. El Pontificado es vírgen en sus obras.—Ha rechazado con vigor y eficacia todos los tentadores de su integridad.—La civilización constituida por la Silla pontificia es hija de Dios: en ella las virtudes divinas son fundamento de las grandezas sociales.—Bajo qué punto de vista puede aplicarse al Pontificado en lo que respecta á la civilización de él nacida el *quod ex te nascetur sanctum, vocabitur Filius Dei*.—Como el casto aislamiento del Pontificado ha exiliado la susceptibilidad de los poderes y escuelas racionalistas.—La razón de los hombres de Estado, la razón de los hombres de genio y la razón popular han combatido á la Virgen y á la Iglesia.—En el triunfo del Pontificado sobre los tres elementos brilla el *Virum non cognosco*.—¿En qué el Pontificado se parece al fénix.—La virginidad del Pontificado le libra de

de mármol jaspeado: el mármol es piedra dura; su jaspe simboliza la pureza y el amor: sabemos, pues, cuál es el fundamento de la gran ciudad: *ex lapide jaspide*, ó sea la institución: *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*.

El Pontificado es el fundamento, María es la luz de la nueva ciudad: ciudad bajada del cielo con su luz y su fundamento, y si bajada del cielo, luego concebida en el cielo; y si concebida en el cielo, luego pura, santa, inmaculada desde un principio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CONFERENCIA TERCERA.

Virginidad de María y del Pontificado.

Virum non cognosco.

Relaciones entre el llanto del niño Jesús y la alegría de los Ángeles reproducidas en la Asociación de las Siete alegrías de María.—A la Silla pontificia como á María el Ángel puede decir: *Ave gratia plena*; la Silla pontificia como María puede contestar al Ángel: *Virum non cognosco*.

- I. La causa de que el Espíritu Santo descienda á María y que la virtud del Altísimo la fecundice es su virginidad.—El Criador y el Redentor obrando sobre la virginidad.—Encomios de la virginidad.—Símbolos de la virginidad pontificia.—Testimonio de ella dado en estas palabras de Jesucristo á Pedro: «No es la sangre ni la carne la que te ha inspirado esto.»—La virginidad del Pontificado demostrada por la divinidad del fruto.—La virginidad de la institución se continúa en la virginidad de la historia.—La historia de la Iglesia es una colección de páginas en cada una de las cuales el Pontificado demuestra el *Virum nos cognosco*.—El Pontificado es como María vírgen *in corpore*, vírgen *in mente*, vírgen *in professione*.
- II. Virginidad material del Pontificado.—Análisis de los elementos materiales que le constituyen.
- III. Virginidad mental del mismo.—Diversas clases de adulterio en los sistemas.—Adulterios con el orgullo, con la ambición, con la concupiscencia, con el espíritu dominante.—Hermosura y escasez de la virginidad de las inteligencias.—Relaciones del ebionismo, del sabeianismo, del maniqueísmo, del protestantismo, y del socialismo, con la virginidad de las escuelas.—Fundamento de la virginidad intelectual del Pontificado.—Contraste de la doctrina pontificia con la de los sistemas adulterados.—La virginidad del Pontificado revelada en su pobreza, en su celibato, en su sacrificio, en su lucha continua.
- IV. El Pontificado es vírgen en sus obras.—Ha rechazado con vigor y eficacia todos los tentadores de su integridad.—La civilización constituida por la Silla pontificia es hija de Dios: en ella las virtudes divinas son fundamento de las grandezas sociales.—Bajo qué punto de vista puede aplicarse al Pontificado en lo que respecta á la civilización de él nacida el *quod ex te nascetur sanctum, vocabitur Filius Dei*.—Como el casto aislamiento del Pontificado ha exilido la susceptibilidad de los poderes y escuelas racionalistas.—La razón de los hombres de Estado, la razón de los hombres de genio y la razón popular han combatido á la Vírgen y á la Iglesia.—En el triunfo del Pontificado sobre los tres elementos brilla el *Virum non cognosco*.—¿En qué el Pontificado se parece al fénix.—La virginidad del Pontificado le libra de

grande responsabilidad social. — No hay poder humano digno de aplicar su mano en el Pontificado, que es el arca de la alianza del Nuevo Testamento. — Al poder que falto de fe se vanagloria de sostenerlo le sucede como á Oza. — Honor de las naciones que están á la sombra del Pontificado. — El diluvio universal y el arca de Noé, la concupiscencia universal y el arca de la virginidad.

Sin duda es el amor puro el que os inspira la formacion de la corona de gloria que cada año entretejéis en este día á la inmaculada Virgen. Yo desde esta santa cumbre os envío mi pláceme cordial, y me agrego á vosotros en tan religiosa tarea.

Venís á celebrar las alegrías de María: la madre está alegre, ¿cómo no han de regocijarse los hijos? No, no seré yo el que turbe la bella expresion de vuestro júbilo: quisiera que el Ángel de las divinas armonías me prestara el arpa de los sagrados cánticos, y que el Ángel de los supremos genios me enseñara á escalearla dignamente, para que sus vibraciones, impulsadas por el amor vivo, se comunicaran al espíritu de todos, y para que viera todos vuestros espíritus, mis hermanos, moverse á unidad de compás, saltar unánimes, saltar, esto es, dirigirse de la tierra al cielo, como de la hoguera al aire se dirige la llama. Que si bien motivos tenemos de afligirnos pensando en las calamidades que nos rodean, no nos faltan motivos de gozarnos en el Señor, siéndonos evidente el glorioso papel que la Iglesia representa en la actual época y el decisivo triunfo que le espera.

Mientras el divino Niño tiritaba de frio en brazos de la Virgen, y relegado en solitaria cueva lloraba el abandono en que el mundo le dejaba, muchedumbre de Ángeles volaba sobre los montes de Judea, cantando: *Gloria á Dios en las alturas*.

El Niño lloraba, los Ángeles cantaban: el mundo no hubiera oido los acentos de los Ángeles si antes no hubiera oido los gemidos del Niño; ¿cómo se explica esto? Las penas del rey pueden ser el gozo de la corte? ¡Ah! el Niño empezaba el combate, los Ángeles cantaban ya la victoria: el Niño declaraba la guerra, los Ángeles anunciaban ya la paz.

Hermanos, yo os felicito: estais reproduciendo el espectáculo del nacimiento del Cristianismo: relegado al abandono universal el Pontífice, cristo de la Iglesia, niño por la inocencia, siente el frio de los pueblos indiferentes y llora: el Pontífice llora, y vosotros cantáis, y vosotros os alegráis? ¿cómo se explica esto? ¡Ah! sois ángeles por el amor: eleváis vuestras miradas por la fe y domináis el porvenir; sabéis que María es el prototipo de la Iglesia, y no ignoráis que cada espada abrió en el corazón de María un nuevo raudal de gloria, y decis: así sucederá también con el Pontificado: en razon directa de sus amarguras estarán sus glorias: y por esto, al oír los gemidos del Pontífice anunciáis la paz de la Iglesia, que á esto equivale con-

siderar hoy tranquilos, como considerais, las alegrías de la Inmaculada¹.

¡Glorias de María! ¡glorias del Pontificado! yo continuaré hoy el atento exámen de la semejanza existente entre ambas: el centro de mis consideraciones es hoy: la virginidad; la plenitud de las gracias.

Á la Silla pontificia, como á María, pudo decirle el Ángel: *Ave gratia plena*: como María, la Silla pontificia pudo contestar: *Virum non cognosco*: á la Silla pontificia como á María, el Ángel le ha dicho: *Spiritus Sanctus superveniet in te*.

Virginidad—plenitud de gracias del Pontificado y de la Virgen: hé ahí nuestro asunto.

Santa Madre, instrúyeme, enséñame, inspírame, abre mis labios, y la boca mia pronunciará tu alabanza: *Dios te salve*.

I.

Quando el Ángel anunció á María, como el Señor había puesto en ella los ojos; como la había protegido entre las mujeres; como había dispuesto se realizara en su seno la encarnacion, valiéndose de ella para cumplir el cúmulo de prodigios profetizados de antiguo; como el hijo que concebiria había de ser grande y llamarse Hijo del Altísimo, y al que el Señor le daría el trono de su padre David, y reinaria en la casa de Jacob eternamente; ella despues del momento de reflexion y sorpresa exclamó: *Quomodo fiet istud quoniam virum non cognosco?* Soy virgen, ¿cómo seré madre? Estoy y estaré sola, ¿cómo se obrará en mí el cúmulo de prodigios que me anuncias? Y el Ángel contestó: El Espíritu Santo descenderá sobre de tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá, ó fecundizará con su sombra, por cuya causa el fruto santo que de tí nacerá será llamado Hijo de Dios: *Ideoque quod ex te nascetur sanctum, vocabitur Filius Dei*.

Notadlo, hermanos; la causa de que el Espíritu Santo descienda á María, y que la virtud del Altísimo la fecundice, es su virginidad.

Y en efecto, solo una virgen podia merecer el honor imponderable de tener al Espíritu Santo por esposo; solo una virgen podia ser el órgano del cual el Verbo se valiera para ejecutar sus supremos é incomprensibles misterios: solo una virgen podia merecer la anteseccular predileccion del Padre, que en virginidad engendró al Hijo; y del Hijo y del Padre, que en virginidad produjeron el Espíritu Santo.

La obra de la redencion no podia ser inferior á la obra de la creacion: pues bien, para crear Dios no quiso el concurso de criatura alguna: la nada era virgen, ninguna criatura la había conocido; Dios,

¹ Este discurso fue pronunciado el día de la octava de la fiesta en el que la Cofradía de las Siete alegrías la celebra, pero atendida la ilacion lógica de los argumentos de esta coleccion, lo hemos colocado el tercero.

pues, diciendo á la nada, *hágase, fiat*, lo decia al vacío incontaminado; en cierta manera podemos decir que se valió de una virgen para constituir el universo; y ¿no debía valerse de una virgen para constituir el Cristianismo? No habiendo querido Dios que el hombre se mezclara en la primitiva creacion, ¿habia de mezclarse el hombre en la obra estupenda de la sabiduría divina? ¿Habia de querer Dios que se mezclara en la creacion nueva destinada á purificar y perfeccionar la antigua? No.

El Verbo operó sobre una virgen, sobre una virgen debió operar el Espíritu Santo, y pues que la redencion fue superior á la creacion, la virgen que escogió el Redentor fue tambien mas noble que la virgen tomada por el Criador: de la creacion ¿habia de brotar la muerte, de la redencion la vida; por esto la virgen en que se operó aquella, carecia de alma, era la nada; la virgen en que se operó esta, poseia alma, era Maria.

¡Ah! no te darás por ofendida, Señora, que te compare con la nada; es en tu lenguaje siempre sublime en el que me inspiré: esta idea la vi brillar en esta frase admirable, salida de tus labios: *Respexit humilitatem ancillæ suæ*. Tú te anonadas en un abismo de humildad, yo no he hecho sino señalar los prodigios que se acumulan en tu virginal anonadamiento; yo no he hecho sino levantar un extremo del velo que oculta las grandezas de la severa modestia con que tú, Señora del mundo, Reina del cielo y Madre de Dios, aceptaste y reprodujiste esta palabra de David, tu ilustre abuelo: *Substantia mea tamquam nihilum ante te*¹.

Continuemos sondeando una materia tan gloriosa para Maria. Su virginidad fue una consecuencia de su predileccion: en cierto sentido no hubiera sido exacto el *Ave gratia plena*, que le dijo el Ángel, si ella no hubiera podido contestar: *Virum non cognosco*: pues le hubiera faltado á Maria la gracia de la virginidad, gracia tan eminente, que Tertuliano la llama flor de las costumbres, honor de los cuerpos, hermosura de los sexos, entereza de la sangre, fundamento de santidad². Por lo que san Ambrosio llama altares de Dios las inteligencias de las vírgenes.

Escuchemos á san Agustin: «Buena es la fecundidad en el matrimonio, pero mejor es la integridad de la pureza; así, pues, el Hombre-Cristo, que siendo Dios como es podia dar las dos cosas á Maria, «no habia de darle la buena, privándola de la mejor; aquella para cuya conservacion las vírgenes desprecian los desposorios.» Además, la virginidad de Maria es necesaria á la virginidad de la Iglesia, pues, segun el mismo genio de Hipona, «la Iglesia no hubiera sido virgen, «si no hubiese nacido de una virgen el Esposo al que se la entregó: *«Nisi sponsus cui traderetur filium virginis invenisset»*³.

É insensiblemente hemos venido al terreno de las analogias: la

¹ Psalm. xxxviii. — ² Lib. de pudicitia. — ³ Serm. LXXXIX.

virginidad de Maria no fue solo el simbolo de la virginidad de la Iglesia, fue su principio; á imitacion de Maria, la cual parió al Señor, permaneciendo virgen, la Iglesia *et virgo est et parit*, permanece virgen despues de sus partos: y ¿qué es lo que da á luz la santa Iglesia? da á luz el cuerpo de CRISTO, pues miembros del cuerpo de Cristo son los que se bautizan, segun san Pablo: *Vos estis corpus Christi et membra*. Y si la Iglesia siendo virgen da á luz los miembros de Cristo, ¿qué semejanza tan perfecta la de la virgen y madre Iglesia con la virgen y madre Maria?

Y cuando hablo en abstracto de la virginidad de la Iglesia, aludo en concreto á la virginidad del Pontificado. El Pontificado es á la Iglesia, lo que las entrañas á Maria. En las entrañas de Maria se realizó la encarnacion del Verbo, la conservacion del Verbo se realiza en el Pontificado de la Iglesia: en las entrañas de Maria fue concebido aquel que habia de ser grande: *Erit magnus*: en el Pontificado de la Iglesia, la verdad, concebida por Maria, tiene el trono de su padre David: *sedem David patris ejus*: es el Pontificado la casa de Jacob, donde la verdad reinará hasta la consumacion de los siglos: *regnabit in domo Jacob in æternum*.

De modo, que se ven aquí tan perfectas las analogias entre el Pontificado y Maria, que casi me arrepiento de haberos prometido trazar un paralelo entre ambos, puesto que mas bien que un paralelo vese la identidad: lo que está manifesto es, que la vida del Pontificado es la continuacion de la vida de Maria.

La virginidad del Pontificado! ella brilla en los símbolos bíblicos del mismo; en las fórmulas y hechos auténticos de su institucion. Veamos los símbolos.

En la noche anterior al dia en que JESUCRISTO confió á Pedro el gobierno de la Iglesia, Pedro fué á pescar con algunos compañeros: echó la red al mar, y nada cogió. Mas vino el Señor para dar la fecundidad al que habia preelegido por piedra de su Iglesia, y dice á él y á los que con él estaban: «Echad la red á la derecha del barco,» y lo hicieron así, y cogieron tanto, que no podian sacarla.

Los santos Padres convienen en que aquella red simbolizaba la Iglesia; pues bien, aquella red echada al mar segun la voluntad del hombre, nada producía; echada al mar segun la disposicion de Dios, dió un producto admirable. El hombre nada puso en aquella red, era una red virgen; todo lo que ella concibió, todo lo que en ella entró, entró por la palabra de Cristo, diciendo: *Echadla á la diestra del barco*. Esto significó ya que el Pontificado, como Maria, no recibiria sus frutos de la fuerza, ni de la industria humanas: *virum non cognosco*; sino de la virtud del Altísimo: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*.

Hé ahí el simbolo de la virginidad pontificia: veamos ahora la virginidad en la fórmula de su institucion.

JESUCRISTO preguntó á sus discípulos: Vosotros, ¿quién decís que

soy? Y tomando la palabra Simon Pedro, contestó: «Tú eres el CRISTO, el Hijo de Dios vivo.»

Y Jesús le dijo: Bienaventurado eres, Simon hijo de Juan, porque no te ha revelado eso la carne y la sangre, sino mi Padre que está en los cielos; y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas, ó el poder del infierno, no prevalecerán contra ella. Yo te doy las llaves del reino de los cielos; lo que atares en la tierra, en el cielo será atado.

Ahora bien, hermanos, JESUCRISTO entregó las llaves de su reino, entregó su propia autoridad á Simon, porque dijo: «Tú eres el CRISTO hijo de Dios vivo,» y Simon dijo esto, notadlo, no inspirado por la sangre ni la carne, sino por el Padre que está en los cielos.

¿Veis cómo brilla la virginidad en la constitucion del Pontificado? ¿observais el énfasis con que el CRISTO consigna que la sangre y la carne, es decir, el hombre no tiene parte alguna en el fundamento de la institucion pontificia? Esta palabra: la sangre y la carne no te han revelado esta confesion, equivale á decir: Tú, Pontificado, puedes afirmar con idéntica exactitud que Maria: *Virum non cognosco*.

Y cabalmente porque no tiene parte la carne y la sangre en el Pontificado, el Pontificado se hace digno de que el Espíritu Santo descienda á él en su plenitud, y por lo tanto que sus obras sean santas, como el espíritu que las produce, y mas que santas, sean hijas de Dios: *Ideoque quod nascetur ex te sanctum, vocabitur filius Dei*.

La divinidad del fruto es una consecuencia de la virginidad del árbol.

Los destellos de tu corona, Señora, forman el mas brillante resplandor de la gloria pontificia.

Nacido, no de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de la sangre, sino de Dios, el Pontificado añadió al honor de su virginal institucion, el honor de su virginal historia. Nada debiendo al hombre, ha podido conservar en todas épocas una independencia absoluta; las pasiones de los siglos retrocedieron ante la firmeza del poder que á las primeras propuestas de supeditacion ha contestado: *Virum non cognosco*.

Libre de todo lazo con las terrenas generaciones, dominándolas á todas desde la eminencia de su soberanía, á todas ha dicho la verdad, á todas ha hablado lenguaje de justicia. Á los consejos de los sábios les ha descubierto una ciencia que les era desconocida, fundándose en el *Deus ignotus*: á los senados legisladores hizo entender que la política del derecho divino, es decir, de la divinidad moral, debía sustituir á la libertad del despotismo humano. La independencia de sus enseñanzas, de sus anatemas, de sus doctrinas provenia de su virginidad.

Como la vida del Pontificado no depende de la sangre, los Pontífices derraman la sangre tranquilos: es que cuando un Pontífice pone el pié en el último peldaño del cadalso, Dios le permite oír las pisadas

de su sucesor, que empieza á subir las gradas del solio: el Pontificado es la escalera que vió en sueños Jacob, por la cual bajaban y subian los Ángeles del Señor: apoyada en el cielo, ¿quién removerá el apoyo de esta divina escalera? Bajando del cielo la eleccion de los Pontífices, ¿quién impedirá su continuada sucesion? Los poderes humanos pueden rechazar los Pontífices con el martirio, pero apenas un Pontífice revestido de la túnica de la caridad parte de la tierra para el cielo, otro Pontífice parte del cielo para la tierra. El movimiento jamás se interrumpe, los Ángeles de la Iglesia de continuo suben y bajan. Ved ahí por qué hasta ahora no se ha visto, ni despues se verá otra institucion que, debiendo vivir en el mundo, mire con mas indiferencia las vicisitudes del mundo: que rechace todas las alianzas y todas las políticas, que pueda decir siempre y en todo lugar: *Virum non cognosco*.

Contenta con la gloria de las catacumbas, ellas habrian sido su perpetuo palacio, si el imperio, sintiéndose débil, no le hubiera tendido la mano, mendigando su alianza y prometiéndole en cambio amor á la doctrina y al Dios que predicaba: no hubiera salido de las catacumbas, no diré sin que el emperador de la tierra le hubiera alargado el brazo, pues no le bastaba que el emperador le tendiera el brazo, el brazo lo tiende el esposo á la esposa, y el esposo de la Iglesia no es ningun hombre: *Virum non cognosco*; no hubiera salido sin estar cierto que el imperio curvaria ante él las rodillas, le ofreceria ser hijo sumiso de su ley y de su poder; salió de las catacumbas solo á condicion, no que la cruz se entrelazara con la corona, sino que la dominara, siendo corona de la corona: salió de las catacumbas, no para ser inferior, no para ser igual, sí para ser soberano. El Pontificado salió de las catacumbas, cuando el imperio representado por Constantino quiso ser figurado en una imagen, elevada al centro de Roma, hasta entonces idólatra, imagen que sostenia en una de sus manos una elevada cruz, con esta inscripcion al pié:

Hoc salutari signo quod vera virtutis argumentum est, vestram urbem tyrannicæ dominationis iugo liberatam servavi. Senatui populoque romano in libertatem asserto pristinum decus nobilitatis splendoremque restitui.

Salió de las catacumbas el Pontificado, cuando Constantino le dijo: Ven, y no seré yo tu fuerza, tú serás la mia: salió, no para mendigar esplendor y gloria; aunque gloria y esplendor recibió á su salida: salió de las catacumbas para recibir en sus brazos á Constantino, y para oír el edicto edificante, en que el espíritu del imperio, alumbrado por la celeste y suprema luz, consignaba entre otras cosas, las que os citaré, señores, por ser ellas la expresion mas elocuente que los siglos han oído de la independencia y fuerza pontificias.

«Decretamos que la sacrosanta romana Iglesia sea honrada tan respetuosamente como lo es nuestra terrena é imperial majestad; y mas

«que nuestro imperio y terrestre trono sea con gloria exaltada la silla sacratísima de Pedro, tributándole el poder y la dignidad de gloria, y viendo en ella el vigor y la honra imperiales...

«Justo es que la ley santa tenga la cabeza y el principado allí donde nuestro Salvador, institutor de las santas leyes, quiso que san Pedro fijara la cátedra de su apostolado, allí donde haciéndose copia fiel de su Señor y Maestro sufrió una muerte feliz; y justo es también que las naciones doblen la cerviz, por la confesion del nombre de Cristo, allí donde san Pablo, doctor de las mismas, fue coronado con el martirio; que hasta el fin busquen las naciones al Doctor, en el puesto donde el cuerpo del santo Doctor descansa, y que allí, postrados y humillados, presten vasallaje á JESUCRISTO, Rey del cielo y nuestro Salvador, donde servian al imperio de un rey terreno.

«En el interin queremos anunciar á todo el pueblo y á las naciones del orbe, que Nos hemos construido dentro de nuestro palacio Lateranense una iglesia dedicada al mismo JESUCRISTO, Dios y Salvador nuestro, con su correspondiente baptisterio, y para cuyos fundamentos hemos llevado con *nuestros propios hombros* doce cestos de tierra, en memoria de los doce Apóstoles...

«Decretamos también, que el mismo venerable padre nuestro Silvestre, y todos sus sucesores Pontífices, deban usar diadema de oro purísimo y piedras preciosas, llevándola en su cabeza para alabanza de Dios y honor del bienaventurado Pedro. Y como el mismo Beatísimo Padre, sobre la corona que lleva para gloria de san Pedro, no puede llevar otra corona de oro, Nos hemos puesto en su sagrada cabeza, por nuestras propias manos, una bordada, de cándido y níveo color, simbolizando la resurreccion; y sosteniendo las riendas de su caballo, por reverencia á san Pedro, le hemos hecho personalmente los servicios de palafrenero. Y á fin de que no decaiga la gloria pontificia, sino que se decore mas, mucho mas que la dignidad de nuestro imperio y poder, concedemos y dejamos al poder y señorío del pontífice Silvestre, papa universal, y de sus sucesores en el pontificado, no solo este nuestro palacio, sino también la ciudad de Roma y las provincias de toda la Italia y de sus orientales regiones, lugares y ciudades... y por ello hemos juzgado oportuno trasladar nuestro imperio y el poder de nuestro reino á las regiones orientales, y edificar en el mejor puesto de la provincia bizantina una ciudad en nuestro nombre, para constituir en ella la silla de nuestro imperio, porque allí donde el emperador celestial ha establecido el principado del sacerdocio y de la religion cristiana, no es justo tenga poder ó jurisdiccion el emperador de la tierra.

«*Quoniam ubi principatus sacerdotum et christiana religionis caput ab imperatore caelesti constitutum est, justum non est ut illic imperator terrenus habeat potestatem* ¹.»

¹ Edictum Constantini ad Silvestrem papam.

¿No veis, hermanos, como el Pontificado salió de las catacumbas, no para desposarse con el poder de la tierra, sino para dominarlo? ¿No veis como al aparecer el Papa desaparece el emperador? ¿No veis como ante la tiara la corona se inclina? ¿No veis como César toma el freno del caballo de Pedro, y como Pedro se presenta á los siglos, llevando por criado peon al César? ¿No veis, por consiguiente, como al salir de las catacumbas el Pontificado no perdió su virginidad, y que continuó diciendo, con igual exactitud: *Virum non cognosco*?

Y despues de haber recibido las glorias del imperio, dispuesto se halla todavía á regresar á las catacumbas para conservar la entereza de su independencian; dispuesto á volverse á las catacumbas se ha hallado en cada siglo, antes que desposarse con ningun poder de la tierra, antes que desmentir la dignidad de esta palabra, expresion de su virginidad: *Virum non cognosco*.

La virginidad histórica del Pontificado aparece clara en el hecho no repetido, desde que existe sociedad, de un poder en cuyas manos estuvieron muchísimos años las coronas y los destinos de la Europa, de un poder que pacíficamente daba y quitaba tronos, creaba y destruía reinos, y sin embargo nada se quedó para sí, á excepcion de un pedazo de tierra, no mas la tierra necesaria para ejercer su vasta soberanía en paz é independencian; la tierra necesaria para construirse un pequeño reino, que fuese la casa donde pudiera resguardar de las miradas impúdicas y de los alevosos tratos su virginidad; porque, ¿quién dirá, hermanos, que esté bien colocada una vírgen en medio de un tumulto de hombres desecocados? Pues, tales son, señores, las soberanías y los reinos políticos de la tierra: cuerpos agitados por la concupiscencia del orgullo y de la carne: y yo digo, y vosotros también debéis decirlo, y lo decís en vuestro corazon: el Pontificado no estaba bien en medio de la carne y del orgullo: tenia un lirio que conservar, queria conservarlo á todo trance, necesitaba para ello un lugar de refugio, una casa, una soberanía: y Dios le concedió lo que necesitaba.

Por consiguiente, se manifiestan no solo enemigos de la Religion, sino ignorantes de la historia, los que atribuyen á planes ambiciosos la actitud severa del Pontificado respecto á la revolucion usurpadora. No, no son algunos palmos de terreno los que disputa hoy la Silla, que si hubiera querido hubiera sido trono de todo el imperio occidental. La institucion que supo despreciar un hemisferio, ¿no sabria despreciar tres ó cuatro reducidas provincias? Y no miremos tan lejos: ¿pensáis que puede ser la ambicion la que impide que renuncie al reinado de las Romanias, la Umbría y las Marcas, el mismo Pontífice que en 1847 renunció el llamarse y ser *rey de Italia*? No, no es la ambicion; no, no es cuestion de soberanía, es cuestion de virginidad ¹. El Pontificado no quiere desposarse con ninguna po-

¹ «No me interesa el exterior del poder temporal. Creo saber que yo no soy Papa para presentarme

lítica terrena: á cuantas políticas le invitan á que les dé su alianza, él contesta: Mi poder está en la virtud del Altísimo: *Virum non cognosco.*

Y ved ahí por qué en estos momentos críticos en los que toda otra institucion no se ocuparía sino de atraerse aliados, y de buscar protectores, lo que él evita con mas escrupulo y perspicacia es los protectorados y las alianzas. Él desdeña hasta las ofrendas de los poderes que le halagán, él contesta al espíritu revolucionario que le ofrece una pension, en cambio del albergue de su virginidad, esta palabra de Abrahan al rey de Sodoma: *Alzó mi mano al Señor Dios excelso, dueño del cielo y de la tierra, que ni una hebra de hilo, ni la correa de un calzado tomaré de todo lo que es tuyo, porque no digas: Yo enriquecí á Abrahan*¹.

Tal es la constancia de la virginidad pontificia; ¿deseais, hermanos, que os diga cuatro palabras de su extension? Lo haré de muy buena gana.

Al Pontificado puede aplicársele lo dicho por san Bernardo con respecto á María: *Missus est Angelus ad Virginem, virginem mente, virginem professione*: sí, el Espíritu Santo fue enviado en su plenitud á la Silla pontificia, la cual ha sido, es y será virgen en su material, virgen en su ideal, virgen en sus obras: triple virginidad que constituye toda la extension de la vida pontificia.

II.

VIRGINIDAD MATERIAL.

¿Cuáles son los elementos materiales constitutivos del Pontificado? estos dos: el sacerdocio y la Silla suprema: la Silla suprema es una piedra: piedra labrada por la mano del Salvador, piedra á la que el Unigénito del Padre, á quien el Padre nada niega, prometió rogar siempre para la conservacion de su integridad; piedra que nadie podrá romper, y que todo lo que contra ella diere será quebrado; piedra que es la cumbre de aquel monte, en la cual edificó el Señor la

«rodeado de mi pobre corte y pasarme en coche de cuatro caballos; ¿qué valor puede tener esto para mí? Esta exterioridad es el lugar señalado al Jefe de la Iglesia, como los ojos tienen su lugar en el cuerpo humano. El orden requiere que esto sea así, y así es, y los que pretendieran cambiar la situacion de los ojos, en sustancia pretenderian arrancarlos.

«Yo conservo el poder temporal y lo defenderé aun arriesgando mi vida, porque es útil á la plena libertad de la Iglesia, y porque esta plenitud de libertad es necesaria á la sociedad católica y á todo el género humano. Si el Vicario de Jesucristo debe bajar otra vez á las catacumbas, bajará á impulsos de la impiedad de la fuerza y para desgracia de los hombres. Así Jesucristo descendió á las catacumbas y con él la libertad. Dios y la libertad no estarán mas en la tierra. Sin duda un dia el orden será restablecido; mas ¿cuánto tardará á llegar aquel dia, y cuántas catástrofes se sucederán antes de alcanzarlo!»

Estas palabras las dijo Pio IX á Mr. Veuillot en una conversacion habida en 1862: ellas confirman lo que venimos sosteniendo en esta conferencia.

¹ Genes. xiv, 22, 23.

ciudad que no puede esconderse, la Iglesia universal, visible á toda la tierra; y si es la cumbre, recibe el aire mas puro, domina los paisajes mas lejanos, es tocada por la primera luz del sol; piedra que recibe su ser, su forma y su fortaleza, no de sí misma, sino de otra; por esto no se llama piedra sino Pedro: *Ideo Petrus à petra, non petra à Petro, quomodo non à christiano Christus, sed christianus à Christo vocatur*¹; porque cuanto tiene, por CRISTO piedra viva y angular lo tiene.

El otro elemento material del Pontificado es el sacerdocio: última expresion de la pureza, de la virginidad, de la independenciam: raza elegida por JESUCRISTO, para no pensar sino en él, para no amar sino á él, para no negociar sino por él: el sacerdocio, al cual JESUCRISTO no solo constituyó puro, sino que le dió por mision ser fuente de agua que todo lo limpiara: el sacerdocio puro, la limpia piedra, son los dos materiales que constituyen el Pontificado.

El Espíritu de Dios les une y les conserva: por ello no encontró en él asiento, ni pudo mezclarse ningun elemento terreno: su fuerza es la justicia, su arma la palabra, su victoria la paz, su aspiracion la fraternidad: ningun elemento mundano ha penetrado en él; es la piedra contra la que todo combate, y la que todo lo rechaza.

En vano deseais encontrar en él un elemento político, una constitucion económica, un proyecto temporal; nada de esto: *la piedra cimentada por el Verbo, para que sea silla constante del sacerdocio*: hé ahí todo lo que es, y nada mas que esto es el Pontificado. Sus elementos no han sido corrompidos, su virginidad no ha sido desflorada: *la piedra permanece íntegra, el sacerdocio continúa immaculado*. El Pontificado es virgen *in corpore*, es tambien virgen *in mente*.

III.

VIRGINIDAD MENTAL DEL PONTIFICADO.

Existe la prostitucion de las inteligencias: cuando el corazon se corrompe, uno de sus primeros pasos es adulterar con la inteligencia, divorciándola del principio de su legitima fecundidad, que es Dios, y los axiomas de su alta sabiduria. Es evidente: hay sistemas nacidos del orgullo, los hay que tienen en la ambicion su razon de ser; la concupiscencia es la fuente de otros, y otros nacen en virtud de lo que se llama *espíritu dominante*; y como la concupiscencia, la ambicion, el orgullo, y hasta el espíritu dominante tienen en el corazon su asiento, de ahí que hayamos dicho que el corrompido corazon prostituye á menudo el criterio del hombre, en el que se formulan los sistemas: la ciencia se convierte en el ideal de las pasiones.

Virginidad de las inteligencias! tú eres bella, pero escasa; un pen-

¹ S. Aug. serm. LXXVI.

samiento virgen, ¿no es verdad que es la hermosura del alma y la poesía de sus expresiones? pero pensamientos virginales, ¿dónde estáis? aunque la virginidad del pensamiento sea un secreto profundo, sin embargo, la historia del hombre, y el acento de la boca que lo revela, arrojan alguna luz dentro el arcano que lo entraña. Pues bien, ¿dónde encontraremos una historia virginal, dónde un acento cándido? ¡Pensamientos virginales! ¡ah! sois *rara avis* en el mundo.

La pasión, el cálculo, hé ahí los padres comunes de las ideas corrientes: pocas son las inteligencias que estando exclusiva y perfectamente unidas á Dios, engendren por Dios y de Dios los pensamientos.

Escuelas! no busqueis ni una que sea virgen: prescindamos de las que aparecieron antes de la venida de Maestro divino, y echemos una mirada rápida sobre las originadas mas tarde.

El ebionitismo fue hijo de la prostitucion de la inteligencia con el orgullo; solo hija del orgullo podia ser la concepcion de la idea de un Cristo *genio*, pero no Dios: el sabelianismo nació de la prostitucion de la inteligencia con el orgullo, pues solo fruto del orgullo puede ser el afán de establecer ó fundar una filosofía demostrativa de los misterios: el maniqueismo fue hijo de la prostitucion de las inteligencias con la concupiscencias, pues solo hijo de la concupiscencia puede ser la idea de *divulgar* el principio de la moral: el arrianismo fue hijo de la prostitucion de la inteligencia con la concupiscencia y con el orgullo, pues solo obra de ambos podia ser el desvirtuar la naturaleza del Verbo, principio de la verdad, y del Espíritu Santo, principio de la ley: el protestantismo, hijo de la prostitucion de las inteligencias con el orgullo, la concupiscencia y la ambicion, pues fruto de esta triple paternidad es la negacion de toda autoridad, de toda ley y de todo deber, desarrollada á la sombra de un Cristianismo que por su carácter solo aparente es y puede llamarse hipócrita: el socialismo, hijo de la prostitucion de las inteligencias con la corriente del espíritu social: en fin, hermanos, si os tomáis la pena de llamar una á una las diferentes ideas diseminadas en el espacio histórico por los diferentes maestros que en él han aparecido, descubriréis en ellas los sellos, no de la virginidad, sino de la prostitucion.

El Pontificado, cátedra de la escuela católica, es el único que ha conservado su entereza mental: él fijó su inteligencia en la palabra de Dios; la Biblia, y no la Biblia corrompida por el hombre, sino la Biblia explicada por el Espíritu Santo, ha sido y es su virtud fecundizadora. Él depositó, como David, las palabras de Dios en su corazón, para no pecar: él dijo al Señor: «Quita el velo á mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley;» y el Señor le oyó, y por esto puede continuar diciendo: «Escogido he el camino de la verdad: tengo siempre presentes tus juicios, tú ensanchaste mi corazón, y yo corrí gustoso por el camino de tus mandamientos;» y en virtud de esta

comunicacion divina puede exclamar con la misma exactitud: «He comprendido yo mas que todos mis maestros; porque tus mandamientos son mi meditacion continua¹.»

Y no os quepa de ello duda: todo cuanto ha salido de la boca pontificia respira un aire de virginidad, que á todas luces manifiesta no ser concebido por otro principio que el de la union del Pontificado con el divino Verbo.

Sus doctrinas no son resultado del cálculo: y ¿por qué ha de calcular una institucion que ha nacido de la Providencia, está fundada en la Providencia y se sostiene por la Providencia; por qué ha de calcular si á sus ojos está descubierto el porvenir, si sabe que no puede perecer y que ha de triunfar?

Su doctrina no es resultado del orgullo: ella sabe que cuanto tiene, de Dios lo recibe; ella sabe que nada posee personal; que sus dotes son de la Iglesia, que su sabiduría es de Dios, y que su honor supremo es, no de levantar la cabeza, sino de acatarla, ante la inmensidad de la ciencia cristiana: ella sabe que san Pedro, el primer personaje en que estuvo personificada, despues de haber enviado los destellos de su luz hasta los confines del orbe, despues de haber enseñado y legislado, condenado y perdonado, terminó su vida en una cruz, y puesto de cabeza abajo, simbolizando así que por la humildad habia conseguido ser el punto preeminente de la Iglesia de Dios.

Su doctrina no es resultado de la concupiscencia: la ley, aquella ley inmaculada que atrae y convierte los espíritus, es su punto de partida; y su término, hermanos, ¿cuál es? el Pontificado viene de la ley, pero ¿á dónde va? Al martirio. El martirio es el desprecio de la sangre, como el amor á la sangre es la concupiscencia.

Su doctrina no es el resultado del *espíritu dominante*: la institucion pontificia ha recibido por consigna esta palabra del Señor: *Yo he vencido al mundo: yo no he venido á traer la paz sino la guerra*: la guerra á las pasiones, á los tumultos, al orgullo, á la ambicion, á la concupiscencia, al espíritu dominante.

Ved aqui por qué la virginidad intelectual del Pontificado se revela en su pobreza, porque no se ha prostituido con el cálculo; en su celibato, porque no se ha prostituido con la concupiscencia; en su sacrificio, porque no se ha prostituido con el orgullo; en su lucha continua, porque no se ha prostituido con el espíritu dominante: es, pues, el Pontificado virgen *in corpore*, virgen *in mente*; no lo es menos *in professione*.

¹ Psalm. cxviii.

IV.

EL PONTIFICADO ES VIRGEN EN SUS OBRAS.

Este poder, débil en apariencia, como en apariencia es débil una virgen, ha sabido rechazar con vigor y eficacia todos los tentadores de su integridad: ha hecho estremecer los grandes imperios, cuando estos se han propuesto tender una red á la pureza de sus acciones, á la libre marcha de sus virtudes.

La palabra de su anatema fue lanzada al poder romano, y el poder romano cayó; la palabra de su anatema fue lanzada al imperio de Oriente, y el imperio de Oriente cayó; la palabra de su anatema fue lanzada á la edad media, y aquella edad cayó; la palabra de su anatema fue lanzada á la edad monárquica, y aquella cayó también; yo no sé si ha sido lanzada su palabra de anatema sobre la edad constitucional; yo lo que observo es, algunos reyes pidiendo al oído, á una con sus pueblos, cosas que este no podrá conceder, y ¡ay si cae sobre nuestra época su anatema! No sé si este anatema caerá, lo que oigo es, que Pio IX á los mas fuertes poderes de la tierra, que le hablan al oído, contesta muy alto: *Virum non cognosco.* ¿Es que se tienta su virginidad? ¿Es que quiere envolverse al Pontificado en la corrupción que envuelve á la Europa? Esto no se alcanzará. La virginidad es el honor del Pontificado. El Pontificado solo atenderá á la virtud del Altísimo que le hace sombra, y por esto sus frutos serán, como han sido, santos y divinos: *Ideoque quod ex te nascetur sanctum, vocabitur Filius Dei.*

Hija de Dios es la civilización constituida por la Silla pontificia: las virtudes divinas son en ella fundamento de las grandezas sociales: la fe y la justicia constituyen el tinte característico de su fisonomía: hija de Dios, porque el espíritu de Dios la inspira y el poder de Dios la engendra y el Verbo de Dios la perfecciona: hija de Dios, porque ha sido *criadora* de un mundo nuevo y de una nueva vida: hija de Dios, porque ha sido *redentora* de la antigua vida y del antiguo mundo: hija de Dios, por la divinidad de principios en que se apoya, por la divinidad de ministerio por que se propaga, por la divinidad de las acciones que inspira, de manera que podemos conjurar á los detractores del Pontificado que nos enseñen una sola de sus obras, en la que no respire un espíritu de santidad tal que nos autorice á decir que por ella se confirma en el Pontificado el *Ideoque quod ex te nascetur sanctum, vocabitur Filius Dei.*

Este *casto aislamiento*, esta virginal independencia de la escuela católica, de la cual el Pontificado es maestro, ha excitado la susceptibilidad de los poderes y escuelas racionalistas, los cuales, no pudiendo aspirar al orgulloso título de protectores suyos, han emprendido la ardua tarea de su decisivo combate.

Yo voy á mendigar algunas frases al P. Lacordaire; ellas os evidenciarán como las tres razones eminentes de la tierra se han insubordinado contra la razón católica luchando enérgicamente contra la bandera pontificia.

«Tres razones hay que gobiernan el mundo, reasumiendo la razón total de la humanidad: la razón de los hombres de Estado, la razón de los hombres de genio, la razón popular... Pues bien, señores, esta razón elevada y religiosa de los hombres de Estado se declaró desde el principio contra nosotros. Y no solo nos perseguían los hombres de Estado como Neron y Tiberio, sino también Trajano y Marco Aurelio, es decir, hombres de grande y generoso espíritu, hombres que en la gobernación del imperio desplegaron un verdadero genio. «Estos se declararon contra nosotros, imitando su conducta la mayor parte de los hombres de Estado del bajo imperio. Después del bajo imperio vino el santo imperio romano, y su historia es una lucha perpétua con la Santa Silla; después vino el siglo XVI, y con él la conjuración de los hombres de Estado contra la Iglesia de Cristo, y las pérdidas lamentables de las glorias religiosas en una parte de la Europa. En fin, todo el mundo sabe, lo digo sin entrar en los debates, y con todo el respeto debido á las potestades, todo el mundo sabe que hoy día la mayor parte de los hombres de Estado de Europa son enemigos de la doctrina católica, y la combaten por todos los medios que están á su alcance. Esto, señores, es un fenómeno extraño, que no tiene ejemplo fuera de la Iglesia...»

«...Los hombres de genio se han declarado también contra nosotros, desde que comenzó el Cristianismo. Sabéis los ataques de los filósofos de Alejandría y la sucesión de los herejes Arrio, Focio y Lutero. No era esto más que un preludio. Paso rápidamente sobre estos hechos para llegar al hecho capital, á esta conjuración de los hombres de genio reunidos para declarar la guerra al Cristianismo, llamando en propios términos al Hijo de Dios con el nombre de *infame*; excitando á la humanidad entera á derribar sus altares, y correspondiendo la Europa á esta conspiración de la incredulidad, constituida en una verdadera potencia. Un hecho como este no se vió jamás en ninguna parte, ni entre los mahometanos, ni entre los paganos, ni en ninguna otra religión, por despreciable que fuese. Es propio del Cristianismo...»

«...La razón popular se sublevó asimismo contra nosotros, y esto es lo que me pasma más que todo. Porque, en fin, que Dios humille á un príncipe, que le retire su luz para castigar su orgullo, se concibe: también se concibe que acabe de humillar á un hombre de genio obcecado. Pero, que se haya podido engañar á este pobre pueblo, y desnaturalizar sus instintos; que se le haya podido persuadir que la Iglesia que vino á alargarle una mano protectora, y á destruir la esclavitud, quisiera esclavizarle; que se le haya hecho creer lo que no se pudo á los paganos, á los mahometanos, á

«los protestantes ni á los salvajes... Hé aqui lo que no se explica, y «lo que siendo inexplicable se ha visto en la Iglesia católica, sin que «en ninguna otra parte se haya visto.

«Y ¿ en qué consiste que la razon de los hombres de Estado, y la de «los hombres de genio, y la popular, se han sublevado contra la doc- «trina católica ?»

La contestacion está dada : el Maestro del Catolicismo ha prescindido de consultar al pueblo, al genio y al poder : el orgullo ha henchido los espíritus de estos tres elementos sociales, y los tres se han puesto de acuerdo para una lucha simultánea y fuerte contra la cátedra desdeñadora. Pero esta lucha universal, en la que la victoria ha sido del bien y de la justicia, es un testimonio clarísimo : una brillantísima manifestacion de la virginidad del Pontificado : cuando se ha visto que el poder le combate, que el genio le combate, que el pueblo le combate, nadie se atreve á replicarle el derecho de afirmar como María : *Virum non cognosco*.

No mendiga protecciones, no las necesita : las rechaza, porque le embarazan : bástase á sí misma. Yo sé las lamentaciones que ha inspirado y los cargos que ha pretextado, de parte de los fanáticos humanitaristas, el aislamiento virginal de la Silla pontificia ; pero la Silla pontificia acepta gustosa en este particular el papel que jugó el ave fénix en la siguiente parábola que voy á referiros :

La víbora, contemplando al fénix, dormida en la soledad, saludóla y la dijo : ¿ Por qué estás sola, sôcial ave ; dónde están las de tu especie ? Á lo que ella contestó : Soy sola en mi especie, ni hay en mi diferencia de sexos : soy una y singular en el mundo. La víbora se admiró al oír esto, replicándole : «¿ Por ventura contigo solo ha sido «avara la naturaleza, siempre generosa en los goces de la propaga- «cion con los demás animales ? ¿ de qué te sirve esta tu hermosura, «viéndote privada de la vida y dulzuras conyugales ? Porque si mueres, tu raza se acaba ; si vives, triste vivirás para siempre ; ¿ qué te «añadiré ? con esta tu castidad nunca serán abiertos tus ojos, ni ven- «drás en conocimiento del bien y del mal :» á lo que el fénix, que ni ignoraba los disgustos de la concupiscencia, ni las delicias de la castidad, contestó : «Allí reside la suma y alegre sociedad donde existe «la unidad íntima de toda la especie : por lo que, asimilándome por «mi singularidad á una celestial especie, me regocijo intensísimamente, me glorio de ser entera y no fracturada. Todo mi ser, toda «mi fuerza es una en mí, y la bondad de mi especie á nadie se es- «conde .»

Yo dejo á vuestro ilustrado criterio aplicar esta parábola : el fénix es el Pontificado : el Pontificado está solo : ha de estar solo ; es incapaz de maridaje ; es esencialmente virgen : los que le compadecen,

¹ P. Lacordaire, Discurso sobre la repulsion que produce en los espíritus la doctrina católica.

² Alápide, in lib. Sap.

desconocen la plenitud de su vida, y no quieren observar que la unidad es mas perfecta que la multiplicidad.

¡ Qué gloria resulta al Pontificado de esta virginidad ! esta virginidad le pone á salvo de todos los cargos que tendria derecho á dirigirle la historia si hubiera celebrado alianza con alguno de los elementos que constituyen la situacion actual del mundo. La virginidad salva su honor : mirad el cuadro que presenta el orbe, y decid qué tal quedaria la reputacion del Pontificado, si tuviera aunque no fuese sino parte de su responsabilidad.

Ved las jerarquías maldiciéndose unas á otras, los pueblos mutuamente desgarrándose, arruinándose las instituciones mas sólidas y únicamente edificándose, en su lugar, *fortificaciones y baterías*. El Danubio y el Misisipi llevan teñidas de sangre sus corrientes, cuando se nos habia prometido paz y fraternidad. ¿ Quién tiene la culpa de ello ? Si una guerra europea ha enervado el movimiento comercial entre nosotros, y una guerra americana priva de las primeras materias á la vida de nuestra industria, si el pauperismo aumenta en espantoso progreso con ciertos principios económicos que hoy vigen, yo no debo decir quién tiene la culpa ; yo debo limitarme á recordar que no es el Pontificado el que la tiene ; que el Pontificado lo previó, y trabajó para impedir el colmo de las miserias que nos adigen.

Esta sociedad se encuentra en un estado que avergüenza hasta á sus directores, porque, como el hijo pródigo abandonó la casa paterna, pidió al Pontificado libertad de vivir y holgar por su cuenta, y se fué á vivir á capricho.

Recordadlo : el Oriente empezó á marcharse del gremio pontificio ; marchóse despues la Inglaterra ; despues la Prusia y gran parte de la Alemania : si estas naciones se marcharon, y fueron desde que se marcharon la pesadilla de la paz y del orden, ¿ no es una gloria para el Pontificado que se marchasen ?

Cuando los revolucionarios se enfadan con el despotismo de la Rusia y con el barbarismo de la Turquía, ¿ no hacen un panegirico de la Santa Silla, á cuya sombra, ni Constantinopla hubiera podido ser bárbara, ni San Petersburgo despótica ? Cuando los hombres de buen criterio, de todos los partidos, apartan su vista de la Inglaterra, para no ver en lo que ella se ocupa, ¿ no dan con ello un testimonio de gloria á la Santa Silla, á la sombra de la cual no hubiera podido ser la opresora de la Irlanda ? Y si la historia de Alemania es historia de sangre, ¿ es por ventura responsable de una sola gota de sangre, vertida en la Alemania, y por la Alemania, la Santa Silla ? Esta es, hermanos, una de las principales glorias históricas de la Santa Silla, el que cuando una nacion ó imperio ha querido convertirse en órgano del despotismo ó de la piratería, ha dicho primero á la Santa Silla : « Ya no dependo de tí, de hoy mas viviré por mi cuenta ; » y

por regla general se observa que los grandes disturbios de los pueblos, las revoluciones, que tienen por objeto trastornar el orden político ó doméstico en sus relaciones con la moral, en fin, la guerra de principios sociales empieza siempre con un rompimiento de relaciones con la Santa Silla. Cuando leeréis, tal Gobierno ha retirado su embajador de la corte del Papa, el nuncio del Papa ha pedido los despachos á tal Gobierno, estad alerta, porque no tardaréis en oír el ruido de las instituciones que se arruinan, ó el estampido del cañon que destroza. Rompimiento con la Santa Silla quiere decir siempre rompimiento con la justicia, y á menudo significa guerra al pueblo. Si necesitáseis ejemplos palpitantes, os señalaría en América, Méjico; en Europa, el Piamonte.

Renuncien, pues, de una vez la orgullosa pretension de pasar por protectores de la Silla inmaculada los poderes impuros: cualquiera que sea la raza y la procedencia de las soberanías humanas, entiendan que les está rigurosamente prohibido aplicar su profana mano á la piedra santa. El Pontificado es la nueva arca de la antigua alianza. Recuerden los políticos lo que aconteció con el arca primitiva. Mientras esta era trasladada de Cariathiarim á Jerusalem, «al llegar á la era de Nacor, como coceasen los bueyes, y la hiciesen inclinar, «Oza extendió la mano hácia el arca de Dios y la sostuvo.

«Y el Señor, indignado en gran manera contra Oza, castigóle por su temeridad, y quedó allí muerto junto al arca de Dios.»

¿Puede darse una manifestacion mas enérgica de que el Señor no necesita auxilios humanos para conservar lo que ha constituido? ¿puede darse una condena mas elocuente de la orgullosa política de aquellos que se glorían de sostener la Silla de la sabiduría cristiana? ¿Quiénes sois vosotros, hombres sin prestigio ni fuerza, hombres que ayer érais polvo y hoy sois arbustos; hombres que hoy sois cedros y mañana seréis polvo para sostener con vuestro brazo lo que el brazo de Dios ha edificado? Los bueyes cocean, diréis, esto es, la revolucion brama y el arca se inclina; el Pontificado pierde algo de su influjo, ya no goza la plenitud de su poder temporal; caerá; porque no caiga extendemos nuestras manos hácia él.

¡Ah! orgullosos poderes, deteneos: no acerqueis esas manos manchadas de sangre á esta arca de justicia, de pureza y de santidad; dejadla: es virgen, y el tacto de vuestras manos ofende su pudor: recordad lo que sucedió á Oza. Vosotros los que con dañina intencion haceis cocear los bueyes que conducen el arca, es decir, agítáis la atmósfera política, á fin de tener un pretexto de aplicar vuestra mano sobre ella, no os olvidéis de Oza: el destino de Oza es el vuestro. Moriréis, y moriréis al pié del arca.

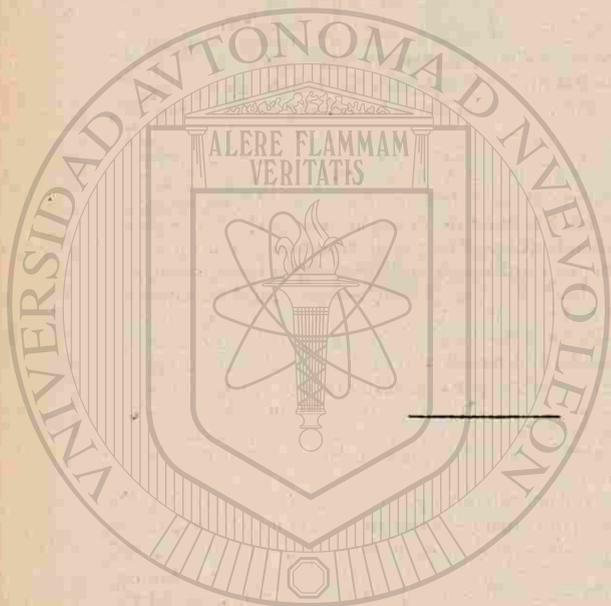
Vosotras, las naciones que todavía os inclináis ante el solio de san Pedro, yo os felicito, no solo porque estais en el redil de la salvacion eterna, si que tambien por la honra social que en ello os cabe. En la

historia de las naciones católicas no se encuentran sistematizados los escándalos enormes á que están aclimatadas las naciones cismáticas: hija y protegida de las naciones católicas es esta civilizacion, cuya teoría tanto encanta; civilizacion basada en la libertad y en la justicia: la licencia y el despotismo no se desarrollan á la accion del Pontificado, verdadero sol de las conciencias: reflexionad, ó naciones católicas, el honor que perderíais el día que perdiérais el mejor título de vuestras coronas, y no dudeis que perderíais este título el día que por las discordias intestinas de la familia católica obligáramos al Pontífice á sacudir el polvo de sus sandalias sobre la sociedad desatenta con él. El naufragio sería el resultado indefectible de semejante falta de prevision. La sociedad solo puede salvarse, poniéndose á cubierto de las corrientes corruptoras: lo que le falta es pureza: pureza de intenciones, pureza de ideas, pureza de sentimientos: ¿quiere encontrar la sociedad la pureza que le falta? acójase á las doctrinas del Pontificado: él es la nueva arca de Noé. Atended lo que observó el Damasceno: «Al mandarse á Noé que entrara en el arca y conservara en ella la semilla del mundo, recibió este precepto: «Entra tú y tus hijos, y las consortes de tus hijos, y separarás á tus hijos de sus consortes, y el arca por medio de la castidad se salvará evitando el naufragio del género humano; y así fue: el arca casta salvó á los hombres castos, por cuanto el olor puro que el arca «esparcía suavizó el corazon indignado de Dios:» por lo que otro escritor eminente dice: «Es la castidad una sustancia sutil y peso tan leve, que no se sumerge en el arca.»

Tal es la bella imagen del Pontificado: todo es en él puro, todo en él virginal; no hay en él consorcio de ninguna especie, como no sea el consorcio con el Verbo divino: su castidad libra á los pueblos del naufragio completo en las aguas de la concupiscencia. Guardemos, guardemos entre nosotros esta arca santa; guardémosla como el lugar de nuestro refugio; guardémosla para que no nos hundamos como tantos pueblos se han hundido.

Todo vacila porque todo está corrompido: sobre la tierra no veis sino abrazos impúdicos y alianzas adulterinas, y partos, hijos de la fornicacion: solo una institucion existe permaneciendo virgen: es la institucion que personifica hoy el Pontífice que en 1847 y en 1859 rechazó á la revolucion diciéndole: *Virum non cognosco*; es el que, en diversas fechas y por diversos motivos, contestó á los emperadores que representan respectivamente la fuerza de Oriente y de Occidente: *Virum non cognosco*. Es el que permanece puro, inmaculado, sin mezclarse, sin adulterar su independencia, sin aliarse á bandería alguna nacida de la concupiscencia humana; virgen, virgen á imitacion de Maria, virgen á imitacion de JESUCRISTO se presenta á causa de su virginidad crucificado, martirizado en medio de las dos escuelas corrompidas, crucificado en medio del poder adúltero y de la libertad fornicadora.

Virum non cognosco: gloriosa palabra salida de los labios de María: gloriosa, porque ella es la fórmula suprema de la castidad preeminente; gloriosa, porque de sus labios la tomó el Pontificado y la escribió en letras de nieve en el campo de su azul bandera: *Virum non cognosco*: Soy virgen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CONFERENCIA CUARTA.

La maternidad social del Pontificado tiene su tipo en la maternidad de María. — Preocupaciones contra la idea de esta maternidad.

I. Maternidad de María. — Por qué JESUCRISTO quiso tener madre. — Lo que relativamente á la maternidad de María han dicho algunas eminencias cristianas.

II. Analogías entre la maternidad de María y la pontificia. — Palabras de Dios á Moisés en las que se anuncian ambas maternidades. — Realización de aquellas palabras en el Cristianismo. — Los efectos de la acción pontificia comparados con los de la acción virginal. — La analogía de ambas maternidades deducida de la naturaleza de la Iglesia.

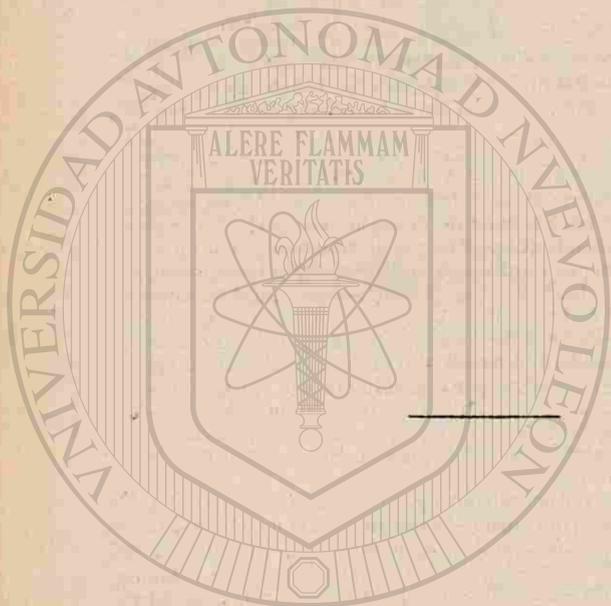
III. Deseos y planes maternos de la Santa Silla respecto á la sociedad. — La Santa Silla tiene por lema *Marchar adelante*. — Qué recuerdos suscita en la Iglesia la idea de lo pasado. — Lo que ha hecho en el decurso de los tiempos el espíritu independiente de la Iglesia. — Formas sociales nacidas del espíritu independiente de la Iglesia. — Análisis de la situación actual. — La confusión y la revolución son sus caracteres. — La maternidad que puede atribuirse á la revolución se halla definida por estas palabras del Señor á Eva: *Multiplicabo arummas tuas et conceptus tuos: in dolore paries*. — Dominio permanente del Pontificado sobre la revolución.

IV. Sistema social dado á luz por el Pontificado. — Teoría organizadora de la sociedad escrita por san Pedro. — Constitución del pueblo llevada á cabo por el Cristianismo. — ¿Qué es el pueblo? — Teorías de san Agustín sobre este particular. — La caridad y la justicia en sus relaciones con el pueblo. — Principios de autoridad y de libertad sentados por san Pedro. — Carácter práctico de las doctrinas apostólicas. — Equilibrio necesario entre la libertad y la autoridad procedentes del espíritu de Dios. — Explanación de esta doctrina.

V. La maternidad católica y la maternidad protestante simbolizadas en aquellas dos madres que se presentaron á Salomón, pidiendo la propiedad de un mismo hijo. — El protestantismo tiene por lema: *Dividase la sociedad*; el Catolicismo: *Permanezca unida*. — Algunas observaciones sobre una acusación del P. Passaglia.

Hoy, hermanos, debo recorrer un campo no menos vasto que el que recorrí ayer: las analogías existentes entre la maternidad de María y la del Pontificado se prestan á un estudio, nuevo bajo cierto punto de vista, y siempre interesante. Asunto tan fecundo en consideraciones, que me es preciso hoy también suprimir todo exordio y suplicaros desde luego me acompañéis á los pies del trono de la augusta Virgen que nos preside, á fin de que me alcance la luz de su gracia, que tanto necesito. Empeñémonos con la Madre, saludándola con las palabras del Arcángel: *Ave María*.

Virum non cognosco: gloriosa palabra salida de los labios de María: gloriosa, porque ella es la fórmula suprema de la castidad preeminente; gloriosa, porque de sus labios la tomó el Pontificado y la escribió en letras de nieve en el campo de su azul bandera: *Virum non cognosco*: Soy virgen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CONFERENCIA CUARTA.

La maternidad social del Pontificado tiene su tipo en la maternidad de María. — Preocupaciones contra la idea de esta maternidad.

I. Maternidad de María. — Por qué JESUCRISTO quiso tener madre. — Lo que relativamente á la maternidad de María han dicho algunas eminencias cristianas.

II. Analogías entre la maternidad de María y la pontificia. — Palabras de Dios á Moisés en las que se anuncian ambas maternidades. — Realización de aquellas palabras en el Cristianismo. — Los efectos de la acción pontificia comparados con los de la acción virginal. — La analogía de ambas maternidades deducida de la naturaleza de la Iglesia.

III. Deseos y planes maternos de la Santa Silla respecto á la sociedad. — La Santa Silla tiene por lema *Marchar adelante*. — Qué recuerdos suscita en la Iglesia la idea de lo pasado. — Lo que ha hecho en el decurso de los tiempos el espíritu independiente de la Iglesia. — Formas sociales nacidas del espíritu independiente de la Iglesia. — Análisis de la situación actual. — La confusión y la revolución son sus caracteres. — La maternidad que puede atribuirse á la revolución se halla definida por estas palabras del Señor á Eva: *Multiplicabo arummas tuas et conceptus tuos: in dolore paries*. — Dominio permanente del Pontificado sobre la revolución.

IV. Sistema social dado á luz por el Pontificado. — Teoría organizadora de la sociedad escrita por san Pedro. — Constitución del pueblo llevada á cabo por el Cristianismo. — ¿Qué es el pueblo? — Teorías de san Agustín sobre este particular. — La caridad y la justicia en sus relaciones con el pueblo. — Principios de autoridad y de libertad sentados por san Pedro. — Carácter práctico de las doctrinas apostólicas. — Equilibrio necesario entre la libertad y la autoridad procedentes del espíritu de Dios. — Explanación de esta doctrina.

V. La maternidad católica y la maternidad protestante simbolizadas en aquellas dos madres que se presentaron á Salomón, pidiendo la propiedad de un mismo hijo. — El protestantismo tiene por lema: *Dividase la sociedad*; el Catolicismo: *Permanezca unida*. — Algunas observaciones sobre una acusación del P. Passaglia.

Hoy, hermanos, debo recorrer un campo no menos vasto que el que recorrí ayer: las analogías existentes entre la maternidad de María y la del Pontificado se prestan á un estudio, nuevo bajo cierto punto de vista, y siempre interesante. Asunto tan fecundo en consideraciones, que me es preciso hoy también suprimir todo exordio y suplicaros desde luego me acompañéis á los pies del trono de la augusta Virgen que nos preside, á fin de que me alcance la luz de su gracia, que tanto necesito. Empeñémonos con la Madre, saludándola con las palabras del Arcángel: *Ave María*.

El Pontificado ejerce una maternidad social: la maternidad social ejercida por el Pontificado es comparable solo á la maternidad de Maria. Comprendo el valor de estas dos proposiciones, y reconozco que emitiéndolas me coloco en abierta oposicion á los sentimientos é ideas que son moneda corriente entre los discipulos de la escuela llamada revolucionaria, pero que mejor se llamaria anárquico-atea.

Cuando vengo á hablar de la maternidad del Pontificado, me coloco frente á frente de los que hablan de la tiranía de los Pontífices: puesto que toda tiranía está diametralmente opuesta á toda maternidad, siendo, como es, la maternidad la última expresion del amor, y siendo, como es, la tiranía la última expresion del aborrecimiento.

No están aquí, pero si aquí estuvieran, los adictos á la marcha actual de los acontecimientos europeos, al oír esta frase: «maternidad del Pontificado,» pedirían la palabra, ó á lo menos en su interior dirían: «Esta maternidad no existe: los pueblos no aman al Pontífice, el Pontífice tampoco ama á los pueblos: no los ama, porque fulmina rayos y excomuniones contra su causa; ellos no le aman, porque nada hacen para salvar los intereses de su poder: el espectáculo que ofrece la Italia, convence á cualquiera que la Santa Silla no es la madre del pueblo: ella impide la bienandanza del pueblo, la consolidacion del pueblo, la constitucion del pueblo.»

Este lenguaje sofisticado, anárquico, este argumento que el doctor Passaglia no se ha desdenado de insertar en las páginas de su condenada *Epistola ad episcopos*, es el que me ha dictado el tema de la conferencia de hoy: creo que jamás, jamás puede ser tan oportuno tratar de la maternidad del Pontificado como hoy que se propaga entre las masas ilusas el convencimiento de su tiranía.

I.

Empiezo la historia de la maternidad del Pontificado, enseñando su tipo: la Niña que vimos es igual al Pontificado en pureza y destino, tambien lo es en maternidad.

En maternidad, sí; ella fue madre, porque dió á luz el Verbo Dios hecho carne; ella fue madre, porque alimentó con su leche al Hijo del hombre, como si dijéramos, al representante de la humanidad; ella fue madre, porque le educó, le prodigó sus solicitudes cariñosas, sus cuidados asiduos; ella fue madre, y madre que le acompañó siempre al templo, á Egipto, á la calle de la amargura, hasta la cumbre del monte de la mirra, hasta al pié del patíbulo, clavado en el que, el amor vivo de su alma le dirigió la mirada mas penetrante, la palabra mas conmovedora.

No puedo prescindir de deteneros un momento ante el cuadro mas sublime de la vida de Maria.

Representaos el espectáculo que ofrecia el Calvario cuando el Hijo de Dios, con su palabra, que habia dilatado el firmamento, dilató la maternidad de su Madre, extendiéndola á todos los pueblos.

Aparecieron allí los espíritus de los Patriarcas, de los Profetas y de los antiguos justos, ya para glorificarse con el contacto de la sangre de JESUCRISTO, cuyo reguero listaba la pendiente de aquel monte, ya tambien porque cansados de llamarse y ser huérfanos, ansiaban saludar la Madre que iba á darse á las generaciones. Y junto á ellos estaban los espíritus de las madres de Israel: abandonaron ellas las tumbas para adherirse á la resolucion del Eterno, y resignar sus títulos maternales en favor de la elegida; así la elegida, por aclamacion universal y segun nombramiento recibido de la boca del Verbo, fue proclamada: Madre de los Patriarcas, Madre de los Profetas, Madre de los Apóstoles, Madre de las Virgenes, Madre de todos los Santos. Ved ahí el resultado feliz para la humanidad, glorioso para Maria de esta palabra dicha á Juan: Hé ahí á tu Madre.

¡Qué lógica tan profunda! ¡qué misterios tan hermosos los del Cristianismo!

Habia de nacer del Calvario una humanidad, diferente de la antigua: JESUCRISTO habia de ser su alma: y como todo nacimiento supone una madre; por esto antes de dar su espíritu á la humanidad, es decir, antes de consumir su nueva hechura, JESUCRISTO busca la mujer, por cuyo ministerio darla á luz: busca en el Calvario una mujer que pueda ser madre del pueblo cristiano; y no encuentra sino una de firme, una de inmutable, una de santa, la que está á sus piés: y á esta elige, y á esta nombra, y á esta consagra con el óleo de la sangre de sus entrañas: «Hé ahí á tu Madre,» dice á la humanidad; y luego entrega á la humanidad su espíritu. ¡Antes le da la Madre, despues le da la vida! Cosa natural, no hay vida sin madre; la madre precede siempre al ser.

Y desde entonces el pueblo cristiano recibió á Maria por madre: no ha cesado de rendirle los honores de madre, le ha dado el puesto preeminente en sus solemnidades; se ha dirigido á ella en el lenguaje mas cordial, mas dulce, mas penetrante: puede decirse que el pueblo cristiano, como el discipulo Juan, desde aquella hora se ha complacido en tener á Maria en el puesto mas digno de su casa: *Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua*: Sí, desde aquella hora la santísima Virgen puede decir con la Sabiduria divina: *En todas las naciones tuas el supremo dominio.*

Por ello Arnaldo exclama: JESUCRISTO nos engendró en la sangre de su carne, Maria en la sangre de su corazón: *Filius in sanguine carnis, Maria in sanguine cordis*: y san Antonino de Florencia: Como JESUCRISTO padeciendo en la cruz nos engendró, con el Verbo de la verdad, al ser espiritual de la gracia, que es mas perfecto que el ser real, así la bienaventurada Virgen nos engendró y dió á luz en-

tre grandes dolores, compadeciendo al Hijo que por nosotros inmensamente padecía.

Considerando lo que Sofronio afirmó, que su plenitud está sobre toda criatura del cielo y de la tierra, pues toda la naturaleza por ella se remozó: *Si tam in celo quam in terra ejus plenitudo super omnem creaturam sit, de cujus plenitudine omnis natura virescit*¹.

Me creo, pues, yo en el caso de aplicarla el saludo que Ciceron dirigió á la sabiduría: «Tú eres el norte de la vida filosófica, tú la investigadora de la virtud, la expulsadora de los vicios: ¿qué podría ser sin tí, no solo nuestra vida, sino la vida social? Tú diste á luz las ciudades, tu convocaste en sociedad los hombres dispersos y disipados: *Tu urbes peperisti, tu dissipatos homines in societatis vita convocasti.*»

Veamos cómo la maternidad de María tiene sus analogías con la maternidad del Pontificado.

Viendo el Señor cuán pesada era la carga de la maternidad del pueblo de Israel, que habia confiado á Moisés, atendiendo á esta su queja: «¿Por ventura he concebido yo toda esta turba, ó engendré-dola, para que me digas: llévalos en tu seno, como suele una ama traer al niño que cria, y condúcelos á la tierra prometida con juramento á sus padres?»² Dijo: «Reúneme setenta varones de los ancianos de Israel, y los conducirás á la puerta del tabernáculo de la alianza, y harás que estén allí contigo.

«Y descenderé yo, y te hablaré, y yo tomaré tu espíritu y lo comunicaré á ellos para que sostengan contigo la carga del pueblo y no te sea demasiado grave llevándola solo»³.

En este pasaje se halla descrita la doble maternidad de que nos ocupamos.

Juan representaba en el Calvario el cuerpo de discípulos que constituían la Iglesia; JESUCRISTO, señalando á María y diciendo á Juan: «Hé ahí á tu Madre,» dijo en sustancia: «Yo tomaré del espíritu de ella y le comunicaré á ellos, para que sostengan contigo, ó mujer, la carga del pueblo.»

Por otra parte, Moisés fue la imagen perfecta del Sumo Pontífice, el cual es el legislador de la edad nueva, como aquel lo fue de la edad antigua; Pontífice á cuyo cargo ha confiado el Señor llevar al pueblo, «como suele una ama traer al niño que cria,» á la tierra de promisión; Pontífice de cuyo espíritu el Señor ha formado el espíritu de su Iglesia docente, puesto que, diciéndole: «Apacienta mis ovejas,» le dijo en equivalencia: «Yo tomaré de tu espíritu y lo comunicaré á los discípulos que se te han agregado, ó que tú te agre-

¹ Serm. Assumpt. — ² Num. 11, 11. — ³ Num. 11, 16, 17.

gues, y ellos sostendrán contigo, ó con tu espíritu, la carga del pueblo.»

Por la palabra de María, el Verbo de Dios bajó una vez en sus entrañas: por la palabra del Pontificado, recibida de Dios, el mismo Verbo baja innumerables veces á las manos de los sacerdotes. En efecto, no ignorais que toda autoridad católica tiene en el Pontificado su principio y su nacimiento: los obispos reciben del Pontífice sus títulos y sus poderes, en virtud de los cuales comunican el carácter y las prerogativas del sacerdocio á los que creen escogidos.

Así, la omnipotencia de la palabra del sacerdote proviene de la omnipotencia comunicada por Dios á la palabra del Pontífice; Dios baja á las manos de aquel, porque antes ha recibido parte de la autoridad de este. Así Dios se encarna en la hostia del sacerdote, porque en el sacerdote se ha encarnado parte de la autoridad pontificia, autoridad tanto mas poderosa y admirable, en cuanto una vez comunicada, no puede ya borrarse. De modo que, recibido el poder episcopal de su fuente legítima y genuina, permanece siempre en el que le ha recibido, sin que por ninguna causa de él se desprenda. El poder recibido es siempre poder; la autoridad recibida es siempre autoridad, aunque suceda la apostasia; y si el que ha recibido la autoridad episcopal se apartare del gremio de la Iglesia, se apartará, señores, llevándose parte de su tesoro, parte de aquel oro que le ha sido comunicado; y si derrama su palabra institutiva, si derrama su palabra consagrada sobre uno con la debida intencion, materia y forma prescritas por la Iglesia, recibirá aquel la autoridad de la Iglesia, y esto es lógico, porque si el obispo ha apostatado, no ha apostatado la autoridad que la Iglesia le entregó como en depósito; autoridad que no puede corromperse, autoridad que no se corrompe con el pecado del obispo, porque no es suya, sino de la Iglesia que se la dió, y por consiguiente que si la transmite, la transmitirá pura, por ser independiente de él, y superior á él. Así como el hijo, señores, aunque se insubordine contra la madre que le dió la vida, continúa poseyendo la vida, y poseyéndola puede transmitirla.

De esta manera, cuantos estamos de acuerdo en que la Iglesia ha ejercido una verdadera maternidad respecto al género humano; cuantos estamos de acuerdo en que los siete Sacramentos son las arterias de la civilización moderna; cuantos estamos de acuerdo en que la Iglesia purificó la atmósfera social de los miasmas corrompidos del paganismo, debemos confesar que el honor y la gloria es del Pontificado, en el cual reside la cabeza, y por consiguiente la palabra, y por consiguiente la expresión de la sabiduría católica. Al Pontificado pueden aplicarse estas palabras, aplicables á María: «Yo la sabiduría derramé ríos de agua viva y celestial: yo salí del paraíso, como canal de agua derivada del río.

«La luz de mi doctrina, con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los remotos tiempos.»

Voy á presentaros la misma analogía entre ambas maternidades, pero bajo un punto de vista diferente: ¿Qué es la Iglesia? es un cuerpo, el cuerpo místico de JESUCRISTO: todo cuerpo necesita una madre que lo alimente, que lo eduque, que lo dirija, ¿quién negará sea esta la tarea confiada al Pontificado? Escuchad atentamente lo que decía Pedro, el primer Pontífice, á la primitiva cristiandad: «Como infantes recién nacidos, apetece con ansia la leche del espíritu, pura ó sin mezcla de fraude, para que con ella vayais creciendo en salud y robustez.»

Y ¿no os representan, hermanos, estas palabras á una madre ofreciendo el dulce néctar de sus pechos al rubio y tierno niño que contempla tendido en sus rodillas? ¿No os parece que el primer Pontífice es aquí la imagen de María, inundando de besos la frente nevada de JESÚS, y llevando luego á sus pechos fecundísimos aquella boca, hermosa como un cacho de granada que se entreabre? Sí, la analogía entre María y el Pontificado es aquí perfecta: en los pechos de María está la boca de JESUCRISTO, robusteciéndose con su leche maternal; en los pechos del Pontificado tiene su boca la sociedad cristiana, chupando la leche del espíritu sin mezcla de fraude, que le da con sus definiciones.

¡Oh! santa eres, Iglesia mía, santa, inmaculada en tu fecundización, virgen por la castidad, madre por la prole. Tú nos nutres no con la leche del cuerpo, sino con la doctrina de los Apóstoles; tú eres virgen en tus Sacramentos, tú eres madre para los pueblos, y tu fecundidad ya la Escritura la atestigua diciendo: Son más los hijos de la desolada que los de la que tiene varón; é Isaias (LV, 3) añade: «No diga el eunuco: Hé ahí que yo soy un tronco seco... yo áles daré un lugar en mi casa y dentro de mis muros, y un nombre ámas apreciable que el que le darian los hijos é hijas, un nombre «sempiterno.»

Gloriosa maternidad del Pontificado, el cual, como vimos, aunque sea el Espíritu Santo su esposo, puede decir en verdad: Soy virgen, no conozco ningún varón, sin embargo, no soy un tronco seco, soy madre; realizado se halla en mí aquello: Son más los hijos de la desolada que los de la que tiene varón.

III.

Madre de la sociedad, la Santa Silla no ha podido querer, ni puede desear sino su propio bien, su desarrollo, sus progresos, como toda madre desea el desarrollo, los progresos, el bien de su hijo.

Es una calumnia solemne decir que el Pontificado desea que la sociedad vuelva atrás: no, no lo desea, no puede desearlo: él sabe que atrás está el paganismo, que atrás está la idolatría, que atrás está el gobierno del hombre por el hombre, que atrás está la

negación, el caos universal. El Pontificado sabe que atrás están los tiranos y las fieras, y ninguna madre quiere ver á su hijo entre fieras y tiranos. El lema del Pontificado es: *adelante*, porque adelante está el reino de JESUCRISTO, porque adelante está aquel día en que Babilonia será precipitada, y en que los justos cantarán: «*Alleluia*, porque tomó ya posesión del reino, el Señor Dios «nuestro... *Alleluia*, gocémonos porque la Iglesia esposa del Cordero «se ha puesto de gala.» El lema del Pontificado es: *adelante*, porque atrás no ha encontrado sino oposición, martirio, desgracias para su hija la sociedad: adelante están las esperanzas; el lema del Pontificado es: *adelante*, y lo es precisamente porque tiene á su cargo la maternidad de los pueblos.

¡Ah! recorred la historia, ved cómo fueron tratados los pueblos en lo pasado, fuera de la acción de la Santa Silla, y veréis más de relieve las verdades que os recuerdo.

El espíritu independiente de la Iglesia quiso resumir, como el Pontificado, la maternidad social, y dijo: «Yo sabré conducir mejor «sus intereses,» y se puso al frente de ellos: sin ninguna especie de atención á las fuerzas de los pueblos y á las leyes del orden providencial, los políticos dijeron: «Andemos,» pero ¿hacia dónde? «Andemos,» contestaron, y empezaron á andar sin más plan que el capricho, sin más senda que la abierta por las circunstancias. La sociedad, en pos del espíritu independiente, ha andado entre malezas, cayendo y levantándose, dando terribles tropiezos y teniendo que sentarse á menudo al borde de abismos, los que no ha podido salvar, y la prueba es que se ha dejado engullir por ellos.

Examinad si han sido otra cosa que derrumbamientos sociales, los cambios de formas é instituciones que ofrece la historia. Á fuerza de andar se llegó al fin de la edad romana; la sociedad cambió de terreno, sí, pero cambió, precipitándose por la cascada de sangre que vertieron las espadas de Juliano, Teodosio, Valentiniano y Graciano.

El nuevo terreno ofreció un vasto campo de herejías y guerras: los horrores de la edad romana continuaron en la edad media; la espada dominándolo todo; el hombre llamando á su tribunal hasta la autoridad de la Iglesia, hé ahí la edad que tampoco probó á los pueblos. Agitados por el mismo espíritu de independencia, no quisieron aceptar el reposo que les ofrecía la Religión: «Andemos,» dijeron. Y anduvieron, ó mejor, rodaron hasta á las orillas de otro abismo: la sociedad cambió otra vez de terreno, es decir, se desplomó con el imperio de Oriente, y se alegró de verse constituida en una situación dominada por la espada victoriosa de Mahometo II.

La edad moderna, empezada por las victorias de los enemigos de la cruz, fue lo que las dos anteriores; mirad los rostros de sus siglos, y los veréis horriblemente ensangrentados; se ha ido andando, concibiendo proyectos, creando y destruyendo naciones: haciendo la

apoteosis del poder individual, y diciéndose anhelosa la política de restablecer el poder público: buscando el orden y pisoteando los principios de autoridad: la edad moderna acabó, derrumbada de lo alto del patíbulo de sus reyes.

En resumen, el espíritu independiente creó tres fórmulas sociales, y ninguna de las tres produjo buen efecto. En la edad romana se proclamó la idolatría del poder, en la edad media se estableció el absolutismo de la autoridad, en la moderna se quitaron los frenos á la libertad. La autoridad de la edad media era hija de la idolatría de la edad romana; la libertad moderna había nacido de la autoridad de la edad media: las tres fórmulas cayeron, porque las tres se apoyaban en un principio absurdo, en la idolatría.

¿Qué resta hoy? estamos envueltos en las ruinas de tres edades: tenemos restos de idolatría, restos de autoridad, restos de libertad: estos restos están confundidos y revueltos; y ved ahí por qué la edad actual es confusión y revolución; ved ahí por qué, así los que proclaman la autoridad como los que admiten la libertad, lo hacen de una manera inconveniente, porque idolátrica; idolátrica, porque hoy no se admiten los principios sino que se adoran, se atribuye la divinidad á la libertad, la divinidad á la autoridad; rebajándose la divinidad al nivel de un principio político. De esto resulta que la sociedad está muy cerca del punto en que como otras veces habrá de decir: «Aquí hay un abismo, ó he de retroceder ó he de derrumbarme.» ¿Se derrumbará de nuevo la sociedad? Mirad, señores, que ha dado ya muchas caídas, que está muy atropellada, y que se encuentra á tanta profundidad, que yo no sé si le faltará el aire en caso de una nueva descension.

Ved ahí como el principio independiente del Pontificado no ha sabido ejercer la maternidad social: la sociedad no ha sido guiada sino arrastrada. La historia nos autoriza, pues, para arrebatár la sociedad de los brazos de la política, diciéndole, «no eres buena madre.» No eres buena madre, porque tú no sabes formar, educar y desarrollar sino con la espada, y en la espada no puede residir maternidad; sí, la espada, hé ahí el gran principio de toda edad política; la espada de los Césares fue la madre, si queréis, de la sociedad antigua; la espada de Carlomagno la de la edad media; la de Napoleón el Grande la de la edad actual.

Pero si se desea que concedamos á la revolución anticatólica cierta maternidad, seremos complacientes. Si, la ejerce, no hay duda, aunque su índole está perfectamente demostrada en unas palabras solemnes del Señor.

La serpiente se presentó al hombre, que Dios había constituido en el paraíso, le habló, le prometió la divinidad que en el fondo viene á ser la maternidad universal. *Eritis sicut dii*, le dijo. El hombre y la mujer aceptaron la maternidad que se les ofrecía. Mas el Señor del cielo no tardó en darles un conocimiento analítico de la mater-

nidad aceptada. *Multiplicabo*, le dijo, *multiplicabo arumnas tuas, et conceptus tuos.* — *In dolore paries.* — *Sub viri potestate eris.*

Multiplicaré tus penas y tus concepciones: esta palabra dicha literalmente á la mujer, fue dirigida simbólicamente á la revolución anticristiana. Multiplicaré tus penas, provenientes de tu orgullo, de tu ambición, de tu espíritu disolvente; multiplicaré tus concepciones, te haré semillero de sectas, criadero de herejías, sectas y herejías que darás al mundo con dolor. Con aquel dolor que sufrirás viendo la desnudez de tus doctrinas, viendo la pobreza de tus sistemas, viendo la manera raquílica con que aparecerán, la miseria con que se desarrollarán, la fuerza con que serán combatidas, y el oprobio de su desaparición; con aquel dolor que te causará ver que aquellas mismas herejías y sistemas, que tú habrás engendrado, se volverán contra tí, desconocerán los derechos de tu maternidad y confesarán los de la verdad tu enemiga, unas confesando su sabiduría y disolviéndose, otras desacreditándose llamándose hijas del error y del capricho; con aquel dolor que te causará ver que la multiplicación de las falsas doctrinas sea la elevación del augusto trono de la verdad en la tierra: *Multiplicabo arumnas tuas, et conceptus tuos.* — *In dolore paries.*

Y no será esto todo; á pesar de tus alardes de emancipación é independencia; á pesar de tus pretensiones á la divinidad, tú, revolución, no podrás jamás llegar á ser diosa, ni siquiera podrás llegar á ser libre; serás siempre dominada, tú y tu prole, tú y tu patrimonio: *Sub viri potestate eris.* Y ¿quién será este varón que te dominará? El Pontificado. Ella anatematizará todos tus hijos, ella ofuscará con el esplendor de las virtudes de sus generaciones la ilusoria hermosura de las tuyas.

Multiplicabo conceptus tuos. — *Sub viri potestate eris.*

IV.

Pero ahora teneis derecho á exigir que os presente el sistema social dado á luz por el Pontificado. Hé ahí la teoría organizadora, escrita por el primer Pontífice:

«Queridos míos, vosotros que antes no érais siquiera pueblo y ahora sois el pueblo de Dios, os suplico que lleveis una vida ajustada entre los gentiles, á fin de que por lo mismo que os censuran como á malhechores, reflexionando sobre las buenas obras que observen en vosotros, glorifiquen á Dios en el día en que los visitará.»

«Estad, pues, sumisos á toda humana criatura, que se halle constituida sobre vosotros, y esto por respeto á Dios.»

«Esta es la voluntad de Dios, que obrando bien, tapeis la boca á la ignorancia de los hombres necios.»

«Como libres, si; mas no cubriendo la malicia con capa de libertad, sino obrando en todo como á siervos de Dios, esto es, por amor.»

«Quasi liberi; quasi liberi, et non quasi velamen habentes malitia libertatem.»

«Así, pues, el que de veras ama la vida, y quiere vivir días dichosos, refrene su lengua del mal, y sus labios no se desplieguen á favor de la falsedad.

«Desviase del mal y obre el bien: busque con ardor la paz y vaya en pos de ella.

«Y ¿quién hay que pueda dañaros, si no pensais mas que en obrar el bien?»

«Pero si sucede que padeceis algo por amor á la justicia, bienaventurados sois.

«Mantened constante la mútua caridad entre vosotros: comuniqued cada cual al prójimo la gracia que recibió.»

Estos son los principios de la sociedad constituida por la Santa Silla: ¿me entretendré á manifestar que ellos son la expresion mas alta de la maternidad?

«Vosotros, dice, que antes no érais siquiera pueblo, y ahora sois el pueblo de Dios.»

Consideremos el significado de esta palabra: *No érais pueblo.*

¿No érais pueblo! ¡Ah! el pueblo no existía, hermanos. ¿Cómo? ¿No existía el pueblo antes del Pontificado? ¿No habia aparecido ya Solon el sábio organizador de la democracia griega, y Ciceron el elocuente cónsul de la democracia romana? El vulgo ¿no habia legislado en Atenas y juzgado en su Areópago? El vulgo ¿no habia legislado en el Senado de Roma y juzgado en su Foro? ¿Cómo dijo, pues, el primer Pontífice: no érais pueblo?

Preguntemonos, señores, qué es pueblo; definamos al pueblo, y podrémos apreciar debidamente la exactitud de la pontificia afirmación.

El pueblo ¿es solo una muchedumbre? el mar es una muchedumbre de aguas; el aire una muchedumbre de átomos: el aire y el mar ¿son dos pueblos? No lo son, á pesar de ser dos grandes muchedumbres: ¿qué les falta? La vida: y ¿cualquier vida es buena para que una muchedumbre sea pueblo? No. El espíritu, principio vital del pueblo, debe producir dos sentimientos; uno que conserve la autonomía sobre los elementos individuales, otro que conserve la integridad del ser colectivo; el uno produce el respeto mútuo, el otro el mútuo amor; el primero se llama justicia, el segundo unidad; donde no encontreis unidad y justicia, no busqueis pueblo, aunque veais muchedumbre, porque el pueblo es el producto de ambas.

Sentados estos principios, escuchad, señores, á san Agustín: «De las definiciones que de la república da Scipion, dedúcese que la república romana jamás existió, definela causa ó asunto, *res* del pueblo. Lo que si es exacto nos confirma en la idea que acabamos de emitir, porque nunca fue atendida la causa del pueblo.

«Se ha definido al pueblo diciendo que es *una muchedumbre con-*

«agregada por el consentimiento del derecho y la comunidad de intereses ó utilidades... segun lo que, la justicia es indispensable á la existencia del pueblo, pues no se concibe derecho donde no hay justicia. Lo que es de derecho es justo; lo injusto sin derecho se practica. De modo que, es falsa la opinion, aceptada por algunos, de que lo inicüamente constituido por los hombres es justo; y por lo tanto, lo es tambien lo que algunos irreflexivos admiten, á saber, que el derecho está en lo que es útil al mas poderoso.»

«Por consiguiente, donde no hay justicia, no puede haber muchedumbre, unida por el consentimiento del derecho, y por lo tanto no puede haber pueblo, segun lo definen Scipion y Ciceron, y si no pueblo, tampoco causa del pueblo, tan solo causa de una muchedumbre indigna de tal nombre.»

Pero es necesario que esta justicia, base del pueblo, segun Scipion y san Agustín, no sea estéril, sino que produzca la comunidad de intereses, es decir, el amor general, es decir, la unidad.

Ya que he invocado la autoridad del sábio de Tagaste, en apoyo de esta doctrina, permitidme continúe recordándoos algo de lo mucho que sobre la unidad del pueblo escribió y enseñó.

«Dadme la unidad, predicaba un día, y existirá el pueblo; suprimid la unidad, y solo existirá la turba; y ¿qué es la turba? solo la conturbada muchedumbre; escuchad al Apóstol, y notad que hablando á la multitud pedía la unidad: Os suplico, hermanos, decia, «os suplico encarecidamente, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que todos tengais un mismo lenguaje, y que no haya entre vosotros cismas, *ni partidos*, antes bien vivais perfectamente unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir.» Y en otro lugar: «Haced cumplido mi gozo sintiendo todos una misma cosa, teniendo una misma caridad, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos...»

La unidad y la justicia, dos elementos sin los cuales el pueblo es imposible, no se conocieron en la antigüedad. Esta palabra de san Pedro: *No érais pueblo*, fue, pues, así el eco de la verdad divina como el de la historia humana.

Pero san Pedro añadió: «Y ahora sois el pueblo de Dios.»

Sois pueblo de Dios, vosotros que no érais sino muchedumbre de hombres: Dios es vuestro espíritu, vuestro legislador, vuestro protector, vuestro padre; sí, Dios es padre y espíritu de vosotros que hasta hoy habeis sido juguete de los tiranos, víctimas de los halagadores. Sois el pueblo de Dios, es decir, el único pueblo que puede existir, porque es inconcebible el pueblo de un rey, ni el pueblo de una aristocracia, ni el pueblo de un congreso; el congreso, la aristocracia, el rey son menos que el pueblo, y lo menos no debe poseer lo mas. Solo Dios, que es mas que el pueblo, puede, es digno de

1 De Civ. Dei, lib. XIX, cap. 20. — 2 I Cor. 1, 10. — 3 Philip. 11, 2.

llamarse Señor del pueblo; y solo esta palabra, *el pueblo de Dios*, expresa una existencia popular posible y real, y la única sumision no degradante de la muchedumbre.

Por esto el primer Pontífice, desarrollando las bases de la constitucion popular, manifestó que los cristianos deben estar sumisos á toda humana criatura, constituida en dignidad, pero, atendida, no por su fuerza, ni por su nacimiento, ni por su fortuna, sino por *respeto á Dios*.

Siendo pueblo de Dios, la voluntad de Dios es naturalmente la del pueblo; y como existe una ley, expresion solemne de la voluntad de aquel, el cumplimiento de ella es el cumplimiento de las tendencias populares, es la satisfaccion de la justicia, que san Pedro exige, para que la sociedad cristiana tape la boca á los hombres necios.

Y luego proclama el derecho que el pueblo de Dios tiene de vivir de amor y por amor, y á no ser esclavo sino de Dios. Proclama la libertad, despues de haber establecido la ley, que la regula; libertad que jamás producirá el mal y la perturbacion, y en virtud de la que el bien crece y aumenta la comunicacion de gracias; libertad por la que el hombre puede hacer ostentacion de sus derechos á ser tratado como hijo de Dios y hermano del hombre.

La libertad y la autoridad tienen en ellos su expresion, expresion santificada por el precepto de la justicia, del amor al bien y á la paz: autoridad y libertad equilibradas por la fe en Dios.

Y cuidado, que san Pedro no estableció estos principios para que fueran una letra muerta: hé ahí cómo anatematizaba á los embaucadores de los pueblos:

«Son fuentes, decia, pero sin agua: nieblas agitadas por torbellinos, que se mueven á todas partes, para las cuales está reservado el abismo de las tinieblas.

«Porque profiriendo discursos pomposos, llenos de vanidad, atraen con el celo de apetitos carnales de lujuria á los que poco antes habían huido de la compañía de los que profesan el error.

«Prometiéndoles libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción...»

Este es el lenguaje del Pontificado: franco, ingénuo, claro como la misma luz, como la misma verdad; lenguaje cuyo fruto debia ser el establecimiento de la única base en la que pueda apoyarse el verdadero pueblo, base constituida por la justicia, la caridad y la pureza: lenguaje maternal, pues en él vino entrañada la nueva civilizacion.

Pero creo muy importantes estas ideas para decidirme á consagrar á su explanacion algunos momentos mas.

JESUCRISTO no vino, pues, á destruir la humanidad sino á perfeccionarla: pues bien; ¿qué es la humanidad? ¿qué es el hombre? el hombre en su estado puro ó regenerado es la encarnacion de la ley y de la conciencia: una conciencia emparentada con la carne; una

ley relacionada con la conciencia: por lo que el hombre es vida de conciencia es libertad; por lo que es vida de ley es autoridad: la armonía de la autoridad divina con la libertad humana constituye el hombre justo y feliz. El pecado no fue sino la suspension de esta sabia armonía, que bien puede calificarse de «obra maestra del Creador.»

Meditadlo bien, hermanos, cuanto mas la profundiceis mas exacta se os presentará esta doctrina que vengo insinuando: si negais la libertad destruis al hombre rebajándole á la categoría de ser inerte y materializado; desaparece la conciencia como ley de sus actos, y á la conciencia le sustituye la inercia; si prescindis de la autoridad de la ley en el hombre, entonces el hombre tambien desaparece porque le falta la ley, reguladora de sus movimientos, le falta la brújula de su moral, no conoce el norte de la justicia, naufraga, no porque le falten sino porque le sobran los elementos; naufraga, porque el océano en que se encuentra es demasiado vasto para él; si quitais, pues, la autoridad al hombre, se pierde, porque le falta senda y apoyo; si le quitais la libertad, sucumbe, porque le falta entidad y accion; y si prescindis de la armonía entre la libertad y la autoridad, le destruis tambien al hombre; le destruis, porque provocais el choque de sus elementos constitutivos, levantando así un grande embarazo á la consecucion de su destino. El destino, la dignidad y la necesidad del hombre reclaman, pues, hermanos, que se salve en el hombre la libertad, sin la que no hay conciencia; la autoridad, sin la que no hay luz y poder; la armonía, sin la que no hay destino.

Tal es la constitucion del hombre; si generalizais esta constitucion, habréis obtenido conocimiento de lo que es la constitucion social. La sociedad tiene una conciencia que forma su espíritu; tiene una ley que forma su poder: el poder de la ley social se llama autoridad; la vida del espíritu social se llama libertad: si quitais la libertad social, inutilizais la conciencia del pueblo; si quitais la autoridad social, debilitais su organizacion: una sociedad sin autoridad es un gigante débil; una sociedad sin libertad es un sepulcro gigantesco: no busqueis una sociedad sin libertad, porque en las matemáticas de la filosofia, ella no pasa de ser «un cero:» no busqueis una sociedad sin autoridad, porque en las mismas ella es una cantidad indefinida: todas las reglas de multiplicacion no os serán bastantes para haceros encontrar esta cantidad sin ley; falta en ella la unidad; falta, pues, el tipo.

JESUCRISTO encontró el mundo sin autoridad y sin libertad; el pueblo habia perdido la conciencia: no es extraño, la ley habia desaparecido de la tierra: la sociedad primitiva, basada en la armonía de la conciencia y de la ley, habia puesto en lucha ambos elementos: perdió su paz, perdió su paraíso, y Dios la condenó á sudar para comer, y á derramar sangre para vivir.

Por el largo período de cuatro mil años la sociedad humana, en general, se vió privada de recibir la justicia en su espíritu: insubordinada contra la ley de la autoridad divina que habia fijado su destino y su gloria, ella sufrió su condena penosa, corriendo en pos de la sombra de una felicidad tan halagüeña como fugaz.

¡Triste cuadro, hermanos! muy triste cuadro el que ofrece una situación en que la familia suda para descansar, trabaja para no fatigarse; y en que la sociedad se ve en el caso de acudir á la guerra para conseguir la paz; de derramar la sangre para obtener la vida. Pues bien: *sangre, sudor*; no mas que *sangre y sudor* es lo que producía la humanidad en los antiguos tiempos; sangre y sudor, he ahí el único fruto posible de la discordia de los elementos constitutivos de la civilización humana: sangre y sudor.

Cuando cesa la armonía de la autoridad y de la libertad entre la conciencia y la ley: la ley, al verse desdeñada por la naturaleza, se convierte en fuerza; y la conciencia al verse tiranizada por la ley se constituye en poder, para rechazar fuerza con fuerza, poder con poder: interrumpidas las buenas relaciones de respeto entre la ley y la conciencia, la sociedad desaparece, y solo aparecen en su lugar dos grandes muchedumbres de seres que se desgarran unos á otros con frenesí, con furor: muchedumbre de seres que no son hombres porque no tienen conciencia, porque no tienen ley; que no son brutos porque no se destruyen con las garras, ni con las quijadas, sino con máquinas inventadas por su genio destructor; que no son brutos ni hombres, que son seres misteriosos en sus obras, seres misteriosos en sus palabras: no trateis de ladearos hácia una de las dos muchedumbres, ambas están descaminadas: ambas han perdido el equilibrio de sus dos elementos: la una pide licencia creyendo pedir libertad; la otra pide injusticia creyendo pedir autoridad.

La guerra interminable, hé ahí el fruto de toda sociedad que no se base en el equilibrio.

Pero ¿cuál es la autoridad y cuál la libertad señaladas como los dos verdaderos elementos de la armonía social? Esta es, hermanos, la gran cuestión; cuestión que para resolverla se necesitó la sabiduría de todo un Dios.

La autoridad no puede radicar en el hombre, porque el hombre es hermano, y el hermano es igual, y el igual tiene derecho á mi amor, como yo lo tengo de discutir la conveniencia de sus pretensiones. La autoridad que radica en el hombre es el *absolutismo despótico*. La historia está abierta para deciros claramente los efectos que este exceso de autoridad ha producido; yo no los recuerdo aquí; bastárame solo consignar que el hombre que se ha creído omnipotente respecto al hombre no ha sabido abstenerse de declararse omnipotente respecto al mismo Dios. Por regla general los césares que han dicho al pueblo: «calla,» han dicho también «calla» á la Iglesia.

El hombre no tiene título alguno para apropiarse la autoridad: si

creer en Dios, ha de reconocerse hijo: el hijo no manda: si no cree en Dios, pero cree en la existencia de los hombres, entonces se reconoce hermano; y el hermano tampoco manda: pues ¿dónde estará el espíritu de autoridad? Establezcamos datos fijos: los datos son: el hombre es hijo de Dios y hermano del hombre: la autoridad ha de ser, pues, un producto de la armonía de la fraternidad y de la Divinidad. El voto de los hermanos conforme á la voluntad del padre: hé ahí la autoridad. *Sed unos como yo y el Padre unos somos*. En esta breve frase la Sabiduría eterna compendió la solución de todas las cuestiones de economía social. Desde el momento en que la autoridad prescinde de la Divinidad y no se apoya en la fraternidad, aparecen las discordias, y á pesar de la sangre y del sudor que JESUCRISTO derramó, derrámase otra vez mas sudor y mas sangre.

¿Qué diré de la libertad?

No hay palabra de la que se haya hablado mas y de la que se haya acertado menos que esta: libertad. Los unos la han tomado por bandera de dilapidación y de desórden, y la han aclamado: los otros han emitido la aseerion que los malos dan á aquella palabra, y la han combatido con todas sus fuerzas, y sin embargo la libertad es uno de los elementos predilectos del Cristianismo. El Evangelio la llama hija del espíritu de Dios: ningun sacrificio del hombre le gusta á Dios si no le es ofrecido por la mano de la libertad. «Sois libres,» dijo á nuestros primeros padres: no comais... «Sois libres...» á ver si «comeréis...» El Redentor empezó la misión civilizadora descendiendo á las entrañas de una Virgen que se las abrió con libertad; y en la víspera de su pasión declaró que voluntariamente aceptaba el sacrificio de su vida para la salud del género humano.

¡Ah! el Cristianismo es la filosofía del corazón, y el poder del corazón no es la fuerza: el Cristianismo ilustra al hombre, ilustra al pueblo, y luego le dice: La vida y la muerte, el fuego y la gloria están ante tí: decidete.

¡Decidete! palabra terrible y honorífica á la vez; ¡decidete! en tus manos está la omnipotencia correspondiente á tu dignidad: decidete, yo no teuerzo: esto es el bien, esto es el mal; decidete.

Si suprimiéramos esta libertad en la historia del Cristianismo, la universalidad de nuestras doctrinas dejaría de ser una prueba convincente de su divinidad: ¿qué cosa particular ofrece el que se sostenga lo que la fuerza sostiene? Pero, este voto libre de los pueblos en favor de la doctrina severa de JESUCRISTO, ¿no da á su universalidad un carácter misterioso, excepcional? En efecto.

Pero si el Cristianismo deja en libertad al hombre de abrazarle ó de rechazarle, también quiere que el poder humano respete en sus hijos la predilección que merece de ellos: el Cristianismo condujo á los primeros confesores ante los césares á pedir *libertad* de adorar á JESUCRISTO, y como los césares se la negaron, los confesores se tomaron la libertad de morir por JESUCRISTO. Diez y nue-

ve siglos hace que la Iglesia defiende la autoridad y pide libertad: pide libertad para la doctrina del bien, libertad para la propaganda del bien, libertad para alcanzar el triunfo del bien.

Ved, pues, como la Iglesia engendra con sus principios armónicos la dignidad del pueblo, y con ella su propia y real existencia.

V.

Aunque no tan extensamente como era de desear, acabo de manifestaros la existencia de dos maternidades: la pontificia, la revolucionaria. Esta crea para destruir; aquella crea para multiplicar y salvar. Yo encuentro personificadas estas dos madres, la madre Iglesia y la madre revolución, en las siguientes figuras que se nos presentan en el libro III de los Reyes.

Llegadas ante el rey Salomón, dijo una de ellas: «Dignate escucharme, ó señor mío; yo y esta mujer vivíamos en una misma casa, y yo parí en el mismo aposento en que ella estaba.

«Tres días después de mi parto, parió también ella: nos hallábamos las dos juntas, y no había en la casa nadie sino nosotras dos.

«Mas el hijo de esta mujer murió una noche, porque estando ella durmiendo le sofocó.

«Y levantándose en silencio á una hora intempestiva de la noche, cogió á mi niño del lado de esta sierva tuya, que estaba dormida, y se le puso en su seno, y á su hijo muerto le puso en el mío.

«Cuando me incorporé por la mañana para dar de mamar á mi hijo, le hallé muerto, pero mirándole con mayor atención así que fue día claro, reconocí no ser el mío, que yo había parido.

«Á esto respondió la otra mujer: Es falso, tu hijo es el que murió, y el que vive es el mío. La otra por el contrario decía: Mientes, pues mi hijo es el vivo, y el tuyo es el muerto; y de esta manera altercaban en presencia del Rey.

«Dijo entonces el Rey: La una dice: Mi hijo está vivo y el tuyo es muerto: la otra responde: No, que tu hijo es el muerto y el vivo es el mío.

«Ahora bien, dijo el Rey, traedme una espada. Y así que se la hubieron traído:

«Partid, dijo, por medio al niño vivo, y dad la mitad á la una y la otra mitad á la otra.

«Mas entonces la mujer que era madre del hijo vivo clamó al Rey: «porque se le conmovieron las entrañas por amor á su hijo: Sí, dale, te ruego, ó señor, á ella vivo el niño, y no le mates. Al contrario, decía la otra: ni sea mío ni tuyo, sino dividase.

«Entonces el Rey pronunció esta sentencia: Dad á la primera el niño vivo, y ya no hay que matarle, pues ella es su madre.»

La casa en que habitan las dos madres es el mundo, en el que Eva parió la sociedad primitiva, y en el que María, después de tres días, del día diluviano, del día patriarcal, del día mosaico, parió también

su hijo, la sociedad cristiana. El calor de su caridad ahogó la sociedad hija de Eva. Los representantes de Eva, esto es, de la insubordinación y del orgullo, han querido apropiarse el hermoso fruto de María, y han dicho: en la noche de los tiempos oscuros que hemos atravesado se empezó á atribuir á la sociedad un origen que no es el suyo; la sociedad viva es la sociedad paradisiaca, no es hija de María, no es hija de la Iglesia, es hija de Eva y del paganismo. «Es una nueva evolución del paganismo,» ha dicho Proudhon¹.

Mas al llegar á ser claro día, es decir, cuando las sombras de la ignorancia antigua se han disipado, hemos reconocido la verdadera procedencia de la vigorosa sociedad; la sociedad muerta es la apostólica; protestamos, pues, contra las pretensiones de maternidad social que la Iglesia abriga y manifiesta.

El genio enemigo del Catolicismo ha emitido esta protesta ante el tribunal de la opinión, de la ciencia, de la historia, de la Religión misma.

Y ¡cosa particular! de la misma manera que Salomón descubrió cuál de aquellas dos mujeres era la verdadera madre del hijo salvado, el criterio sano reconoce si es la Iglesia católica ó la revolución protestante la madre de la salvada sociedad.

El protestantismo dice: Que la sociedad se divida en sus opiniones, en sus doctrinas, en sus escuelas, en su culto, en su moral, que sea parte católica, parte atea, parte racionalista, parte panteísta: *Nec mihi, nec tibi sit, sed dividatur*².

Mas el Catolicismo se opone á esta división y exclama: Que no se divida, para que no muera esta sociedad; consérvese su unidad, principio de su vida. Si se le divide perderá su cabeza, perderá su corazón, perderá sus sentidos, perderá sus facultades, derramará su sangre, morirá; que se conserve viva mi hija.

Al oír este lenguaje la sabiduría crítica representada por Salomón, repite su palabra: Está visto, la madre de la sociedad no puede ser la que dice: Divídase y muera, sino la que dice: Consérvese y viva.

Y este es el lugar oportuno de contestar, teniendo presentes estos principios, á la siguiente acusación lanzada contra el Pontificado católico por el P. Passaglia.

«San Cipriano, dice, en su carta LXIX definiendo la Iglesia una, y declarando la unidad de la misma enseñanza, que la Iglesia es la plebe unida al sacerdote, la grey adherida al pastor. ®

«Así, pues, como no hay Iglesia si falta sacerdote y pastor, como no hay cuerpo si falta la cabeza; tampoco hay Iglesia si falta la plebe unida, la grey adherida, como no hay cuerpo si faltan los miembros.

¹ De la justice dans la révolution.

² III Reg. III, 26.

« Ahora bien, ¿cuál es en muchas partes de Italia el aspecto, la fisonomía, la forma de la congregación cristiana? ¿Preséntanse las muchedumbres en espectáculo de unión con los sacerdotes? ¿Preséntanse los rebaños adheridos á sus pastores? Pero ¿cómo puede realizarse esto separándose cada día mas los sacerdotes de la plebe? ¿Quién puede realizar esto, apartándose cada día mas los pastores de sus rebaños?

« Apenas ó sin apenas las congregaciones de cristianos ofrecen en Italia el espectáculo de las muchedumbres unidas á los sacerdotes; apenas ó sin apenas se presentan los rebaños á sus pastores adheridos.

« ¿Qué pensaremos, pues, de las iglesias de Italia? que ya no son otra cosa que sombras, que supremas delineaciones, con el riesgo, que Dios misericordioso desvanezca, de que desaparezcan gradualmente, á no ser que los prelados y pastores entren muy luego en la senda de la paz y de la concordia ¹. »

Sin embargo, puede quedar tranquilo el P. Passaglia; si la Iglesia ha de desvanecerse por falta de miembros, lejos, muy lejos está su desaparición. La misma Italia lo está confirmando. Ha habido tristes apostasías, ha habido lamentables escisiones; pero la muchedumbre, podemos decir, la mayoría no se ha desprendido del pecho maternal de la Iglesia católica. No, no puede recordarse ningún Papa que haya recibido pruebas mas numerosas y mas ingeniosas de cariño que las que Pio IX está recibiendo de sus hijos, particularmente de los hijos de la Italia. Es verdad, el Gobierno habla mal del Papa, el Gobierno destierra los obispos, pero con los obispos se van al destierro millares de millares de corazones fieles. Y esto que se ve, esto que no puede negarse, se haría mucho mas visible, mucho mas evidente, si el Gobierno de Italia suspendiera por algunos días la persecución. Dad libertad, no mas que libertad, dádsela por algunos días, no mas que por algunos días, á la Iglesia de Dios en Italia,

¹ Cyprianus docet epistola sexagesima nona, ubi ecclesiam unam definiens, eiusque unitatem declarans ait, ecclesiam esse plebem sacerdoti coadunatam, et pastori suo gregem adherentem.

Sicut ergo non est ecclesia, si desit sacerdos et pastor, quemadmodum non est corpus, si desit caput; ita pariter non est ecclesia, si desit plebs coadunata et grex adherens, quemadmodum non est corpus, si membra desint.

Jam vero quenam est in plurimis Italiae regionibus facies cœtum christianorum, quinam vultus, quanam forma? Exhibent ne spectandasque præbent coadunatas sacerdotibus plebes? Exhibent ne spectandosque præbent greges suis pastoribus adherentes? Sed qui fieri istud potest, si sacerdotes à plebibus longius in dies dividantur? Qui fieri istud potest, si pastores à suis gregibus longius in dies recedant?

Vix ergo aut ne vix quidem christiani in Italia cœtus ob oculos ponunt referantque plebes sacerdotibus coadunatas, et vix aut ne vix quidem ob oculos ponunt referantque greges suis pastoribus adherentes.

Quidnam igitur de Italiae ecclesiis arbitrabimur? Scilicet arbitrabimur illarum non esse reliquas nisi umbras, supremaque lineamenta, quæ etiam periculum est, quod Deus benignus avertat, ne gradatim dilabuntur, nisi præales pastoresque pacis concordiaque viam quamprimum iniverint.

y veréis como explota la fe del pueblo, y veréis cuán espantoso es para vosotros el número de los italianos que creen, obedecen y aman á la Iglesia romana representada por el Papa su cabeza visible.

No, el Pontificado y el Episcopado católico no dividen; no han dicho jamás: *Nec mihi, nec tibi sit*; quieren la integridad de la verdad, la integridad de la justicia, la integridad de la sociedad; el que no quiere esta triple integridad no está en la Iglesia, y por lo tanto no deben estar con él el Episcopado y el Pontificado.

En cierta manera, hermanos, he cumplido lo que me habia propuesto: os he indicado lo que la Santa Silla dió á luz, y la calidad de leche con que nutrió su propia criatura; os he presentado el Pontificado como á madre.

Pero una madre tiene dos importantes oficios: dar á luz y educar. Yo acabo de señalaros la criatura y la leche del Pontificado; os he enseñado, pues, la primera faz de su maternidad; me resta enseñaros la segunda. La madre además de dar á luz, educa y protege; enseña y ama. La enseñanza y el amor son cualidades de la maternidad.

Ellas me ofrecerán materia abundante y provechosa para las dos ó tres siguientes conferencias.

« Hijos buenos, terminaré diciéndoos hoy con san Agustín, amad á tan buena madre; no abandonéis á la que cada día os llama, recompensad sus trabajos; corresponded á su amor. Tanta es su dignidad, tal su índole. Es noble, es fecunda en régia prole. No toleréis, pues, que padezca ni á causa de los malos hijos, ni á causa de los pésimos siervos. Defended á vuestra madre, haced brillar desde su suprema altura su inmensa dignidad. No insulte el mal siervo á su Señor, no se atreva á insultar á la Iglesia el arriano—y con este nombre todo adversario suyo.—Lobo es, reconocedlo; serpiente es, aplastad su cabeza. Halaga, pero engaña; promete, pero no cumple. « Venid, dice, os defenderé; ¿estais necesitados? os alimentaré; ¿os hallais desnudos? os vestiré; os daré dinero, os constituiré renta. « Oh necio siervo! á la señora pisoteas, á la verdadera madre combates, a Cristo insultas, y lo mas detestable de tus artimañas es que para perder á unos empleas el poder, empleas el dinero para matar á otros.

« Pero vosotros, carísimos, que alimentados en un principio por los pechos de la santa madre Iglesia habeis sido preparados por ella misma para recibir los mas sólidos alimentos, permanecedle fieles. « Si hay quien recibió con aspereza alguno de sus reglamentos, alguno de sus avisos, y se apartó, reconozca á la madre, vuelva á ella pronto, y ella recibe á todo el que llama, y se alegra viendo otra vez á su sombra al hijo perdido; pero por mas que la conversión del hijo perdido le agrade, no cesa de predicar la dignidad de la firmeza de aquellos hijos suyos que le permanecen fieles ¹. »

Sed de este número. Amen.

¹ S. Augus. de symbolo, serm. ad catechumenos.

CONFERENCIA QUINTA.

La educacion doctrinal del género humano es obra de la Santa Sede.— Multiplicacion de los errores fuera del Cristianismo.— Lucha de la sabiduria pontificia con las herejías.

I. Al Pontificado como á María pueden aplicarse estas palabras de la Iglesia: *Cunctas hæreses interemisti*.— El Pontificado ha recibido por mision educar.— Relaciones de estas palabras dichas por JESUCRISTO á María: *Hé ahí á tu Hijo*; con estas otras dichas á Pedro: *Pasce oves, pasce agnos*.— El Pontificado como María vino aludido con aquella palabra paradisíaca dicha á la serpiente: «Pondré asechanzas entre tí y la mujer, entre tu linaje y el suyo, y esta aplastará tu cabeza.»— El Pontificado es el linaje de María.— Demostracion de lo mismo.— Testimonios de la sagrada Escritura en favor de la semejanza de maternidad entre María y la Santa Sede.

II. Carácter de la educacion emanada de la Santa Silla.— De ella nace no solo una religion sino una civilizacion.— Universalidad del principio religioso.— Relacion de las enfermedades sociales con la decadencia de este principio.— Sin él es imposible el orden y la política.— También es imposible la ciencia, la que sin él se ve reducida al racionalismo y á la contradiccion.— Testimonio del paganismo sobre el particular.— Brillante demostracion de san Agustin sobre lo mismo.— Á la ciencia emancipada del principio religioso han de faltarle precisamente los cuatro derechos á que es acreedora.— Jurisdiccion del Pontificado sobre todos los elementos religiosos, políticos y científicos.— La divinidad de Jesucristo es la base de las enseñanzas científicas.— La divinidad de la base se refleja en todos los principios que en ella se apoyan.— El Cristianismo desterró la autoridad haciéndola hija del cielo.— De qué manera hizo descender á la tierra el espíritu de la libertad.— El Cristianismo ha vuelto á colocar al hombre en el paraíso.— Como en el nuevo paraíso á que el Cristianismo ha conducido á la humanidad hay el árbol de la vida, cuyos frutos no pueden arrancarse.— Los frutos del árbol de la vida son los derechos de la Divinidad.— Las herejías son en la Iglesia lo que en el paraíso la serpiente.— Táctica de las herejías.— La situacion del hombre en la Iglesia es ventajosa respecto á la situacion del mismo en el paraíso.— En el paraíso moderno el hombre no está solo con la herejía; junto al árbol de la vida está el Pontificado que descubre y define el error.— Integridad actual de las doctrinas conservada por la accion del Pontificado.

III. Division de las herejías en típicas y deducidas ó prácticas.— Modelo que el Cristianismo ha dado á la organizacion social.— La santísima Trinidad considerada como tipo de la sociedad cristiana.— Explana- cion de esta idea.— Bosquejo de las herejías de los primeros siglos del Cristianismo y trastornos sociales que produjeron.— La doctrina católica y el orden social sostenidos por el Pontificado.— Apologías de la educacion social del Cristianismo y de sus efectos.

La sabiduria de la Santa Sede resplandeceria hoy de una manera particular, si yo supiera colocarme á la altura del asunto que he elegido. La educacion doctrinal del género humano es una obra cuya importancia á nadie puede ocultarse.

Innumerables sectas sin criterio, sin tacto, sin ley pretendieron legar la verdad al mundo. Las teorías mas encontradas fueron ofrecidas á los pueblos como el genuino producto de sólidas y genuinas investigaciones. Pero todo han sido desvarios.

Los errores se han multiplicado en razon directa de los maestros. La verdad no es el producto de una regla de multiplicacion. La verdad es la unidad.

La gloria del Pontificado está en haber dado á luz la sociedad humana y educádola segun sus eternos principios: su sabiduria brilla en la asidua educacion de las edades.

Entro, pues, con cierto temor en el campo que yo mismo he elegido: hay en él tanta luz, que casi temo me deslumbre, hay tanta materia, que casi temo me confunda.

Diez y nueve siglos hace que el Pontificado define: ¡cuántas definiciones! estas definiciones del Pontificado contienen toda la doctrina de la civilizacion; porque la civilizacion es el Cristianismo, y el desarrollo de la doctrina cristiana consiste en las definiciones de los Papas.

Entro, pues, en la consideracion de esta lucha enérgica entre el Pontificado y la herejía, entre el poder organizador y la fuerza disolvente. Os recordaré lo que han definido los Pontífices, y vosotros juzgaréis su doctrina. No exijo que me deis antes la razon: escuchad primero, primero analizad, despues decidid. No dudo decidiréis que la prosperidad de los pueblos seria un hecho si las doctrinas pontificias fueran universalmente aceptadas.

Á tí, Señora, modelo supremo de la sabiduria pontificia, á tí fio el buen resultado de mi conferencia. Tu gracia es una fuente de ilustracion: á esta fuente acerco el quebradizo vaso de mi inteligencia; permíteme, Señora, que lo llene de esta agua, mas nutritiva que la de la cisterna de Belen: inspirador y bello genio de los cristianos, yo te saludo como el paraninfo celeste: *Ave María*.

I.

Alégrate, alégrate, ó María, canta la Iglesia: alégrate, porque mereciste dar de mano á todas las herejías de la tierra:

Gaude, Maria virgo, cunctas hæreses interemisti in universo mundo.

Alégrate, alégrate, ó Pontificado, diré yo, alégrate porque no apareció error en la tierra, al que no hayas desvanecido con una de tus infalibles definiciones. *Cunctas hæreses interemisti*.

Como María, el Pontificado no se limitó á dar á luz la sociedad de los Santos, el linaje elegido; despues de haberle escogido para pie-

dra fundamental de su Iglesia y piedra de choque de los errores y pasiones, dijole el Eterno: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Apacienta, es decir, nutre, guía, educa. *Pasce agnos.*

La educacion de la humanidad es, pues, una de las cargas inherentes al Pontificado: cargo expreso en los titulos de su fundacion: *Confirma fratres... pasce oves.*

Hé ahí á tu Hijo, dijo JESUCRISTO á María, enseñándole al representante de los pueblos: *Pasce oves, pasce agnos*, dijo al Pontificado aludiendo á los maestros y á los súbditos de la tierra. En vista de esta analogía podemos decir que el Pontificado, igualmente que María, vino aludido en aquella palabra paradisiaca dirigida por el Señor á la serpiente: Pondré asechanzas entre tí y la mujer, entre tu linaje y su linaje, y ella aplastará tu cabeza.

El Pontificado es el linaje de María, ¿quién lo duda? JESUCRISTO, Hijo de María, lo estableció y le ama, como á verdadero hijo: sí, lo ama como á hijo: al través de las nubes que elevan las pasiones humanas, el CRISTO dejó oír su voz conmovedora; hé ahí lo que dijo, señalando al Pontificado: *Hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacui, ipsum audite.* Es hijo de JESUCRISTO, luego es del linaje de María, luego al Pontificado se dirigen las asechanzas de la serpiente anunciadas en esta palabra: *Pondré asechanzas entre tu linaje y su linaje.* Estas asechanzas son los errores ó las herejías, serpientes astutas, vivas, siempre vigilantes; serpientes cuya cabeza aplastó María, eludiendo la mordedura comun, en su concepcion; y cuya cabeza sigue aplastando la sabiduría pontificia, de la cual fue tambien dicho al reptil: *Ipsa conteret caput tuum.*

«Pululan ahora en la tierra las herejías, como aquellas serpientes suscitadas por los magos, que devoró y devora la serpiente en el «leño elevada, pero así como se levantan son devoradas.

«Apareció, como sabeis, la viperina teoría de los donatistas; fue «quebrantada y consumida: pululó despues el serpentino engaño «de los maximinianos; quebrantado fue y consumido. Suscitóse el «veneno de áspid de los maniqueos; quebrantado fue y consumido: «el nuevo dogma de los pelagianos, suscitado por los ministros del «diablo que fueron como los magos de Faraon, planta un certámen «contra nuestra serpiente; es quebrantado, es consumido ¹.»

Este es el trofeo glorioso, arrancado al mal por la soberanía de la Madre de Dios y por la soberanía de la Santa Sede; á los piés de la Santa Sede, como á los piés de María, está enroscada y aplastada la astucia anticreyente: la Santa Sede, como María, tiene por campo la redondez del orbe.

Á ambas aplicaré este saludo de Ruperto: «Tú, hermosísima entre las mujeres, amiga mia, toda maldad herética destruiste; la soberbia del diablo esterilizaste, y concibiendo floreciste, y pariendo

¹ S. Augus. de cataclismo.

«fructificaste, y en la concepcion inmaculada y antes del parto virgen «y no menos pura despues; ¡oh hermosa! como aquella vara que devoró las varas de los malhechores y adivinos, y ablandó la soberbia «egipciaca y germinó y vegetó y floreció y fructificó sin ser plantada en la tierra, sin recibir de la tierra la sávia, sino por la virtud «celeste, sobrenaturalmente proveida.»

De María fue escrito en los Salmos: *Astitit Regina à dextris tuis*: tambien puede decirse que á su diestra colocó JESUCRISTO la Silla de su Vicario, el que representando la Iglesia, representa su esposa: y así el Pontificado, bajo el punto de vista de su maternidad, puede llamarse como María, la Reina que está sentada á la diestra del Señor: *Astitit Regina à dextris tuis.* Y habiéndose prometido á Pedro, que el infierno no prevaleceria contra la obra cuyo fundamento es; promesa que equivale al *ipsa conteret caput tuum* dicho á María; bien podemos decir que al Pontífice supremo le dijo JESUCRISTO lo que á JESUCRISTO dijo el eterno Padre: *Sede à dextris meis, donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum.*

Estas promesas se han cumplido: la doctrina pontificia brilló y brilla como una luz indeficiente, que muestra á todos los caminos de la justicia. La inmutabilidad de sus decisiones, la profundidad de sus principios, la severidad de su lógica, la sublimidad de sus enseñanzas revelan que el Verbo de Dios, en cierta manera, está encarnado en sus labios, que la verdad cristiana habita en nosotros, no en abstracto, sino en aquel á quien fueron dadas las llaves del cielo.

II.

Es hora de que nos ocupemos de las enseñanzas dadas al mundo por este Verbo, imágen, y si quereis, indefectible reproduccion del Verbo divino. La educacion social llevada á cabo por los Pontífices, contiene toda una civilizacion. Atended: no digo solo toda la religion, sino toda la civilizacion. Porque JESUCRISTO estableció el Pontificado para que atrajera y santificara los siglos, para que guiara y perfeccionara la sociedad, y la sociedad con todos sus elementos religiosos, políticos y científicos, cuyo conjunto se llama civilizacion.

Digo con todos los elementos religiosos, políticos y científicos: y no lo digo al azar, puesto que la política y la ciencia, influyendo en la marcha de las costumbres y de los intereses, influyen en la moral. La política y la ciencia pueden afectar la justicia y la verdad: y la verdad y la justicia son elementos integrantes de la Religion.

El sentimiento religioso no es un sentimiento aislado: es el centro donde convergen y se reanudan los sentimientos que constituyen la economia moral del hombre. El sentimiento religioso es á la vida espiritual, lo que el corazon á la vida material.

La lozanía de la vida revela la sanidad del corazon: cuando se os

presenta un hombre macilento, de pálida figura, de respiración fatigosa, de lento paso, de cansada pero anhelante vista, ¿qué decís? este hombre tiene el corazón lacerado. Pues bien, como hay hombres robustos y hombres tísicos, así hay sociedades tísicas y sociedades robustas; sociedades que tienen sano el corazón, ó el sentimiento religioso, y sociedades que lo tienen lacerado. Las llagas del sentimiento religioso enervan las funciones de toda la economía política y científica: jamás se ha visto una sociedad pacífica y sabia, es decir, una sociedad robusta, teniendo débiles, lacerados los sentimientos religiosos. Una sociedad enferma en sus sentimientos religiosos no puede lanzarse á grandes empresas: da algunos pasos y se fatiga como el tísico; como el tísico siempre desea mudar de país y de aire, así la sociedad antireligiosa desea mudar de forma y de gobierno.

¡Y cosa particular! Si preguntais á un tísico por el estado de su enfermedad, os dirá: «yo no estoy enfermo, salva una tos insignificante que me molesta, mi situación es la normal;» tales son las respuestas de los tísicos: las mismas son las de la sociedad antireligiosa. Á esta sociedad que veis que ha perdido los colores de su rostro, que no tiene pudor, ni tiene principios; que no tiene deberes porque no tiene derechos; que carece de fuerzas y que va caminando, no por sus propios piés, sino haciéndose arrastrar ora á una revolución, ora á otra, preguntadle cómo se encuentra, y os dirá: «Muy bien, es verdad que siento una especie de ligero malestar, que sufro algunos movimientos irregulares en mis jerarquías, una tos «conmovera que me molesta, pero esto desaparecerá con el nuevo «cambio que preparo: esto es nada.» Es nada, señores, nada, desaparecerá con un cambio de aires todo lo que hay! Sin embargo, estos movimientos irregulares que siente toda la economía social, esta revolución proviene de que á la sociedad como al tísico se le ha gastado el corazón, ha perdido sus sentimientos religiosos.

No, donde no encontréis el sentimiento religioso no busquéis vida. La vida es el orden, el orden es la trabazón, toda trabazón supone una lazada; la Religión, palabra que se deriva de *religando*, es esta lazada. Suprimid esta lazada, y habréis esparcido los elementos destinados á obrar unidos y en conjunto: tendréis política, pero política autónómica independiente, en desacuerdo con los verdaderos sentimientos del hombre: una política *independiente*, y por lo tanto una política tiránica, no humanitaria; una política que no conformándose con el espíritu de Dios, en nada reputará el orden establecido por su ley; política que sancionará el crimen, porque no tendrá relación alguna con la moral; política que todo lo atropellará, porque nada reconocerá superior á ella; política del hombre exagerador de su poder; y si queréis que use un lenguaje mas de periodista que de predicador, pero que aquí esclarece perfectamente la cuestión, os diré que toda política independiente del espíritu reli-

gioso ha de ser *política absolutista* en la mas tremenda acepción de la palabra.

«La base y el fundamento del bien público, de la justicia, del reino de la felicidad, de todo bienestar es la Religión y el verdadero «conocimiento de Dios, dice Cornelio Alávide¹; este guía por medio «de un santo temor á los reyes y á los súbditos, y les contiene en sabiduría y virtud para que vivan justos, pura y santamente, sin «ofender á la Divinidad, sabiendo que puede vengarse, y que Dios, «generoso premiado de los buenos, es rígido castigador de los malos, por lo que Josafat, rey de Judá, recomienda á los jueces que «juzguen segun justicia por temor de Dios, diciéndoles: «Meditad lo «que haceis, pues no es juicio de hombres, sino de Dios, el que ejerceréis, y vuestros juicios retornarán á vuestras almas².»

¿Y qué os diré de la ciencia que no reciba su vida del sentimiento religioso? ¿puede ser algo mas que un puro racionalismo? ¿puede pasar de ser una contradicción? y aun añadiré: la ciencia emancipada del sentimiento religioso ¿ha sido otra cosa que absurdo ó utopia? Desde la escuela escéptica á la panteísta, examinad todos los sistemas y decid: ¿ha dado alguno de ellos un resultado positivo, no diré á la humanidad, sino á la conciencia de los mismos racionalistas? La ciencia sin religion es un cuerpo sin espíritu: ¿qué luz puede dar un cadáver, á no ser el pálido resplandor de su fosfórica exhalación?

Un hombre que, á pesar de ser pagano, recibió del Alto un destello del criterio dominante en el Cristianismo, y que por ello mereció que la antigüedad le calificara de divino, Platon, comprendió dónde estaba la fuente del saber, dió á su inteligencia un movimiento ascendente que otros no acertaron emprender, y descubrió en los altares de su metafísica esta verdad: *El amor de Dios es el principio de la filosofía: Non dubitat hoc esse philosophari amare Deum*, dice san Agustín ocupándose de él³.

Confusión y contradicción, hé ahí las dos notas que el pensador de Hipona dice caracterizaban á la filosofía pagana cuyo centro residía en Atenas: faltábale la religion como base, y no pudo constituir sino un caos, al que muy propiamente llama la ciudad de Babilonia. Meditemos sus palabras.

«¿No se vió en Atenas florecer á la vez los epicúreos, segun los cuales la Providencia no interviene en las cosas humanas, y los estóicos que profesaban lo contrario, esto es, que todo era dirigido y gobernado por los dioses? Ya no debe admirarnos, pues, que mientras Anaxágoras era declarado reo, por haber dicho que el sol no era dios, como algunos pretendian; en la misma ciudad viviera tranquilo y querido Epicuro, quien negaba que Dios fuese el sol y astro alguno, y hasta negaba que fuese Júpiter, y que habitase la tierra

¹ In Sap. 1. — ² Paral. xix. — ³ Aug. de Civit. Dei, lib. VIII, cap. 9.

ninguno de aquellos dioses, á los que los hombres dirigian sus peticiones. ¿No existia allí Aristipo, para el que las delicias del cuerpo eran el sumo bien, al mismo tiempo que Antistenes, que aseguraba que la bienaventuranza se encontraba solo en la fortaleza de ánimo? dos filósofos, ambos nobles y discípulos de Sócrates, que despues de colocar el fin de la vida en tan diferentes y contradictorios principios, afirmaba el uno que debian administrarse y el otro que debian abandonarse los intereses de la república; ambos tenian numerosos prosélitos.

«En los mas visibles y notables pórticos, en los teatros, en los jardines, en público y en privado disputábanse tumultuosamente las respectivas opiniones. Estos afirmaban la existencia de un solo mundo, que varios eran los mundos pretendian aquellos, y de los primeros unos querian que el mundo hubiera tenido su origen fuera de sí, y otros que no lo tenia; que nunca se acabaria proclamaban los de acá, y los de mas allá que no era eterno: quien enseñaba que el plan de la inteligencia divina era el impulso de los actos humanos; quien que las acciones del hombre no tenian otra razon que la fatalidad y el acaso; la inmortalidad del alma era simultáneamente defendida y combatida; varias cuestiones eran planteadas sobre el destino de la misma en la escuela que no la rechazaba: de sus discípulos unos creian que el alma del hombre estaba destinada á informar las bestias: entre los que no admitian la inmortalidad, decian unos que el alma moria con el cuerpo, otros que sobrevivia á la vegetacion corporal, aunque luego se transformaba...»

Hé ahí en qué para la ciencia emancipada del espíritu religioso, único que puede dar á la razon los cuatro derechos á que segun el P. Ravignan es acreedora: el derecho á las primeras ideas y verdades; á la experiencia de los hechos; á las soluciones fijas y terminantes sobre las grandes cuestiones religiosas, y en fin á un principio fecundo de ciencia, de civilizacion y de prosperidad.

El Pontificado, cuya mision era restaurar la dignidad, y por consiguiente la vida social, debia dominar todos sus elementos; constituido fue maestro de todos, de los políticos, de los sábios, de los sacerdotes; porque á todos, como acabamos de ver, ha de vivificarlos y sostenerlos el espíritu religioso, el espíritu religioso sin el cual no hay justicia en la política, ni verdad en la ciencia; principio religioso que no se concibe sin la autoridad, autoridad que no se concibe fuera del Pontificado al que ha sido dicho: *Pasce*: *pasce* los políticos, *pasce* los sábios, *pasce* los sacerdotes: *Pasce oves*, *pasce agnos*; si los políticos, luego la política; si los sábios, luego la ciencia; si los sacerdotes, luego la Religion: todo lo subordinó á la Religion; por ello el Pontificado ha conservado el tribunal religioso de la Penitencia para regularizar las acciones de la sociedad, política y no

¹ Aug. de Civit. Dei, lib. XVIII, cap. 42.

política: el tribunal de sus definiciones infalibles, para conservar la disciplina de las escuelas.

La base fundamental de las enseñanzas pontificias es la *divinidad de JESUCRISTO*. Y tú ¿quién dices que soy yo? pregunta JESUCRISTO á Simon un momento antes de confiarle el gobierno de la Iglesia; y el humilde é inspirado Simon, que se llamó despues Pedro, le dijo: *Tú eres el Hijo del Dios vivo*. La divinidad de JESUCRISTO comunica en cierta manera las prerogativas de la Divinidad al orden nacido de sus doctrinas. De ahí que la civilizacion cristiana, siendo una civilizacion divina, esté mas allá y mas adelante que todos los ensayos de civilizaciones apoyadas en el hombre; de ahí que la civilizacion cristiana contenga una solucion irrefutable para todas las cuestiones que en otros sistemas quedan insolubles. En ella la divinidad absorbe la autoridad: el Cristianismo quita al hombre todo predominio sobre el hombre y le restituye á su primer estado; el hombre no es sino el hermano del hombre; y notado, en el Cristianismo, el rey ó el presidente de la república, ó lo que sea, no es ni siquiera el hermano mayor del pueblo, estando escrito: El que sea mayor entre vosotros que se haga como el menor.

El Cristianismo desterró la autoridad; palabra atrevida, pero verdadera; la desterró, sí, la envió toda al cielo: toda digo: la autoridad política, la autoridad científica. JESUCRISTO tomó posesion de las cátedras al mismo tiempo que de los troncos y de las turbas.

Absorbida, pues, por el cielo la autoridad, ¿qué elemento terrestre le resta á la civilizacion? El espíritu de libertad, pero espíritu rectificado por la claridad de la ley, por la hermosura de las virtudes cultivadas por el Cristianismo, y por el recuerdo de los horrores funestos de antes de la redencion. Así la civilizacion cristiana ha vuelto á colocar al hombre en medio del paraíso.

El paraíso moderno es la conciencia: de este paraíso tú eres el soberano, le ha dicho el Cristianismo; arráncalo, cámbialo, réformalo todo, menos el principio de la ley, el árbol de la divinidad que está en medio. Ten presente que el día en que arrancarás un solo derecho del árbol de la divinidad, el día que te lo comieses como un fruto, esto es, el día que te lo asimilares diciendo, este derecho no es de Dios, sino mio, aquel día conocerás que estás desnudo: morirás.

«Tenemos, pues, que la civilizacion cristiana es la libertad viviendo en la conciencia ilustrada por la ley divina, y guiada por la autoridad, que reside en Dios, y tiene sus representantes en el sacerdocio y en el gobierno.

Las herejías, que san Agustín llama la generacion de la serpiente del paraíso, se han presentado en cada época, para corromper la sociedad, para hacerla alargar la mano como Adán y comer la ciencia prohibida.

Un sábio escritor, cuyos conceptos he reproducido alguna vez,

desarrolla la anterior idea en su comentario de estas palabras que el Génesis reproduce de la serpiente: *Cur præcepit vobis Deus, et vos transmittis hoc commentum, ut recordari el genuinum caracterem heresiarum.* «La expresión *cur*, dice (en español *porque*), «en hebreo equivale a *etiamne*, ó *itane verum est*, que es lo mismo «que decir: *pero ¿es verdad, es exacto?* por ello el texto caldeo traduce: *¿Es exacto que Dios os dijera: no comeréis de todo árbol?*» Por cuya traducción aparece más claro que la serpiente no acusó á Dios de inclemencia, blasfemia que al instante hubiera horrorizado á Eva, le habló así con dolo, como encomiando los atributos de Dios: «No creo que Dios, generoso como es os haya prohibido formal y absolutamente, según vosotros pensáis, este árbol: ¿tiene por ventura «que envidiaros para nada su fruto tan hermoso y útil? ¿Por qué os «habría oprimido y gravado con tal medida?»

Tal es la táctica de las herejías: ellas se acercan al hombre, y le proponen, no que se aparte de Dios, sino que le estudie: ellas no niegan de frente la autoridad de la Iglesia, establecen discusión sobre sus definiciones, inspiran la duda, y solo niegan, después que la duda se ha por completo formulado.

Estas consideraciones las reasumió Ruperto en una corta frase: Dios afirma, *moriemini*; Eva duda, *ne forte moriamur*; Satanás niega, *nequaquam moriemini*.

Felizmente el Señor atendió á nuestra salud. Así como en el primitivo paraíso Dios entregó al hombre al dominio absoluto de su libertad, en el paraíso cristiano Dios colocó un guardián al lado de la libertad del hombre: así como en el paraíso primitivo Adán y Eva se encontraron solos con la serpiente, sin que hubiera quien rectificase su razonamiento falaz; en el paraíso moderno el hombre no está solo con la herejía: el representante de Dios está á su lado, el Papa está junto al árbol de la ciencia, y cuando la serpiente habla para engañar, el Papa habla para ilustrar. Así en el Cristianismo la autoridad está tan presente como el error: apenas asoma una herejía, se levanta el pie que ha de aplastar su cabeza. Ved ahí por qué á pesar de tantas calumnias, astucias y defecciones, el árbol de la divinidad conserva todavía sus frutos: se han levantado muchos brazos para arrancar algunos de ellos, pero ni uno ha llegado á tocarlos: ni un derecho se ha desprendido de él, íntegra es, como el primer día, la doctrina cristiana.

III.

Tenia intención, hermanos, de seguir siglo por siglo la marcha doctrinal del Pontificado contra el desarrollo de las herejías; pero este método sería monótono é interminable. Dividiré, pues, las here-

¹ Aláp. in Genes.

jas en dos grandes grupos, y os indicaré también en los grandes grupos los trabajos del Pontificado contra ellas, para lo cual consideraremos las herejías divididas en fundamentales ó sociales, ó también, en típicas y prácticas. Me explicaré.

El Cristianismo organizó la sociedad según el modelo de la eternidad: hizo que las cosas humanas tuviesen un prototipo en los misterios divinos. Las más altas y trascendentales cuestiones de la teología no pudieron, pues, ser indiferentes al hombre, desde que lo visible tenía su principio y explicación en lo invisible. Los augustos misterios de la Trinidad y de la encarnación, dogmas fundamentales del Cristianismo, tuvieron íntima correspondencia con los fundamentos del orden y las constituciones sociales.

El poder de la tierra se halló en íntima relación con el poder eterno y vivo; la sabiduría viva y eterna, descendiendo á la tierra en virtud de un acto supremo de su libertad, debió también influir en la marcha de la libertad y de la sabiduría humanas; y este amor vivo y eterno, con que están enlazados esencialmente el ingénito poder y la sabiduría por él engendrada, en los insondables secretos de la eterna vida, no podía permanecer extraño á la unión de los elementos humanos. JESUCRISTO expresamente pronunció una palabra con la que estableció la plenitud de estas relaciones: «Sed «unos, dijo, como yo y mi Padre unos somos.» Desde entonces la santísima Trinidad se nos presentó como el tipo de la sociedad; y desde entonces atacar las divinas Personas y divinos atributos de la Trinidad ha sido atacar los fundamentos del orden social.

Los teólogos llaman al Padre poder y principio, y siendo las cualidades de las divinas Personas posesión de su esencia, podemos decir que siendo poder y principio en él, el principio es del poder y el poder es del principio: así podemos decir también que del Padre es el principio del poder. El Hijo es la sabiduría, pero la sabiduría obrando no por deber sino por libertad; siendo, pues, el Hijo sabiduría y libertad, en el Hijo está la sabiduría de la libertad; el Espíritu Santo, procediendo del poder y de la sabiduría, en persona de amor, es el verdadero amor de la unión. Y este plan, elevado, exacto de la sociedad en la Trinidad, nos fue revelado por el Verbo hecho carne.

Esta es la economía divina: contra ella se levantaron las herejías; y á las herejías que directamente versaron sobre la Trinidad, yo, en vista de las anteriores consideraciones, las llamaré herejías típicas.

Yo puedo invocar el testimonio de san Paulino¹ para dar más robustez á estos principios: ocupándose de estas palabras del Eclesiastés: *Funiculus triplex difficile rumpitur*, dice: «Este *funiculus* ó «cuerda simboliza la santísima Trinidad, la que es fuente de toda «sociedad, amistad y concordia, y por lo tanto, la primera indisoluble é increada sociedad y caridad;» por lo que san Isidoro enseña.

¹ Epist. IV ad Severam.

que la fe en la santísima Trinidad es de la que depende y por la que se sostiene toda la Iglesia.

Las herejías de los siete primeros siglos casi se limitaron á combatir las verdades teológicas: los nazarenos empezaron á negar la divinidad de JESUCRISTO: Artemon y Teodoreto desarrollaron en el siglo II los mismos principios cuya última consecuencia sacó Arrio en el siglo IV, negando no solo la divinidad de JESUCRISTO, sino hasta la consustancialidad del Verbo con el Padre. La sociedad cristiana sufrió terribles golpes en estas herejías sobre la Trinidad divina.

Allado de estas escuelas levantáronse otras, heréticas por sus contrarias exageraciones: los basilianos y marcionitas negaron la humanidad de JESUCRISTO: sostuvieron que la vida de JESUCRISTO no fue sino aparentemente mortal: atacábase así la verdad de la doctrina cristiana, pues si el maestro no era sino una apariencia, ¿sería algo mas que una apariencia la doctrina? La consecuencia última de estos principios la sacó Heraclio en el siglo VII. Negó la voluntad humana de JESUCRISTO; de esta manera destruyó la libertad de su sacrificio y el mérito de esta palabra: *Pater, non sicut ego volo fiat, sed sicut tu.*

Pelagio en el siglo V, reasumiendo el espíritu de todas las herejías, negó la dependencia, la trabazon entre la vida divina y la vida humana; entre los misterios fundamentales y los fundamentos de la sociedad. Negó el influjo y la necesidad de la gracia. El pelagianismo fue en moral lo que cinco siglos hacia era el gnosticismo en teología: los gnósticos negaban la necesidad de la autoridad para comprender los misterios, los pelagianos niegan la necesidad de la divinidad para practicar la justicia. Ambas herejías tienden á declarar independiente la tierra.

Estos errores dieron ocasion de manifestar en todo su esplendor la sabiduría pontificia. Los papas Pio I, Aniceto, Sotero y Victor confirmaron la doctrina de la divinidad y de la humanidad de JESUCRISTO: Julio I y Liberio sostuvieron el dogma de la Trinidad contra las innovaciones arrianas: Dámaso y Leon el Grande rechazaron el sistema de Pelagio. Así el Pontificado educó la humanidad poniéndola en guardia contra los anarquistas teológicos, que no habian de tardar en presentarse transformados en anarquistas sociales. La sabiduría y firmeza de los Papas de los ocho primeros siglos bastó para desalojar la herejía de las regiones fundamentales.

Los herejes levantaron sus tiendas y se fueron en busca de otro campo: vinieron á inaugurar la época de las herejías sociales.

Aplazo para mañana el estudio de esta materia, os recomiendo la conferencia de mañana; ella comprenderá dos tratados igualmente importantes: el estudio del protestantismo desde su raíz, y el estudio de la soberanía social tambien desde su raíz. Verémos á la herejía y al Pontificado disputarse el dominio de la tierra, este por amor, aquella por ambicion.

Por de pronto, me parece teneis ya suficientes principios para recapacitar y convertir en conviccion propia la suprema enseñanza que hemos formulado esta noche. El Pontificado con su solicitud y consecuencia en la educacion del género humano viene demostrando la verdad de esta palabra biblica, y de los comentarios de la misma por san Agustin: *Accipite disciplinam in domo discipline*¹; la casa de la disciplina es la Iglesia de Cristo: *disciplina domus est Ecclesia Christi*. Todos estamos en esta casa; pero muchos no quieren aceptar su disciplina, y lo que es mas perverso, ni quieren estar en ella disciplinados, á pesar de que no solo debieran estarlo en ella, sino hasta en sus casas debieran aplicar la disciplina en la Iglesia recibida².

La accion pontificia y la accion herética se ven aquí deslindadas perfectamente. Una casa de disciplina es casa de educacion.

Si deseais que recapitule aquí los admirables efectos de la educacion doctrinal del género humano, llevada á cabo por la autoridad pontificia, lo haré de muy buena gana. Me ayudarán á ello varios apologistas.

«A medida que la religion cristiana se extendia, los pueblos conociendo los monstruosos errores que hasta entonces les habian cegado, se sorprendian como si un hombre saliera de repente de las «sombras del sepulcro y de la muerte al resplandor de la luz y de la «vida; el conocimiento del Señor llenó la tierra, segun expresion de «un profeta.

«Simples artesanos, débiles niños alcanzaron mayor luz, en órden á la Religion y en la parte mas necesaria de la ciencia humana, que los pretendidos sábios de la Grecia y de Roma pagana.

«La Iglesia llevó á sus hijos á un tan alto grado de honor, de gloria y de dignidad, consagrándose especialmente á instruir á sus «prosélitos, cuyo catecumenado duraba por regla general dos años; «las reuniones de fieles eran ya en un principio escuelas de sabiduría, cuyos profesores unian á la autoridad de su carácter el atractivo de paternal caridad.

«Cada padre de familia era como un pastor particular que presidia las oraciones y lecturas domésticas, instruía á su mujer, á sus «hijos y á sus criados, les exhortaba familiarmente, y les conservaba en la union de la Iglesia, por la perfecta sumision de su pastor.»

Hé ahí la apología de la educacion pontificia trazada por la experta pluma de Regnier³.

Concedamos ahora la palabra á Origenes, y nos presentará los inmensos resultados de tanta solicitud desde un punto de vista comparativo.

«Si se comparan las iglesias de Dios formadas en la escuela de JESUCRISTO con las asambleas de los pueblos, en medio de las cuales

¹ Eccli. 11, 33, 36. — ² S. August. de Disc. christ. — ³ Certitude des princ. de la Relig.

«aquellas se formaron, las iglesias aparecerán resplandecientes como
«astros. Por ejemplo, la Iglesia cristiana fundada en Atenas es mo-
«delo de dulzura y perseverancia porque se dedica primeramente á
«agradar á Dios; al paso que en la asamblea política de los atenienses
«reinan de continuo la sedicion y el tumulto. El mismo juicio
«concebirémos despues de haber comparado la Iglesia de Dios que
«está en Corinto con las asambleas civiles de los corintios; el mis-
«mo si comparamos la Iglesia de Alejandria con el resto de su so-
«ciedad ¹.»

Los mismos gentiles tuvieron que reconocer, ya en los primitivos
tiempos, la inmensa superioridad de ideas y de acciones de la so-
ciedad cristiana. Plinio escribió en este sentido á Trajano; el empe-
rador Antonino al Asia; Juliano Apóstata á Arsacio. Cuyos testimo-
nios ponen en mayor evidencia el valor de la siguiente apologia de
la sociedad cristiana trazada por Tertuliano:

«Los filósofos quieren presentarse como sectarios de la verdad, y
«como se proponen por fin la gloria, enseñando á amarla la corrup-
«pen; mas los cristianos, que tienen sólo por objeto su salvacion,
«suspiran para ella por santa necesidad, y cuando la han encontra-
«do, la conservan pura y la propagan sin mudanza. No es, pues,
«exacto, como pensais, que el conocimiento y la disciplina de los fi-
«lósofos se parezca á la nuestra. Hé ahí otros argumentos que lo
«confirman:

«¿Qué es lo que aquel célebre Tales, príncipe de los físicos, con-
«testó á Cresó, cuando este solicitó le declarara lo que debia creer
«con certitud acerca de la Divinidad? ¿No frustró aquel filósofo las
«esperanzas que en él se habian fijado con los sucesivos plazos
«que se tomó para la respuesta? El infimo cristiano tiene conoci-
«miento de Dios, y es capaz de enseñar y hacer comprender su in-
«mensa grandeza. Sabemos aun por medio de las cosas sensibles
«cuanto el humano entendimiento desea encontrar en Dios, aun-
«que Platon afirma que el autor del universo no puede fácilmente
«conocerse, y que cuando se le conoce es difícil expresar su natura-
«leza y su esencia.

«Por otra parte nos objetáis que la práctica de las virtudes mora-
«les es comun entre los filósofos y nosotros; examinemos esto en
«particular.

«Empecemos por la pudicicia. Leo parte de la sentencia que los
«atenienses pronunciaron contra Sócrates, en la que se marcan los
«desórdenes de su vida y se le condena como á corruptor de la ju-
«ventud: un cristiano no ama sino una mujer; no acostumbra bus-
«car un brutal placer en la vergonzosa transgiversacion de los se-
«xos. Sé que Frinea, meretriz, sirvió á los desahogos brutales de
«Diógenes: he oido decir que Pseusipo, discípulo de la escuela de

¹ Origenes contra Cels.

«Platon, fue asesinado en el acto de cometer un adulterio. El cristia-
«no no es sino el varon de su esposa. Demócrito se quitó la vista á sí
«mismo, porque no podia ver las mujeres sin desearlas, y se afligia
«si no podia gozar de las que deseaba, demostrando su incontinen-
«cia con su arranque. El cristiano tiene ojos, mira las mujeres y no
«las ve, esto es, las ve sin que dé lugar á la concupiscencia; su es-
«píritu es ciego contra la liviandad.

«Si venimos á la cuestion de la probidad, ahí tenemos á Diógenes,
«que con los piés llenos de inmundicia se pasea sobre las alfom-
«bras de Platon, por una especie de arrogancia diversa de la de este
«filósofo. El cristiano ni entre los pobres se vanagloria.

«Si tratamos de la modestia de las costumbres, vemos á Pitágoras
«queriendo usurpar la tiranía sobre la Turia y Zenon sobre los prie-
«nenses. El cristiano ni siquiera ambiciona el último cargo público.

«Si venimos á la consideracion de la paciencia, vemos que Licur-
«go queria morir de hambre porque los lacedemonios habian refor-
«mado y dulcificado sus leyes; el cristiano hasta da gracias á sus
«perseguidores despues de la condena.

«Si se quiere comparar la buena fe, Anaxágoras niega á sus hués-
«pedes la restitution de un depósito; el cristiano es llamado fiel
«hasta por los no cristianos, porque todos han experimentado su
«fidelidad.

«Si tocamos la cuestion de la humildad, vemos que Aristóteles
«hizo salir vergonzosamente á su amigo Hermias de la plaza que él
«habia conquistado; el cristiano no injuria á nadie, ni á su enemigo.
«Aristipo, cubierto de púrpura, se abandona á toda clase de excesos
«a pesar del carácter severo de su fisonomia; se asesina á Hippias por
«haber hecho traicion á su país, cosa que jamás ha hecho el cristia-
«no contra sus perseguidores, ni á favor hasta de aquellos que con
«él están unidos con lazada religiosa.

«Dirá alguno, que tambien entre nosotros hay quienes se permiten
«obrar mal, y emanciparse de nuestras leyes y de la observancia
«exacta de nuestra disciplina. Es verdad que los hay; pero no lo es
«menos que cuando á tamaños errores se entregan no los tenemos
«por cristianos.

«Al contrario, vosotros continuais llamando sábios á aquellos fló-
«sofos y dispensándoles el honor inherente á tan glorioso titulo aun
«despues del desórden de su vida. Y así ¿qué semejanza hay entre un
«filósofo y un cristiano; entre un discípulo de Grecia y un discipu-
«lo del cielo; entre un comerciante de gloria propia y un trabajador
«de la propia salvacion; entre uno que obra bien y otro que solo ha-
«bla bien; entre un constructor y un destructor; entre un amigo
«y un enemigo de lo falso; entre un falsificador de la verdad y un
«reformador y propagandista de su integridad; entre el que la roba
«y el que la custodia ¹?»

¹ Apologetico, cap. 46.

Tertuliano acaba de describirnos por mi boca la sociedad, educado segun los principios pontificios. Despues de haber oido al Chateaubriand del siglo III, al genio predecesor del Águila de Hipona, lo mas oportuno es encerrarnos en el silencio, y saborear hasta mañana las dulces armonías de sus pensamientos y de sus palabras.

Ved, pues, como la Santa Silla no se contentó con engendrar una sociedad perfecta y santa; despues de engendrada la alimentó y desarrolló, siendo en esto como en todo semejante á la inmaculada Virgen María, de la cual ha dicho el P. Convelt: «Así como alimentó con la leche de sus sagrados pechos á su Hijo, es indispensable «si quiere ser, como vehementemente lo desea, madre de todos, que «á todos nos alimente con la sustancia de los pechos de su entendimiento, voluntad y memoria... Si, el corazon de María, domicilio «especial de su alma, está lleno, sobreabunda de los sentidos, consejos, sabiduría y honores divinos, de cuya abundancia comunica «como sutil leche á los hijos engendrados por su divinidad.»

Chupemos, pues, la dulce sustancia del entendimiento y de la voluntad pontificias, emanacion de la voluntad y del entendimiento de María, para que indentificados en todo con la cristiandad, crezcamos aquí en gracia y en mérito, y obtengamos despues la corona de la perfeccion. Amen.

CONFERENCIA SEXTA.

- I. Accion de las herejias en la sociedad. — Los evoluciones de los dos órdenes de herejias descritas en el Apocalipsis. — Comentarios sobre esta descripcion. — Vaticinio de la victoria primera y fundamental del Pontificado. — Luchas secundarias del error. — Vaticinio de la segunda victoria pontificia.
- II. La historia confirmando la parábola apocalíptica. — La herejía y Gregorio VII. — Fuerza y vitalidad absoluta de la Iglesia. — La política de Carlomagno y de Pepino respecto al Pontificado. — Juicio sobre la edad media. — Actitud de la Santa Silla respecto de la misma. — Multiplicidad y naturaleza de los errores de aquella edad. — Importantes consideraciones del Sr. Voigt y del obispo de Quimper sobre la salvacion de los derechos humanos por el Pontificado. — Comparacion de las encíclicas de la edad media con las de la actual. — El equilibrio oficial sostenido por el Pontificado. — La deposicion de los déspotas. — Alianza del despotismo y de la herejía contra el poder pontificio. — Luis de Baviera y Felipe el Hermoso representantes de la emancipacion política. — Leon X. — El Protestantismo, sus temores, su popularidad, sus protectores. — El concilio de Trento. — La situacion actual.
- III. Resúmen de la accion pontificia en la civilizacion social. — Consideraciones de Jehan. — Conclusion.

Hermanos: Hoy debemos tratar especialmente de la influencia directa del Pontificado en la civilizacion moderna: esta sola idea, la Santa Silla madre de la civilizacion, exige, no diré un discurso, sino un folleto, y yo, no en un folleto sino en un discurso debo desarrollarla sin perder de vista el estudio de los incesantes trabajos del Protestantismo para hacerla abortar.

Os pido, pues, que desde luego me acompañeis á invocar la inmaculada Virgen, el paralelo de cuya maternidad con la de la Santa Silla seguirá siendo la base de mis reflexiones.

¡Oh María! nuestro saludo es el que te dirigió el Arcángel: Ave.

I.

Ayer vimos que el Cristianismo habia dado á la sociedad moderna un tipo divino; que los fundamentos de la sociedad cristiana eran los misterios fundamentales de la fe religiosa: vimos á los herejes empezar la obra de la revolucion humana, combatiendo los dogmas eternos, y en consecuencia, admiramos la lucha de los herejes y de la autoridad, y la victoria de esta sobre aquellos, conseguida en las alturas puramente teológicas.

Tertuliano acaba de describirnos por mi boca la sociedad, educado segun los principios pontificios. Despues de haber oido al Chateaubriand del siglo III, al genio predecesor del Águila de Hipona, lo mas oportuno es encerrarnos en el silencio, y saborear hasta mañana las dulces armonías de sus pensamientos y de sus palabras.

Ved, pues, como la Santa Silla no se contentó con engendrar una sociedad perfecta y santa; despues de engendrada la alimentó y desarrolló, siendo en esto como en todo semejante á la inmaculada Virgen María, de la cual ha dicho el P. Convelt: «Así como alimentó con la leche de sus sagrados pechos á su Hijo, es indispensable «si quiere ser, como vehementemente lo desea, madre de todos, que «á todos nos alimente con la sustancia de los pechos de su entendimiento, voluntad y memoria... Si, el corazon de María, domicilio «especial de su alma, está lleno, sobreabunda de los sentidos, consejos, sabiduría y honores divinos, de cuya abundancia comunica «como sutil leche á los hijos engendrados por su divinidad.»

Chupemos, pues, la dulce sustancia del entendimiento y de la voluntad pontificias, emanacion de la voluntad y del entendimiento de María, para que indentificados en todo con la cristiandad, crezcamos aquí en gracia y en mérito, y obtengamos despues la corona de la perfeccion. Amen.

CONFERENCIA SEXTA.

- I. Accion de las herejias en la sociedad. — Los evoluciones de los dos órdenes de herejias descritas en el Apocalipsis. — Comentarios sobre esta descripcion. — Vaticinio de la victoria primera y fundamental del Pontificado. — Luchas secundarias del error. — Vaticinio de la segunda victoria pontificia.
- II. La historia confirmando la parábola apocalíptica. — La herejía y Gregorio VII. — Fuerza y vitalidad absoluta de la Iglesia. — La política de Carlomagno y de Pepino respecto al Pontificado. — Juicio sobre la edad media. — Actitud de la Santa Silla respecto de la misma. — Multiplicidad y naturaleza de los errores de aquella edad. — Importantes consideraciones del Sr. Voigt y del obispo de Quimper sobre la salvacion de los derechos humanos por el Pontificado. — Comparacion de las encíclicas de la edad media con las de la actual. — El equilibrio oficial sostenido por el Pontificado. — La deposicion de los déspotas. — Alianza del despotismo y de la herejía contra el poder pontificio. — Luis de Baviera y Felipe el Hermoso representantes de la emancipacion política. — Leon X. — El Protestantismo, sus temores, su popularidad, sus protectores. — El concilio de Trento. — La situacion actual.
- III. Resúmen de la accion pontificia en la civilizacion social. — Consideraciones de Jehan. — Conclusion.

Hermanos: Hoy debemos tratar especialmente de la influencia directa del Pontificado en la civilizacion moderna: esta sola idea, la Santa Silla madre de la civilizacion, exige, no diré un discurso, sino un folleto, y yo, no en un folleto sino en un discurso debo desarrollarla sin perder de vista el estudio de los incesantes trabajos del Protestantismo para hacerla abortar.

Os pido, pues, que desde luego me acompañeis á invocar la inmaculada Virgen, el paralelo de cuya maternidad con la de la Santa Silla seguirá siendo la base de mis reflexiones.

¡Oh María! nuestro saludo es el que te dirigió el Arcángel: Ave.

I.

Ayer vimos que el Cristianismo habia dado á la sociedad moderna un tipo divino; que los fundamentos de la sociedad cristiana eran los misterios fundamentales de la fe religiosa: vimos á los herejes empezar la obra de la revolucion humana, combatiendo los dogmas eternos, y en consecuencia, admiramos la lucha de los herejes y de la autoridad, y la victoria de esta sobre aquellos, conseguida en las alturas puramente teológicas.

Las herejías desalojadas de la cima del monte santo descendieron al terreno social; imposibilitadas de apagar la luz de la verdad cristiana, determinaron zapar el edificio levantado por el Cristianismo. Las asechanzas entre la serpiente y la mujer continuaron.

Voy á citaros un fragmento de Escritura santa, en el cual admiro gloriosamente aludida la maternidad de María y la maternidad del Pontificado, así como las evoluciones de los dos órdenes de herejías de que os hablo, derrotadas por lo que llamaré el concurso de ambas maternidades.

Cuando se abrió el templo de Dios en el cielo, y fue vista el arca del Testamento en su templo... apareció un gran prodigio en el cielo. «Una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su «cabeza una corona de doce estrellas.

«Y estando en cinta, gritaba con ansias de parir, y sufría dolores de parto.

«Al mismo tiempo se vió en el cielo otro prodigio, y era un dragon «descomunial... que se puso delante de la mujer que estaba para parir, á fin de tragarse al hijo, luego que le hubiese dado á luz.

«En esto parió un hijo varon... y este hijo fue arrebatado para Dios «y para su solio.

«Y la mujer huyó al desierto donde tenia un lugar preparado por «Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta dias.

«Entre tanto se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y los «Ángeles peleaban contra el dragon, y el dragon con sus ángeles lidiaban contra él.

«Pero estos fueron los mas débiles, y despues no quedó ya para «ellos lugar ninguno en el cielo.»

Ahora bien, hermanos, la mujer vestida del sol, que estaba en cinta, era la inmaculada Virgen María, prototipo de la Iglesia, esposa inmaculada del Cordero que María dió á luz.

El dragon descomunial significa el espíritu satánico, hambriento de tragarse el fruto de las entrañas virginales, y hambriento tambien de impedir que la Iglesia católica llevara á la tierra los saludables efectos de sus sublimes principios. Este desierto, al que se fué á habitar la mujer, doble símbolo de María y de la Iglesia, ¿qué puede mas propiamente significar, que aquel periodo primitivo de la vida de Jesús, en que la Virgen santísima vivia retraida y desconocida; en que Jesucristo era reputado como hijo del carpintero; en que se fué á Egipto para impedir se tragara el dragon al hijo de su amor? Y por lo que respecta á la Iglesia, ¿qué significa el desierto sino aquel periodo histórico en que el Cristianismo se limitaba á meditar é infundir sus dogmas admirables, y su fecundo amor en el retiro de las catacumbas, ó en el abandono del Circo? Y la lucha simultánea que sostenian en el cielo los Ángeles de Miguel con

¹ Apoc. xii, 1-8.

los del dragon, ¿qué puede significar sino la lucha de los herejes con los santos en el cielo, esto es, en la region en la que tiene sus fundamentos la fe cristiana?

Y esta palabra, los ángeles del dragon—es decir los herejes—fueron los mas débiles, y despues no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo; ¿qué significa sino que en el terreno fundamental fueron desalojados por las definiciones pontificias, tuvieron que enmudecer para siempre los pérfidos enemigos del Cristianismo, y que empezó á palpase el cumplimiento del *portæ inferi non praevalerunt adversus eam* prometido al Pontificado?

Y en esta victoria fundamental y primera del Pontificado, ¿no fuiste tú, Señora, su prototipo? Si lo fuiste: tú, presentándote otra vez á Nazareth, con el niño al brazo, despues de la muerte de Herodes, degollador de niños, tú simbolizaste esta victoria solemne de la Silla pontificia.

Hé ahí el primer periodo de la herejía, y las primeras victorias del Pontificado. Veamos el segundo:

«Así fue abatida, continúa el Apocalipsis, aquella antigua serpiente que se llama diablo... fue arrojado y lanzado por tierra y sus ángeles con él...

«¡Ay de la tierra y del mar! porque el diablo bajó á vosotros lleno de «furor, sabiendo que le queda poco tiempo.

«Viéndose, pues, el dragon precipitado del cielo á la tierra, fué persiguiendo á la mujer que habia parido aquel hijo varon.

«Pero á la mujer se le dieron dos alas de águila para volar al desierto, á su sitio destinado... léjos de la serpiente.

«Entonces la serpiente vomitó de su boca en pos de la mujer cantidad de agua, como un rio, á fin de que la mujer fuese arrebatada de «la corriente.»

No se puede aspirar, hermanos, á un lenguaje mas explicito: el espíritu del mal vencido por la palabra de la fe, en la lucha que sostenia en las alturas de los principios, es lanzado á tierra: aquí, esto es, en el terreno práctico sigue su obra de persecucion á la mujer, que es la Iglesia; pero Dios da alas de águila á la Iglesia, y mientras la herejía se arrastra, la Iglesia vuela y posa en una region donde no alcanza la serpiente.

Y ¿cuál es la region en que la Iglesia se salva? la piedra en que Jesucristo la asentó: el Pontificado: piedra tan firme y tan hermosa, que sin duda aludia á ella el Espíritu Santo cuando inspiraba á Salomón esta palabra: *Columba mea in foraminibus petrae*.

Burlada la serpiente ó la herejía en sus planes se indigna, arroja contra la piedra que sostiene á la mujer doctrinas falsas, como un rio impetuoso, para arrebatarla; pero el agua es sorbida por la tierra, y la Iglesia queda inmóvil, y el Pontificado exclama: *Dominus diluivum inhabitare facit*¹.

¹ Psalm. xviii, 40.

Y el dragon se irrita mas, y viendo que no puede vencer á la mujer, se va á guerrear contra los del linaje de ella, que guardan los mandamientos de Dios, y mantienen la confesion de JESUCRISTO.

Mas en vano: los santos vencen por la fe, y á la herejía no le queda otro recurso que acampar sobre arena.

Hé aquí el segundo periodo de la herejía, y la segunda victoria del Pontificado.

El profeta de Patmos describió así las vicisitudes y los resultados de la guerra entre la herejía y la fe. Veamos si la historia confirma la profecía.

II.

La herejía, convencida que nada podía hacer con solo la palabra, determinó acudir á los hechos. En el siglo VIII aparecieron los iconoclastas: los iconoclastas substituyeron el *negó* por el *abajo*. Su grito fue *abajo* las imágenes, grito que fue el primer anillo de esta dilatada cadena de gritos de *abajo*, cuyo último hoy tanto nos horripila: *el abajo el Papa* es consecuencia de aquel *abajo las imágenes*. Al mismo tiempo que los iconoclastas derribaban las imágenes, Adalberto enseñaba la inutilidad de los templos, cogía una cruz, la clavaba en la cima de un monte; y decia al pueblo: el mejor templo es el espacio.

Gregorio VII, dotado de un talento sutil, de una mirada vasta, penetrante hasta la raíz de las cosas, tomó el pincel del genio que le prestó Dios, y trazó una pintura del estado de las doctrinas y de los horrores del porvenir, que veía entrañado en las herejías de Adalberto y de Leon de Isauria, con tal viveza que abrió los ojos á algunos soberanos. Pepino no encontró otro medio de salvar la sociedad que contrabalancear el poder de los herejes con el de los Pontífices. De ahí el principio expansivo del poder temporal. Carlomagno, la figura colosal de su tiempo, desde la eminencia de su talento descubrió la tempestad protestante que amagaba al mundo, y se apresuró á concluir el puerto de refugio de los derechos y principios adelantando la obra empezada por Pepino.

Y permitidme que os llame aquí la atención sobre una circunstancia notable. Pepino y Carlomagno, representantes de la sociedad terrena de sus tiempos, fueron los que se acercaron al Pontificado para robustecer su influencia política. Esta influencia política no la necesitaba la Iglesia, que antes de Pepino habia dado una elocuente manifestacion del poder de su autoridad é independencia en la admirable conducta del papa Martin I.

Los enviados del imperio oriental habian quedado confundidos al oír el tono inflexible del Papa en San Juan de Letran; al encontrarse á su sombra el ejército de Ravena pudo convencerse de que la fortaleza que atacaba estaba levantada sobre una roca invulnerable; y si

la coaccion brutal pudo llevar á Constantinopla el enfermizo cuerpo del gran Papa, todos los rigores é influencias de una corte audaz y astuta no pudieron hacer oscilar el espíritu pontificio, encendido para ser la luz fija de los pueblos y de las generaciones. Bastábase, pues, á sí misma la Iglesia. Constituida para la persecucion, los combates la agigantan; ved ahí por qué de los padecimientos, y bien podemos decir de la sangre del confesor Martin I, salió una nueva garantía de independencia, pues el papa Agaton sintióse bastante fuerte para declarar á sus sucesores libres del tributo que cada Pontífice despues de la eleccion rendia al emperador.

Pero si la Iglesia no necesitaba el poder temporal, la sociedad desgarrada por divisiones intestinas, debilitada por la accion disolvente de principios anárquicos, se veia en el caso ó de resignarse á la disolucion, ó de invocar un influjo sobrenatural que compaginase sus elementos, y como el Pontificado es el punto de enlace del cielo con la tierra, en él puso las miradas para fundamentar su reorganizacion y paz.

Y os bastará leer la historia para convenceros de cuán providencial fue la obra de Carlomagno y de Pepino para el bien de los pueblos.

En la edad media, cuya constitucion muchos admiran y cuyas costumbres muchos desean, la sociedad se hubiera sumergido en el doble caos de su ignorancia y de su sensualismo sin la política sabia y moralizadora de los Pontífices.

Yo me acojo á vuestra indulgencia, que tan generosos me la concedéis, para expresaros con franqueza lo que pienso sobre una edad que tantos elogios ha obtenido de muchos hombres sensatos, que yo aplaudo por su celo, y respeto por su buena fe. No clasifiqueis de alarde pedagógico, solo de ansia para que brille en su esplendor la gloria pontificia, lo que voy á expresaros.

Lo que muchas veces se aplaude pensando que es la edad media, no es tal; ¿no es la edad media? ¿pues qué es? Es la obra de la oposicion á la edad media, es la obra del Pontificado, el cual está siempre en la edad de Jesucristo; porque tambien entonces la edad de Jesucristo luchaba con la edad de los hombres; pero el Pontificado en el terreno moral fue tan venturoso en aquellos dias como en los nuestros; supo edificar una obra mas elevada y sólida que la de las pasiones humanas; por esto al paso que de la obra de las pasiones de la edad media no quedan sino ruinas y abismos, de la de los Pontífices quedan los cimientos, las paredes, las bóvedas y las cúpulas. Y como se ven las cúpulas de la santa obra de la edad media, y no se ven sino polvos de la mala, por esto se dice: ¡Qué buena era aquella edad!

Sin embargo, yo os aseguro que los hijos de vuestros hijos, ellos que acamparán en un espacio inconmensurablemente distante de nosotros y de nuestros sepulcros, cuando vuelvan las miradas hácia

nuestra época, como nosotros las volvemos á la de nuestros abuelos dirán tambien: «¡Qué buena era aquella edad!»

Y ¿sabeis por qué lo dirán? Señores, ¿pensais que lo dirán porque sean ellos peores que nosotros? No, lo dirán porque las obras malas de hoy habrán sucumbido, no quedando de ellas sino ruinas dispersas, y nuestras buenas obras permanecerán. El porvenir verá sobre nosotros la gloria de la civilizacion pontificia, como nosotros la vemos sobre la edad media.

Y por ello podeis calcular toda la intensidad de este poder que transforma la faz de las épocas hasta dejarlas desconocidas de aquel que de lèjos las contempla.

Pero esta transformacion no se consigue sino á fuerza de luchas: calculad las que tuvo que sostener el Pontificado para remontar el espíritu de una sociedad tan débil, que se confesó en la precision de cubrir de una coraza de hierro su corazon, ó lo que es lo mismo, el poder pontificio. La muralla levantada por Carlomagno y Pepino al rededor de la Silla suprema, al paso que fue un testimonio de fidelidad de parte de los soberanos, fue el cumplimiento de una exigencia política de la civilizacion.

Los monotelitas, los iconoclastas, los sarracenos, los focianos, los valdenses, los albigenses, constituyeron cinco grandes caudales de errores y disoluciones, respectivamente apoyados por emperadores influyentes como Heraclio, Leon, Constantino Coprónimo, Enrique y Conrado.

Los grandes, alentados por el orgullo, aprovechándose de la prostracion á que el baño continuo de errores habia reducido á los espíritus del vulgo, pretendian absorber como en tiempo del paganismo toda la vida social. La Providencia, que parece haber resuelto no enviar otro diluvio de paganismo despues de JESUCRISTO, como resolvió no enviar otro diluvio de agua despues de Noé, suscitó un poder equilibrador de las fuerzas de la autoridad y de las masas. El poder temporal de los Papas, dice Chateaubriand, fue en la edad media, lo que son las Constituciones modernas; sirvió de equilibrio á la autoridad soberana y de base á la libertad civil. «El fundamento de la libertad alemana, dice Mr. Voigt, estaba en la autoridad del «Papa y de los principes con él unidos, los cuales contrabalanceaban el poder imperial. El poder de los Papas, estipulado por los pueblos, admitido por los soberanos, formaba parte de la constitucion de los Estados, entraba, permitidme la expresion, en la Carta de la edad media...»

Meditemos, señores, las palabras dirigidas por el sábio obispo de Quimper á sus diocesanos en 1848:

«Representaos la edad media, tal cual la habia constituido la ignorancia y decaimiento de la autoridad real y el espíritu exclusivamente guerrero de sus señores. Entonces, lo mismo que ahora, los «pueblos se armaban contra los pueblos, y la sangre cristiana se der-

«ramaba en combates interminables. Entonces, á falta de enemigos «extranjeros, se apuñalaba á los vecinos y á los próximos. Cada tierra «formaba un reino, cada promontorio una fortaleza, y las mil «grietas expediciones que se verificaban eran pagadas por los numerosos vasallos, enemistados unos con otros á causa de sus rivales pretensiones. En medio de tan desoladoras escenas, mirad «cuál fue el papel que representaron los Soberanos Pontifices. Colocados al frente de la sociedad cristiana por el respeto de los reyes y «de los pueblos, se ofrecen por mediadores en todos los litigios. En «el calor de las discusiones, entre el tumulto de las armas, ellos levantan su voz conciliadora, y ¡cuántas veces lograron sellar la paz «y consumir el abrazo entre dos bandos prestos á exterminarse! «Admirad sobre todo sus esfuerzos para abolir las guerras particulares, ó á lo menos para endulzar sus rigores. ¡Cuántos cánones formulados, cuántos anatemas lanzados por ellos ó por los concilios «bajo su autoridad reunidos con el objeto de debilitar y arrancar de «raíz aquella bárbara costumbre!... ¿Os hablaré de sus severas «convenciones á los reyes opresores? Los pueblos, abatidos bajo un «cetro de hierro, volvian las miradas al trono pontificio, y el Vicario «de Jesucristo no se desafiaba de prestar á sus lamentaciones el poder de su voz y la autoridad de la Religion.»

El Pontificado salvó, pues, en aquella edad los restos náufragos de los derechos humanos; luchó incansable contra las pretensiones exorbitantes y anticaritativas del absolutismo y del feudalismo; recordó un día y cada día á los señores que el humilde, el trabajador, el súbdito, el feudatario, era hijo de Dios, hermano del poderoso, que en calidad de tal tenia derechos sagrados á la herencia comun, derechos de igualdad de amor, derechos de libertad para el bien, en una palabra, así como las encíclicas de hoy se esfuerzan á poner á raya las tendencias invasoras de las masas, en las de la edad media descubriréis un espíritu encaminado á contener las invasoras tendencias de la autoridad.

Así, hermanos, los Papas sostuvieron por solo el influjo de su poder y la sabiduría de sus doctrinas, ya no solo el equilibrio europeo, sino el equilibrio entre los señores y el pueblo, cuyo rompimiento habria causado indefectiblemente la ruina de la civilizacion.

¡Cuánta sangre economizó la monarquía del Papa!

Es incalculable el influjo que tenian en el destino del porvenir aquellos actos supremos en que un rey poderoso era depuesto de su soberanía por el que en calidad de Vicario de Jesucristo obraba como padre de los pueblos.

Vosotros comprendéis cuán humanitaria fue la institucion del poder que llamaba á sí á un rey y le decia: Tú no tratas bien á aquellos que Dios te ha confiado: yo soy el representante de Dios, tu corona es de mi amo, yo te la quito y la daré á otro que sea mas amigo del pueblo. Yo solo os diré, que si el gobierno temporal estaba hoy en su

plenitud, la Europa no contemplaría horripilada como dos tiranos desangran gota á gota dos pueblos tan ilustres como creyentes: yo os digo, que no estaría mucho tiempo la corona en las frentes de los déspotas que martirizan la Irlanda y la Polonia, que no tienen mas crimen que pedir la santa libertad de su Religión y de sus instituciones.

La herejía, aliada natural del despotismo, maniobró de acuerdo con este para debilitar la influencia pontificia. Arnaldo de Brescia pidió, ni mas ni menos, que lo que hoy pide el rey excomulgado. Roma para el Senado, el templo para el Papa. Eugenio III tuvo que emplear sus dotes eminentes en mansedumbre evangélica y tacto político para contrarestar la propaganda del hereje.

Tras Arnaldo de Brescia apareció Valdo. Valdo enseñaba que, no solo no podía poseer nada temporal el Papa, sino que tampoco podían poseerlo los cristianos; exigía que la Iglesia abandonara sus posesiones, que renunciaran las suyas los obispos, en fin, que la cristiandad abrazara la pobreza absoluta. De evolucion en evolucion llevó su error hasta la última consecuencia: negados los derechos de la Iglesia, negó los derechos de la jerarquía; desconocida la legitimidad del poder temporal, desconoció luego la legitimidad del espiritual: negó la autoridad pontificia, y declaró que no había necesidad de obispos y de sacerdotes: que el sacerdote es el pueblo.

Solo el Pontificado reclamó contra los valdenses, que llevaban en gérmen los principios del socialismo y comunismo. De ahí que aquellas doctrinas anárquicas, protegidas por las altas jerarquías, tuviesen eco en algunas universidades, y que públicamente las abrazaran, defendieran y extendieran dos talentos notables: Vicleff y Juan Huss.

La perfidia del error produjo sus efectos. Los derechos pontificios fueron profundamente mermados por la insubordinación de los soberanos, protectores maliciosos de las sucesivas herejías. El Papa solo deponía al soberano que violaba un tratado solemne, que rechazaba una esposa legítima, que robaba los tesoros de la Iglesia, que encarcelaba obispos ó atropellaba pueblos. No hay un solo caso de deposición que no fuese motivado por uno de estos cinco capítulos. Los soberanos pretendían el derecho de atropellar los santos principios de la justicia. Así lo conceptúa Mr. Veuillot, defensor enérgico de la monarquía y de la Iglesia: «Solo en vista de estas pretensiones el Papa excomunicaba y deponía á los soberanos; pero, emancipándose del Pontificado los soberanos se sujetaron á la revolución, quien les excomunica y depone mas irremisiblemente; porque los Papas perdonaban al arrepentido, las revoluciones son implacables. El derecho que contenía á los príncipes en sus justos límites era bastante poderoso para sostenerles; el juez pasaba á ser un protector fiel. El bien que se hacia á los pueblos no se negaba á los reyes; el Papa tomaba á su cargo la defensa de un mo-

«narca ya contra un partido revoltoso, ya contra un competidor ilegítimo¹.»

Después que se ha negado á la Silla pontificia el ejercicio del supremo derecho político, los litigios entre reyes y pueblos solo pueden resolverse por la fuerza. No existe tribunal ni juez revestido de autoridad suficiente para que su fallo sea acatado por ambas partes. Los pleitos de la humanidad han de resolverse por la razón animal. Y así se resuelven. Yo siento esta decadencia visible de la autoridad racional, pero no porque yo la sienta es menos verdad. La herejía, calumniando primero, desacreditando luego, suponiendo mas tarde la jurisdicción política de la Santa Silla, ha hecho imposible la solución de todas las cuestiones sociales. Sí, sin un tribunal supremo todas las cuestiones sociales son insolubles. Y como no hay cuestión que no deba resolverse de una manera ó de otra, todas se vienen resolviendo interinamente, unas por la fuerza despótica, otras por la fuerza popular. Todo termina ó por la esclavitud del pueblo ó por el destronamiento del soberano.

Adorad la mano de la Providencia, señores. «Desde que los reyes se cansaron de ser excomulgados,» usando la frase de un hombre célebre, la revolución no se cansa de deponerlos, vilipendiarlos é inmolarlos.

Las deposiciones revolucionarias crecen; su catálogo, que cada día se alarga, es una lección que, bien estudiada por los soberanos reinantes, salvaría el orden y la civilización. No la estudiarán. Si así es, yo les anuncio la caída.

El orgullo político tuvo dos principales personificaciones: bueno es conocerlas á fondo para que sepamos de qué índole era el combate que contra el poder pontificio se sostuvo. Estudiemos aquellas dos figuras; son las de Felipe el Hermoso y Luis de Baviera.

En vez de la inmortal fama que pretendió conquistar Luis de Baviera con su altivo comportamiento respecto á la Santa Sede, obtuvo en toda la Italia la reputación de pérfido y usurpador. Pretendió hacer un papa, mas el papa hechura de Luis fué recibido á silbidos; avergonzado de sí mismo abdica y acaba por arrojarse, con una soga al cuello, al pié del Papa legítimo, implorando su perdón. Llámase emperador de Alemania, rey de los romanos; es llamado rebelde é impío. Vastos y ambiciosos planes ha concebido; pero inútilmente; la virtud de un Pontífice desterrado, encarcelado, se los desconcierta y desvirtúa. Luis de Baviera muere después de treinta años de pérfidos ensayos, sin haber podido solidar ni la primera piedra del imperio antipontificio que pretendía levantar.

«Felipe el Hermoso, dice un historiador, no fue menos atrevido que Luis de Baviera. Ambicioso, ávido de dinero, rompe la concordia con sus vecinos, veja sus súbditos con tributos exorbi-

¹ Veuillot, *Mélanges*, tom. VI, *Les papes de Avignon*.

«tantes para sostener guerras injustas; desprecia las exhortaciones y reprensiones del Papa, y atrae sobre sí la excomunion. Á las «bulas de Bonifacio VIII contestó con escritos injuriosos é insultantes... Envía á Roma á Nogaret y á Sciarra Colonna para que insulten al Papa en su mismo palacio; en su mismo templo, al pie mismo de su altar. Y despues de tamaña profanacion, la mas escandalosa que se registra en los anales del mundo, concibe el «proyecto de triunfar de él despues de muerto. Bajo su proteccion «cruel tenia al segundo sucesor de Bonifacio. Se hallaba aquel Rey «en la madurez de edad halagado y obedecido; contaba tres hijos, «y disponia de los bienes de los Templarios.

«Él fue el rey de Francia, que humanamente pudo abrigar esperanzas mas fundadas de contar un dia á la Santa Silla por floron «de su corona. Pero aquel fabricante de falsa moneda no pudo fabricar una falsa Iglesia. Dios le quitó súbitamente el cetro; Dios «extinguíó luego su posteridad masculina.»

Hé ahí dos figuras de las que mas trabajaron para debilitar la accion pontificia. Poco gloriosa como veis es su memoria: fueron dos tiranos mal avenidos con el derecho.

Sin embargo, el aislamiento á que se redujo la Santa Silla, ni entorpeció su fecunda accion religiosa sobre todas las partes del mundo, ni bastó para secar el inagotable caudal de justicia que en sus entrañas depositó el Señor. Quedóle al Pontificado la libertad de la palabra, la que, al través de los obstáculos que pretendian oponerle el espíritu herético y despótico, dejóse oír á los sedientos de derecho y de verdad. La luz religiosa conservó de manifesto las bellezas científicas y sociales al Evangelio debidas, y el sello del Catolicismo, impreso para no borrarse ya, en la admirable civilizacion á la sociedad ofrecida.

En el siglo XVI el cielo elevó á la Silla pontificia un varon ilustre: el siglo debía inclinarse ante él y pedirle respetuosamente su nombre. Leon X empuñaba con una mano la bandera de la justicia, la bandera del progreso con la otra.

Los poderes de la tierra, que no estaban por el progreso de la justicia, se reunieron, se concertaron y dijeron entre sí: Mientras el Papa tendrá influencia no serémos dueños de los pueblos: el Papa no quiere transigir en lo que puede perjudicarles, y les dirige y avisa. Convengámonos contra él; apoyemos la herejía, y protejamos á cuantos griten: *Abajo el Papa.*

No lo dudeis, hermanos, el Protestantismo fue obra de las soberanías. Lutero fue un fraile comprado, como el P. Passaglia, por una monarquía adulterada.

Se temió que la Iglesia, colocada al frente de los humanos destinos, condujera el espíritu activo de la época por la senda de la moral; se temió que el Pontificado abriera los ojos de los pueblos, y alumbrara los asquerosos senos de la política pervertida, y comprendéis

bien que la luz del Pontificado no debia convenir á los autores de semejantes planes. Estos monarcas, que públicamente se glorian de compartirse las sillas presidenciales de la francmasoneria, no podian amar una autoridad que dijo: «Lo que oyéreis en el interior de «vuestra casa, predicadlo sobre el tejado;» se temió que la Iglesia dotara á la sociedad de los inventos que hoy posee, pero exigiendo la distribucion equitativa de las riquezas provenientes de estos adelantos; se temió que el Papa no tolerara que los pueblos murieran de hambre, mientras los poderes disponen de miles de millones, en calidad de suplementos para sostener una red de clubs... Apartemos de ahí la vista.

Ved ahí la causa de la popularidad del Protestantismo; el temor que los soberanos tienen al Catolicismo. Como herejía, el Protestantismo no tiene importancia alguna sobre las sectas que le precedieron. Vicleff dijo mas que Lutero: Valdo mas que Vicleff: los iconoclastas dijeron en el siglo VIII todo lo que la herejía en el XVI. No, no busqueis la importancia del protestantismo en sus doctrinas, buscadla en sus protectores.

Sus protectores ¿quiénes son? Federico de Prusia y Enrique VIII, que le abren de par en par las puertas de sus reinos: los Médicis le acarician en Francia, y Carlos V lo mimó, prestándose á gestionar la tolerancia de la Iglesia y obtener la alianza de la fe con la herejía, con *su interim.*

Estas cuatro soberanías sostuvieron con sus espadas la cátedra protestante; la cátedra católica es sostenida por los brazos de cuatro doctores: ¿qué os parece mas humanitario, ser sostenido por los brazos de los hombres ó por las puntas de las espadas?

Pero la sabiduría pontificia ha rayado en todo su esplendor durante el período de las elucubraciones protestantes. Mientras los herejarcas iban diciendo, «ya no hay Iglesia,» el Papa reunia la Iglesia en concilio. El concilio de Trento vino á ser la gran revista que pasan los reyes de todas sus fuerzas antes de ir á la guerra; la Iglesia revisó escrupulosamente todas sus enseñanzas, y encontró íntegros y llenos de juventud todos sus principios: allí se trazó el plan de campaña, que debia seguirse contra las modernas herejías; allí se disciplinó y organizó su fuerza; allí se reglamentó todo; de modo que, al concluirse el concilio de Trento, fue muy propiamente saludada la Iglesia: hermosa eres, querida mia, y llena de dulzura; bella como Jerusalem, terrible como un ejército en orden de batalla.

Tres siglos hace, hermanos, que van propagándose las disolventes doctrinas protestantes: arriba tenemos el engaño y la mentira entronizados; abajo la traicion y la astucia: por mas que cueste decirlo, á quien arde en deseos de que sea el amor la norma de los movimientos sociales, es necesario confesar que son tales y tantas las luchas del pueblo y el poder, y aun de los pueblos entre sí, que la sociedad, mas propiamente que sociedad, campamento parece. La con-

fesion de las doctrinas y de las enseñanzas es lo que mas hace desear de la paz del porvenir.

Examinando el Sr. de Maumigny, desde la altura de su prodigioso talento, la actual sociedad dominada por la revolucion, escribió algunas líneas que debemos consignar aquí. Ellas son el compendio de lo que vengo probando en las dos últimas conferencias. Aquel eminente, cuanto modesto escritor, coloca la cuestion en el terreno de los principios, y aunque bajo otra forma, dice en sustancia lo que recordais os he dicho, que las perturbaciones sociales son fruto de las negaciones teológicas, y lo demuestra haciendo observar que la actual revolucion es hija y está alimentada por una triple negacion. Sé que vais á oír con gusto sus propias palabras:

«Siéntese una especie de horror ante los excesos de la revolucion y no sin fundamento, y por lo tanto sus principios acariados son infinitamente mas culpables que sus mas odiosos actos.

«Ella es la negacion del derecho de Dios, Padre todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, é implicitamente la negacion del mismo Dios.

«Es la negacion de los derechos de Cristo, y en consecuencia del mismo Cristo.

«Es la negacion de las impulsiones del Espíritu Santo, y en consecuencia del mismo Espíritu Santo.

«La revolucion ante todo es una religion: al culto del Criador quiere sustituir el culto de la naturaleza.

«Á la luz del Verbo eterno sustituye el verbo humano, en la naturaleza.

«Á las impulsiones del Espíritu Santo, que todo lo contiene y todo lo vivifica, sustituye el espíritu humano, espíritu de la naturaleza, espíritu humano.

«Y el hombre traspasando los derechos de Dios, viene á ser el principio y el fin de todo...

«La revolucion no es solo un hecho brutal, no es una accidental revuelta, no es algo mas que las pasiones populares en efervescencia, es ante todo un principio, y el principio que quiere hacer triunfar es la sustitucion omnimoda del derecho humano al derecho divino... Hoy esto no pasa de una teoria filosófica y política: mañana será una teología y un culto. Oímos ya las voces que profetizan la religion del porvenir. Ilusionado por los falsos profetas, el pueblo, que no es hoy mas que soberano, aspira á ser Dios.

«Siendo la revolucion ante todo una doctrina, nada pueden contra ella los cañones rayados. Nada se adelantará mientras los principios subsistan !»

¹ V. de Maumigny, art. sobre la civilizacion moderna.

La suprema virtud de normalizar la sociedad desquiciada está en el trono, en la cátedra, en el báculo del que conserva íntegros al través de todas las vicisitudes los principios de la justicia, de la verdad y de la misericordia. El Pontificado. Si, él, destruyendo las herejías, solida la sociedad; conservándose consecuente con aquel pasado que el Calvario representa, garantiza el triunfo del Cristianismo en el porvenir: él y solo él.

Á los desvelos maternales de la Silla pontificia deberá el que á la mal interpretada máxima: «El reino de Cristo no es de este mundo, se sustituya la triunfal divisa de nuestros padres: *Cristo impera, Cristo ha vencido, Cristo reina*, máxima cuyo espíritu vivificando de nuevo las naciones cristianas, las hará otra vez verdaderamente libres, porque *allí donde está el espíritu del Señor vive la libertad*.

«Nos diréis ¿en qué fundais esta esperanza? En el exceso del mal. Hoy se ataca á Roma, y como Roma no será vencida, luego el triunfo está cercano, pues hoy es indispensable vencer ó sucumbir.

«Por otra parte los grandes hombres, entre ellos De Maistre, han tenido la intuicion de este triunfo; la tradicion lo promete, los Santos lo profetizan; Pio IX lo anuncia, el dogma que glorifica la Virgen sin mancha es su presagio, y la revolucion de Italia con sus engaños, sus traiciones, sus crueldades, sus anexiones dará vista á los mas ciegos !»

III.

Aunque solo con ligeras insinuaciones os he hecho presente que ni un solo momento ha faltado á la sociedad la luz pura de la Iglesia católica: que aunque los pueblos no hayan escuchado, los Pontífices han hablado, han instruido. Roma ha sido la palabra viva de la ley, el anatema vivo de los déspotas y de las tiranías. La verdad y el pueblo se han visto igualmente coronados con la corona de la tiara.

Resumiré cuanto he dicho sobre la colocacion doctrinal del Pontificado, presentándoos algunas de las pinceladas debidas á la inspiracion de un artista cristiano.

«El hombre que veis sentado en la cumbre de la Iglesia cristiana, custodiando el tesoro general de los oráculos celestes, de los que es depositario; el hombre que los custodia no solo para gozarlos como el sábio egoísta, ni para comunicarlos solo á sus adeptos como un jefe de escuela, sino para desparramar su enseñanza tan déjós como el sol lanza sus rayos hasta los extremos de la tierra; el hombre que alentado por esta idea se constituye centinela perpetuamente atento, y busca sin cesar los pueblos engañados, que se ocultan en lo mas profundo del espacio y en los vapores del océano; el que al descubrirles se apresura á enviarles la buena nueva

¹ V. de Maumigny, art. sobre la civilizacion moderna.

«por medio de Ángeles de luz; el que no se limita á dotar de la ciencia divina las naciones que de ella carecen, sino que vela además para conservar la unidad sin division, la integridad sin menoscabo, la dependencia sin traba, presto siempre á resistir hasta la muerte á los que algo contra estas cosas intentaran, aquel hombre es el Papa. ¡Sublime institucion! solicitud admirable la que se le ha impuesto! ¡Qué bello se presenta sobre la montaña santa, inclinado su oído sobre el abismo de los siglos, atendiendo á todas las aspiraciones de la verdad para satisfacerlas, todos los clamores del error para confundirlas, todos los gemidos de la esclavitud religiosa para libertar ó consolar las almas que los exhalan!

«La fidelidad con que los sucesores de san Pedro han cumplido su mision, solo puede compararse á la importancia de la misma. ¿Qué es el Evangelio? En materia de religion, una doctrina completa. No solo se contiene en él, en lo que tienen de razonable, los dogmas de igualdad y fraternidad á los que, segun algunos pretenden, se reducen toda la ley y los Profetas; contiene además todas las nociones de las cuales tenemos individualmente necesidad para comprender nuestros deberes y nuestro destino, asi como todos los conocimientos que la sociedad necesita para encontrar los manantiales del orden y de la bienandanza. Con tal tesoro la humanidad posee toda la ciencia que le interesa; pero es preciso que esta le sea comunicada, y hé ahí la mision que desempeñan los Papas con estu-
penda actividad.

«Mirad ó sino como san Pedro derrama á caudales la ciencia por el Asia Menor, la Grecia y la España, y por medio de los cooperadores de su apostolado sobre la Persia, la India, el Egipto y la Etiopia. ¡Con qué ardor se esfuerzan á igualar su celo en desparramar la luz los que le van sucediendo! Como todo lo tienen invadido las tinieblas, la luz falta por todo, y hé ahí por qué todos ellos se empeñan en hacer brillar un destello del astro evangélico. El paganismo de los romanos unido al culto de los druidas extendió en las Galias tinieblas mucho mas densas que las sombras de sus bosques, pero á la órden del Pontífice supremo Trofimo, Dionisio y Graciano vuelan, predicando por el mediodía, el Norte y el Oeste, y la oscuridad se desvanece. ¿Y no fue á la palabra de san Eleuterio y de san Gregorio que la verdad se levantó dos veces sobre la Gran Bretaña? Y ¿quién se atreverá á derribar las fabulosas creencias de Alemania? No es un legionario de esta antigua Roma, cuya gloria ella habia humillado en los campos en que sucumbió Varo, es Bonifacio, el apóstol delegado por Gregorio II, jefe espiritual de la Roma moderna. Precipitáanse los siglos. Un nuevo mundo nace, por decirlo así, de las entrañas del Atlántico; el Vicario de Jesucristo hace oír en él la palabra de vida, al mismo tiempo que la España despliega el pendon de la conquista; y al presente... si la verdad multiplica sus mártires en el reino de Anam, y busca una brecha in-

«apereibida para descender otra vez hasta el Japon; si tiene inter-
«pretes, que confundidos con los salvajes de la Australia, bogan en
«canoas de corcho, arriesgándose á perecer ahogados en las olas, ó
«comidos por alguna tribu inhospitalaria, ¿no es Roma de donde parte esta seccion de apostolado?

«Hé ahí los Papas:

«Propagadores de la verdad, fueron siempre sus árbitros ilustrados y sus vindicadores incorruptibles. En el seno de las sociedades antiguas aparecieron algunos hombres, á los cuales los sábios consultaron. Sócrates, Platon y antes Pitágoras, objetos de una especie de respeto, fueron llamados sin duda por mas de un filósofo y de un monarca á resolver problemas mas ó menos formidables. Mas su mision oficial no era esclarecer las dudas que agitaran el mundo. Y prescindiendo de esto, contados fueron los que invocaron tales decisiones, aunque se les suponga numerosos; son algunos sábios aislados; y las respuestas que de aquellos oráculos salieran pueden clasificarse algunas de absurdas, disparatadas en su conjunto, y si las unas se comparan á las otras, contradictorias. Tal fue la suerte de Atenas y de sus sofistas, de Roma y de sus sábios. Y lo que digo de los reyes del pensamiento puede decirse de los reyes del poder. ¡Cuántos tronos en los que el error se ha sentado y embellecido con la corona régia! ¡Cuántas manos se han servido del cetro que empuñan, para expender, propagar y acreditar el error entre las naciones!

«Mas, ¡prodigio! un hombre se ha constituido en el centro de la Roma cristiana para ser el oráculo universal; este será su destino. En todos los siglos, hoy, como de aquí á dos mil años, los habitantes de los extremos de la tierra, de París, de Varsovia, de Sydney, de Méjico, de Pekin, tendrán derecho de consultarle, y le consultarán. ¿Surge alguna duda acerca esta ó aquella tradicion? se le someterá: ¿aparece una herejia? se le dará de ella conocimiento: ¿se trata un litigio? su tribunal lo decidirá: ¿se reunen concilios? nada harán sin su presidencia y autoridad. En una palabra, le serán propuestas innumerables y diversas cuestiones, cuestiones mil veces exclusivamente dogmáticas y morales, pero cuestiones al propio tiempo relacionadas con las bases de la política, de la filosofía, de la administracion. Tal será el maniqueismo, que destruye la unidad divina y la santidad del matrimonio; tal será el luteranismo, que destruye la libertad del hombre; tal será el calvinismo, que anota su responsabilidad con la teoría de una impecabilidad quimérica. Á todo los Papas contestarán; ellos harán cesar todas las vacilaciones, desvanecerán todas las incertidumbres, resolverán todas las dificultades, darán cima feliz á todas las diferencias, condenarán todos los errores, destruirán todos los falsos principios. Y en sus juicios sobre objetos tan varios y durante un periodo de casi dos mil años de definir, observaréis una continuidad, exactitud y

«precisión en todos sus actos, que no sabréis distinguir ni una nuebecilla en toda aquella vasta atmósfera de verdad. Desde san Pedro hasta Pío IX, mas de doscientos Papas de diversa procedencia y educación se han sucedido en el grande ministerio, y de todos emanó la misma justicia y la misma enseñanza.»

Yo me adhiero completamente á los anteriores juicios por el señor Jehan, ilustre miembro de la Sociedad geológica de Francia; ellos expresan ó confirman lo que yo me había propuesto sostener.

Con mucha exactitud dice un célebre expositor que la cátedra pontificia viene simbolizada en el trono de Salomon, construido de maderas de cedro incorruptible, y hace notar que al paso que en las sillas constantinopolitana, alejandriana y antioquena se sentaron algunos obispos herejes que desde ellas corrompieron la fe y la Iglesia, como Nestorio, Eutiques, Macedonio, etc., en la Silla romana ningún pontífice hereje se ha sentado hasta ahora. Así provee Jesucristo la integridad de la fe, de la verdad y de la justicia.

El hombre necesita verdad, porque la verdad es completar su alimento, que con solo pan no llenaría las necesidades de la vida; dando la verdad al hombre, el Pontificado coadyuva á la constitucion, desarrollo y sosten de su ser, y por lo tanto ejercita el verdadero oficio de madre.

Otro dia os hablaré de la gloria que hoy está cosechando el Pontífice, en el desempeño de la gloriosa maternidad. Baste consignar por ahora, que á pesar de este diluvio horrible de revoluciones y doctrinas que la propaganda revolucionaria descarga contra la justicia de la Iglesia, esta se presenta pura, santa, inmaculada como el dia en que salió del costado del Redentor. El *Credo* de Pío IX es el *Credo* de san Pedro; vuestro *Credo*, hermanos, es el *Credo* que rezaba el mártir al dirigirse al Anfiteatro, el *Credo* que balbuceaban los labios de la vírgen cuya alma se dirigía del Circo al cielo.

Concluyamos. Por la pureza de sus enseñanzas, la Santa Silla merece ser comparada con la pureza inmaculada de la Vírgen. Como la Vírgen ofreció á su Hijo en la cruz sin haber derramado en su corazon una sola palabra que contrariase los sublimes planes del Eterno; así el Pontificado presenta hoy al Señor una sociedad pura, como la gracia que se confirió á sus hijos en el bautismo.

CONFERENCIA SÉPTIMA.

Fecundidad de las dos Inmaculadas.

- I. El amor personificado en la Trinidad augusta. — Naturaleza, influjo y operaciones del amor. — Su enlace con la verdad y con la infalibilidad. — El amor y su doble esposa, la esposa mujer, la esposa institucion, María y el Pontificado. — Paralelo entre ambos esposos en relacion al amor.
- II. El milagro de las bodas de Caná reproducido por el Pontificado. — Escena del cojo desde el vientre de su madre, curado por Pedro en la puerta de Jerusalem. — Consideraciones sociales inspiradas por la relacion bíblica de aquel milagro. — La esclavitud y el establecimiento antiguo, la libertad y el progreso cristiano. — El Pontificado conservando y extendiendo el amor por medio de las instituciones religiosas. — San Basilio y su Orden. — San Benito y su Orden. — El Cister. — Los siglos XII y XIII, su estado social y sus órdenes religiosas. — El feudalismo y el monaquismo. — Las Cruzadas. — Contestacion á algunas objeciones contra ellas bajo el punto de vista de la unidad. — Las virtudes de la guerra. — La redencion de los cautivos. — Los Trinitarios. — Mercedarios. — Lutero y los santos Ignacio de Loyola y Vicente de Paul. — El espíritu de san Juan y de san Pablo reproducido en estos dos fundadores. — Actitud religiosa y social de las Órdenes por ambos fundadores. — Táctica abominable de los que quieren la impopularidad de la Iglesia. — Supresion de las Conferencias de san Vicente en Francia. — Conclusion.

Hermanos: En las dos últimas conferencias consideramos la maternidad de la Vírgen y del Pontificado, por lo que atañe á la educacion doctrinal: hoy nos toca considerar la maternidad de ambos, por lo que respecta al amor. El amor es naturalmente fecundo, pero el que forma el espíritu de la Santa Silla y de la inmaculada Vírgen lo es en tan alto grado, que mirada bajo este punto de vista, la maternidad debe llamarse fecundidad.

En estas insinuaciones teneis trazado el plan de mi séptima conferencia.

Estudio de la fecundidad del amor de la Santa Sede, basado en un paralelo con la del amor de la inmaculada Vírgen.

De este amor que sobreabundó en tí, Señora, envíame un destello, una chispa de esta llama que se levanta de tu corazon, como la llama se eleva del cráter. Ella me bastará para que sepa hablar á la altura de mi objeto. Recibe nuestro saludo: *Ave María*.

«precisión en todos sus actos, que no sabréis distinguir ni una nuebecilla en toda aquella vasta atmósfera de verdad. Desde san Pedro hasta Pío IX, mas de doscientos Papas de diversa procedencia y educación se han sucedido en el grande ministerio, y de todos emanó la misma justicia y la misma enseñanza.»

Yo me adhiero completamente á los anteriores juicios por el señor Jehan, ilustre miembro de la Sociedad geológica de Francia; ellos expresan ó confirman lo que yo me había propuesto sostener.

Con mucha exactitud dice un célebre expositor que la cátedra pontificia viene simbolizada en el trono de Salomon, construido de maderas de cedro incorruptible, y hace notar que al paso que en las sillas constantinopolitana, alejandriana y antioquena se sentaron algunos obispos herejes que desde ellas corrompieron la fe y la Iglesia, como Nestorio, Eutiques, Macedonio, etc., en la Silla romana ningún pontífice hereje se ha sentado hasta ahora. Así provee Jesucristo la integridad de la fe, de la verdad y de la justicia.

El hombre necesita verdad, porque la verdad es completar su alimento, que con solo pan no llenaría las necesidades de la vida; dando la verdad al hombre, el Pontificado coadyuva á la constitucion, desarrollo y sosten de su ser, y por lo tanto ejercita el verdadero oficio de madre.

Otro dia os hablaré de la gloria que hoy está cosechando el Pontífice, en el desempeño de la gloriosa maternidad. Baste consignar por ahora, que á pesar de este diluvio horrible de revoluciones y doctrinas que la propaganda revolucionaria descarga contra la justicia de la Iglesia, esta se presenta pura, santa, inmaculada como el dia en que salió del costado del Redentor. El *Credo* de Pío IX es el *Credo* de san Pedro; vuestro *Credo*, hermanos, es el *Credo* que rezaba el mártir al dirigirse al Anfiteatro, el *Credo* que balbuceaban los labios de la vírgen cuya alma se dirigía del Circo al cielo.

Concluyamos. Por la pureza de sus enseñanzas, la Santa Silla merece ser comparada con la pureza inmaculada de la Vírgen. Como la Vírgen ofreció á su Hijo en la cruz sin haber derramado en su corazon una sola palabra que contrariase los sublimes planes del Eterno; así el Pontificado presenta hoy al Señor una sociedad pura, como la gracia que se confirió á sus hijos en el bautismo.

CONFERENCIA SÉPTIMA.

Fecundidad de las dos Inmaculadas.

- I. El amor personificado en la Trinidad augusta. — Naturaleza, influjo y operaciones del amor. — Su enlace con la verdad y con la infalibilidad. — El amor y su doble esposa, la esposa mujer, la esposa institucion, María y el Pontificado. — Paralelo entre ambos esposos en relacion al amor.
- II. El milagro de las bodas de Caná reproducido por el Pontificado. — Escena del cojo desde el vientre de su madre, curado por Pedro en la puerta de Jerusalem. — Consideraciones sociales inspiradas por la relacion bíblica de aquel milagro. — La esclavitud y el establecimiento antiguo, la libertad y el progreso cristiano. — El Pontificado conservando y extendiendo el amor por medio de las instituciones religiosas. — San Basilio y su Orden. — San Benito y su Orden. — El Cister. — Los siglos XII y XIII, su estado social y sus órdenes religiosas. — El feudalismo y el monaquismo. — Las Cruzadas. — Contestacion á algunas objeciones contra ellas bajo el punto de vista de la unidad. — Las virtudes de la guerra. — La redencion de los cautivos. — Los Trinitarios. — Mercedarios. — Lutero y los santos Ignacio de Loyola y Vicente de Paul. — El espíritu de san Juan y de san Pablo reproducido en estos dos fundadores. — Actitud religiosa y social de las Órdenes por ambos fundadores. — Táctica abominable de los que quieren la impopularidad de la Iglesia. — Supresion de las Conferencias de san Vicente en Francia. — Conclusion.

Hermanos: En las dos últimas conferencias consideramos la maternidad de la Vírgen y del Pontificado, por lo que atañe á la educacion doctrinal: hoy nos toca considerar la maternidad de ambos, por lo que respecta al amor. El amor es naturalmente fecundo, pero el que forma el espíritu de la Santa Silla y de la inmaculada Vírgen lo es en tan alto grado, que mirada bajo este punto de vista, la maternidad debe llamarse fecundidad.

En estas insinuaciones teneis trazado el plan de mi séptima conferencia.

Estudio de la fecundidad del amor de la Santa Sede, basado en un paralelo con la del amor de la inmaculada Vírgen.

De este amor que sobreabundó en tí, Señora, envíame un destello, una chispa de esta llama que se levanta de tu corazon, como la llama se eleva del cráter. Ella me bastará para que sepa hablar á la altura de mi objeto. Recibe nuestro saludo: *Ave María*.

I.

El amor tiene su divina personificación en la Trinidad augusta: á él se debe el admirable determinio que tomó el Verbo de descender á la tierra y salvar al hombre; por su virtud se consumó la encarnación en las entrañas de esa santa niña; el amor es el espíritu de Dios, que se cernía sobre el caos, cuando no era mas que un caos el universo; el que fecundizó la palabra de la sabiduría, traduciendo en *factum est* los *fiat* del Verbo; el amor fue el que restableció el orden en la humanidad, traduciendo en ley, convirtiendo en moral, las enseñanzas del Cristo, llevando en sus alas á los piés de la cruz de CRISTO las generaciones que CRISTO llamaba, con la tremenda elocuencia de su palabra y de sus sufrimientos. El amor ¡ay! yo no puedo presentároslo, como os puedo presentar la sabiduría; no puedo definirlo, como os he definido la sabiduría: la sabiduría se encarnó: *Verbum caro factum est*. Yo os he podido señalarla, porque levantó su cátedra en el Calvario, á la vista del universo: he podido, pues, señalaros la cruz y deciros: ¿Veis el que está sentado en ella? es el Verbo, la sabiduría. Del amor no puedo hacerlo así.

No obstante, ¿sentís esta influencia saludable, este estímulo celestial, que como la fuerza de un imán os arrastra, os eleva, os sublima, é imperceptiblemente convierte en gozo inefable el sacrificio de vuestras mas estimulantes pasiones? ¿sentís este poder indefinible que obra en vosotros, depositando en vuestro espíritu el germen de unas obras que luego dais á luz con dolor, pero que cuando las habeis dado á luz, participais de un gozo semejante al gozo de la madre que saluda en sus brazos al hijo que ha parido con pena? en fin, ¿veis la faz de la tierra cubierta de flores y frutos de santidad, de justicia, de virtud; la veis regada por torrentes abundantes, circuida por mares de divina gracia? Pues, en estas cosas veis, en estas cosas sentís el amor. El Verbo es la verdad, el Espíritu Santo la fecundidad.

La verdad y el amor tienen enlaces íntimos en la tierra, porque tienen una misma esencia en el cielo.

Dios es caridad, la caridad es verdad; la verdad y la caridad es Dios.

El que tiene caridad habita en Dios y Dios habita en él.

El que habita en Dios conoce la verdad, porque la verdad es Dios; y Dios, que es tambien luz, se revela á los que se le unen: la caridad, ó el amor, siendo el principio de la union con Dios, es el principio de la infalibilidad. La infalibilidad es inseparable de la caridad: una institucion infalible no puede ser sino una institucion unida perfectamente con Dios: el amor y la verdad son dos personas de un Dios mismo, el amor es en Dios el espíritu fecundo de la verdad indefectible.

Pues bien, este espíritu fecundo escogió una esposa entre las hijas del Verbo, y otra entre las instituciones del Verbo: la esposa virgen eres tú, ó Inmaculada, es el Espíritu Santo el que te dice: «Son tus labios, ó esposa mía, un panal que destila miel.» La esposa institucion es el Pontificado, al cual sin duda aludia el mismo Espíritu de amor diciendo: Miel y leche tienes debajo de la lengua.

Á Maria como al Pontificado puede aplicarse esta palabra: Tus renuevos forman un verjel *delicioso* de granadas, con frutos dulces como de manzanos.

Maria y el Pontificado pueden decir con igual exactitud: Ordenó el Señor en mí la caridad; introdújome el Señor en la cámara del vino precioso; embriagóme con la abundancia de sus amores; soy la Madre del bello amor: por esto san Epifanio la apellida: *Affectatrix Jesu*¹. Y san Ildefonso asegura que nada se veía en ella sino la llama del Espíritu Santo, que como el fuego al hierro la había enardecido y encendido.

En el mismo instante de su concepcion, dice Convelt, se ofreció á la santísima Trinidad con tanto amor, que desfalleció, pudiendo decir: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo*. Y las flores con que le confortó el cielo fueron las gracias estupendas de su espíritu en recompensa de las que, ella, elevó al Altísimo toda la belleza de su incomparable ser, y así pudo decir: Considerad que soy negra porque el sol se ha bebido mis colores. ¿De qué sol se trata? del sol de la Divinidad. Bebió el sol sus colores para que el mundo no viera toda su hermosura, cuya perfecta admiracion el Señor reservaba á la Iglesia católica. Era luminosa como Dios, y parecia negra como el hombre. Sus colores los tenia el sol, porque eran colores de fuego, colores de amor. Así como en cóncavo espejo todos los rayos convergen y se centrfican, así todo el amor de la santísima Trinidad convergió en ella de modo que pudiera decir con exactitud: *Ordenó el Señor en mí la caridad*.

El amor de Maria á los hombres ¿quién podrá compararlo? Tenia un Hijo, escogido entre millares, oro finísimo su cabeza, coronábale una cabellera negra como un azabache, espesa y larga, decaída como hacinados renuevos de palma: ella nos lo dió. Por nosotros lo habia recibido en su seno, por nosotros lo entregó á la cruz: ¡qué amor!

¡Ah! el Pontificado no entregó su hijo á la cruz, porque su hijo es el género humano; pero, por amor al género humano, hijo suyo como hijo de Maria, los mas ilustres Pontífices subieron al cadalso.

Amaba Maria á los hombres fugaces, aunque no los poseía, y no poseyéndolos sufría; luego si sufría, herida estaba; y aquella su herida era favorable á la salvacion de los hombres. ¡Oh santísima Virgen, qué hermosa y bella herida te causó la saeta de la caridad! ¡qué hermoso y poético es para tí morir por otro!

¹ Orat. de Assumpt.

Este recibe la flecha del amor carnal; aquel muere abrasado por la concupiscencia de humana gloria; pero la flecha que tú escogiste para tu corazón fue la más bella y hermosa. Para tí Dios fue el flechero, flechero fue también el hombre; Dios te disparó la saeta elegida, la saeta del amor al género humano, cuya bienaventuranza ardientemente desea; el hombre te disparó asimismo su saeta; pues tú le amas con suma misericordia, no ignorando que en beneficio suyo Dios te crió. Dios arrojó su Hijo al hombre como una saeta es á su blanco arrojada, según aquello del Profeta: *Deus Pater posuit me sicut sagittam electam.* (Isai. XLIX). Justo es, por lo tanto, que la Madre, imitadora del Hijo, sea como este arrojada por la humana salud.

Cada momento traspasa el corazón del hombre y lo convierte de oscuro en resplandeciente, de muerto en vivo, y cuando ve á alguno envuelto en la miseria se compadece, como acostumbra compadecerse la madre en la muerte de su primogénito. Por ello de continuo se acerca al hombre, infunde en su pecho consejos, inspiraciones, temores, y con ellos le inflama, le transforma, le vivifica. Ni deben admiraros estos desvelos extraordinarios de caridad de su parte, sabiendo que es ella la misma misericordia.

Escuchad las palabras que le dirige el Esposo: *Adjuro vos filia Jerusalem ne susciteletis, neque evigilare faciatis dilectam* (Cant. viii), y luego la versión hebrea añade á la voz *dilectam*, la voz *amorem*, y Vatablo solo escribe el amor, como si nada más que el amor fuese la esposa. Así, pues, como el ardiente fuego todo lo devora, todo lo despoja transformándolo todo en su sustancia y en sus llamas, así la Virgen santísima con el incendio de su unidad inflama el orbe entero, y siendo, como es, el incendio del amor, todos los amores reduce al amor del que es ella esencia. Los Setenta pintaron exactamente esta esencia del amor en María dominante con estas palabras: *Interiora ejus constrata charitate ex filiabus Jerusalem.*

Todo ella es caridad, todo ella es amor, y amor de Dios: «Venturoso género humano, exclama Boecio, cuando se rige por el amor que rige el universo.»

«Ella es tan misericordiosa, dice un escritor elocuente, que nos lleva consigo siempre, en todas partes, al través de las llamas de la tribulación, con más celo que Eneas á su padre; al través de las aguas de la misericordia, como el arca del Señor, que, según el «Abulense, voló sobre el Jordán, llevando á sus portantes. Milagro «estupendo! Los levitas llevaban el arca del Señor y no sentían su «peso; y porque la llevaban eran por la misma llevados, así como «las alas llevan y á la vez son llevadas por el pájaro. Este es el triun- «fo que constantemente María reproduce. Sus servidores la llevan «en andas de su amor; pero ella lleva á sus servidores sobre las «aguas del Jordán, y no los abandona hasta dejarlos en la tierra «que el Señor bendijo en aquella misma tierra donde el Señor de Is- «rael se apacienta con el pasto de la eterna felicidad.»

«O María, la dice Ricardo de San Víctor, por la piedad de Dios «tus pechos se llenaron, para que al llegar á tu noticia la miseria, «derramaras sobre ella la leche de tu misericordia, y no quedara ja- «más sin socorro la necesidad cuya voz llegara á tus oídos. Y ¡qué «extraño es que seas misericordiosa, si eres madre de la misericor- «dia! la misericordia vino á alimentarse en los pechos que ella le «había dado, Jesús mamó de tu carne, para que los hermanos de Je- «sus, Madre nuestra, pudiéramos mamar de la misericordia de tu es- «píritu.»

Iniciadora en las obras de beneficencia, María compadécese, en las bodas del Caná, del apuro en que van á encontrarse los esposos, teniendo agotado el vino del convite: ella lo observa, lo hace presente á su Hijo, exhorta á los convidados á la fe y obediencia, y el primer milagro se consuma por su alta insinuación. El agua se convierte en vino. La sociedad carecía de un elemento vigoroso que la sostuviera, que la animara, que la impulsara. María le dió lo que le faltaba, dióle vino en el Caná, pero el vino del Caná no fue sino un símbolo: en el Cenáculo le dió más que vino: dióle la sangre pura, fuerte, amorosa de su Hijo: María la dió, porque ella la había dado de antemano á Jesús.

Así, en el Caná descorrió la primera el velo de la divinidad de JESUCRISTO, inaugurando la serie de milagros que evidentemente la atestiguan: María reveló al mundo la divinidad de JESUCRISTO por un milagro supremo de beneficencia.

Pues bien, á semejanza de María, el Pontificado reveló al mundo su divinidad también con un milagro de beneficencia.

II.

Había en las puertas del templo de Jerusalem un hombre cojo desde el vientre de su madre, á quien traían á cuestas y ponían todos los días á la puerta del templo, llamada la Hermosa, para pedir limosna á los que entraban en él.

Pues como este viése á Pedro y á Juan que iban á entrar en el templo, les rogaba que le diesen limosna.

Pedro entonces, fijando con Juan la vista en este pobre, le dijo: Atiende hácia nosotros.

Él los miraba de hito en hito esperando que le diesen algo.

Mas Pedro le dijo: Plata ni oro yo no tengo; pero te doy lo que tengo: en el nombre de JESUCRISTO Nazareno levántate y camina.

Y cogiéndole de la mano derecha le levantó, y al instante se le consolidaron las piernas y las plantas.

Y dando un salto de gozo, se puso en pié y echó á andar, y entró con ellos en el templo andando por sus propios piés, y saltando y loando á Dios.

Este es el primer milagro del Pontificado, revelación clara del es-

píritu de beneficencia que le inspiró su fundador. Pedro quiso simbolizar en él la serie de actos de amor social que han sido y serán el camino que deben recorrer sus sucesores en la tierra.

Este cojo desde el vientre de su madre significaba la sociedad pagana: nacida de la razón, faltábale para andar bien el pié de las creencias; por esto Pedro, el primer Pontífice, dijo ante todo al símbolo de esta sociedad: «Atiende á nosotros;» atiende, mira nuestra moral, escucha nuestra doctrina: el cojo les miró, esperando le darían dinero; pero no era dinero, sino una cosa mas valdadera que dinero lo que iba á darle Pedro: iba á darle fuerza, robustez, movimiento. «Plata y oro no tengo, le dijo el Pontífice, pero te doy lo que tengo; en nombre de JESUCRISTO levántate,» y no solo le dice: «levántate,» sino que le alarga su derecha, esto es, la mano con que el Esposo de los Cantares habia de abrazar la Esposa, la mano de la inspiracion y de la gracia, con aquella mano la levanta.

La levanta por la elevacion de la doctrina, la levanta por la sutileza del amor, la levanta, levantándose él mismo, hasta á la cruz.

Á la voz y á la accion del Pontificado, la sociedad pobre, inerte, parálitica; aquella sociedad tendida en la tierra del materialismo, cegada por las oscuridades idolátricas, subyugada por la fuerza del despotismo gentil, se levanta.

Se levanta, y da un salto de gozo, y se pone en pié y echa á andar.

¡Qué susto, hermanos, para los que habian comprado el género humano, como se compra un rebaño de carneros! qué susto para los tiranos que confiaban en la cojera de la sociedad para seguir manteniendo los pueblos en el embrutecimiento de la ignorancia y de los vicios! qué susto para los enemigos de la fraternidad social!

Se levanta, y da un salto de gozo; hasta entonces no saltaban de gozo sino los soberanos que pedian en sus festines las cabezas de los Santos por corona de sus regocijos; hasta entonces no saltaban de gozo sino los césares y los patricios, congregados en el Circo, cuando veian saltar y rodar las cabezas de los esclavos entre las garras de los tigres.

Pero, levantada por la mano del Pontífice, la sociedad salta de gozo y se pone en pié.

La habian reducido á ser el vil polvo que molian las carrozas de los generales; edificio majestuoso, construido por la divina Providencia, reducido quedaba á un monton de ruinas: habianle dado por ley el que estuviera siempre tendida ó de rodillas; mas el Pontificado la coge, la pone en pié y la hace andar por sí misma.

En el paganismo, la sociedad no andaba por sus propias fuerzas, los soberanos la conducian, la llevaban por limosna á pedir limosna; la dejaban á las gradas del atrio del templo, no la entraban en él, para que no recibiera en él la luz de su dignidad y la instruccion de sus derechos: pero el Pontificado le reveló toda la verdad, conforme al espíritu de esta palabra de san Pablo: «Soy deudor á sábios

«y á ignorantes de la leche de la doctrina;» dióle conocimiento de los derechos á que era acreedora y la dijo: «No esperes al magnate que te dé la mano con desprecio y por limosna, yo te la doy por amor; yo te levanto por amor, yo por amor te digo: levántate, anda, ven al templo.»

Y entró en el templo y loó á Dios la sociedad que no le conocia, y saltó ligera la sociedad que no andaba.

¡Qué cambio en los destinos humanos! ¡qué revolucion la operada por el Pontificado! revolucion, sí; porque el Pontificado revolvió las bases de la economía social, elevó lo que estaba caído, derribó lo que estaba edificado: disipando la cojera del pueblo, dió al pueblo libertad de moverse, libertad de andar, libertad de progresar.

Y no os escandaliceis si voy presentándoos al Pontificado como fuente de libertad y progreso: hoy que los enemigos de la Iglesia escriben en el campo de sus banderas estos dos evangélicos nombres: no os escandaliceis, no, porque la libertad y el progreso son dogmas incontrovertiblemente católicos, son bellezas pulidas y exornamentadas por JESUCRISTO, son la mejor prenda que puede darse en beneficencia al pueblo, siempre que la libertad y el progreso obedezcan á la palabra pontificia que los reconstituyó. Pedro, primer pontífice, dijo al pobre cojo: *Levántate*; hé ahí la libertad: *anda*; hé ahí el progreso. Pero examinad la naturaleza de este progreso y de esta libertad: el cojo, obedeciendo las órdenes pontificias, se levantó y anduvo en efecto; pero ¿con quién se alió para andar? se alió con Pedro y Juan: anduvo hácia el templo. Pues bien; hé ahí las únicas condiciones posibles del progreso y de la libertad, su alianza con el Pontificado, su direccion hácia al templo, tabernáculo augusto de la sabiduría religiosa.

La sociedad libre de su postracion, cobijada en el templo de Dios, adquirió tal fuerza, que muy luego pudo estremecer los fundamentos del despotismo gentil.

Frente una sociedad que bajo la presidencia de un Pontífice escogido por el Espíritu Santo practicaba el amor, hasta depositar los bienes en manos de la Iglesia, y repartirlos con igualdad, considerando sus individuos todos miembros del cuerpo de CRISTO; esta sociedad que en menos de veinte años llegó á plantear, sin turbaciones, la fórmula mas atrevida del progreso, que es el comunismo, pero el comunismo basado en la caridad, fuera de cuya base será siempre una utopia, frente á frente esta sociedad no podia hollar el cesarismo, la política egoista, el código de la fuerza. Desde que el Papa empezó á enseñar que á todos nos habia comprado CRISTO con su sangre, y que á todos los que habia comprado CRISTO, les habia dado poder de hacerse hijos suyos, fue imposible el mercado de los hombres. Desde que el Cristianismo dijo al esclavo: «Tú vales un precio infinito, porque una sangre de infinito valor te redi-

«mió,» la esclavitud fue un contrasentido. El cesarismo debió sucumbir.

Al bajar del trono el despotismo pagano, elevóse el amor pontificio de en medio de la sangre de sus martirizados hijos, como de en medio del mar el sol eleva el globo inmenso de su luz y de su calor. Todo lo fecundizó entonces. El Pontificado fecundizó el espíritu de asociación para la beneficencia: el mal tuvo que luchar con asociaciones organizadas para el bien. Obra divina y social, el Pontificado envió compañías de Santos que aplacaran la Divinidad desde los desiertos, y otras compañías que combatieran con el ejemplo de sus virtudes los vicios públicos.

Mientras Arrio pretendía destruir brioso la Iglesia, san Basilio la rodea de un muro inexpugnable con su institución monacal: el egoísmo y la caridad se personifican respectivamente en los monjes griegos y en los partidarios arrianos. La caridad triunfa.

En otro siglo el espíritu del Pontificado se refleja en el alma sublime y organizadora de Benito: el Occidente ve aparecer en otras formas los ángeles monásticos de Oriente, y la sociedad que se constituye, encuentra en los Benedictinos auxiliares eficaces, que ora le desmontan y allanan el terreno para sus ciudades, ora buscan incansables los documentos históricos que anhelosos buscan los sabios, ora cubren con el sayal la miseria y la desgracia.

A medida que los siglos progresaban, el amor pontificio desarrollaba la estupenda variedad de sus formas. El alma inmensa de Bernardo añade á las instituciones de Basilio y Benito el nervio de su genio, y la encantadora dulzura de su corazón. El Cister es el foco donde convergen y se reasumen el amor occidental y el amor oriental.

El siglo XII fue de grandes luchas sociales: el Pontificado abrió las puertas al espíritu monacal, dió libertad al espíritu de amor, á fin de que saliera á dulcificar los contratiempos de la guerra. El Pontificado suavizó, cuanto es suavizable, la crudeza de los combates, mezclando á los grandes ejércitos las órdenes de caballería cristiana; él dió á luz las congregaciones de caballeros hospitalarios, único amparo que encontraban las víctimas lejos de su hogar y de su patria.

El siglo XIII ofreció un cisma social, contrario á las máximas de justicia evangélica: ideas exageradas de poder tendían á reproducir bajo una nueva forma la antigua esclavitud. La autoridad se rodeaba de murallas y castillos, olvidando que en el Cristianismo la única base permanente de la autoridad es el amor. Este gran defecto en las bases de la constitución feudal ocasionó una pasión diametralmente opuesta en el pueblo; los señores querían exaltarse demasiado, los súbditos degradarse en exceso. Pues bien, el Pontificado inspiró la institución de varias Órdenes religiosas que fueron á la vez modelo de un feudalismo y de un pueblo según el espí-

ritu de Dios. Y este feudalismo y este pueblo cristiano, llamado la Órden franciscana, la Órden dominicana, contribuyeron á restablecer el equilibrio de la soberanía y de la sujeción.

La Iglesia en todas épocas ha estudiado la sociedad para corregir sus defectos: la unión predicada con insistencia por el Evangelio, única base del bienestar de los pueblos, no era conocida en la edad media. Un furor de dominar, de ser y de poseer se había apropiado de los espíritus de algún temple; mas de cuatrocientos soberanos contaba la Europa, la que venía á ser aquella agregación de pastores que se reproduce cada verano en los frescos valles de los Pirineos, donde cada cual dirige el rebaño perteneciente á su comarca. Esta división, multiplicada indefinidamente, tenía disgustada á la Santa Silla, la que no podía olvidar que el divino Maestro le había confiado la ejecución de esta máxima: *Sed unus*. El Pontificado rogó á Dios le deparara ocasión propicia de resucitar la unidad de espíritu en la sociedad cristiana. Las abominaciones de los moros en Tierra Santa se la depararon.

La Europa conservaba todavía por distintivo glorioso el renombre de cristiana. El insulto hecho al Cristianismo por la infidelidad en los lugares donde orientó la justicia, debía conmover las fibras delicadas de una edad caballeresca y pundonorosa. Urbano II levantó la cruz gritando: «Á vengar los agravios que recibe: Dios lo quiere.»

Estas palabras corrieron la tierra con la velocidad del rayo, y la electrizaron. Los señores saliendo de sus castillos dirigieron á sus súbditos proclamas de unión, terminadas por estas palabras: «Agrupémonos al rededor de la cruz, marchemos, Dios lo quiere.»

La guerra de pueblo á pueblo cesó en un instante; la paz reapareció en Europa; los señores descendieron á compañeros de sus criados; los criados se levantaron á cooperadores de sus señores. Reapareció la unidad de espíritu.

Así, una palabra del Papa suspendió instantáneamente el *statu quo*, formado por pasiones degradantes; el señorío dado á luz por el orgullo, la concupiscencia y la envidia, desaparece á la sombra del estandarte de la redención. Los egoístas habían trazado algunos surcos en la tierra y habían dicho: «De este á este tú eres dueño y legislador absoluto; de este á este yo lo soy» pero cuando el Pontificado dijo al mar de la gracia: «Adelanta algunas varas,» el mar adelantó, y sus olas rellenaron los surcos abiertos por la codicia: cuando cesó la extraordinaria avenida del mar, no se vió sino una playa de arena á nivel.

¿Os hablaré de la fecundidad social y religiosa de los cruzados? antes debo allanar una objeción con que podríais intentar detener la marcha de mi idea.

Diréis: ¿Cómo habláis de las mas sangrientas guerras de la edad media, en un discurso en que se trata de poner en relieve la fecun-

didad del amor pontificio? ¡Amor! ¿es amor llevar al matadero una gran parte de Europa? el amor ¿no es la paz?

Aclararé primero esta idea: el amor es la paz.

El amor es la paz, pero á veces la paz se compra con la guerra: JESUCRISTO, el pacificador del mundo, exigió á sus discipulos que estuvieran prontos á dar la vida. «El que la ama la pierde,» esta es su máxima: la paz no es la guerra, pero la guerra es á veces el camino de la paz. *Sanctificate bellum*. La santidad de la guerra es que sea consagrada á la justicia.

Además, la paz es imposible al hombre de buena voluntad mientras ve conculcados los derechos de Dios, los de sus prójimos y los de su conciencia: ante la abominacion de la Tierra Santa no había corazón cristiano que estuviera en paz, la agitacion de los espíritus era natural; la fiebre, la sed de vindicar la gloria de Dios ardía en las entrañas de todos los buenos. La guerra existía; el Pontificado no hizo sino declarar que la justicia, que el pueblo, que Dios, en fin, la habían declarado; Urbano II fue el general que despues de haber leído un decreto del rey, dice: *Marchemos: marchemos, Dios lo quiere*.

Pero se instará: si la guerra existía, la sangre no se derramaba: la voz de Urbano II fue la señal de un degüello.

Pienso contestar satisfactoriamente á esto, que los cruzados no aumentaron, sino que economizaron el derramamiento de sangre.

Os he dicho que las multiplicadas guerras intestinas destrozaban la Europa; os he hecho presente que existían luchas lamentables entre pueblo y pueblo, que la sangre corría: el derramamiento de sangre se realizaba, y, lo mas triste aun, de una manera estéril.

Por otra parte, mientras el Occidente se debilitaba con sus luchas, el Oriente se robustecía, con la esperanza de dar expansion á sus instintos de conquista. Los moros habían tomado posesion *longa manu* de toda la tierra, designándola por escabel de la gloria del Profeta: el Profeta tenía ya cautiva la cuna y el sepulcro de JESUCRISTO, le faltaba conquistar su trono y su reino: los ejércitos se aprestaban, solo faltaba la voz: *marchemos*.

La Providencia permitió que las cosas se combinaran de tal modo que era imposible evitar el choque del mundo oriental con el occidental; los moros y los cristianos habían de batirse, el duelo estaba formulado; la sangre había de correr, la sociedad cristiana, atada en el altar del fanatismo musulman, tenía pendiente sobre su cuello la cuchilla del Profeta: podía levantarse porque tenía fuerza, porque tenía hierro, porque tenía fuego, porque tenía genio, porque tenía corazón; ¿debía dejarse degollar?

¡Tremenda responsabilidad la del Pontificado en aquellos dias criticos! él era el árbitro de la Europa: la Europa, fija la vista en él, esperaba de él la menor señal para decidirse á morir ó á triunfar.

¿Debía morir sin resistencia? ¿debía luchar victoriosa?

La voz de un Santo decidió la cuestion: el Santo dijo al Papa: «Marchemos;» el Papa dijo á la Europa: «Dios lo quiere;» la Europa contestó al Papa: «El Santo habló por inspiracion de Dios, marchemos.» El Occidente se puso en marcha.

Los cristianos prefirieron derramar la sangre, que les era preciso derramar, allí donde la derramó JESÚS, á derramarla en su propia casa; y dijeron: «Vamos á morir para que triunfe la libertad cristiana.»

Por consiguiente el Pontificado no fue la causa del derramamiento de sangre, no fue la causa de la guerra, fue la causa que de la guerra resultara la paz, que la sangre no se derramara estérilmente, que de la guerra y de la sangre resultara el progreso de la civilizacion.

Cedo aqui la palabra á los *enciclopedistas modernos*; nadie calificará sus juicios de hijos de la preocupacion. Ellos confiesan la fecundidad de la obra maestra de los Papas en la edad media.

«Las Cruzadas, dicen, aceleraron prodigiosamente la descomposicion de la sociedad feudal y prepararon la constitucion de una sociedad mejor; ellas dieron un poderoso impulso á la civilizacion, «fundando la unidad de la Europa, cuanto era posible entonces, «mezclando los pueblos occidentales entre si primero, y despues los occidentales con los orientales; ellos retardaron tres siglos y medio «la caída del imperio de Oriente y la invasion de los turcos en Europa. El Occidente evadió el peligro encorazonándose y marchando «antes que el Oriente: invasor fue victorioso, atacado hubiera succumbido sin duda: hay épocas en las que los pueblos no son fuertes sino mas allá de sus fronteras, y sucede cuando las nacionalidades flotan todavia en lo incógnito; cuando la centralizacion política es desconocida, entonces el poder de expansion y agresion es «temible, el poder defensivo casi nulo: tal era el estado de la Europa en el siglo XI, muy diferente del que se halló ya en el siglo XV¹.»

No debo recordaros la fecundidad mercantil, económica y política de la obra pontificia; sin embargo, permitidme que llame vuestra atencion, señores, sobre el hermoso y rico espíritu de caridad que el Pontificado desarrolló en medio de los combates. El Pontificado fecundizó un gérmen de virtudes, á las cuales me tomaré la libertad de llamar: las virtudes de la guerra. La educacion, desarrollo y continuacion de estos fue encargada á las órdenes de caballería y hospitalarias, ideal nuevo que solo el Cristianismo, religion de la fortaleza y de la mansedumbre, de la justicia y de la paz, podía formular.

Al sancionar una de ellas, la de los caballeros *de Santiago en España*, Alejandro III formuló así el carácter fecundo de la Iglesia que presidia:

¹ Enciclopedia moderna, art. *Los cruzados*.

«Bendito es Dios en sus dones, santo en todas sus obras: él fecundiza de continuo á su Iglesia dándole nueva prole, y dispone que nazcan hijos que reemplacen en ella á los padres, y que de generacion en generacion se difunda el conocimiento de su nombre y la luz de la fe cristiana; para que, como en el firmamento antes de salir el sol las estrellas unas siguen á otras hácia el ocaso, así en el orden eclesiástico, las generaciones de los justos se sucedan en el tiempo, antes que oriente el grande y terrible dia del Señor y que disipe nuestras tinieblas con el resplandor de verdadero sol. Todo á fin de que mientras muchos por la astucia del dragon son arrojados á tierra, por la adopcion del Espíritu Santo se reparen las pérdidas de la Iglesia, levantándose hasta el cielo los deseos de muchos que se dirigian al abismo.»

Pero, prosigamos la historia de la gloriosa fecundidad.

Aun no se había declarado esta fiebre de hablar de humanitarismo, y la Iglesia católica había inspirado á centenares de hombres la idea, que vosotros diréis si es heroica, de abandonar la familia y la patria, para ir á quebrar las cadenas del cautivo, y dar la libertad al prisionero, ofreciéndose en rescate por el que había sufrido. ¿Qué filantropía, hermanos, puede brillar al lado de este humanitarismo en plenitud?

¿Puede concebirse una institucion mas propiamente humanitaria que la de nuestros Trinitarios? Los Trinitarios de Francia desde la fundacion de su Orden hasta al siglo presente rompieron las cadenas á cuarenta mil cautivos; los Trinitarios de las provincias de Inglaterra, Escocia, Irlanda y Portugal dieron libertad á noventa mil; ellos llevaron la libertad á millares de esclavos en la Persia y en la Tartaria. La Palestina saludó tambien á los Trinitarios libertadores; la Alemania veía salir de su seno numerosos vuelos de estas blancas palomas, que llevaban en el pico el olivo de la libertad; y si aquel germen de libertad trinitaria se ahogó en Alemania, ¿no es la culpa del protestantismo que levantó el grito de «abajo las instituciones católicas,» para poder establecer mejor su tiranía? De Nápoles y Sicilia salieron tambien frailes libertadores, y cien mil cautivos bendijeron el nombre de España, que mas pródiga que otras naciones en generosidad de sentimientos, fue la madre mas fecunda en dar á luz ángeles de libertad. Novecientos mil esclavos redimidos por una sola Orden católica: ¿qué testimonio puede desearse mas claro de la fecundidad de nuestra Iglesia!

Y no fueron solamente los Trinitarios los que llevaron la emancipacion y la libertad á los cautivos. La Orden mercedaria, inspirada por Maria en esta ciudad, apoyada y encorazonada por el Pontífice, fue de estos dos grandes tesoros admirable propagandista. Habéis de permitirme que os repita aquí algo de lo que sobre la fundacion de aquella celeste y humanitaria Orden dije la primera vez que tuve la honra de subir á la cátedra evangélica.

Trasladaos, señores, á la España del siglo XIII. Si os gustan historias grandiosas y poéticas á la vez, no os habeis de arrepentir de contemplar atentamente esta figura colosal entre las generaciones, que abandonada de todo auxilio humano va subiendo el monte de la mirra, animada por la esperanza de que en su cima Dios ha de depararle un consuelo.

Concretémonos, señores, á nuestra patria, á esta patria tan bella, reflejo del cielo que la corona y poesia del mar que la baña.

Pasaba por ella una época de calamidad; Dios había cargado sobre sus espaldas la leña del sacrificio. Probaré su fe, se dijo á sí mismo, y observaré si mi predilecta tiene el valor de morir para mi nombre.

¿Cómo explicaré yo tu llanto, ciudad de Dios?

Jeremias, profeta del dolor, levántate envuelto en tu blanco sudario, é inspírame lo que dirías para explicar aquellas jornadas de luto.

¿Cómo está sentada sola á la orilla del mar la ciudad henchida de pueblo? ¿llorosa como viuda al lado de un féretro la conquistadora del mundo?

¡Acabáronse ya tus festividades...! enlutados están tus caminos, solitarios tus campos, secas tus praderas, solo entreabiertas las puertas de tus muros, y sus centinelas dormidos de pesar. Tus sacerdotes no celebran, gimen, todo es opresion en ti, ciudad de Dios.

Lo pregunto á tus madres. Madres de la nueva Sion, ¿dónde están vuestros hijos? y estas madres me responden entre sollozos:— gimen en las mazmorras de los moros. Yo pregunto á las desconsoladas esposas que lloran en las riberas del mar, por qué lloran y por qué se desesperan, y ellas me contestan:— lloramos y nos desesperamos porque nuestros esposos gimen cautivos en las mazmorras de los moros. Y si pregunto á los sacerdotes para quién dirigen la plegaria que elevan al cielo, alzando á él sus trémulos brazos, me contestarán:— por nuestros infelices hermanos los sacerdotes que gimen en las mazmorras de los moros.

¿Quién aseguraba á las madres que los niños rubios, que juguetaban sobre sus rodillas, no eran victimas destinadas ó al horror de una abjuracion ó al terror de un martirio?

Quomodo obtexit caligine in furore suo Dominus filiam Sion?

¿Quieres, Dios mio, que muera todo tu pueblo, con sus niños y sus vírgenes y sus sacerdotes, para que sobre su sepulcro, cerrado con las ruinas de tu templo, Mahoma levante una basilica de cúpula?

Barcelona, es ya hora que escuches la voz del Profeta que te dice: *Non des requiem tibi, neque taceat pupilla oculi tui.*

Señores: en el cielo se ha tratado ya de los asuntos de nuestro pueblo. Tenemos en nuestro favor á Maria. La Ester de nuestro Israel es la que defenderá nuestra causa ante el universo. Nuestros

cautivos serán redimidos; ¿quién redimirá nuestros cautivos? María infundirá el amor necesario para que los poderosos sacrifiquen sus riquezas, y una tribu de sacerdotes sacrifique sus vidas.

Un concierto celestial anuncia al mundo este nuevo acontecimiento, el horizonte de Barcelona sostiene un trono de nubes en el que pasea como reina vencedora la vencedora del Eden. Un rey, un canónigo y un fiel, impregnados del espíritu de caridad, reciben la Princesa de los cielos.

El mundo posee tres Vesubios; sus ardientes chispas inflamarán los mares, enardecerán los desiertos, y llenarán de calor las ciudades.

Es inútil que el mahometismo emprenda nuevas luchas; la idea cristiana dilatada por todo el universo se ha posesionado del género humano. Toda esclavitud es ya un sueño. La materia ha muerto para siempre; si quiere volver á luchar será preciso que se revista de fórmulas espirituales; pero aun tras esta máscara vendrán las órdenes de María y la arrojarán de las convicciones, porque la humanidad cristiana debe ser una humanidad libre.

Gloria, gloria y eterna gloria sea cantada á aquella noche feliz, de la cual estuvo también escrito que alumbraría como el día. *Et non sicut dies illuminabitur*¹.

Vino luego la Reforma y excitó las pasiones, y las sublevó contra la Iglesia en nombre de los perjuicios que ocasionaba á los pueblos su autoridad. Los protestantes declamaron furiosos contra el Papa, mientras el Papa sancionaba las humanitarias obras de san Juan de la Cruz, de san Vicente de Paul y otras; el Papa á los Hermanos de Bohemia oponía los Hermanos de la Caridad. Y ¡contraste admirable! mientras al grito de «el Papa es impopular, abajo el Papa,» en Inglaterra y Alemania se derribaban las catedrales católicas, la Iglesia católica dotaba otros países de hospitales, orfanatos, escuelas y refugios. Para confundir el protestantismo, el Pontificado no hizo sino derramar por el mundo las virtudes caritativas de los claustros, manifestar la vida, encerrada en el interior de la civilización católica. Envió al lado del que oprime al pobre, del que veja al débil, ángeles del bien que le confundan: enviar al lado del agiotista la mujer fuerte que viene de abrazar al desvalido, de recoger al expósito, de sentar en su regazo al huérfano y darle la comida del amor, el hombre desinteresado, que baja de la buhardilla del infeliz, que carece de lecho, de abrigo y de pan, de modo que, hermanos, examinando á fondo la civilización pontificia, deberéis reconocer que su espíritu es el amor.

Pero no lleveis á mal, señores, que no dé aun por completamente sentadas mis afirmaciones, que me detenga algunos momentos mas en probaros la gloriosa fecundidad de la Iglesia en la época moderna. Esta Iglesia, que algunos sueñan todavía declararla estéril, no

¹ Sermón del descenso de la Virgen á Barcelona.

lo dudamos, es la única madre fecunda de nuestros tiempos, es la que ha concebido, y la que ha parido y la que alimenta. ¿qué pensáis que voy á deciros? ¿el reino de la verdad en el mundo? ¿el reino de la justicia en la tierra? Estas frases quizá disgustarían á alguno, porque son antiguas; en obsequio al gusto corriente, usaré otro tecnicismo. La Iglesia es la única fecundizadora del espíritu de la perfecta civilización que la sociedad invoca hoy. Porque, ¿qué pide hoy la sociedad? dos cosas, yo no sé que pida sino dos: ilustración y fraternidad.

Pues bien, digo que la Iglesia al empezar la edad contemporánea, fecundizó estos dos deseos, y dió á luz un tipo de realización para cada uno.

San Ignacio de Loyola — san Vicente de Paul.

Hé ahí dos hijos de la Iglesia católica que por inspiración de su divina madre vinieron á dar una evolución suprema en el método de la enseñanza y en el ejercicio de su amor, presentándose como verdaderos tipos de ilustración el uno, de fraternidad el otro.

Cuando Lutero enarboló la bandera del libre exámen, acababan de aparecer los Jesuitas, hombres que acreditaron tener por misión atender á esta palabra evangélica: *Docete*: cuando la revolución, iniciada por el protestantismo, confundida por las definiciones de la autoridad y por la luz del exámen católico, cambió de método y puso empeño en negar al Catolicismo la vida del corazón, como audaz había sido en negarle la vida de la inteligencia, apareció la generación de los hijos de la caridad, ó la de una raza de hombres que manifestaron tener por destino realizar el *Diligite* del divino Maestro; es decir, precisamente cuando el Catolicismo se presentó como restaurador de la caridad y de la sabiduría, el Catolicismo presentó las dos escuelas mas perfectas que aparecieron jamás, la una que consigue por la severidad y lógica del método el triunfo de la verdad; la otra que consigue por la fuerza y expansión del sentimiento la propaganda del amor.

¿Quién no ve el resplandor del dedo de Dios en este suceso extraordinario? Mientras se decía, la Iglesia no tiene el vigor de sus primeros días, ya es una institución rutinaria, nada produce digno de la Divinidad, produjo, señores, yo no quisiera exagerar, yo os aseguro que la palabra de mis labios no es sino la expresión de lo que está escrito en mi conciencia, reprodujo el espíritu del Apóstol de las gentes, en la persona de san Ignacio, el espíritu del Apóstol del amor, en la persona de san Vicente de Paul.

La Iglesia, en prueba de que no era estéril, parió dos patriarcas que engendraron dos pueblos inmensos, que debían luchar y vencer al protestantismo en todos los campos y con todas las armas; parió un nuevo Pablo, parió un nuevo Juan.

El concilio de Trento quiso dar una brillante manifestación de aquel espíritu generoso y noble, de aquella caridad y luz inefables,

de aquel fondo inagotable de misericordia, de aquella heroica impavidez y fraternidad santa que caracterizó á los pueblos de los tres primeros siglos; en fin, trazó un plan habida cuenta de las invasiones de los enemigos y la audacia de los siglos: san Ignacio presentó al concilio de Trento — permitidme la vulgaridad de la expresion — el figurin del hombre apostólico tal cual él lo habia concebido y tal cual la época futura lo necesitaba; y los Padres del concilio de Trento al ver al jesuita dijeron en sustancia: *Este es el hombre que necesitamos.*

Guárdeme Dios de pretender ofuscar con esta palabra las glorias de ninguna Orden religiosa: yo trazo la apologia de todas trazando la de los Jesuitas: austero como el cenobita; laborioso, investigador, reglamentario como el benedictino; espiritual, místico como el agustino y el carmelita; ergotista, pedagogo, autoritativo, sábio como el dominico; humilde, pobre como el franciscano; redentor como el trinitario y el mercedario; libre como el sacerdote secular, el jesuita mas que un individuo es toda la familia monástica: puesto que el siglo XVI atacaba á todas las Órdenes, Ignacio dijo: «Yo las defenderé todas, y para que sea mas fácil y gloriosa la defensa, á todas las reuniré en una;» y en efecto las reunió en una, y para que se viera que esta unidad no era un exclusivismo sino una síntesis, le dió un nombre que á todas las abarcara; llamóla: *Compañía de Jesús.*

La obra del nuevo Pablo se posesionó pronto de la tierra, el jesuitismo no tardó en haber erigido en sus extremos templos y escuelas: la luz fue llevada por sus individuos al Asia y á la América, á la Europa y al Africa, á la Oceania y á las islas.

Los que frecuentais las bibliotecas, habeis palpado la prodigiosa actividad de la escuela de Ignacio en apologiar, en combatir, en ilustrar, en decidir.

Y Vicente de Paul, el nuevo Juan, recibió la plenitud del espíritu de fraternidad, con cuya asistencia constituyó una familia de hombres y mujeres, que descarnando por completo su naturaleza, apagando el último destello de amor propio en sus corazones, solo aspiraron al sacrificio y á la beneficencia. Dios y los hombres, hé ahí los dos términos de todo deseo, de toda palabra y de toda obra de los hijos de san Vicente de Paul: toda otra division desaparece para ellos: ¿eres hombre? Dios es tu padre: ¿eres hijo de Dios? yo soy tu hermano: ¿qué necesitas, pan? compartiré contigo el mio; ¿asistencia? soy un miembro de tu familia, mis brazos están prontos á sostenerte: ¿mi vida? yo la daré por tí, pues si por tí no la diera, no te amaria hasta no poder amarte mas. ¿Dónde vas, á la guerra? contigo voy: ¿al hospital? allí iré: ¿á ganar el pan con el sudor de tu rostro? te acompañaré para compartir tus fatigas; yo seré el padre de tu familia, el reconciliador de tus rivales, yo me consagro á tu salud, á tu bienestar, á tu familia y á tu gloria.

De modo que nuestra época ha visto dos prodigios incomparables; la verdad de Dios, el Hijo divino, ha constituido para si una compañía predilecta, la *Compañía de Jesús*; el amor de Dios, espíritu divino, ha constituido una familia, predilecta tambien, familia que creo poder llamar por antonomasia la familia del Espíritu Santo. Por esto la civilizacion pontificia es incompatible con la civilizacion protestante, la cual, partiendo de este principio utilitario: *Lo primero es el yo*, se basa en el interés personal, en la ambicion, y por consiguiente, en el odio. Ved ahí por qué desde que domina el protestantismo, no ha cesado la guerra: guerra á todo, guerra á las leyes, guerra á las doctrinas, guerra á las dinastias, guerra á los tronos, guerra á los altares, guerra al Papa, guerra á Dios. De ahí que yo crea que el símbolo mas propio de la civilizacion protestante es *el cañon rayado*, es decir, *la muerte lanzada á grande alcance*. La civilizacion pontificia es la paz engendrada por la caridad; creo que esta civilizacion tiene su hermoso símbolo en cada uno de vosotros, mis amigos, que vivís en el siglo, pero que infundís al siglo los principios del amor que os comunica la Iglesia; si, cada uno de vosotros, mis amigos de la Sociedad de san Vicente de Paul, cada uno de vosotros es un resumen elocuente de la civilizacion pontificia: sois entre los hijos de la paz, lo que el cañon rayado entre los hijos de la guerra.

La Sociedad de san Vicente de Paul revela la fecundidad del amor católico en medio del siglo; revela el verdadero carácter de la civilizacion cristiana, que es vivir en paz con todas las clases, categorías, instituciones y formas sociales; es ella el amor, uno en espíritu, pero múltiple en sus formas y trajes; la Sociedad de san Vicente de Paul demuestra que para practicar el Catolicismo es indiferente pertenecer á esta ó aquella escuela política, que todas las escuelas políticas caben bajo el manto de la caridad; la Sociedad de san Vicente de Paul prueba que el Catolicismo es la beneficencia universal. ¡Ah! y ¿no conviene que esto lo entienda el pueblo, y los que están interesados en que se crea el Catolicismo es una política y no una religion?

Esta es la causa por que los enemigos del Pontificado se levantan contra la Sociedad de san Vicente de Paul, y pretenden suprimirla, como pretenden suprimir el poder pontificio. Esto es lógico. Los tiranos que vienen diciéndonos que el Papa es un déspota, que la Iglesia es reaccionaria, bárbara, cruel, ¿cómo pueden sufrir el espectáculo de millares de pobres sostenidos por el espíritu de la Iglesia? La vista de estas obras espléndidas de la caridad llena de ternura al corazón mas empedernido: naturalmente se llama madre á la Iglesia que alimenta tantos hijos. Pues bien, los enemigos de la Santa Silla han dicho: Arrebatemos estos hijos de los brazos de la caridad, impidamos á la Iglesia el ejercicio de la beneficencia, y

después que le habremos atado las manos y arrebatado los pobres, diremos: «¿No veis como no ama al pueblo?»

Hermanos, esto es insufrible, yo protesto en vuestro nombre y en el de los pobres, contra las trabas puestas al ejercicio de la caridad; puesto que ningún emperador tiene derecho á cortar las alas á una virtud que no es francesa sino católica, virtud humanitaria, no nacional: virtud libre, de la que san Bernardo dice: *Præceptum amor nec iudicio præstolatur, nec consilio temperatur, nec pudore frenatur, nec rationi subicitur.*

Peró, gloria á Dios, así os dais á conocer al pueblo, que no os conocia bien; impedisteis al pobre fuera á la portería del convento á buscar la sopa, y hoy dificultais al rico le lleve la sopa á su buhardilla: pues qué, ¿pretendeis que el pobre se muera de hambre, para tener el gusto de calificar la Iglesia de cruel? Pues yo os digo que no lo conseguiréis. El pobre no se morirá de hambre; el pobre sabrá pronto que no puede vivir sin catolicismo, y con el auxilio del pobre reconquistaremos la bandera que nos habeis arrebatado, y salvaremos la justicia y el amor, la Iglesia y los pobres, en nombre de la libertad que profanais, del derecho que conculcais, del humanitarismo que invocais.

Ó Madre del amor hermoso, salvad la Iglesia, salvad al Papa, salvad al pueblo de las garras de los tiranos: que el mundo comprenda que no hay maternidad sino en el seno de la fe, que á nadie pase desapercibido que la Iglesia, de que eres madre, es el principio de la sana fecundidad, aquella esposa de la que puede decirse lo que de ti san Ambrosio: *Cæpit concordia et mansuetudine populari, esse sublimis et toto circumferri orbe tamquam currus, et equis velocibus supra mundum rapta ascendit ad Christum*¹.

¹ De Isaac, IV.

CONFERENCIA OCTAVA.

Tribulaciones y estabilidad, á pesar de ellas, de las dos inmaculadas.

- I. *Principio del dolor y de la contradicción.*— La igualdad de pureza entre María y la Iglesia produce la igualdad de contradicciones entre ambas. — El amor á la ley, principio de los dolores de María, es el principio de los dolores pontificios. — Lo acontecido en el templo de Jerusalén cuando la presentación del Hijo de Dios, reproduciese en el Pontificado. — Por qué Pilatos no quiso saber lo que era la verdad, al paso que no se atrevió á condenar á muerte al Rey de ella. — El poder en sus relaciones con la verdad. — Por qué todo se insubordina contra el Pontificado. — Herodes y la reproducción de sus cálculos en la historia. — El niño Jesús y el Pontificado salvados de insidias igualmente poderosas.
- II. *Senda ó desarrollo del dolor y de la contradicción.*— La senda recorrida por María fue la calle de amargura; de amargura es la historia pontificia. — Consideraciones generales sobre esta historia amarga. Confirmación en el Pontificado de esta profecía de Simeon: *Positus est in signum cui contradicetur.* — El Pontificado es la reproducción de Job. — Algunas consideraciones sobre la fecundidad de la persecución.
- III. *Resultados del dolor y de la contradicción.*— Estabilidad del Pontificado. — María fue su heróico símbolo. — Consideraciones inspiradas por esta palabra: *Stabat Mater* aplicada al Pontificado y á María. — Soledad de María y soledad del Pontificado. — Inestabilidad de los elementos antipontificios. — Lucha del espíritu de dominación y el espíritu de licencia para conquistar el imperio de la Iglesia, escrita por el P. Lacordaire. — Consideraciones deducidas del anterior cuadro. — Actitud del protomártir del Cristianismo conservada por el Pontificado. — Belleza de la Iglesia coronada de espinas.

Hermanos: El asunto de hoy versa sobre las contradicciones y la inmutabilidad al través de ellas de la Virgen santísima, considerada también en paralelo con la inmutabilidad del Pontificado al través de las suyas.

Comprendéis, pues, cuánto debe agobiarme la profusión de ideas en el presente día.

Tú las ordenarás, santa Virgen, tú me inspirarás las palabras con que debo expresarlas. Oye en el interin, Señora, nuestro saludo: *Ave María.*

después que le habremos atado las manos y arrebatado los pobres, diremos: «¿No veis como no ama al pueblo?»

Hermanos, esto es insufrible, yo protesto en vuestro nombre y en el de los pobres, contra las trabas puestas al ejercicio de la caridad; puesto que ningún emperador tiene derecho á cortar las alas á una virtud que no es francesa sino católica, virtud humanitaria, no nacional: virtud libre, de la que san Bernardo dice: *Præceptum amor nec iudicio præstolatur, nec consilio temperatur, nec pudore frenatur, nec rationi subicitur.*

Peró, gloria á Dios, así os dais á conocer al pueblo, que no os conocia bien; impedisteis al pobre fuera á la portería del convento á buscar la sopa, y hoy dificultais al rico le lleve la sopa á su buhardilla: pues qué, ¿pretendeis que el pobre se muera de hambre, para tener el gusto de calificar la Iglesia de cruel? Pues yo os digo que no lo conseguiréis. El pobre no se morirá de hambre; el pobre sabrá pronto que no puede vivir sin catolicismo, y con el auxilio del pobre reconquistaremos la bandera que nos habeis arrebatado, y salvaremos la justicia y el amor, la Iglesia y los pobres, en nombre de la libertad que profanais, del derecho que conculcais, del humanitarismo que invocais.

Ó Madre del amor hermoso, salvad la Iglesia, salvad al Papa, salvad al pueblo de las garras de los tiranos: que el mundo comprenda que no hay maternidad sino en el seno de la fe, que á nadie pase desapercibido que la Iglesia, de que eres madre, es el principio de la sana fecundidad, aquella esposa de la que puede decirse lo que de ti san Ambrosio: *Cæpit concordia et mansuetudine populari, esse sublimis et toto circumferri orbe tamquam currus, et equis velocibus supra mundum raptâ ascendit ad Christum*¹.

¹ De Isaac, IV.

CONFERENCIA OCTAVA.

Tribulaciones y estabilidad, á pesar de ellas, de las dos inmaculadas.

- I. *Principio del dolor y de la contradicción.*— La igualdad de pureza entre María y la Iglesia produce la igualdad de contradicciones entre ambas. — El amor á la ley, principio de los dolores de María, es el principio de los dolores pontificios. — Lo acontecido en el templo de Jerusalén cuando la presentación del Hijo de Dios, reproduciese en el Pontificado. — Por qué Pilatos no quiso saber lo que era la verdad, al paso que no se atrevió á condenar á muerte al Rey de ella. — El poder en sus relaciones con la verdad. — Por qué todo se insubordina contra el Pontificado. — Herodes y la reproducción de sus cálculos en la historia. — El niño Jesús y el Pontificado salvados de insidias igualmente poderosas.
- II. *Senda ó desarrollo del dolor y de la contradicción.*— La senda recorrida por María fue la calle de amargura; de amargura es la historia pontificia. — Consideraciones generales sobre esta historia amarga. Confirmación en el Pontificado de esta profecía de Simeon: *Positus est in signum cui contradicetur.* — El Pontificado es la reproducción de Job. — Algunas consideraciones sobre la fecundidad de la persecución.
- III. *Resultados del dolor y de la contradicción.*— Estabilidad del Pontificado. — María fue su heroico símbolo. — Consideraciones inspiradas por esta palabra: *Stabat Mater* aplicada al Pontificado y á María. — Soledad de María y soledad del Pontificado. — Inestabilidad de los elementos antipontificios. — Lucha del espíritu de dominación y el espíritu de licencia para conquistar el imperio de la Iglesia, escrita por el P. Lacordaire. — Consideraciones deducidas del anterior cuadro. — Actitud del protomártir del Cristianismo conservada por el Pontificado. — Belleza de la Iglesia coronada de espinas.

Hermanos: El asunto de hoy versa sobre las contradicciones y la inmutabilidad al través de ellas de la Virgen santísima, considerada también en paralelo con la inmutabilidad del Pontificado al través de las suyas.

Comprendéis, pues, cuánto debe agobiarme la profusión de ideas en el presente día.

Tú las ordenarás, santa Virgen, tú me inspirarás las palabras con que debo expresarlas. Oye en el interin, Señora, nuestro saludo: *Ave María.*

I.

Principio del dolor y de la contradicción.

La Iglesia en todo se asemeja á María: no es extraño, es su hija, y las hijas acostumbran parecerse á las madres. Esto es tan natural, que cuando veis una niña que no se asemeja á la señora que la acompaña, y esta os dice:—es mi hija,—vosotros contestais, y si por etiqueta no contestais, pensais interiormente: «no le parece;» es que por parecer hija ha de parecerse á la madre.

Considerad á fondo la Iglesia, y luego considerad á fondo á María, y no os quedará duda que María y la Iglesia pertenecen á una misma familia: las impresiones de la Divinidad en una y otra son tan características, que es imposible pasen desapercibidas.

Semejantes en concepcion, en gracia, en influencia, en gloria, la Iglesia y María lo son en el dolor, punto de semejanza del que me corresponde hoy ocuparme.

La Iglesia y María son igualmente atribuladas; ¿sabeis por qué? porque son igualmente puras. Todas las contradicciones suscitadas al reino del Pontificado y á María, lo fueron por el espíritu del mundo, que es el espíritu de impureza; ¿y cómo no? ¿cómo no debía rebelarse el mundo contra esta Niña que le oprime con su pié? ¿cómo no debía rebelarse contra esta autoridad pontificia, voz intransigente del deber, voz que cada día le arguye de pecado, de juicio y de justicia?

El amor á la ley, poder, elemento indispensable á la vida de la conciencia y de la civilización, atrajo los contratiempos á la acción organizadora del Pontificado, contratiempos equivalentes á los dolores de María.

Sí, el respeto á la ley decidió á María á tomar en sus brazos el legislador que habia dado á luz: ninguna consideracion la detiene, ninguna dificultad la espanta, ningun privilegio invoca: para ella la ley es la clave de la armonía moral, y no quiere interrumpir la armonía moral; se dirige al templo, se acerca al altar, cruza sus brazos con los del anciano Simeon, y deja en los de éste el tesoro de su alma. El anciano levanta el pedazo de corazón de María, y declara que aquel Niño que acaba de recibir ha sido puesto para bandera de contradicción: *Signum cui contradicetur.*

Pero al paso que declara que el Niño ofrecido será blanco de contradicción, anuncia que no cesará por esto de cumplir su destino, que es ser ruina de unos y enaltecimiento de otros.

La profecía se cumplió al pié de la letra.

Apenas salió del templo el Niño, Herodes le declaró aquella guerra que terminó treinta y tres años despues Pilatos decretando su muerte. Desde los brazos de Simeon á los brazos de la cruz, ¿de cuán-

tas contradicciones no fue blanco el Hijo de María! ¿y quién podrá contar los dolores que acibararon tu alma, augusta Madre, desde que Simeon te dijo: «Una espada traspasará tu corazón.» hasta que cayó en tu corazón como una saeta esta palabra de Jesucristo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu?»

Sin embargo, á pesar de las contradicciones, él esparció aquella doctrina que allanó los montes encumbrados y elevó los valles abatidos; aquella doctrina que no tardó á cerrar la boca de los sábios del Areopago y derribar de caballo al representante de la Sinagoga; aquella doctrina que fue, por su estabilidad, ruina y resurrección.

Hé ahí como María por el amor á la ley recibió el dolor, y como el Hijo de María á pesar de todas las contradicciones fue aquello que vino á ser.

En el heroico respeto á la ley, María fue la bella figura del Pontificado: el Pontificado fue instituido, no para destruir la ley sino para perfeccionarla: realizando esta palabra de Moisés, «la ley regirá al recto pueblo,» y como la perfección no conviene á cuantos se aprovechan de los defectos y vacíos de la ley; de ahí que el Pontificado haya sido en todos tiempos objeto de grandes contradicciones.

Recordaréis que cuando Jesucristo dijo á Pilatos que venia á dar testimonio de la verdad, Pilatos le preguntó ¿qué es la verdad? y sin dar tiempo á que le contestara tomó á Jesucristo y lo presentó al pueblo, y dijo: No encuentro en él causa de muerte. Pilatos no queria conocer la verdad, pero no se atrevia á condenarle á muerte. ¿Sabeis por qué? porque Pilatos representaba el poder, y sabia que el poder necesita apoyarse en la verdad para vivir; pero, por otra parte sabia que conociendo toda la verdad, el poder habria de reformar su vida, ved ahí por qué el poder queria la existencia de la verdad, pero rechazaba su conocimiento; es decir, queria la vida, no queria la reforma.

Esto mismo ha acontecido al Pontificado; el Pontificado dijo: «Yo vengo á restablecer la ley del amor, base de la civilización,» «vengo á dar testimonio de la ley, vengo á restablecer su imperio.» Al oír esta palabra, todo se insubordinó contra el Pontificado, porque todo estaba fuera de la ley: los Gobiernos estaban fuera de la ley, porque no gobernaban según justicia; los pueblos estaban fuera de la ley, porque se habian dejado embrutecer por las pasiones mas viles y degradantes; la familia estaba fuera de la ley, porque los hijos eran fruto del comunismo de la concupiscencia; las escuelas estaban fuera de la ley porque la verdad y la ciencia se creaban por rescriptos imperiales: todo estaba fuera de la ley, ved ahí por qué al intimar el Pontificado la ley á todo, todo se levantó contra el Pontificado.

Figuraos cuál seria la alarma de las miserias y pasiones al presentir que esta institucion naciente venia á tomar el cetro de los humanos destinos y á regirlos según el código, severo pero huma-

nitario, de la ley cristiana. ¿Qué será de mi cetro si el nuevo poder se entroniza, dijo el egoísmo?

Esta pregunta que el César se hizo al saber la institucion pontificia, es idéntica á lo que dijo Herodes al saber el nacimiento de Jesús: Jesús derribará mi poder, habia dicho Herodes; el Pontificado derribará mi poder, dijo el emperador romano: Muera Jesús, habia dicho Herodes; Muera el Pontificado, exclamó el emperador: Y Belen y sus contornos se vieron inundados de sangre de inocentes niños, para ahogar en su cuna al Rey de Israel; la sangre de inocentes justos inundó la ciudad de Roma, para ahogar en su establecimiento el reino pontificio: Herodes y César clamaron, el uno mirando al Pontífice, el otro mirando á Jesús: *Nolumus hunc regnare super nos.*

Y Jesús se salvó siendo conducido en tus brazos, ó María, á Egipto; el Pontificado siendo conducido por tu impulso, ó Espíritu divino, á las catacumbas.

El cetro de tu Hijo, Señora, fue causa de uno de tus mas crudos dolores; ó Iglesia santa, inefable Madre, el reino de tu Pontífice fue causa de una de tus mas crudas contradicciones.

II.

Senda y desarrollo del dolor y de la contradiccion.

La senda, Señora, que en tu peregrinacion seguiste fue la calle de amargura, que empezó para tí al pié de la última grada del atrio del templo, siguió hasta Egipto, dobló otra vez hasta Nazaret, siguió hasta Jerusalem, traspasó la Samaria y la Galilea, y terminó en la cumbre del Gólgota.

Dios al criarte, llamó al arcángel del dolor y al arcángel de la gracia, y les dijo: Mirad, yo voy á producir una criatura á la que acompañaréis siempre: tú, arcángel del dolor, no cesarás de agujonear su corazon con tu espada; tú, arcángel de la gracia, no cesarás de derramarla en su inmenso espíritu, para que el mundo vea en ella la confluencia de dos mares, el mar de la gracia y el mar del dolor, para que las generaciones la llamen llena de dolor y llena de gracia.

Y los Ángeles cumplieron la consigna, y la gracia y el dolor confluyeron en tí, con tal impetu, que te levantaron, sobre toda criatura, hasta hacerte de toda criatura visible y admirable.

Pues bien, una calle de amargura es la historia del Pontificado: cuarenta Papas fueron martirizados por el imperio romano: ¿quién contará el número de los perseguidores? ¡Ah! bastante crecido es el de las persecuciones. Persecucion de los judios; persecucion de Agrippa; persecucion de Neron; persecucion de Domiciano; persecucion de Trajano; persecucion de Adriano; persecucion de Antonino; persecucion de Marco Aurelio; persecucion de Severo; perse-

cucion de Maximino I; persecucion de Filipo; persecucion de Decio; persecucion de Gallo; persecucion de Valeriano; persecucion de Claudio II; persecucion de Aureliano; persecucion de Diocleciano; persecuciones aqui, aunque no se haya parado aqui la persecucion. El indice que acabo de recordaros es bastante largo para que me excuse de entrar en pormenores sobre cada una de ellas: verdaderamente el Pontificado aparece el *vir dolorum*, el *Job*, de las instituciones sociales.

Y no creais que fuese el derramamiento de sangre el trecho mas triste de la calle de amargura. La ingratitud de la sociedad posterior fue mas insufrible. Si, la sangre de los Papas y de los Santos, por el Pontificado sostenidos, ablandó los fundamentos de la tiranía.

La tiranía fue derribada por los Papas. ¿No parece justo que la sociedad agradecida habia de saludarles como á sus benéficos protectores? Lo parece, pero no fue así. Apenas cesó la guerra de las espadas, empezó la guerra de las doctrinas. Los herejes reemplazaron á los tiranos. El poder de Cristo habia vencido: tratóse pues de vencer la doctrina de Cristo: los Papas fueron el blanco de las contradicciones de los sábios: despues de las contradicciones de la sabiduría y de la fuerza, vinieron las de la política y del genio, de modo que los políticos, los genios, la fuerza, la sabiduría, todos se armaron para derribar el reino moral del Pontificado: la profecía se cumplió, el Pontificado fue un *signum cui contradicetur*.

Todas las revoluciones de la historia empezaron ó finalizaron con un golpe de azadon á los fundamentos de esta obra maestra. Se le ha atacado con todos los pretextos y con todos los títulos, en nombre de todos los principios y de todas las causas. Alarico le combatió en nombre de la civilizacion de Oriente; Lutero en nombre de la civilizacion de Occidente; unos le quitan sus posesiones para dominarla por la pobreza; otros pretenden hacerse dueños de su autoridad con falsos donativos y ampulosas promesas. En fin, en cada siglo ha sufrido cien contradicciones.

El Pontificado hecho blanco de la contradiccion puede decir exactamente como Job: «Al presente me ha oprimido el dolor... las arrugas de mi piel dan testimonio contra mí, y lo que es *mas cruel*, cierto hombre se vuelve contra mí, contradiciéndome cara á cara con falsos y *calumniadores* discursos.

«Reune todo su furor contra mí, y amenazándome rechina sus dientes; *hecho* enemigo mio, me mira con ojos terribles.

«*Todos mis amigos* han abierto contra mí su boca, y zahiriéndome con oprobios me han *como* abofeteado; se han saciado con el «placer de ver mis penas¹.

«Si en la violencia de los dolores que padezco, clamo altamente, nadie me escucha; voceo y no hay quien me haga justicia.

¹ Job. xvi.

«El Señor ha cerrado por todas partes la senda *del dolor* por la cual ando: y no hallo por dónde salir, pues ha cubierto de tinieblas el camino que llevo.

«Despojóme de mi gloria y me quitó la corona de la cabeza:

«Su furor está encendido contra mí, y me trata como á enemigo.

«Vinieron de tropel sus tropas, *de gastadores*, y abriéronse un camino *para pasar* por encima de mí, y sitiaron con cerco mi morada.

«Á mis hermanos los alejó de mí, y los conocidos míos se retiraron de mí como si fuesen extraños.

«Los parientes me han abandonado, y los que me conocían se han olvidado de mí.

«Los que moraban en mi casa y mis *propios* criados me han tratado como á extraño, y he parecido á sus ojos como un hombre nunca visto.

«He llamado á mi siervo, y no me ha respondido por mas plegarias que le hacia con mi propia boca.

«Aun los tontos me despreciaban, y á espaldas mías murmuraban de mí.

«Los que en otro tiempo eran mis consejeros, me abominan, y el amigo á quien mas amaba, ese me ha vuelto las espaldas...

«Compadecedos de mí á lo menos vosotros que sois mis amigos, compadecedos de mí, ya que la mano del Señor me ha herido¹»

Pero esta situación de amargura y dolor, constante en el Pontificado, no nos autoriza para aplicarle el razonamiento que dirigió á Job Sofar de Naamath. Hé ahí lo que contestó este á la exposicion de las tribulaciones de aquel:

«Lo cierto es que tú has dicho á Dios: mi doctrina, ó la vida que llevo es pura, y yo estoy limpio en tu presencia.

«Mas ojalá Dios se dignase responderte y abrir sus labios para hablar contigo,

«Y te hiciese ver los secretos de su sabiduria y la multiplicidad de sus leyes; con lo que conocerias que te castiga menos de lo que tu maldad merece.

«Si arrojaras de tí la iniquidad que hay en tus obras, y no consintieses que more en tu casa la injusticia,

«Entonces si que podrás, limpio de toda mácula, alzar tu rostro á Dios, y con su *auxilio* permanecer firme y sin temor alguno.»

No, estas palabras no van al Pontificado, el que si devoró el dolor no temió al recibir sus mas tremendas cuchilladas, demostrando realizada en él esta expresion elocuente de Juan: *Perfecta dilectio foras mittit timorem*².

No puede decirse que la culpa habite donde habita el dolor; el dolor y la gracia se dieron un abrazo fraternal en las puertas del pa-

¹ Job, xix. — ² Joan. iv.

raiso. Desde entonces jamás se han separado, de modo que las grandes figuras simbólicas de JESUCRISTO, en la antigua edad, fueron grandes ejemplares de sufrimiento: «Desde los primeros siglos JESUCRISTO padece y triunfa: en Abel por su hermano; en Noé burlado por el hijo; en Abraham peregrinando; en Isaac atado en el altar del sacrificio; siervo en la persona de Jacob, vendido en la de José, expuesto en la de Moisés, apedreado y destrozado en las de los Profetas, en las de los Apóstoles arrojado á los mares y expatriado; muerto y torturado cada día en las de los Mártires¹» He ahí por qué, segun el Apóstol, «la persecucion es necesaria á los que quieren vivir piadosamente en JESUCRISTO, en vista de lo que podemos decir que la persecucion es un sintoma favorable de la conformidad de vida del que la sufre con la vida de JESUCRISTO. La persecucion no contamina; como las espinas que punzan el lirio no le afean, así no quitan belleza al alma las tribulaciones que la agitan. Y si no al alma, tampoco á la institucion. Lo que el fuego es al oro, y la lima al hierro, y el aventador al trigo, y la sal á la carne, es á los justos la tribulacion. Á la simple vista es el cauterio de la herida, pero si se la examina se verá que es mas, que es su remedio; ella enseña lo preferible é ilustra al viajero para que al dirigirse á la casa del padre no tome por la casa del padre el establo²»

«Aprendan de aqui los fieles dos cosas, dice Cornelio; primeramente, que las tribulaciones son señal no de odio sino de amor de Dios, eson señal de eleccion y filiacion divina, como se desprende de este texto de Zacarias: *Á esta tercera parte la haré pasar por el fuego, y la purificaré de la manera que se purifica la plata*³» y de este de san Pablo á los hebreos: «Porque el Señor al que ama le castiga, y á cualquiera que recibe por hijo suyo le azota y le prueba con adversidades⁴» y de estas del libro de la Sabiduria: «Probólos como el oro en el crisol, y los aceptó como víctimas de holocausto, y á su tiempo les dará la recompensa.» Aprendan despues, que las tribulaciones no solo no dañan, sino que purifican á los atribulados; por lo que Job decia: «Me ha acrisolado con trabajos como se hace con el oro que pasa por el fuego⁵»

Á lo que con mucho acierto añade el venerable Antiocho: «Como la cera no recibe fácilmente la impresion del sello si antes no se la calienta ó muele, así el hombre no recibe el distintivo de la divina gracia sin el ejercicio de muchos trabajos y enfermedades; por esta razon á Pablo le contestó el Señor: Bástate mi gracia, pues la enfermedad perfecciona la fuerza⁶»

No debo insistir en aclarar el significado y las ventajas de la tribulacion: el Señor dió á Pilatos facultad de hacerle apurar el cáliz de la amargura: «quiso recibir y llevar las incomodidades del mundo, para darnos á entender que nosotros no podriamos librarnos de

¹ San Paulino ad Aprum. — ² San Agust. — ³ Zach. xiii, 9. — ⁴ Hebr. xii, 6. — ⁵ Job, xxi, 10. — ⁶ Hom. LXXVIII.]

«ellas, pero que con el auxilio divino podríamos superarlas¹.» Las aceptó, y así san Pablo escribió con propiedad á los corintios en nombre de JESUCRISTO: *Sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationum*. El Maestro las sintió, ¿podía dejar de sentir las el discípulo? La contestación está en el Evangelio.

Mas hay una señal para conocer si las tribulaciones vienen por expiación ó por confirmación, porque el Dios que castiga es el Dios que confirma. La señal os la he indicado ya. La fortaleza, la inflexibilidad. La persecución que confirma no derriba.

Sofar de Naamath la explicó á Job: acabemos de recordar su discurso: «Si... no consintieras que more en tu casa la injusticia... entonces sí que podrás limpio de toda mancha alzar tu rostro á Dios, *ay con su auxilio permanecer firme y sin temor alguno*.

«Y aun te olvidarás de tus trabajos, ó solo te acordarás de ellos como de un turbión de aguas que ya pasó.

«Y en la tarde amanecerá para ti una luz como de mediodía, y cuando te creerás consumido, renacerás brillante como la estrella de la mañana.

«La esperanza que se te propondrá, *de la vida eterna*, te llenará de confianza; y dormirás en plena seguridad estando rodeado como de un profundo foso.

«Reposarás, y no habrá quien te amedrente: *Requiesces, et non erit qui te exterreat*².»

Como se ve, el justo no es arrastrado por las olas: permanece inmutable. «Aunque se acampen ejércitos contra mí, decía David, no temblará mi corazón, aunque me embistan en batalla, entonces mismo mantendré yo firme mi esperanza³.»

La estabilidad es el termómetro que marca al exterior los grados de justicia que el hombre ó la institución tienen en las vicisitudes de la tempestuosa historia.

III.

Resultados del dolor y de la contradicción.

Pues bien, la estabilidad es el carácter del Pontificado: esta Silla que cuenta diez y nueve siglos de existencia está íntegra como el primer día; ni la polilla ha consumido su interior, ni el azadon ha quebrantado su exterior, á pesar de que cien veces y por cien diversos sistemas la ha atacado cada siglo! Dios ha permitido y permite este continuo combate para que, en expresión de Salviano, «no fuera atribuida á la fuerza del hombre la obra de la celeste diestra.» La persecución y la estabilidad estuvieron predichas y delineadas por las siguientes palabras del Señor al que debía ser el primer pontífice: «Simon, Simon, mira que Satanás va tras de vos-

¹ Aug. *Serm. de martyribus*. — ² Job, cap. xi. — ³ Psalm. xxvi.

«otros para zarandearos como el trigo cuando se criba, mas yo he rogado por ti á fin de que tu fe no perezca.»

Y si necesitara un símbolo que representara perfectamente la estabilidad de la Santa Silla, en medio de los encontrados torrentes de sus contradicciones, ninguno mas propio se me presentaría que tu recuerdo, santa Madre. Tú, estando en pié, firme, inmutable en la cima del Calvario, junto á la cruz, despues de haber recibido en tu alma la espada de Simeon y la de Egipto, la de la pérdida de tu Hijo, y la de su encuentro en la calle de la Amargura; eres el tipo, la imágen de esta Silla. ¡Qué elocuente es decir de ti, Señora, *Stabat iuxta crucem*: qué elocuente es terminar la reseña de las cien persecuciones del Pontificado diciendo: *Stabat autem...*!

Stabat: hé ahí el mejor testimonio de la victoria: los políticos perseguidores pasaron con la velocidad del torrente, las iras de los tiranos hicieron palpitar un instante la tierra, como el relámpago hace palpitar el firmamento nebuloso: todo pasó: todo cayó en la zanja de la historia; sí, la historia es un sepulcro, allí yacen las grandezas de los siglos: pero hay una grandeza que no yace allí, el Pontificado. El Pontificado está en pié sobre el sepulcro de la historia, él es la sola obra de la cual diez y nueve siglos, uno despues de otro, han dicho que al despedirse del tiempo le dejaron permanente: *stabat*.

En una solemne asamblea de los judíos, dijo otro de sus famosos doctores hablando del establecimiento del Cristianismo: «Si esta obra viene de los hombres, por sí misma se destruirá; si viene de Dios, sois incapaces de destruirla¹.»

La historia de diez y nueve siglos ha confirmado que es la obra de Dios. «Mil veces se ha encontrado en vispera de su destrucción universal, y en cada una de ellas Dios la ha sostenido por medio de actos extraordinarios de su poder; y lo mas admirable es que se ha mantenido sin vacilar, ni doblarse á la voluntad de los tiranos.

«No hay Estado que no pereciera resistiendo á la ley de la necesidad; mas la Religion nunca ha reconocido tal ley: por lo que son indispensables ó las transigencias ó los milagros. Pero nada extraño sería que un Estado se conservara transigiendo, si pudiera llamarse conservación la transigencia; y sin embargo aun transigiendo han perecido: hasta hoy ninguno ha durado quince siglos; solo esta Religion se ha mantenido siempre inflexible; su estabilidad atestigua su divinidad².»

La série de acontecimientos históricos demuestra que la Iglesia cristiana es aquella obra vaticinada por esta palabra de Daniel: «El Dios del cielo levantará un reino que nunca jamás será destruido³: y este reino no pasará á otra nacion; sino que que-

¹ Act. v, 38, 39. — ² Pascal, *Pens. Chrét.* — ³ Dan. xi, 44.

«brantar y aniquilará todos estos reinos: y él subsistirá eternamente.»

Por esto dice Bossuet: «El mundo ha amenazado, la verdad ha permanecido como si no oyera tales amenazas; el mundo ha seguido el camino de la sutileza y del engaño, la verdad no abandonó la recta senda; las herejías han quemado, la verdad ha permanecido pura; los cismas han rasgado el cuerpo de la Iglesia, la verdad nada ha perdido de su entereza.»

Y no solo ha permanecido, sino que permanecerá; esto os lo digo hoy, cuando todas las potencias están coligadas para destruir la Santa Silla; hoy que atravesamos una de aquellas crisis solemnes que de siglo en siglo atraviesa el Pontificado, hoy os digo que en nada pelagra su integridad; aunque veais al Pontificado siguiendo la calle de la Amargura, subiendo al monte de la Mirra, estad seguros que al llegar á la cumbre no sucumbirá; estad seguros que mañana, al reseñar las tribulaciones actuales de la Santa Sede, los historiadores de hoy dirán de ella, lo que de ella los historiadores de ayer: *Stabat Mater*. Por triste, por amargo que sea, que en verdad lo es mucho, lo que hoy sucede, no es sino el cumplimiento de esta profecía: *Positus est hic in signum cui contradicetur*.

La Iglesia es como una nave casi siempre combatida por nuevas tempestades; los vientos y las olas pueden agitarla; pero el espíritu de fuerza y de sabiduría que la dirige imposibilita toda vacilación; es un grande árbol que cubre la tierra con su sombra, pero que no hay poder que intercepte la corriente de su buena sávia; Dios es bastante poderoso para ingerir al antiguo troneo nuevas ramas en reemplazo de aquellas que el espíritu de seducción y revuelta arrancó; así mientras que una parte del Norte abjuraba desgraciadamente la fe que hasta entonces había tenido como preciosa herencia, formáronse en Oriente numerosas y fervientes iglesias en las que se reprodujeron la perfecta inocencia de costumbres, el ejemplo heroico de las virtudes, los prodigios de constancia y valor que se admiraban en el nacimiento de la sociedad cristiana.

Las analogías entre Pio IX y el niño Redentor son perfectas: el Redentor fue contradicho por sus severas predicaciones en favor de la ley; por ser intransigente con los transgresores de la ley Pio IX es el blanco de los desprecios é iras impías. Pio IX quiere el imperio de la caridad, la Europa no lo quiere; Pio IX quiere que la política dé á cada cosa su verdadero nombre, la Europa no lo quiere; Pio IX no quiere que se dé á los pueblos tiranía por libertad, que se les diezme con el pretexto de destruir el despotismo, que se llame civilización al pillaje erigido en sistema, que se califique de progreso esta escandalosa partida de ajedrez que están jugando sobre el mapa unos cuantos soberanos sin fe; la Europa no lo quiere.

Y como á María los amigos y los enemigos la dejaron, la abandonaron en la soledad, durante el periodo crítico de su dolor, así al

Pontificado se le abandona en los momentos supremos de su amargura. María en su soledad fue el símbolo de la vida de la santa Iglesia, desamparada de las civilizaciones, martirizada por los sistemas, insultada por los pueblos, vejada por los poderes, escarnecida por el hombre, vilipendiada por los verdugos. Sola, siendo el blanco de todos los tiros.

Pero los tiros no dañan al Pontificado, al contrario es él quien ha sido puesto para caída de muchos, y aunque tan horriblemente perseguido, no lo dudeis, es entre todas las obras sociales la que en el orden natural cuenta mas elementos de estabilidad.

Porque, hermanos, no creais que la revolución enemiga del Pontificado, la que no pasa día sin que nos anuncie una nueva victoria, logre cimentar algo estable. No, hija del cisma, ella no puede parir la unidad. Y desengañarse, sin unidad no conteis con estabilidad.

Voy á presentaros un breve pero excelente análisis de los elementos anárquicos que constituyen la revolución anticatólica, debido á la elocuencia del mas célebre orador del siglo, el P. Lacordaire, recientemente inscrito en el registro de la eternidad. Oidle:

«Dos espíritus persiguen á la Iglesia y la perseguirán siempre, el espíritu de dominación y el espíritu de licencia... El espíritu de dominación detesta al espíritu de licencia, y el espíritu de licencia abomina el espíritu de dominación. En el momento en que los dos se arrojan con mas ardor contra la Iglesia y se regocijaban de su ruina, de repente se han arrojado y han chocado frente á ella. Un furor ciego les precipita el uno sobre el otro: cada uno quiere recoger solo los despojos de la Iglesia, y su odio reciproco se acrecienta á vista de la presa. De tiempo en tiempo se detienen, se miran asombrados, conocen que necesitarian unirse para acabar con su víctima, y se procuran lazos de parentesco. El espíritu de dominación dice: pero yo, ¿no soy padre del espíritu de la licencia? y el espíritu de la licencia dice á su vez: pero yo, ¿no soy padre del espíritu de dominación? Vanos esfuerzos. Aborrecen bastante á la Iglesia por querer aliarse para destruirla, pero se aborrecen demasiado á sí mismos para que otro odio les sirva de vínculo. ¡Oh justicia de Dios! ¡paso, dejad pasar la justicia de Dios!

«En una oasis de la Arabia pastaba un cordero, oyese el mugido del león, presentase el rey del desierto, y de un salto va á caer sobre el animal indefenso; pero hé aquí que otro león, acosado por la misma hambre, se abalanza del otro lado del desierto; ambos se miran, se miden, se desgarran, mientras que el cordero sano y salvo padece tranquilamente al lado de su furor. Los dos leones es el mundo, el cordero la Iglesia: el mundo está dividido, la Iglesia es una.»

Pienso como el P. Lacordaire, hermanos. Esta página escrita catorce años hace, parece dictada hoy. La filosofía no cambia el doble

espíritu de la revolución, imposibilita su victoria sobre el Pontificado.

Si analizais á fondo lo que pasa en la sociedad enemiga, veréis en ella marcadamente distintos los dos espíritus señalados por el P. Lacordaire: el espíritu de dominación, el espíritu de licencia. El espíritu de licencia que quiere avasallar la Iglesia, destruyendo su moral; el espíritu de dominación que pretende dominarla, destruyendo su poder. En toda revolución encontraréis una espada y un libro; un autor y un general.

Yo no debo señalaros cuál es la espada que está suspendida sobre la corona de la Iglesia: vosotros la veis brillar como yo: callemos; hay un silencio de mal presagio para los tiranos. Tampoco debo señalaros dónde está la escuela del espíritu de la licencia. Las fuerzas de ambos espíritus están frente la Iglesia católica para acabar con ella; pero el espíritu de dominación ha visto que después de arruinada la Iglesia el espíritu de licencia acabaría con él; á su vez el espíritu de licencia se ha convencido de que, destruida la Iglesia, el espíritu de dominación intentaría dominarle: ved ahí por qué los dos espíritus están detenidos á los pies del trono pontificio sobre el que iban á arrojar.

La revolución se compone, pues, de dos grandes grupos, de los soberanos coligados contra Cristo, y de los demagogos coligados contra Cristo y los soberanos: los primeros tienen la espada, los segundos la propaganda. La propaganda impone á la espada, la espada traba la propaganda. Esta cuenta con un ejército numeroso de pasiones, aquella con un ejército numeroso de soldados. ¿Quién vencerá? La victoria definitiva será para el Pontificado.

Si, porque el espíritu de licencia vencerá al espíritu de dominación: las pasiones harán desertar los soldados, los malos perderán su poder, y el triunfo será de la anarquía. Pero la anarquía no dura: la anarquía es á la sociedad, lo que el vacío á la naturaleza. Be-
semos una y mil veces la mano de la Providencia, que junto á los palacios de los reyes que se congregan contra Cristo, permite se constituyan las escuelas de Proudhon y Mazzini, coligados contra los reyes. Estas escuelas veneran al espíritu de dominación: cuando el mal no tendrá poder, cosa fácil será acabar con la licencia. Disipará Dios á este valiéndose de la sociedad hoy indiferente, pero que no lo será el día en que vea puestos á prueba las riquezas de sus propiedades y el honor de sus hijos.

La unidad es prenda de estabilidad para el Pontificado.

El Pontificado, como el Protomártir del Cristianismo, mientras es apedreado por las injurias y los desprecios de los corazones pervertidos, ostenta tranquilo y resplandeciente el rostro, cual si fuera de un Ángel; es que su espíritu está como el del Protomártir en manos de JESUCRISTO; es que como el Mártir puede decir el Pontificado: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre que

«está en pie á la diestra de Dios;» y el que está en pie es aquel de quien el Papa dice: *Ipse Deus meus... susceptor meus, non movebor amplius*: la visión de Dios sostiene al Pontificado como sostuvo á Estéban, como sostuvo á Moisés, «el cual, según los abulenses, recibió el vigor y las fuerzas con que resistió las contradicciones de la familiaridad con Dios, y de su doble confabulación con él, durante los cuarenta días que estuvo en el desierto: en él Dios «fue su alimento y su refrigerio.» El defensor del Papa es inmutable, por esto puede decir el Pontificado: no me moveré, porque él no no se mueve: *Stat*. Los que se moverán y pasarán son los que me persiguen y blasfeman: *blasphemabant transeuntes*, blasfeman pasando y moviendo las cabezas: *moventes capita*: ¡mueven las cabezas! ved ahí por qué si son filósofos les caen de sus cabezas los sistemas, y si son reyes les caen de sus cabezas las coronas; mas al Pontificado jamás le cae la sabiduría ni la corona, porque su cabeza es JESUCRISTO, y JESUCRISTO no se mueve: *Stat*.

Hé ahí el Pontificado, yo os lo presento coronado de Mártires como María se presentó con el carácter de reina de ellos: la corona de María fue de espinas, como la de JESUCRISTO; de espinas es la corona del Pontificado, hermano é hijo de María: en todo María y el Pontificado se asemejan: ¡hasta en la corona!

Mirad la corona de la Iglesia, y veréis en ella espinas de todos los siglos: todos la han causado dolor: ella puede decir: *Multi qui persequuntur me et tribulant me*; pero á pesar de los que me atribulan y persiguen: *A testimoniis tuis (Domine) non declinavi*. No alegraste á mis enemigos permitiendo mi desgracia: ellos me atribulaban para anonadarme, pero tú me propagaste por medio de la tribulación: *In tribulatione dilatasti mihi*.

Cuya idea expresa con su elocuencia natural Tertuliano en estas palabras: «Vuestra crueldad, decían los apologistas á sus perseguidores, es un aliciente para incorporarse á esta Iglesia que «vosotros anhelaís aniquilar; los fieles se multiplican á medida que vosotros, por decirlo así, les cosechais; la sangre de los cristianos es semilla siempre fecunda; muchos de vosotros, entre ellos «Ciceron, Séneca, Diógenes, Pirron, Callinico, han exhortado á «sufrir generosamente la muerte; mas sus discursos no alcanzaron á formar discípulos como los cristianos los formaron con mas persuasivas razones que todos los razonamientos de los filósofos; la crueldad naturalmente conduce al hombre al examen del principio que «la engendra, y debemos maravillarnos de que semejante examen «aumente el número de prosélitos y defensores del Cristianismo!» Si Juliano el Apóstata no derramó sangre cristiana en la abundancia que hacia temer su odio implacable á la fe, es que Libanio,

¹ Tertul. Apologes.

su consultor, le expresó su opinión de que el rigor de los suplicios era la más activa propaganda del Cristianismo.

Alegraos, pues, hermanos, porque ha llegado la hora de dilatarse de nuevo el espíritu de la Iglesia: hoy nos es dado repetir lo que san Agustín decía a los cristianos de su época: «Nadie diga que no estamos en tiempo de persecución.» Pero a pesar de esto mirad la Iglesia y vedla qué fuerte, qué ágil, qué remozada! Aun tiene en sus labios todas las gracias que en ellos derramó el Señor; aun ciñe en su cintura la espada que el Señor le entregó; aun camina, aun avanza, aun reina; aun abundan los confesores de su fe; si necesitase mártires, ¿pensáis que escasearían? os digo que no. El ensayo está hecho. Si para defender la corona de oro del Papa abundan los generosos cruzados, ¿cuán abundantísimos serían estos el día que el Papa nos llamara a defender su corona de espinas?

Aquel día, vosotros y yo daremos el adiós a nuestras familias, ¿qué digo! aquel día diremos a nuestras familias: levantaos y venid; y si nos preguntan ¿dónde hemos de ir? les contestaremos: a la defensa de la fe; y nuestras familias vendrán, y derramaremos alegres nuestra sangre, para que pasando de nuestras venas al corazón de la Iglesia, por la sangría del martirio, se realice una vez más esta palabra: *In tribulatione dilatasti michi.* Amen.

CONFERENCIA NOVENA.

El porvenir de la Santa Silla.

- I. El porvenir de la Santa Silla. — La lucha actual del Pontificado es de doctrinas, de propaganda y de dominio universal. — El *non possumus* de PIO IX; sus diversos significados. — Necesidad de examinar la cuestión pontificia antes de condenar el *no transigiré* de PIO IX. — Dónde debe estudiarse esta cuestión para comprenderla bien.
- II. Relaciones del porvenir del Pontificado con el de la sociedad. — Perpetuidad de un *papillus grecæ* católico. — Su poder y su influencia social. — Dificultades políticas que engendraría su abierta oposición a lo constituido. — Riesgos que correría con ella la existencia del Estado. — Impotencia de este sin el auxilio de la sociedad católica. — La fuerza de la sociedad moderna simbolizada en la de Sansón. — Carácter inmarcescible de la gloria pontificia. — Su providencia. — Los resultados de la situación actual tienen su símbolo en la enfermedad de Lázaro. — Comentario y aplicación de estas palabras de JESUCRISTO: *Infirmus hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei.* — Las esperanzas del porvenir apoyadas en algunas palabras proféticas y en algunos hechos históricos.
- III. Puntos en que principalmente se manifestará la gloria de Dios en el porvenir del Pontificado.
- IV. Conclusión.

Hermanos: Hoy va a ocuparnos el estudio del porvenir del Pontificado. El asunto es de sí tan grave, que no encuentro por demás protestar de antemano, que en su desarrollo no me moverá otra mira que el amor y solo el amor a la Iglesia. Estudiaré la cuestión en sí misma: basaré mis observaciones en las promesas emanadas de la divina autoridad. Puede ser que no venis en mi lenguaje los exaltados temores que descubris en ciertas defensas y combates. No lo extrañéis. Las miradas del sacerdote deben alcanzar a mayor distancia. No dudo afirmar: la revolución, sin saberlo, está preparando el más glorioso porvenir al Pontificado.

Dispénsame, Señora: hoy me ocuparé poco de tí: aun no podré decir todas las cosas que necesito decir de tu hija la Iglesia; pero sí la Iglesia es tu hija, hablar de la Iglesia, es hablar de tí: confío en tu generosidad, ó Madre, no me faltará la gracia con que me has asistido: *Ave María.*

su consultor, le expresó su opinión de que el rigor de los suplicios era la más activa propaganda del Cristianismo.

Alegraos, pues, hermanos, porque ha llegado la hora de dilatarse de nuevo el espíritu de la Iglesia: hoy nos es dado repetir lo que san Agustín decía a los cristianos de su época: «Nadie diga que no estamos en tiempo de persecución.» Pero a pesar de esto mirad la Iglesia y vedla qué fuerte, qué ágil, qué remozada! Aun tiene en sus labios todas las gracias que en ellos derramó el Señor; aun ciñe en su cintura la espada que el Señor le entregó; aun camina, aun avanza, aun reina; aun abundan los confesores de su fe; si necesitase mártires, ¿pensáis que escasearían? os digo que no. El ensayo está hecho. Si para defender la corona de oro del Papa abundan los generosos cruzados, ¿cuán abundantísimos serían estos el día que el Papa nos llamara a defender su corona de espinas?

Aquel día, vosotros y yo daremos el adiós a nuestras familias, ¿qué digo! aquel día diremos a nuestras familias: levantaos y venid; y si nos preguntan ¿dónde hemos de ir? les contestaremos: a la defensa de la fe; y nuestras familias vendrán, y derramaremos alegres nuestra sangre, para que pasando de nuestras venas al corazón de la Iglesia, por la sangría del martirio, se realice una vez más esta palabra: *In tribulatione dilatasti michi.* Amen.

CONFERENCIA NOVENA.

El porvenir de la Santa Silla.

- I. El porvenir de la Santa Silla. — La lucha actual del Pontificado es de doctrinas, de propaganda y de dominio universal. — El *non possumus* de Pío IX; sus diversos significados. — Necesidad de examinar la cuestión pontificia antes de condenar el *no transigiré* de Pío IX. — Dónde debe estudiarse esta cuestión para comprenderla bien.
- II. Relaciones del porvenir del Pontificado con el de la sociedad. — Perpetuidad de un *papillus grecæ* católico. — Su poder y su influencia social. — Dificultades políticas que engendraría su abierta oposición a lo constituido. — Riesgos que correría con ella la existencia del Estado. — Impotencia de este sin el auxilio de la sociedad católica. — La fuerza de la sociedad moderna simbolizada en la de Sansón. — Carácter inmarcescible de la gloria pontificia. — Su providencia. — Los resultados de la situación actual tienen su símbolo en la enfermedad de Lázaro. — Comentario y aplicación de estas palabras de JESUCRISTO: *Infirmas hæc non est ad mortem, sed pro gloria Dei.* — Las esperanzas del porvenir apoyadas en algunas palabras proféticas y en algunos hechos históricos.
- III. Puntos en que principalmente se manifestará la gloria de Dios en el porvenir del Pontificado.
- IV. Conclusión.

Hermanos: Hoy va a ocuparnos el estudio del porvenir del Pontificado. El asunto es de sí tan grave, que no encuentro por demás protestar de antemano, que en su desarrollo no me moverá otra mira que el amor y solo el amor a la Iglesia. Estudiaré la cuestión en sí misma: basaré mis observaciones en las promesas emanadas de la divina autoridad. Puede ser que no venis en mi lenguaje los exaltados temores que descubris en ciertas defensas y combates. No lo extrañéis. Las miradas del sacerdote deben alcanzar a mayor distancia. No dudo afirmarlo: la revolución, sin saberlo, está preparando el más glorioso porvenir al Pontificado.

Dispénsame, Señora: hoy me ocuparé poco de tí: aun no podré decir todas las cosas que necesito decir de tu hija la Iglesia; pero sí la Iglesia es tu hija, hablar de la Iglesia, es hablar de tí: confío en tu generosidad, ó Madre, no me faltará la gracia con que me has asistido: *Ave María.*

I.

Antes de calcular el porvenir del Pontificado, es natural que digamos cuatro cosas sobre su actitud.

Existe una lucha sostenida y enérgica entre la Iglesia de los santos y la sociedad anticreyente. Esta lucha, aunque parezca motivada por cuestiones locales, por ciertos derechos de nacionalidad, es una lucha de principios: dispútase, no el predominio del poder, sino el de las ideas, y no el de las ideas en este ó aquel país, sino en todos los países, en todos los pueblos.

El espíritu del mal ha subido hasta la cumbre del poder en que está el Pontificado, se ha puesto á su lado, y señalándole una grande extension de campiña fértil y de terrenos preciosos, le ha dicho: «Todo te lo daré, si me adoras.» La contestacion del Pontificado ha sido: «Apártate de mí, espíritu inmundo, escrito está: solo á tu Señor adorarás.» La cuestion es de dominio universal: se disputa quién se postrará á los piés de quién: si la revolucion á los piés del Pontificado, ó el Pontificado á los piés de la revolucion.

Lo que hará el Pontificado en el porvenir nos lo dice lo que ha hecho en la historia, y lo que está haciendo el Pontífice inmortal, á quien los ateos sacrilegamente apostrofan, llamándole: el *non possumus*. *Non possumus*: palabra pontificia, garantía de que mañana el Pontificado será tan virgen como hoy; que mañana el Pontificado podrá decir: *Virum non cognosco*.

Bajo este punto de vista la situacion está despejada: el Pontificado no celebrará jamás maridaje con ninguna autoridad que desee ejercer la tiranía antievangélica, perjudicial al verdadero progreso de los pueblos: tampoco celebrará maridaje con la libertad cuyo objeto sea destruir los frenos de la moral, y por lo tanto introducir la anarquía, que es la confusion del orden establecido por la justicia. Es inútil que los poderes y los pueblos se fatiguen; se fatigarian en vano trabajando para obtener una conciliacion en este sentido. El Pontificado pronunció ya su última palabra: lo ha dicho sin rodeos, lo ha dicho claro: *No transigiré*.

Pero no interpreteis mal, señores, este *no transigiré* del Pontificado: su *no transigiré* se dirige á los discípulos de una escuela que se llama del progreso, y no le acuso por el nombre, pero que traduce el progreso por confusion; que quiere edificar un derecho nuevo, no solo sobre las ruinas del derecho antiguo, sino hasta sobre las de la justicia. El Pontificado ha dicho: *No transigiré*: si recordais los hechos que arrancaron de los labios de Pio IX esta palabra: *No transigiré*; vosotros, que siendo, como sois, verdaderos cristianos, sois tambien hombres de honor, vosotros, en nombre de vuestro honor, tanto como en nombre de vuestra fe, deberéis contestar: *Tampoco transigiríamos nosotros*. De modo que el *non possumus* de Pio IX es no

solo la voz de su autoridad pontificia, es la voz del honor de la sociedad que representa. *No transigiré*: esta palabra del Pontífice no está dirigida á politica ni economía alguna, esta palabra no significa, como algunos calumniosamente han pretendido, que el Pontificado sea partidario de esta ó aquella escuela, del *statu quo*, ni de la reaccion; esta palabra, *no transigiré*, ha sido dirigida, no á determinados políticos, en su calidad de políticos, sino en cuanto traspasando los limites de la politica, aquellos hombres se convirtieron en instrumentos de inmoralidad: *No transigiré*: no lo ha dicho Pio IX ni á los partidarios de la unidad monárquica italiana, ni á los de la italiana república, ni á los de la confederacion: no transigiré, lo ha dicho á aquellos que empezaron la vida de su gobierno aflojando los lazos de la moral pública, propagando doctrinas disolventes de todo principio conservador, erigiendo un poder frente al poder de la Iglesia, poniendo una mordaza en boca de los maestros de Israel: lo ha dicho á los que tienen expatriados setenta obispos; lo ha dicho á los que amenazan la Santa Silla con la constitucion de un cisma religioso; á ellos ha dicho: *No transigiré*.

No puede tener otro significado la palabra, *no transigiré*, en boca de ningun Sumo Pontífice, y menos si cabe en la del que empezó su larga y difícil carrera dando el ejemplo mas heróico de transaccion. Creo, hermanos, que nadie de buena fe puede dudar que Pio IX es amigo íntimo de proteger, de amparar, de dirigir todos los pensamientos grandes, todas las obras honoríficas para la época: creo, hermanos, que nadie puede atribuir miras rastreras, mezquinos propósitos á Pio IX, cuyo extraordinario pontificado caracterizan en politica una grande amnistia, en teología una grande declaracion, en adelantos artísticos una grande basilica. No, no puede ser pequeño el corazon del Papa que ha dado al siglo la basilica de San Pablo, la declaracion dogmática de la pureza original, y el perdon á sus mismos enemigos: este es el tipo gigantesco sobre el que se nos permite saludar á Pio IX.

Cuando, pues, este Papa dice: no transigiré, no puede decirlo á ninguna fórmula politica ni social que se le presente para labrar el bien de los pueblos; estad ciertos que cuando de reformas se tratara, cuando de adelantos se tratara, no seria Pio IX el que interpusiera el veto, puesto que, como os indiqué el otra dia, se equivocan los que creen que la Iglesia tiene mucho que agradecer á los tiempos que fueron.

Ahí tenéis explicada esta palabra: *no transigiré*, que tanta zambra está moviendo entre los que se empeñan en creer que el Pontificado ha concluido su mision, y entre los que se figuran ver en aquella una politica de pertinaz resistencia, principio de la disolucion definitiva del reino temporal de la Iglesia.

Encarecidamente os suplico, hermanos, no que os decidais en pro del Papa, sino que antes de juzgar mal del Papa, antes de creer á los

adversarios del Papa, examíneis bien la cuestión: abundan muchos los que ó efecto de sus pasiones, ó de sus compromisos, ó de su ignorancia, tienen ya formulada una idea: apoyan siempre al que ataca á la Iglesia. Ellos no acostumbran á hablar sino con hombres de su escuela, leen los periódicos de su escuela, consultan autores de su escuela, en fin, se han constituido una atmósfera, y solo respiran su aire. Permitidme, hermanos, que si alguno hay aquí, usando con él de cierta acritud, le diga: «Esta conducta de V., amigo mio, no es la de quien desea la ilustración; el hombre ilustrado estudia y decide; el hombre tiene la cabeza sobre el corazón; sobre sus sentimientos está su inteligencia.» Pues bien: antes de decidir examinad: os pido examen: ¿puedo pedir os una cosa mas moderna? El siglo se horroriza, y yo tambien me horrorizo con él, de que se fusile á un hombre sin formación de causa: pues ¿cómo no os horrorizais, señores, de que sin formación de causa se acabe moralmente con la autoridad de todo principio, ó mejor con el principio de toda autoridad?

Pero ¿dónde podrémos estudiar el Pontificado? me diréis: algunos que desean conocer el Pontificado, lo estudian y no lo conocen, porque no lo estudian donde está bien definido. No estudiéis el Pontificado en los periódicos políticos, porque allí no le veréis sino muy en confuso, y al través de pasiones indignas de hacerse figurar á su lado; no le estudiéis en la prensa democrática, porque la prensa democrática no os presentará jamás en sus verdaderos perfiles un poder que lleve corona; no lo busquéis en la prensa absolutista, porque ha sabido ser irrespetuosa con el Papa, y aun levantar escollos á la marcha del Papa, cuando el Papa creyó deber separarse de los principios de su escuela; no lo busquéis en la prensa doctrinaria, en la cual no atinaréis á ver nada bien definido, por cuanto la prensa doctrinaria, si representa algo, representa una creación que aun debe recibir el *fiat*: ¿dónde encontraréis definido el Pontificado? en las encíclicas de los Papas, en las pastorales de los obispos, en las santas é ilustradas instrucciones de los sacerdotes, y en aquellas obras en que brilla la imparcialidad y el examen; no importa que los autores de estas obras se llamen Guizot, Montalembert, Veuillot y otros; donde veais examen, allí encontraréis el Papa.

Yo os abandono la tarea de estudiar el Pontificado cual es en sí, y de estudiarlo especialmente en la conducta de Pio IX, y estoy tan seguro que vuestro examen os pondrá de acuerdo conmigo, que sin entretenerme paso á considerar en dos palabras el porvenir.

II.

Á pesar de que en el Pontificado reside la justicia y la inocencia, no puede negarse que una gran parte de la sociedad no está con él ni por él: este es el hecho. La guerra, por mas que injusta, existe, y

existe en el seno de la civilizada Europa: las fuerzas enemigas aumentan, y, no tratemos de disimularlo, las temporalidades pontificias corren peligro: supongamos, pues, que Dios en sus eternos designios haya dispuesto que suene la última hora del poder material de los Papas; que el último soldado del derecho abandone el último reducto político de la justicia: ¿cuál es entonces el porvenir del Pontificado? dejad que primero pregunte ¿cual seria el porvenir de la sociedad? porque, desengañarse, hoy la sociedad y el Pontificado están enlazados íntimamente, de manera que un cambio radical en los intereses de este ha de suponer un cambio radical en los intereses de aquella. ¿Qué perdería la sociedad, si el Pontificado perdiera su poder temporal?

Prescindamos de los intereses eternos, los que, á pesar de ser los principales, son con todo los que nominalmente tienen menos valor entre los hombres poco adictos á la Religión. Ya que nos figuramos hablar á corazones pegados á la tierra, hablemos de intereses de tierra. No sería indiferente á esta catástrofe la política: veámoslo:

Solo os pido me concedais una cosa, que me podeis fácilmente conceder, y es, que en esta Europa, educada por el espacio de diez y seis siglos en la doctrina católica, no ha de faltar jamás un gran núcleo de hombres, una gran masa de pueblo que simpatizará con el Catolicismo: esta gran masa no podrá desvanecerse ni por la corrupción ni por la fuerza: germinará en la misma atmósfera social, puesto que si me permitis una expresión, quizá menos reverente pero muy expresiva, el Catolicismo es contagioso.

Pues bien, este núcleo de catolicismo, esta minoría fuerte, constituida por una sociedad compacta por la fe, será siempre un germen de oposición á todo lo que tienda á consolidar el sistema que hubiera abajado la cruz del Capitolio; y desengañarse, aunque hayamos ido muy allá en el indiferentismo religioso, no sería contra las leyes de la historia que un gran sacudimiento despertase fervores que duermen; y vosotros comprendéis bien las dificultades políticas que surgirían el día en que lo que hoy se llama lucha entre principios sociales, se convirtiera en lucha de principios religiosos. Advertid que, desde Constantino, si bien el Catolicismo no ha sido gobierno, no ha sido tampoco oposición.

Las dificultades políticas que de esto pudieran surgir no se os ocultan: y tampoco se ocultan á esos soberanos que tanto tiempo hace están con el brazo levantado para herir el poder de la Iglesia, y nunca se resuelven: temen justamente que la herida del Pontificado los desangrara á ellos mismos.

Además, la caída del poder temporal importaría la caducidad de todos los privilegios y regalías concedidos por el Pontificado á los diferentes Gobiernos; esta caducidad supondría la independencia absoluta de la Iglesia y del Estado; y como, no hay que hacerse ilu-

siones, la constitucion actual del Estado no puede sostenerse si la Iglesia se separa, de ahí que la separacion absoluta del Estado y de la Iglesia llevaria consigo la revolucion tambien absoluta.

Y ¿qué podria constituir por si sola la sociedad?

Me diréis: ha constituido ya; pero yo os contestaré: ¿qué es lo que ha constituido? Me señalaréis la Inglaterra, mas yo os diré: el Catolicismo habia echado en ella sus principios, y los católicos son hoy sus mas vigorosos elementos; hasta las sectas disidentes, que mas influjo tienen, no son sino una mal ejecutada imitacion de la escuela católica. El anglicanismo es un catolicismo corrompido; el pusseismo es un anglicanismo catolizante: me señalaréis la Alemania: yo os diré, hay dos Alemanias, una que nadie sabe lo que es, y la otra que es á todas luces la obra de las tradiciones y del espíritu católico; ella es la única Alemania constituida: me señalaréis los Estados-Unidos: yo os diré: el progreso económico y político de aquel pais está en razon directa de su progreso católico; si su fuerza y su civilizacion quintuplicaron en el período de medio siglo, es porque en el mismo período multiplicaron quinientos por ciento la fidelidad y el episcopado católicos. Para ver lo que seria la sociedad sin el influjo del Cristianismo, y por lo tanto, completamente desenlazada del Pontificado, debeis trasladaros á la Turquía, á la China, á la Corea y á las islas oceánicas, allí donde la cruz no ha tocado la frente del hombre, despertando la idea de la dignidad que en él duerme.

Existe en la sagrada Biblia una figura notable por muchos conceptos, y uno de ellos es por ser simbolo perfecto de la sociedad: todopoderoso por su fuerza y por su ingenio, así desollaba á un leon vivo como arrancaba las ajustadas puertas de una ciudad, y se las llevaba en hombros; así formulaba un enigma indescifrable, como incendiaba ingenioso las mieses de sus enemigos. Entendeis que os hablo de Sanson. Tenia este su fuerza y su ingenio en la cabeza, ó mejor, en la cabellera que se la coronaba, fuerza que perdió cuando la astuta Dálila investigando el secreto se la cortó. Pregunta un expositor: ¿cuál es la causa literal de que mientras la cabeza de Sanson tenia cabellos largos, permaneciese en su cuerpo la fortaleza? y contesta: porque mientras tenia cabellera estaba consagrado á Dios, pues la consagracion de los nazarenos consistia principalmente en la cabellera.

Aplicaciones. La sociedad moderna ¿de dónde recibe su fuerza? de la cabeza: la cabeza de la sociedad cristiana, que es la sociedad mas fuerte que se ha conocido, es el Pontificado. Mientras el Pontificado esté cubierto por la cabellera del honor, del influjo y del poder dados por la sociedad, la sociedad se consagrará á Dios por medio de las distinciones hechas á su cabeza; pero desde el momento en que cesen estos, en que se suspendan los derechos y prerogativas, cabellera augusta del Pontificado, adios fuerza, adios poder, adios

omnipotencia social: la sociedad, hoy fuerte como Sanson en los dias de su larga cabellera, será débil, cautiva, sujeta, como Sanson despues de habérsela Dálila cortado.

La sociedad se enajena su propia fuerza debilitando la del Papa, que es su cabeza.

Tenemos, pues, que la sociedad se encontraria mal, si se emancipara de la subordinacion pontificia: el porvenir social seria mas tumultuoso, mas incierto, mas temible.

¿Seria mas triste la situacion pontificia?

La sociedad alejando al Pontífice alejaria su bienestar, que consiste todo en el orden de la tierra; el Pontífice arrojado de la sociedad no perderia lo que constituye su ser y su mision: el orden del cielo. El pastor podria perder parte de su rebaño, todo no lo perderia, y mientras haya rebaño habrá union, habrá lazos, habrá orden, habrá Iglesia: podrá ser una Iglesia reducida: ¿sois pocos!!! Hé ahí el mas triste apóstrofe que podrá dirigirse á los fieles; pero ellos estarán en el derecho de consolarse contestando: *pusillus* era el *grex* de JESUCRISTO; y tambien: «Señor, tú lo dijiste, los llamados fueron muchos, los elegidos pocos.» ¿Y qué? ¿pensáis que faltarán jamás diez mil justos sobre la tierra? Yo espero que no; por lo tanto la Iglesia será siempre mas numerosa de lo que su Fundador la dejó. El patrimonio de almas, que legó san Pedro, será conservado: diez mil almas justas no faltarán en la tierra: ¿cómo se conservarán en el gremio de los santos? yo no lo sé; pero yo oigo en mi corazon una voz que me dice: se conservarán. ¿Habrán de esconderse de nuevo en las criptas del mundo opulento? ó irán errantes por la tierra sin pueblo ni morada? no lo sé, pero si que no en vano está escrito que Cain edificó una ciudad, pero el justo Abel, el bendito del Señor, no la edificó, fue peregrino. Peregrinar, tal ha sido el refugio de muchos inocentes perseguidos: ¿será la peregrinacion el descanso que el Señor guarda á los elegidos?

Tú, augusto sucesor del pescador de Tiberiades, ¿volverás á tomar el báculo que Carlomagno cambió en cetro, y te pasearás desatendido por la redondez de esta tierra, á quien llenaste de bendiciones y de civilizacion? ¿será en las solitarias cumbres de las montañas, ó en las melancólicas playas del mar, donde trasladarás la gloria del culto que ha superado las grandezas de diez y seis siglos; y la cátedra de una doctrina que ha ocupado á los filósofos de los diez y nueve últimos? Vosotros, pobres, ¿volveréis á repartiros exclusivamente la paz, la virtud, y las ventajas todas de la evangelizacion? Los monarcas ¿definitivamente renunciarán á la parte de heredad evangélica que por el titulo de su pobreza de espíritu habian conseguido?

¡Oh Dios! no te pedimos que levantes el velo que oculta estos misterios: quizá seria demasiado vergonzoso para la sociedad, lo que nos revelaria el fondo de este cuadro que hoy el enigma oscurece.

Guardad el secreto, Señor, guardadlo en la intimidad de vuestro corazón; quizá la misericordia inefable, de que estais lleno, modificará su tremendo contenido, y al dar á luz lo que concebisteis amargo, la sociedad se encontrará inundada de dulzuras; ¡ quizá quereis sorprendernos, buen Dios, con un rasgo extraordinario de amor y de olvido! de todo sois capaz, Vos, que cuando el hombre dijo: «No quiero ser vuestro hijo,» le contestásteis: «pues yo me haré hijo tuyo.» Vos, que dijisteis al hombre: «si pecas morirás,» y que cuando el hombre hubo pecado le dijisteis: «morirás, pero te resucitaré,» sois capaz de todo en el órden de la misericordia. ¡ Ah! Dios de misericordia, aun esperamos. No seremos confundidos.

Ved ahí por qué lo mas admirable que nos presenta la situacion actual es la figura del Pontífice, contra el que las olas se levantan y los vientos se desencadenan, postrado en el lugar mas ventisquero de la playa, sin turbarse, sin temer, repitiendo la súplica que Estéban de Hungría dirigió á la santísima Virgen: «¡ Oh Señora del mundo, si quieres que esta parte de herencia tuya sea devastada por los enemigos, y este plantel de una nueva cristiandad destruido, ruégote que lo atribuyas á tu voluntad, no á mis disidencias. Si alguna culpa el pastor ha cometido, páguela yo, mas no aflijas, Madre, á las ovejas. » Así ora y se tranquiliza el Papa. Él sabe que de la persecucion le vendrá la gloria. Escuchad una narracion evangélica.

«Un dia Lázaro cayó malo: sus hermanas enviaron á decir á Jesucristo: Señor, aquel á quien tanto estimas está enfermo; el Señor contestó: Su enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para dar gloria á Dios, con la mira de que por ella el Hijo de Dios sea glorificado;» en efecto, la resurreccion de Lázaro fue uno de los hechos que popularizaron la creencia en la divinidad de Jesucristo.

Ahora bien, aquel hecho, como muchos del Evangelio, fue á la vez un símbolo: el símbolo se realiza hoy.

Todas las iglesias católicas, hermanas de la Iglesia romana, envían á JESUCRISTO los afectos de su corazón, y elevan esta vez, la misma que le fue elevada por las hermanas de Lázaro: Señor, aquel á quien tanto estimas está enfermo: *miserunt ergo sorores ejus ad eum, dicentes: Domine, ecce quem amas infirmatur.*

Detengámonos aquí, y preguntémosnos: ¿quién es, ó qué es, lo que tanto estima el Señor, y que está enfermo hoy? y solo así podremos conocer por quien ruegan las hermanas.

Fijad la atencion en este hermoso cuadro del Cristianismo: JESUCRISTO preguntó un dia á Pedro: «Pedro, ¿me amas mas que estos?— Señor, le contestó, mucho te amo.— Pues bien, replicóle Jesús, apacienta mis corderos.— Volvió luego á preguntarle el Señor: Pero Pedro, ¿tú me amas?— Señor, le contestó, muchísimo te amo,— y le dijo entonces otra vez: Apacienta mis corderos; y JESUCRISTO insistió: «¿Sabes bien que me amas?— Entonces, Pedro, que era franco y sencillez de corazón, se entristeció y le dijo: «Pues, Señor, bien lo

«sabes cuánto te amo, — y el Señor le dijo: Apacienta mis ovejas.»

Manifiesto á todas luces está aquí el interés de JESUCRISTO en buscar seguridades de la amistad de Pedro: ¿qué cosa hubo que JESUCRISTO la preguntara tres veces? Ninguna, el amor de su discípulo parecia interesante sobremanera.

Notad además, que cuando Pedro habia dicho á JESUCRISTO una sola vez: «Te amo, — este le dijo: Apacienta mis corderos, esto es, mis fieles; cuando le hubo dicho tres veces: Te amo, JESUCRISTO le dijo: «Apacienta mis ovejas, esto es, los prelados y obispos.» Á medida que Pedro iba revelando la extension de su amor á JESUCRISTO, JESUCRISTO iba revelándole la extension de su pontificado: la plenitud del Pontificado quedó completamente comunicada á Pedro, así que Pedro hubo comunicado á JESUCRISTO la plenitud de su amor.

Si me preguntais, pues, ¿hay algo en la tierra que merezca especialmente ser llamado amigo de JESUCRISTO? os contestaré, señalándoos el cuadro que acabo de presentaros: el amigo de JESUCRISTO es el Pontificado: *Simon, amas me? etiam, Domine, tu scis quia amo te.*

Yo creo, pues, que estoy en terreno muy sólido, cuando comparo á las iglesias del Catolicismo, hermanas de la de Roma en el episcopado, á las hermanas de Lázaro, que fueron al encuentro de JESUCRISTO para decirle: *Miserunt ergo sorores ejus ad eum dicentes: Domine, ecce quem amas...*

¿Y qué añaden? *Infirmatur*, está enfermo.

¿Está enfermo el Pontificado? ¿puede ser esto? ¿No dijo Dios al establecerle: las puertas del infierno no prevalecerán contra tí? ¿el que chocará contra esta piedra se estrellará? Si está enfermo estará débil, si está débil será vencido, cederá; si cede, las fuerzas infernales habrán triunfado sobre él, ¿y dónde estará la verdad de la palabra de JESUCRISTO? *Infirmatur* el Pontificado?

Distingámonos, hermanos: os lo indiqué ya. El poder temporal del Pontificado, la influencia del Pontificado en los destinos de las naciones está algo debilitada, ó mejor se halla muy combatida: *infirmatur*, quiere decir, pues: *astiterunt reges terra, et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus.* Los reyes de la tierra se levantaron, los principes se convinieron, se aliaron contra el Señor y contra su CRISTO: dijéronse unos á otros: *dirumpamus vincula eorum et projiciamus à nobis jugum ipsorum:* rompamos las ataduras con que nos detiene, y soltemos su freno: bajo este punto de vista, el Pontificado atraviesa una época de amargura: bajo este punto de vista, las iglesias hermanas de la Iglesia de Roma, silla del Pontífice, envían al Señor esta plegaria: *tu amigo está enfermo. Ecce quem amas infirmatur.*

Pero la Providencia, señores, contesta á las hermanas afligidas: No temais, esta enfermedad no es de muerte, sino para dar gloria á Dios, y para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella: *ut glorificetur Filius Dei per eam:* á la Iglesia así ansiosa contestale el Señor: «Tú eres,

«ó esposa mia, tú la que te presentas descolorada por el ardor de la «persecucion, temiendo que vagueando no caigas en las redes que «te preparan mis enemigos, que son los tuyos, por lo que buscaste «con anhelo dónde está mi sesteadero del mediodia, á fin de que, «descansando á mi sombra, estés á salvo de todos los adversarios, y «tranquila apacientes tus rebaños, y los conduzcas sin quebranto «hasta las tiendas de los pastores. Te veo tímida ante tantas dificul- «tades, tantos perseguidores y tantas insidias; mas animate, espo- «sa, animate, yo prometo darte fuerza y robustez hasta que pue- «das compararte al tren de guerra que Salomon poseyó igual al de «Faraon, y con el que cantas victoria de todos los enemigos. Yo te «llamo á la guerra, yo te doy por destino sujetar el mundo entero á «mi poder, á fin de que el príncipe del mundo sea de él arrojado, á «fin de que aquellos de mis hermanos, que él, el diablo, tiene cauti- «vos, reciban la libertad. Yo te suministraré apóstoles y apóstólicos «varones, que, como generosos caballeros, se lanzarán al mar y re- «correrán rápidamente el orbe, y llevarán á mis piés pueblos de to- «das las regiones, ansiosos de adorarme !»

El triunfo está, pues, prometido: la tribulacion no es sino su pre- sagio; como el humo revela el fuego, y la lucha precede á la victo- ria, así antes de brillar la gloria de Cristo aparecen las tentaciones del Anticristo².

Por triste que sea lo que vemos, no es mas triste que lo que nos ha sido anunciado. No lo dudemos: el Señor se reirá de los que se han congregado contra su Cristo: *Qui habitat in calis irridebit eos*; el Señor te enviará, santo Pontífice, desde Sion la vara de su fortaleza para que domines en medio de tus enemigos: *dominare in medio inimicorum tuorum*.

El Señor lo ha jurado, y no se arrepentirá, á su diestra estará su mano, en el día de su enojo él dispersará á los reyes: *confregit in die ira sue reges*; establecerá su tribunal en medio de las naciones: *judicabit in nationibus*, y arruinará lo que contra él hayan edificado: *implebit ruinas*; y á estas cabezas, llámense como se llamen, no importa el nombre que lleven, que veis erguidas contra él, el Señor las hará besar el polvo: *conquassabit capita in terra multorum*; y el sumo sacerdote levantará su cabeza, á través de las cabezas humilla- das, porque habrá bebido tranquilo del torrente de la amargura: *de torrente in via bibet; propterea exaltabit caput*.

Levantará su cabeza ¿quién? el Pontificado, del cual las iglesias de la tierra dicen hoy al Señor: *Domine, ecce quem amas infirmatur*, levantará su cabeza, luego: *infirmus hac non est ad mortem*; luego es para que Dios sea glorificado por ella.

Volved la vista algunos años atrás, hermanos; enviad vuestra ima- ginacion hasta á principios del siglo, decid: ¿qué veis en la fachada

¹ Alápide, In Cant. cap. 1. — ² San Juan Crisóstomo.

del siglo? dos figuras: la de un gran capitán, la de un pobre Ponti- fice; un soberbio emperador, un manso prisionero; la lucha del im- perio con el sacerdocio, perfectamente simbolizada en Napoleon I y Pio VII; decíase entonces: «El Pontificado concluyó, ya no habrá mas «Papa; ¿de quién fue la victoria? Pio VII fue arrojado de su trono, reducido á cautividad: durante su peregrinacion forzosa, «llevaba «en su bolsillo dos reales y medio; pero recobró el Vaticano: cuando el «general Radet intimó la orden del destierro á Pio VII, Bonaparte te- «nia las manos llenas de reinos y de imperios; ¿de qué le aprovecha- «ron ?» Á cada uno de vosotros, los que sois ó fuisteis perseguido- res de la institucion amiga de JESUCRISTO, yo dirijo esta palabra que fue escrita para un tirano de Egipto: «¿Dónde están ahora, Faraon, «tus cetros, tus carros, tus campamentos? ¿dónde tu potencia, tú, «que habitabas en medio de tus rios, y devorabas desde ellos las gen- «tes? ¿cómo no repites esta tu palabra: *no hay señor sobre de mi; mio es el torrente, yo mismo me crié?* ¿Cómo caíste del cielo, Lucifer, «que tan de mañana orientabas? Despojaste á los hebreos, y hoy te «despojas tú mismo; sumergiste á los niños de aquellos en el mar «Rojo, hoy te sumerges en el mar de tu sangre; los devoraste, hoy «los peces te devoran, estás convertido en comida de cuervos y de «pueblos etiópicos... hundióse en el abismo tu soberbia: los gigan- «tes, los reyes y los tiranos caidos salieron al paso, diciendo ale- «gres: ¡Y tú has sido derribado como nosotros, eres ya nuestro se- «mejante! ¿No eres tú, por ventura, el que conturbabas la tierra? «¡ya estás solo! Ya los diablos claman: *Ven; Faraon; habita con nos- «otros*».

No en vano el Pontificado se llama el amigo del Señor; el Señor confirma su amistad con él, vengando las injurias que de los ini- cuos recibe: los imperios que contra él se han levantado, han caido precipitadamente, y ¿cómo no?

Un día la mujer de Finees, penetrada de dolor, llamó al niño Ica- bod, y le dijo: «Acabóse la gloria de Israel, á causa de haber sido co- gida el arca de Dios¹...» Pero la mujer se equivocó: el cautiverio del arca no tardó en poner de manifiesto su gloria: escuchad un momento.

Llevada que fue el arca á la ciudad de Azoto «metiéronla en el tem- plo de Dagon, colocándola junto al ídolo de este. Mas al otro día, «habiéndose levantado muy temprano los azocios, hallaron que Da- gon yacia boca abajo en el suelo delante del arca del Señor, y alza- ron á Dagon y le pusieron en su lugar.

«Al día siguiente, levantándose tambien de madrugada, encontra- ron á Dagon tendido en tierra sobre su pecho delante del arca del «Señor; mas la cabeza de Dagon y las dos manos cortadas *del tron- co* estaban sobre el umbral de la puerta.

¹ Chateaubriand, *Memorias de Ultratumba*. — ² Alápide in Exod. — ³ I Reg. 11.

«De suerte, que solo el tronco de Dagon habia quedado allí *donde cayó...* tras esto la mano del Señor descargó terriblemente sobre los azocios, y los asoló... Viendo lo que los vecinos de Azoto, dijeron: «No quede mas entre nosotros el arca del Dios de Israel, porque es muy pesada su mano sobre nosotros y sobre nuestro dios Dagon.

«Y habiendo enviado á buscar todos los sátrapas ó *principes* de los filisteos, les dijeron: ¿Qué harémos del arca del Dios de Israel? á lo que respondieron los geteos: Llévese por los contornos. Llevaron, pues, el arca del Dios de Israel de un lugar á otro.

«Y conforme la iban así conduciendo de ciudad en ciudad, el Señor descargaba su mano sobre ellas, causando una mortandad grandísima... Y enviaron el arca de Dios á Accaron. Mas llegada que fue allí, exclamaron los accaronitas, diciendo: Nos han traído el arca del Dios de Israel para que nos mate á nosotros y á nuestro pueblo.

«Por lo mas hicieron que se juntasen todos los sátrapas de los filisteos, los cuales dijeron: Devolved el arca del Dios de Israel y restituyase á su lugar, á fin de que no acabe con nosotros ni con nuestro pueblo¹»

Yo no sabria encontrar una pintura mas exacta de los efectos del cautiverio pontificio: es el Pontificado un arca, señores, que ha de estar fija en su lugar, porque desde su lugar todo lo vivifica, pero fuera de su lugar todo lo mata; desde su lugar todo lo sostiene, fuera de su lugar todo lo derriba. Dios le ha prometido gloria, y la gloria no puede faltarle. Cuando está en su lugar no le falta jamás la gloria de la veneracion y respeto de los imperios, del amor y de la fidelidad de los pueblos: si se le quita esta gloria, arrancándola del lugar en el que los pueblos y los imperios van á rendirsela, entonces Dios le proporciona otra; Dios le proporciona la gloria de arruinar toda gloria.

Cuando Pio VII fue cautivo, la cristiandad dijo azorada, como la mujer de Finees: «Acabóse la gloria de Israel, á causa de haber sido cogida el arca del Señor.»

Pero, al poco tiempo, vióse, á los piés del arca, la cabeza y los brazos del imperio de Napoleon: toda la tierra se habia conmovido; la sangre de los hijos del pueblo derramábase á mares; la Europa clamó á una voz: devolved el arca del Dios de Israel, y restituyase á su lugar, á fin de que no acabe con nosotros y con nuestro pueblo; el arca derribó á Dagon.»

¡Qué gloria, la gloria de que la persecucion rodea al Pontificado!

Ya en aquellos tiempos Dios permitió la rebelion de Coré, para que se hiciera mas manifiesta la legitimidad del sacerdocio de Aaron: considerando lo cual dice Orígenes: «No puede resplandecer la gloria de los fieles y sacerdotes de Dios, sin que la ponga de relieve la

¹ I Reg. v.

«reprobacion y testigo de los infieles. Por ello Coré puede ser considerado como el tipo de los herejes y pseudo-sacerdotes.»

En aquellos tiempos permitió tambien Dios que José, el heredero de Jacob, símbolo del Pontificado que recibió de JESUCRISTO las llaves del reino de los cielos, fuese afligido, cautivo, vendido y calumniado, á fin de que pudiera decir un dia á los mismos autores de sus penas: «aquella esclavitud me proporecionó este principado; aquella venta fue la causa de esta mi gloria; aquella afliccion me produjo este honor; de aquella envidia emanó este mi encumbramiento¹» Repetid en nombre del Pontificado las palabras que acabo de pronunciar en nombre de José, y habréis hablado con toda exactitud.

Si, cuanto mas vendida y ultrajada veais la Silla pontificia, mas claro veréis el influjo de su poder y la importancia de su destino en la tierra: las persecuciones son las trompetas que anuncian al mundo sus triunfos del porvenir; su victoria tiene de extraordinario que es conseguida siempre, indefectiblemente cuando sus enemigos han anunciado su derrota. «¿Qué poder es este, preguntó un dia el capitán del siglo, que reina sobre los espíritus, y deja los cuerpos para los demás poderes? para él la vida, para nosotros solo los cadáveres?» ¿Reina sobre la vida el Pontificado? ¡Ah! pues, combatir el Pontificado es combatir la vida, es propagar el imperio de la muerte.

Séanos permitido, pues, terminar esta série de consideraciones, dirigiendo á los cristianos hoy afligidos las siguientes palabras de Filon: «No os arredreis, ó hebreos; vuestra enfermedad es el poder que punzará y azotará á los egipcios que intentan expulsaros de la tierra: saldréis ilesos de tantas calamidades, y cuando se creará que sois devastados será mayor el brillo de vuestra gloria...»

Siempre la misma tranquilizadora conclusion: la enfermedad del Pontificado no es para su muerte, sino para que la gloria de Dios se manifieste en ella: *Infirmus hæc non est ad mortem, sed ut glorificetur Filius Dei per eam.*

III.

Y ¿cómo se manifestará la gloria de Dios de resultas de las presentes tribulaciones del Pontificado? En tres puntos principales: en el mismo Pontificado, en el pueblo, y en la familia del Pontificado. Veamos lo último.

La familia del Pontificado la componen todas las familias católicas de la tierra: la gloria de Dios brilla en ellas á causa de los actuales combates contra el Pontificado, pues que todas se agrupan á él, todas le dan testimonios manifiestos de amor, todos los síntomas de galicanismo y de cualquiera otra especie de nacionalismo religioso desaparecen; todas las hermanas claman á una: *Domine, ecce quem amas*

¹ San Juan Crisóstomo, hom. LXIV in persona Joseph.

infirmatur. Espectáculo de union que no ha sido dado á todos los tiempos contemplar, y que los venideros apreciarán mas que nosotros.

Veamos lo segundo; la gloria de Dios se manifestará en el pueblo: 1.º porque el pueblo será testigo de la predileccion de la Providencia por el Pontificado, puesto que, no lo dudeis, se repetirá esta vez lo que muchas otras; cuando los padecimientos y los ultrajes llegaren á cierto grado, el cielo lanzará un gemido terrible, y la historia dirá que JESUCRISTO *infremuit*, como en Betania; 2.º porque el pueblo experimentará que las desgracias del Pontificado son las suyas; puesto que, ¿pensais que sobre las ruinas del imperio temporal del Pontificado, imperio que ha sido siempre de misericordia y de amor, puede levantarse un imperio popular, un imperio benéfico? os lo aseguro, no. Solo la espada de Neron puede reemplazar la cruz de JESUCRISTO.

Un dia, un sicario asesino á un ministro del Papa: el puñal del asesino fue paseado pública y procesionalmente por Roma: pues qué, ¿pensais que los que quieren derribar el trono del Papa quieren derribarlo para labrar la felicidad pública? ¿Creeis que lo quieren para establecer una república, ó una monarquía constitucional? No, no podeis pensarlo: sobre las astillas del trono en que están sentados todos los principios, no puede constituirse sino la anarquía. Nadie tiene derecho á reinar allí; si nadie tiene derecho, todo reino allí constituido ha de ser ilegal, y por lo tanto despótico.

Si viniera esta desgracia, repito que la gloria del Señor brillaria sobre el pueblo, puesto que el pueblo tomara en hombros al Papa y lo volveria á Roma, clamando: *Devolvamos el arca del Dios de Israel y restituyámosla á su lugar, á fin de que no acabe con nosotros y con nuestro pueblo.*

Veamos lo primero; la gloria de Dios se manifestará en las tribulaciones actuales en el mismo Pontificado, porque si se pretende atar las manos y los piés del Papa, como si fuera un cadáver; si se quiere echar una especie de sudario sobre la cabeza de la Iglesia, si se quiere poner sobre ella una losa de ignominia, otra vez los siglos presenciaron como la Iglesia se prostra á los piés de JESUCRISTO, para decirle como Marta: *Si fuisses hic, frater meus non fuisset mortuus*; y verá á JESUCRISTO enternecerse al ver las humillaciones de aquel que tres veces coronó, y los pueblos dirán: *Ecce quomodo amabat eum*; y JESUCRISTO lanzará otro quejido doloroso, y *fremens in semetipso* vendrá, no tardarán cuatro dias, al lugar donde la gloria del Pontificado estuviera sepultada, y dirá á los buenos, débiles y espantados: «Haced un esfuerzo, quitad la losa de este sepulcro;» y si alguno dijere como Marta: «Señor, ofenderán al mundo los olores de esta institucion calumniada, que cuatro dias hace se sepultó,» JESUCRISTO le contestará: *Nonne dixi tibi quoniam si credideris videbis gloriam Dei?*

Y se levantará la ignominia, y JESUCRISTO dirá al Pontificado: *Veni foras*, levántate; y se elevará hasta á la plena independencia, y JESUCRISTO dirá á sus discípulos: «Quitadle las ataduras, queden libres sus manos de herir y bendecir, queden libres sus piés de marchar á donde quiera: *Sinite eum abire.*» Revolucion, tú diste cadenas al Pontificado; Pontificado, yo te doy libertad: *Sinite eum abire.*

Y oiréis entonces á los que hoy irguen su cabeza ante el Pontificado, como invocan los montes para que les sepulten, por cuanto les es intolerable vivir: y muchos que hoy no creen, creerán; pero en aquel dia, muchos que en el presente dicen: el Pontificado se va, se habrán ya ido; muchos de los que dicen: el Pontificado cae, habrán ya caído.

Gloria y libertad al Pontificado, esta es la voz de JESUCRISTO: *sinite eum abire*; gloria y libertad al Pontificado, esta es la voz de la Iglesia: *sinite eum abire*; gloria y libertad al Pontificado, esta es vuestra voz y la mia: *sinite eum abire.*

Y tambien bajo este punto de vista fuiste tú, Virgen purisima, el tipo ó modelo del Pontificado: porque ¿de quién son hijas tus glorias sino de tus dolores? ¿no eres la mujer mas bendita porque fuiste la mas atribulada? ¿no eres la mas gloriosa porque la mas sufrida? No brillarian en tu sien augusta, como régia corona, los siete dones del Espíritu Santo, en la plenitud con que brillan y fulguran, si antes no se hubieran visto en tu corazon las siete espadas de la amargura mas penetrante: ni la tierra toda te saludaria reina del cielo si no hubieses sido la doncella de Nazaret, la pobre de Belen, la expatriada en Egipto, la madre desolada del Calvario: ni seria tu nombre la dulzura del universo si no hubiera sido pronunciado en el colmo de la amargura del paraíso.

Llegaste, pues, Señora, á la cumbre de la gloria por la cuesta del sacrificio; pero llegaste ya, te sentaste ya, reinas ya, la region en que habitas es serena, tu presente es inmutable: como fuiste confirmada en el dolor, y confirmada en la gracia, así eres confirmada en la gloria: glorioso es tu porvenir, como glorioso es el porvenir del Pontificado. Nada debes temer respecto al glorioso porvenir de tu nombre y de tu culto en la tierra. La auréola de que te han rodeado los siglos es cada dia mas brillante y mas hermosa; el mundo entero se baña con su luz, se esmalta con su resplandor. Para destruir tu gloria seria preciso ya destruir el hombre, la sociedad, el mundo; pero el mundo permanece, la sociedad se perfecciona, el hombre se multiplica, tu porvenir es glorioso, tu nombre es inmortal, tu reino es indestructible. Escribe nuestros nombres en la estadística de tus queridos.

Debo declarar concluido este curso de conferencias: yo os doy las gracias, del fondo de mi corazon, queridos hermanos, por la puntualidad, constancia y atentos ademanes con que habeis asis-

tido á ellas: la doctrina ha sido buena, los temas oportunos, solo ha faltado que el desarrollo correspondiese á su importancia. Yo he visto aquí hombres de todas las escuelas, y nada hay que sea tan satisfactorio á mi corazón; también he visto aquí una porción de jóvenes, esperanza de la sociedad y gloria de la patria, de lo que me he alegrado tanto más, en cuanto yo creo que la regeneración debe elaborarse en la juventud.

Después de oídas mis defensas del Pontificado, creo que ninguno de vosotros pensará en acusarme de haber abogado ni contra la civilización ni á favor de retrogradismo alguno. He defendido la justicia, he apologado la equidad, he señalado con el dedo la rectitud y la pureza, y nada habeis podido oír en mí que os revelara mezquinos deseos ni interesadas pasiones. El Pontificado es un principio sobrenatural del orden humano: apoyándolo, yo no he hecho más que apoyar la base del progreso y de las edificaciones de todo espíritu que se proponga algo más que demoler.

La inmaculada Virgen María me ha ofrecido, con el recuerdo de su vida, un punto de semejanza en que estudiar el Pontificado: yo no creo haber violentado los hechos para amoldarlos á un paralelo, que no lo busqué para desarrolláloslo, sino que os lo he desarrollado porque se presentó por sí mismo y con todas las pruebas de exactitud.

Quedamos, pues, amigos, hermanos: nos hemos frecuentado nueve días consecutivos, por lo tanto nos conocemos ya: la caridad del Señor nos ha unido con un lazo especial, y á pesar de ser tanta maldumbre, estoy persuadido que solo un espíritu nos alienta y nos vivifica.

Un espíritu! el mismo espíritu de María, el mismo espíritu del Pontificado, el mismo espíritu de Jesucristo, el mismo espíritu del Padre, el mismo Espíritu Santo con quien y por quien deseo que todos reinemos y permanezcamos por los siglos de los siglos. Amen.

ANALOGÍAS

ENTRE

EL CUERPO, EL TRÁNSITO, LA CORONA Y EL IMPERIO

DE MARÍA Y DE LA IGLESIA.

OCHO CONFERENCIAS

PREDICADAS

EN LA PARROQUIAL DE N.^{TRA} S.^{RA} DE LOS REYES.

CONTINUACION DE LAS NUEVE ANTERIORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tido á ellas: la doctrina ha sido buena, los temas oportunos, solo ha faltado que el desarrollo correspondiese á su importancia. Yo he visto aquí hombres de todas las escuelas, y nada hay que sea tan satisfactorio á mi corazón; también he visto aquí una porción de jóvenes, esperanza de la sociedad y gloria de la patria, de lo que me he alegrado tanto más, en cuanto yo creo que la regeneración debe elaborarse en la juventud.

Después de oídas mis defensas del Pontificado, creo que ninguno de vosotros pensará en acusarme de haber abogado ni contra la civilización ni á favor de retrogradismo alguno. He defendido la justicia, he apologado la equidad, he señalado con el dedo la rectitud y la pureza, y nada habeis podido oír en mí que os revelara mezquinos deseos ni interesadas pasiones. El Pontificado es un principio sobrenatural del orden humano: apoyándolo, yo no he hecho más que apoyar la base del progreso y de las edificaciones de todo espíritu que se proponga algo más que demoler.

La inmaculada Virgen María me ha ofrecido, con el recuerdo de su vida, un punto de semejanza en que estudiar el Pontificado: yo no creo haber violentado los hechos para amoldarlos á un paralelo, que no lo busqué para desarrolláloslo, sino que os lo he desarrollado porque se presentó por sí mismo y con todas las pruebas de exactitud.

Quedamos, pues, amigos, hermanos: nos hemos frecuentado nueve días consecutivos, por lo tanto nos conocemos ya: la caridad del Señor nos ha unido con un lazo especial, y á pesar de ser tanta maldumbre, estoy persuadido que solo un espíritu nos alienta y nos vivifica.

Un espíritu! el mismo espíritu de María, el mismo espíritu del Pontificado, el mismo espíritu de Jesucristo, el mismo espíritu del Padre, el mismo Espíritu Santo con quien y por quien deseo que todos reinemos y permanezcamos por los siglos de los siglos. Amen.

ANALOGÍAS

ENTRE

EL CUERPO, EL TRÁNSITO, LA CORONA Y EL IMPERIO

DE MARÍA Y DE LA IGLESIA.

OCHO CONFERENCIAS

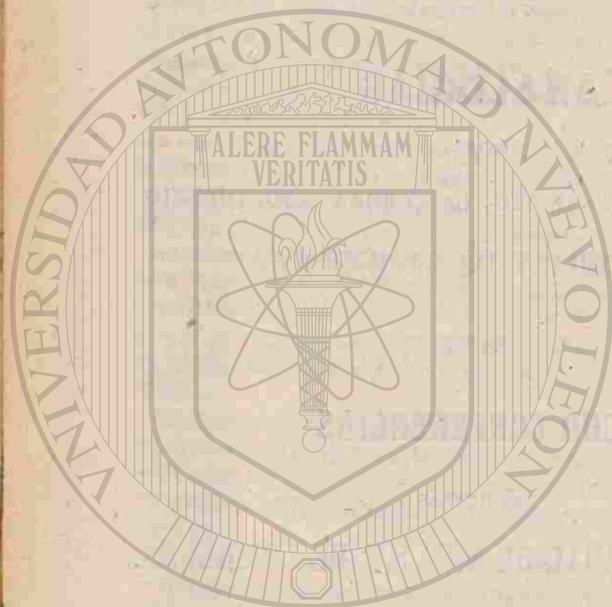
PREDICADAS

EN LA PARROQUIAL DE N.^{TRA} S.^{RA} DE LOS REYES.

CONTINUACION DE LAS NUEVE ANTERIORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CONFERENCIA DÉCIMA.

El tránsito de María y relaciones de su cuerpo con la Iglesia.

Existe una perfecta semejanza entre el tránsito, la corona y el imperio de María y de la Iglesia.

- I. Misión de JESUCRISTO y de María.—Educación de la Iglesia por María. —Desarrollo de espíritu en que María la vió.—Afectos de María en el último período de su vida.—Significado de la predilección de María á Juan.—Fraseología de la esposa de los Cantares en boca de la Virgen.—Proclama de Débora y coloquio con su pueblo reproducido entre María y la Iglesia.
 - II. El martirio de amor que María sufrió nada disolvió en la persona de María.—Glorificación del cuerpo de María.—Semejanza entre el cuerpo de María y el de la Iglesia.
- Oportunidad de repetir la apología de la Iglesia y de su cabeza; misión del sacerdote sobre este particular.—Qué lenguaje debe oponerse al que la revolución usa respecto de Roma y del Pontificado.—¿De quién es Roma?—Quién y á qué precio la compró.

Hermanos: Ocho meses van cumpliéndose que tenia el gusto de veros cotidianamente agrupados al rededor de la sagrada cátedra en otro templo de esta capital; tambien os llevaba allí el impulso de vuestro amor á María, y allí tambien me llevaba la fuerza de la íntima satisfacción que siento en proclamar sus glorias: llenásteis de puro consuelo mi corazón sacerdotal con vuestra constancia, con vuestra piedad, con aquella actitud elocuente con que escuchásteis el paralelo entre la concepción, la maternidad y la vida de la inmaculada Virgen María, y la concepción, la maternidad y la vida del Pontificado. Pero pocas son nueve conferencias para trazar un plan tan vasto: así es que se nos agotó antes el tiempo que la materia, y tuvimos que dejar grandes vacíos en su ejecución; pocos días despues de terminadas aquellas conferencias se me dispensó el honor de invitarme á dirigiros la palabra en este solemne octavario: no vacilé en aceptarlo, ya que me pareció vislumbrar en esto la voluntad de la santísima Virgen de que me ocupara de su muerte, de su coronación y de su reinado, despues de haberme ocupado de su concepción, de su maternidad y de su vida.

Es, pues, natural que ya que María me llama al punto mismo que

yo la dejé, ocho meses cumplirán mañana, reanude aquellas conferencias, y termine, ó á lo menos adelante la demostracion de las consoladoras analogias entre la Virgen y la Iglesia.

No he debido, pues, yo abrir camino á mi discurso para ocuparos estos dias: el camino lo tenia abierto: ya que no pude ocuparme en diciembre del reino de Maria, despues de la vida, de su cetro, de su corona, de su trono, como á simbolo del trono, de la corona, del cetro, en fin, del reinado de la Iglesia, fácil me será ahora trazar aquel paralelo, que, aunque borroneado, ha de ser interesante á todas luces.

Hemos de estudiar la semejanza íntima entre el tránsito de Maria y el tránsito de la Iglesia al trono; entre la exaltacion de Maria y la exaltacion de la Iglesia; entre los elementos esenciales y característicos del gobierno de Maria, y los elementos esenciales y característicos del gobierno de la Iglesia.

No tengo necesidad de moverme de mi terreno: bastaráme levantar el velo de las analogias entre ambos imperios para que os convenzais de la mala posicion de los defensores de ciertos principios y teorías tan anticatólicas como antisociales.

Yo no me moveré del templo; yo no os conduciré sino del lecho de Maria al trono en que está sentada á la diestra de Dios Padre: á mí no me importa sino enseñaros cómo Maria muere, cómo ella se eleva y cómo es coronada y quién la corona: y cuando sea completo el paralelo entre su corona, su elevacion, su tránsito y el de la Iglesia, dejaré á vuestro cargo deducir las antirevolucionarias consecuencias que reclame vuestra buena lógica.

Me propongo ser breve; el rigor de la estacion lo exige: deberé, pues, ser muy conciso: os entregaré los principios en rama: vuestra inteligencia los trabajará.

Hoy me limitaré á perflaros el plan del nuevo paralelo: su base está en esta verdad: Maria, como la Iglesia, tuvo una vida natural, al fin de la que, Maria, como la Iglesia, empezó una vida perpétua: el tránsito de la una á la otra vida se asemeja en la Iglesia y en Maria.

Señora, necesito tu favor: un santo Profeta cierto dia exclamaba: *Cui comparabo te? cui assimilabo te, filia Jerusalem?* Hija de Jerusalem, ¿con quién te compararé? ¿con quién te manifestaré ser tú semejante? Yo me propongo, santa Maria, acabar de responder á esta pregunta: solo es digna de compararse á tí la Iglesia que, como á hija, á tu regazo JESUCRISTO la dejó, al bajar al limbo: sí, á la hija se parece la Madre: á los dos venimos á contemplar, Señora: *Dios te salve.*

I.

La Iglesia tiene un Criador y una Madre: ha sido hecha y educada: el criador de la Iglesia es el Verbo; la madre de la Iglesia es Maria:

la mision del Criador concluyó mucho antes que la mision de la Madre, pues la mision de esta empezó al terminar la mision de aquel. Subíos al Calvario, medita estas palabras que fueron pronunciadas allí, y veréis confirmado lo que os digo: JESUCRISTO, pendiente de la cruz, dijo á Maria, señalando á Juan en aquella hora representante de la Iglesia: *Mulier, ecce filius tuus.* Mujer, eres Madre del discípulo imperturbable y fiel; y luego de haber depositado en los brazos de la mujer fuerte al discípulo débil, «está concluida mi mision,» dijo: *Consummatum est:* la criatura está hecha, solo falta educarla: el Criador se va, la Madre entra: JESUCRISTO muere, Maria le sobrevive.

Notadlo: Maria era la educadora de la Iglesia: por esto los cristianos se acercaban á ella el corazon desvanecido de ternura, el pecho palpitante de puro entusiasmo: no para pedir de ella autoridad, sino amor; no para pedir de ella leyes, sino costumbres; no para pedir de ella verdad, sino pan.

La solicitud maternal de la Virgen no faltó á la Iglesia un solo instante: la sociedad, que habia visto cumplidos los antiguos vaticinios en la concepcion, maternidad y vida de la Virgen de Isaías; que habia contemplado al Niño salvador meciéndose en los brazos débiles de una modesta artesana, huir sentado en su regazo de Galilea á Egipto; veia tambien los portentos de humildad, los rasgos fenomenales del amor, las pruebas concluyentes de la sabiduría de la Virgen en la educacion de la obra que á su sombra creó el Verbo; veia la santidad de esta mujer, á la que el Verbo acudió siempre, notad, siempre que hubo necesidad de una Madre: á ella llamó, cuando quiso encarnarse él mismo: *Ecce concipies et paries filium, et vocabis nomen ejus Jesum:* primera maternidad: á ella llamó, cuando quiso no dejar huérfana su Iglesia predilecta: *Ecce filius tuus:* segunda maternidad.

Los pueblos vieron que Maria, como habia cumplido con la primera maternidad, cumpla con la segunda.

Llegó el tiempo en que la Madre pudo decir lo que un dia el Criador: *Consummatum est:* los extremos de la tierra, el mar y el mar, habian oido la voz de los Apóstoles; el Cristianismo era conocido de los políticos, de los sábios y de los pueblos: veinte y cuatro años hacia que la Virgen santa habia visto á su Hijo elevarse como ligera nube por el espacio, y que habia oido la voz de los coros angélicos que rodeándole clamaban: *Attollite portas, principes, vestras, et elevamini porte eternales, abrios, abrios, si, eternas puertas del cielo, abrios: et introibit Rex gloriae.*

La presencia de Maria en medio de la Iglesia habia producido ya su efecto: ella era el testimonio vivo de la verdad de la encarnacion; á ella podian ir á consultar de viva voz los judíos y gentiles que de buena fe dudaran de la exactitud de las predicaciones apostólicas: ella era como el arca donde se custodiaba el espíritu de union y de fortaleza que llevó del cielo el Hijo de Dios: á ella podian ir, é iban

á pedir valor los confesores, y á pedir un voto de gracias los cristianos que alegres habian padecido y triunfado por la ley de JESUCRISTO: viviendo Maria, la Madre del divino Maestro, ¿qué apóstol podia rasgar la túnica inconsútil de la santa Iglesia?

María vió, pues, á la Iglesia perfectamente educada y desarrollada; *educada*, porque sus hijos se amaban tiernamente, generosos se repartian el pan; no habia entre ellos mio ni tuyo, demostraban la verdad de esta palabra: *Quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum: desarrollada*, porque ya los hijos de la Iglesia no se contentaban con creer en JESUCRISTO: su cristianismo era mas robusto, aspiraban á morir por JESUCRISTO; los discípulos no huían ante la cohorte judaica; la buscaban: no les atemorizaba un peloton de gente indisciplinada, tenian ánimo, tenian valor para desafiarse á los mismos Césares: Pedro ya no negaba á JESUCRISTO, como en el atrio del pontífice Anás; lo habia confesado ya hasta en la cárcel Mamertina, dando con su confesion seguridad á María que sabia sufrir la muerte como habia sufrido las cadenas: los discípulos de JESUCRISTO ya no se contentaban con tender á su paso follaje de palmera y olivo y con clamar: *Hosanna, hosanna* al Hijo de David: en vez de derramar flores derramaban su propia sangre en el anfiteatro de Roma y en las plazas de todas sus provincias; en fin, la madre de la Iglesia, María, podia decir con toda certeza que su hija estaba perfectamente educada y robustecida, y por lo tanto que su mision quedaba terminada: *Consummatum est.*

Entonces entró en aquel periodo de su vida, contemplándola en el que san Bernardo le pregunta:

«¿Qué tienes, Señora, que así pareces enferma y decaida? ¿por qué estás triste y perezosa hasta al punto de no visitar los lugares donde cada dia apacentabas tu amor? Ya no te vemos subiendo la peña del Calvario y derramando lágrimas en el agujero de la cruz, ni postrada á la sombra del sepulcro del Hijo adorando la gloria de su resurreccion; ni en el monte Olivete besando la última huella que Jesús dejó impresa en su cumbre al subirse á los cielos...

«¿Desfallezco! contesta. Y ¿por qué, Señora? ¿Cómo puede entrar el desfallecimiento en un cuerpo en el que habitó la salud del mundo? ¿Puedes ser víctima de enfermedad alguna tú, que llevaste en el seno por tanto tiempo á aquel de cuyo cuerpo salia una virtud que á todos curaba, de modo que al contacto de un solo hilo de su vestido cesaban los flujos de sangre?

«No os admireis, contesta: recordadlo, tambien el cuerpo de mi Hijo se encontró á veces enfermo, y voluntariamente necesitado: «á mí me consta bien, porque yo le llevé en el útero y lo alimenté de mis pechos, y lo calenté en mi regazo: y no solo le ví defectuoso en la infancia, sino tambien en las edades posteriores; yo le asistí en lo que pude, hasta presenciar, no sin amargura inmensa, los ludibrios y suplicios de su pasion y de su cruz, viendo confirma-

«das en cada cosa estas palabras de Isaías: *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit.*

«¿Por qué, pues, me quejaria de que el Señor no dé á mi cuerpo lo que al suyo no concedió? No soy tan soberbia ni delicada, que no pueda, ó no quiera aceptar los sufrimientos que él aceptó. De él recibí la sanidad como de él recibí la santidad: la santidad del cuerpo me la dió haciéndome concebir el suyo; la sanidad me la tiene prometida, y me la dará suscitando mi cuerpo de la tierra como suscitó el suyo del sepulcro.

«No os admireis, pues, si desfallezco: mas me abate la impaciencia del amor que la vehemencia del dolor; estoy mas herida por la caridad que postrada por la enfermedad.

«Y los hijos le contestan: ¡Masay! ¡cuán frecuentes han sido las causas de vuestro decaimiento! Buen Jesús, ¿cómo puede ser que desde que os engendró, esta vuestra Madre casi siempre se haya visto postrada y lánguida? primeramente desfallecida por el temor, después por el dolor, ahora por el amor. El temor la postró desde el parto á la pasion, viendo la vida de su Hijo á merced de las insidias enemigas; el dolor la afligió durante el tiempo de la pasion hasta que le recibió resucitado; hoy el amor y el deseo le martiriza mas feliz pero no menos vivamente, porque no os posee, estando Vos sentado en los cielos. ¿Cómo, buen Jesús, siendo como sois el fruto del gozo, os haceis por tanto tiempo causa del martirio y continua transfixion de las entrañas que os son mas caras?

«Y tú, Señora, suplicámoste nos digas, ¿qué quieres te hagamos? ¿Deseas que resida á tu lado para servirte Gabriel, el arcángel que mereció asociarse en el ministerio á los prodigios de la encarnacion?

«Y ella contesta: No es necesario: me basta mi nuevo ángel en carne, el discípulo á quien Jesús amaba, de cuyo amor me dejó heredera cuando mutuamente nos recomendó en la cruz; nada me es tan agradable como sus servicios, porque nada tan casto como su conversacion y afecto, nada mas suave que sus costumbres, nada mas integro que su fe, nada mas santo que sus discursos.

«Pero nosotros, replican los hijos, ¿en qué podremos serte agradables.

«Y ella contesta: Hijas de Jerusalem, anunciad al amado que desfallezco de amor: él sabe cómo ha de curarme esta herida¹.

María, aspirando solo á la compañía de Juan, representante de la Iglesia del Calvario, y de los Apóstoles, representantes de la Iglesia de los siglos, manifestaba bien de quién era madre y qué destino habia cumplido. Y rodeada de la Iglesia, fueron creciendo en su corazon siempre las ansias de unirse con aquel de quien decia: «Mi amado es para mí y yo soy de mi amado.» parecióle entonces que oia la voz de su amado: *Vox dilecti mei.*

¹ S. Bern. Serm. III de Assumpt.

Y la oyó; sí, la oyó: «Vedle, dijo, vedle como viene así saltando «por los montes, brincando por los collados: al gamo y al cervatillo «se parece: *Ecce iste venit saliens in montibus, transiliens colles: similis est dilectus meus capreae, hinnuloque cervorum.*»

Y ¿cuales eran los montes por los que JESUCRISTO se acercaba á María? eran los Apóstoles, fundamentos elevados de la Iglesia, y á los que aludió el Profeta con esta palabra: *Fundamenta ejus in montibus sanctis*: y ¿cuales eran los collados? los discípulos de los Apóstoles, que recibían de estos la luz y el poder, segun aquello otro que también está escrito: «Dios es el que ilumina desde los montes santos:» JESUCRISTO vino á María saltando de gozo, viendo la firmeza de los Apóstoles y la sumision de los discípulos, y vino, ¿cómo vino? hermanos: ¡ay! vino como cervatillo, es decir, vino á María saltando, como saltando un ciervo tierno se dirige á la fuente: vino á María, sediento de amor: *similis... hinnuloque cervorum.*

Y: «Vedle, decía María;» mas ¿á quién lo decía? á los Apóstoles, que ya mejor educados que cuando murió JESUCRISTO, no huyeron del Cenáculo, como habían huido del Calvario; se congregaron al rededor de María los que habían dejado solo á Jesús: pues bien: á los Apóstoles la Virgen decía: «Vedle como se pone detrás de la «pared nuestra, como mira por las ventanas, como está atisbando «por las celosias: *En! ipse stat post parietem nostrum:*» y ¿qué pared es esta? la pared de nuestra mortalidad: *respiciens per fenestras*: y ¿qué ventanas son estas? los cinco sentidos de JESUCRISTO, comunicaciones abiertas por medio de la encarnacion entre la divinidad y la humanidad: *Prospiciens per cancellos*: ¿á qué celosias se alude aquí? Á las puertas del cielo abierto para la tierra por órgano de la santa Iglesia.

Cuenta Filon que estando para morir Débora congregó al pueblo y le dijo: «Hé ahí que yo os instruyo, como á mujer de Dios, y como «á mujer os alumbró; oidme como á madre vuestra que soy, tomad «en cuenta mis palabras, pues todos habeis de morir. Hé ahí que yo «parto; fijad en Dios vuestros corazones durante la vida para que «no hayais de arrepentiros después de ella. Y ahora, hijos míos, escuchadme, mientras teneis tiempo de vida y luz de ley;» y al decir esto Débora, los del pueblo, que estaban congregados, prorumpieron en un llanto y clamaron: «Hé ahí que mueres, ¡oh Madre! ¿y «abandonas á tus hijos? ¿á quién los confías? Ruega por nosotros, y «después de tu muerte que esté la memoria nuestra en tu alma para «siempre.»

Un coloquio semejante al de Débora con el pueblo pasó entre María y la Iglesia; y el celo del coloquio enardeció el amor. Y aumentando el amor crecía el éxtasis, é iba clamando María: «Hé ahí que «me habla mi amado: *En dilectus meus loquitur mihi.*»

«Y ¿qué te dice, Señora, tu amado?» le preguntaba la Iglesia á su alrededor congregada; y la Virgen respondía: «Hé ahí lo que me di-

ce: Levántate, apresúrate, amor mio, paloma mia, hermosa mia y vente: *Surge, propera, amica mea, columba mea, formosa mea*; y vente: *Veni.*

«Ven; pasó ya el invierno seco, es decir, las semillas de la sangre que me diste, y que yo derramé á la tierra, arrojaron ya sus brotes; el mundo está cubierto de la vegetacion de santidad: disipáronse, cesaron las lluvias; es decir, tus ojos ya no manan lágrimas, secáronse tus mejillas: despuntan las flores cristianas en nuestra tierra, es decir, en la tierra que ha recibido nuestro cultivo; llegó el tiempo de la poda, es decir, de recoger el fruto de nuestros cuidados; la higuera arroja sus brevas, las florecientes viñas esparcen su olor, levántate, pues, amiga mia, levántate, amiga mia: *surge, amica mea, surge, speciosa mea, et veni: veni.*

«Paloma mia! ven: tú que anidas en los agujeros de la peña, *in foraminibus petrae*: y ¿qué quiere decir el Amado con esta palabra dirigida á María: «Paloma que habitas en los agujeros de la peña?» ¿De qué peña se habla aquí? Sin duda de aquella á quien consagró JESUCRISTO diciendo: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam*? Sí, queria decir el Amado: tú has fijado la habitacion junto al fundamento de mi Iglesia: *In foraminibus petrae*: María se encontraba al lado de Pedro, segun tradicion, en la hora de su último éxtasis, y hé ahí gloriosamente descubierto el significado de esta bella frase: Paloma que habitas en las rajaduras de la piedra; ven, ven, continuaba diciendole el Señor: Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce y lindo tu rostro, y en tí no hay defecto alguno; ven, hermosa.

«Ven del Líbano, esposa mia, vente del Líbano, ven: y ¿por qué la llamas, Señor? para coronarla: *Coronaberis*: serás coronada: y ¿por qué la llamas tres veces, Señor? Señor, ¿por qué le dices: ven, ven y ven? porque tres han de ser las diademas de su corona, como tres son las Personas que la coronarán: Ven, le dice el Padre: *Coronaberis*; ven, le dice el Hijo: *Coronaberis*; ven, le dice el Espíritu Santo: *Coronaberis.*»

Mientras la voz eterna descendía á los oídos castos de la Esposa del celeste Espíritu, entreabriéronse sus labios virginales, como se entreabre el capullo para arrojar la flor, y su alma voló al seno del Verbo, como el Verbo un día había volado á su seno; y los Apóstoles unos preguntaban á otros: ¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como columnita de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?

Y el amor levantó á aquella criatura que el amor había criado, y el Dios que en ella se complacia la recibió, la sentó en su trono, puso en sus sienes triple corona, compartió con ella su imperio, en fin, realizó esta bella frase de Salomon: *Astitit regina à dextris suis, circumdata varietate.*

Hé ahí la explicacion sencilla de la festividad que celebra hoy en-

tusiasmado el género humano: veamos sus analogías con la vida de la santa Iglesia.

II.

María acaba su vida natural con un martirio de amor, pero el martirio del amor nada disolvió en la persona de María: su cuerpo quedó intacto, puro, incorruptible: no se confundió con la tierra, se elevó al cielo: la santísima Trinidad puso en sus sienes la corona de gloria; de manera que el cuerpo de María quedó glorificado como su espíritu.

Yo no creo rebajar ni una línea la importancia de tan sorprendente prerrogativa, sosteniendo que al paso que con ella el Altísimo intentó premiar sus personales dotes, quiso glorificar á la Iglesia, cuyo cuerpo, el cuerpo de María simbolizaba.

Si, el cuerpo de María era el símbolo perfecto de la Iglesia.

Veámoslo:

¿Qué es la Iglesia? un cuerpo, cuya reunion de miembros constituye el cuerpo místico de JESUCRISTO.

¿Qué es el cuerpo de María? una reunion de miembros de la que se formó el cuerpo real de JESUCRISTO.

¿Qué es la Iglesia? el cuerpo que custodia la verdad, la justicia, el camino, la luz, la vida social.

¿Qué es el cuerpo de María? el receptáculo de aquel que dijo á la sociedad: «Yo soy la vida, yo soy la luz, yo soy el camino, yo soy la justicia, yo soy la verdad.»

¿Qué es el cuerpo de María? un cuerpo lleno de gracia, porque lleno del Espíritu Santo.

¿Qué es el cuerpo de la Iglesia? lo mismo, un cuerpo lleno de gracia, porque lleno del Espíritu Santo.

Del seno de María la gracia salió para inundar la tierra, del seno de la Iglesia sale la gracia, y por medio de los siete Sacramentos inunda la tierra.

¿Qué es el cuerpo de María? hélo ahí descrito en el libro de los Cantares:

Como de paloma así son tus ojos: además de lo que dentro se oculta:

¿Cuáles son los ojos de la Iglesia? Los ojos del Espíritu Santo, paloma á cuya mirada todo se manifiesta: además de lo que dentro se oculta, es decir, del pensamiento divino que sus miradas dirige.

¿Cuáles son los cabellos de María? dorados y finos como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad.

¿Cuáles son los cabellos de la Iglesia? escuchad esta elocuente respuesta de Cornelio Alápide: «Los cabellos de la Iglesia los constituyen las diversas clases del pueblo cristiano: el pueblo cristia-

no adorna la cabeza de la Iglesia primero, por su multitud y compaginidad; segundo, por su pureza, igualdad, conexión y orden; tercero, por su color, puesto que son finos y encarnados por la fe y la caridad: los cabellos de la Iglesia, dice san Gregorio, como un rebaño de cabras, puesto que los pueblos, que contemplan los misterios y practican los preceptos de la Iglesia, son limpias cabras que apacientan en las alturas: este rebaño asciende del monte Galaad: el monte Galaad quiere decir: monte del acerbo, del amargo testimonio: este amargo testimonio es el testimonio de los Mártires, rubia cabellera de la Iglesia.»

¿Cuáles pinta la Escritura los dientes de María? blancos y bien unidos, como hatos de ovejas trasquiladas acabadas de lavar, todas con dobles crias, sin que haya entre ellas ni una estéril.

¿Cuáles son los dientes de la Iglesia? los Apóstoles, trasquilados por el Señor de todo lo terreno, lavados con el Bautismo, todos fecundos en crias, en propaganda de doctrinas, en conversión de pueblos.

¿Cuáles son los labios de María? cinta de escarlata, y su hablar dulce.

¿Cuáles son los labios de la Iglesia? encarnados también; el Espíritu Santo les comunicó el fuego de la caridad en el cenáculo de Jerusalén: la voz de la Iglesia, voz dulce como la de María; María dice: «Yo amo:» la Iglesia dice: «Yo perdono.»

¿Cuál es el cuello de María? recto y airoso como la torre de David, ceñida de baluartes, de la que cuelgan mil escudos, todos arneses de valientes.

¿Cuál es el cuello de la Iglesia? la sociedad santa por su rectitud, que sostiene su cabeza, y de ella recibe inmediatamente la vida, el calor de la fe y de la caridad: verdadera torre de David, donde han colgado los escudos de sus glorias los grandes reyes, los grandes capitanes, los grandes sábios y los grandes pueblos.

Por el cuello y la torre señalase sobre todo el Pontífice romano, Vicario de JESUCRISTO, puesto que así como el cuello es el miembro que mantiene unidos los miembros á la cabeza, y un canal por el que la cabeza envía manjar al estómago, así el Pontificado es una especie de medio entre JESUCRISTO, cabeza suprema de la Iglesia, y los demás fieles, cuerpo de la misma, y estos reciben de aquel, por órgano del Pontificado, la doctrina, el régimen, la fortaleza y el espíritu.

De ahí que á san Pedro, á san Pablo, á Santiago y á san Juan, en calidad de prelados y apóstoles, se les llama columnas de la Iglesia; en ellos reside la verdadera doctrina, los monumentos que confirman la primitiva fe, la sublimidad del supremo poder y la *suspensio orum*, porque de estos los demás fieles penden y reciben la sustancia del espíritu.

La fe invicta de la Iglesia se sostiene por la fe invicta de san Pe-

dro y de sus sucesores: *Ego rogavi pro te*, los que han permanecido indeclinables condenando y combatiendo á todas las herejías de Arrio, de Macedonio, de Eutiques, de Pelagio, de Prisciliano, de Lutero, de Calvino, etc., etc.: los que resistieron con la frente muy alta á Neron, á Decio, á Diocleciano y demás tiranos, prefiriendo morir á callar.

En vista de lo que el P. Alcázar ¹ dice que por la torre, escudos y baluartes se alude á las victorias de los Mártires y admirable santidad de los ministros del Evangelio en tiempo de persecucion. Todo debido á la rectitud, ó espíritu de justicia, y blancura, ó espíritu de pureza del cuello, ó medio de comunicacion entre la cabeza y el cuerpo de la Iglesia, que es el Pontificado.

¿Cuál es el cuerpo de María? todo hermoso y sin defecto.

¿Cuál es el cuerpo de la Iglesia? bello y sin mancha.

¿Cuál es la cabeza de María? aquella sobre la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pusieron tres diademas: la diadema del poder, la diadema de la sabiduría, la diadema del amor.

¿Cuál es la cabeza de la Iglesia? el Papa, en cuya frente Dios y los siglos pusieron la tiara, y en ella las diademas de los tres imperios: el poder, la sabiduría y el amor.

¿No descubris en todo esto la semejanza entre el cuerpo de la Iglesia y el de María? yo la veo clarísima, y ved ahí por qué afirmo que otro de los motivos que tuvo el Señor para preservar de la corrupcion el cuerpo de María, fue su carácter de: Símbolo de la Iglesia.

Porque si la Iglesia es incorruptible y el cuerpo de María se hubiese corrompido, ¿no hubiera habido entre ambos una profunda desemejanza? sí, la hubiera habido: era, pues, regular que el Señor guardara incorruptible el cuerpo de aquella que hizo concebir inmaculada, para que se viera que de la cuna al sepulcro, del seno de la Madre al trono de Dios no se habia cortado el hilo de las complacientes analogías entre María y la Iglesia.

Suspendamos por hoy el discurso.

No debo deciros que creo un deber sacerdotal repetir la apologia de la Iglesia y de su sagrada cabeza, hoy que los sistemas ateos se preparan para librar la gran batalla á la civilizacion católica: si alguno creyera que se habla con demasiada frecuencia en el púlpito de la situacion de la Iglesia, desengáñese ya; la Iglesia es atacada cada hora del dia en centenares de periódicos; cada hora de la noche en centenares de clubs: la palabra revolucionaria ha hecho oír su eco hasta al *sancta sanctorum*: un hombre en cuya frente Dios puso el sello de la maldicion con que un dia selló á Cain, ha dicho: *El Pontificado es el cáncer de la sociedad*. ¿Quién ha de contestar á esto? hermanos, el sacerdote: la revolucion ataca al templo; pone

¹ Alusiones al Apoc. lib. III.

su mano nefanda sobre el ara del templo: nosotros somos los centinelas del templo.

No tratamos de levantar ninguna dinastía caída: que Dios levante lo que sea de su beneplácito: ¿qué nos importa aquí lo que cae de la tierra? no tratamos sino de sostener en la cabeza de la Iglesia la triple corona que en ella puso la santísima Trinidad.

La revolucion despues de haber dicho: *El Pontificado es un cáncer*, ha dicho: *Roma es mia*: ¿quién sino el sacerdote ha de contestar: *Roma es de la Iglesia*? Dios sacó de Roma los tiranos para darla al Papa: la Iglesia compró á Roma y le costó cara: le costó la sangre de millares de sus hijos: la sangre de los Mártires sirvió para liberar á Roma: el sacerdote, pues, que cada dia sacrifica sobre la ceniza de los Mártires, con cuya sangre la Iglesia compró á Roma, es el único que tiene derecho á contestar á esta voz de la revolucion: *Roma es mia*, esta palabra de los siglos: *Roma es de la Iglesia*.

Pero el sentido comun, y hasta la razon politica se pondrán al lado de la fe: los pueblos compararán entre la Iglesia y sus enemigos, y harán justicia.

¡Ah! señores: muchos de vosotros os encontráis aquí para contemplar un episodio conmovedor: ¿á qué venís? Venís á recibir una bendicion: ¿de quién? del Papa: ¿qué mano os la dará? la mano de vuestro pastor inmediato que en alas de su celo voló á sus piés, á asegurarle cuánto le amábais: el Papa le ha dicho: *Benedicidles*: ¿qué mansedumbre! los pueblos maldicen al Papa; el Papa bendice á los pueblos: el Papa, como el Apóstol, dice: *Maledicimur et benedicimus*: somos maldecidos y os enviamos bendiciones.

Que la bendicion del Papa eche en vuestros corazones las semillas del amor á la Iglesia: que vuestro amor á la Iglesia os haga santos, y la santidad os conducirá á la gloria. Amen.

¹ El R. Sr. Dr. D. Ramon Casañas, presbítero, cura párroco de la feligresía de Nuestra Señora de los Reyes ó del Pino, de esta ciudad, fue uno de los muchos sacerdotes que fueron á Roma cuando las fiestas de la canonizacion de san Miguel de los Santos y de los Mártires del Japon, y recibió de Su Santidad la facultad de dar la bendicion papal á sus parroquianos: el R. Sr. Casañas escogió el anochecer de la fiesta de la Asuncion para entregar á sus hijos la pontificia dádiva, y este es el acto que motiva el fragmento último de este discurso.

CONFERENCIA UNDÉCIMA.

El tránsito de María y relaciones de su cuerpo con la Iglesia.

- I. La Iglesia es una institución alejada así de la infancia como de la vejez.—Sus fuerzas representan siempre la edad de treinta y tres años.—El cuerpo de María al morir guardaba la frescura y vigor de aquella edad.—Consideraciones de una piadosa mujer en confirmación de nuestras ideas.
- II. El destino del cuerpo de María y el de la Iglesia.—El cuerpo de María después que se separó del alma descansó en un sepulcro de piedra nueva; el cuerpo de la Iglesia, luego de haberse JESUCRISTO subido á los cielos, antes de recibir la corona, el cetro y el trono de los siglos, descansó junto á la piedra fundamental que él mismo le señaló.—Narración piadosa de lo acontecido al cuerpo de María después de su muerte.—Por qué, según tradición, María no permitió que las doncellas ungieran su cuerpo, y JESUCRISTO permitió que se lo ungieran los discípulos.—Jactancia de algunas naciones que se creen destinadas á embalsamar la Iglesia para salvarla.—El cuerpo de María productor del cuerpo de JESUCRISTO del que salieron los Sacramentos.—Las relaciones de María con estos son un motivo poderoso de incorruptibilidad.—Desarrollo de los motivos de la misma.—La incorruptibilidad de la carne de María se deduce de la vitalidad que el contacto de JESÚS ha producido siempre.
- III. El tránsito de María efectuado por el amor.—En qué consistió el cambio de su vida.—Comparación entre el tránsito de la Iglesia y el de la Virgen.—Acontecimientos que formaron el primer período de la Iglesia.—María y la Iglesia recibiendo en el cenáculo la perpetuidad de la vida.—El tránsito de María y el de la Iglesia entrañaban su sacrificio.—María ¿podía amar su carne?—¿Qué era la carne de María?—El amor que María profesaba á los miembros de su cuerpo ¿en qué se asemeja al que la Iglesia profesa á los suyos?

Ayer quedamos perfectamente acordes acerca la profunda semejanza del cuerpo de María con la santa Iglesia: el libro de los Cantares me proporcionó un capítulo á María y á la Iglesia aplicable y aplicado por algunos santos Padres, gracias al que pude dar un tinte bíblico á mi discurso: establecida la semejanza, fácil nos fue adivinar el destino: el cuerpo de María, dijimos, símbolo glorioso de la santa Iglesia, debía ser incorruptible como esta, íntegro siempre como esta: y lo que debió ser, por la gloria de Dios lo mismo fue.

Imposibilitados ayer de concluir el desarrollo de una materia tan fecunda, hubimos de suspenderlo para hoy, que como no me falten los auxilios de la celestial Reina ensayaré cumplir mi cometido, continuando el estudio de las íntimas analogías entre los mas caros objetos del Cristianismo.

Ya no necesitais que os diga una palabra mas acerca la materia y la importancia del asunto: yo os recomiendo, y me recomiendo tambien á la benevolencia de la augusta Señora á cuyo glorioso pabellon os veo respetuosamente agrupados: yo os recomiendo, y me recomiendo á ella, para que os inunde y me inunde de la gracia poderosa que derramada está en sus labios: *Ave Maria*.

I.

Continuemos discurrendo sobre este tema: el cuerpo de María es el símbolo glorioso de la Iglesia: la Iglesia es una institución alejada así de la infancia como de la vejez: no se dobla como niño al viento de toda doctrina; no chochea como anciano que anda por las orillas de su sepulcro; está siempre en la edad del varon perfecto: las fuerzas de la Iglesia son proporcionalmente las de la edad de treinta y tres años: la inteligencia perfecta, el criterio formado, las fuerzas desarrolladas, los sentimientos vivos, el valor correspondiente á la dignidad: autoritativa para enseñar, decidida á morir. En vano los siglos amontonan años y mas años sobre la existencia de la Iglesia, su edad es siempre la misma; siempre su frente revela la lozania propia de esta fecha: *treinta y tres años!* Lo que no nos sorprende por cierto: el cuerpo de la Iglesia es el cuerpo místico de JESUCRISTO, y el cuerpo real de JESUCRISTO vivió en la tierra hasta treinta y tres años: además, podemos decir que la vida natural de la Iglesia estaba identificada en la vida natural de JESUCRISTO: y por consiguiente, la vida perpétua y sobrenatural de JESUCRISTO es tambien la medida de la vida perpétua y sobrenatural de la Iglesia; y JESUCRISTO, nos ha dicho el Apóstol: *Heri, hodie ipse et in secula*.

Pues bien, existe una tradición piadosa, especialmente formulada por María de Ágreda, que yo citaré aquí, y os la citaré no para que pretenda formar con ella un argumento infalible, sino para que la recibais como un dato notable de que la idea que vengo desarrollando puede encontrar elementos de vida en la atmósfera ascética de la cristiandad.

Hé ahí lo que escribió aquella eminente mujer:

«La disposición natural de su sagrado y virginal cuerpo y rostro, al morir era la misma que tuvo de treinta y tres años, porque desde aquella nunca hizo mudanza de su natural estado, ni sintió los efectos de los años, ni de la vejez, ni tuvo arruga en el rostro ni en el cuerpo, ni se le puso mas débil y flaco, como sucede á los demás hijos de Adán, que con los años desfallecen y se desfigurán de lo

«que fueron en la juventud y edad perfecta. La inmutabilidad en «esto fue privilegio único de María santísima, así porque correspondía á la estabilidad de su alma purísima, como porque en ella fue «correspondiente y consiguiente á la inmunidad que tuvo de la primera culpa de Adán, cuyos efectos en cuanto á esto no alcanzaron «á su sagrado cuerpo, ni á su alma purísima.»

Y yo, á estas palabras tan dignas como fervorosas de aquella venerable mujer, puedo añadir, que la inmutabilidad del cuerpo de María fue correspondiente y consiguiente á la disposición del Señor, que hizo de él el símbolo, la figura viva del cuerpo místico de JESUCRISTO, la santa Iglesia, cuerpo concebido sin mancha como el de María; cuerpo que como el de María se desarrolló hasta la edad de treinta y tres años, en los que al morir JESUCRISTO declaró estar ya formada y colocada la Iglesia: *Consummatum est*; cuerpo que no ha sentido el efecto de la ancianidad, pues tan vigoroso se presenta hoy como en su primer período; cuerpo en el que no se ven las huellas de ningún quebranto, ni las arrugas encubridoras de ningún crimen, ni las manchas de ningún desacuerdo; cuerpo esbelto, limpio, terso, virginal, hermoso como el de María; cuerpo cuyos miembros son robustos hasta el grado de poder sufrir el martirio; cuerpo no desfigurado por los salvazos del gentilismo y por los arañazos del judaísmo de todas las épocas, sino bello y siempre simpático como el de María.

II.

Por ahí se trasluce que el destino del cuerpo de María había de ser el del cuerpo de la Iglesia: y ¿cuál fue el destino de la Iglesia, inmediatamente después que JESUCRISTO, que es su espíritu, se fué al cielo? esperar algún tiempo junto á su piedra fundamental la corona, el cetro y el trono de los siglos: pues, hé ahí el destino del cuerpo de María: depositósele en un sepulcro nuevo y limpio, de piedra, situado en el valle de Josafat: notad que la piedra fortalecida por la muerte es el fundamento de la Iglesia: *Tu es Petrus*; y veréis en esto brillar más gloriosamente las analogías.

Permitidme, hermanos, que ya que por primera vez, desde que tengo por costumbre subir á la cátedra santa, me he permitido evocar el testimonio de una tradición exclusivamente mística, la invoque de nuevo, para enriquecer los datos que apoyan mi idea. El espíritu imparcial de vuestro criterio juzgará la verosimilitud de lo que se cuenta en esa otra página de la venerable Ágreda:

«Acordándose los Apóstoles que el cuerpo deificado del Señor había sido ungido con unguentos preciosos y aromáticos, conforme á «la costumbre de los judíos, para darle sepultura, envolviéndole «en la santa sábana y sudario; parecióles prudente hacer lo mismo «con el virginal cuerpo de su beatísima Madre: y no pensaron en-

«tonces otra cosa... Para ejecutar este intento llamaron á las dos «doncellas que habían asistido á la Reina del cielo en su vida... y á «estas dos dieron órden que ungieran con suma reverencia y recato «el cuerpo de la Madre de Dios, y le envolvieran en la sábana para «ponerle en el féretro. Entraron las doncellas con grande veneración y temor al oratorio donde estaba en su tarima el sagrado cuerpo; pero el resplandor que le rodeaba y vestía les detuvo y deslumbró de suerte, que ni pudieron tocarla ni verla, ni saber en qué «lugar determinado se encontraba.

«Saliéronse del oratorio las doncellas con más temor y reverencia «que entraron, y no con pequeña admiración y turbación dieron «cuenta á los Apóstoles de lo que les había sucedido; de lo que dedujeron que no se debía tocar, ni tratar en el órden común aquella «sagrada arca del Testamento.»

Basta, hermanos; los puntos de analogía van multiplicándose aquí de tal manera, que me veo precisado á ser más conciso de lo que me había propuesto, y á escoger los puntos de contacto, solo los puntos de contacto más culminantes.

Desde luego se nos presenta una cuestión, en la que debemos detenernos: JESUCRISTO permitió que sus discípulos ungieran su cuerpo, María no permitió que manos virginales ungieran el suyo: ¿habrá aquí una semejanza entre María y la Iglesia, siendo como es la Iglesia el cuerpo místico de JESUCRISTO? No; la semejanza no existe: lo que aquí hay es un cúmulo de analogías.

El cuerpo de JESUCRISTO, tal como fue descendido de la cruz, había perdido su esbeltez y su hermosura: su fisonomía era la fisonomía del pecado y del castigo: *Verelinguoresnostrosipse tulit; et dolores nostros ipse portavit*: el cuerpo de JESUCRISTO al ser sepultado más parecía obra de injusticia que de gracia: representaba no el Rey de la verdad sino el esclavo de la iniquidad: por esto permitió que sus discípulos se acercaran á aquel desfigurado cuerpo, le lavaran, le perfumaran, le ungieran, le restablecieran en lo que en sus manos estuvo su primitiva belleza.

Pero el cuerpo de María no representaba la obra del pecado, sino la de la gracia: estaba limpio: JESUCRISTO le había preservado de toda inmundicia; era un cuerpo virginal, nada tenía que ver con él la humana industria: Dios le había hecho puro; los hombres no habían podido afearle; nada, pues, podían hacer para embellecerle los perfumes de los hombres: era el santuario del Espíritu Santo, el arca donde habitó la vida del Nuevo Testamento: nadie, pues, nadie debía alargar á aquella admirable arca su mano, ni ante el temor de que cayera en tierra, por medio de la corrupción de la muerte: el hombre no debía impedir con su industria que las generaciones mirando la incorruptibilidad de María exclamaran: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris*.

Pero había otro motivo, motivo relevante, motivo extraordinario

para que nadie sino Dios contribuyera á guardar la entereza del cuerpo de María: este motivo era que el cuerpo de María es el símbolo glorioso de la santa Iglesia.

Admirad, hermanos, la analogía que aquí se descubre: la Iglesia es incorruptible, la Iglesia no se disuelve, la Iglesia permanece siempre: y ¿por qué permanece? ¿Á qué es debida su conservación? ¿por qué no se corrompe como las demás instituciones? ¿débese su incorruptibilidad á los bálsamos y perfumes de los que se llaman sus servidores? No, no, mil veces no.

Cierto, no han faltado naciones que jactándose de haber prestado grandes servicios á la Iglesia, durante el período de su vida gloriosa, en la hora de las supremas crisis llamándose criadas del cuerpo místico, han emprendido con orgullo la tarea de embalsamarle para que se conservase: el bálsamo con que han pretendido unguir el sagrado cuerpo consiste en una mezcla de protección y exigencia, de hipócrita vasallaje y diplomáticos planes: ellos han dicho: «Nuestra política aplicada á la cabeza de la Iglesia la salvará; de otra manera la muerte producirá en ella sus efectos. Nosotros salvaremos á la Iglesia embalsamando su cabeza.»

Desde luego descúbrese el horrendo vacío de fe en el fondo de los espíritus que así discurren; tampoco puede ocultarse todo lo jactancioso de estas pretensiones; «La Iglesia se disolverá si no permite que le apliquemos como un bálsamo el método de nuestros principios.» ¡Qué orgullo! ¡qué altanería! y aun puedo añadir: ¡qué profanación!

Profanación, sí, puesto que aquellas naciones que pretenden embalsamar con la mezcla de sus principios el cuerpo místico de JESUCRISTO, para llevar á cabo su plan, quieren despojar aquel cuerpo, quieren investigar su organismo, quieren descubrir sus secretos llevadas de la concupiscencia mas incalificable, quieren poner sus manos en el santuario de la modestia, quieren exprimir las mismas entrañas de la verdad.

Sé que tales naciones se llaman interesadas como siervas, íntegras como vírgenes: pero ¡ah! hermanos, renunciemos á la idea de examinar cuál es el desinterés de los pueblos que quieren proteger la hija de Dios: apartemos la vista de la virginidad de esas grandes potencias que quieren ser las castas embalsamadoras del cuerpo místico de JESUCRISTO: no, no permitirá el Señor que los siglos crean que la Iglesia guarda su incorruptibilidad al precio de aquel humano bálsamo: antes que sean las manos ensangrentadas de las potencias enemigas de Dios las que se acerquen á la arca santa del Nuevo Testamento para hacer ver que ellas son las que la impiden mezclarse con el polvo, perecerán confundidos los altivos aspirantes al padrinaje de la obra divina: «Dios lo quiere:» hé ahí el único bálsamo que aceptamos: JESUCRISTO: JESUCRISTO: solo JESUCRISTO: hé ahí el poder conservador de la santa Iglesia: «en este

«solo confío,» ha dicho y repite su actual cabeza, Pío IX: Dios lo quiere: quieran, pues, lo que quieran los hombres, ¡qué nos importa! Dios lo quiere: la Iglesia conservará, pues, la entereza de su cuerpo, como la conservó el cuerpo de María: y á las potencias, y á los sistemas que pretendieran tener parte en el mérito de tal conservación, les sucederá lo que á las doncellas del Cenáculo: deslumbradas por los resplandores brotados del sacratísimo cuerpo, confundiráles el divino testimonio de que el Señor, y solo el Señor es quien vela por el honor de la hija de Jerusalem: y los reyes y los pueblos exclamarán espontáneamente ante la Iglesia, lo que las doncellas ante María: *A Domino factum est istud: et est mirabile in oculis nostris!*

Y nada mas lógico que lo acontecido con aquellas doncellas, si se atiende la dignidad altísima del cuerpo virginal; él habia producido el cuerpo de JESUCRISTO, de cuyo corazón brotaron los siete raudales de vida que se llaman Sacramentos. Las entrañas de María fueron el laboratorio del nuevo bálsamo con que, en el día de la original caída, Dios prometió cerrar la llaga abierta en el espíritu del hombre, y sustituir la lozania de la gracia á la languidez de la naturaleza; el laboratorio donde fueron unidas la humanidad y la divinidad, y constituida la unidad personal del Verbo de Dios y del hijo de la mujer, unidad que encerrando la plenitud de la vida debia comunicar vida imperecedera á todo.

El cuerpo de María, formando el cuerpo de Jesús, obtuvo no solo las virtudes efectivas de los Sacramentos, sino la causa y el principio de ellos; no solo el cuerpo de María fue sumergido en una cantidad de agua bautismal, sino que la suma de aquella agua, el océano santificante del Bautismo, permitidme hablar así, fue sumergido en sus entrañas; no solo comunicó María con una gota del óleo ó del crisma que inspira fortaleza y confirma en la fe, comunicó con la piedra viva de que fue cortada la columna en la cual el que se apoya no tiembla, y que se llama: sacramento de la Confirmación; ó si quereis que use una comparación mas propia, diré que fue el cuerpo de María el que produjo el olivo del que salió todo el óleo que vivifica y confirma y multiplica en el hombre la fe y la caridad; su alma era pura, pero su cuerpo cargó con el peso de aquel cuerpo que tenia sobre de sí las iniquidades de los hombres, llevó al Cordero que quita los pecados del mundo, de carne suya fue hecha la boca que derramó perdón y constituyó el perdón en Sacramento; en su cuerpo residió el que llevaba la plenitud del sacerdocio y el cuerpo que era la hostia, de la cual todas las víctimas pasadas no fueron sino sombra, y las venideras son reproducción, y otras imágenes; en su cuerpo estaba el cuerpo que habia curado á los moribundos, y el que, desposándose con la Iglesia, habia de constituir el tipo de la unión conyugal, así el cuerpo de María comunicó con el germen de los siete Sacramentos, cuyo fin es derramar la vida y

dar al hombre una constitucion incorruptible; el cuerpo que prestó al Verbo los elementos en el actual orden de la Providencia, indispensables á la conservacion y á la vida, ¿era decente que se corrompiese? No lo era.

Á pesar de la indiferencia religiosa, el hombre ha mirado con sumo respeto los objetos y los lugares donde se efectuaron los grandes misterios de la redencion; ha construido una catedral para custodiar la casa de Nazareth; el pesebre en que JESUCRISTO se reclinó, lo ha colocado en una de las mas célebres basílicas del orbe; visita conmovido el huerto de los Olivos, el Pretorio y el Gólgota; por la dignidad y la gloria del santo sepulcro, la Europa emprendió guerras espantosas y derramó la sangre á torrentes. Así se ha interesado el hombre indiferente para el honor de los monumentos de su redencion; ¿se hubiera interesado menos Dios por la dignidad del lugar en el que fue constituido el cuerpo con cuyo contacto santificó el pesebre, la cruz, el sepulcro, la tierra que los fieles visitan y besan y humedecen de lágrimas? La respuesta está en el criterio de todos; ya el Verbo habia dicho por órgano de David: *Domine, dilexi decorém domus tuæ*; y en otro lugar: *Zelus domus tuæ comedit me*.

Él es el Señor que quiso manifestar de una manera especial el espíritu de su magnificencia en el lugar de su habitacion; él hizo el sol y la tierra, y los vegetales y los animales solo con decir: *Fiat*; al hombre, á pesar de ser hecho á su imágen, le hizo sin ostentacion, sin pompa, diciendo: «Hagámosle,» y haciéndole. Pero, cuando se trató de hacer un templo, residencia de su gloria, él, que habia hecho el paraíso terrenal sin describirlo de antemano, de antemano describió el plan; se ocupó de todas sus minuciosidades, estableció su latitud, su longitud, los colores, las distribuciones, los adornos; llamó á Beseleel y Ooliab, y les infundió su espíritu, y les llenó de una ciencia, les comunicó una táctica propia para realizar el proyecto: *Ecce, vocavi ex nomine Beseleel filium Uri..., et implevi eum spiritu Dei, sapientiã et intelligentiã et scientiã in omni opere... Dedique ei socium Ooliab...* Todo esto, hermanos, significa respeto, consideracion al templo.

Pues bien, el templo de Salomon era una figura; su realidad fue el corazón de María; en aquel bajó la sombra, el Verbo descendió á este. El Espíritu Santo se reservó la formacion del templo augusto en el que la Trinidad inefable debia funcionar: Beseleel y Ooliab representaron al Padre eterno y al Hijo eterno operando con todopoderosa industria la inmensa inspiracion de la plenitud del Espíritu divino; realizando la obra de la cual las obras mas hermosas eran prenuncios y simbolos; constituyendo una sintesis de las bellezas y perfecciones de la creacion; produciendo á María, término de todas las esperanzas, corona de todas las poesias y congregacion de todas las virtudes. Y esta obra expresa y extraordinaria del Pa-

¹ Exod. xxxi.

dre, del Hijo y del Espíritu Santo ¿no debia tener un destino glorioso hasta en la tierra?

Escuchad algunas palabras de un orador que Massillon no se desdenaba de consultar¹: «María, siendo la madre del Hijo al mismo tiempo que la esposa del Espíritu Santo, es consustancial á aquel en «la humanidad, como consustanciales son el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo en la divinidad; el precioso y adorable cuerpo de Jesús «es una porcion de sustancia de María. ¿Y quién no reconoce que no «sentaria bien que parte de esta sustancia virginal estuviera en la «region de los Arcángeles, parte se arrastrara en la de los cadáveres; «parte estuviera en el trono de la gloria, parte en el seno de la tierra; «parte sobre los Serafines, parte bajo los gusanos; parte dotada de «inmortalidad, parte podrida y corrompida?»

San Cirilo de Alejandria hace notar: «Que cuando Jesús quiso re- «sucitar á la hija de Jairo, la tomó por la mano; y que cuando quiso «devolver la vida al hijo de la viuda tocó su fétetro, todo para ma- «nifestar que no solo su divinidad, sino su cuerpo deificado tenia «una virtud vivificadora, un poder admirable de comunicar la vida «á los muertos.» El mismo Santo y los demás oradores observan que entrando la carne de Jesús en nuestros cuerpos por medio de la santa Eucaristia, les comunica una cualidad vital, una influencia celeste, un germen de inmortalidad, una semilla de incorrupcion, en virtud de la cual un dia se levantarán de la tierra y resucitarán gloriosos. Y si un simple apretón de su mano sagrada infundió vida á los muertos, si la residencia pasajera de su cuerpo adorable en nuestros cuerpos les comunica un germen de incorrupcion é inmortalidad, ¿cuánto mas le comunicaria al cuerpo de la Virgen con su larga permanencia en él, con las multiplicadas caricias que en su infancia le hizo besando su mano, abrazándole, descansando en su regazo y hasta chupando sus castos pechos!

Después de la semejanza de inmutabilidad y de incorruptibilidad, existe la de tránsito á su glorificacion y poder.

III.

El tránsito de María á la gloria fue por medio de un éxtasis de amor: el amor llenó de tal modo el corazón de María, que no pudo recibir ya la sangre que le enviaban las demás partes de su cuerpo: desarrollóse una fuerza espiritual que dominando las leyes de la materia, electrizándola divinamente, hizo que su cuerpo en vez de respirar aire atmosférico respirase aire divino: y no siendo humana su respiracion, tampoco fue humana su vida; así, cambiando el aire en amor, JESUCRISTO realizó el tránsito de María á la gloria.

Puntualmente, hermanos, la exaltacion de la Iglesia, su dominio

¹ El P. Lejeune.

popular debióse á un éxtasis de amor: JESUCRISTO al subirse al cielo dejó el cuerpo de la Iglesia, descansando en la piedra que por fundamento le habia señalado: allí, sobre aquel fundamento pasó algunos dias la Iglesia: tal era su quietud, que sus adversarios creíanla muerta, algunos amigos desfallecian: sin embargo, la Iglesia no hacia mas que cumplir la órden que de su divino Maestro habia recibido de esperar la venida del Espíritu Santo para levantarse y ser coronada: sí, quietos, silenciosos, inmóviles pasaron los Apóstoles, presididos por Pedro, diez dias en el Cenáculo, cuando llegó la hora del tránsito: los cielos se abrieron con estrépito, torrentes de llamas rasgaron el seno de las nubes, inundaron la atmósfera de Jerusalem y fijaron sus inquietas puntas en el Cenáculo: el espíritu del Padre, personificado en la paloma que apareció sobre el Hijo del Eterno cuando el bautismo de Juan, reapareció sobre la congregacion de los justos: la boca de aquella paloma que en las orillas del Jordan se abrió para decir: *Este es mi Hijo querido en el cual siempre me he complacido*; se abrió tambien para proferir palabras que el ruido de la tempestad no dejó comprender: pero á su eco confuso, los corazones se electrizaron; disipóse todo pensamiento terreno en la Iglesia: la gloria del Padre, la gloria de JESUCRISTO, la gloria del Espíritu que les vivificaba estuvo en los labios de todos: el amor de la Iglesia llegó á su apogeo: cambióse tambien para ella en aire el amor, y cambiada la atmósfera fue cambiada la vida.

Y la Iglesia ¿murió? No murió; fue exaltada como María: y ¡cosa particular! hermanos: el cuerpo de María fue inundado de amor en el Cenáculo: en el Cenáculo fue inundada de amor la santa Iglesia: en el Cenáculo, donde María recibió la perpetuidad de su vida gloriosa, la Iglesia habia recibido ya antes la perpetuidad de la vida divina, teniendo lugar en él la institucion del adorable sacramento de la Eucaristia.

De todos modos el tránsito de María ofrece materia á algunas consideraciones atendibles. El espíritu virginal separándose del virginal cuerpo ¿obró un sacrificio? ¿ó fue un hecho apetecido? en una palabra; ¿María deseaba como san Pablo que su cuerpo se disolviese para irse ella con CRISTO? ¿tenia motivos para desear la disolucion de su cuerpo, ó era su cuerpo tan puro, tan santo, que su union con él se hacia halagüena á su espíritu? Sin duda esto último acontecia.

Concebida sin pecado su carne, era tan inmaculada, que el Verbo la escogió para pagar con su inmolacion la enorme deuda de Adán; era aquella carne de que el Redentor habia tomado para cubrir el crédito de la culpa y declarar al hombre libre de la sujecion al mal; era aquella carne de la que habia tomado el Hijo de Dios, y que expuesta en el Calvario debia estremecer de amor, de miedo y de respeto la tierra toda; carne que multiplicada miles de veces cada dia por un misterio estupendo de divina bondad y poder, ha sido,

es y será la alegría, el alimento y la gloria de las generaciones; carne por cuya union el hijo del pecado se eleva á la categoria de hijo de Dios; carne que habia de hartar de felicidad al mas hambriento, comiendo la cual, los débiles habian de sentirse fuertes, animosos á sufrir el martirio; y la Virgen lo sabia, y su corazon está lleno de este recuerdo: ¿podia, pues, amar su cuerpo? ¿debía amarle? debía, debía. Debía, por esto le amaba. Constábale que David habia escrito, para que ella se lo apropiara, este verso: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Hé ahí la única criatura que pudo y que debió amar su carne en el tiempo. Amaba su carne, amaba á Dios: deseaba ir á Dios, temia separarse de su carne. ¿Qué solucion tendrá esta lucha entre amor y amor, lucha original, lucha que hasta entonces no se habia ofrecido, pues en los hijos de Adán el amor de Dios supone desprecio de la carne, y el amor á la carne lleva consigo odio á Dios? ¿Bajará Dios otra vez á habitar en la carne de María, ó la carne de María se elevará hasta al seno de Dios para devolverle la visita que en otro tiempo hizo en su seno? ¡Ah! hermanos, gloriosa y tremenda es la solucion elegida en el consejo inefable de las tres divinas Personas.

Cuando JESUCRISTO dijo en el Gólgota: *Consummatum est*, nada faltaba de valor al sacrificio; nada de valor, algo, no sé de qué decir, pero diré, para llenar el vacío que se dejaria aquí, que faltaba algo de poesia. JESUCRISTO sacrificaba su carne, la entregaba gustoso al sepulcro, poniendo su espíritu en manos de su Padre; la carne era voluntariamente sacrificada por JESUCRISTO: pero la carne de JESUCRISTO era la carne de María, y María callaba mientras JESUCRISTO la inmolaba.

¿Callabas, ¡ó María! callabas? ¿cuál es la razon de tu silencio? ¿callabas porque te resistias, ó callabas porque sufrias, ó callabas por sufrir? Porque sufrias, y por sufrir mas de lo que sufrias callabas. ¿Cómo se entiende esto? ¡Ah! callabas, porque no toda tu carne estaba en el cuerpo de JESUCRISTO; tenias mas carne aun, la carne de tu cuerpo, y querias dárnosla toda, querias declarar de una manera muy solemne que el sacrificio del Calvario fue tambien tu sacrificio, aceptando la muerte de la parte de carne que formaba tu cuerpo: querias, pues, morir, no por separarte de tu santo cuerpo, sino por inmolarte tu cuerpo que amabas para nuestra salud, como JESUCRISTO habia inmolado el suyo; debias morir, y aceptaste la muerte, y desde entonces nada tiene derecho á disputarte el título excelso de corredentora del hombre.

Pero el sacrificio del cuerpo de María habia de tener dos objetos: primero, conquistarle el título de corredentora; por lo que, aceptada la muerte, no debía ser fecunda sino en gloria. Los gusanos no debian ser victoriosos de la carne que habia aplastado la serpiente: inmolada toda María, como lo habia sido todo el Cordero, la resurreccion debía sustituir á la corrupcion, manifestando así que

en María la muerte no significaba lo que en los demás hijos de Eva, confirmando la realización de esta palabra de Asuero dicha á Ester, figura de María: *Non pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.*

El segundo objeto de la muerte de María era perfeccionar el simbolismo de su vida, que vamos desarrollando. Me diréis: la Iglesia no muere, ¿cómo, pues, muriendo María perfeccionó su carácter simbólico?—Es verdad, la Iglesia no muere, pero el cuerpo de la Iglesia, ó mejor, los miembros que constituyen el cuerpo de la Iglesia son continuamente inmolados. La persecucion, el sacrificio, el martirio los afligen, y cuando no son estas tres fuerzas exteriores las que los inmolan, ellos mismos ofrecen voluntariamente la vida á Dios, mueren para ser sustituidos, realizándose esta palabra bíblica: *Pro patribus tuis nati sunt tibi filii*¹. Pero siempre resulta que, aunque el cuerpo sustancial de la Iglesia permanezca, el cuerpo accidental se cambia; se cambia, porque sus miembros de hoy son inmolados ó por el furor ó por el amor; así, María muriendo ha podido ser tipo y maestra de la Iglesia.

Y notad que el espíritu de la Iglesia ama tanto á los miembros de su cuerpo, como amaba á los del suyo el espíritu de María; los ama, siente su sacrificio, pero les aconseja la inmolation, mejor, los transforma de miembros militantes en miembros gloriosos, transformacion que fue el placentero trasunto de la muerte de María.

El cuerpo de María fue recibido, despues de un breve descanso sobre la piedra, por muchedumbres de espíritus celestes; el cuerpo de la Iglesia fue recibido, despues de su descanso, por el Padre y el Hijo, que reasumen y aun superan la fuerza, la dignidad y la gloria de todos los espíritus: el cuerpo de María fue elevado por el espacio y entronizado en los cielos; el cuerpo de la Iglesia fue elevado sobre las humanas instituciones; el Padre dió á María la corona del poder, la corona del poder fue tambien dada á la Iglesia.

Pero ya no hay tiempo para analizar hoy aquella corona: el poder simbolizado en la corona de María será el objeto de la conferencia del día de mañana.

¹ Psalm XLV.

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

De la corona de María, simbolo del poder de la Iglesia.

El imperio de María.—La corona que le dió el Padre es corona de poder.—El poder de la Iglesia vino simbolizado en ella.—Importancia y oportunidad de estudiar la naturaleza del poder.—Consideraciones preliminares.—El Cristianismo ha armonizado el poder y el amor.—La Iglesia aclama á María: *Virgo potens, Virgo clemens.*—Paralelo entre el poder y el amor de María.

I. ¿Quién es el Padre eterno?—¿De qué es principio?—¿Hasta dónde se extiende la jurisdicción del principio poder?—En el principio del universo debe residir la universalidad del poder.—Contradicciones de los sistemas que atribuyen al poder un principio humano.—En qué ha degenerado la cuestion del origen, naturaleza y jurisdicción del poder.—Importancia de estudiarla desde la elevacion conveniente.—La mas elocuente revelacion del poder es la vida.—El autor de la vida debe ser el poder supremo.—Definir la vida es definir el poder.—El poder espiritual.—Respeto que todos los hombres han profesado al mismo.—Cuestiones sobre el poder temporal.—Se resuelven definiendo el tiempo.—Idea del tiempo dada por los filósofos paganos y doctores cristianos.—La unidad de principio del tiempo y de la vida supone la unidad de poder.—La unidad del universo confirma lo mismo.—El *neo-maniqueísmo*.

II. La historia corrobora las enunciadas teorías.—Debilidad del poder humano en el decurso de los siglos.—Nullidad de su dominio en la tierra, en el tiempo, en los elementos, en las vidas y en la política.—La Providencia.—Su definición.—Su accion.—Autorizadas confesiones sobre el particular.—El dogma del juicio universal es consecuencia de la universalidad del poder.

III. Qué es el Gobierno.—Dónde reside el derecho de gobernar.—La paternidad como fuente de poder.—Dios, padre de la humanidad, es el gobierno de una sociedad normal.—Errores evitados por el gobierno divino.—Consideraciones sobre la rebeldía de la familia humana en el paraíso.—Historia del gobierno en las épocas patriarcal y mosaica.—Establecimiento de la monarquía.—Diversidad de principios admitidos por los israelitas y por los gentiles sobre el derecho de gobierno.—Política regeneradora del Verbo.—Guerra en pro de la dignidad humana sostenida por el Cristianismo.—Los Mártires.—Relaciones del Evangelio con la soberanía.

IV. De la legitimidad del poder.—Derechos de la *soberanía popular* sobre los Gobiernos ilegítimos.—Doctrina católica emitida por el Padre Ventura de Ráulica.—Elementos indispensables á todo Gobierno legítimo.—El paganismo del poder.—Ideas de Fenelon sobre los soberanos.

V. Resúmen y conclusion.

en María la muerte no significaba lo que en los demás hijos de Eva, confirmando la realización de esta palabra de Asuero dicha á Ester, figura de María: *Non pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.*

El segundo objeto de la muerte de María era perfeccionar el simbolismo de su vida, que vamos desarrollando. Me diréis: la Iglesia no muere, ¿cómo, pues, muriendo María perfeccionó su carácter simbólico?—Es verdad, la Iglesia no muere, pero el cuerpo de la Iglesia, ó mejor, los miembros que constituyen el cuerpo de la Iglesia son continuamente inmolados. La persecucion, el sacrificio, el martirio los afligen, y cuando no son estas tres fuerzas exteriores las que los inmolan, ellos mismos ofrecen voluntariamente la vida á Dios, mueren para ser sustituidos, realizándose esta palabra bíblica: *Pro patribus tuis nati sunt tibi filii*¹. Pero siempre resulta que, aunque el cuerpo sustancial de la Iglesia permanezca, el cuerpo accidental se cambia; se cambia, porque sus miembros de hoy son inmolados ó por el furor ó por el amor; así, María muriendo ha podido ser tipo y maestra de la Iglesia.

Y notad que el espíritu de la Iglesia ama tanto á los miembros de su cuerpo, como amaba á los del suyo el espíritu de María; los ama, siente su sacrificio, pero les aconseja la inmolation, mejor, los transforma de miembros militantes en miembros gloriosos, transformacion que fue el placentero trasunto de la muerte de María.

El cuerpo de María fue recibido, despues de un breve descanso sobre la piedra, por muchedumbres de espíritus celestes; el cuerpo de la Iglesia fue recibido, despues de su descanso, por el Padre y el Hijo, que reasumen y aun superan la fuerza, la dignidad y la gloria de todos los espíritus: el cuerpo de María fue elevado por el espacio y entronizado en los cielos; el cuerpo de la Iglesia fue elevado sobre las humanas instituciones; el Padre dió á María la corona del poder, la corona del poder fue tambien dada á la Iglesia.

Pero ya no hay tiempo para analizar hoy aquella corona: el poder simbolizado en la corona de María será el objeto de la conferencia del día de mañana.

¹ Psalm XLV.

CONFERENCIA DUODÉCIMA.

De la corona de María, simbolo del poder de la Iglesia.

El imperio de María.—La corona que le dió el Padre es corona de poder.—El poder de la Iglesia vino simbolizado en ella.—Importancia y oportunidad de estudiar la naturaleza del poder.—Consideraciones preliminares.—El Cristianismo ha armonizado el poder y el amor.—La Iglesia aclama á María: *Virgo potens, Virgo clemens.*—Paralelo entre el poder y el amor de María.

I. ¿Quién es el Padre eterno?—¿De qué es principio?—¿Hasta dónde se extiende la jurisdiccion del principio poder?—En el principio del universo debe residir la universalidad del poder.—Contradicciones de los sistemas que atribuyen al poder un principio humano.—En qué ha degenerado la cuestion del origen, naturaleza y jurisdiccion del poder.—Importancia de estudiarla desde la elevacion conveniente.—La mas elocuente revelacion del poder es la vida.—El autor de la vida debe ser el poder supremo.—Definir la vida es definir el poder.—El poder espiritual.—Respeto que todos los hombres han profesado al mismo.—Cuestiones sobre el poder temporal.—Se resuelven definiendo el tiempo.—Idea del tiempo dada por los filósofos paganos y doctores cristianos.—La unidad de principio del tiempo y de la vida supone la unidad de poder.—La unidad del universo confirma lo mismo.—El *neo-maniqueísmo*.

II. La historia corrobora las enunciadas teorías.—Debilidad del poder humano en el decurso de los siglos.—Nullidad de su dominio en la tierra, en el tiempo, en los elementos, en las vidas y en la política.—La Providencia.—Su definicion.—Su accion.—Autorizadas confesiones sobre el particular.—El dogma del juicio universal es consecuencia de la universalidad del poder.

III. Qué es el Gobierno.—Dónde reside el derecho de gobernar.—La paternidad como fuente de poder.—Dios, padre de la humanidad, es el gobierno de una sociedad normal.—Errores evitados por el gobierno divino.—Consideraciones sobre la rebeldía de la familia humana en el paraíso.—Historia del gobierno en las épocas patriarcal y mosaica.—Establecimiento de la monarquía.—Diversidad de principios admitidos por los israelitas y por los gentiles sobre el derecho de gobierno.—Política regeneradora del Verbo.—Guerra en pro de la dignidad humana sostenida por el Cristianismo.—Los Mártires.—Relaciones del Evangelio con la soberanía.

IV. De la legitimidad del poder.—Derechos de la *soberanía popular* sobre los Gobiernos ilegítimos.—Doctrina católica emitida por el Padre Ventura de Ráulica.—Elementos indispensables á todo Gobierno legítimo.—El paganismo del poder.—Ideas de Fenelon sobre los soberanos.

V. Resúmen y conclusion.

Hermanos: la exaltacion de la santísima Virgen fue llevada á efecto por ministerio de los santos Ángeles: las celestiales jerarquías tomaron respetuosamente el cuerpo virginal, que descansaba sobre la piedra del valle de Josafat, y al través de una inmensidad de resplandores, le acompañaron hasta el trono que *ab aeterno* le estaba preparado: el canto que se oyó en la divina Jerusalem en aquellos gloriosos momentos, fue el que la Iglesia dirige á María, en la primera antifona del rezo matutino de su festividad: *Exaltata est sancta Dei Genitrix super choros angelorum ad caelestia regna*. Si, María fue elevada *super choros angelorum*: alcanzó el imperio sobre las celestiales jerarquías: los Ángeles y los Arcángeles, nuncios de los providenciales decretos; los Tronos, Dominaciones y Potestades, espíritus destinados á infundir vida y justicia á los poderes y gobernadores del tiempo; las Virtudes, que tienen por mision derramar el espíritu de piedad en los pueblos; los Serafines, protectores de su religiosidad; los Querubines, atizadores de su amor; todos fueron sometidos al poder de María; aquellos coros constituyeron los elementos de su trono: *Exaltata est sancta Dei Genitrix super choros angelorum ad caelestia regna*.

Y sobre todos ellos recibió María la corona del Padre; es decir, la corona del poder: por esto la cristiandad la saluda y aclama con el misterioso y expresivo título de: *Virgo potens*.

El poder fue dado á María; pero su poder simboliza el poder de la Iglesia.

Yo, pues, vengo á ensayar y á discurrir, fijas las miradas en la corona que el Padre ajusta en las sienas de su Hija predilecta, sobre la naturaleza del poder: yo me permito reclamar de una manera especial vuestra atención, hermanos, porque si os convenceis de la verdad de los principios que espero sentar, tendréis resuelta en principio la trascendental y palpitante cuestion, mas religiosa que política, de las relaciones de los dos poderes: espiritual y temporal.

Que el Espíritu Santo me alumbre, y la Virgen poderosa me asista: *Ave Maria*.

En efecto; el Cristianismo es un sistema completo de armonías; todo está en él perfectamente unido y equilibrado: él nos presenta abrazadas, unidas, casi diré, identificadas estas dos ideas, antitéticas en toda otra escuela: *poder y amor; autoridad y ternura*: la autoridad y la ternura, el amor y el poder se nos presentan personificados por la Iglesia en la siempre inmaculada Virgen María: ella saluda: *Virgo potens*, á la que saluda: *Virgo clemens*: mirad su rostro, apacible y atractivo es como el de modesta doncella; mirad su frente, está coronada como la de una reina; mirad sus manos, lirios cándidos y tiernas azucenas las adornan; volvedlas á mirar, un cetro de oro las autoriza; ¡María! vedla: muchedumbres de Ángeles la rodean mientras se sube á la gloria, es el objeto de las caricias del cielo: ¡es tan

tierna...! María! vedla; protege con su manto todo un mundo; el satélite de la tierra le sirve de alfombra y con su pié sujeta á la serpiente, representante de la astucia: ¡es tan poderosa! El Cristianismo, ya lo veis, nos presenta á María, simbolizando á la vez la autoridad y la ternura, el poder y el amor: *Virgo potens, Virgo clemens*.

Y yo ahora pregunto, hermanos, ¿qué imperio es mas vasto en María, el imperio del amor ó el imperio del poder? María ¿ama mas de lo que puede? ¿puede mas de lo que ama? Su poder es infinito: está significado por la corona que le dió el Padre; pero ¿y su amor? Infinito es tambien; la corona que le dió el Espíritu Santo es su símbolo. Su cetro es el de Ester: que diré de su corazón, ¡ay! su corazón es el de la esposa de los Cantares: el amor y el poder están en ella perfectamente equilibrados, ambos le provienen de la Divinidad, y lo que de la Divinidad proviene está en plenitud.

La plenitud del amor de María, ¿quién no la descubre? los pueblos todos la llaman Madre, y ella, con una ternura sin igual llama *hijos* á todos los pueblos: pues bien, reconocer la infinidad del amor, es reconocer la infinidad del poder: si ama á todos ha de proteger á todos, pues si concediéramos que María no puede proteger á alguno de los que ama, el amor seria para ella un sacrificio, para ella no hubiera aun terminado el invierno de los sufrimientos, no hubiera sido á ella dicha esta palabra: *hiems transiit*.

Mas no es así; el amor es el supremo elemento de la felicidad de María, por lo mismo que su poder le hace siempre fecundo: yo amo á los que me aman, dice María, y tambien María dice: El que me encontrare, encontrará la vida.

Pero no es un paralelo entre el amor y el poder de María, sino entre el poder de María y el poder de la Iglesia, el que me he propuesto trazar hoy; bien que no es inútil haber echado los anteriores principios, que no dejarán de servirnos en alguno de los siguientes discursos.

Llama mi atencion hoy la corona del Padre, brillando en las sienas gloriosas de la Iglesia; penetremos algo en los profundos arcanos que se entranan en esta parte de la coronacion de María, y veremos en ello resueltas algunas de las cuestiones revolucionarias contra la Iglesia.

I.

¿Quién corona á María? ¿quién corona á la Iglesia? *el Padre*: ¿quién es el Padre? La teología sensata le llama *principio*: ¿de qué es principio el Padre? principio del Hijo por naturaleza, principio de la creacion por voluntad, principio del poder por lógica: es principio del Hijo, y en calidad de tal, primera expresion de la Divinidad; principio del universo, y en calidad de tal, primera expresion de la materialidad; y siendo el poder del Padre la expresion lógica de su autori-

dad divina y creadora, el Padre es tambien la expresion única del poder universal. *Deus immensa virtutis, vivens potestas, quæ nusquam non adsit, nec desit usquam* ¹.

El poder universal está ejercido por el Padre, y los dos polos, digámoslo así, de este poder son la generacion eterna y espiritual, y la generacion temporal ó material; luego la jurisdiccion del principio poder divino se extiende no solo á la eternidad sino á las temporalidades; y si deseais que concrete estos pensamientos en una forma breve, clara y expresiva, lo haré de muy buena gana; esta idea: «Principio del universo,» reclama esta otra: «Universalidad de poder;» la universalidad del poder reside y ha de residir en el principio del universo; y como en el Padre está el principio del universo, en el Padre reside la universalidad del poder: *poder divino, poder temporal.*

Así, hermanos, esta palabra dicha por el Padre á María: *Veni, coronaberis*, nos va abriendo camino por las escabrosas regiones de la política sagrada: esta palabra, dicha por el Padre á María: *Veni, coronaberis*, nos va alumbrando para remontarnos al origen, y dedicarnos al análisis de la autoridad de la Iglesia: el Padre coronó á María; coronando á María, coronó á la Iglesia; la Iglesia y María participan, pues, del poder del Padre, equivaliendo como equivale la coronacion á la entrega del poder.

Y si se medita algo detenidamente sobre las fecundísimas consideraciones que acabo de emitir, empezareis á vislumbrar lo absurdo de las teorías, generalmente admitidas, de la separacion de los poderes, ó mejor, de la independenciam de los gobiernos terrestres respecto al gobierno divino.

Poder: yo he pensado mucho sobre lo que esta palabra significa; esta palabra, *poder*, ha sido uno de los objetos predilectos de mis pobres investigaciones; yo me he valido para ratiocinar sobre el poder de los escritos malos y de los escritos buenos; los autores anticatólicos y los autores religiosos me han ofrecido sus consideraciones; los filósofos antireligiosos hablan del poder como de un derecho del hombre, pero sin tomarse la pena de analizar este derecho; disputan su posicion á los tiranos, como si los tiranos no fuesen tambien hombres, y como si todo hombre no fuese propenso á convertir en actos de tiranía los derechos del poder: defienden que el poder humano no radica en el poder divino, sino en el pueblo: como si el pueblo no recibiera de Dios la existencia! en fin, la filosofía anticatólica, combatiendo la divinidad del poder, ni siquiera ensaya probarnos su humanidad, porque carece de términos hábiles al efecto; transforma en cuestion histórica una cuestion filosófico-teológica: por otra parte, algunos escritores religiosos, siguiendo estrictamente el método de sus contrarios, se limitan á probar la divinidad del

¹ S. Hilarius.

poder por los inconvenientes que se palpan en la práctica del poder emancipado de la divinidad; y de ahí resulta, que el estudio del origen y naturaleza del poder es mas bien que una discusion notable y grave del punto fundamental de la economia religiosa, el tema de una lucha pertinaz y sensible entre los respectivos abogados y patronos de dos edades históricas.

Yo creo tan interesante la investigacion del origen, naturaleza y jurisdiccion del poder, que para mí este es el punto estratégico de todo sistema religioso y político: le juzgo de tal importancia, que debiera llamar la atencion preferente de los hombres de fe y de talento: por supuesto que á mí no me será dado hoy ni siquiera echar una ojeada por toda la superficie de la cuestion, siendo tan cercanas las dos fronteras de un discurso, y de verano por añadidura: solo podré señalaros la existencia de la cuestion, é indicaros el punto de partida que á mi parecer es conveniente al feliz desarrollo de la doctrina del poder.

Empecemos discurriendo sobre el poder en su naturaleza.

¿Qué es el poder? La facultad de crear ó de modificar el ser, ó de influir directa y eficazmente en los actos de la vida: *potentia est principium operationis* ¹; pues bien, yo pregunto: ¿quién tiene facultad de influir en los actos de la vida? La respuesta es clara: el autor de la vida: la vida es hija del poder de su autor: ¿cuál es el autor de la vida? Dios: ¿Dios? pues si es el autor de la vida, en él reside el poder de la vida, y como la vida es la inteligencia, el goce, el conocimiento del espíritu, de ahí que Dios es el principio del poder espiritual: nadie hasta hoy ha disputado á Dios este poder; excepcion hecha de los ateos, hasta los enemigos de la Religion jamás han llegado á concebir la *conciencia* independientemente de Dios: la idea del poder divino se descubre siempre en el fondo de la idea *conciencia*, lo que prueba que, admitido el espíritu, se admite tambien el poder de Dios sobre él.

Fácil me sería llamar la historia en apoyo de mi filosofía: veriais brillar en ella los testimonios elocuentes de la unidad del poder espiritual. Veriais los pueblos de todas las épocas y de todas las regiones postrarse ante un ser, al que espontáneamente llaman el Ser supremo, el Emperador del cielo, el Jehová... conocido de unos, desconocido de otros, temido y respetado de todos: veriais los hombres de todos los siglos volviendo los ojos á lo alto, así cuando se sienten débiles, como cuando se encuentran criminales, confesando claramente que en el cielo reside el principio de la fuerza y el principio de la misericordia. Todos los pueblos sin excepcion, las naciones civilizadas, lo mismo que las tribus mas bárbaras, tienen una religion, y la manifiestan por un culto exterior y sensible, dedicado á la Divinidad; creen en la existencia de Dios, en la inmortalidad del

¹ D. Thom. quest. de div. pot.

alma y en la recompensa eterna para los buenos, y en un eterno suplicio para los malos.

Pero el poder del tiempo ¿dónde tiene su principio? Para responder con acierto, yo pregunto á mi vez: ¿qué es tiempo? aquí empieza la cuestion: para decir el principio del poder temporal está aquí ó allí, es necesario que conozcamos qué es lo que se entiende por tiempo: el tiempo es la idea del orden ó de la sucesion de los actos, acontecimientos y cambios que se realizan en la eternidad, como espacio es la idea del orden ó colocacion de los seres, creados por el Ser infinito; el tiempo es, pues, el teatro de las manifestaciones de la vida, y como la vida tiene su principio en la eternidad, la eternidad y el tiempo tienen un mismo principio, no siendo el tiempo otra cosa que un punto de vista de la eternidad.

Apoyemos esta doctrina: «no es otra cosa el tiempo que la propiedad y medida del movimiento; por lo tanto el tiempo de la verdadera esencia ó existencia es muy corto: el tiempo pasado no existe, «existió; el futuro no existe, existirá; solo existe el presente, pero «de un modo indivisible, por un instante: se ha dicho muy bien, que «la existencia del universo es solo de un *ahora*... De la eternidad, que «es la habitacion de Dios, descienden ó surgen como dos brazos los «siglos que se extienden y duran; y naciendo y dependiendo de la «eternidad los fueros y poderes de cada siglo, debemos deducir que «la eternidad abarca el tiempo todo ¹.» Si lo abarca, lo domina, si lo domina, el poder del tiempo es el poder de la eternidad.

Aristóteles decía: «Por Dios existen la perpetuidad, el espacio y «el tiempo: como el centro del círculo está en sí, y por él existen las «líneas que de él parten hácia la circunferencia, y la circunferencia «misma, así las cosas naturales, sea que se refieran á la inteligencia «ó á los sentidos, existen en el primer agente, y se confirman por «él ².» Si existen por Él y se conservan por Él, luego en Él está su poder.

Idea que santo Tomás aclaró perfectamente: «Siendo Dios el mismo ser por esencia, dice, es necesario que el ser criado sea su propio efecto; así como el quemar es efecto propio del fuego: este efecto lo causa Dios en las cosas no solo cuando empiezan á ser, sino «cuando continúan existiendo, así como el sol causa la luz en el aire «mientras el aire permanece iluminado. Así mientras una cosa tiene «ser, es necesario que Dios esté en ella, segun su modo de existir. El «ser es aquello que mas íntimamente está en el objeto, y lo mas profundo en todas las cosas, pues el ser da forma á todo lo que en la «cosa se halla. Por lo que Dios está en todo íntimamente ³.»

Lo que demuestra que en Dios reside el principio de la vida, y la vida y el tiempo no pueden tener sino un principio, y la unidad del principio supone unidad de poder, el poder temporal y el poder es-

¹ A Lap. in Deut. — ² Arist. de sapientia. — ³ D. Thom. quest. de div. pot.

piritual se apoyan en un principio: principio que el Padre personifica y manifiesta en su obra universal: volvamos á lo mismo, *el principio del universo supone la universalidad del poder.*

De modo, señores, que si negáramos á Dios esta universalidad, le quitaríamos una de sus propiedades, pues «debe considerarse que, «cuanto mas perfecta es la forma activa de un agente, tanto mas «perfecto es su poder, así como cuanto mas una cosa caliente, mas «aptitud reúne para calentar, de modo que si tuviera un calor infinito, fuera apto para calentar infinitamente, de lo que se deduce «que siendo infinita la esencia divina, por la cual Dios obra, es también «bien infinito su poder ¹.»

Por mas que observeis no os será posible descubrir sino un universo, y por consiguiente un poder universal. Yo no veo sino una jerarquía de espíritus y una sucesion de tiempos; yo no veo sino un tiempo lleno de manifestaciones del poder de Dios, y una jerarquía de espíritus, tendiendo á Dios por dos caminos, pero siempre tendiendo á Dios; por el camino de la justicia, adhiriéndose en la ley y en la gloria, ó por el camino de la injusticia, pretendiendo acercársele para disputarle sus prerogativas; en fin, yo veo la unidad del poder espiritual y del poder temporal en la unidad del universo.

En el terreno filosófico tenemos, pues, demostrada una verdad que socava por su base la argumentacion de los que sostienen la necesidad del divorcio entre el poder terreno y el celeste; este es el punto mas sólido para basar la gran cuestion: creo que os he indicado los principios con que debemos combatir los errores de una escuela arraigada, que yo no sé qué nombre darle mas propio que el de la escuela del *neo-maniqueismo*.

II.

Pero si el racionalismo encuentra sofismas para combatir idealmente la absolutividad del poder divino, ¿es capaz de apoyar sus teorías con la historia? ¿quién domina la historia del género humano? el hombre? Dios?

Cinco mil años hace que la política terrestre trabaja para constituir la humanidad, todavía la humanidad no se ha constituido á gusto de la política; cada sistema se ha anunciado como el mejor; cada siglo aspira al privilegio exclusivo de llamarse el primero de los progresistas; siempre se está trabajando para concluir una obra que jamás se concluye: *mañana*, hé ahí el día fijado para ejercer su poder la humanidad, *mañana*. Pero como Dios es mas activo que el hombre, cambia el día con mas facilidad que este cambia el anuncio, y cuando empieza el día de mañana, ve que no es el destinado para conseguir la plenitud del poder temporal, sino que

¹ D. Thom. quest. de div. pot.

es *mañana*: mañana, hé ahí el plazo perpétuo del poder temporal del hombre: el poder temporal de Dios se ejerce en un plazo menos lejano: el anuncio del poder de Dios es esta palabra: *hoy*, hoy, ahora, al instante: en un día llamado *hoy* cayeron las repúblicas, en un día llamado *hoy* confundió el cielo los proyectos de la tierra. Finalmente, la fórmula del poder temporal de Dios es esta: *stat*, y todo obedece á esta fórmula, hasta la nada; la primera fórmula del poder temporal del hombre es *faciam*; y á esta fórmula *nada* obedece, ni el mismo hombre.

Si el hombre me dice: «Soy dueño de la tierra, yo le diré: ¿cómo es que pudiendo no evitas los terremotos?» Si me dice: «Soy dueño del tiempo,» yo le diré: «¿Cómo no perpetúas lo presente, ó no apresuras el porvenir?» Si me dice: «Soy dueño de los elementos,» le diré: «¿Cómo no eternizas la primavera, y no evitas las tempestades?» Si me dice: «Soy dueño de la vida,» yo le diré: «¿Cómo has dejado morir á tus padres y amigos?» Si me dice: «Soy dueño de la política,» yo le diré: «¿Por qué no acabas con las revoluciones, y no constituyes el reino de la paz? y si á pesar tuyo hay revoluciones, muerte, tempestades, terremotos, ¿á qué se reduce tu poder?»

La providencia: hé ahí el poder subsistente en la historia: ella es el regulador de las épocas y la lógica de los siglos.

Platon, á pesar de no haber alcanzado el claro día del Cristianismo, veía la acción del poder divino en los siglos, y en el libro VI sobre las leyes escribió las palabras que vais á oír, y que estoy cierto no olvidaréis: «Ante todo invoquemos á Dios, para que nos sea dado establecer nuestra ciudad; supliquémosle que nos oiga, que nos sea propicio y benigno, que venga á nosotros, que nos enseñe él mismo las leyes, que adorne nuestra ciudad¹.»

Hasta aquí Platon.

«La voluntad de Dios, presidiendo en el altísimo, santo y secreto trono de la celestial ciudad, es el árbitro fijo cuyas determinaciones establecen el orden que se ejecuta ya por las cosas corporales, ya por las espirituales, así por los espíritus racionales como por los irracionales... Y como los cuerpos mas pesados ó inferiores se rigen y ordenan por los mas sutiles y nobles, así todos los cuerpos se rigen por el espíritu de vida, y el espíritu de la vida irracional por el de la vida racional, y el espíritu desertor y pecador de la vida racional por el espíritu de la vida racional piadoso y justo, y este por el mismo Dios, y así, el universo criado se rige por su Criador, de El que y por El que y en El que fue criado. La voluntad de Dios es, pues, la primera y suprema causa, así de las especies corporales como de los movimientos. Nada se hace visible y sensiblemente en

¹ Ante omnia Deum invocemus, ut civitatem nostram stabiliamus, obsecremusque ut nos exaudiat, et nobis propitius sit atque benignus, ad nos veniat, et leges ipse nos doceat nostramque civitatem adornet. (Plato, lib. IV de Legibus).

«esta vasta y en cierto sentido inmensa república de toda criatura, que no sea permitido ó mandado en el invisible é ininteligible consejo del sumo Emperador¹.»

Y se comprende fácilmente que Dios es el natural gobernador del género humano, si se observa que el plan divino se realiza en el tiempo de una manera suave, al paso que la realización de los humanos programas exige grandes conmociones y tremendas sacudidas. Dios, en expresión de Isaías, «con solo tres dedos sostiene la mole de la tierra, y pesa los montes y los collados como en una romana... las naciones son delante de él como la gota de agua que se rebosa de un cántaro, y como un pequeño grano en la balanza: asimismo las islas son como un granito de polvo... Él es el que extendió los cielos como un velo ligero, y los desplegó como una tienda de campaña en que se ha de habitar; él es quien anonada los escudriñadores de los arcanos y reduce á nulidad á los jueces de la tierra. Estos son para Dios como un tronco que ni ha sido plantado, ni sembrado, ni tiene arraigo en la tierra; de repente á un ligero soplo del Señor contra ellos se secaron, y un torbellino los arrebata como hojarasca².»

San Gregorio inspirado por esta verdad trazó las siguientes pinceladas históricas: «¿Israel esperó en Damasco para librarse del enojo divino? pues, bórrese la ciudad que á pesar suyo presta auxilio al impío. ¿Judas esperó en los egipcios? pues, sea destruido Egipto. ¿Los egipcios confiaron en los etíopes? pues, que la Etiopía sea vencida por los asirios. ¿Los asirios presumieron alcanzar la victoria por sus propias fuerzas sin el auxilio de Dios? pues, vénzales los babilonios. ¿Babilonia erigió su cabeza contra Dios? sea supeditada por los medos y persas. ¿Los persas y medos persiguieron al pueblo santo? aparezca Alejandro Magno y subordíneles á sus plantas. Y este, que se ha enorgullecido con éxito, muera envenenado, y divídase su reino; y despues de mucho tiempo florezca bajo el imperio romano, pero si el imperio romano lacera con tormentos las carnes de los santos, despréndase del monte una piedra por sí misma, y el reino, primero poderoso y de hierro, despues débil y flaco, caiga sobre su rostro³.»

No es extraño, pues, que el que crió el orbe de la tierra, sin cansancio ni fatiga, desarrolle el plan histórico con la misma facilidad que un voluminoso rollo de lienzo se despliega sobre un tablero pendiente.

Bástale á Dios suscitar á la tierra un sólo hombre para desviar las muchedumbres del camino, sin su consentimiento, ó contra su ley, proyectado. Un hombre, solo un hombre con misión divina basta para desvirtuar la opinión de un pueblo y el carácter de una época: «Dios envía á los justos para la salud de sus tiempos respectivos: así, antes del diluvio, envió á Enoch y Noé, y despues á

¹ S. August. lib. III de Trinitate, cap. 4. — ² Isai. xi. — ³ S. Hier. in Isai. lib. V.

«Abrahan, á Isaac, á Jacob, y en la Tierra Santa á David y á los Profetas; y contra los arrianos á san Atanasio, y contra los pelagianos á san Agustín, y contra Nestorio á san Cirilo, y contra Eutiques á san Leon, y contra los albigenses á santo Domingo, y contra Lutero á san Ignacio y Compañía, confirmandose siempre esta palabra: *En tus manos, Señor, está la multitud de los tiempos; y esta otra: En tu mano, Señor, el corazón del rey*¹, donde tú quieras allí se inclinará².»

Si, «todos los grandes acontecimientos, buenos ó malos, están ligados con las cualidades personales de algunos hombres: cuando el cielo quiere derramar sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones ó la copa de su indignación, se levantan hombres á propósito; ora brilla el genio, ora la santidad, ora un gran carácter; quizás el cielo permite que el criminal se encumbre, ó que el débil empuñe riendas que no puede manejar. Para transformar el Oriente se presenta Alejandro el Grande; para convertir la república romana en imperio, César y Augusto; para verle perecer, Augústulo; para esclarezcer el caos de la barbarie, Carlomagno; para oponer un dique á la corrupción universal, san Gregorio VII y san Bernardo; para descubrir un nuevo mundo, Cristóbal Colon; para fundar el poderío de la monarquía de Felipe II, Isabel, Fernando, Cisneros; para la de Luis XIV, Enrique IV, Richelieu; para morir con ella, el bueno y débil Luis XVI; para la revolucion inglesa, Cromwel; para la de los Estados-Unidos, Washington; para extraviar las ideas en religión, Voltaire; para exaltar los ánimos en política, Rousseau; para impulsar la revolucion, Mirabeau; para dominarla, Napoleon³.»

Este íntimo enlace de la vida del hombre con la vida social, que veis confirmado en los fragmentos de dos hombres eminentes que acabo de recordaros, prueba que solo el que tiene en sus manos la constitucion de la vida humana puede fácil y suavemente desarrollar un plan histórico. El pueblo que no cuenta con la Providencia vive frustrados siempre sus proyectos; porque los funda en las cualidades personales de un hombre, cuya vida no está en sus manos, sino en las de Dios. ¿Me permitiréis os señale un rasgo todavía fresco, de estos que la Providencia marca muy frecuentemente en el cuadro histórico en manifestacion de la supremacia de su poder? Á nadie se oculta que la revolucion anticatólica tenia los fundamentos de sus esperanzas en el talento diplomático del conde de Cavour; Dios le habia otorgado un ascendiente raro en los consejos de la Europa, y parecia que en la palma de su mano estaba una gran parte de continente. Cuando la Europa entera tenia fijas en su ingenio las miradas, un soplo de aire apaga el fuego de aquella poderosa máquina, Cavour muere, y las ruedas de la revolucion italiana se entorpecen; *omnia disponit suaviter*.

La Providencia quiso recibir la brillante confesion de uno de los

¹ Psalm. xxx. — ² Lirano. — ³ Balmes, Pío IX.

genios de la revolucion francesa, en uno de los dias y lugares mas tempestuosos de aquel período funesto: Robespierre, señores, dijo en el discurso del 21 de noviembre de 1793: «Os hablo desde una tribuna donde el impudente Guadet me ha acusado, como de un crimen, el haber pronunciado el nombre *Providencia*. ¿Y en qué tiempo? Cuando el corazón, ulcerado por los crímenes de los cuales «somos testigos y víctimas, mientras derramando amargas y estériles lágrimas sobre la miseria del pueblo eternamente oprimido, ensayaba elevarme sobre la turba impura de conspiradores que me rodea, invocaba contra ellos la celeste venganza, en defecto del rayo popular. Este sentimiento está esculpido en todos los corazones sensibles y puros, es el que anima en todos tiempos á los magnánimos defensores de la libertad. Así, mientras existirán tiranos, la idea de la Providencia será un dulce consuelo para el corazón de los oprimidos... este sentimiento es el de la Europa y del universo, es el del pueblo francés, este pueblo está adherido á su mismo culto, esto es, á la idea de un poder incorruptible que es terror del crimen y aliento de la virtud...»

«...Aunque el filósofo calque su moralidad sobre otras bases, debemos guardarnos de herir este sagrado instinto de los pueblos. ¿Qué genio es capaz de reemplazar en un instante esta grande idea protectora del orden social y de todas las virtudes personales?»

Brillante testimonio, confesion elocuente del poder divino, puesto por la misma Providencia en los labios del declarado enemigo de todo altar y de todo culto: así el abogado de los derechos del hombre reconoce el imperio de Dios en la historia. Cuando san Agustín y Robespierre besan el cetro del Señor de los cielos, ¿no nos es lícito proclamar que nada hay tan racional como anonadarse ante la Providencia?

Otro contemporáneo y correligionario de los enciclopedistas, eminente filósofo de la historia, ha dejado largos escritos referentes muchos á la gobernacion providencial de la sociedad; os recordaré algunos de sus conceptos: «Hoy que los materiales históricos han sido atentamente preparados por hábiles manos, se espera que otra mano no menos hábil los reuna, presente el cuadro sinóptico de las causas y de los efectos, el ideal cerca la forma que da el ser, y el todo del edificio en la exacta proporcion de sus partes. El escritor al cual está reservada esta gloria será el *historiógrafo de la Providencia*. Tratando de un objeto mas lleno que todo otro de la Divinidad, se apercibirá sobre todo que la ciencia perfecta de la historia proporciona á la filosofía moral *nuevas pruebas de la existencia de Dios*. Estas pruebas han sido buscadas hasta hoy en el órden intelectual y entre las armonías de la naturaleza fisica: Fenelon, Clarke, Nieu-Wenlyt, Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre, han demostrado la criatura por el Criador; mas nadie hasta hoy se ha propuesto demostrarlo por la formacion y desarrollo de las socie-

«dades modernas, y sin embargo esta seria una demostracion de gran peso 1.»

«El verdadero auxiliar de la Providencia puede mucho, precisamente porque sabe discernir lo que no puede: nada aumenta tanto la fuerza como reducirla á limites conocidos, y no emplearla contra obstáculos insuperables. *Adivinar la Providencia es lo que en rigor constituye el genio...* Lamentarse de que no se encuentre lógica en la politica, equivale á quejarse de que la Providencia no se subordine á nuestra sabiduría 2.»

La unidad del principio poder se descubre entre la variedad de sus ejercicios: así los mas absolutos representantes del poder han sido llamados por Dios, como los mas insignificantes súbditos. Alejandro Magno, Filipo, los Césares, Carlomagno, Luis XIV, todos cuantos dijeron: *el poder soy yo*, rindieron humildes el cetro á esta voz sobrenatural: *devolvedme el poder que os presté*. El rey muere, el pueblo se disuelve, el tiempo cambia sus fases: lo que jamás se extingue es el poder misterioso que conserva la unidad típica al través de la variedad confusa: los sistemas y planes políticos vienen, van, aparecen, desaparecen y reaparecen para desaparecer otra vez; como los filósofos que los conciben y los capitanes que los apoyan: lo que jamás se interrumpe, es el desarrollo del plan de Dios: el Verbo divino permanece siempre en pié, permitidme la expresion, sobre las ruinas de los ejercitantes del poder.

El Cristianismo es admirablemente lógico, confesando que en el principio está el Verbo por el cual todas las cosas han sido hechas: *omnia per ipsum facta sunt*, y que el Verbo, creador de todo en el principio, antes del tiempo, aparecerá despues del último dia, á juzgar todo lo creado por él: *omnia per ipsum judicanda sunt*: el juicio universal por el Verbo es la consecuencia de la creacion universal por el mismo Verbo: el juicio del universo es otra prueba de la universalidad del poder.

Paso ahora á tratar una cuestion derivada de los principios que acabo de sentar, de sumo interés é indisputable oportunidad: ¿cuáles son las relaciones legítimas del principio divino del poder con los gobiernos de la tierra?

Examinémoslo:

III.

La expresion del poder se llama en politica, gobierno: el gobierno tiene el derecho de guiar á sus súbditos por el camino de sus destinos. Pero ¿dónde reside el derecho de gobernar? La legitimidad del poder está en la paternidad. El padre tiene por naturaleza el gobierno de su familia, por lo que el gobierno natural de la sociedad de-

1 Hello. — 2 Hello.

be buscarse en el padre del género humano, que es Dios. Solo Dios tiene derecho de gobernar á los hombres, siendo estos todos hijos suyos, é iguales unos á otros en dignidad natural. Siendo Padre de la humanidad Dios la ama, siendo superior á ella la conoce, conociéndola y amándola, Dios está completamente á salvo de los dos escollos de todo gobierno terreno, el error político, fruto de la ignorancia, y la pasion económica é inmoral, fruto de la perversidad. El hombre gobernando al hombre, es fácil que le engañe ó que le explote, en uno y otro caso el gobierno se transforma en tiranía.

Tenemos, pues, que en el estado normal de la sociedad, Dios es su único gobierno: recordad la historia del dia paradisiaco; en él Dios cria, educa y gobierna, da la vida, la economía y la ley: *creced, dice, comed, respetad*.

La revolucion contra el gobierno paternal de Dios interceptó las suaves relaciones entre el gobierno divino y la familia humana, resultando inmediatamente la anarquía, pues el hombre no esperó que Dios enviara la muerte que habia anunciado á tomar posesion de la humanidad, la evocó, precipitó su venida. Cain quiso ser directamente el ejecutor del castigo divino.

Los primitivos Patriarcas, convencidos de la necesidad de que Dios interviniera en el gobierno social, se le hicieron propicio con las oraciones y con los sacrificios, las relaciones se reanudaron, y la familiaridad de la criatura con el Criador quedó restablecida, á lo menos, en los momentos mas solemnes y criticos.

Multiplicándose las generaciones y no entrando en el plan de la Providencia divina regirla directamente, pues no eran dignas de ello, hizose necesario consignar de una vez las bases de una constitucion social emanada de Dios.

La promulgacion de la ley natural fue la expresion perpétua de la soberania divina. En sus diez articulos quedan consignados los derechos de Dios y de los hombres, el lazo de sus relaciones, los principios de la justicia, las fuentes de la verdad y la naturaleza del amor. La humanidad tuvo una ley con que regirse y gobernarse.

Sin embargo, Dios se reservó una parte mas directa en el gobierno del pueblo engendrado por Abraham, y del que tenia recibidos varios testimonios de devocion y fidelidad. Él era el consultor de los jueces que le regian, á los cuales alentaba y guiaba con los consejos de su infalible sabiduria. Era aquel pueblo la herencia de Dios. El hombre no se habia atrevido á imponerle su voluntad. Los legisladores no le hablaban sino en nombre de Dios. «Estas son las cosas que el Señor ha mandado que se hagan,» decia Moisés al salir del tabernáculo.

No pasaba esto entre los gentiles; habian perdido toda idea de justicia y todo sentimiento de dignidad; olvidados de que eran hijos del cielo, dejábanse gobernar por los héroes y las fuerzas de la tierra; nombraban reyes á los individuos que mas halagaban sus pasiones

ó mas invencibles se les presentaban. El capricho popular era el principio del gobierno, el despotismo político era el sistema del poder. Solo las pasiones eran libres, el libertinaje era el tributo que el poder pagaba al pueblo para que tolerase sus explotaciones, y de ahí que los gentiles compadecieran la severidad moral y rigidez legal de los israelitas; pegósele, pues, al pueblo de Dios una sed de libertinaje que le hizo llevar de mal grado el orden divino, y aparecerle algo pesada su unidad política; deseó participar de la vida aventurera; amotináronse sus muchedumbres, y enviaron á Samuel una comision de ancianos para decirle: «Constitúyenos un rey que nos gobierne como le tienen todas las naciones ¹, es decir, un rey como el de los persas, egipcios, medos, caldeos; los cuales, según Aristóteles ², obtenian un poder bárbaro, porque rayaba en tiranía.»

Pidieron los israelitas que cesara el gobierno de Dios, y empezara el gobierno del hombre.

Samuel fué al encuentro del Señor á manifestarle las pretensiones del pueblo, y mereció esta respuesta:

«Escucha la voz de este pueblo, y condesciende á todo lo que te pide, porque no te han desechado á tí sino á mí para que no reine sobre ellos.»

«Hacen lo que han hecho siempre, desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy: como me abandonaron á mí por servir á dioses ajenos, así hacen contigo.»

«Ahora, pues, otórgales su peticion, pero primero hazles presente y anúnciales el poder del rey que reinará sobre ellos ³.»

Samuel refirió al pueblo todas las palabras del Señor, y describió de la siguiente manera la indole de la potestad que iba á sustituir el blando gobierno de los jueces:

«Estos serán los derechos del rey que os ha de mandar: tomará vuestros hijos, y los destinará para guiar sus carros, y para ser sus guardias de á caballo, y para que corran delante de sus tiros de cuatro caballos.»

«De ellos sacará sus tribunos y centuriones, los cultivadores de sus tierras, los segadores de sus mieses, y los artífices de sus armas y de sus carros.»

«Hará asimismo que vuestras hijas sean sus perfumeras, sus co-cineras y sus panaderas.»

«Y, lo que es mas, os quitará tambien lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares, y lo dará á sus criados.»

«Además, diezmará vuestras mieses, y los productos de las viñas, para darlas á sus eunucos ó ministros y á otros de sus criados.»

«Tomará tambien vuestros siervos y siervas, y vuestros robustos jóvenes, y vuestros asnos, y los hará trabajar para él.»

¹ I Reg. viii. — ² I Pol. — ³ I Reg. viii.

«Diezmará asimismo vuestros ganados, y todos vosotros vendréis á ser esclavos suyos.»

«Por lo que alzaréis el grito en aquel día á causa del rey que os elegisteis: y entonces el Señor no querrá oír vuestros clamores; porque vosotros mismos pedisteis tener un rey.»

El pueblo escuchó, y al fin exclamó: «No, no: ha de haber rey sobre nosotros, y nosotros hemos de ser como todas las naciones...»

Y el Señor dijo á Samuel: «Haz lo que te piden: nómbrales un rey.»

Fecunda en principios políticos es esta discusion entre Dios y el pueblo, y esta especie de prevailecimiento de la voluntad del pueblo sobre las objecciones de Dios. No nos parece oportuno extender en este lugar las consideraciones que su meditacion nos inspira: quizá se aprovecharia de ellas una escuela que está llamada á venir al templo, que recibirá en el templo las bendiciones y la corona del sacerdocio, como las recibió el imperio, pero que ha de entrar al templo como aquel, por la puerta, esto es, por el Bautismo, y debe evitarse todo pretexto de que vengan aquí las pasiones á alimentarse.

De todos modos aparece que el pueblo de Dios, estableciendo un régimen semejante al de las naciones idolátricas, dió el primer paso para emanciparse del gobierno divino: sin embargo, el Señor, compadecido de Israel, estableció una constitucion, que con el titulo de: *La ley de la monarquía*, Samuel depositó en el tabernáculo: aquella ley sirvió de contrapeso al poder del hombre. Dios declaró y puso la autoridad bajo su tutela.

De lo que se deduce que el pueblo israelita no reconoció en el hombre el derecho absoluto de gobernar al hombre: derecho que la sociedad gentil admitió y acató, y de ahí que la tiranía y el despotismo, tan comunes en los imperios idólatras, apenas fueron conocidos en el pueblo de Dios. Pero este ocupaba muy reducido terreno; el mundo era dominado por el paganismo, lo que quiere decir que algunos hombres explotaban todos los pueblos de la tierra, menos uno.

El Verbo que habia criado la humanidad, no en beneficio de algunos pocos, sino para que todos disfrutaran de su divina munificencia, llevó á la tierra, con la constitucion de la Iglesia, la base de una política regeneradora. Declaráronse caducados los derechos que se habian asumido el conquistador y el fuerte, y fue proclamada única legitima política, la armonizada con la caridad y la justicia.

Así el Cristianismo llevó á cabo una gran revolucion política, generalizando la moral de Israel.

Dios conquistó el puesto que habia abandonado cuando la caída de Adán; su reino fue establecido en la tierra, y empezó la lucha entre los partidarios de la dignidad humana, proclamada por el Evangelio, y los partidarios de las dinastías idolátricas; lucha, guerra, guerra, pues hubo su declaracion, su organizacion y hasta efusion

de sangre por una parte; notadlo, digo por una parte, pues que la carga del sacrificio la aceptaron entera los cristianos, quienes consecuentes con este su lema: «respeto á la dignidad y á la voluntad del hombre,» se propusieron respetar la voluntad de los paganos, subordinando á ellos su vida, ya que no les era lícito transigir con sus principios. El Evangelio triunfó, y acabó para siempre el reinado absoluto del hombre: el Cristianismo ha colocado sobre todo gobierno, sea monárquico, sea constitucional, sea republicano, el Evangelio, ley divina que es el apoyo y á la vez el moderador del poder.

El Evangelio es la constitucion impuesta por Dios á la soberania humana, á fin de que siempre queden salvados por ella los derechos trascendentales de Dios, y los derechos concedidos por Dios al pueblo. Dios reina sobre la humanidad por el Evangelio: el poder humano gobernando segun el Evangelio tiene derecho á llamarse representante de Dios, ó lo que es lo mismo, apoyado en el *derecho divino*. Hé ahí lo que en mi concepto es la política del derecho divino.

IV.

Está fuera de toda duda, pues, que cuando el poder se ejerce segun la política evangelica es legitimo; mas, ¿y cuándo no sucede así? Cuando un gobierno se extralimita, ¿quién tiene derecho á declararlo? ¿quién tiene derecho á darle sucesor? ¿Acudiremos á la soberania popular? ó ¿consagraremos la sangre real hasta el punto de confundir el derecho de soberania con el derecho de sucesion? ¿Sostendremos, señores, que la Providencia no tiene otro plano para desarrollar la variabilidad de los destinos temporales que el resultante de los árboles genealógicos de unas cuantas familias privilegiadas?

Asunto delicado, sobre el que yo no quiero emitir mi opinion: yo me acojo á la autoridad indisputable del P. Ventura de Ráulica; escuchémosle, señores: es el sistema político de los santos Padres el que vais á oír.

«Echemos ahora una mirada, dice, sobre el sistema de la *soberanía popular*.

«Segun este sistema, el poder público no es conferido directamente mas que por la sociedad á la persona que de él se halla revestida. Y como toda cosa puede cesar de ser por las mismas causas que la dieran origen, todo poder público puede dejar de existir por la voluntad de la sociedad que lo constituyó. Así, pues, el poder emana de la sociedad, debe atender sus votos y sus reclamaciones legítimas, hacer justicia, y en ciertas circunstancias él mismo se ve sometido á su juicio.

«Esta es una doctrina que el buen sentido emite, y que todos los monumentos históricos confirman; doctrina que han profesado los Padres y los Doctores de la Iglesia desde san Crisóstomo, santo To-

«más, Belarmino, Suarez, hasta san Ligorio; y que podría apoyarse tambien con la prohibicion que Dios hizo á Roboam de perseguir las diez tribus de Israel, que su brutal despotismo le habia hecho perder.

«En primer lugar, segun los grandes teólogos que acabo de citar, el poder supremo no es conferido inmediatamente por Dios, que es su autor, mas que á la comunidad perfecta, y por ella entregado á la persona que lo ejerce: *Principatus politicus soli communitati perfecta immediate à Deo tribuitur*¹.

«En segundo lugar, una constitucion no es otra cosa que la ley que establece las formas y la transmision del poder social. . . .

«Pero las constituciones políticas de los Estados no son reveladas, pues de lo contrario serian inmutables, y todo cambio que en ellas hiciesen los hombres seria un sacrilegio; lo que Dios quiere, lo que Dios ha hecho no es otra cosa que la ley de la existencia de un poder para cada pueblo: *In unaquaque gente preposuit rectorem*. Pero, por lo que respecta á las formas y á las condiciones de semejante poder, las ha dejado á la eleccion y á la sabiduría de las naciones.

«Las naciones, en efecto, han ejercido siempre y en todas partes este derecho de la manera mas amplia. Su historia política no es mas que la historia de las vicisitudes del poder, la relacion del modo como las han establecido, arreglado su sucesion, modificado sus formas, y frecuentemente variado hasta cuatro veces, como ha sucedido en Francia, las dinastias en las cuales aquel debia perpetuarse.

«Y todo esto, cuando lo ha hecho de una manera regular, se ha tenido por bueno y legitimo en el tribunal del derecho público y á los ojos de los mismos principes, y no ha sido condenado por la Iglesia.

«Tomado, pues, en este sentido, y dentro de estos similes el sistema de la soberania del pueblo, ó bien de la soberania residiendo en la sociedad perfecta, es intachable.

«Pero ¿se sigue de ahí, preguntamos otra vez, segun suponen los ciegos partidarios de este sistema, que todo poder emana del hombre; que todo ciudadano, porque tome parte en una constitucion del poder público, tenga tambien el derecho de rebelarse contra él, de juzgarle y de atentar á sus dias, y en fin, como estos extraños amigos y glorificadores del hombre nos repiten en todos los tonos, que la insurreccion sea el mas santo de los deberes? No, mil veces no! Porque todo esto es groseramente absurdo y funesto. En primer lugar, segun la teología precitada, lo que está en el derecho y en las facultades de la sociedad constituida, de la sociedad regularmente representada, de la sociedad perfecta, *solius societatis perfec-*

¹ Suarez, defens. fid. cath.

«ta, no ha de estar por esto en el derecho y en las facultades del primer aventurero, de cada individuo, ó de una porcion de ciudadanos conspirando en la oscuridad contra el órden establecido, y la Iglesia ha condenado justamente como herética la doctrina que reconoce en los ciudadanos privados el derecho de un acto cualquiera contra la autoridad pública.

«Además, establecer como principio, que toda autoridad ó todo poder no tiene su razon de ser mas que en la voluntad ó en el capricho del hombre, es quitarle su carácter divino, y rebajarle hasta al hombre, es convertirle en juguete suyo, es borrar de su frente todo sello moral, es, en una palabra, degradarle, aniquilarle, imposibilitarle, y de rechazo, es tambien hacer imposible toda sociedad, la cual no descansa ni puede descansar mas que sobre la base del dogma del origen divino del poder.

«Finalmente, admitir una vez el principio de la soberanía del pueblo con el séquito horrible de los comentarios del derecho público de la revolucion, es constituir sobre la fuerza del derecho el derecho de la fuerza, y sustituir la mudable voluntad de una multitud ciega á la regla de la conciencia de que Dios es autor; es consagrar el regicidio; es, só pretexto de libertar la sociedad de la tiranía de uno solo, entregarla á la peor de todas las tiranías; á la tiranía de todos.

«Así, pues, mientras que el derecho divino tomado en el sentido absoluto no es mas que la deificación del despotismo y de todas sus locuras; tomada en el mismo sentido la soberanía del pueblo no es otra cosa que la deificación de la anarquía y de todos sus horrores.

«Pero si, separando lo que estos sistemas contienen de falso y de peligroso, se renne para formar con ello un todo, lo que contienen de razonable, de verdadero, resultará esta doctrina: *Que el poder político tiene su primera razon de ser y su fuente originaria en Dios; pero que no es conferido directa é inmediatamente mas que por la comunidad perfecta, y que en circunstancias dadas puede ser modificado ó variado por ellas.* Este es un tercer sistema, el sistema cristiano, el verdadero sistema, el único que ofrece una conciliacion aceptable entre los publicistas de buena fe de la opinion legitimista y los de la opinion popular, y que presenta la única solucion posible del gran poblema sobre el origen del poder, del cual dependen la conservación del órden y la existencia de la sociedad¹»

Tales son las justas relaciones del pueblo con el poder y del poder con Dios. Dios y el pueblo elaboran el poder, el uno dando la autoridad, el otro preparando el ministerio; en todo gobierno bien constituido deben encontrarse por precision un elemento teocrático y otro elemento democrático; repito que estos dos elementos son indispensables á todo gobierno legítimo.

¹ El poder político cristiano: discurso I.

Los gobiernos anticristianos no entrañan ninguno de los dos; carecen del carácter democrático, porque no están constituidos para el pueblo; carecen del carácter teocrático, porque hasta la fe en Dios les falta: el capricho y el interés son los dos móviles de todo gobierno pagano, ambos son esencialmente antihumanitarios. Un rey pagano es un hombre de fortuna, es decir, el pueblo es en el paganismismo la fortuna del rey.

Me preguntaréis, y un rey cristiano ¿es un hombre desventurado? no diré que sea desventurado, pero si os diré que se ha hecho esclavo para que todos sean libres: «El amor del pueblo, el bien público, el interés general de la sociedad es la ley inmutable de los soberanos, escribió Fenelon... el gobernante debe ser el mas obediente á esta ley primitiva; él todo lo puede sobre los pueblos, por esto la ley debe poderlo todo sobre él. El padre comun de la gran familia le ha confiado sus hijos para que los haga felices... No es para él que Dios le ha hecho rey, le ha constituido tal á fin de que sea el hombre de los pueblos, y no es digno de la monarquía sino en cuanto se olvida completamente de sí para el bien público!» doctrina sublime que Jesucristo resumió en estas palabras: «Que el que sea el mayor se haga el menor.» Tal es un poder cristiano.

V.

Concluyamos: Dios es el principio de todo poder.

El poder divino ha dado á la sociedad con el Evangelio la constitucion de su política trascendental.

El Evangelio es la ley de los poderes y de los pueblos.

Cuando los poderes se emancipan del Evangelio, se declaran rebeldes al principio de la soberanía divina, y por lo tanto déspotas; cuando los emancipados son los pueblos, se declaran perturbadores del órden establecido por Dios y causantes de la anarquía.

La anarquía y la tiranía son estados que el Evangelio reprueba.

Pero, señores, el Evangelio es una ley y una doctrina; los gobiernos y los pueblos son sus súbditos y sus discípulos: ¿quién decidirá, pues, si la ley ha sido infringida, si la doctrina es mal interpretada? ¿quién es el maestro? ¿quién es el juez? está escrito: *Deus stetit in synagoga deorum*: Dios se colocó en medio del consejo de los dioses; Dios es el que dijo: *Cum accepero tempus, ego justitias iudicabo*.

Pero Dios no habla ya á la sociedad; ¿quién decidirá sus litigios? Es cierto, Dios no habla á la sociedad, pero la habló suficiente para darle una norma fija en todos sus futuros conflictos, le constituyó una Iglesia á la que dijo: «Te enviaré el Paraclete, y él te lo enseñará todo.» La Iglesia católica reasume la autoridad de Jesucristo, per-

¹ Directions par la conscience d'un Roy. Supplément.

mitidme me exprese con alguna libertad; es la perpetuización del Verbo de Dios en la tierra; á la Iglesia incumbe la expresión suprema del poder religioso, moral y político, bajo el punto de vista moral que toda política entraña. Con una Iglesia poderosa es imposible una civilización pagana. Sin una civilización pagana quedan á salvo los derechos del hombre.

La divina Providencia ha querido que en la Iglesia estuviera la expresión suprema del poder, desde la venida de JESUCRISTO hasta á la consumación de los siglos. Tal será la conclusión del discurso de mañana.

El Padre dió la corona á María, figura de la Iglesia: la Iglesia, pues, tiene la corona del Padre: *Veni, coronaberis*. Así en la Iglesia está la suprema expresión del poder temporal de Dios.

Felices vosotras, inteligencias sencillas, que no comprendéis la fuerza de estos raciocinios, porque tampoco comprendéis la malicia de los errores que con ellos pretendo combatir: es necesario que vosotras no me comprendáis, para que otras me comprendan: no os mováis del seno inflamado del virginal corazón, aquí está vuestro puesto, yo estoy en el mío, saliendo hasta la puerta del templo para decir á los sistemas que quieren invadirlo: este no es vuestro lugar ¹.

Unámonos, hermanos, y ya que saludamos á María, reina de los Profetas, cobremos ánimo sabiendo que los Profetas anunciaron el triunfo de JESUCRISTO, el triunfo de la Iglesia, el triunfo de la justicia: no olvidemos jamás que fue escrito: Las puertas del infierno no prevalecerán.

¹ Estas palabras están dirigidas á una porción de almas sencillas y devotas que asisten á estas conferencias.

CONFERENCIA DÉCIMATERCIA.

De la corona de María, simbolo del poder pontificio.

¿Dónde está la suprema expresión del poder temporal de Dios en la historia?

I. Hasta dónde puede extenderse el dominio de un hombre y de una dinastía. — Palabras de Balaam al Cineo. — En la edad antigua no se vió la perpetuidad y la universalidad del poder. — El poder absoluto fue negado por Dios á Adán hasta en el estado de inocencia. — La fiebre del poder absoluto ha sido la causa de grandes luchas sociales. — En el paganismo estas luchas llegaron á su período efervescente. — Consideraciones inspiradas por el cuadro bíblico del rey Asuero, lo que prenunció el convite celebrado, y las disposiciones en él adoptadas. — Doble símbolo de Ester. — Anuncio del poder temporal. — Ideas proféticas sobre el mismo. — El pecado sustituyó la tiranía temporal al poder temporal. — La Iglesia hija del poder divino encarnado tiene por espíritu el espíritu del mismo poder. — En ella está la suprema expresión del poder divino en la historia.

II. El Pontificado representado por David. — Tres unciones por David y por el Pontificado recibidas. — La Iglesia de JESUCRISTO no podía ser menos poderosa que la Sinagoga. — Poder temporal de esta. — Misión temporal de la Iglesia deducida de la misión y de las obras de JESUCRISTO. — Consideraciones sobre la antigua influencia de Roma. — La transformación de Roma por la Iglesia es el mas incontrovertible testimonio del poder temporal.

III. La filosofía de la historia proporciona grandes argumentos en favor de la Iglesia. — Los destinos del mundo en el Capitolio y el Cenáculo. — Constitución de Roma antes del Cristianismo. — Descripción de su poder, de su ilustración y de su culto. — Roma obtuvo á su modo la universalidad. — Lo que falta á la universalidad para ser el dominio perfecto. — Faltaba á Roma la unidad. — Establecimiento de san Pedro en Roma. — Rómulo y san Pedro. — La sociedad de Pedro y la de César. — Influencia de las dos encíclicas de un Papa escondido en las catacumbas. — Consideraciones deducidas de la victoria del Pontificado sobre el paganismo. — Fuerza, poder y vida del paganismo. — El paganismo no ha muerto aun. — El Cristianismo no triunfó de un cadáver triunfando del imperio pagano. — Poder católico sobre el Cristianismo y sobre el protestantismo. — Triunfo de la Iglesia sobre la revolución atea. — De qué medios se vale Dios para asegurar el ejercicio y las grandes manifestaciones del poder que comunica á la Iglesia. — La unidad y la intimidad. — Consideraciones sobre ambos principios. — El poder de la Iglesia basado en su autoridad moral é infalible. — Ideas del P. Lacordaire sobre este particular.

mitidme me exprese con alguna libertad; es la perpetuización del Verbo de Dios en la tierra; á la Iglesia incumbe la expresión suprema del poder religioso, moral y político, bajo el punto de vista moral que toda política entraña. Con una Iglesia poderosa es imposible una civilización pagana. Sin una civilización pagana quedan á salvo los derechos del hombre.

La divina Providencia ha querido que en la Iglesia estuviera la expresión suprema del poder, desde la venida de JESUCRISTO hasta á la consumación de los siglos. Tal será la conclusión del discurso de mañana.

El Padre dió la corona á María, figura de la Iglesia: la Iglesia, pues, tiene la corona del Padre: *Veni, coronaberis*. Así en la Iglesia está la suprema expresión del poder temporal de Dios.

Felices vosotras, inteligencias sencillas, que no comprendéis la fuerza de estos raciocinios, porque tampoco comprendéis la malicia de los errores que con ellos pretendo combatir: es necesario que vosotras no me comprendáis, para que otras me comprendan: no os mováis del seno inflamado del virginal corazón, aquí está vuestro puesto, yo estoy en el mío, saliendo hasta la puerta del templo para decir á los sistemas que quieren invadirlo: este no es vuestro lugar ¹.

Unámonos, hermanos, y ya que saludamos á María, reina de los Profetas, cobremos ánimo sabiendo que los Profetas anunciaron el triunfo de JESUCRISTO, el triunfo de la Iglesia, el triunfo de la justicia: no olvidemos jamás que fue escrito: Las puertas del infierno no prevalecerán.

¹ Estas palabras están dirigidas á una porción de almas sencillas y devotas que asisten á estas conferencias.

CONFERENCIA DÉCIMATERCIA.

De la corona de María, simbolo del poder pontificio.

¿Dónde está la suprema expresión del poder temporal de Dios en la historia?

I. Hasta dónde puede extenderse el dominio de un hombre y de una dinastía. — Palabras de Balaam al Cineo. — En la edad antigua no se vió la perpetuidad y la universalidad del poder. — El poder absoluto fue negado por Dios á Adán hasta en el estado de inocencia. — La fiebre del poder absoluto ha sido la causa de grandes luchas sociales. — En el paganismo estas luchas llegaron á su período efervescente. — Consideraciones inspiradas por el cuadro bíblico del rey Asuero, lo que prenunció el convite celebrado, y las disposiciones en él adoptadas. — Doble símbolo de Ester. — Anuncio del poder temporal. — Ideas proféticas sobre el mismo. — El pecado substituyó la tiranía temporal al poder temporal. — La Iglesia hija del poder divino encarnado tiene por espíritu el espíritu del mismo poder. — En ella está la suprema expresión del poder divino en la historia.

II. El Pontificado representado por David. — Tres unciones por David y por el Pontificado recibidas. — La Iglesia de JESUCRISTO no podía ser menos poderosa que la Sinagoga. — Poder temporal de esta. — Misión temporal de la Iglesia deducida de la misión y de las obras de JESUCRISTO. — Consideraciones sobre la antigua influencia de Roma. — La transformación de Roma por la Iglesia es el mas incontrovertible testimonio del poder temporal.

III. La filosofía de la historia proporciona grandes argumentos en favor de la Iglesia. — Los destinos del mundo en el Capitolio y el Cenáculo. — Constitución de Roma antes del Cristianismo. — Descripción de su poder, de su ilustración y de su culto. — Roma obtuvo á su modo la universalidad. — Lo que falta á la universalidad para ser el dominio perfecto. — Faltaba á Roma la unidad. — Establecimiento de san Pedro en Roma. — Rómulo y san Pedro. — La sociedad de Pedro y la de César. — Influencia de las dos encíclicas de un Papa escondido en las catacumbas. — Consideraciones deducidas de la victoria del Pontificado sobre el paganismo. — Fuerza, poder y vida del paganismo. — El paganismo no ha muerto aun. — El Cristianismo no triunfó de un cadáver triunfando del imperio pagano. — Poder católico sobre el Cristianismo y sobre el protestantismo. — Triunfo de la Iglesia sobre la revolución atea. — De qué medios se vale Dios para asegurar el ejercicio y las grandes manifestaciones del poder que comunica á la Iglesia. — La unidad y la intimidad. — Consideraciones sobre ambos principios. — El poder de la Iglesia basado en su autoridad moral é infalible. — Ideas del P. Lacordaire sobre este particular.

Hermanos: conocéis ya el asunto que ha de ocuparnos en el presente día: la corona puesta en las sienas venerables de esa inmaculada Señora por el Padre eterno nos revela su omnipotencia y la de la Iglesia que simboliza: observando la unidad del universo ayer descubrimos la unidad de poder por ella reclamada, y estudiamos en su primitivo y radical origen la importante cuestión de sus caracteres y asiento: el absurdo de las teorías de la separación del poder temporal y espiritual le vimos en principio: insinuamos que los pueblos y los siglos habían reconocido á Dios como principio del poder espiritual, y que el poder temporal absoluto del hombre no se encuentra ni jamás ha existido en la historia: terminamos con la siguiente pregunta, cuya respuesta, dijimos, constituiría la materia de la conferencia de hoy: ¿Dónde está la suprema expresión del poder temporal de Dios en la historia? En la Iglesia. La promesa de este poder se halló anticipada en estas palabras dichas por el Padre á la inmaculada Virgen María: *Veni, coronaberis.*

Señora, también hoy cuento con tu luz para seguir adelante en el camino de las gloriosas analogías: manifiesta conmigo un rasgo nuevo de tu sobreabundante misericordia: *Ave María.*

I.

El poder significa dominio; quien no domina no puede: poder es dominar. Pues bien, decidme: ¿Hay algún hombre que domine todo el tiempo? Notad que dominar todo el tiempo significa dominar todos los países y dominar todos los siglos: ¿hay, pues, algún hombre que domine todos los siglos y todos los países? En vano le buscariais, pues no existe. Cincuenta años de dominio son ya una gran cosa, dominar sobre mil leguas cuadradas es ya mucho dominar para un hombre. Pero si el hombre no puede alcanzar sino un fragmento de poder, ¿podrá alcanzar su totalidad una dinastía? No, por mas que la dinastía sea una ampliación del hombre, jamás esta ampliación llega á extenderse al universo ni á durar perpétuamente. Donde no veais universalidad y perpetuidad, tampoco encontraréis plenitud de poder.

Digna de meditarse es la palabra de Balaam al Cineo: «Fuerte es sin duda tu morada; mas aunque pongas tu habitación sobre una roca, y seas de lo mas escogido del linaje del Cin, ¿por cuánto tiempo podrás permanecer en este estado?... Vendrá una gente en galeras desde Italia, vendrá á los asirios, destruirá á los hebreos, y al fin también ella perecerá.» (*Num. xxiv.*)

En la edad antigua, jamás apareció en la tierra la expresión de la perpetuidad y de la universalidad del poder: á pesar de que Dios, en un principio, entregó por sí mismo á Adán el dominio de la tierra, exceptuó de su jurisdicción el mas bello de los árboles del paraíso: excepción significativa, pues con ella Dios quitaba al hombre

el poder absoluto privándole de su universalidad: excepción además fecunda, porque, habiéndose atrevido el hombre á tomarse la parte de dominio que Dios no le había concedido, y que por consiguiente le faltaba para reunir la universalidad del poder, perdió hasta el poder parcial: ¡murió! murió el que pretendía ser rey absoluto de la vida: y advertid que aquella su altiva pretensión sobre el dominio absoluto universal de la vida fue el único motivo de su muerte: dijo la serpiente á Adán y á Eva: *Seréis como dioses si coméis:* dijeron Adán y Eva á la serpiente: *Comamos pues:* dijo Dios á Adán y Eva: *Moriréis.*

Desde entonces el deseo de conseguir el poder absoluto ha sido para el hombre una especie de fiebre, pero Dios ha calmado la fiebre del poder en el hombre destruyéndole.

El período ascendente de la lucha entre el hombre y Dios sobre la absolutividad del poder lo constituyen los siglos de antes del Cristianismo: la historia de aquellos siglos nos presenta dos cosas: una muchedumbre de déspotas ocupados en formar el mapa de un imperio universal, y el dedo de Dios ocupado en subdividir las fronteras pintadas en aquel mapa. Para limpiar las manchas del orgullo humano, Dios anonadó absolutamente el poder del hombre; de modo que si algún poder justo y social existía en aquel tiempo, era ejercido inmediatamente por el mismo Dios: todas las legislaciones del hombre eran incompletas y anárquicas: una sola legislación era conservadora y acabada, una sola llevaba los gérmenes de un poder universal y perpétuo; aquella legislación no debió su origen al hombre, Dios la reveló en el monte Sinai: el orden que emanó de la ley mosaica no puede llamarse orden humano.

Escuchad una palabra bíblica; la caída y el destronamiento de la humanidad se nos representan en este cuadro, animado por el pincel del divino genio:

«En tiempo del rey Asuero que reinó desde la India á la Etiopía sobre ciento y veinte provincias... y al tercer día de su reinado dió un espléndido convite, que honró con su presencia, á todos los príncipes de su corte, á todos sus oficiales, á los mas valientes de los persas y á los mas señalados entre los medos, y á los gobernadores de las provincias.

«Todo para ostentar las riquezas y magnificencia de su reino, y la grandeza y pompa de su poderio...»

«Estando ya para acabarse el convite, invitó á todo el pueblo que se hallaba en Susan, grandes y chicos, y mandó se les dispusiese un banquete de siete días, en el cercado del jardín y del bosque que había sido plantado de mano de los reyes, y con régia magnificencia.

«Habíanse tendido por todas partes toldos de color azul celeste y blanco, y de jacinto, sostenidos de cordones de finísimo lino y de púrpura, que pasaban por sortijas de marfil y se ataban á unas co-

«lunas de mármol. Estaban también dispuestos canapés ó tarimas de oro y plata sobre el pavimento enlosado de piedra de color de esmeralda ó de pórfido, y de mármol de Paros, formando varias figuras, á lo mosaico, con admirable variedad.

«El día séptimo... el Rey... mandó á siete eunucos que estaban de servicio al rededor de él, que condujesen á su presencia la reina Vasti, con la corona puesta en la cabeza, para hacer ver su hermosura á todo el pueblo y señores, pues era de extremada belleza.

«La cual lo rehusó, y por mas que los eunucos le hicieron presente la orden del Rey, no quiso obedecer.»

Suspendamos la parábola y apliquemos lo que de ella hemos contado.

El rey Asuero es la imagen del eterno Padre: los príncipes, los oficiales, los medos, los persas, los gobernadores de provincia, el pueblo, representan todas las clases de la sociedad: el jardín representa el paraíso; el convite, la revelacion de las riquezas y magnificencia hecha por Dios en el paraíso por la creacion. Si, aquel convite simbolizaba la creacion, y por esto se indica que terminó el séptimo día: y ¿cómo terminó? El Rey envió á decir á la reina Vasti, ¿quién representa la reina Vasti? Eva: que viniera ante aquella muchedumbre para que su hermosura fuese admirada y aplaudida de todos los pueblos y príncipes. Eva, la representante de la vida, la reina, la madre de la humanidad, debía mostrar al Rey la hermosura de la obediencia, confesando á los siglos ante ella congregados ser súbdita del Señor: por esto el Señor le dijo: Ven con la corona que te he dado, es decir, te he dado una corona, Eva, pero á condicion que uses de ella segun yo te indique: ven, confiesa que el poder es mio.

Eva contestó: No quiero venir, como si dijera, la corona me pertenece de una manera absoluta; estoy en mi derecho no cumpliendo tus órdenes.

Entonces el divino Asuero se indignó, consultó á sus sabios, *interrogavit sapientes*: es decir, reunió aquel eterno consejo, que no hacia mucho habia reunido para crearla, cuando dijo: *Venite, faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*; y el Rey, esto es, el Padre preguntó en el consejo de las tres Personas divinas qué pena merecia la reina Vasti por no haber querido obedecer su orden.

Y la voz de la sabiduria se levantó en el seno del eterno consejo, diciendo:

Promúlguese un decreto para que se dé su corona á otra mas digna que ella: *Egrediatur edictum... ut... regnum illius altera, quæ melior est illa, accipiat.*

Y el Rey puso en práctica el consejo: la corona fue quitada á la humanidad, y el poder fue entregado interinamente á una raza simbólica de la Iglesia cristiana. Si, el Señor suscitó de Abraham una familia que conservara las tradiciones de la justicia y de la fe; se-

paróla, digámoslo así, del resto de las familias, prometiéndola la bendicion y la fecundidad, asignóla por patrimonio una region vasta, dióle su proteccion eficaz y su ley: en fin, constituyó con ella el pueblo judío: el pueblo judío era la figura del pueblo cristiano: en ella estaba la sombra de este poder augusto que distingue y enaltece el Cristianismo, poder que viene simbolizado perfectamente en la corona de la esposa nueva de Asuero, descrita en el resto de la parábola cuyo principio os he referido, y que os voy á referir.

Y los criados y ministros del Rey dijeron: «Búsqense para el Rey jovencitas vírgenes y hermosas: *querantur Regi puella virgines æc speciosæ*; enviando por todas las provincias personas que escojan entre las doncellas vírgenes las mas lindas... y la que entre todas será mas del agrado del Rey, será la reina en lugar de Vasti.»

Tratábase aquí de dar á una raza determinada el poder que perdió la madre de la humanidad: todas las naciones fueron llamadas á la pretension de este poder, pero solo una, la mas del agrado del Rey, habia de obtenerlo: veámoslo.

«Moraba en la ciudad de Susan cierto varon judío, llamado Mardoqueo: habia Mardoqueo criado á Edisa, hija de un hermano suyo, llamada por otro nombre Ester, huérfana de padre y madre, en extremo hermosa y de lindo aspecto... Esta se llevó las atenciones de Egeo y cayó en gracia á sus ojos, y así mandó á otro eunuco que le aprontase luego los adornos mujeriles y le diese lo que le correspondia, con siete muchachas de las mas bien parecidas de la casa real para servirle, y que cuidase del adorno y buen trato, así de ella como de sus criadas... y el Rey quedó prendado de ella, mas que de todas las otras mujeres, y cayóle en gracia Ester y obtuvo á su favor sobre todas las demás: *habuitque gratiam et misericordiam eorum eo super omnes mulieres*, y púsola en la cabeza la corona real, y declaróla reina en lugar de Vasti.

«Mandó en seguida disponer un esplendídisimo convite para todos los grandes y cortesanos suyos con motivo del matrimonio y bodas con Ester; y concedió alivio de algunos tributos á todas las provincias, y distribuyó dones con una magnificencia digna de aquel Príncipe.»

El poder de Edisa fue tal que salvó el pueblo de Israel, derribando con su politica el de sus enemigos.

Pues bien, el reino de Ester fue doble simbolo: simbolizó el reino de María, simbolizó el reino de la Iglesia: sí, el reino de María, pues reinó en lugar de Vasti, como María en lugar de Eva; el reino de la Iglesia, porque ocupó el trono de los mas extensos imperios temporales de la antigüedad, como la Iglesia reúne el poder temporal tambien de todos los pueblos y de todas las naciones de la tierra. Á las órdenes de Ester se pusieron siete criadas, de las mas escogidas del palacio real; á las órdenes de María se pusieron los mas escogidos coros de los Ángeles; á las órdenes de la Iglesia anduvieron los pue-

blos y los reyes, rodeados de su magnificencia: *ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui.*

En celebracion de sus desposorios con la Iglesia, como Asuero en celebracion de sus bodas con Ester, Dios le dedicó un espléndido convite: si, se ha realizado esta palabra hermosa dicha de la Iglesia: «Te verás en la abundancia: se asombrará tu corazón, y se ensanchará cuando vendrá á unirse contigo la muchedumbre de naciones de la otra parte del mar, cuando á tí acudirán poderosos pueblos.

«Te verás inundada de una muchedumbre de camellos de Madian y Efa: todos los sábios vendrán á traerte oro é incienso, y publicarán las alabanzas del Señor.

«Se recogerán para tí todos los rebaños de Cedar, para tu servidumbre serán los carneros de Nabayoth...»

¿Qué os parece, hermanos, de esta profecía? ¿Lleva consigo todos los caracteres de la constitucion de un reino temporal? ¿Si? pues esperad, aun no está terminada: hé ahí lo que dijo Isaias: «La nacion y el reino que á tí no se sujetare perecerá, y tales gentes serán destruidas y asoladas.» *Gens enim et regnum, quod non servierit tibi, peribit; et gentes solitudine vastabuntur.*

Comentando Ruperto estas palabras de Jacob á Zabulon: *Tus hijos excitarán los pueblos á ir al monte santo del Señor, donde le inmolarán víctimas de justicia. Chuparán como leche las riquezas de la mar y los tesoros que esconden sus arenas*¹, dice: «Muy conforme es á la dignidad del espíritu profético referir este pasaje á la doctrina de Cristo y á los Apóstoles. Porque fue la tierra de Zabulon y Neftali el campo que aquel escogió para sus mas estupendas maniobras; nació en Nazaret, se transfiguró en el Tabor, dos puntos situados en el país de Zabulon. Allí coleccionó los Apóstoles que invitaron á los pueblos á ascender al monte, esto es, á la Iglesia; allí chuparon de las avenidas del mar, cuando atrayendo la muchedumbre á la unidad de la fe por medio de su dulce predicacion, la asimilaron á su cuerpo, que era el cuerpo místico de Cristo: chupáronse allí los tesoros escondidos en las arenas, impregnándose suavemente de las profundas máximas de la Escritura y de los arcanos de los Profetas y de los de la ley; y despues, la Iglesia chupó la leche de las naciones, los monarcas le dieron sus pechos, y recibió oro por cobre, plata por hierro, bronce por maderas y piedra, cuando por medio de las aclamaciones de los reyes y principes realizó las obras anunciadas por Isaias.

«El nombre Zabulon equivale á *residencia de la fortaleza*, y el de Issachar á *tesoro*. Alegraos, pues, Issachar y Zabulon, porque á vosotros que varonilmente todo lo abandonásteis, varonilmente todo lo evangelizásteis, y varonilmente sufristeis persecuciones á

¹ Deut. xxxiii, 49.

«causa de la justicia, nunca os faltarán los bienes temporales, mientras os dirigis á la posesion de los eternos ¹.»

El poder que habia desaparecido de la tierra por la desobediencia de Eva, volvió á la tierra por la esbeltez y virtud de María. Si Eva no hubiese pecado, el poder hubiera permanecido en la humanidad; pero Eva pecó, por de pronto el poder humano desapareció de todas partes, el poder temporal no existió; no existió sino la tiranía temporal, el despotismo temporal, la disolucion temporal, la anarquía temporal: despues de dos mil años, asomó en una familia, en un pueblo, un destello, una figura de poder: cuatro mil años despues, las nubes llovieron á chorros la justicia, el poder se encarnó en una hija del pueblo de Ester, que era el pueblo de Abraham: el poder encarnado engendró la Iglesia: la Iglesia, hija del poder encarnado, llevó por espíritu el espíritu del mismo poder: el poder vive en ella, se perpetúa en ella, triunfa en ella, y se glorifica en ella; desde entonces la Iglesia ha sido la mas alta expresion del poder divino en la historia; pues ella ha visto, la Iglesia sola ha visto confirmada esta palabra: «Á tí vendrán y se postrarán los hijos de aquellos que te abatieron, y besarán las huellas de tus piés todos los que te insultaban, y te llamarán la ciudad del Señor y la Sion del Santo de Israel.»

Todavía añadió el Profeta:

«Yo haré que seas la gloria de los siglos y el gozo de todas las generaciones venideras.» *Ponam te in superbiam saeculorum, gaudium in generationem et generationem*².

II.

David fue á la vez la figura de Jesucristo y la del Pontificado: examinemos, pues, el carácter del reino de aquel, para ilustrarnos sobre el de este. «Tres veces fue ungido David por rey de Israel: la primera en su casa paterna secretamente por Samuel; la segunda públicamente por solo la tribu de Judá; la tercera por las tribus congregadas: tres veces fue ungido por rey JESUCRISTO: la primera con su gracia personal por la que de derecho es elegido desde la eternidad y en el secreto del consejo divino, príncipe y cabeza de los elegidos; la segunda con la gracia de la redencion en la muerte, por la cual Dios le exaltó y le dió un nombre excelentísimo, y en realidad, empezó á reinar sobre los Patriarcas llamádoles de los limbos, y sobre los Apóstoles y pocos discipulos; la tercera, por la gracia del supremo triunfo, cuando le fué dado todo poder sobre el cielo y la tierra, y obtuvo por la mision del Espíritu Santo que todas las gentes le sirvieran y se realizara aquello del salmo II: *Pos-tula à me, et dabo tibi gentes in hereditatem.* Por lo que, JESUCRISTO

¹ Ruperto, Comentarios. — ² Isai. lx, 15.

«fue rey bajo tres respectos: como Dios, rey de reyes, señor de dominantes; como hombre, hijo y sucesor de David, conociendo lo que Natanael exclamó: *Tú eres el rey de Israel*, y las turbas, sin conocer su divinidad, le presentian y querian coronarlo, y lo aclamaron el día de su entrada á Jerusalem, diciéndole: *Benedictus qui venit in nomine Domini, hosanna Rex Israel*, como Dios y hombre; por lo que él decia: Me es dado todo poder en el cielo y en la tierra¹»

De todo lo que se deduce que JESUCRISTO fue rey por derecho divino; rey por derecho dinástico; rey por derecho popular; aclamado por el pueblo, descendiente de David, hijo de Dios.

El Pontificado recibió tambien tres unciones régias: la primera, á semejanza de la primera de David tuvo lugar, casi en secreto, en una conversacion particular entre JESUCRISTO y Simon; preguntóle JESUCRISTO: «¿Quién tú dices que yo soy?» y Simon contestó: «Tú eres el Hijo de Dios vivo;» y JESUCRISTO le dijo: «Á tí te daré las llaves del reino de los cielos²». Notad la analogia que hay entre esta palabra eterna del Padre al Hijo: «Te daré las gentes en herencia;» y esta otra del Hijo á Simon: «Te daré las llaves del reino de los cielos.» Esta primera unción de Pedro es perfectamente análoga á aquella íntima declaracion de poder hecha al Verbo en el secreto de su eterna vida: la segunda unción tuvo lugar á la presencia de la cristiandad primitiva, cuando los adoradores de CRISTO aislados y perseguidos venian á depositar sus tesoros y los títulos de sus propiedades á los piés de los Apóstoles, dirigidos por Pedro; cuando el dedo del Señor se manifestaba de tal manera protector del Pontificado, que le abria las puertas de las cárceles y le hacia inaccesible á sus enemigos; la tercera tuvo lugar cuando fue exaltado en la persona de Silvestre por la mano de Constantino, declarando á los cautivos representantes de todas las naciones, congregados en Roma, que era aquel el vicario de JESUCRISTO, y que todo honor le fuese tributado. Tres son las coronas del Pontífice como tres las coronas de JESUCRISTO, como tres son tambien las tuyas, ó Reina gloriosa: porque tambien á tí te consagró régicamente Dios tres veces en el secreto de la familia divina, eligiéndote Madre del Verbo; te ungió despues poniendo en tus brazos al Esperado, sabiéndolo sólo un círculo pequeño de elegidos; te ungió finalmente, elevándote sobre todas las criaturas, dándote la primera silla en su reino, rodeándote de los nueve coros angélicos, y disponiéndote una ovacion que nadie alcanza ni alcanzará.

Y la tradicion pagana viene á corroborar la exactitud de estas observaciones: cuando digo que la triple unción de David, fue el símbolo de la triple unción de JESUCRISTO, y de la triple unción del Pontificado, Dion toma la palabra y añade: «Lo que tú dices concuerda con esta tradicion que yo he religiosamente recogido: el día que

¹ A Lapide, lib. II Regum. — ² Matth. viii.

«nació el CRISTO vióse al sol brillar sobre Roma en la forma de tres círculos, de los cuales el uno estaba á la vez circuido de espinas.» Si es exacto este relato de Dion, yo pregunto: ¿Puede darse una señal mas clara de la triple soberanía de JESUCRISTO, y anuncio mas completo de la triple corona del Pontífice, que debia brillar como un sol sobre los monumentos de los césares?

Todo, todo en la Escritura antigua indica que debia ser temporal el imperio del Mesias y del reino que debia constituir.

El pontífice de los judíos recibia la plenitud de los honores y distinciones; cobraba la mayor parte de las ofrendas y primicias, y segun algunos el diezmo del diezmo, ó sea, la centésima parte de los frutos de la Judea. Él era el supremo juez; estaba enlazado muchas veces con los reyes y hasta obtuvo el cetro real; los Macabeos eran pontífices y capitanes, y reyes mas tarde.

Pues bien, la Iglesia de la nueva ley no debia tener una misión menos visible y terrena: debia reinar sobre el tiempo, como la Sinagoga, pero de una manera mas perfecta.

Y ¿cómo no habia de ser reina del tiempo la Iglesia? ¿cómo no habia de tener destinos estupendos en la tierra? JESUCRISTO ¿á qué vino? á librar al hombre: *Tu ad liberandum hominem non horruisti virginis uterum*. Y el hombre ¿dónde vive? en el tiempo sin duda: ¿qué vino á reformar JESUCRISTO? el cielo ó la tierra? Señor, envia tu espíritu, decia el Profeta, *et renovabis faciem terra*: la vida de la Iglesia, no siendo objetivamente celestial, debia ser terrestre, y debiendo toda misión terrena realizarse en el tiempo, ¿quién duda que la misión de la Iglesia militante es eminentemente temporal? Pues que, ¿JESUCRISTO se encarnó en la eternidad? no, que se encarnó en el tiempo: el Verbo tomó cuerpo y lo crió en el tiempo; y notad, que la Escritura, al tiempo de la encarnación le llamó, no el tiempo de la eternidad, sino el tiempo de los tiempos, ó sea la plenitud de los tiempos: en el tiempo nació; en el tiempo recibió los pastores y los reyes; en el tiempo fue reconocido por los pastores y Pontífices; en el tiempo creció, en el tiempo predicó, en el tiempo obró milagros; en el tiempo entró como rey en Jerusalem, y si se quiere un testimonio, una prueba irrefutable, de la que nadie puede apelar sin reñir con la fe, de que la misión de la Iglesia es temporal, yo recordaré uno: JESUCRISTO en la última noche de su vida redentora en el cenáculo de Jerusalem, rodeado de los Apóstoles, que constituían la primitiva Iglesia, despues de haberles dicho que habia deseado celebrar aquella Pascua con ellos, cena, y despues á todos los lava, y despues toma un pedazo de pan y le bendice, y le consagra, y declara que aquel es su cuerpo; que él permanecerá no solo en espíritu, sino en cuerpo con la Iglesia, hasta... hasta la consumación de los siglos.

Es decir, que el último paso que dió JESUCRISTO por sí mismo, antes que los verdugos se apoderaran de él, fue tomar posesión de to-

das las épocas, de todos los siglos, de todas las edades: *Estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*: ¿puede concebirse una mision mas extensamente temporal que la de la Iglesia?

Y cuando los tiempos se le rebelan, el Rey de los siglos no retrocede: antes de permitir que las turbas se apoderen de él, echa por tierra las turbas con solo decir: Yo soy el Salvador. Si el gobernador temporal de la Judea le dice que él puede salvarle ó condenarle, JESUCRISTO le responde: Tú nada puedes sino lo que mi Padre te permita: cuando su espíritu va á salir de su cuerpo, la luz se apaga y el tiempo queda á oscuras; el tiempo nada omitió de lo que le fue posible para anonadar el poder de JESUCRISTO sobre él; colocó su sagrado cuerpo dentro de un sepulcro; puso sobre el sepulcro una losa enorme y ajustada y la selló; rodeó el sepulcro de soldados, que á la vez representaban el ejército y el pueblo; en fin, el poder temporal desplegó allí todos sus recursos, JESUCRISTO los inutilizó todos: salió del sepulcro tan apacible, tranquilo y suave como la aurora sale del mar; dominó el tiempo con la misma facilidad que el sol domina las montañas; repartió á sus discípulos el cultivo cristiano de la tierra como el propietario reparte á sus colonos el cultivo de su heredad: llamó á un hombre, y le dijo: «En tí confío, tú serás mi mayordomo, el administrador principal de mi reino, mi vicario:» y ¿qué reino va á ser el tuyo ¡oh nuevo Señor! un reino invisible? ¿una obra espiritual? espiritual é invisible en su economia interior, visible y temporal en sus efectos.

Habia sido inspirada á un Profeta esta palabra: «De Jacob saldrá el que ha de dominar y arruinar las reliquias de la ciudad¹.» Jacob habia producido ya el dominador; natural era, pues, que del suelo de la tienda metitoria transtiberiana fluyese un raudal de aceite como «fluyó todo el día sin cesar²,» manifestacion elocuente de que el Ungido habia llegado, y el pueblo de los ungidos por él iba á derramarse por toda la tierra desde Roma.

Roma era, señores, la clave de la sociedad antigua; ella era el emporio de las artes, de las armas y de las leyes; ella reunia el imperio, el senado, las academias y el cuartel general del mundo; el mundo no se atrevia á levantar los ojos al cielo sin pedir permiso al Júpiter de Roma, ni á dar un paso adelante sin saber cómo lo juzgaría el César de Roma. Roma era la señora de los tiempos, por esto era llamada por antonomasia *la ciudad*.

JESUCRISTO, pues, confiando á su Iglesia la ruina de la ciudad le dió por mision transformar á Roma, porque era ella la capital del gentilismo y de los gentiles, enemigos de CRISTO. *Perdet reliquias civitatis*, quiere, pues, decir: «De CRISTO nacerá Constantino, emperador cristiano, y otros como él, que convertidos á CRISTO, derribarán al gentilismo romano y perderán los restos de la ciudad y

¹ Num. xxiv. — ² Eusebio.

«de su civilizacion, cristianizándola toda, sujetándola al Evangelio: y siendo ella cabeza y señora del orbe, las demás provincias «y ciudades eliminarán tambien el gentilismo, y todo el orbe adorará y venerará al verdadero Dios¹.»

Pero dejando ya á un lado la parte teológica, profética y simbólica del extraordinario poder de la Iglesia, ocupémonos algunos momentos de su historia y filosofia, ó mejor, de su filosofia de la historia.

III.

No hay senda cerrada para el sacerdote del Dios del universo; en todos los caminos del espacio y del tiempo se encuentran las etapas de la verdad. Dios, que todo lo ocupa, ostenta por todas partes los destellos de su inmarcesible gloria. Los incrédulos al descubrir una nueva mina de tesoros materiales de inteligencia se alegran, enloquecen y exclaman: «Hé ahí una creacion del hombre, esto es, de la humanidad, aquí no se permite la entrada á Dios.»

«No se permite la entrada á Dios!» dicen, y entran, pero no pueden internarse mucho sin que la suspicaz observacion descubra las huellas de la Divinidad; entonces se levanta del insondable abismo de la nueva mina una voz majestuosa y tremenda que dice al filósofo: Por orden de Dios que está adentro, detente! Quiero decir, señores, pero quizá he sido demasiado difuso en expresarme, que la filosofia de la historia, en la que la incredulidad tenia grandes esperanzas, ha sido un medio admirable de difundir y solidar las creencias católicas, porque usando una expresion de Tertuliano: «la obra de Dios llena los tiempos; la justicia, que primero estuvo en sus rudimentos, que llegó á su infancia por medio de la ley y «de los Profetas, y á su juventud con el Evangelio, obtuvo su madurez con la difusion del Espíritu Santo².» El sacerdote encontrará provechosas consideraciones con que apoyar su doctrina en este ramo de la ciencia que se llama filosofia de la historia; yo me valdré de ellas para demostrar el extraordinario poder de la Iglesia.

He dicho que cuando el Verbo descendió, Roma era la clave de la sociedad, la señora de los tiempos; conviene explanar esta idea para desvanecer en su desarrollo algunos errores que aminoran la importancia del triunfo de la Iglesia cristiana sobre la civilizacion romana.

Roma era la síntesis de las grandezas naturales; el hombre agotó en su constitucion el poder, la sabiduria y las dotes que le eran propias.

Voy á emitir una comparacion atrevida; al examinarla no olvideis que dejo en salvo la infinita distancia que separa sus dos tér-

¹ A Lapide. in Num. — ² Tertuliano, de virg. velan.

minos. El verbo del hombre hizo en el Capitolio su obra maestra, como el Verbo divino hizo su obra maestra en el Cenáculo; la obra maestra del Verbo divino fue la institucion eucaristica, por ella el hombre obtuvo en una hostia todas las virtudes del cielo y de la tierra; el Verbo de Dios, despues de haberla realizado dijo: «No sé ni puedo hacer mas.» La obra maestra del verbo humano fue la constitucion de aquella ciudad á la que los grandes sábios consagraron sus doctrinas, los grandes legisladores su política, los grandes capitanes su valor y su táctica, los grandes tribunos su elocuencia, y los dioses todos del mundo sus altares. El hombre no ha podido ni sabido hacer mas de lo que hizo en Roma, de modo que la civilizacion independiente del cielo no podrá ser sino la reproduccion desfigurada de una de las tres fases de la historia romana.

Tales son las sumas de las instituciones de los dos verbos, y en estilo de san Agustín, hé ahí las dos ciudades ó civilizaciones, la de Dios, la del hombre.

JESUCRISTO era la causa y la suma de las bellezas del universo, todas estaban en su persona; por esto entregando su persona á la Iglesia le dijo: Yo te entrego el pan de vida. Á su modo el hombre reunió en Roma el universo moral y fisico; llevó á ella la filosofia de la Grecia, el comercio de la Fenicia, los derechos de la Esparta, quiso que todos los países de la tierra se llamaran sus hijos, para tener el orgullo de tratar como á sus ciudadanos á hombres de todas las razas. Ni se dió por satisfecho con todo esto el romano; no era bastante glorioso llamar hijos á los bárbaros, quiso llamar tales á los dioses; era poco para Roma ser capital de la tierra, aspiraba á serlo del cielo, y no lejos del Senado elevó un panteon, y «ya nadie pudo contar los dioses indigenas y extranjeros, celestes, terrestres, marítimos, fontesinos y fluviales, y segun Varron, unos ciertos, inciertos otros, machos y hembras, que tomaron la presidencia de Roma¹»

Entremos, señores, un momento en el famoso Panteon, obra estupenda del loco orgullo romano; nos servirá de guía para su rápida inspeccion la página de un libro que no creo conveniente citar aquí sino por la viveza y exactitud de sus descripciones².

«Roma parecia buscar como por presentimiento la unidad de Dios; pero queria encontrarla arrojando todos los cultos ya cadavéricos en el Panteon. Yo muchas veces me he imaginado allá en ensueños el Panteon. Al lado de los dioses sabinos, ligeros como la espuma del Tiber, móviles como las ondas de los lagos itálicos, al lado del chavors, el pelasgo representado por una larga y vibrante lanza; dos genios latinos, genios hermafroditas, amando siempre, pero siempre infecundos y estériles, últimos vástagos de

¹ S. August. de Civ. Dei. — ² La civilizacion en los primeros siglos del Cristianismo.

«aquella larga dinastia de divinidades paganas; al lado de la severa aristocrática Rhea etrusca, de los lares del sacerdocio y el patriaciado del dios Espanto inventado por los señores para poner miedo en el ánimo de los plebeyos, dios con los ojos centelleantes de rabia y la boca entreabierto, mostrando la garganta oscura como insondable abismo, y los cabellos esparcidos y entrelazados con las serpientes y bastones augurales; al lado de todas estas divinidades severas y sombrías como el genio de la antigua Roma, se levanta el olimpo griego traído en los carros triunfales por los grandes conquistadores, olimpo hermoso y riente, impregnado en los divinos cánticos de los poetas, olimpo que encierra á Júpiter reclinado en su trono de nubes, apoyado en su águila con el rayo hirviendo en las manos y la eterna luz de una eterna aurora en la frente; á Juno con el iris á sus plantas y el pavo real tan hermoso como el iris á su lado, á Vénus naciendo en la marina concha con los labios humedecidos por las ondas del mar de Chipre, con sus ojos centelleando como los rayos de la primera estrella que nace en la tarde, una eterna alegría; á Apolo, pulsando su lira áurea como el sol; y al lado de todo aquel olimpo que simboliza la religion del arte y de la hermosura, se levanta el Indra oriental, pastor de blancos piés como las nubes que rozan las montañas, armado de flechas con el arco azul en una mano y en la otra la copa llena de rocío recogido al nacer la mañana en los bosques; Indra, que preside todo el cortejo de las divinidades asiáticas; el Toro persa con las diademas de brillantes, los serafines medos con sus cuerpos de leopardos y sus caras de ninfas, la alada serpiente frigia que exhala el huracan de sus fauces; Milhra, el pastor de los ojos de oro, dios de los hechiceros; el cocodrilo, dios del rio; la leona, diosa del desierto; el águila, diosa de los vientos; los genios fenicios, barberos de las estrellas; Tola, diosa asiria, sentada en un leon, espeleuznando con la cabeza coronada de torres y la garganta ceñida de un collar de estrellas, y allá en un rincon del gran templo los dioses venidos al nacer el imperio, dioses que habian nacido en las orillas del Nilo, donde se celebraban los misterios de la magia, los últimos delirios que agitaban la agonía del dios Naturaleza; el Júpiter Amon aterido de frio, sentado junto á su mujer Asthor, que está tejiendo incansable un velo de tinieblas, antes que le falte la luz de los ojos, triste velo que va á ser el negro sudario de todo el paganismo.»

En el libro de la Ciudad de Dios de san Agustín se encuentran algunas páginas, en las que sin duda el poeta que escribió las anteriores se habia inspirado: «Ahi estaba, dice, la diosa *Agonia* encargada de excitar la actividad de los romanos; la diosa *Estimulo*, encargada de excitarles el espíritu de emulacion; la diosa *Munificia*, encargada de absorber sus fuerzas; Lucina la protectora de las mujeres en la hora del parto; Opi la diosa de los recién na-

«cidos; el dios *Valicano*, que era el de los gimientes; los postrados «se acogían al monte de la diosa *Lunia*, los lactantes bajo el de la «*Rumina*; el dios *Stalieso* era el número de los permanentes; la diosa «*Adeona* el de los ausentes, y la diosa *Abeona* el de los presentes; «*Mente* regulaba las inteligencias, y *Volumna* las voluntades: allí «había dioses nupciales encargados de arreglar los asuntos de bodas, y los agrestes proveedores de los campos: *Marte* y *Bella* inspiraban á bien guerrear, *Victoria* á vencer; el dios *Honor* sostenía el carácter, y el dios *Pecunia* inspeccionaba las riquezas; *Esculano* y *Argentino* proveían las arcas de plata y bronce¹.»

Esta reseña tiene por objeto manifestaros, señores, cuántas eran las pretensiones del imperio romano, cuál la lozania de una civilización que había nombrado ciudadanos suyos á todos los hombres de presente y de porvenir, y que había elevado á la categoría de dioses todos sus afectos. Roma aspiró á la universalidad, y llegó á constituir la suya; pensó que la universalidad le bastaría, porque es á lo mayor que el hombre y el pueblo pueden aspirar, pero no calculó bastante.

La universalidad no es sino una parte de dominio, y el dominio perfecto tiene tres partes; las dos que Roma no alcanzó, y que jamás alcanzarán el poder y el verbo humanos, son la intimidad y la unidad.

Ved ahí por qué cuando Roma pensaba haber alcanzado su destino, poseyendo el Senado y el Panteón, hubo de reconocerse convertida en una especie de Babilonia; tanta era la algarabía movida por los dioses y los senadores. Allí se hablaban todos los idiomas; mas como ninguno era el idioma del universo, resultaba confusión de lenguaje; faltaba el idioma universal; había el universo, faltaba la unidad. Júpiter y César, que se preparaban para declarar constituida la civilización, tuvieron que confesar la equivocación de sus cálculos: Júpiter esperaba con una diadema celestial en la mano para ceñir la frente de Roma, declarándola obtentora de la última victoria; en la mano de César estaba el ánfora en la que hubiera quemado todo el incienso del agradecimiento y adoración suprema de Roma á Júpiter; los dioses se preparaban á bajar, los senadores á subir al Capitolio, para ser testigos del *consummatum est* del verbo humano. La civilización no compareció al llamamiento. Júpiter y César se miraron sorprendidos, viendo ocupar el espacio destinado á la civilización á un semillero de vicios degradantes y una tempestad de pasiones furiosas; entonces el incensario cayó de las manos de César y la corona de las manos de Júpiter: *erravimus à via*, esta palabra fue oída en vez del *consummatum est* que se esperaba. Acababa de sonar la hora en que una nueva estrella debía roentar, y un nuevo niño nacer: «La imagen consagrada á Rómulo

¹ Cir. Dei, c. 4.

«y Remo cayó; los caracteres del texto de las leyes grabado en una «de las columnas del Capitolio, espontáneamente se confundieron «haciendo imposible su lectura, mientras algunos rayos del cielo «fundían algunos ídolos; el Senado empezó á temblar, y en la conciencia de todos los que le constituían estaba que no era justo y «no podía ser duradera la marcha de su política; previóse que la «idolatría iba á caer, y que el imperio de Roma había llegado con «ella al fin de sus días¹.»

Pocos años tardó á llegar á Roma el que debía establecer en ella el reino de la *felicidad*, aspiración suprema, á la cual por una de aquellas anomalías que la Providencia dispone en la historia, á fin de que brille su poder, la fiebre creadora de la idolatría romana no había soñado en consagrar altar ni ara. El que iba á constituir allá el centro de la civilización cristiana, se presentó pobre y débil, así como siglos antes se había presentado Rómulo á echar los cimientos de la civilización romana. Una sola diferencia es de notar entre Pedro y Rómulo; Rómulo encontró un terreno despoblado, ó hubo de actuar sobre un pueblo reducido, sin ideas ni organización, fácil de sujetar; Pedro tenía ante sí, ó mejor sobre sí, la constitución mas fuerte de la historia, un pueblo que había nombrado protector de su fuerza á Hércules, protector de sus armas á Marte, guía de sus pasos á Júpiter; la política, el ejército, el pueblo, habían enlazado sus destinos con los de una divinidad; si el proyecto de Rómulo fue atrevido, el de Pedro debe ser calificado á lo menos de loco.

Si, humanamente era una locura que un pescador, con un puñado de hombres de su categoría, abrigara la confianza de trastornar una constitución social que había sufocado las rebeliones de los pueblos, y que estaba dispuesta á construir un coliseo inmenso para formar un lago de sangre enemiga.

Sin embargo, la pequeña sociedad de Pedro pudo mas que la gran sociedad de César; dos encíclicas de un Papa que se albergaba en las catacumbas bastaron para desautorizar todos los sistemas filosóficos que se conocían, y el espectáculo de la muerte de algunos cristianos convenció á los meditabundos, que la idea por la cual ellos morían, era la que el mundo buscaba desde cuatro mil años.

No os recordaré el periodo constituyente de la Iglesia, sus hechos con el imperio, los sacrificios y las virtudes, que admiraran á los mismos Ángeles; en tal caso reproduciría el cuadro que mas de una vez habeis visto, que teneis grabado en el fondo del corazón; únicamente sacaré de la historia, que ya sabeis, dos grandes consideraciones.

Primera, un poder que por el espacio de tres siglos sacrifica los confesores de una doctrina adversa, es un poder fuerte; la socie-

¹ Tradición popular consignada por Dion.

dad que vence las persecuciones de tres siglos, es mas fuerte que aquel poder.

Segunda, no fue la muerte natural del paganismo la que dió vida a la Iglesia cristiana; el paganismo no murió en el siglo I ni en el siglo III, todavía no ha muerto: ¿por qué no domina? porque la Iglesia le sujeta.

Que el paganismo no ha muerto ¿tengo necesidad de probarlo? El abate Gaume, en una obra cuyo espíritu puede muy bien admitirse, salvas ciertas observaciones de detall, ha demostrado no solo la vida sino la propaganda del paganismo en la sociedad moderna. Y el P. Ventura de Ráulica, ante cuya autoridad no será jamás vergonzoso inclinarse, se ocupa del predominio del paganismo en la revolucion francesa, en términos que no puedo dispensarme de citar, porque son una especie de demostracion matemática de la vida pagana: «Se ha dicho que hay cosas buenas en los principios de 1793. Lo que hay en ellos, bien pensado, una de las razones ocultas é instintivas que produjeron vuestra gran revolucion, no fue mas que la impaciencia de una sociedad cristiana en suportar el yugo del centralismo ó del absolutismo pagano, que desde hace dos siglos se le habia querido imponer. La desgracia fue que esta idea inspirada por el sentimiento cristiano de la dignidad del hombre no fue realizada sino por paganos de la peor especie, los cuales, despues de formularlo en algunos artículos, lo desmintieron é imposibilitaron ellos mismos en otros artículos de su famosa declaracion. En efecto, al lado de los principios que el Cristianismo habia acreditado hacia mucho tiempo de la igualdad de todos los hombres ante la ley y de la abolicion de los abusos privilegiados, establecieron el principio pagano de la omnipotencia del Estado, esto es, decretaron la abolicion de las provincias, del municipio, y aun de la familia, y la confiscacion de los derechos, de las propiedades y de la libertad de todos en provecho del Estado; ó lo que es lo mismo, reemplazaron el absolutismo de uno solo con el absolutismo de un pequeño número de hombres, diciendo ellos tambien: el Estado somos nosotros¹»

Todo esto tiene por fin recordaros que la fuerza de la constitucion y progreso del Cristianismo no es producto de circunstancias dadas, que la Iglesia no luchó con un cadáver, sino con una fuerza activa y preponderante, con el paganismo, que no solo no estaba muerto cuando ella nació, sino que no ha muerto todavía hoy, á pesar de la cadena de triunfos con que la Iglesia le tiene ahogado.

Y lo mismo digo respecto á todas las formas disidentes que han aparecido posteriormente á la venida de JESUCRISTO; yo las reduciré á dos, no siendo las demás sino ramificaciones de ambas: el ar-

¹ P. Ventura, Discurso IX sobre El poder político cristiano.

rianismo y el protestantismo; tales son los lemas escritos en las banderas de los enemigos, en los combates, que si me lo permitis llamaré las guerras intestinas del reino de Dios.

«El arrianismo puso en disputa el cimiento y la esencia del Cristianismo, porque negaba la divinidad de JESUCRISTO, divinidad que es todo el Cristianismo; á Arrio le sostuvieron en su herejía el racionalismo y el espíritu de corte; el racionalismo que naturalmente convenia á sustituir la divinidad por un filósofo; el espíritu de corte, que se espantaba de la cruz, y que creia alejar de sus espaldas el peso de ella, transportándola de un Dios á un hombre. Esta combinacion puso á la Iglesia al borde de su ruina, si me es lícito expresarme así; ó juzgar las cosas por la apariencia, y olvidar que el Cristianismo tiene en sí una potencia infinita de dilatacion que conserva siempre, aun cuando la débil vista del hombre le cree aniquilado, como si en la insensible unidad de un punto matemático no pudieran apoyarse muchos enteros. Pero sin valernos de expresiones que pudieran ser interpretadas en el sentido de que olvidamos la inmortalidad de la Iglesia, es cierto que los progresos del arrianismo fueron inmensos, y que despues de haber corrompido una parte del Oriente, amenazaba al Occidente por medio de los bárbaros, los cuales le llevaban su espíritu con sus armas¹»

Por lo que veis, señores, el arrianismo se apoyaba en una escuela filosófica y en un sistema político, habia venido á parar en una cuestion entre el Oriente y el Occidente; nadie, pues, desconoce la fuerza y los recursos de que disponia, humanamente era un gran poder. Pero la Iglesia se levantó contra él en el concilio de Nicea, y mientras iba extendiéndose el rumor de *el orbe es arriano*, el Pontificado dijo, en la persona de Liberio: «Yo venceré el orbe.»

Para apreciar todo el valor de la victoria de la Iglesia sobre el arrianismo, debe recordarse la fecundidad de este, la cual era tanta, que dió á luz, no diré la civilizacion, debo decir, la barbarie musulmana. Cuando la Iglesia hubo desvanecido el espíritu del arrianismo con los escritos patológicos y las definiciones de los concilios y las decisiones pontificias, quedó en la tierra su cuerpo: el arrianismo sin espíritu es el mahometismo, cuerpo colosal, que arrojado, como en despique, por el genio arriano, sobre la sociedad cristiana, la conmovió; pero era un cuerpo sin alma, era un cadáver, su corazón estaba podrido, su porvenir no podia ser sino la disolucion. Sin embargo, fue un poder que amenazó la Europa, fue un poder que la Iglesia combatió, fue un poder que la Iglesia venció.

Otra fórmula poderosa ha venido á levantar su escuela frente á frente la cátedra católica, la protestante. El protestantismo, admi-

¹ Lacordaire, Conferencia sobre La vocacion de la nacion francesa.

tiendo la divinidad de JESUCRISTO, que no quiso admitir el arrianismo, ha dado una especie de divinidad al hombre, estableciendo un comunismo exagerado entre la unidad divina y la sociedad humana. Él ha tenido á su disposicion el poder intelectual, pues que muchos sábios, mal avenidos con la humildad que la Iglesia prescribe, pusieron á sus órdenes sus conocimientos y sus plumas; el poder político, porque la Alemania y la Inglaterra le ofrecieron sus espadas y su diplomacia; el poder popular, porque tolerando y fomentando las pasiones, las masas hambrientas de gozar se han declarado sus adictas; pues bien, la Iglesia de Dios no se ha espantado ante esta confederacion de poderes, ha dicho: «Mi poder les domina, yo puedo mas que ellos,» y los ha vencido tambien. El protestantismo hoy es ya una escuela histórica.

Hoy tenemos muy organizado el poder de la revolucion atea: ¿le vencerá la Iglesia? señores, ya le ha vencido. Os he dicho, apoyado en la autoridad de los grandes hombres, que la revolucion anticristiana no es sino una reminiscencia pagana, por lo que, si la Iglesia ha vencido al paganismo en su principio, y en su doctrina y en su espíritu, es claro que ha vencido tambien á la revolucion.

Tales son los hechos; esta es la historia. ¿Cuál es su filosofía? ¿De qué medios se vale Dios para asegurar el ejercicio y las grandes manifestaciones del poder que comunica á la Iglesia? Dándole un espíritu fecundo de unidad y de intimidad.

El poder del hombre ni siquiera sueña en realizar la unidad; agrega, confedera, compagina, no une; en la rama pagana se ve una agregacion extraordinaria de elementos, no se ve unidad. El cálculo, la necesidad, hé ahí el fundamento de todo. Estaba reservado á la Iglesia católica proclamar la unidad: los romanos no esperaban esta palabra que Pablo les dirigió: «Nosotros aunque seamos muchos formamos en CRISTO un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros»¹.

Para establecer la unidad social, el Cristianismo persuadió el reconocimiento de la unidad de Dios, unidad de la que lógicamente se deduce la unidad de altar, la unidad de víctima, la unidad de sacerdocio, la unidad de leyes, la unidad de costumbres, y en esto resplandece el carácter divino de la sabiduría de nuestra Iglesia. Dios, tipo y perfeccion del poder, para dominar la humanidad la hizo una; el enemigo para impedir que la humanidad fuese por Dios dominada, la dividió; la Iglesia, á fin de que Dios recobrará su dominio, la volvió una. Por eso la Iglesia borró todas las distinciones, no vió mas que hijos, ó mejor, miembros de un mismo cuerpo, hijos de un mismo espíritu.

Peró la unidad no podia ser fecunda en la universalidad, si la

¹ Rom. XIII.

Iglesia no tomaba posesion de *todo el hombre* al mismo tiempo que de *todos los hombres*.

Las grandes agregaciones sociales, basadas en la conveniencia, en el cálculo y en la fuerza, no ejercían influencia alguna sino en el exterior, habia pueblos voluntariamente adheridos y los habia sujetado violentamente; pero el Cristianismo, proponiéndose la unidad, no debia contentarse con la organizacion de la muchedumbre, debia aspirar á la simpatia de los individuos, el reino de la Iglesia no debia ser de superficie sino de intimidad. Ved por qué la táctica de la Iglesia fue diametralmente opuesta á la del paganismo; este sujetaba al individuo para organizar la sociedad, aquel organiza la sociedad perfeccionando el individuo. Por esto, ni en la sociedad antigua, ni en la moderna, fuera del Cristianismo encontraréis la religion pura del espíritu; ninguna ley humana penetró hasta la conciencia; si Adán la emancipó, ¿qué hombre tenia derecho á sujetarla? Este derecho solo pertenece á Dios. La unidad de Dios es la única base posible de la unidad social, pues solo admitiéndola la ley alcanza la intimidad del hombre.

Escuchad, señores, algunas frases que sobre *la autoridad moral é infalible de la Iglesia* emitió el eminente orador que os cito con alguna frecuencia, porque merece vuestras simpatias:

«El hombre puede corromper la ciencia, segun expresion de Bacon, por lo que necesita una garantía que le fije en sus deberes; un mediador incorruptible entre el entendimiento y la voluntad, un mediador que ya le estais señalando, señores, es la virtud. Porque la voluntad no empuja la ciencia hácia la ilusion sino en beneficio de los sentidos y del orgullo, y siempre que la virtud corrige la ciencia y la ciencia ilustra la virtud, brota en el alma un resplandor celestial.

«Ahora bien, la Iglesia no solo posee la virtud, como mediadora entre la voluntad y el espíritu, á manera de un aroma extraño, que purifica la ciencia, sino que su doctrina misma es esta virtud. «Las verdades que componen su tejido no son puras especulaciones, son verdades que llevan tras de sí una multitud de consecuencias morales, terribles á la naturaleza. La cruz, la renuncia de sí mismo, la penitencia, tal es el fin del Cristianismo y el resultado de su accion perseverante. Ser crucificado con JESUCRISTO para vivir con JESUCRISTO, hé ahí lo que su Iglesia no cesa de predicar en todas sus enseñanzas, en todos sus simbolos, en todas sus ceremonias, es decir, que está en contradiccion constante con el mundo y con la naturaleza caída. Es ya una virtud reconocer sus virtudes: ¿qué virtud será practicarlas? No somos unos académicos que en el silencio del gabinete perfeccionan descubrimientos útiles al bien de la humanidad, y en seguida los llevan con fausto á las reuniones públicas, en las que los palmoteos, las pasiones y los honores les indemnizan de sus sudores y de sus vigiliias. La

«verdad que nosotros llevamos á los hombres sale de un corazón martirizado, sale del pie de la cruz; esta verdad dice que el corazón del hombre es un abismo, que es preciso purificarle con una caustera penitencia. Procede de la sangre y pide sangre, y si tratáseis de poner en duda su pureza, os respondería: ¿y cómo podría dejar de ser pura si ha nacido crucificada?»

Dirijamos ahora la vista á las religiones no cristianas, y á las sectas cristianas. ¿Cuál de ellas posee la certidumbre moral? Las religiones paganas, como sabeis, son religiones de placeres é ignorancia. Conoceis á Mahoma; al mismo tiempo que imposibilitaba la ciencia, destruía la moral y legaba á sus discípulos costumbres infames y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, tienen el bien en su seno, solo porque conservan alguna relación con JESUCRISTO; sin embargo, su virtud no es de sacrificio como la de la Iglesia.

«La virtud católica destruye el orgullo en su raíz, mientras que el protestantismo le deja en pie, concediendo tanto valor al criterio individual. Para sensibilizar mas esto pongamos un ejemplo. «Subsiste en Europa un imperio que cuenta á lo menos sesenta millones de súbditos; sus pueblos son cristianos, y no se diferencian de nosotros sino por la ruptura de la unidad; este imperio contiene dos elementos: uno es civilizado, otro bárbaro, y este es admirable por su fuerza. La nación es naturalmente piadosa, y sin embargo, con sus sesenta millones de hombres, con sus recursos de civilización y de barbarie, con su Cristianismo, el imperio ruso no ha podido producir todavía una hija de la Caridad, y ni él ni todas las potencias protestantes podrán producirla. ¿Por qué? es que para amar hasta cierto grado, es preciso una fe profunda, no basta una razón que sepa discutir, necesitase una que sepa adorar, abismarse, anonadarse; jamás los protestantes, con su virtud de hombres de bien, llegaron al entusiasmo que exige el amor¹.»

Puedo retirarme por hoy: he acabado de perfilaros el reino de la Iglesia; comparadlo con otros reinos. Él se asemeja al imperio romano en la universalidad de sus súbditos, pero le aventaja en la unidad de su espíritu, de su ley, de su Dios, y en la intimidad que su Dios, su ley y su espíritu alcanza en el individuo y en la sociedad.

UNO, SANTO, CATÓLICO.

Hé ahí el reino de la Iglesia: todo poder es pequeño á su lado; en la Iglesia reside, pues, la suprema manifestación del poder.

¹ El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

De los combates contra el poder temporal de la Iglesia.

Luchas de la revolución y de la serpiente contra María y la Iglesia.

I. Bajo qué punto de vista puede afirmarse que la Iglesia está compuesta de niños.—Virilidad de los que la combaten.—Qué significa que los hombres del poder, del saber y del influjo no puedan triunfar de los niños del Cristianismo.—Los soberanos, filosofía de su oposición al Pontificado.—Creación de la soberanía de la conciencia.—Teorías cristianas sobre la dependencia de toda soberanía.—Lo que el Cristianismo ha quitado y lo que ha añadido á la soberanía.—Balance de los intereses de la soberanía en el orden pagano y en el cristiano.—Oposición de los sábios y de los genios al Cristianismo.—Sus causas.—Esperanzas vanidosas desvanecidas por su oposición.

II. La revolución filosófica y la popular, comparación de algunas máximas sociales del espíritu católico con otras del espíritu revolucionario.—Exámen detenido de los principios revolucionarios.—*El sacerdote tiene su misión en el templo, no en la tierra.*—JESUCRISTO vino á reformar las conciencias, no la historia.—Absurdos y contradicciones envueltos en estos principios.—Un cuadro bíblico reproducido en todas las edades cristianas y explicativo de las tendencias revolucionarias.—Aplicación de las anteriores teorías á las posiciones actuales de la revolución y de la Iglesia.

III. Conclusion.

Si la Iglesia no hubiera tenido que luchar con las insidias de la revolución, le hubiera faltado un punto de semejanza con la inmaculada Virgen María, la cual tuvo que luchar con la serpiente y venció sus asechanzas.

La serpiente que está á los pies de María simboliza la revolución que está á los pies de la Iglesia: María, elevada sobre el globo terráqueo, es la hermosa figura de la Iglesia que domina las cinco partes del mundo.

Hoy debemos preguntarnos el por qué de esta lucha entre la serpiente y María, entre la revolución y la Iglesia; debemos examinar el plan que la revolución tiene en desvirtuar el carácter temporal de la misión católica.

La luz de esa corona refulgente con que el Padre adorna las cán-

«verdad que nosotros llevamos á los hombres sale de un corazón martirizado, sale del pie de la cruz; esta verdad dice que el corazón del hombre es un abismo, que es preciso purificarle con una caustera penitencia. Procede de la sangre y pide sangre, y si tratáseis de poner en duda su pureza, os respondería: ¿y cómo podría dejar de ser pura si ha nacido crucificada?»

Dirijamos ahora la vista á las religiones no cristianas, y á las sectas cristianas. ¿Cuál de ellas posee la certidumbre moral? Las religiones paganas, como sabeis, son religiones de placeres é ignorancia. Conoceis á Mahoma; al mismo tiempo que imposibilitaba la ciencia, destruía la moral y legaba á sus discípulos costumbres infames y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. Si pasamos á las sectas cristianas, tienen el bien en su seno, solo porque conservan alguna relación con JESUCRISTO; sin embargo, su virtud no es de sacrificio como la de la Iglesia.

«La virtud católica destruye el orgullo en su raíz, mientras que el protestantismo le deja en pie, concediendo tanto valor al criterio individual. Para sensibilizar más esto pongamos un ejemplo. Subsiste en Europa un imperio que cuenta á lo menos sesenta millones de súbditos; sus pueblos son cristianos, y no se diferencian de nosotros sino por la ruptura de la unidad; este imperio contiene dos elementos: uno es civilizado, otro bárbaro, y este es admirable por su fuerza. La nación es naturalmente piadosa, y sin embargo, con sus sesenta millones de hombres, con sus recursos de civilización y de barbarie, con su Cristianismo, el imperio ruso no ha podido producir todavía una hija de la Caridad, y ni él ni todas las potencias protestantes podrán producirla. ¿Por qué? es que para amar hasta cierto grado, es preciso una fe profunda, no basta una razón que sepa discutir, necesitase una que sepa adorar, abismarse, anonadarse; jamás los protestantes, con su virtud de hombres de bien, llegaron al entusiasmo que exige el amor¹.»

Puedo retirarme por hoy: he acabado de perfilaros el reino de la Iglesia; comparadlo con otros reinos. Él se asemeja al imperio romano en la universalidad de sus súbditos, pero le aventaja en la unidad de su espíritu, de su ley, de su Dios, y en la intimidad que su Dios, su ley y su espíritu alcanza en el individuo y en la sociedad.

UNO, SANTO, CATÓLICO.

Hé ahí el reino de la Iglesia: todo poder es pequeño á su lado; en la Iglesia reside, pues, la suprema manifestación del poder.

¹ El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMACUARTA.

De los combates contra el poder temporal de la Iglesia.

Luchas de la revolución y de la serpiente contra María y la Iglesia.

- I. Bajo qué punto de vista puede afirmarse que la Iglesia está compuesta de niños.—Virilidad de los que la combaten.—Qué significa que los hombres del poder, del saber y del influjo no puedan triunfar de los niños del Cristianismo.—Los soberanos, filosofía de su oposición al Pontificado.—Creación de la soberanía de la conciencia.—Teorías cristianas sobre la dependencia de toda soberanía.—Lo que el Cristianismo ha quitado y lo que ha añadido á la soberanía.—Balance de los intereses de la soberanía en el orden pagano y en el cristiano.—Oposición de los sábios y de los genios al Cristianismo.—Sus causas.—Esperanzas vanidosas desvanecidas por su oposición.
- II. La revolución filosófica y la popular, comparación de algunas máximas sociales del espíritu católico con otras del espíritu revolucionario.—Exámen detenido de los principios revolucionarios.—*El sacerdote tiene su misión en el templo, no en la tierra.*—JESUCRISTO vino á reformar las conciencias, no la historia.—Absurdos y contradicciones envueltos en estos principios.—Un cuadro bíblico reproducido en todas las edades cristianas y explicativo de las tendencias revolucionarias.—Aplicación de las anteriores teorías á las posiciones actuales de la revolución y de la Iglesia.
- III. Conclusion.

Si la Iglesia no hubiera tenido que luchar con las insidias de la revolución, le hubiera faltado un punto de semejanza con la inmaculada Virgen María, la cual tuvo que luchar con la serpiente y venció sus asechanzas.

La serpiente que está á los pies de María simboliza la revolución que está á los pies de la Iglesia: María, elevada sobre el globo terráqueo, es la hermosa figura de la Iglesia que domina las cinco partes del mundo.

Hoy debemos preguntarnos el por qué de esta lucha entre la serpiente y María, entre la revolución y la Iglesia; debemos examinar el plan que la revolución tiene en desvirtuar el carácter temporal de la misión católica.

La luz de esa corona refulgente con que el Padre adorna las cán-

didas sienes de Maria, alumbrará el camino que debemos seguir en el prudente desarrollo de esta importante cuestion.

Veni, veni, columba mea, veni de Libano, coronaberis, dice á la Iglesia el Padre. ¡Ay de aquel que participando del orgullo de Lucifer á esta voz del Padre: «ven y te coronaré,» conteste: «Yo te quitaré la corona con que el Padre te glorifica!»

Virgen santa, pon tu gracia en mis labios, á fin de que las palabras que de ellos salgan sean correspondientes á tu dignidad y á tu gloria: *Ave Maria*.

I.

Uno de los testimonios mas gloriosos del origen y carácter sobrenatural de la Iglesia es la constante victoria que alcanza sobre sus enemigos. Siempre combatida y siempre vencedora, es ella la institucion de toda la tierra y de todos los tiempos. Pero ¿qué clase de personas é instituciones la combaten? Esto es lo que venimos á examinar.

Se ha dicho: «La Iglesia no cuenta por afiliados sino á mujeres, niños, y hombres débiles; su importancia social es poca;» desprecio significativo, pero que yo tomaré en cuenta el modo como se dirige, para convertirle en su defensa.

Segun las instrucciones de JESUCRISTO, la Iglesia no puede componerse sino de niños. Cualquiera que no vuelva como uno de estos, dijo el Señor, no entrará en el reino de los cielos. Los hombres mas grandes, mas poderosos, mas ricos, pierden su riqueza, su autoridad, su talla, al entrar en la Iglesia; JESUCRISTO es el Padre; los que en él creen, los que le aman son sus hijos, y no hijos que vayan á declararse en la Iglesia mayores de edad para reclamar el dote que les pertenece y declararse independientes, sino hijos pequeños, hijos menores, hijos que necesitan el apoyo, la providencia y la sombra del Padre; el hombre anonada su poder desde el momento que se echa en brazos del Redentor. Por esto, san Pablo despues de haber dicho: «Todo lo puedo! *Omnia possum*, añade: *in eo qui me confortat*.

Pues bien, los cristianos son niños que no tienen fuerzas propias; tienen razon los enemigos: la Iglesia solo está compuesta de niños. Pero ¿la tienen cuando deducen de esto que carece de importancia social?

Ellos mismos nos darán la respuesta: vosotros que combatís esta Iglesia, compuesta de niños, ¿quiénes sois? ¿Sois tambien niños? ¿Sois hombres de poco valer? ¿Sois mujercillas impotentes? No me resigno á creerlo; vosotros pensais tambien que sois algo mas, que valeis mucho mas, y en efecto, desde cierto punto de vista vuestro poder aparece mayor; sois los hombres influyentes de todos los siglos, sois la mayoría de los soberanos y la mayoría de los sábios, dos mayorías respetables que constituyen, no dudo en afirmar,

una oposicion irresistible á todo lo que no sea verdad. ¿Cómo, pues, siendo vosotros los hombres de la fuerza y del talento no podeis acabar contra una obra sin importancia social? ¿Qué diriais si los ejércitos disciplinados de dos grandes potencias, por ejemplo, de la Francia y la Rusia, no pudieran derrotar unos cuantos millares de niños, que por via de pasatiempo hubieran tratado de simular un combate? ¿Por qué la sabiduria y el poder no triunfa de la debilidad y de la ignorancia? Grandes hombres, ¿por qué no os quitais de delante la muchedumbre de niños católicos? Como observais, he aceptado el terreno que me habeis ofrecido; convengo en que los miembros de la Iglesia son niños; acepto que la oposicion á la Iglesia sea llevada á efecto por hombres: á vosotros ahora incumbe explicarnos cómo los hombres no triunfan de los niños. Si el tema de mi discurso fuera la divinidad de la Iglesia, yo os daria la respuesta; por lo presente mis investigaciones deben dirigirse á otro lado del terreno en que me encuentro constituido.

He dicho que la oposicion venia á la Iglesia de parte de los soberanos y de los sábios. ¿Por qué? Veámoslo.

¿La Iglesia es enemiga de la soberanía? Ya hemos visto que lejos de serlo le ha dado una base propia, legitima y natural; por otra parte no la coarta sino que la universaliza: ¿por qué, pues, muchos soberanos se han declarado enemigos de la Iglesia? Porque esta les ha declarado á su vez que no son propietarios del poder, que el poder que ejercen no tiene en ellos su principio, que ellos son vicarios y ministros del poder divino, administradores, mayordomos de los pueblos; esta es una de las razones: la Iglesia separa la soberanía del soberano para declarar al soberano súbdito de la soberanía, eleva esta y ataja por un lado aquel; los soberanos pierden en propiedad lo que el principio soberanía gana en altura, esto hierre el amor propio del hombre, pero injustamente, pues es exacto que la dignidad consiste en servir al poder: *Dignitas est esse servum potentie*¹; y Casiodoro decia al Señor: «Mas noble es servirte á ti que dominar las naciones de la tierra, especialmente cuando tu reino nos transforma de esclavos en hijos, de impíos en justos, y de cautivos en libres. Servir á Dios es la mayor gloria, no solo mayor que la gloria de la libertad, sino que la de las riquezas, que de la del principado y de las demás cosas que los naturales juzgamos mas preciosas².»

Pero la Iglesia no solo ha limitado la altura del poder terreno, sino tambien su accion. JESUCRISTO ha elevado la dignidad del súbdito, declarándole hijo de Dios. Como Dios es el principio de la soberanía, este título, hijo de Dios, lleva consigo este otro: hermano del soberano. La fraternidad supone un orden de consideraciones

¹ Ambr.

² Filon, I de cherub.

y atenciones nacidas de la unidad de origen, de sangre y de destino. El gobierno del hermano debe diferenciarse naturalmente de una manera radical del gobierno del esclavo; este solo tenia deberes, aquel tiene tambien derechos, y por lo tanto poder, y por lo tanto está á menos distancia del que representa el poder supremo: así en el Cristianismo el representante del poder supremo domina desde menos altura personal, aunque con mas alta autoridad, y su accion es ejercida sobre hombres mas elevados que en las constituciones paganas.

Y prescindiendo de todo esto, el Cristianismo ha constituido en la humanidad una fuerza superior á su misma fuerza, fuerza que es á un mismo tiempo poder y tribunal, ante el que comparece así el rey como el criado á dar cuenta de sus respectivas administraciones.

Aquel tribunal, señores, aquella fuerza, aquel poder, es la segunda, y tan elocuente expresion como la primera, de la igualdad humana. La primera expresion de nuestra igualdad es la muerte, la segunda es la conciencia. La conciencia habla á todos un mismo lenguaje, la muerte guarda con todos idéntico tratamiento. La conciencia es la depositaria de la ley natural y de la ley divina, es un gran poder establecido por Dios para juzgar durante la vida de los poderosos los actos de sus respectivos poderes. Es la soberanía de las soberanías temporales.

Escuchad algunas frases destinadas á poner de relieve este poder, pronunciadas por un orador que ya os es familiar: «Dios no es solo la soberanía viva, sino la ley viva, la ley eterna; y él nos ha dado un bosquejo de esta ley en la natural y en la divina. Y estas dos leyes, que son una expresion inmutable de las relaciones entre todos los seres dotados de inteligencia, ¿á quién han sido confiadas desde un principio? ¿Acaso á la soberanía humana ó al Estado? No, señores, no. Nunca ha sido el Estado el depositario de la ley divina ni de la natural. ¿Quién, pues, lo ha sido desde un principio? ¿Quién? un gran potentado, uno que no se subdivide como las naciones, uno cuya accion se extiende de un polo al otro del mundo; uno que, como la fuerza eléctrica ó como el iman, corre incesantemente desde un polo al otro de la humanidad. ¡La conciencia! Ella es la que desde un principio fue la depositaria de la ley natural y de la divina, y la que ha sido siempre en el mundo el contrapeso de la soberanía humana. Pero, antes del Cristianismo, ó mejor, antes de Cristo, porque el Cristianismo existe desde el principio del mundo, la conciencia humana era débil; habia perdido el depósito que se le confió. Y ¿qué hizo Jesús Cristo? Sublimó la conciencia humana; le dijo un día al sacerdote soplando desde arriba: *Recibe el Espíritu Santo, se perdonarán los pecados á quien tú los perdonares, y serán retenidos á quien tú los retuvieres. Todo lo que tú atares sobre la tierra será tam-*

«bien atado en el cielo; y dijo al hombre: No temas á los que matan al cuerpo y no pueden matar al alma: Te llevarán ante las conciencias humanas divinizadas, ante los príncipes, ante los presidentes; se te preguntará allí, pero no discurras la respuesta, porque yo mismo te la inspiraré de manera que no les será dable resistir. JESUCRISTO ha rejuvenecido la conciencia, la ha dado una fuerza de que antes carecía, le ha prescrito obedecer á Dios antes que á los hombres, y la ha armado del martirio contra la soberanía humana degenerada en tiranía. Mi alma es de Dios, mi corazón de mi rey, mi cuerpo solo está en manos de los inicuos; poco importa lo que de él hagan: leed la conciencia predicada por JESUCRISTO, la conciencia católica. No era un sacerdote quien hablaba así, era Aquiles de Harlay, primer presidente del Parlamento de París.»

Lo que manifiesta que el Cristianismo establece el predominio moral respecto la política, requiriendo la abdicacion de la soberanía absoluta del hombre en manos de la conciencia. Y como toda abdicacion hiere el orgullo, y todo orgullo herido se levanta, nada mas natural que la insubordinacion de las soberanías en el período candente de las pasiones corrompidas.

Si fuera este el lugar oportuno ensayaria demostrar que, á pesar de lo que el Cristianismo ha quitado á sus títulos personales, los soberanos no han sabido calcular fria y desapasionadamente lo que perdian, no aceptando las condiciones que el Cristianismo impone á su poder. Con todo, diré cuatro palabras relativas á este asunto. Los soberanos que dicen reinan por el derecho de la sangre y por la presion de la fuerza, que se glorian de rechazar el principio divino del poder, ¿sobre quién reinan? ¿sobre el hombre? Pero antes decidme: ¿qué es el hombre? ¿Es este cuerpo feo ó hermoso, esbelto ó torpe que se mueve? ó lo que del hombre vemos no es mas que una parte de su todo, compuesta de varios elementos, de los cuales el mas noble reside en el interior? La voluntad, ¿no es una parte muy integrante del hombre? Y la soberanía de la fuerza exclusiva ¿se ejerce sobre la voluntad? La fuerza solo tiene jurisdiccion material. Por esto, fuera del Cristianismo el soberano ejerce el poder de una manera absoluta, pero únicamente sobre los cuerpos, sobre las masas, en general, sobre la materia. El Cristianismo al paso que ha quitado á la soberanía humana la propiedad de su principio, y que ha nivelado la dignidad de los soberanos con la de los súbditos, ha ennoblecido la de aquellos, desde el momento en que les ha dado una especie de jurisdiccion en la conciencia. El poder humano se ha encontrado bajo la ley de la conciencia, pero, no saliendo de esta ley, domina hasta las conciencias de sus súbditos. La autoridad cristiana rige el espíritu; el ministerio del poder ha sido elevado, al paso que ha sido coartada su libertad.

¹ El P. Lacordaire, discurso sobre la opinion de los hombres de Estado y de genio contra la doctrina católica.

—Las ventajas que esta sublimacion de la autoridad ha importado á los soberanos son fácilmente reconocidas. En primer lugar, presentándose á los pueblos, no como propietarios del poder, sino como representantes de la autoridad paternal de Dios, excitan menos la animadversion del pueblo, el que reconociéndose criado ama espontáneamente al Criador y le respeta; en segundo lugar, siendo suave la ley del Señor, que es la que la soberanía cristiana promulga, no suscita las terribles dificultades que las leyes caprichosas de los antiguos soberanos. La soberanía, nacida y limitada por el Evangelio, apacigua las pasiones de las muchedumbres y disminuye los crímenes de los hombres, lo que es un beneficio para los soberanos, pues está escrito: «Que los crímenes de los hombres multiplican los príncipes!» multiplicacion que el conde De Maistre interpreta por frecuencia de asesinatos.

¿Qué puede haber mas terrible que un pueblo furioso contra su príncipe? ¿Cómo no ha de sucumbir el hombre en cuyo corazon sus súbditos leen un decreto de venganza perpétua ó de explotacion insaciable?

No en vano ha sido escrito: *omnis tyrannidis vita brevis*. En efecto, muy corta es la vida de los déspotas: «Hé aquí, dice Cornelio Alá-pide, que apenas transcurrido un mes de que Faraon habia despreciado el aviso de Moisés, mientras oprimia acérrimo á los hebreos con fatigas y luto, es despojado de la vida y del reino. Julio César, invasor del imperio, á los tres años murió de confusion; «Ciro, desde la plenitud de su monarquía, esto es, desde el cautiverio de Babilonia, solo reinó un trienio, despues del cual, la reina de los escitas lo cautivó, le decapitó, y llenándole de sangre le dijo: *Sáciate, ó Ciro, sáciate de sangre ya que tanta sed de ella tuviste*. Alejandro Magno, despues de muerto Dario solo reinó seis años, por lo que Apeles le representó en la figura de un rayo que desaparece con la misma rapidez que brilla².» La soberanía cristiana está menos expuesta á las furias populares, sin que intente significar que haya encontrado completamente su abrigo. Los pueblos colocados bajo la direccion de una tiranía respiran una atmósfera, cuyo estado normal es la tempestad: los pueblos regidos cristianamente, sin desconocer la tempestad, no la sufren sino á periodos determinados. Es verdad, han subido al cadalso algunos soberanos, en cuya frente nadie descubria la mancha del despotismo; pero la opinion popular ha protestado. Protesta satisfactoria que el tirano no oye jamás al revolverse en su propia sangre.

Concluyo, pues, que el Cristianismo, dando á la soberanía una ley suave para el pueblo, le ha conquistado el amor de este. Pues le ha dicho, la soberanía no constituye una dignidad diferente de

¹ Prov. xviii.

² In Exod. cap. xiv.

la tuya, aunque represente una autoridad superior á tí y al mismo que la ejerce. El regicidio es combatido por su base.

¿Hablaré de las ventajas que esta sublimacion lleva al pueblo? Él ha sentido despertarse el sentimiento de su dignidad, el cual, cambiando rápidamente su espíritu, le ha impreso la fisonomía de hoy, que en nada se parece á la antigua.

Pero el orgullo, epidemia aclimatada en los sistemas sociales, ha preferido el antiguo reino del capricho á la presente constitucion de la justicia y del amor; el soberano ha querido ser propietario del poder, y viendo que el Cristianismo reconocia en el Padre eterno la autoridad universal, se ha insubordinado y ha dicho como Luzbel: *Non serviam*.

Otra jerarquía no menos respetable y digna ha venido á dirigir sus dardos contra el poder de la Iglesia: la de los grandes genios. Los sábios y los artistas, estas dos clases predilectas de una institucion cuyo objeto es vivificar las obras materiales, tienen su puesto de preferencia en el plan de la Religion que adora la verdad y la belleza supremas. ¿Por qué los sábios no vinieron sino muy despacio á ocupar sus sillas, y por qué aun no todos vinieron, y porque muchos léjos de venir han combatido la Iglesia, que tan consideradamente trata á las facultades que Dios concede al hombre? ¿Por qué la razon, á la cual la autoridad infalible de la Iglesia enriquece con enseñanzas axiomáticas, no ha querido ser la entusiasta pregonera de la escuela que venia á disipar las dudas de la inteligencia y á fijar la base de toda filosofia posible?

¡Ah! seré ingénuo como siempre: antes de aparecer Jesucristo, como la verdad era indefinida, habia la esperanza, en unos, de dar de ella definiciones mas claras que sus antecesores, y en otros, habia el orgullo de haber alcanzado ya este honor: Aristóteles conquistó una especie de divinidad por la supremacia en el método; Platon se consideró investido de la púrpura metafisica; muchos jóvenes del Pórtico y de la Academia se habian hecho la ilusion de creerse llamados á formular la ciencia del universo. De modo que en la region de la inteligencia la lucha para obtener la soberanía era tan viva como en la region del poder, y mas aun, pues el trono intelectual estaba vacío. Los judíos esperaban un gran Rey, los gentiles esperaban un gran revelador.

La doctrina de Jesucristo vino á disipar las vanidosas esperanzas. La lectura del Evangelio engendró la conviccion en los hombres de gran talento, de que no podia darse una cosa mas perfecta, que el sistema del universo estaba ya formulado, que no podia esperarse una popularidad mas completa que la del Evangelio.

Lo lógico era respetar sus principios, pero no es la lógica reina del mundo. La doctrina cristiana, que si la hubiera concebido y formulado un hombre, cualquiera que hubiese sido, le hubiera dado motivo para juzgarse mas que hombre, ha sido el blanco de las argu-

cias sofisticas de los que, si antes de su promulgacion eran excusables de alimentar ilusiones vanidosas, despues de ella no merecen ya otro titulo que el de infatuados pedantes. Ellos han combatido la doctrina cristiana, pero no la han reemplazado.

En vano las grandes eminencias filosóficas se han esforzado en tejer una nueva religion: todos se han reducido á ciertas supresiones, añadiduras y combinaciones en el antiguo símbolo que han revelado dos cosas: primera, el deseo de catequizar por parte de los neopóstoles; segunda, la imposibilidad de formar un catecismo serio fuera del catecismo católico.

JESUCRISTO definió todo lo definible; las grandes definiciones las pronunció la Iglesia de los niños. Las escuelas antiguas se hacian ensayando dar definiciones de Dios, del alma, del mundo, de la justicia, de la verdad, de la soberanía, del amor, de la felicidad: mas todo esto fue definido. El Verbo que reveló en seis dias toda la creacion material, predicó en tres años toda la doctrina verdadera, y así como despues de los seis dias ya no aparecen nuevas especies, despues de los tres años ya no orientan nuevas verdades. Los quimicos pueden hacer nuevas combinaciones con los elementos antiguos, pero crear elementos nuevos no lo pueden. Los filósofos, á semejanza de los quimicos, pueden combinar nuevos sistemas, instituir nuevas doctrinas no lo alcanzarán. Esto irrita la vanidad filosófica, la falsa filosofía, pues es falsa toda la que no se dirige exclusiva y directamente á la verdad, no se aviene á esta perpétua sujecion á que la Iglesia condena su criterio, y protesta; pero la verdadera filosofía no empieza protestando, sino examinando.

La Iglesia, además de la guerra de los poderosos y de los sábios, debe sostener tambien la de los artistas. Estos gozaban de una soberanía social mas halagüeña y popular que la política ó civil. Con frecuencia el pueblo coronó la frente de un poeta ó de un escultor, porque eran estos artistas los dioses de las pasiones. Ellos las suscitaban con mano segura del seno de la calma, y las hacían caer, como lluvia de rocío, en los corazones de los atraídos á la admiracion de su obra. El pueblo no acariciaba otros sentimientos que los que dictaba la venganza fiera ó el goce sensual.

La estética era materialista como el poder, ó mejor, no existia la estética; este Cristianismo del sentimiento, esta emocion profunda que la creacion artistica, inspirada por el Cristianismo, excita en el fondo del espíritu que cree y ama, esta corriente, producida por el celeste iman con que JESUCRISTO toca los corazones que vienen á inspirarse en el suyo, para encontrar en él, como encuentran, reunidos los tipos de las cosas bellas del universo; esta corriente, esta inspiracion no la alcanzó el artista pagano. JESUCRISTO creó un nuevo arte, cuyo laboratorio constituyó en su corazon; un abrazo de JESUCRISTO hace del hombre de genio un artista tan aven-

tajado, que al lado de sus obras, las obras del paganismo parecen sombras comparadas con el resplandor; ellas os revelan, aunque las contempleis un solo momento y á simple vista, que «sus autores «son discípulos del Autor del universo.»

Como vais notando, la gloria del artista cristiano es ser discípulo del Verbo; ¡discípulo! ¡Ah! el artista deseaba la soberanía de la imaginacion, como el político la deseaba del pueblo, y el sábio de la inteligencia; JESUCRISTO viene á disipar sus ensueños, por esto se rebela y dice: «yo opondré á la estética cristiana la estética de las «pasiones,» y lucha y se esfuerza en avivar las pasiones que el Cristianismo subordina. La lujuria, la impudencia, todos los vicios se mancomunan para inspirar al artista anticristiano, verdadero sacerdote de la inmoralidad.

Tenemos, pues, señores, que la Iglesia sostiene la guerra que le hacen las tres divisiones mas importantes de la sociedad; por lo que el Cristianismo es *poder*, y adora en la frente del *Padre eterno* la corona de la autoridad universal, es atacada por los soberanos: por lo que el Cristianismo es plenitud de *verdad*, á cuya personificacion adora, al verse coronada con la diadema del *Hijo*, los sábios terrenos le atacan tambien; los artistas se levantan asimismo contra él, pues aclamando la soberanía del *Espíritu Santo* anatematiza el reinado y la libertad de las pasiones. El poder del Padre, la verdad del Hijo y el puro amor del Espíritu Santo, tales son, señores, las tres causas de la oposicion de los soberanos, de los sábios y de los artistas al dominio temporal de la Iglesia.

II.

— Pero no hemos concluido aun la revista de los enemigos: existen mas combatientes. Los grandes hombres han arrastrado grandes masas; el orgullo de algunos soberanos, la vanidad de algunos sábios y la concupiscencia de algunos artistas han tramado revoluciones populares contra la Iglesia. Ellos llaman desde ahora nuestra atencion; considerémoslos.

Desde ahora conviene dejar consignado que las muchedumbres no son responsables de sus crímenes en el mismo grado que los soberanos, los sábios y los genios. Las fuerzas de las primeras obran en virtud del Verbo de los segundos. Estos obran por orgullo, por vanidad, por concupiscencia, aquellos solo obran por obcecacion. Los grandes hombres, no solo han negado el poder, la verdad y el amor que veian, lo han ocultado á las masas para que no les vieran. Y esta es una de las razones por que las masas se creen bien encaminadas, á pesar de que se las conduce por el borde de precipicios.

Existen dos revoluciones, intuitiva la una, la otra filosófica; esta concibe, combina y dirige, aquella ejecuta ciegamente. El pueblo observa que está muy léjos del Evangelio, y quiere le-

vantarse y andar hácia él; el orgullo filosófico ve que el pueblo debe levantarse, y dice: Levántate, pero para seguirme.

Veamos lo que quiere la revolucion filosófica, y cómo lo hace para explotar en su beneficio la revolucion popular.

El espíritu de la revolucion dice: *¿Quién como yo?* La Iglesia dice: *Que el mayor de los hombres sea humilde como si fuera el menor: ¿observais la diferencia?* La Iglesia nivela la grandeza de los hombres con el rasero de la humildad; la revolucion, por el contrario, tiende á desnivelar la igualdad de los hombres, creando el poder absoluto de la razon, apoyada por la fuerza bruta, ó lo que es igual, el absolutismo de los mas atrevidos racionalistas.

El espíritu de la revolucion dice: «Solo la muchedumbre es arca, custodia y oráculo de los derechos y de la justicia.» La Iglesia dice: *El hombre es imagen de Dios, Dios es el principio de toda riqueza, y él reparte los dones, segun los sábios planes de su providencia incomprendible; respetad lo ajeno: venerad al hombre.* ¿Observais la diferencia? La Iglesia proclama el derecho de propiedad, salvando con él el de la libertad; la revolucion ataca la autoridad é insulta la libertad negando la propiedad.

El espíritu de la revolucion dice: *Es necesario establecer la economía social sobre las bases del ingenio, la fuerza y el trabajo.* La Iglesia dice: *El complemento de la economía social es la unidad.* ¿Comprendeis la diferencia? La revolucion no atiende sino á los poderosos por naturaleza, la Iglesia atiende á los poderosos y á los débiles, y mas á los débiles que á los poderosos; en fin, la Iglesia católica proclama la fraternidad, la libertad y la igualdad; la revolucion anticatólica quiere el privilegio, la esclavitud y el absolutismo del interés y de la fuerza. Y si deseais que os presente los símbolos respectivos de la revolucion y de la Iglesia, los tengo á la mano: la filosofía de la revolucion está reasumida en una palabra: El Estado soy yo. *Quis ut ego;* la filosofía política de la Iglesia lo está por el título de todos nuestros Sumos Pontífices: *Soy el siervo de los siervos.*

De lo que podeis deducir que el plan de la revolucion es destruir por su base la influencia de la Iglesia en el tiempo, porque si se establece el imperio de la igualdad, de la fraternidad y de la libertad, basado en la justicia, ¿dónde apoyarán sus tronos los representantes del orgullo, de la ambicion y de la envidia? No encontrarán lugar á propósito.

Hé ahí lo que quiere la revolucion filosófica: ¿tiene idéntico espíritu la revolucion popular? El pueblo observa que le faltan los principios del Evangelio y los busca: pero como á sus directores no les conviene que los encuentre, se los ocultan, y ¿de qué manera? Desacreditando con sofismas y calumnias á la Iglesia que los conserva y que se los daría. Que el pueblo no conozca la Iglesia, esto es lo que se proponen evitar.

Ellos han dicho entre sí: «Hagamos entender á los pueblos que la

«mision de JESUCRISTO nada tiene que ver con el tiempo, que es toda eterna, y que desde el momento en que los sacerdotes se proponen intervenir en la moral política, se extralimitan ya, y por lo tanto no pueden ser movidos sino por miras ambiciosas: que el campo del sacerdote no es la tierra sino el templo, que JESUCRISTO vino á reformar la conciencia no la historia; así, prosigue, encerraré la Iglesia en el templo, y yo me quedaré libre en los talleres, en los palacios y en los bufetes; así haré entender que las fronteras de la conciencia humana son las del reino de la justicia divina.»

Permitidme, señores, que me ocupe, aunque someramente, de estas acusaciones sofisticas á la Iglesia por la revolucion impia, á fin de que, puesta de relieve la improcedencia del razonamiento, con que pretenden encubrir la verdadera causa que las motiva, esta quede en toda su desnudez y pueda verse su deformidad.

El campo del sacerdote, se dice, es, no la tierra sino el templo! Falso; JESUCRISTO dijo á los primitivos sacerdotes: *Id!* y ¿dónde? ¿á predicar en mis templos? No. ¿Cómo podía decirlo si no existian todavia templos? *Id!!!* Y ¿dónde? ¿á predicar junto á los altares? No: ¿cómo podía decirlo si no habia en la tierra sino un altar verdadero, que el mundo llamaba cadalso, la cruz, altar mayor de la cristiandad, erigido en el Calvario! *Id!!!* ¿dónde mandaba, pues, CRISTO á sus discípulos? Óigalo la revolucion y confundase: *Id,* enseñad á todos los pueblos: *Ite, docete omnes gentes;* y no solo enseñadlas, *baptizadlas: baptizantes eos,* en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: el campo de la Iglesia es la redondez de la tierra; por esto el Profeta, hablando de los propagadores del reino de CRISTO, decia: *In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terra verba eorum.* El eco de su voz se levantó: ¿dónde? ¿solo en las catedrales, solo en el Vaticano? No, hasta á las fronteras del mundo; sus palabras son escuchadas hasta los confines de la tierra; y, en fin, hermanos, Pedro, cabeza y representante de la Iglesia, predicó el primer sermon, no en un templo, sino en una plaza.

Dice además la revolucion: «JESUCRISTO ha venido á reformar las conciencias, no la historia;» y yo pregunto: ¿Qué es la historia? ¿No es la série, el enlace, el sistema de acontecimientos ejecutados por los hombres? Y el móvil de los hombres, ¿qué es? El apetito, la fuerza, el capricho; estos constituyen el móvil de los brutos: el móvil de los hombres es la conciencia. Si los acontecimientos humanos nacen en la conciencia, en la conciencia radica la vida de la historia; si la vida de la historia radica en la conciencia, ¿quién negará que JESUCRISTO, teniendo el imperio de las conciencias, tiene el imperio de la justicia? Esto es mas claro que la luz del dia.

Si la Iglesia tiene derecho de decir á un rey: *non licet tibi,* el rey tiene el deber de abstenerse del acto prohibido por la Iglesia: y si

el rey, obedeciendo á su conciencia, modifica su conducta, deja de cometer esta ó aquella injusticia; yo pregunto: En tal caso, la Iglesia ¿no interviene, no influye, no modifica la historia? digo que sí. Por consiguiente, señores, á los que dicen que la Iglesia tiene imperio en la conciencia y no lo tiene en la historia, podemos llamarles desvanecidos, ya que no debemos suponer que estando en el pleno goce de sus conocimientos se resignen á contradecirse. Lo que hay, hermanos, reconozcámoslo puesta la mano en el corazón; lo que hay en el fondo de todo esto, es un horror á la pureza de la ley de JESUCRISTO, y una evidencia clara de que la ley de JESUCRISTO es la ley del deber: el hombre odia el deber, y por esto odia la Iglesia, y no pudiendo negar la justicia en la Iglesia, niega que el tiempo deba admitirla; en fin, la revolucion concede los derechos al Evangelio y se resiste á respetarlos.

La conciencia humana se insubordina á menudo contra el *non licet tibi* del ministro cristiano: trata de contrarrestar el *non licet tibi* de la Iglesia á la revolucion con el *non licet tibi* de la revolucion á la Iglesia. Esto ha sucedido siempre; lo que hoy sucede no es sino la repetición de lo que recordaréis aconteció cuando todavía JESUCRISTO vivía entre los hombres.

Un día, la voz del Profeta, destinado á preparar el camino al imperio cristiano, dejóse oír en la corte de Herodes: ¿cuáles fueron sus palabras? *Non licet tibi*, dijo al representante de la historia; el representante de la historia ¿cómo contestó? Decapitando al Profeta, que se limitaba á ejercer su ministerio enviando sus órdenes á la conciencia de aquel rey.

Pues bien, aquel episodio tremendo y sangriento se ha reproducido cotidianamente desde entonces entre los revolucionarios y los sacerdotes; cada tercio de siglo, entre los grandes déspotas y los Sumos Pontífices: de trecho en trecho de la historia humana oíréis la voz del sacerdote diciendo al poder en nombre de CRISTO: *non licet tibi*; y oíréis también el golpe de la espada, ó la detonación del arma que derriba, en nombre del poder *soy yo*, la cabeza de los ministros de JESUCRISTO.

Yo me he equivocado: voy á rectificar, he dicho que de continuo se oía la palabra del sacerdote diciendo á un rey: *non licet tibi* y el golpe de la espada que contesta, cortando la cabeza al sacerdote profeta; hoy no se observa esto; hoy no es un sacerdote que diga á este ó aquel poder, *non licet tibi*; hoy son todos los sacerdotes hoy, es el Pontificado el que dice á todos los reyes y á todos los pueblos: *non licet vobis*, y hoy se oyen las voces de los reyes y de los pueblos que contestan: «Decapitemos de una vez la cristiandad; caiga á nuestros piés Roma, la reina de nuestras conciencias, y seamos dueños absolutos de la historia;» y empiezan á oírse rícos golpes sobre la cabeza de la cristiandad.

Tal vez la harán saltar de su tronco natural, como Herodes hizo

saltar la de Juan; tal vez el orgullo obtendrá uno de aquellos triunfos que eran tan comunes antes de que JESUCRISTO libertara el mundo dando el poder de la historia á su Iglesia; quizá mientras se decapitará el imperio visible de la Iglesia, sus enemigos danzarán alegres al rededor de los restos amontonados y al parecer ruinosos de la justicia, como en el palacio de Herodes los cortesanos y las cortesanas danzaron al rededor del sacrilego plato que conservaba la augusta y santa cabeza del Profeta; todo puede ser, pues si mirais la fisonomía del mundo, habréis de confesar que en parte es de hierro, y á fisonomía de hierro corresponde corazón de mármol: yo creo que todo puede ser, yo temo que todo será; yo creo que el que tiene valor para levantar la espada ante la justicia de la Iglesia, tendrá valor para descargarla contra ella; pero, cuando el poder temporal del hombre habrá empleado otra vez todos sus recursos contra el poder temporal de Dios, ¿pensais que la Iglesia dejará de ser la reina de los tiempos? ¿pensais que el Cristianismo dejará de obtener el imperio de la historia? Si lo pensárais yo os llamaría: *Hombres de poca fe*.

Al martirio de Juan sucedió el cumplimiento de sus anuncios: los destinos de la verdad se realizaron, y también se realizaron los destinos de sus enemigos; á estos, el Señor se les convirtió en enemigo, y el mismo los derrotó; á los hijos de la verdad les dió lo que les había prometido por Isaías: Ellos poseerán eternamente la tierra, siendo unos pimpollos plantados por mí, obra de mis manos, para que yo sea glorificado.

Dejad, dejad que Herodes consume su obra; dejad, dejad que los nuevos redentores consumen el sacrificio; dejad, dejad que se coloque en el plato de la ignominia la cabeza de la profética Iglesia: los déspotas no podrán esconder aquel plato á la vista de los pueblos, y desengañaos, el Cristianismo ha sembrado en los pueblos sentimientos de dignidad y de misericordia: pues bien, los pueblos dignos y misericordiosos se levantarán de su letargo, lo grandioso del escándalo sacudirá su estúpida indiferencia, se acordarán de lo que les hizo el CRISTO, y pedirán á quien corresponda cuenta y razón de la vida del Primogénito de los poderes: y ¡ay! ay del día, hermanos, en que la injusticia se vea obligada á presentarse á los pueblos sin máscara: en aquel día la sangre del gran justo clamará venganza ante el pueblo, porque al pueblo ya no podrá ocultársele que los enemigos de la Iglesia le quitan el pan quitándole la fe, la paz quitándole la moralidad; pero cuando la mano del pueblo se extenderá para hacer justicia, la mano de Dios ya la habrá hecho.

Y los pueblos verán á Herodes, que decapitó á Juan, comido de los gusanos; pues bien, la revolucion, que pretende decapitar la Iglesia, morirá, comida por sus propias disidencias y pasiones; los

gusanos, es decir, los frutos de su propia concupiscencia serán su perdición.

He concluido el tiempo de que podia disponer para desarrollar mi idea: hemos examinado el carácter de los enemigos de la Iglesia, los hemos clasificado, y les hemos preguntado por qué le dirigian tan sistemática oposicion. Vosotros habeis visto cuán alto brillan la verdad, la justicia y la pureza de la Iglesia católica, y cuán á salvo se encuentra esta de las asechanzas apasionadas de los soberanos, de los sábios, de los artistas y de las muchedumbres.

Solo me falta recordaros que toda esta guerra dirigida contra la Iglesia en abstracto, es en concreto sostenida contra el Pontificado. Los soberanos, los sábios, los artistas y las ilusionadas muchedumbres han repetido estas palabras, que como modelo de impiedad consigna la santa Escritura: «Armemos, pues, lazos al justo, «visto que no es de provecho para nosotros, y que es contrario á «nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la ley, y nos «desacredita divulgando nuestra depravada conducta. Protesta tener la ciencia de Dios, y se llama á sí mismo Hijo de Dios. Se ha hecho el censor de nuestros pensamientos. No podemos sufrir ni «aun su vista, porque no se asemeja su vida á la de los otros, y sigue una conducta muy diferente; nos mira como á gente frivola y «ridícula, se abstiene de nuestros usos como de inmundicias, prefiere lo que esperan los justos en la muerte, y se gloria de tener á «Dios por Padre. Veamos ahora si sus palabras son verdaderas; experimentemos lo que le acontecerá, y veremos cuál será su paradero. Que si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios le tomará á su «cargó y le librará de las manos de sus adversarios¹.»

Tal es el discurso de los enemigos del Pontificado, hé ahí de lo que le acusan. Un célebre expositor, que os cito con alguna frecuencia, ocupándose de este pasaje bíblico, dice que en él se consignan implícitamente doce causas de la persecucion de JESUCRISTO: confiesan sus enemigos que le persiguen: «Primera, como inútil, esto «es, molesto y dañino; segunda, como contrario á sus obras; «tercera, porque les echa en cara las transgresiones de la ley; cuarta, porque se llama Hijo de Dios, y enseña que su doctrina y ciencia es mejor que la de Moisés y mas pura la santidad de su religión; quinta, porque adivina y ostenta los mas secretos é íntimos «pensamientos; sexta, porque les ofendé su presencia, gravedad, «modestia y santidad de ánimo; séptima, porque su vida no se asemeja á la de los demás; octava, porque sus caminos son siempre «rectos é inmutables sus actos; nona, porque los califica de viles, «fabulosos y pendencieros; décima, porque se abstiene siempre de «seguir sus caminos; undécima, porque prefiere las postrimerías

¹ Sap. II.

«de los justos; duodécima, porque se gloria de tener solo por Padre «á Dios¹.»

Las causas de la persecucion al Pontificado no os diré que se asemejen á las doce notadas, porque son las mismas y deben serlo: el Pontificado es la perpetuacion del Verbo. El Verbo pontificio ha inferido por consiguiente los mismos agravios que el Verbo de Dios, á la revolucion impia. Por esto le han formulado idéntico proceso, y es, sin variacion alguna, el que los impíos, citados en el libro de la Sabiduría, dirigen al *varon justo*.

Con esta conferencia termino, ó mejor, suspendo la série de consideraciones dictadas por la corona de poder que el Padre eterno puso en las sienes de la Inmaculada Virgen, símbolo glorioso de la Iglesia: mañana nos ocuparemos de la corona de sabiduría con que el Hijo la glorificó.

¹ A Sap. Sap. II.

CONFERENCIA DÉCIMAQUINTA.

De la corona dada por el Verbo á María, expresión de la sabiduría política del Pontificado.

- I. El orden del universo revela una sabiduría. — La humanidad perdió el orden apartándose de la sabiduría del Verbo. — Íntimas relaciones de la Iglesia restauradora del orden con el Verbo del que el orden procede. — El orden de la naturaleza física no se ha turbado, porque ha obedecido la ley de la sabiduría eterna; la turbación del orden intelectual solo puede remediarse por la palabra. — Qué es la palabra. — Misión que ha recibido de Dios. — Su poder constitutivo.
- II. Tres acepciones del poder constitutivo de la palabra. — Su poder despótico; esclavitud de las inteligencias producida por la palabra caprichosa. — Exámen de esta cuestión. — Coexistencia de las ideas de libertad de enseñanza con la enseñanza despótica. — Poder libertino de la palabra. — Distinción entre la palabra libre y la palabra prostituida. — En qué consiste la libertad de la palabra. — La palabra considerada como poder expresivo de la sabiduría. — Carácter unitivo de la misma. — Desarrollo de este asunto. — ¿Cómo se distinguirá la palabra de la sabiduría de la despótica y disoluta?
- III. Constitución de la Iglesia y del Pontificado. — Reino político de la Iglesia. — Política calificada de divina por Bossuet. — Alusiones bíblicas á la misma. — Por qué el Pontificado es el verbo político. — Paralelo de la política pontificia con la seglar. — En qué se fundan las luchas de los gobiernos eclesiásticos con los terrestres. — Las vírgenes moabitas y la política anticristiana.
- IV. Conclusion: semejanza entre María y el Pontificado bajo el punto de vista de la sabiduría social.

El eterno Hijo coronó también á la inmaculada Virgen María, en cuya frente resplandece la corona de la inteligencia, ó sea la del Verbo. Ella recibió un destello extraordinario de la sabiduría inefable.

En la primera conferencia de estas dos series tratamos con algun detenimiento de la intimidad que existe entre la sabiduría y la Virgen, aunque no descendimos de ciertas consideraciones generales: como las mismas relaciones que tratamos en principio se nos presentan bajo el símbolo de la coronación por el Verbo, y la corona es un símbolo del reino, justo es que no desperdiciemos la ocasión de tratar de la sabiduría política de la Iglesia simbolizada por

la corona que el Verbo colocó en las sienes de la inmaculada Virgen María.

Tú me inspirarás, Señora, luz y prudencia, confío en tí; como siempre alentarás en mí el espíritu de santa propaganda: lo espero, porque así andas tú sobreabundante, como escaso yo, en gracia: Dios te salve.

I.

Hermanos: por poco que el hombre observe, descubre en las cosas criadas no solo el fruto de un poder sino el sistema de una sabiduría. La sabiduría era tan necesaria como la potestad, para la constitución armónica del universo. Sin sabiduría, el poder no hubiera combinado el admirable equilibrio entre las leyes de atracción y repulsión, base de este movimiento y quietud relativos que forman el encanto de la doble naturaleza. Pero la idea del orden, de la hermosura y de la naturaleza estuvieron siempre unidas á la fuerza y eficacia del poder. La persona del Padre, supremo principio de este, estuvo desde la eternidad unida, en unidad de esencia, á la persona del Hijo, suprema expresión de la sabiduría, y la sabiduría unida al poder creó todas las cosas en orden, peso y medida. La sabiduría en Dios se llama y es Verbo, como el poder se llama y es en Dios Padre; el Padre engendró al Verbo en la eternidad, y por él crió la serie de cosas que engendra la idea del tiempo. El Verbo es el criador del orden universal, pues en las alturas es la fuente de la sabiduría, y sus corrientes los mandamientos eternos; «es él quien dió el ser á la sabiduría en el Espíritu Santo, y la comprendió y numeró y «midió y derramóla sobre todas sus obras y sobre toda carne, según «su liberalidad y bondad, y comunicóla á los que le aman¹.» Toda idea de orden emana, pues, del Verbo, de modo que las cosas están tanto mas ordenadas cuanto mas se conforman al plan que de ellas preconció eternamente el Verbo.

Porque la humanidad quebrantó la ley que el Verbo le habia impuesto, quedó transformada en un verdadero caos. El hombre buscó en vano el orden. Al paso que reinaba este en los astros, en los animales, en la materia, que, menos libres que los seres intelectuales, no se habian emancipado de la ley suave que el Verbo les dictó, el hombre que determinó constituir su sociedad sobre otras bases lo perdió por completo. Pero alejada del Verbo divino la humanidad no acertó á constituirse. El orden no reinó en la tierra hasta que se encarnó en ella el Verbo del cielo. El Verbo unido al hombre ordenó al hombre, la humanidad puesta en contacto con la divinidad pudo decir, lo que no le era posible estando divorciada de ella: *Ab æterno ordinata sunt*. Todo orden estable y sólido tiene su principio y ley en la eternidad. El orden nacido del tiempo es siempre pasajero.

¹ Eccli. i, 5, 8, 9, 40.

Y si me preguntárais por qué todo orden emana del Verbo eterno, os contestaría: porque habiendo salido del Verbo la creación toda, en él está la razón del plan universal, en él reside la intuición de la unidad del sistema de leyes en que está basado. Todo fue hecho por él, luego él debe saber la trabazón de las diferentes partes de este todo.

No bastaba que Dios criara los elementos: aun después de criados estos no hubieran sabido combinarse, al contrario, se hubieran mutuamente destruido. ¿Por ventura no tiene hoy la sociedad todos los elementos de su paz y bienandanza? Los tiene, y sin embargo lo que no tiene es la bienandanza y la paz que habían de ser su producto: es que teniendo los elementos no acierta á combinarlos. Pues bien, si no bastaba la creación de los elementos, era necesaria su ordenación. El orden había de venir de un ser superior á los elementos ordenandos, pues lo más interesante en una obra maestra no está en sus detalles sino en su síntesis. Al Criador competía, pues, el atributo de ordenador; y así sucedió. Y por esto el Verbo tomó sobre sí el cargo de hacerse hombre para ordenar al hombre.

Si todo orden procede del Verbo, es claro que la Iglesia, cuya misión más importante es restablecer en la tierra el orden que el pecado destruyó, ha de tener íntimas comunicaciones con aquel para tomar de él la parte de sabiduría, sin la cual no existe más que un caos tremendo. Estas relaciones que la Iglesia necesita las obtiene ya. La coronación de María por el Verbo fue su primer símbolo, la promesa de la infalibilidad hecha por el Verbo al Pontificado es su garantía.

Esa corona de que admiramos ceñidas las sienes virginales de nuestra Madre, es una expresión elocuente de la sabiduría del orden, que el Verbo ha comunicado á la Iglesia, y que ninguna otra institución ha recibido; veamos, pues, cómo la Iglesia comunica esta sabiduría que recibe para producir el orden.

He dicho que el orden solo estaba turbado en los seres intelectuales: el universo físico conserva la única virtud que Dios le infundió, la obediencia. La fuerza no debe ser regenerada porque no fue corrompida; obedece á las leyes que primitivamente se le dieron. Pero ¿cómo restablecer el orden intelectual? con la sabiduría: ¿de qué manera se comunica la sabiduría? por la palabra. La palabra, engendro de la inteligencia, es la única fuerza influyente en la inteligencia; porque la inteligencia, señores, solo se domina por el amor; el amor verdad la atrae y la cautiva, y la inteligencia ama sus engendros, como la madre ama sus hijos: hija de la inteligencia la palabra, es por ella amada, al paso que es por ella subordinada. El verbo humano comunicando los principios del orden residentes en el Verbo divino, hé ahí la fuente, el sosten, el principio propagador del orden social.

La palabra es un poder que engendra las convicciones, las que

son las únicas bases estables de toda constitución. Un espíritu convencido obtiene la fortaleza y la inmutabilidad, y lo que se apoya en lo inmutable permanece. ¿Sabéis de qué proviene el flujo y reflujo de sistemas que forma la horrenda tempestad moral que revuelve los tiempos? de que escasean las convicciones. Se ha dado mucha importancia á las formas sistemáticas y poca á la base de las mismas. Algunos, creyéndose dotados de un criterio superior, han amado ciertos principios, han descubierto un juego de relaciones entre ellos, han discurrido un método correspondiente á su conjunto y han dicho: «hé ahí mi sistema,» y han formado escuelas, en las que se ha impuesto á los hombres de más baja categoría intelectual el sistema preconcebido. Luego, lo que yo llamaré la razón ejecutiva de la humanidad, ha impuesto, según las circunstancias, el predominio general de este ó de aquel sistema. Pero como la convicción de los forzados profesores del mismo es nula, de ahí que no sean sino de superficie, y aun menos, de apariencia, las formas sociales.

Dios ha dado á la palabra la alta misión de constituir en la tierra su reino: *pradicate*; y de constituirlo dentro del hombre: *regnum Dei intra vos est*. Si dentro del hombre, es claro que en su conciencia; si en su conciencia, es claro que en su convicción. Siendo el reino de Dios una constitución interior en el hombre, ha de ser fruto del Verbo; la palabra, digámoslo así, es su poder constitutivo. Sí, es la palabra un poder constitutivo, siempre. Pero no siempre en iguales condiciones, pues unas veces es despótico, otras libertino, algunas humanitario.

Tres acepciones del poder de la palabra de que deseo ocuparme aunque someramente.

II.

Empiezo por el despotismo de la palabra. Yo entiendo por tal, toda enseñanza hablada ó escrita que no se base en la convicción del que la da y no se dirija á la convicción del que la recibe, y por lo tanto, que ninguna relación tiene real ni imaginaria con la verdad.

El interés ó la concupiscencia de determinados hombres de distinguido talento exige que predomine este ó aquel sistema; «pues hagámosle triunfar,» dicen. Aunque en su elevado criterio descubren las sinuosidades y errores que con él difunden; aunque están convencidos que propagándolo no hacen otra cosa que desviar los espíritus poco aviesos en reconocer la malicia de los ratiocinios, desarrollan impávidos su plan: lo que les importa es el interés ó el goce; la verdad, ¿qué vale la verdad ante ellos? digo que esto es el despotismo de la palabra: porque siendo la palabra, como decíamos, una fuerza destinada á obrar sobre la inteligencia, cuando no está dirigida por la verdad, que es la justicia del entendimiento, cuanto cautiva lo cautiva sin derecho, como sin derecho esclaviza el que

aprisiona á un hombre, sin respeto á la justicia, que es la verdad de los juicios. Y la esclavitud de la inteligencia es mas triste que la de los cuerpos, porque al fin el cuerpo es de materia, y las cadenas no hacen otra cosa que acercar la materia al seno de su madre que es la tierra, pero la inteligencia no es de materia, es espíritu, y el espíritu tiende á la verdad, de donde se sigue, que ofuscar el espíritu cargándole con una falsa doctrina es desviarle de su direccion natural, apartarle de su centro. El despotismo de la palabra está erigido entre nosotros, y yo os suplico considereis los desastrosos efectos que está produciendo.

La sociedad se halla rebosante de júbilo, porque ha inaugurado un periodo que llama de libertad: de libertad de conciencia, de enseñanza, de cultos, de industria; de libertad en todos los ramos, de libertad universal. Es indudable, el sistema social ha cambiado, ayer existian trabas que hoy no existen, esto es un hecho cuya exactitud afirman así los que se lamentan como los que se regocijan de él. Sin que trate de aguar el gozo á que parece entregada la sociedad á causa de sus conquistas, ha de permitirse que le señale desde aquí una esclavitud con la que no ha terminado todavía: el despotismo de la enseñanza. Hombres que en conversaciones particulares unos y otros en el secreto consejo de su conciencia se confiesan escépticos en política, incrédulos en toda religion, aparecen como celosos catequizantes del protestantismo ó propagandistas de cualquier sistema. Con tal conducta infieren un agravio terrible á la dignidad humana, pues prometen al pueblo una doctrina apoyada en sus convicciones, que no existen; dicen al pueblo: *créed lo que yo no creo, respeta lo que yo no respeto*. Lenguaje que á nadie es lícito.

Si el hombre no se permitiera jamás enseñar lo que no sabe, pagar lo que no acepta, proponer lo que no cree, estad ciertos que sería mucho menor la confusion de las teorías, y mucho mayor la ventaja que reportaría la Religion verdadera, pues, fuera de la verdadera, estad ciertos que muy pocas veces una doctrina conquista una conviccion.

Desgraciadamente abundan los hombres de poco criterio; las inteligencias que se doblan al peso de los mas ligeros raciocinios, se rinden, no se convencen á la primera imposicion doctrinal. Y como la propaganda de lo falso encuentra pábulo, á los explotadores de doctrinas les va bien: y el despotismo de la palabra crece, y como la palabra despótica no tiene ninguna especie de relacion con la verdad, es un semillero de ignorancia, contra la cual debemos reclamar y obrar cuantos deseamos hacernos acreedores á una de las bienaventuranzas de la Iglesia.

No intento reclamar contra los legítimos derechos de la palabra humana; prefiero las obras de la palabra á las de la fuerza. Cuando la palabra es una revelacion exacta del espíritu que la inspira, yo la respeto siempre, aunque me vea en la imprescindible necesidad de

rectificarla muchas veces. Pero lo que indigna, señores, lo repito, atendida su gravedad, lo que indigna es que el hombre emplee la palabra comunicativa de su espíritu como un medio puramente mercantil, es decir, que la emplee para imponer á los demás la ley promulgada por su hipocresía.

El poder despótico de la palabra es ilegítimo: los pueblos deben dedicarse por todos los medios posibles á extirparlo; lo que en este sentido se haga redundará en bien de la Iglesia, la que ejerce la soberanía maternal de la palabra.

El poder del libertinaje no es menos desastroso que el que acabamos de considerar.

La palabra emancipada de las leyes morales no se impone como una autoridad; pero se comunica como una naturaleza. Es la palabra que se rebela contra toda autoridad, haciéndose expresion del orgullo, que insulta el derecho supremo de la Divinidad, trata mal alguno de sus atributos, no tiene las consideraciones debidas á la Iglesia, haciéndose expresion de la blasfemia, que pinta las obscenidades del corazon y comunica á los demás los torrentes de una concupiscencia desbordada haciéndose expresion de la lujuria; falta á las consideraciones debidas á todo hijo de Dios, hermano del hombre, haciéndose expresion de la ira; que carece de la ley que la sirve de criterio, que procede de un espíritu el cual pertenece al número de los que dijeron: «nuestra lengua nos pertenece.»

Es un poder, porque cuenta con las fuerzas de las pasiones, á las cuales sirve; es ilegítimo, porque las pasiones no reguladas por el criterio moral, clave del equilibrio de los derechos y deberes, tienden á la invasion y al atropello; es perjudicial, porque cuando este poder domina, todo está amenazado, la tempestad reina, el desborde llega cada día y acontece en todas partes.

He dicho que este poder no se impone pero que se comunica; en efecto, la palabra inmoral no tiene bastante atrevimiento para declararse ley, deja siempre á salvo el principio «libertad,» se dice engendrada por la libertad, pero yo puedo probarle que no es exacto que nazca de ella; es la palabra prostituida: y la libertad de la palabra no consiste en poder servir la mentira, pues fue instituida para comunicar la verdad. Cuando se pone al servicio del error, la palabra se desnaturaliza, y la libertad no es la desnaturalizacion; el ser que se desnaturaliza, no solo no obtiene la libertad, sino que pierde la esencia. La libertad de la palabra consiste en la ausencia de toda coaccion para propagar las convicciones justas y fundadas, consiste en la ausencia absoluta del despotismo intelectual y en la suficiente dignidad para no ceder á la tortura de la fuerza. Así la palabra de Dios es siempre libre sin que pueda ser jamás disoluta: *Verbum Dei non est alligatum—lex Domini immaculata.*

La palabra disoluta no tiene relacion alguna con la sabiduría; de ahí que, aunque sea un poder, no ordena ni constituye; donde ella

reina, domina el caos, y ella reina demasiado, lo que no es extraño, pues halaga las pasiones, emancipa al hombre, le permite gozar y adquirir sin freno.

En oposicion á estos dos poderes se levanta el poder expresivo de la sabiduría. La sabiduría es el conocimiento de la verdad, la verdad es la religion, la religion es caridad, la caridad es union: union del hombre con Dios, union del hombre con el hombre, hé ahí los dos polos de la caridad.

Necesitábase una lazada para mantener esta union humana y divina, y destinó Dios lo fuera su palabra. El Verbo, por el que fue derramada la vida y creados los dos elementos indispensables á toda union, inspiró una doctrina moral que sirviera de lazada. La virtud de la palabra es comunicativa, y por lo tanto unitiva: hablar es hacer participante á otro del pensamiento propio; es establecer un cambio que tiende á establecer un equilibrio, diré mas, un comunismo de ideas. Los espíritus se unen por la palabra; la palabra que no une los espíritus no cumple la mision elevada y admirable, y no la cumple ni la palabra despótica ni la palabra disoluta, porque esta tiende á evaporar el espíritu, aquella á comprimirle. La palabra unitiva lleva la fuerza y la autoridad en sí misma, porque procede de la sabiduría, á la cual el espíritu del hombre tiende como á su centro. Procede de la sabiduría y atrae hácia la sabiduría, y como esta se encuentra en Dios, ó mejor, Dios es la misma sabiduría, la palabra que de Él procede atrae hácia Él á los hombres todos, á los cuales une entre si. Y como la union es uno de los mas elevados fines del hombre, pues no ha sido criado para vivir solo, sino para unirse en espíritu á sus hermanos y en espíritu y verdad á Dios, de ahí que la palabra que une al hombre con el hombre y á los hombres con Dios es la que vivifica. Vivifica porque une, y la union es la condicion complementaria de la vida. Vosotros sabeis que la vida fue hecha por el *Verbo*, el cual creó el universo y regeneró el hombre, proporcionándole medio para recobrar el derecho á la vida que habia perdido, apartándose de la instruccion recibida del principio de la misma. El Evangelio es una palabra poderosa porque es de la misma sabiduría, palabra que reformó el mundo y que ha impreso á los acontecimientos históricos un sello de humanitarismo que admira. Nadie se ha sentido con fuerzas para oponerse al reino de la palabra evangélica; reconociendo su soberania, los abogados de ciertos sistemas se han limitado á pretender dar de ella diversas explicaciones, es decir, á explotar despóticamente su poder. El protestantismo no es otra cosa que un reconocimiento forzoso del poderío del Verbo evangélico y una desnaturalizacion despótica del mismo.

Pero la palabra, genuina expresion de la sabiduría, no puede ser sino *una*, como la verdad. Las divergencias contradictorias de los que se la apropian nos señalan claramente cuáles no las toman en

su manantial genuino. Ellas son fruto del racionalismo, el cual examinado á fondo, se ve que es el despotismo filosófico, ó sea un sistema de ideas caprichosamente combinadas por el individuo. Se deduce de esto, que quien no se remonta á la doctrina del Verbo, principio de la vida, y por lo tanto verdad absoluta, se hace racionalista, es decir, creador y responsable de su propia palabra.

Pero ¿cómo conocer la verdad? ¿dónde están sus semillas? ¿en el hombre? Dios solo le ha concedido criterio para discernirla del error, para conocer dónde está su fuente; ella tiene su asiento sobre la inteligencia humana. El Verbo de Dios dijo: «Yo soy la verdad,» pero ¿cómo participar del Verbo de Dios? ¿cómo ponerse el hombre en comunicacion con él? ¿se revelará Dios á cada hombre? ¿tendrá todo hombre el derecho de interpretar á Dios?

No; lo primero seria una prodigalidad de milagros por parte de Dios inmerecida por el hombre, pues «gloria de Dios es el cubrir con un velo su palabra¹;» lo segundo seria dar al hombre una plenitud de derechos no conveniente despues de su caída: ¿cómo se revelará, pues, Dios al hombre?

III.

El Verbo llamó prodigiosamente una vez para siempre á todos los hombres; apareció en la tierra, y dijo: «Yo soy la verdad: los que «estais desviados de ella venid, porque soy tambien camino, y por lo «tanto, la vida que de la verdad emana.» Así los hombres voluntariamente afectos á la verdad corrieron hácia el Verbo, quien les declaró su grey, ó su Iglesia; les prometió que jamás se separaria de ellos, que les hablaria por boca de sus ministros, y á estos por boca del gran Pontífice cabeza de la humanidad escogida, á la que prometió la infalibilidad de la palabra. Constituyó, pues, para sí un pueblo, que siendo el suyo, se llamó propiamente el pueblo de la verdad; colocó á la cabeza de su pueblo un trono, que es el punto de la tierra mas cercano al trono divino, y dióle la corona de la vida.

¿No veis lo que significa la corona que el Verbo puso en las sienes de la inmaculada Virgen? María, representante de la Iglesia, es coronada por el Verbo, y como decir corona del Verbo equivale á decir corona de sabiduría, la corona de la Virgen es el símbolo de la corona de infalibilidad que el Verbo ha puesto en la cabeza de la Iglesia, y con la cual ejerce el poder humanitario de la palabra.

En otra conferencia nos ocupamos del magisterio doctrinal de la Iglesia, por lo que nos dispensamos en esta de emitir sobre él consideracion alguna: el punto de vista desde el que debemos contemplar hoy la corona de su sabiduría es el de la moral política.

Dios ha dado á la Iglesia la sabiduría, á fin de que constituyera una obra de paz y unidad social. El reino político de la sabiduría era

¹ Prov. xiv.

deseado por Platon, el cual decia: *Beatas fore respublicas, si vel sapientes eas regerent, vel earum rectores sapienter studerent*; y Aristoteles: *Supere principantis est*. Y como el Pontificado no solo es sábio, sino que es el ministro de la misma sabiduría, creo poder decir que la Iglesia católica aceptando el dogma de la infalibilidad pontificia, y sometiéndose á sus decisiones supremas, sanciona los elevados deseos de aquellos filósofos y los realiza.

«Dios, por quien los reyes gobiernan, dice Bossuet, nada olvida ni omite de cuanto conduce á enseñarles á bien reinar. Los ministros de los príncipes y aquellos que debajo de su autoridad tienen parte en el gobierno de los Estados, en los reinos, en la administración de justicia, hallarán en sus divinas palabras lecciones que solo Dios podia darles. El formar la magistratura segun el espíritu de sus leyes es parte de la moral cristiana; Dios, pues, se ha dignado decidirlo todo, esto es, dar decisiones á todos los reinos...

«Este es el mayor de todos los objetos que pueden proponerse á los hombres, los cuales jamás prestarán demasiada atención á las reglas segun las que serán juzgados con eterna é irrevocable sentencia.

«Los que se figuran que la piedad disminuye la fuerza política serán confundidos; la política que verá V. A. ¹ es verdaderamente divina, es la que observada puede hacer feliz al género humano ².»

Pues bien, la política que Bossuet llama divina, y que observada puede labrar la felicidad del género humano, es la política pontificia, porque está deducida de las palabras de la sagrada Escritura, cuya infalible interpretación pertenece al Pontificado. Política elevadísima é independiente, no limitada á forma alguna, la cual se extiende á toda tendencia justa y á toda forma temerosa de Dios; política expresada en estas palabras de san Pedro: «Verdaderamente acabo de conocer que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquiera nación el que le teme y obra bien merece su agrado ³.» Política que no siendo la de ningun partido es la de la humanidad entera, cuyos diversos intereses armoniza equilibrándolos, y equilibra basándolos en el principio inconcuso de la justicia; política cuyo sublime objeto san Bernardo ve indicado en estas palabras de la Esposa: «Cazadnos estos raposillos que están asolando las viñas;» «manda, dice, arrancar los errores é injusticias apenas orientan y empiezan á propagarse, manda vencerlos y exterminarlos no con armas, sino con argumentos, á fin de que no prevalezcan y lo invadan y corrompan todo.» Política reguladora, pues los Gobiernos que la toman por norma experimentan la exactitud de este proverbio: «Gloria es de los reyes el investigar el sentido de la palabra de

¹ El Delfín de Francia. — ² Política deducida de las propias palabras de la sagrada Escritura. (Introducción). — ³ Act. I, 34, 35.

«Dios ¹;» política cuyo reino pacífico, próspero y delicioso fue profetizado así por Isaías: «En los últimos dias el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los collados, y todas las naciones acudirán á él; y vendrán muchos pueblos y dirán: Ea, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob, y el mismo nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor. Y él será el juez supremo de todas las gentes, y convencerá de error á muchos pueblos; los cuales de sus espadas forjarán rejas de arado, y hoces de sus lanzas; entonces no desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán mas en el arte de la guerra ².»

«Este monte, dice san Jerónimo, está situado en la casa del Señor, casa fundada sobre los Apóstoles y Profetas, que son tambien montes en su calidad de imitadores de JESUCRISTO, monte al que dijo JESUCRISTO: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; esta Iglesia, fundada sobre Pedro, llenó de iglesias el orbe entero... la doctrina de sus discípulos contiene la abundancia de paz que á los mismos legó el Señor: la justicia perfecciona la mas hermosa ciudad, y á participar de ella están invitados los esclavos y los libres, los griegos y los bárbaros, los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos, los hombres y las mujeres, los jóvenes y los ancianos ³.» En resumen, la Iglesia tiene por mision política enseñar y plantear la justicia universal, y como el fin natural de la política es obtener la universalidad de la justicia, digamos que el Pontificado, expresión suprema de la Iglesia, es el verbo político. Por esto pronuncia juicio sobre todos los regimenes y revoluciones, á todos juzga segun el dictado de la sabiduría que le ha sido comunicada, pues tiene una ley clarísima y una posición independiente, garantías perfectas de la infalibilidad de sus doctrinas. El verbo pontificio, que no es fruto del criterio de las pasiones, sino de la inspiración suprema, define y solventa las cuestiones políticas desde la region elevada y pura de los principios del orden eterno, proponiéndose enseñar la ciencia de la aplicación de este al orden temporal, produciendo la admirable libertad de su palabra, la mas humanitaria porque la mas justa.

Á la política pontificia pueden aplicarse estas consideraciones, que la lectura del viaje de Jacob inspiró á un comentador: «La sabiduría le acompañó á casa de Laban su tío, donde fue colmado de bienes y de esposas y de prole, é hizo que recorriera ileso en medio de peligros y dificultades, y de las insidias que le suscitaba Esau, todo el trecho que va de Canaan á la Mesopotamia; pues la sabiduría le acompañó por caminos rectos, seguros, mas fáciles, hasta ponerle en compañía de sus amigos y parientes, como le habia sido asegurado:» *deduxit Dominus per vias rectas* ⁴.

¹ Prov. XIV, 2. — ² Isai. II, 2, 3, 4. — ³ S. Hier. com. in Isai. XI. — ⁴ A. Lipide.

Los caminos rectos son los procedimientos justos; el lenguaje franco, sencillo, cordial, el dar á cada cosa su verdadero nombre, el no ladearse ni hácia el poder, ni hácia las riquezas; el no ilusionarse ante la perspectiva de los beneficios de una autoridad protectora, ni ante las esperanzas de una ilimitada libertad, en fin, el guardar equilibrio entre los derechos y los deberes, las ideas y los sentimientos aceptables: tal es, señores, el método político del Pontificado. Toda su fuerza histórica emana del descubrimiento y conservación de este equilibrio, que en vano han buscado y ensayado los partidos políticos, y que no sabrán jamás plantear los poderes humanos, porque depende mas de la sabiduría que de la fuerza, mas de la fe que del cálculo.

Considerad ó sino si las constituciones, en las que la política secular se ha propuesto fijar las bases del necesario equilibrio entre las masas y el poder, han rendido los resultados apetecibles, á pesar de haber agotado en sus discusiones y acuerdos toda la prudencia natural. Yo no combato ningun sistema, solo hago notar que las naciones siguen cambiando de leyes fundamentales, consagrándose á buscar la firmeza de legislación que necesitan y no encuentran.

Las constituciones varían, pero el espíritu, la tendencia permanece.

Se desea el acuerdo de los pueblos, se invoca la alianza universal de las naciones; yo aplaudo esta invocación, en verdad, este deseo es justo; pero las bases de la pacífica constitución del género humano no deben echarse en un papel sino en los corazones. El fundamento de la unión universal debe ser muy profundo, y el lugar mas profundo es la conciencia del hombre. La armonía de las conciencias es el primer paso, el preámbulo indispensable á la unión de los pueblos. Pero las conciencias para unirse necesitan el influjo de una autoridad mas sutil que la monárquica y que la popular; solo el verbo religioso penetra, y este verbo no sale sino del Pontificado. El principio de la política universal es la sabiduría pontificia.

¿Cómo se explica, pues, esta lucha sostenida de los Gobiernos terrestres con el eclesiástico? ¿Por qué los imperios, y las monarquías y las repúblicas no dejan en reposo á los Papas?

Una ojeada á la política contemporánea nos dará la explicación: no hay necesidad de extendernos mucho. Si se considera el orden de principios desenvuelto por los Gobiernos europeos en lo que ha transcurrido de siglo, ¿no es verdad que podremos decir que parecen escritas en nuestros tiempos estas palabras que Cornelio ha atribuido á los enemigos de la sólida sabiduría: «La ley de la verdadera justicia perjudica nuestros intereses y concupiscencia; cons-tituyámonos, pues, otra ley de justicia, no conforme á la recta razón, sino á nuestros deseos, para que sea justo cuanto apetezca-mos?»¹

¹ A Lap. in Sap. II.

Si, pero desde luego se comprende que semejante fin no puede expresarse sin ambages: la política independiente del Verbo de la sabiduría necesita ocultar á dónde va. Su lenguaje ha de ser anfibológico, porque sus proyectos no son admisibles. De ahí que la ciencia política consista principalmente en el arte de ocultar las intenciones; la prudencia del secreto es lo que aspiran alcanzar las escuelas políticas. Esto es altamente maquiavélico y opuesto á esta bienaventuranza cristiana: «Bienaventurados los sencillos de corazón.» Sin embargo, el espíritu maquiavélico domina. Así la injusticia conquista con la astucia lo que jamás podría conquistar con la franqueza. ¿No observais la política italiana? ¿No veis á dónde va? ¿No veis por qué caminos se dirige á su fin? ¿No veis que tiene apuntadas todas sus armas contra la Iglesia? No obstante preguntadle si quiere el Cristianismo, y os contestará: soy su hija.

Lenguaje perjudicial á los hombres poco previsores, pues no escasean los que son incautos hasta el punto de admitir que la injusticia no está en la revolución atea sino en la Iglesia. Bien hacia Bossuet recordando á su príncipe estos versos del libro de los Proverbios: «El perverso é infiel es un hombre perniciosísimo, no habla mas que iniquidades, guiña los ojos, hace señas con el pié, habla con los dedos, maquina el mal en su depravado corazón, y en todo tiempo siembra discordias, ya echa bravatas, ó da quejas y pone en discordia á los mejores amigos. Á todo echa mano, menos á la verdad.»

«Y en otro capítulo: «Hay hombres que dicen á los que ven, no queráis ver; y á los que miran, no queráis mirar para nosotros las cosas que son rectas; decidnos solo las cosas agradables, llenadnos de ilusiones y errores.»

«Pocos dicen esto con la boca, muchos lo dictan con el corazón. El mundo está lleno de aquellos de quienes dice el Sábio: El insensato no escucha los discursos prudentes, ni inclina el oído si no le habláis á medida de sus pensamientos¹.»

¿Me preguntáis por qué la política terrena rechaza la política pontificia? Yo os contesto: acordaos que Acab pidió á Miqueas le manifestase la verdad; el Profeta se la manifestó, pero la verdad no era favorable al Rey, por esto el Rey se indignó contra Miqueas, y le entregó á Amon y á Joás, diciéndoles: «Meted á ese hombre en la cárcel, y alimentadle con pan de dolor y de aflicción².»

Pues bien, el Pontificado es un Miqueas que jamás enmudece; la verdad sale siempre de sus labios, y su franca expresión no conviene á los discípulos del maquiavelismo.

Debemos, pues, insistir en la necesidad de que se declaren los espíritus de nuestros adversarios, para que los pueblos que ven la se-

¹ Bossuet, Política deducida de las propias palabras de la sagrada Escritura.

² III Reg. XVII.

verdad de nuestros principios, vean asimismo la monstruosidad de sus promesas y falsedad de sus intenciones. Que los espíritus todos se revelen, que cada hombre escriba en su frente su procedencia, su destino y su credo. El mundo se pierde por falta de franqueza.

Sé que en vano reclamaremos esta ingenuidad, pues no es conveniente á la prudencia revolucionaria.

La política anticristiana tiene su tipo en las vírgenes moabitas que fornicaron con los hebreos; primero les presentaron su hermosura para atraerles; cuando les hubieron embelesado con la gracia de sus fisonomías y ademanes, no les permitieron consumir con ellas sus deseos sin que antes idolatrasen¹. La hermosura fue el pretexto, la idolatría el fin.

También la política anticristiana tiene por fin apartar la sociedad de su justicia; atrae á los pueblos con el cebo de un porvenir hermoso; promételes progresos materiales, adelantos positivos, reinos de igualdad, expansión libre; los pueblos escuchan, se enamoran del plan; los deseos de verle realizado crecen en ellos y les embriagan, y cuando están fuera de sí para obtener el término de su locura, entonces la política anticristiana les da á entender que para llegar al colmo de sus aspiraciones es indispensable romper con ciertas tradiciones, aflojar ciertas leyes, compartir el culto de su corazón entre varios dioses. La idolatría asoma tras la hermosura; el hecho de las hijas moabitas se reproduce.

Pero la generación de las hijas moabitas no fue venturosa ni estable: la política revolucionaria atea no da ningún fruto opimo al porvenir, sus obras son pésimas y amargas: ella puede decir como Bet-sabé: *concepi*, pero le es preciso oír esta palabra de los que le han fecundizado: *Peccatum meum contra me est semper*.

IV.

Concluyamos, los pueblos criados por una fuerza superior al hombre tienen un destino igualmente supremo, al que han de dirigir ya todas sus terrestres operaciones: la dirección temporal de los pueblos á su destino eterno es el alto objeto de la política, la cual no es la fuerza, sino la sabiduría, y no hay sabiduría que no emane del Verbo divino. La conformidad de la política temporal con el Verbo eterno es el único método de labrar la dicha de las generaciones.

La Iglesia, por cuya boca el Verbo habla, tiene el depósito de las soluciones convenientes á los difíciles problemas sociales. No admitir las soluciones de la Iglesia es condenar los pueblos á perderse definitivamente en un laberinto de teorías sin salida. Las bases del régimen humanitario y popular deben echarse en el Catolicismo;

¹ Num. xxxv.

fuera de él no puede constituirse sino el abuso del poder ó el abuso de la muchedumbre.

La corona, que el Verbo divino colocó en las sienes de la inmaculada Reina, es símbolo de la brillante sabiduría de que él mismo coronó á la Iglesia, á la que, como á aquella, dió el espíritu de dirección. Como hemos visto, la política de la Iglesia es la del Verbo, es política de inteligencia y misericordia. El Verbo se encarnó para realizar una serie de sacrificios, cuyo objeto fue unir todos los hombres, santificándolos, glorificándolos.

Unión, amor, caridad: hé ahí las bases de la política realizada por el ministerio del Cristianismo, inspirado por el Verbo.

Para el triunfo de estas ideas, la Iglesia, á imitación del Verbo encarnado, ayuna, ora, suda, recibe atropellos, salivazos, azotes, corona de espinas, cetro de caña, vinagre por refrigerio, cruz por lecho y lanzadas por añadidura. Pero la Iglesia con cetro de caña sabe reinar con una política de fraternidad y unión, que no acertarán á plantear, con sus cetros de oro, los Gobiernos que se inspiren en otro verbo que el que á ella le inspira.

Los pueblos que escuchan á la reina Iglesia, por más que sea de espinas su corona, se salvan; los que la desprecian, semejantes á los judíos que crucificaron el Verbo encarnado, perecen bajo las ruinas de sus capitales, arruinadas por el nuevo Tito que Dios suscita.

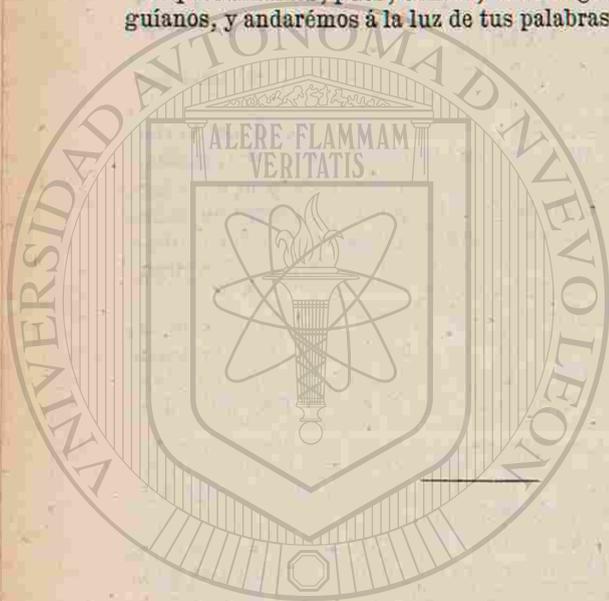
Tú eres la madre de la sociedad que se rige por la Iglesia que simbolizas, santa Virgen; tú la llenas del espíritu de inteligencia y del don de consejo que en tí sobreabunda.

Ea, pues, augusta hija del Altísimo, eminente directora de la humanidad redimida, á tí acudimos para que disipes las tinieblas que envuelven las generaciones, é interceptan al alma los rayos de la divina luz: habla á nuestros oídos, ilustranos, dirígenos, para que andemos, como Jacob, por los caminos rectos.

¡Qué excelso lugar ocupas, ó Madre, en las eternas moradas!... El paganismo concibió una caprichosa imagen de tí, y no hay duda que á la diosa que representó con aquella imagen, atribuyó una plenitud de gracias, solo aventajada por la de las de Júpiter. Creyeron que Minerva, la diosa salida de la cabeza del dios de los dioses, comunicaba el don de profecía, que dilataba la vida de los mortales, que proporcionaba el bienestar después de la muerte, que al inclinar la cabeza al oír una petición estaba irrevocablemente atendida; puesto que, añade el poeta: «Solo ella mereció que Júpiter le concediese ser en todo igual á él;» en fin, creían que era ella la que enseñó á las hijas de Pandaro... que era ella la que construyó el barquichuelo de los argonautas, colocando á su proa un madero parlante, que les advertía los riesgos y manifestaba los medios de salvarlos. Minerva era la sombra, ó sabia Virgen; el Dios de todos los Santos te llenó de su gracia; tú realmente dilatas la existencia de los mor-

tales, que te llaman por esto *vida*; tú les das la felicidad eterna, y cuando tú acuerdas gracia, Dios no la revoca; tú enseñas las generaciones de los siglos; construiste, sí, la nave misteriosa de la Iglesia, en cuya proa fue colocado el timon parlante del Pontificado que indica los escollos y enseña á salvarlos. Mas elevada, mas sábia, mas poderosa, mas engrandecida eres que Minerva.

Te proclamamos, pues, Señora, nuestra guía y nuestra maestra: guíanos, y andaremos á la luz de tus palabras. Así sea.



CONFERENCIA DÉCIMASEXTA.

La popularidad de María y de la Iglesia procedente de la corona del Espíritu Santo.

Importancia y oportunidad de tratar esta cuestión.—La popularidad de la Iglesia, considerada desde el punto de vista de la popularidad de su autor.

- I. El Espíritu en la divinidad y en la creación.—Excelencia del mismo y degradación del materialismo.—Aspiraciones de la humanidad al planteamiento del reino del espíritu.—Influencia del Espíritu Santo en aquel planteamiento.—Popularidad de JESUCRISTO, basada en las promesas y garantías de la constitución del mismo reino.—Diferentes acepciones en que se toma la palabra popularidad.
- II. El espíritu del reino de Dios, manifestado por JESUCRISTO.—Exámen de esta máxima: *Bienaventurados los pobres de espíritu*.—El pobre de espíritu es el hombre eminentemente espiritual.—Relación de esta doctrina con la popularidad de JESUCRISTO.—Consideraciones de esta máxima: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* en relación al reino del espíritu.—Un nuevo orden de legitimidad creado por la moral de la mansedumbre.—Influencia de sus principios en las disposiciones del pueblo.—El Espíritu Santo, causa de la popularidad de JESUCRISTO.—Relaciones entre las bienaventuranzas formuladas por el *Verbo* y los dones procedentes del *Espíritu Santo*.—Ideas de san Agustín sobre el particular.—Reconocimiento espontáneo de la monarquía de JESUCRISTO por el pueblo.—Popularidad de JESUCRISTO después de su muerte.

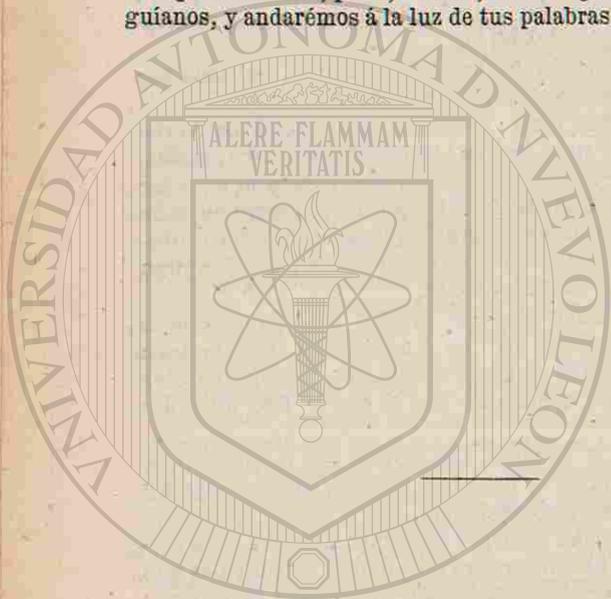
Nos falta hablar de la tercera corona puesta en las sienes de la Virgen inmaculada, y que por cierto no es menos admirable que las dos ya consideradas. Es la corona del espíritu. Y ¿de qué espíritu? del espíritu de santidad, de unión y de plenitud de amor, que estas son las tres cualidades características de la persona del Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, el que dirigió también á María esta palabra: *Veni, coronaberis*.

Esta corona, don del Espíritu Santo, nos indica que el espíritu de unión, de santidad y de plenitud de amor, es otro de los caracteres del reino de la Iglesia simbolizado por María, y la mas elocuente explicación de su no interrumpida popularidad.

La popularidad de la Iglesia, consecuencia del poder y sabiduría de su espíritu, es un punto cuyo desarrollo juzgo muy oportuno, en un tiempo en que tanto pesan las popularidades en la balanza de

tales, que te llaman por esto *vida*; tú les das la felicidad eterna, y cuando tú acuerdas gracia, Dios no la revoca; tú enseñas las generaciones de los siglos; construiste, sí, la nave misteriosa de la Iglesia, en cuya proa fue colocado el timon parlante del Pontificado que indica los escollos y enseña á salvarlos. Mas elevada, mas sábia, mas poderosa, mas engrandecida eres que Minerva.

Te proclamamos, pues, Señora, nuestra guía y nuestra maestra: guíanos, y andaremos á la luz de tus palabras. Así sea.



CONFERENCIA DÉCIMASEXTA.

La popularidad de María y de la Iglesia procedente de la corona del Espíritu Santo.

Importancia y oportunidad de tratar esta cuestión.—La popularidad de la Iglesia, considerada desde el punto de vista de la popularidad de su autor.

- I. El Espíritu en la divinidad y en la creación.—Excelencia del mismo y degradación del materialismo.—Aspiraciones de la humanidad al planteamiento del reino del espíritu.—Influencia del Espíritu Santo en aquel planteamiento.—Popularidad de JESUCRISTO, basada en las promesas y garantías de la constitución del mismo reino.—Diferentes acepciones en que se toma la palabra popularidad.
- II. El espíritu del reino de Dios, manifestado por JESUCRISTO.—Exámen de esta máxima: *Bienaventurados los pobres de espíritu*.—El pobre de espíritu es el hombre eminentemente espiritual.—Relación de esta doctrina con la popularidad de JESUCRISTO.—Consideraciones de esta máxima: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra* en relación al reino del espíritu.—Un nuevo orden de legitimidad creado por la moral de la mansedumbre.—Influencia de sus principios en las disposiciones del pueblo.—El Espíritu Santo, causa de la popularidad de JESUCRISTO.—Relaciones entre las bienaventuranzas formuladas por el *Verbo* y los dones procedentes del *Espíritu Santo*.—Ideas de san Agustín sobre el particular.—Reconocimiento espontáneo de la monarquía de JESUCRISTO por el pueblo.—Popularidad de JESUCRISTO después de su muerte.

Nos falta hablar de la tercera corona puesta en las sienes de la Virgen inmaculada, y que por cierto no es menos admirable que las dos ya consideradas. Es la corona del espíritu. Y ¿de qué espíritu? del espíritu de santidad, de unión y de plenitud de amor, que estas son las tres cualidades características de la persona del Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, el que dirigió también á María esta palabra: *Veni, coronaberis*.

Esta corona, don del Espíritu Santo, nos indica que el espíritu de unión, de santidad y de plenitud de amor, es otro de los caracteres del reino de la Iglesia simbolizado por María, y la mas elocuente explicación de su no interrumpida popularidad.

La popularidad de la Iglesia, consecuencia del poder y sabiduría de su espíritu, es un punto cuyo desarrollo juzgo muy oportuno, en un tiempo en que tanto pesan las popularidades en la balanza de

los destinos, y en que hasta se ha echado en rostro á la Iglesia cierta ilusoria impopularidad, para decidirla á abdicar la regencia del universo.

Atendida la importancia del asunto, me decido á consagrar á su desarrollo las dos conferencias que restan: hoy nos ocuparemos de la popularidad del reino de la Iglesia demostrada por la popularidad de su divino Autor.

Tú, tú, Madre mía, tú serás mi luz y mi sosten en el desempeño de mi ardua tarea; infúndeme un destello del espíritu que con ardoroso impetu te levantó ya en el primer instante de tu ser hasta la cumbre de la divina gracia, de la que desde entonces te sentiste y mostraste llena: *Ave Maria*.

I.
Antes de entrar directamente en el desarrollo del pensamiento fundamental de este discurso, emitiré algunas consideraciones sobre la excelencia del espíritu en todas las obras.

El espíritu es la corona y la perfeccion de todo: Dios es espíritu, por consiguiente, todo vive por el espíritu y en el espíritu; espíritu es la persona del Padre, espíritu es la persona del Hijo, y ambas personas producen un Espíritu que es el término perfecto de sus aspiraciones. Este Espíritu procedente del Padre y del Hijo es como si dijéramos la corona de la santísima Trinidad, ó mas bien es la produccion suprema y eterna del reino de Dios.

Yo os invito á examinar atentamente este principio, uno de los mas sublimes y trascendentales de la teología católica: la produccion eterna y viva del Padre y del Verbo es un espíritu.

Pues bien: Dios ha querido que el universo criado fuese imagen, aunque pálida, de la Trinidad divina: ha hecho que la creacion terminase con la produccion de un espíritu. Despues de haber esculpido la hermosa estatua del cuerpo humano, perfeccionó el hombre, terminó el hombre, terminó la creacion, produciendo un espíritu. Inspiró en el hombre el espíritu de la vida, y el hombre fue completado. El espíritu de vida procedente de la Trinidad fue el término de la creacion, como el Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, es el complemento de la Trinidad. Y como todo tiende á su término, siendo el espíritu el término de la creacion, todo tiende al espíritu.

Por esto las doctrinas materialistas son la degradacion mas funesta de la dignidad humana, y la desnaturalizacion mas lamentable de los destinos del universo: Clarke llama á los que las profesan: «los enemigos de los principios matemáticos de la filosofía¹.»

El destino de la humanidad es formar con las aspiraciones de los individuos que la componen el reino universal del espíritu en sus

¹ Carta de Clarke á Leibnitz.

condiciones de santidad, de union y de amor, reflejo ó imagen de los distintivos del reinado del Espíritu procedente del Padre y del Hijo.

De modo que al recibir el Espíritu Santo el individuo se hace eficazmente apto para contribuir á la perfeccion social, que es el establecimiento del reino espiritual; Bacon, en su *Confesion de fe*, se expresó sobre las relaciones y la economía del Espíritu Santo en el órden cristiano en términos que me complazco en reproducir: «Creo, dice, que los sufrimientos y méritos de JESUCRISTO aunque por sí mismos suficientes para borrar los pecados del mundo entero, sin embargo no tienen eficacia sino para aquellos que son regenerados por el Espíritu Santo. Espíritu que sopla donde le place por pura gracia, y esta gracia vivificá el espíritu del hombre, le constituye hijo de Dios y miembro de CRISTO, de suerte que, estando CRISTO revestido de la carne del hombre y el hombre revestido del espíritu de JESUCRISTO, establécese una imputacion recíproca en virtud de la que la cólera y el pecado son transportados del hombre á CRISTO, y el mérito y la vida son transportados de CRISTO al hombre. Esta semilla del Espíritu Santo, esta gracia traza en nosotros, por la fe viva, la imagen de JESUCRISTO muerto y crucificado, y restaura en la imagen de Dios, en la que fuimos creados, los rasgos de santidad y caridad que en nosotros borró el pecado¹.» De lo que se infiere que la ruina del reino material y el complemento del reino de Dios, á que el pueblo aspira, es el Espíritu Santo, el que transforma, eleva, y bien podemos decir, diviniza al hombre por la gracia, y la comunicacion de los altísimos dones, de ella emanados.

JESUCRISTO, en su misteriosa peregrinacion sobre la tierra, insistió en prometer á sus discipulos la constitucion entre ellos del espíritu del Padre, que es el suyo, y el establecimiento de su reino, que fundado en la excelencia de sus dones produjera sin interrupcion la abundancia de sus frutos. Esta promesa, y las garantías que ofreció de su cumplimiento, fueron la primera base de la estupenda popularidad de JESUCRISTO. Porque el pueblo conocia por instinto que la humanidad no podia constituirse sólidamente sino conforme á los principios del reino de Dios.

Pero importa ante todo ponernos de acuerdo sobre esta palabra: popularidad. Popularidad es haber conseguido el amor del pueblo, la admiracion del pueblo, el entusiasmo del pueblo: un hombre popular es un hombre deseado por el pueblo, aclamado por el pueblo, glorificado por el pueblo. El pueblo acostumbra dispensar su amor y su entusiasmo á los hombres que le hacen grandes promesas ó que practican grandes acciones: á los primeros los llama tribunos, á los segundos los llama guerreros. El general que va á vengar los ultrajes hechos á la patria, que entusiasma al peloton de valien-

¹ Confesion de fe por Bacon.

tes que le sigue, y á su frente humilla al enemigo y planta la bandera nacional en el reducto mas difícil, se hace un hombre popular: cuando vuelve á la patria el pueblo le recibe, le eleva arcos de triunfo, le corona y le dice: «Deja la espada de acero que empuñas y acepta la de oro que te dedico.»

Cuando el pueblo está oprimido y se levanta una voz que le defiende, que reclama sus derechos, que se expone por su causa, que le promete grandes cosas, aquella voz obtiene la popularidad. El pueblo ofrece al que así le habla sus hombros por carroza y lo pasea, y si se llama Daniel O'Connell la Irlanda se arrodilla á sus piés y le escucha sin bostezar, y al concluir sus palabras responde: Tu corazón es mi corazón.

Ahí teneis lo que es un hombre popular.

Os he dicho que JESUCRISTO obtuvo la popularidad: antes de demostrároslo, permitidme que os pregunte, ¿á cuál de las dos clases de hombres populares pertenecía JESUCRISTO? ¿era un gran general? no; ¿era un tribuno? tampoco: pues ¿qué era? ¿cómo obtuvo el amor del pueblo, el entusiasmo del pueblo, la glorificación y el culto del pueblo?

Conceptuado hijo de un oscuro carpintero, á pesar de que su nacimiento alarmó al rey intruso de Judea, quien le persiguió hasta obligarle á expatriarse, pasó treinta años sin que el Evangelio certifique de él sino la obediencia á sus padres, el celo en el cumplimiento de los preceptos de Moisés y el haberse presentado á los doctores de la ley para confundirles, y como si dijéramos, para notificarles que estaba ya encarnada la sabiduría divina.

Á los treinta años se va al desierto, ayuna cuarenta dias y empieza la realización del plan concebido en la eternidad: ha de destruir el antiguo orden y crear el orden nuevo; ha de disolver la esclavitud de los césares y establecer la libertad del espíritu de Dios; ha de realizar la obra mayor de los siglos: necesita quien le ayude á realizarla, y para ello acude, no á los grandes, sino á los pequeños; llama á unos cuantos hombres del pueblo, sin nombre, sin poder, sin significación, y empieza á predicar.

Esto no obstante, al eco de su palabra la Galilea como herida de un rayo se conmueve; si habla en las sinagogas, las sinagogas se llenan; si habla en las plazas, las plazas se hinchen; si sale al campo, allí salen las muchedumbres: ¿quién es este que habla un lenguaje que no habíamos oído? se preguntan unos á otros, y nadie le conoce.

Nadie le conoce, pero todos le aman, porque al paso que enseña va curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo: *Sanans omnem languorem et omnem infirmitatem in populo.*

Su fama pronto no cabe en la Galilea, se extiende por la Siria, desde la que le traían « todos los que lo pasaban mal, poseidos de varios achaques y dolores, y los endemoniados y los lunáticos y los «paralíticos, y á todos los curó: *curavit eos.* Y le fueron siguiendo

« muchas turbas de la Galilea y del Decápolis y de Judea y de la otra ribera del Jordán: » todo lo conmovió el eco de su palabra: y ¿qué doctrina era la suya que todo lo conmovía?

La doctrina del reino de Dios.

Examinemos su espíritu, y veamos si es el espíritu de justicia, de unión y de plenitud de amor, ó sea el Espíritu Santo.

II.

La alocucion que JESUCRISTO dirigió á las turbas en la montaña es el resumen de la doctrina evangélica; despues de haberle oído, el pueblo entusiasmado queria proclamarle rey. Nadie negará, pues, la íntima lazada que existe entre la doctrina de JESUCRISTO y su popularidad.

Empezó JESUCRISTO diciendo: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. » Á primera vista parecerá á alguno que esta máxima era halagüeña al pueblo, porque siendo por regla general pobres sus individuos, existe una relacion de significado entré estas dos expresiones: bienaventurados los pobres, bienaventurado el pueblo. Mas examinándolo á fondo no aparece así; esta palabra: bienaventurados los pobres de espíritu, equivale á esta otra: bienaventurado el espíritu de pobreza, y como el espíritu de pobreza no acostumbra abundar en los pobres, no fue una adulacion halagüeña sino una leccion severa este intróito: bienaventurados los pobres de espíritu. Fue tambien la exigencia de un sacrificio, porque diciendo á los pobres: es bienaventurado el espíritu de pobreza, exigió de ellos dos cosas heroicas: primera, que se resignaran á sufrir y aun á bendecir su situacion; segunda, que renunciaran á desear la abundancia que les faltaba. Pero al paso que anunció al hombre el espíritu de pobreza, le indicó el destino de aquel espíritu, que es nada menos que la posesion del reino de los cielos.

Los pobres de espíritu reinarán en los cielos, dijo: ¿y en la tierra? pregunto yo: si serán príncipes de los cielos ¿serán esclavos de la tierra? No, reinarán tambien en ella, pues, mas sutiles que ella, desligados de las cadenas de la ambicion, libres de las pasiones rateras, sin oro ni plata, ni metal de que ocuparse, serán espíritus verdaderamente libres. El pobre de espíritu nada deseando inferior á él, se elevará siempre dirigiéndose á lo que está sobre de él, á Dios, en el que su inteligencia leerá las leyes de la eterna justicia y los preceptos del inmenso amor, y los aplicará, porque entre Dios y él, entre él y los hombres no extenderá su negrura el humo de las pasiones ambiciosas. El pobre de espíritu es el hombre eminentemente espiritual.

Esta bienaventuranza indica que en el Cristianismo solo el espíritu es importante, que el Cristianismo no atribuye valor alguno á las cosas que no son del espíritu, que el espíritu formado segun el

Cristianismo desprecia aquellas cosas; que ha de querer ser pobre de ellas, pues no las necesita, es rico, es poderoso en lo de Dios, y esto le basta.

Esta palabra, bajo cierto aspecto severo, entusiasmó al pueblo, el que comprendía que mas falta le hacian las virtudes que el pan, que mas sobra tenia de ambicion que de indigencia, que mas le incomodaba la fiebre de poseer que el vacío de la posesion: la palabra de JESUCRISTO recordó al pobre que tenia un tesoro sin explotar, el principio de una dignidad que despreciaba, y que sin embargo era digna de hacerle despreciar todos los tesoros: en fin, JESUCRISTO recordó al pueblo que era posible la constitucion del reino del espíritu, el cual debía ser el reino de los pobres.

Y despues de haber bendecido á los pobres, bendijo á los mansos, á los cuales prometió la posesion de la tierra: y en esta su nueva palabra se revela mas el carácter antitético del reino que JESUCRISTO constituia, con los reinos de los hombres que hasta entonces se habian sucedido. Cuando JESUCRISTO pronunció esta palabra: *los mansos poseerán la tierra*, esta era poseida por el orgullo y por la fuerza. Era el tiempo de los esclavos y de los conquistadores: mansedumbre queria decir impotencia, debilidad, flaqueza. El espíritu carecia de influjo, la energía de espíritu era castigada con la muerte. Sócrates libando la copa del veneno, personificará siempre el destino social del espíritu fuerte antes del Redentor.

JESUCRISTO diciendo: «los mansos poseerán la tierra,» anunció que el espíritu de paz y de fraternidad sucederia á la sed de conquista y de dominio, anunció lo que ya os he indicado, que el espíritu de pobreza dominaria. Calculad el efecto que debian producir estas palabras dirigidas á un pueblo conquistado y oprimido. *Los mansos reinarán*, equivalió á decir, la mansedumbre será el espíritu de las leyes y de los poderes que se agreguen á la constitucion de mi reino.

Y advertid que desde que JESUCRISTO dijo: «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra,» ya no poseen legítimamente la tierra los que no llevan en el corazon sentimientos de amor y dulzura. Por ello, desde que JESUCRISTO proclamó esta bienaventuranza, el pueblo pide con mas insistencia que el reinado de la persuasion sustituya al de las pasiones, que no sean legiones rudas sino ideas ilustradas las que conquisten.

Y prosiguió JESUCRISTO prometiendo la bienaventuranza á los pacíficos, á los afligidos, á los hambrientos de verdad, á los misericordiosos, á los limpios de corazon, á los perseguidos á causa de su justicia; desarrollando, en fin, el estupendo plan del reinado del espíritu. Y el pueblo al oír la apología de los pobres amaba la pobreza, al oír la apología de los mansos amaba la mansedumbre, al oír la apología de los pacíficos amaba la paz, al oír la apología de los que lloran amaba las lágrimas, al oír la apología de los limpios de cora-

zon amaba la pureza; al decir *bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia*, JESUCRISTO hacia amables al pueblo, admirables, señores, las mismas persecuciones; al decir JESUCRISTO bienaventurados los perseguidos por la justicia, el pobre pueblo tomó sus cadenas y las acercó á sus labios convulsos y las besó. Y conmoviéndose y entusiasmándose al oír la doctrina de JESUCRISTO obedió al impulso del Espíritu Santo, que iba atrayéndole con la revelacion de sus excelentísimos dones. De modo, que si me lo permitis diré, que el Espíritu Santo era el principio vital de la popularidad que JESUCRISTO iba obteniendo. Porque entre los principios de las bienaventuranzas del Verbo y los dones del Espíritu Santo existe una trabazon íntima, admirable, que yo no os sabia explicar tan bien como la explicó san Agustín en un fragmento que voy á recordaros de sus consideraciones acerca el sermón de Jesús en la montaña.

«*El temor del Señor*, dice, pertenece á los humildes, de los cuales «se afirma: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, esto es, los no «hinchados, los no soberbios, á los que el Apóstol advierte: *Noli altius sapere, sed time*¹, esto es, no te enaltezcas. *El don de piedad* pertenece á *los mansos*, pues el que quiere piadosamente honrar la sagrada Escritura, no reprueba lo que no entiende, por esto no resiste, lo que equivale á ser manso, y á participar de esta bendicion: «*Beati mites*. *El don de ciencia* pertenece á los que lloran, los que por «medio de las Escrituras saben ya cuántos son los males que les causan, males que antes su ignorancia calificaba de bienes y útiles; «á ellos fue dicho: *Beati qui lugent*. *El don de fortaleza* pertenece á «los hambrientos y sedientos: estos trabajan para obtener el goce de «los verdaderos bienes, y evitando el amor á los terrenos y corporales, trabajan y no obtienen aun, por lo que se les ha dicho: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam*. *El don de consejo* pertenece á los «*misericordiosos*: la misericordia es uno de los remedios contra «nuestros males: perdonemos como deseamos se nos perdone y ayudemos á los demás en lo que nos sea posible, como deseamos se «nos ayude en lo que somos flacos; á los que así obran les fue dicho: «*Beati misericordes*. *El don de entendimiento* pertenece á *los limpios de corazon*, pues siendo limpio el corazon, purificado está el ojo, por «el cual pueden ver lo que el ojo corporal no alcanza ver, ni los oídos oír, ni sentir el corazon del hombre; para ellos fue dicho: *Beati mundo corde*. *El don de sabiduria* corresponde á *los pacíficos*, en los «cuales todo está ordenado; todo lo subordinan al espíritu subordinando el espíritu á Dios, evitando todo movimiento rebelde á la razon; á ellos fue dicho: *Beati pacifici*.

«Y un solo premio, aunque bajo diferentes puntos de vista, fue prometido á cada uno de los órdenes de bienaventuranza: el reino de

¹ Rom. xi, 20.

«los cielos. Primeramente, como era regular, ha sido consignado el reino de los cielos, que es la perfecta y suprema *sabiduría*, á los pobres de espíritu. Así se ha dicho: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum caelorum*, que equivale á decir: *Timor Domini initium sapientiae*: á los mansos se les ha dado la herencia que esperaban por «piedad como á testamento del Padre, y *beati miles, quoniam ipsi hereditate possidebunt terram*; á los que lloran se les ha dado consuelo porque saben lo que ganaron y lo que perdieron: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur*; á los hambrientos y sedientos se ha dado saciedad, como se da el alimento á los que trabajan y fuertemente pelean para la salud: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur*; á los misericordiosos díoseles misericordia por haber usado el verdadero y mejor *consejo*; los superiores se «portaron con ellos, como ellos con los inferiores: *Beati misericordes, quoniam ipsorum miseretur*; á los limpios de corazón díoseles «la facultad de ver á Dios, como que su ojo es puro para la *inteligencia* eterna: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Á los pacíficos se les atribuye la semejanza de Dios, como á perfectamente «sábios que son, y conforme á la imagen divina por la regeneración «del hombre renovado: *Beati pacifici, quoniam ipsi filii Dei vocabuntur* ¹»

¿No veis evidenciadas las íntimas relaciones que antes os he indicado entre las bienaventuranzas del Verbo y los dones del Espíritu Santo? Si? pues esto os confirma que la corona puesta por el Espíritu Santo en las sienes, que son el lugar en que se concibe la doctrina de la santa Iglesia, es la explicación genuina de su popularidad. Al traducir en palabras estos dones, JESUCRISTO, Verbo encarnado, recibió la mas conmovedora ovación: el pueblo comprendió que se trataba de declarar caducadas las bases de las humanas instituciones para sustituirlas por las del reino de Dios.

El reconocimiento espontáneo de la monarquía de JESUCRISTO por el pueblo, fue el mas brillante testimonio de su popularidad; la cual era tanta, que los escribas y fariseos no se atrevían á prenderle por temor de que el pueblo se indignara. Para vender y comprar á JESUCRISTO sus enemigos tuvieron que constituirse en sociedad secreta, tuvieron que combinar en secreto sus planes, tuvieron que prenderle de noche, y tuvieron que seducir con oro algunos hombres sediciosos, no del pueblo, sino del populacho, para que pidieran su muerte.

JESUCRISTO murió. Pero despues de su muerte ¿cuál ha sido la popularidad de JESUCRISTO? Al hombre mas popular de la tierra, al mas grande de sus tribunos ó de sus generales, el pueblo le ha dedicado un arco de triunfo muy alto, un panteon muy precioso, una lápida muy rica: ha consignado su nombre en la historia con una

¹ De Serm. Dom. in mont. lib. I, cap. 5.

frase de agradecimiento; pero cuando se ha tratado de JESUCRISTO, el pueblo no se ha contentado dedicándole un panteon, una lápida, un arco de triunfo, ni con entregar su nombre á la historia. Todo lo grande que ha encontrado en la antigüedad, todo lo ha dedicado á JESUCRISTO. El Capitolio, el Foro, el templo de Minerva, de Júpiter, todos los templos de todos los ídolos, todo lo consagró á JESUCRISTO: y no solo le ha consagrado esto, le ha consagrado tambien la capital del antiguo mundo, Roma. Y ha llamado santa la tierra que JESUCRISTO pisó, santa la cruz en la que murió, santo el sepulcro en que descansó; y los pueblos han ido en peregrinación á visitar el Santo Sepulcro y la Tierra Santa, y allí se han enternecido, se han extasiado, han llorado: y no contentos los pueblos habiendo dado á JESUCRISTO estos testimonios públicos de aprecio, cada pueblo ha dedicado su templo á JESUCRISTO, y ha puesto en cada altar de cada templo la cruz y la imagen de JESUCRISTO: y no contento el pueblo con tener á JESUCRISTO en sus templos, lo ha llevado á sus casas y ha colgado su imagen en las paredes de ellas; y en la alcoba del pobre y en el salon del rico, yo veo la imagen de JESUCRISTO; y no contento de tenerla en sus templos y en sus casas, ha querido tenerla sobre el corazón de sus hijos, y los hijos del pueblo llevan la cruz de JESUCRISTO colgada al cuello; y no contento con tenerla en los pechos de sus hijos, el hombre ha querido tenerla sobre su propio corazón, y sobre el corazón del rey, y sobre el corazón del trabajador está la imagen de JESUCRISTO: y no ha estado satisfecho con tener á JESUCRISTO en sus casas, en sus templos, sobre los pechos de sus hijos y sobre el suyo propio, ha querido tenerlo dentro de su mismo corazón, ha querido comer á JESUCRISTO, asimilarse á JESUCRISTO, y JESUCRISTO ha sido el pan del pueblo.

Y no satisfecho el pueblo de vivir con JESUCRISTO, para JESUCRISTO, por JESUCRISTO y de JESUCRISTO, quiere morir en JESUCRISTO; en la hora de la muerte lo que el hombre busca es la imagen de JESUCRISTO, lo que desea es arrojarle á sus brazos; lo que anhela es acercar sus labios á su boca; apretar el corazón contra su corazón y despedirse del mundo, saludando á JESUCRISTO.

«Volved la vista al Oriente, al Occidente, al Mediodía, y en «todas las direcciones del globo reconoceréis los pasos conquistadores del Salvador. Ha cruzado el Rhin, sometió á su ley la «Alemania, la Polonia, todas las Rusias, los tres reinos británicos, y llevó hasta el polo por entre los montes y los hielos de la «Suecia el sol de su dominio. El océano Atlántico le abrió paso, «cruzó el cabo de Buena Esperanza; ha postrado ante el cetro de sus «hijos la India, famosa península considerada por los antiguos como «el joyero de la naturaleza. Ha fundado establecimientos en todas «las costas del África, y se ha unido por el mar Rojo con sus antiguas «posesiones de la Abisinia. Ha dado vuelta á las dos Américas y del «uno al otro polo, sometiénolos á sus leyes suscita juntamente re-

«públicas, misiones y episcopados. Recobró la España de la dominación de Mahoma y por todas partes sacude la tierra del Islam. «La Grecia y la Argelia adoran su nombre; la China abrió sus puertas «tantas veces cerradas á sus emisarios, y la Nueva-Holanda se puebla á la sombra de su cruz; las islas de la Oceania transforman sus «salvajes en mansos discípulos de su Evangelio. Ya no hay mares, «ya no hay soledades, ya no hay lugares inaccesibles donde JESU- «CRISTO no haya hecho tremolar la bandera de su reino¹.» Ved si es popular, hermanos, la monarquía de JESUCRISTO; ved cuán impetuoso ha sido el espíritu que ha generalizado su excelsa doctrina y su justa ley.

Después de haberos demostrado tan evidentemente la popularidad inmensa del divino Autor de la Iglesia, podría ya dispensarme de toda otra explicación: viendo á los pueblos de la tierra inclinados ante JESUCRISTO, es claro que el Cristianismo continúa obteniendo el voto universal. Mi tarea quedaria concluida trazándoos á grandes rasgos la popularidad de María, y diciéndoos: Comparad las dos popularidades y aprobad mi proposición. Pero el análisis del espíritu de la Iglesia se presta á algunas consideraciones oportunísimas que deseo no pasar por alto.

Mañana, asistiéndonos la divina gracia, las desarrollaré, poniendo punto final á esta serie de conferencias.

¹ El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMASÉPTIMA.

Semejanza de la popularidad de María y de la Iglesia demostrada por la historia.

Argumento de la revolución anticatólica contra la Iglesia, basado en la voluntad popular. — ¿Por qué la revolución quiere arrogarse el título de *católica*? — Sistema que es conveniente adoptar para desvirtuar sus trabajos en este sentido. — Popularidad de la Iglesia en la historia.

I. Empeño sostenido en dar á la Iglesia el carácter de sociedad secreta. — La Iglesia es por naturaleza visible, difusiva, franca, pública. — Lo que podrá hacer y lo que no podrá hacer la revolución contra la Iglesia. — La Iglesia fue ya popular en su origen. — Escena acaecida después del primer sermón de Pedro. — Táctica de los primeros adversarios de la Iglesia, para ofuscar su popularidad. — La multiplicidad de lenguas con que bajó figurado el Espíritu Santo sobre el colegio apostólico, fue un símbolo de su universalidad. — San Pablo fue el apóstol especialmente destinado á enseñar y sostener esta universalidad. — La elección de Roma por centro del Cristianismo fue otro testimonio de su popularidad. — La popularidad de la Iglesia probada por los Mártires. — El pueblo de las catacumbas. — La alianza de Constantino con la Iglesia tuvo alguna relación con la popularidad de esta. — Popularidad de la Iglesia en Europa. — Relaciones de las civilizaciones cismáticas con la Iglesia de la unidad, que confirman su popularidad.

II. ¿Qué ha hecho el Cristianismo para obtener y conservar la popularidad? — Su acción en el tiempo y en el espacio. — Sentimientos de la Iglesia sobre la fraternidad absoluta y la abolición de la pena de muerte. — Frutos de la aceptación del Espíritu Santo que garantizan la conservación de la popularidad histórica de la Iglesia. — Exámen de los mismos.

III. Acción y actitud del Pontificado en el desarrollo de esta civilización. — Popularidad de Pío IX, originada por reflejarse en él el espíritu de los admirables frutos. — Análisis del carácter de Pío IX. — Mientras exista pueblo no faltará popularidad al Pontificado. — La popularidad de los hombres y de las doctrinas antipontificias no existe. — Exámen de las diversas personificaciones de la opinión pública. — Impopularidad de la Rusia, enemiga del Pontificado. — Impopularidad de Inglaterra, enemiga del Pontificado. — Impopularidad del Piamonte, enemigo del Pontificado. — Pasaje bíblico aplicable á la política italiana

«públicas, misiones y episcopados. Recobró la España de la dominación de Mahoma y por todas partes sacude la tierra del Islam. «La Grecia y la Argelia adoran su nombre; la China abrió sus puertas «tantas veces cerradas á sus emisarios, y la Nueva-Holanda se puebla á la sombra de su cruz; las islas de la Oceania transforman sus «salvajes en mansos discípulos de su Evangelio. Ya no hay mares, «ya no hay soledades, ya no hay lugares inaccesibles donde JESU- «CRISTO no haya hecho tremolar la bandera de su reino¹.» Ved si es popular, hermanos, la monarquía de JESUCRISTO; ved cuán impetuoso ha sido el espíritu que ha generalizado su excelsa doctrina y su justa ley.

Después de haberlo demostrado tan evidentemente la popularidad inmensa del divino Autor de la Iglesia, podría ya dispensarme de toda otra explicación: viendo á los pueblos de la tierra inclinados ante JESUCRISTO, es claro que el Cristianismo continúa obteniendo el voto universal. Mi tarea quedaria concluida trazándolos á grandes rasgos la popularidad de María, y diciéndolos: Comparad las dos popularidades y aprobad mi proposición. Pero el análisis del espíritu de la Iglesia se presta á algunas consideraciones oportunísimas que deseo no pasar por alto.

Mañana, asistiéndonos la divina gracia, las desarrollaré, poniendo punto final á esta serie de conferencias.

¹ El P. Lacordaire.

CONFERENCIA DÉCIMASÉPTIMA.

Semejanza de la popularidad de María y de la Iglesia demostrada por la historia.

Argumento de la revolución anticatólica contra la Iglesia, basado en la voluntad popular. — ¿Por qué la revolución quiere arrogarse el título de *católica*? — Sistema que es conveniente adoptar para desvirtuar sus trabajos en este sentido. — Popularidad de la Iglesia en la historia.

I. Empeño sostenido en dar á la Iglesia el carácter de sociedad secreta. — La Iglesia es por naturaleza visible, difusiva, franca, pública. — Lo que podrá hacer y lo que no podrá hacer la revolución contra la Iglesia. — La Iglesia fue ya popular en su origen. — Escena acaecida después del primer sermón de Pedro. — Táctica de los primeros adversarios de la Iglesia, para ofuscar su popularidad. — La multiplicidad de lenguas con que bajó figurado el Espíritu Santo sobre el colegio apostólico, fue un símbolo de su universalidad. — San Pablo fue el apóstol especialmente destinado á enseñar y sostener esta universalidad. — La elección de Roma por centro del Cristianismo fue otro testimonio de su popularidad. — La popularidad de la Iglesia probada por los Mártires. — El pueblo de las catacumbas. — La alianza de Constantino con la Iglesia tuvo alguna relación con la popularidad de esta. — Popularidad de la Iglesia en Europa. — Relaciones de las civilizaciones cismáticas con la Iglesia de la unidad, que confirman su popularidad.

II. ¿Qué ha hecho el Cristianismo para obtener y conservar la popularidad? — Su acción en el tiempo y en el espacio. — Sentimientos de la Iglesia sobre la fraternidad absoluta y la abolición de la pena de muerte. — Frutos de la aceptación del Espíritu Santo que garantizan la conservación de la popularidad histórica de la Iglesia. — Examen de los mismos.

III. Acción y actitud del Pontificado en el desarrollo de esta civilización. — Popularidad de Pío IX, originada por reflejarse en él el espíritu de los admirables frutos. — Análisis del carácter de Pío IX. — Mientras exista pueblo no faltará popularidad al Pontificado. — La popularidad de los hombres y de las doctrinas antipontificias no existe. — Examen de las diversas personificaciones de la opinión pública. — Impopularidad de la Rusia, enemiga del Pontificado. — Impopularidad de Inglaterra, enemiga del Pontificado. — Impopularidad del Piamonte, enemigo del Pontificado. — Pasaje bíblico aplicable á la política italiana

antipontificia.—Demostracion de que el pueblo quiere la constitucion del reino del cielo en la tierra.—Análisis de aquel reino.—Manifestaciones extraordinarias de la popularidad que disfruta hoy el Pontificado.

IV. La popularidad de la Iglesia y del Pontificado viene simbolizada en la de la inmaculada Virgen María.—Consideraciones sobre estas palabras de María: *Beatam me dicent omnes generationes.*

La revolucion se ha visto precisada á buscar un argumento que á lo menos en apariencia apoyara sus pretensiones anticatólicas en algun derecho; debia cubrir sus audaces conquistas con un tinte de legitimidad. Por esto ha dicho: «Yo soy hija de la voluntad popular, «soy la obra del sufragio universal; los pueblos me llaman á porfia, «y *vox populi, vox Dei.*» es decir, no pudiendo llamarse una, santa, apostólica como la Iglesia, ha querido llamarse *católica*, esto es, *universal* como ella: «Yo soy popular, ha dicho, luego la verdad «está en mí.»

En vano trataríamos de desvirtuar este argumento de la revolucion, contestándola en nombre de la Iglesia: Si tú eres popular, yo «soy divina, y mas fuerza tiene un argumento basado en Dios que «en el pueblo.» La revolucion se burla de la Divinidad, y soy de parecer que conviene evitemos pretextos á su sátira. Ella se fortifica en la tierra; pues bien, combatámosla en la tierra; ella defiende su poder contra la Iglesia apoyándose en la popularidad, por consiguiente, creo que lo mas oportuno es insistir en la popularidad de la Iglesia para desvirtuar la fuerza de la que se atribuye la revolucion. Esta dice: «Yo soy hija del sufragio universal;» la Iglesia puede contestarla como san Pablo á los hebreos: *Et ego.*

María, que es el augusto simbolo de la Iglesia, exclamó: *Beatam me dicent omnes generationes:* en esta palabra profetizó de la manera mas terminante, con su popularidad la de la Iglesia, cuyo autor llevaba en el seno, y cuyo espíritu es ya el espíritu del género humano.

Virgen María, no en vano espero tu gracia: eres bondadosa conmigo, yo te saludo: *Ave María.*

I.

Ha habido grande empeño en quitar á la Iglesia su carácter de pública, en transformarla en una especie de sociedad secreta, á fin de hacer creer al pueblo que, además de los misterios teológicos que el Cristianismo propone, el cristiano debe someterse á las consecuencias de una série de misterios gubernativos, cuyos senos solo pueden penetrar las grandes inteligencias de la Iglesia. Sin embargo, á pesar de sus insidias y esfuerzos, la revolucion no alcanzará el triunfo de sus ideas. La Iglesia es por naturaleza visible, difusiva,

franca, y todo es en ella público: JESUCRISTO quiso establecer la Iglesia para todos, por esto la estableció ante todos, y la edificó sobre todo: *Fundamenta ejus in montibus sanctis.*

Revolucion, tú podrás dar martirio á la Iglesia, podrás crucificarla, pero ten entendido que Dios te condenó á crucificarla en público.

El Verbo que hizo el mundo y luego crió la luz para que viéramos el mundo hecho por él, no estableció la Iglesia para cubrirla con la oscuridad: sociedades secretas no las crean sino los enemigos de Dios y del público: la Iglesia no podia ser una sociedad secreta, debia ser pública en sus enseñanzas: *Docete omnes gentes;* pública en virtudes: *Videant opera vestra bona;* pública en sus milagros: *Multitudo magna... Videbunt signa;* pública en sus aclamaciones: *Clamantes hosanna.* Debia ser así, porque es hija de Dios, al que el público llama Padre.

Las muchedumbres vieron á CRISTO y le siguieron; los pueblos han visto la Iglesia y la han adoptado.

La Iglesia ha obtenido su popularidad desde su origen; no hay verdad histórica mas fácil de probar que esta: su popularidad empezó en el primer momento de su manifestacion. Pedro, el apóstol cabeza y fundamento de la Iglesia, enardecido por el Espíritu Santo, diez días despues de haber JESUCRISTO ascendido á los cielos, rodeado de sus compañeros en el apostolado, abrió sus labios, depósito vivo de la verdad, y dirigió á la muchedumbre reunida en la plaza de Jerusalem un discurso en el que con sencilla franqueza, pero inspirados conceptos, enseñó la divinidad de JESUCRISTO, y por consiguiente de la doctrina que por su orden predicaba; y escrito queda en el libro de los Actos apostólicos que «oido este discurso se «compungieron de corazon, y dijeron á Pedro y á los demás Apóstoles: «*Pues, hermanos, qué es lo que debemos hacer?*» á lo que Pedro les «respondió: Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros «en el nombre de JESUCRISTO para remision de vuestros pecados, y «recibiréis el don del Espíritu Santo.

«Porque la promesa de este don es para vosotros y para vuestros «hijos y para todos los que están léjos... aquellos, pues, que recibieron su doctrina fueron bautizados, y se añadieron aquel día á la «Iglesia mas de tres mil.

«Y el Señor aumentaba cada dia el número de los que abrazaban «el mismo género de vida para salvarse.»

La Iglesia fue popular, como se ve, en su misma cuna, y la prueba de su popularidad se halla en su persecucion.

«Mientras los Apóstoles estaban hablando sobrevinieron los sacerdotes judíos con el magistrado... no pudiendo sufrir que hablasen «al pueblo: *Dolentes quod docerent populum...* y habiéndose apoderado de ellos les metieron en la cárcel, hasta al dia siguiente... en el «entre tanto muchos de los que habian oido la predicacion creyeron,

«cuyo número llegó á cinco mil hombres: *Multi autem eorum qui audierunt verbum crediderunt, et factus est numerus virorum quinque millia.*»

La Sinagoga y los jueces de Jerusalem se llenaron de temor, desconcertados al oír una doctrina que atraía las inteligencias, y una moral que cautivaba los corazones, y al presenciar unos prodigios que les llenaban de profunda admiración. Y decían: «¿Qué harémos con estos hombres? el milagro de la curación del cojo hecho por ellos es notorio á todos los habitantes de Jerusalem, y es tan evidente que no podemos negarle. Pero á fin de que no se divulgue mas en el pueblo, apereibámosles que de aquí adelante no tomen en boca este nombre, ni hablen de él á persona viviente: *Sed ne amplius divulgetur in populum, comminemur eis ne ultra loquantur in nomine hoc ulli hominum.*»

¿Qué os parece, hermanos? Sed sinceros, juzgad si está matemáticamente demostrada en esto la verdad que vengo sosteniendo; no puede desearse una prueba mas terminante de la popularidad de la Iglesia apostólica, que la que se consigna en la página del libro que os he citado. Consignase en ella la popularidad de la Iglesia en su misma cuna, probada por los Apóstoles, confirmada por los esfuerzos que los enemigos de la Iglesia hicieron para desvanecerla ó detenerla.

La popularidad de la Iglesia no debía ser exclusivamente israelítica, la Iglesia debía ser católica y por lo tanto universal, y en prueba de ello el Espíritu Santo para animar el cuerpo docente, que estaba esperándole en el cenáculo, apareció en forma de una muchedumbre de lenguas, símbolo glorioso de que la Iglesia debía hablar el idioma de todos los países, al paso que habia de aclamársela contestando á sus predicaciones, cada pueblo en su lengua, el griego, el romano, el árabe: *Credo in Jesum Christum... credo in unam sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam.*

No tardó el Señor á elegir un hombre, cuya misión especial fue sostener alta su bandera de la universalidad de la Iglesia: san Pablo fue señalado por Dios para llevar la luz á las naciones y ser el imán de los gentiles.

Así, los pueblos todos saludaron á los testigos de la redención, y la Iglesia necesitó establecer su centro, su cátedra suprema en un país que fuese, no ya el corazón del Oriente, sino el de la tierra civilizada: Roma fue la ciudad elegida. En ella la Iglesia levantó su cabeza mas alta y mas inflexible que la cabeza de los césares, y el universo vió admirado como al paso que el imperio decaía á causa de las sublevaciones del ejército y de la infidelidad de las naciones conquistadas, el Pontificado se afirmaba con las huestes decididas de soldados de Cristo, hijos de su amor, que de todas las partes de la tierra corrían á él; entonces todo el mundo vió que los soldados no querían morir para la gloria del César, y que los cristianos de-

seaban morir para la gloria de la Iglesia; obtuvo otra brillante manifestación de su popularidad: el testimonio de sus mártires.

Si debiera hablaros extensamente de todo lo grande de este testimonio, si debiera desarrollar ahora todas las ideas que su recuerdo me suscita, esta conferencia se prolongaría indefinidamente: un pueblo compuesto de innumerables hijos de todas las clases y categorías se constituyó al llamamiento del Pontificado: y ¿dónde se constituyó? en Roma. Pero yo me traslado á Roma, á la Roma del primer siglo, y busco allá al pueblo cristiano y no lo encuentro. Yo veo los césares, veo las legiones imperiales, veo el Senado, veo los sacerdotes de la idolatría, veo las vestales, veo las damas romanas, veo esclavos procedentes de todos los países, mas el pueblo cristiano, le busco y no le veo; ¿dónde está el pueblo cristiano? Hermanos míos muy queridos, hijos primogénitos de la cruz, ¿dónde estais? yo busco vuestras huellas y no las encuentro; solo por el Anfiteatro observo que habeis pasado, porque descubro alguna cruz trazada en su arena ensangrentada; sin duda el trémulo dedo de algún creyente moribundo la trazaría allí; pero ¡ay! aquella cruz abierta entre sangre y arena nos dice: «Aquí morimos;» yo busco la cruz que me advierte: «aquí vivimos;» y no la encuentro.

Admiraos: la capital del Cristianismo se ha constituido en las cloacas de la capital pagana: el amor á Cristo fue tan enérgico, tan activo, que atrajo á los cristianos hasta las entrañas de la tierra, hasta las catacumbas: allí vivió un pueblo numeroso, allí se avecindaron personajes encumbrados en política, en milicia y en alcurnia; allí fueron grandes varones poderosos por su influjo y por sus riquezas; allí fué á renunciar su vanidad la altiva dama romana, y á esconder su exquisita belleza la hermosa jóven oriental; allí se fué el pueblo, allí, condenado á la oscuridad, el pueblo, que tenia en sus manos todos los destinos del porvenir, experimentaba esta palabra de Isaías: «Ya no habrás menester sol que te dé luz durante el día, ni te alumbrará el resplandor de la luna, sino que el Señor será la sempiterna luz tuya y tu Dios será tu gloria.» La gloria de Dios, la luz de su doctrina, de la que la Iglesia era inextinguible foco, hé ahí todo lo que deseaba y todo lo que encontraba el pueblo en las catacumbas.

Durante tres siglos, los hijos de la Iglesia no hicieron sino morir, y no obstante, al acabar aquel periodo de martirio continuo, Tertuliano decía: «Los cristianos lo ocupamos ya todo; el foro, los teatros, las casas, los palacios, solo los templos idólatras dejamos desiertos.» La Iglesia católica obtuvo tal popularidad, constituida en las catacumbas, que Constantino, conociendo que para salvar el imperio no le bastaba la espada de los césares, tuvo la ocurrencia providencial de asirse con la cruz de los mártires, y levantarla.

No debo recordaros cuál ha sido la popularidad de la Iglesia entre las generaciones de la civilizada Europa, de esta Europa, pueblo

que la Iglesia concibió en las catacumbas y dió á luz rasgando las entrañas del imperio romano, y amamantó hasta Carlomagno, con la leche pura de sus doctrinas; y protegió su juventud de la invasión de los bárbaros, y le abrió el camino de la gloria y de la civilización y de la fortuna del progreso, y tiene su mano levantada para celebrar el matrimonio augusto de sus creencias antiguas con su futuro destino.

Si preguntáis á un pueblo civilizado, cualquiera que sea, ¿de quién sois hijo? os contestará con voz sonora y decidida: del Cristianismo.

Ya sé que no todos los pueblos han conservado la integridad intelectual y moral que de su madre la Iglesia recibieron; sé que la Iglesia tiene el doloroso pesar de ver á una de sus familias loca, la civilización inglesa, y á otra indómita y brusca, la civilización rusa, y á otra algo traviesa y caprichosa, la civilización francesa; pero no obstante los atentados de la una y las inconveniencias de la otra y las impremeditaciones de la tercera, no han podido desconocer su origen y se llaman cristianas.

II.

Y ¿cómo el amor de los pueblos no ha de ser todo para el Cristianismo? Echad una mirada al tiempo y decidme: ¿qué veis en el decurso de los siglos? Yo lo veo todo poblado de testimonios claros del amor de la Iglesia al pueblo: empieza suprimiendo la miseria, apagando la pasión del oro; establece la igualdad proclamando la caridad; ella suprime la esclavitud á la caída del imperio, ella salva al pueblo en el período pujante del feudalismo; ella detiene el vuelo peligroso de la monarquía anticatólica, ella trabaja para salvar los restos de la justicia náufraga.

Mirad el espacio y decidme ¿qué veis en él? Yo le veo todo poblado de obras de la misericordia de la Iglesia: hospitales, hospicios, orfanatos, casas de refugio...

Mirad las generaciones, ¿qué observais en ellas? la Iglesia ha llamado á sus hijos de corazón mas sencillo y les ha reunido en diversas fraternidades: al enfermo, al moribundo, al miserable, al desvalido, á todos los necesitados ha dado un padre y un protector.

Discípulos de la escuela humanitaria... mas ellos no están aquí; si aquí estuvieran yo les dirigiría la palabra diciéndoles: ¿Qué habeis concebido de bueno y benéfico que la Iglesia no lo haya practicado de antemano? ¿La fraternidad absoluta? recordad que la Iglesia ha establecido las Órdenes monásticas; ¿el desprendimiento absoluto? no olvidéis que nuestra Iglesia es la madre de la Hermana de la Caridad; ¿cuál es vuestra mas alta aspiración? ¿abolir la pena de muerte? pues sabed que la Iglesia la abolió ya echando el velo de su misericordia al criminal que se acogiera á determinados de sus tem-

plos: si vosotros habeis destruido las inmunidades de la Iglesia, si os burlais de la Hermana de la Caridad, si calumniáis las instituciones religiosas, no creais por esto destruir la Iglesia; el pueblo sabe la historia, y vosotros le enseñais á aprenderla mejor, y con un pueblo que sepa la historia, nada ha de temer la Iglesia por su popularidad.

Podemos ya remontarnos á las consideraciones que inspira el estudio de la causa de esta popularidad. Ayer vimos la trabazón íntima que existe entre las doctrinas del Verbo y los dones del Espíritu Santo: las bienaventuranzas de aquel eran prometidas á los poseedores de los dones de este, de manera que las promesas de JESUCRISTO partian del principio de la fecundización de las almas por el espíritu. Pues bien: la Iglesia es la manifestación perpétua del Verbo en la tierra, y por lo tanto continuamente se reproduce en ella y por ella el ejercicio de las relaciones del espíritu y del Verbo. El espíritu de la Iglesia, que es el de Dios, fecundiza la palabra, que es la de Dios, y porque el pueblo se convence de que la palabra de Dios no es un eco físico y estéril, sino animado y fecundo, es decir, que lleva consigo un espíritu de vida y de porvenir, aclama á la Iglesia como aclamó á JESUCRISTO. Sí, el Espíritu Santo inspira la popularidad de JESUCRISTO y de la Iglesia, lo indica esta palabra de san Pablo: «ni nadie puede confesar que Jesús es el Señor sino por el Espíritu Santo!»

Este reveló á los pueblos los frutos que les produciría la aceptación de la doctrina cristiana que él fecundiza; y ¿cómo no habian de aceptarla? desde el momento en que el Espíritu Santo se ofrecía á ser «prenda de nuestra herencia.» *Pignus hereditatis nostræ*¹. ¿Cómo podía resistir el pueblo el deseo de la perfecta libertad que el Señor le adquirió para loor de su Iglesia²? ¿cómo podía rechazar aquel espíritu y aquella palabra que le prometian un porvenir basado en la caridad, en el gozo, en la paz, en la paciencia, en la benignidad, en la bondad, en la longanimidad, en la mansedumbre, en la fidelidad, en la modestia, en la continencia y en la castidad? ¿cómo podian rechazar el espíritu de la civilización cristiana los pueblos que hasta entonces habian sido víctimas del espíritu de adulterio, de fornicación, deshonestidad y lujuria; del culto de los ídolos, de las hechicerías, enemistades, pleitos, celos, enojos, riñas, disensiones, envidias, glotonerías y cosas semejantes³? ¡Ah! la revelación de este porvenir lisonjero alentó al hombre, le reanimó para levantarse, porque estaba arrojado á tierra, para postrarse de rodillas, para fijar al cielo los ojos y para abrir sus labios, que no hablaban ya lenguaje de hombre, y para clamar: *Veni, creator Spiritus*. Así, JESUCRISTO concedió á los hombres, «según las riquezas de su gloria el ser fortalecidos en virtud interior por medio de su espíri-

¹ I Cor. xii, 3. — ² Ephes. i, 14. — ³ Heb. 14. — ⁴ Galat. v, 19, 20, 21, 22, 23.

«tu», el cual recibieron como el sello de la palabra de verdad².»

Hé aquí explicada doctrinalmente lo que yo llamaré la popularidad original de la Iglesia cristiana: el cumplimiento de este nuevo y admirable programa explica su popularidad histórica.

Examinemos rápidamente la civilización cristiana: su primera base es la *caridad*: ella produce necesariamente la unión de los diversos miembros sociales, y más que unión establece entre ellos solidaridad: todos son miembros de un mismo cuerpo, el cuerpo social es el cuerpo místico de JESUCRISTO; todas las ideas de la sociedad cristiana deben bajar de JESUCRISTO, cuya cabeza es, ó ascender á JESUCRISTO para divinizarse, permitidme hablar así, para divinizarse en él y descender otra vez divinizadas á las inteligencias humanas; lo que digo de las ideas es aplicable también á los sentimientos: el corazón del cristiano está en íntima correspondencia con el corazón de JESUCRISTO, del cual sus sentimientos proceden ó al cual se dirigen; así todo en el Cristianismo participa de la Divinidad, los sentimientos y las ideas; el hombre es considerado como parte de la humanidad, los hombres son un mismo ser moral con JESUCRISTO, JESUCRISTO es Dios, Dios y la humanidad están, pues, perfectamente adheridos en el Cristianismo: así los cristianos han cumplido esta palabra de san Pablo: «El Cristo habita por la fe en vuestros corazones, estando arraigados y zanjados en caridad, á fin de que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura y longura, y la alteza y profundidad, y conocer también aquel amor de Cristo que sobrepuja todo conocimiento, para que seáis plenamente «colmados de todos los dones de Dios»³.

Su caridad engendra este puro gozo, gracias al que el cristiano se vuelve insensible á las injurias y atropellos de los enemigos; gozo del que los mártires dieron inequívocos testimonios al recibir la muerte de la garra de las fieras ó de la cuchilla de los tiranos; gozo que no atestigua menos el apacible rostro del creyente moribundo; gozo que no abandona al pueblo aun después de tres siglos de sufrir por sus convicciones, como la Irlanda; gozo que se manifiesta en el carácter especial del culto cristiano, culto expansivo, alegre, porque tiene por objeto dar gloria á Dios, celebrar los hechos de la redención y recordar las virtudes de las almas heroicas; gozo que caracteriza hasta los ejercicios fúnebres de la piedad, pues la esperanza en su misericordia alegre hasta sus tristes himnos: hé ahí una estrofa que afirma mi objeto; la sociedad cristiana la canta sobre los despojos mortales de sus individuos: *Qui Mariam absolvisisti, et latronem exaudisti, mihi quoque spem dedisti*; gozo en fin propio del hombre y del pueblo que tiene conciencia de cumplir su deber, de marchar recto á su glorioso destino.

La paz es el resultado natural del íntimo gozo y de la caridad;

¹ Ephes. iii, 16. — ² Ibid. 14. — ³ Ephes. iii, 17, 18, 19.

porque el gozo significa bienestar, y el que está bien ¿por qué emprender la guerra? La caridad significa solidaridad: el cristiano sabe que él y sus hermanos forman un solo ser, y como la guerra es la destrucción del hombre por el hombre, sabe que no puede emprender la guerra sin destruir parte de sí mismo: por esto quiere la paz; paz, este fue el saludo que el Eterno mandó á sus Ángeles dieran á los hombres al anunciarles el nacimiento de JESUCRISTO; paz, ella ha sido la palabra del Cristianismo; la primera palabra que los obispos dirigen al pueblo al celebrar el santo sacrificio es *paz á vosotros*.

La sociedad cristiana solo hace la guerra á los elementos que perturban ó imposibilitan la paz; la guerra moral á los vicios, los cuales en primer lugar separan al hombre de Dios por medio del desprecio de su ley, en segundo lugar separan al hombre del hombre diseminando el odio, creando la mala voluntad.

En el orden físico la sociedad cristiana solo ha hecho la guerra á los anárquicos invasores ó á los despóticos tiranos: unos y otros se declaran enemigos de la humanidad, renunciando á los derechos del hombre: se levantan contra el pacificador universal, quieren guerra, la siembran, la preparan, la declaran, la sostienen. Al levantarse contra ellos la sociedad cristiana obedece á un sentimiento de conservación; aunque es preciso convenir que la cristiandad, en su calidad de tal, raras veces ha llegado á declarar la guerra, porque además del espíritu de paz ha recibido el de *paciencia* por el que sufre cuanto debe sufrir, apura hasta la hez la copa de la resignación, y ha recibido también el don de *benignidad* por el que no desea el mal sino que lo evita; anhela el bien y lo practica, pues entre otras máximas saludables tiene la de hacer bien hasta á los enemigos, cuya práctica es la perfección de la caridad; de ahí que, como hemos indicado antes, el Cristianismo haya producido en todas partes instituciones de beneficencia correspondientes á todas las necesidades sociales y humanas. Hasta atiende á aligerar las penalidades de la guerra, cuando no ha podido evitarla con su espíritu de paz. Escuchad cuatro palabras de Lamennais: «El Cristianismo no declama; «exhorta á la paz, y la establece con sus máximas, quitando la causa «de la discordia; y cuando el sentimiento de conservación obliga á «los pueblos á recurrir á las armas, fija por primera ley de los combates la humanidad. La Religión penetra hasta el campo de batalla «para desterrar de él el odio y la inexorable avaricia, para contener «el abuso de la fuerza, para dulcificar la victoria y cubrir al débil «con su protección inviolable. No pudiendo abolir la espada, embota su punta, y derrama bálsamo en las heridas abiertas por «ella¹.»

Ha recibido igualmente el espíritu de *bondad* por el que ni en el

¹ Lamennais, de la indiferencia en materias de Religión, tomo I, cap. 3, parte 2.

trato comun, ni en el diplomático es insidiosa: la rectitud de fin la inspira una integridad de lenguaje que vuelve del todo transparentes sus intenciones. Esta transparencia de espíritu, si perjudica al hombre cristiano, privándole de los intereses que hubiese sorprendido con su insidiosa doblez, le conquista en cambio las simpatías de la sociedad honrada, cuya predilección le dispensa; esta transparencia de espíritu perjudica á la política del Cristianismo, en cuanto los maquiavélicos, conociendo por su franqueza á dónde va, preparan con seguridad de éxito contrapesos á las medidas que para llegar á feliz término emplea; pero en cambio el pueblo, á quien JESUCRISTO comunicó un sentimiento elevado del bien, ve la profunda bondad de la sociedad cristiana, y por consiguiente la justicia, y resiste las mañas del maquiavelismo y proclama el triunfo de los verdaderos derechos.

Y ¿qué diré del espíritu de *mansedumbre* que tanto se ha generalizado particularmente en las elevadas regiones! desde que JESUCRISTO dijo: «Venid á mí, que soy manso y humilde de corazón,» la altivez y la fuerza han perdido enteramente el cetro; hasta el orgullo debe cubrir su agria fisonomía con cierto tinte complaciente. Desde que el Pontificado citó ante su tribunal á algunos reyes altivos, los pueblos exigen que los monarcas les hablen algo inclinados. El Verbo se inclinó, ¿quién no se inclinará? el Verbo descendió, ¿quién se atreverá á decir: yo no descendo? JESUCRISTO, como vimos ayer, prometió á los mansos la posesión de la tierra: pues bien ¿quién posee hoy la tierra? ¿qué poder la abarca? La Iglesia: luego la Iglesia reina por la mansedumbre.

La *fidelidad* es otro de los divinos frutos: fidelidad respecto á las promesas que el hombre ha hecho á Dios, de rechazar el espíritu satánico, de despreciar sus pompas, de abandonar su causa; fidelidad en el cumplimiento de la ley que ha jurado, y en el respeto á la Iglesia cuyo Bautismo ha aceptado; fidelidad respecto los compromisos contraídos por el hombre ya con la sociedad conyugal, base de la familia, ya con las diversas naciones, base de la sociedad; fidelidad que garantiza los intereses humanos y materiales; fidelidad con la cual los hijos son la continuación de la vida de los padres y el desarrollo de su programa, y los padres pueden gracias á ella calcular el porvenir de sus hijos, pues con ella el pasado tiene valor para el porvenir; sin ella el porvenir se emancipa de lo pasado; la fidelidad es, pues, la base del cálculo político razonado; con ella ningún elemento social se desperdicia, porque el criterio directivo señala á todos un destino al que no faltan; sin ella todo cálculo político es un pasatiempo estéril, porque el capricho de los hombres desnaturaliza el destino de los elementos.

Añadid á los frutos citados el de la *modestia*, que impide el desarrollo de la ambición, y por consiguiente hace que cada hombre y cada pueblo esté tranquilo, seguro y contento en su línea, evitando

las tempestades promovidas por el empuje de los que son menos y el desencadenamiento de los que son mas; añadid el de la *continencia* y el de la *castidad*, último barniz de este conjunto de bellezas que constituyen la civilización cristiana, gracias á que todo es en ella puro, el hombre, la familia, el pueblo; todo legítimo, la generación, los intereses, el progreso; todo íntegro, las instituciones, el lenguaje, los sentimientos.

Hé ahí los doce frutos que entrañaba «aquella virtud que salía de «la boca de JESUCRISTO cuando hablaba á las muchedumbres,» atraídas por la cual corrian á él, y al cobijarse á su sombra, hasta se olvidaban de satisfacer el apetito natural; hé ahí los frutos cuyo desarrollo es toda la civilización del Cristianismo: ¿cómo no debía obtener popularidad la Iglesia que aceptó la misión de desenvolver la semilla de estos frutos?¹

III.

El desarrollo de la civilización basada en los frutos del Espíritu Santo ha sido en todos tiempos la tarea predilecta del Pontificado: todos los Papas han cultivado con prodigiosa asiduidad esta política espiritual que parte de la unidad y se eleva hasta la perfecta pureza: pura y armonizadora fue siempre la política pontificia: de ahí que el Pontificado, siendo el poder que ha poseído menos tierra y menos armas, ha sido el mas influyente entre las soberanías y el mas simpático á todas las voluntades. Los pueblos se han declarado hijos de una autoridad que nada ha pretendido poseer por derecho de conquista: es lo que el Pontificado quiere: quiere hijos, no esclavos, porque es la autoridad del amor y de la paz; porque su objeto es infundir gozo y esperanza; porque es bueno, benigno, fiel, manso, modesto.

Os suplico echeis una mirada atenta al Pontífice que hoy rige la Iglesia; me diréis que es un Pontífice extraordinario; pero yo os contestaré, que es extraordinario porque reúne el perfecto espíritu del Pontificado; contemplándole á él, puede analizarse el espíritu de su institución; contemplémosle, pues, y nos explicaremos la causa de la popularidad de que el Pontificado disfruta.

A priori os he descrito el carácter de Pio IX: cada uno de los doce frutos de la civilización cristiana ha puesto en él algo de su sabor: su *caridad* se revela en el afán con que ha procurado unir los diversos elementos sociales con el vínculo de un amor comun, sublime, divino: el Oriente y el Occidente han oído sus palabras, y mas de un pueblo se ha visto cautivado por la expresión cariñosa de su doctrina; su *gozo* se revela en él hasta en el cumplimiento de sus ter-

¹ El desarrollo de las ideas emitidas en los anteriores párrafos fue suplicado al autor por personas de alta competencia, lo que verificó en otra serie de discursos sobre las relaciones de los dones y de los frutos del Espíritu Santo con la civilización.

ribles deberes, se manifiesta sobre todo cuando se entrega á la contemplacion de los triunfos que la Iglesia de Dios obtiene en este periodo de guerra latente.

Que el amor á la *paz* está en su corazon, no puede ponerlo en duda quien conozca las complicaciones de la política actual, las intrigas é ingraticudes llevadas á efecto contra el esplendor de su Silla, á pesar de las que, él, por amor á la paz, ha hecho sacrificios de alta consideracion, y en lo que ha podido salvarse limpia su conciencia ha evitado actos enérgicos que hubieran inflamado en guerra la Europa toda: y si un día la conservacion del orden europeo le hizo creer necesario permitir que sus cruzados librasen batalla á los enemigos de la civilizacion cristiana, ¿con qué pena lo consintió, y cómo se apresuró casi á disolver su ejército, cuando cumplido ya su deber, pudo volver su rostro al porvenir y decirle: «He hecho cuanto he podido, hasta mas de lo que deseaba, he desenvainado la espada en apoyo de mi palabra, la fuerza venció, la responsabilidad no es mia?» Él lleva su cruz con una resignacion y *paciencia* que rayan á lo prodigioso; no salen de su boca ayes inoportunos ni de su corazon quejas destempladas; sufre alegre, porque el Espíritu Santo ha derramado sobre él con abundancia el don de *esperanza*. Tantos dones han fructificado en él el espíritu de *bondad*. Yo he oído hasta de la boca de los enemigos de su trono: *Pio IX es bueno*: es mas, dicen, es *benigno*. ¿Con qué entusiasmo perdona á los enemigos que se le reconcilian? esto en lo moral y en lo material. ¿Con qué constancia abre á sus expensas, ó patrocina con su autoridad establecimientos benéficos de toda clase? Pero ¿qué diré de su *mansedumbre*? este es su don característico: recordais que empezó á reinar perdonando, amnistiando; sabeis que ni siquiera un acto despótico ha desmentido la dulzura de su espíritu durante su larga administracion.

Algunos se han acercado á Pio IX, y le han dicho lo que al emperador Alejandro Severo su madre y hermana: *Molliorem tibi magis que contemptibilem imperii dignitatem fecisti*; pero, como aquel Emperador, Pio IX les ha contestado: *Sed securiorem et diuturniorem*. El espíritu de Pio IX es el que inspiró á Jacob la siguiente determinacion para aplacar y atraerse á Esaú: «Aplacaréle con los regalos que preceden, y despues me presentaré á él: ¡quizá se me mostrará propicio!» Esaú, señores, representa el espíritu anticristiano, Jacob el del Pontificado. Pio IX al investirse el pontificado supo que Esaú, ó el espíritu revolucionario, se dirigia á él con cuatrocientos hombres, es decir, con todas sus fuerzas: *Et ecce properat tibi in occursum cum quadringentis viris*², y dijo: «Quiero atraérmele á fuerza de mansedumbre: le concederé cuanto pueda, é iré á su encuentro,» y esto ocasionó el escándalo farisaico de muchos. ¿Cómo, decian, presentarse á la revolucion el Pontificado? ¿tratar benignamen-

¹ Genes. xxxiii. — ² Ibid.

te á los revolucionarios? ¿atraérseles con dádivas ó concesiones? Olvidaban que su conducta era la misma que observó el manso Jacob respecto á Esaú, la misma que observó el papa Leon al salir al encuentro de Átila: ¡oh santa mansedumbre de Pio IX! Dios se valió de tí para dilatar la conservacion del trono pontificio; sin tí, humanamente calculando, los soldados del nuevo Jacob y los del nuevo Esaú hubieran venido con mas arrojo á las manos; el poder político del Pontificado seria histórico: yo te saludo por esto, heróica mansedumbre de Pio IX.

La *fidelidad* á su ministerio y á los compromisos contraídos por él ó por sus antecesores ha manifestado poseerla hasta al punto de ser víctima por ella: una palabra menos íntegra le hubiera conquistado el favor de la flotante diplomacia: pero ¿cómo transigir con su severo *non possumus* los hombres que no admiten otro fundamento moral que la utilidad palpitante? Declarando inmaculada á María, madre de los pueblos, ha revelado el espíritu de *pureza* que debe animarles; en fin, yo no concluiría, y es preciso concluir; el Pontificado tiene hoy la plenitud de aquel espíritu, cuyos frutos constituyen la civilizacion: la síntesis viva de estos frutos está en el actual Pontífice. ¿Le faltará la popularidad? Hermanos, lo digo profundamente convencido: el día que desapareciere la popularidad de esta causa, fuera imposible la existencia del pueblo: sin caridad, sin paz, sin esperanza, sin fidelidad, sin pureza, ha de haber esclavos siempre, no podrá haber jamás ciudadanos.

Me diréis: ¿Cómo se explica la popularidad de las doctrinas antipontificias? Hermanos, contesto, no se explica por la sencilla razon de que no existe; y no existe por la sencillísima razon de que no puede existir; voy á demostraros que popularidad antipontificia no existe. ¿Quién ó quiénes simbolizan las doctrinas antipontificias? La Turquía, la Rusia, la Inglaterra, el Piamonte. No nos fijemos en la primera de estas naciones; es evidente que la opinion pública no es mahometana, ¿os parece si esta se inclina mas á la Rusia? No hay potencia sobre la que hayan caído mayores anatemas en tan corto tiempo; ¿en qué se apoya la civilizacion rusa? en la fuerza de las armas, las armas no pueden ser populares, su política es despótica, no se funda en una idea ni tiende á realizar una idea; es el interés armado de una familia conquistadora, ella es la última que ha soltado las cadenas de la esclavitud en Europa: digo mal, ella tiene esclavizados todavía algunos pueblos heróicos. La Rusia es una de las poderosas enemigas del Pontificado; ya veis, pues, como su enemiga, tal vez la mas poderosa, carece de popularidad.

¿Y la Inglaterra? Débense distinguir en ella dos espíritus, el político y el económico; este último, que es en Inglaterra enemigo de Roma, no por los adelantos materiales y pecuniarios que realiza, sino por las virtudes que desdeña y las pasiones que alienta, es decir, por el método que adopta, no es popular; ni lo será ja-

más, hermanos, la aglomeración de las riquezas, debida á la ingente fatiga de las masas; el envilecimiento del pobre y la altivez del rico forman un duo que jamás será aplaudido por los pueblos, aunque los pueblos se vean en la precisión de tolerarlo: en cuanto á la popularidad que la Inglaterra puede obtener en lo que respecta al espíritu político, en nada afecta á la popularidad pontificia, toda vez que el Pontificado está bien con todas las formas.

Nos falta considerar el Piamonte. ¿Obtiene su conducta la popularidad? Imposible. No importa que me citeis el entusiasmo de ciertas muchedumbres, que me presentéis ciudades iluminadas, plazas y calles empavesadas, pabellones armados de improvisos, centenares de periódicos y miles de suscriptores; todo lo admito, y hasta prescindiendo de contrapesar todo esto recordándoos las batallas libradas y los centenares de víctimas sacrificadas para pacificar la opinión pública; reduciré á un ejemplo bíblico la política del Piamonte, y cuando habréis examinado lo que voy á deciros, juzgaréis si es posible su popularidad.

«...Sucedió en aquel tiempo que Naboth, jezraelita, tenía en Jezrael una viña cerca del palacio de Acab, rey de Samaria. Habló, pues, Acab á Naboth diciendo: Dame la viña para hacerme una huerta, estando como está vecina y contigua á mi palacio, y en cambio de ella te daré una viña mejor, ó si te tiene mas cuenta, su justo precio en dinero ¹.

«Respondióle Naboth: Dios me libre de darte yo la heredad de mis padres ².

«Fuese Acab á su casa indignado y bramando de cólera por la respuesta que le habia dado Naboth, jezraelita, diciendo: No te doy yo la heredad de mis padres. Y echándose sobre su cama, volvió su rostro hácia la pared y no quiso comer nada ³.

«Entró á verle Jezabel su mujer ⁴, y díjole: ¿Qué es esto? ¿Qué motivo tienes para estar triste? ¿Y por qué no quieres comer?

«Respondióle: He hablado á Naboth, jezraelita, y le he dicho: Dame tu viña á dinero contante, ó si quieres yo te daré en cambio de ella otra viña mejor. Á lo que me ha contestado: No te doy mi viña.

«Entonces le dijo Jezabel su mujer: ¡Vaya que es grande tu autoridad, y si que gobiernas bien el reino de Israel! Levántate y toma alimento, y sosiega tu ánimo, que yo te daré la viña de Naboth, jezraelita.

«A este fin escribió ella una carta en nombre de Acab, sellándola

¹ Dice el Piamonte al Papa: Dame tu reino contiguo al mio, y te daré otro mejor. Jerusalem por ejemplo, ó si te tiene mas cuenta, una pensión en desquite.

² Pio IX ha dicho: *non possumus*; no puedo acceder á vuestros deseos enajenando la viña ó terrenos que he recibido de mis antecesores para la Iglesia.

³ Nada ha querido admitir que no partiera de la base de la posesión de Roma. — ⁴ Jezabel es la imagen de la revolución italiana.

«con el sello real, y envióla á los ancianos y principales de aquella ciudad, convecinos de Naboth; la sustancia de la carta era esta: «Haced sentar á Naboth entre los principales del pueblo, y sobornad á dos hombres ¹ que digan contra él este falso testimonio: Ha blasfemado contra Dios y contra el Rey, despues sacadle fuera y apedreadle ².»

Dejo á vuestra perspicacia sustituir unos nombres á otros para que se os presente con exactitud de rasgos y figuras, episodios é intenciones la parte antipontificia de la política italiana; una vez convencidos de la exactitud del cuadro, miradle, contempladle y decid, ¿puede tener popularidad? Contesto en nombre de la dignidad del pueblo: no, no, mil veces no. La popularidad la tiene toda la Iglesia de Dios. Veámoslo:

El pueblo vota por la constitucion en la tierra del reino del cielo, y como el reino del cielo en la tierra es la Iglesia, vota por la Iglesia, desea la Iglesia, una gran parte de él, por instinto y sin conocerlo. Examinemos primero cómo vota por la constitucion del reino del cielo.

¿Qué es lo que constituye el reino del cielo? Dios, la gloria, el amor: hé ahí el principio, el medio y el fin del reino del cielo: pues bien, el pueblo busca hoy estas tres cosas: Dios, gloria, amor.

Siente necesidad de Dios, y como ha rechazado á Dios, crea un Dios nuevo, un Dios segun su capricho, diviniza al hombre, y como el Cristianismo le ha enseñado que Dios es inmenso y la razon le enseña que el hombre es limitado, dice: Dios es mas que un hombre. Dios es toda una raza, es el hombre colectivo, es la humanidad, la humanidad es Dios, el reino de Dios es el reino de la humanidad; reine, pues, la humanidad, cese de reinar el hombre: tiene ya Dios, necesita gloria: y siendo lógico el pueblo que ha proclamado á la humanidad-Dios, busca en el Dios-humanidad la gloria, como los bienaventurados la buscan en el Dios verdadero, y se gozan en todo lo humano como los Santos se gozan en todo lo divino, y á todo lo humano dedican cánticos, y consagran armonías y se extasian en los misterios de su porvenir. Pero el reino del cielo, cuyo principio es Dios y cuyo fin la gloria de Dios, está sostenido por medio del amor. El amor es la ley del reino del cielo, siendo como es reino de caridad: el pueblo, pues, que quiere la constitucion del reino del cielo, y que sabe que la ley de aquel reino es ley de amor, quiere que el amor sea toda su ley, y de ahí este grito incesante de las muchedumbres que piden humanitarismo, fraternidad, igualdad. Los pueblos, pues, divinizando la humanidad, glorificando la humanidad y gozándose en sus obras, pidiendo amor, atestiguan que sienten necesidad de los tres elementos constitutivos del reino del cielo, desean á Dios, á la gloria, al amor.

¹ Los clubs y la prensa, etc. — ² III Reg. xxi, 10.

Sin embargo, estos gritos de amor, de gloria y de Dios no dan los resultados apetecibles al pueblo, porque el pueblo pide bien, pero de fine mal; pide á Dios, y se postra ante las criaturas; quiere gloria, y se inunda de sangre; tiene sed de amor, y se abreva en odio; quiere el reino del cielo, y se postra ante las tiranías de la tierra.

El reino del cielo que busca el pueblo tiene su constitucion en la Iglesia: ella es la sola que sostiene la idea y perpetúa los recuerdos de un Dios criador y redentor de todos; ella es la que posee el secreto de la verdadera gloria de los individuos y de las generaciones, gloria que va á buscar en el cumplimiento de los deberes impuestos por el Redentor padre de todos; ella establece los mas estrechos vínculos de amor y fraternidad entre los hombres todos; en fin, la Iglesia es la constituidora de la igualdad y de la fraternidad perfectas; en ella el Pontificado es el centro de la unidad, y las virtudes individuales y categóricas el semillero de la variedad. Hasta los que no conocen la Iglesia buscan la constitucion del reino de la Iglesia, y muchos que la buscan y no la encuentran deben atribuirlo á ciertos hombres de mala fe, interesados en que el pueblo sea ciego.

La mision del Pontificado es extender el conocimiento y solidar la constitucion del reino que instintivamente quiere el pueblo; ¿qué extraño que las generaciones todas le hayan aclamado por medio de los hombres mas sensatos y concienzudos?

Esta es la causa por que aun á pesar de los muchos que no se entusiasman por la Iglesia, á causa de que no la conocen, su popularidad es mas intensa y mas extensa que en su cuna; no hay en la tierra cien leguas de superficie en que no se haya cantado su gloria; sus ministros vuelan, padecen, predicán y mueren por ella en la China, en la India, en la Corea, en el Tong-King: si algunos apóstatas se van, algunos pueblos entran y otros vuelven. El Pontificado, cabeza y representacion de la Iglesia, es actualmente el objeto de la manifestacion mas sincera de amor; los ricos derraman oro á sus piés, los sábios apoyan sus derechos con elocuentes y sólidos esfuerzos, y los que no somos ricos ni sábios perfumamos el aire, del universo romano, con nuestras oraciones, y con el aroma de nuestras lágrimas.

En nuestros dias se ha visto al nuevo Pedro rodeado de sus compañeros en el ministerio apostólico, ostentándose en la plaza de Roma, que es la nueva Jerusalem, y predicando la divinidad de Jesu-
CRISTO y la gloria de sus hijos: ¿cuántos varones entrarían en la Iglesia el dia de la venida del Espíritu Santo de este año en Roma? Dios solo puede calcularlo.

Yo me atrevo á suplicaros mediteis los principios que con ingenua franqueza os he expuesto: ellos son verdaderos, ellos son sólidos; vuestro talento los fecundizará, por mi parte os prometo mi oracion, que elevaré al cielo, á fin de que el Señor derrame en vuestros espíritus el rocío de su vivificante gracia.

IV.

Esta popularidad de la Iglesia tiene un símbolo vivo: la inmaculada Virgen es tambien bajo este respecto el símbolo de la popularidad: el Espíritu Santo puso en sus labios estas palabras: *Beatam me dicent omnes generationes*: no busqueis una fórmula mas concisa y mas completa de popularidad: todas las generaciones me aclamarán bienaventurada: lo dijo ella misma, ella misma, pues, decidió á quién se dirigian estas palabras del Esposo de los Cantares: «Ven, y serás coronada... ven de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermon, de esos lugares guarida de leones, de esos montes morada de leopardos¹.» Por los leones y leopardos se entienden los reyes de Babilonia, Persia, Media y Grecia, los cuales coronarán á María adhiriéndose á su excelso Hijo, el que se dirige á ella con estas palabras: «Los reyes crearán en mí, fruto de tu vientre, y la salvacion de aquellos creyentes será tu corona, Madre mia. Serás coronada, siendo tú en el cielo la corona de los Santos, en la tierra la corona de los reyes, donde quiera que se predique lo dicho del amado: *Minuisti eum paulo minus ab angelis, gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum*. Se dirá de ti que eres, ó estimada, la madre del que así fue coronado, y por consiguiente reina del cielo, cuya posesion de derecho te pertenece, como á madre del que es su rey; y por ello los reyes y los emperadores te coronarán con sus coronas, consagrarán sus palacios á mi nombre, y los destinarán á tu honor, para que dejen de ser lo que eran, *montes de leopardos, guaridas de leones*².»

Y ¡cosa particular! hermanos; demostracion clara y elocuente de la exactitud del paralelo que entre María y la Iglesia acabo de trazaros: estas palabras: «Ven del Líbano, y serás coronada, ven de la cima del monte Amana, de la cumbre del Sanir y del Hermon, de esos lugares guarida de leones, de esos montes morada de leopardos,» aplicadas á María por el talento tan claro como ferviente de Ruperto, las vemos aplicadas á la Iglesia por otros no menos notables comentadores: «Tú, ó Iglesia de los gentiles, predeterminados *ab eterno* por mí CRISTO, y que en el tiempo determinado serás llamada al Cristianismo, para que seas mi esposa: ven de las horrendas selvas y montes del Líbano, Amana, Sanir y Hermon, esto es, de la infidelidad y gentilismo donde viviste entre idólatras, infieles é impios, como entre fieros leones y leopardos; ven á la espectral Jerusalem y á Sion donde Dios es venerado en su templo; ven á la Iglesia y al monte de la mirra, y al collado del incienso, ó sea, á los montes Olivete y Calvario, donde JESUCRISTO fue crucificado, para que en él creas; y á Sion, donde empezó la Iglesia de los

¹ Cant. iv, 8. — ² Ruperto.

«cristianos, para que te asocies á ella. Ven al Cristianismo, y allí, entre los cristianos humildes, mansos y benignos como entre palomas y corderillos pasa una vida suavisima y santa, y serás coronada, como esposa del rey casto, y por lo tanto, como reina; serás coronada en esta vida por la creencia, en la otra por la gloria¹.»

Y dirigiéndose á la Iglesia primitiva, así aplica el escritor del que hemos tomado los anteriores conceptos, el texto de que hablamos: «Tú, que trabajas por ministerio de los Apóstoles, de sus socios y devotos en el Líbano, en el Amaná, en el Sanir y en el Hermon, esto es, á fin de convertir la gentilidad á CRISTO; ven de allí, acompaña las muchedumbres convertidas á Sion, esto es, á la Iglesia, y si lo haces de esta manera: *Coronaberis de capite Amaná, de vertice Sanir et Hermon, de cubilibus leonum et de montibus pardorum*, conducirás en triunfo las naciones convertidas y te coronarás con la victoria².»

La corona que en el tiempo brilla en la frente de la Iglesia, dice el venerable Beda, es la muchedumbre de fieles que la aclaman; es por consiguiente, puedo añadir yo, el cumplimiento de este vaticinio de Isaías³: Levanta, ó *Jerusalén*, tus ojos, y mira al rededor de tí: todas estas gentes se han congregado para venir á tí. Yo te juro, dice el Señor, que de todos ellos te has de adornar como de un ropaje de gala, y engalanarte de ellas como una esposa... aun oírás que los hijos, que tendrás despues de tu esterilidad, dirán: Este trecho es para mí este lugar: dame sitio espacioso donde habite.»

La popularidad fue anunciada, en las anteriores palabras, como una de las mas preciosas galas de la Iglesia: yo acabo de demostrar que la profecía se ha cumplido.

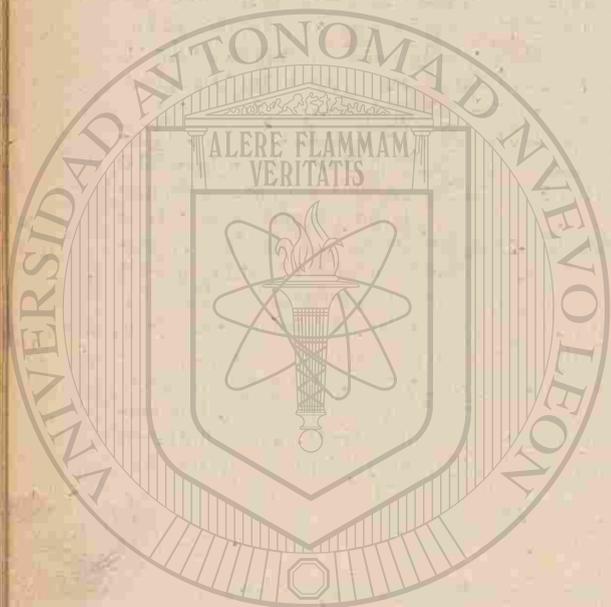
Madre mia, levanta esa mano, fecundizada por el Eterno, y desde el trono de gloria en que te sostienen los Ángeles, bendiceme: bendice á los que con atencion profunda han escuchado estas series de conferencias, sin otro atractivo que el olor de tus gracias, derramado por mis indignos labios. En cierta manera me alegro de mi miseria, me alegro del desaliño de mi elocuencia, porque así nadie pondrá en duda que solo á tí es debido el triunfo. Tú sabes la rectitud de mis intenciones, tú sabes el fervor con que te quiero, á tí, auxilio mio, consuelo mio, vida mia, y hasta qué grado quiero á la Iglesia cristiana: la quiero, Señora, la quiero hasta no poder quererla mas; mi pobre talento, mi sincero corazón, mi sangre, todo es de la Iglesia, porque la Iglesia me dió la gracia de Dios, la dignidad del sacerdocio, la esperanza del cielo; la quiero, porque es el centro de la verdad y el foco del amor; la quiero, porque es la Iglesia de tu Hijo, porque salió de tus entrañas en la persona de tu Hijo, porque es tu hija, tú eres su madre, su tipo, su símbolo. Y porque quiero

¹ A Lapido in Canticis, cap. iv. — ² Ibid. — ³ Cap. xxx, 48, 20.

la Iglesia, quiero, con idéntico amor, el Pontificado, que es su cabeza, su corazón, sus manos y sus piés; quiero el Pontificado, vida de la Iglesia, porque su concepcion es el reflejo de la tuya, su virginidad es el reflejo de la tuya, su maternidad es el reflejo de la tuya, su fecundidad es reflejo de la tuya; porque tus dolores fueron el símbolo de los suyos, tu estabilidad es símbolo de la suya, tus glorias y triunfos símbolo de los suyos. Tus miembros y tu cuerpo se asemejan al cuerpo y á los miembros de la Iglesia de que él es cabeza; tu reino y el suyo se asemejan perfectamente; á ambos el Padre coronó con el poder; á ambos el Hijo coronó con la sabiduría; á ambos el Espíritu Santo coronó con el amor, y por lo tanto á ambos dió una popularidad que nadie mas ha obtenido.

¡Cosas gloriosas se han dicho, pues, de tí, ciudad de Dios, ó María; cosas gloriosas se han dicho de tí, ciudad de Dios, ó Iglesia! ó Iglesia, ó María, ¡que los coros de los Ángeles os glorifiquen, que los coros de los justos se os adhieran, que no nos movamos de tí, ó Iglesia, para que ni un solo momento dejemos de saludarte, ó María, como á madre; que continuemos siendo fieles á la autoridad del Pontificado en el que JESUCRISTO vinculó el magisterio y la direccion de los espíritus rectos, y á la que, segun las inspiraciones de su divina misericordia, para que nos fuese mas suave, mas agradable y mas atractivo, hizo en todo semejante á María. Así cumpliremos la mision que has confiado á los redimidos por tu sangre, y nos salvaremos por tu gracia, Señor nuestro, que vives y reinas en unidad del Padre y del Espíritu Santo, Dios, por los siglos de los siglos. Así sea.

FIN.

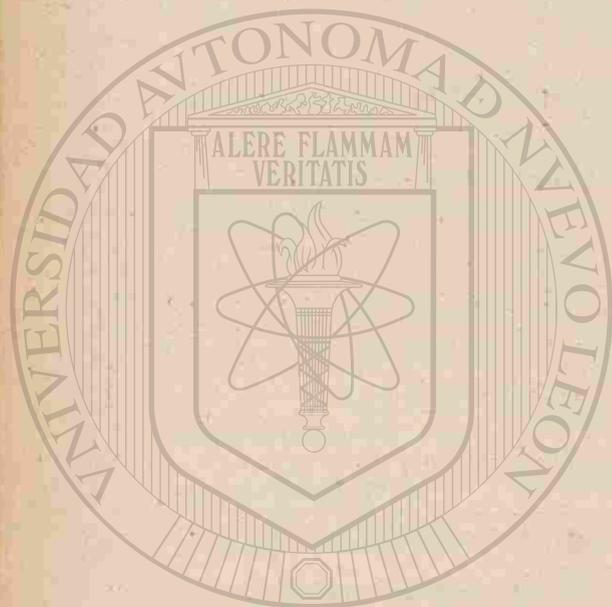


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Pág.
Dedicatoria.	7
<i>Conferencia primera.</i> Analogías del destino y concepción de María y del Pontificado.	11
<i>Conferencia segunda.</i> Continuación.	31
<i>Conferencia tercera.</i> Virginidad de María y del Pontificado.	49
<i>Conferencia cuarta.</i> María y el Pontificado semejantes en la maternidad.	69
<i>Conferencia quinta.</i> Continuación.	88
<i>Conferencia sexta.</i> Continuación.	103
<i>Conferencia séptima.</i> Fecundidad de las dos Inmaculadas.	119
<i>Conferencia octava.</i> Tribulaciones y estabilidad, á pesar de ellas, de las dos Inmaculadas.	137
<i>Conferencia novena.</i> El porvenir de la Santa Silla.	151
<i>Conferencia décima.</i> El tránsito de María y relaciones de su cuerpo con la Iglesia.	169
<i>Conferencia undécima.</i> El tránsito de María y relaciones de su cuerpo con la Iglesia.	189
<i>Conferencia duodécima.</i> De la corona de María, símbolo del poder de la Iglesia.	191
<i>Conferencia decimatercia.</i> De la corona de María, símbolo del poder pontificio.	211
<i>Conferencia decimacuarta.</i> De los combates contra el poder temporal de la Iglesia.	231
<i>Conferencia decimaquinta.</i> De la corona dada por el Verbo á María; expresion de la sabiduría política del Pontificado.	246
<i>Conferencia decimasexta.</i> La popularidad de María y de la Iglesia procedente de la corona del Espíritu Santo.	261
<i>Conferencia decimaséptima.</i> Semejanza de la popularidad de María y de la Iglesia demostrada por la historia.	271

FIN DEL ÍNDICE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO A LUZ

LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VIRGEN SANTISIMA DE MONSERRAT Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpresso varias veces. Se hallan de venta en Barcelona librería de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

Obras en 4.º mayor encuadernadas en pasta.

- La santa Biblia en latin y castellano por el P. Scio. Seis tomos, 210 rs.
- Vindicacion de la santa Biblia por el abate Du-Clot. Un tomo, 39 rs.

Obras en 4.º encuadernadas en pasta.

- Estudios filosóficos sobre el Cristianismo por Augusto Nicolás. Tres tomos, 36 rs.
- Historia universal de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos, 44 rs.
- Historia eclesiástica de España por La Fuente. Cuatro tomos, 44 rs.
- Historia de las Variaciones de las iglesias protestantes por Bossuet. Dos tomos, 22 rs.
- Historia de la Compañía de Jesús por Cretineau-Joli. Seis tomos, 66 rs.
- El Protestantismo por Augusto Nicolás. Un tomo, 11 rs.
- Pensamientos de un creyente católico por Debreyne. Un tomo, 11 rs.
- Grandioso tratado del hombre por Sabunde. Un tomo, 11 rs.
- Ensayo sobre el Panteísmo por Maret. Un tomo, 11 rs.
- La Cosmogonía y la Geología por Debreyne. Un tomo, 11 rs.
- La Teodicea cristiana por Maret. Un tomo, 11 rs.
- Larraga novísimamente adicionado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 24 rs.
- Manual de los Confesores por Gaume. Un tomo, 14 rs.
- Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento ó la divinidad del Cristianismo demostrada por la Biblia, por el abate Meignan. Un tomo, 11 rs.
- Ejercicio de perfeccion y virtudes cristianas por el V. P. Alonso Rodríguez. Tres tomos, 33 rs.

- Triunfo del Catolicismo en la definicion dogmática del augusto misterio de la inmaculada Concepcion, por el P. Gual. Un tomo, 11 rs.
- La verdad religiosa por D. José García Mora, Pbro. Un tomo, 11 rs.
- El principio de autoridad vindicado por D. José García Mora, Pbro. Un tomo, 11 rs.

Obras en 8.º mayor encuadernadas en pasta.

- Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos, 160 rs.
- El hombre feliz por Almeida. Un tomo, 10 rs.
- Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos, 20 rs.
- Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos, 20 rs.
- Las Glorias de María por san Ligorio. Un tomo, 10 rs.
- El Espíritu de san Francisco de Sales. Un tomo, 10 rs.
- La única cosa necesaria para salvarse por Geramb. Un tomo, 10 rs.
- El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos, 20 rs.
- Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos, 30 rs.
- Del Papa. — De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos, 20 rs.
- Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos, 80 rs.
- Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Tres tomos, 27 rs.
- Coleccion de pláticas dominicales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Siete tomos, 63 rs.
- Tratado de la Usura por el abate Marco Mastrofini. Un tomo, 10 rs.
- Mercedes de la Virgen María, ó sea Meditaciones aplicadas á la Letania lauretana. Un tomo, 10 rs.
- La independencia y el triunfo del Pontificado: conferencias predicadas en la iglesia de Santa María del Mar, de Barcelona, por el presbítero D. Eduardo María Vilarrasa: 4 5 rs.
- Mística ciudad de Dios: historia divina y vida de la Madre de Dios, manifestada por la misma Señora á sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inmaculada Concepcion de la villa de Ágreda. Siete tomos, 63 rs.
- El Evangelio meditado. Cinco tomos, 45 rs.
- Copiosa y variada coleccion de selectos panegíricos. Once tomos, 99 rs.
- Biblia sacra Vulgata editionis Sixti V Pont. M. jussu recognita, et Clementis VIII auctoritate edita. Un tomo en diminutos caracteres, 18 rs. en piel de color y relieve.
- Diferencia entre lo temporal y eterno, y crisol de desengaños por el Padre Nieremberg. Un tomo, 10 rs.
- La moralizadora y salvadora del mundo es la confesion sacramental, por el P. Gual. Un tomo, 9 rs.
- Historia de la Iglesia desde Nuestro Señor Jesucristo hasta el pontificado de Pio IX, por el abate V. Postel. Un tomo, 11 rs.
- Concordantiarum SS. Scripturæ manuale. Un tomo, 20 rs.
- Correspondencia entre un antiguo director de Seminario y un jóven sacerdote. Un tomo, 9 rs.

Obras en 8.º encuadernadas en pasta.

- Catecismo explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret, con 48 estampas. Un tomo, 6 rs.
- Id. id en catalan: 6 rs.
- Catecismo filosófico por Feller. Cuatro tomos, 24 rs.
- Vida devota por san Francisco de Sales. Un tomo, 6 rs.

- Las delicias de la Religion por Lamourette. Un tomo, 6 rs.
- Confesiones de san Agustin. Dos tomos, 12 rs.
- Historia de la Reforma protestante por Cobbet. Dos tomos, 12 rs.
- Nuevas Cartas por Cobbet. Un tomo, 6 rs.
- Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio. Un tomo, 6 rs.
- Tesoro de proteccion en la santísima Virgen por Almeida. Un tomo, 6 rs.
- Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos, 12 rs.
- Combate espiritual. Dos tomos, 12 rs.
- Tratado de la existencia de Dios por Aubert. Un tomo, 6 rs.
- Tratado de las notas de la Iglesia por Aubert. Un tomo, 6 rs.
- La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez. Un tomo, 6 rs.
- Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos, 12 rs.
- Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos, 12 rs.
- La Biblia de la Infancia por Macías. Un tomo, 6 rs.
- Tratado de la divinidad de la Confesion por Aubert. Un tomo, 6 rs.
- La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos, 24 rs.
- Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos, 12 rs.
- Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos, 36 rs.
- Obras de santa Teresa. Cinco tomos, 30 rs.
- Reloj de la pasion por san Ligorio. Un tomo, 6 rs.
- Católica infancia por Varela. Un tomo, 6 rs.
- Vida de santa Catalina de Génova. Un tomo, 6 rs.
- Verdadero libro del pueblo por madama Beaumont. Un tomo, 6 rs.
- ¿A dónde vamos á parar? por Gaume. Un tomo, 6 rs.
- El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 4 rs.
- Veni-mecum pii sacerdotis por el Excmo. é Ilmo. Sr. Caixal, obispo de Urgel. Un tomo, 7 rs.
- Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.
- Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 7 rs.
- El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. señor Claret. Un tomo, 7 rs.
- Vida de san Luis Gonzaga por Cepari. Un tomo, 6 rs.
- Virginia ó la doncella cristiana por D.ª Cayetana de Aguirre y Rosales. Tres tomos, 48 rs.
- Ejercitatorio de la vida espiritual por el P. Fr. Francisco García de Cisneros. Un tomo, 6 rs.
- El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga. Un tomo, 6 rs.
- Historia de santa Isabel de Hungría por el Conde de Montalembert. Dos tomos, 12 rs.
- Prácticas de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el P. Jesús. Un tomo, 5 rs.
- Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. P. Charlevoix. Un tomo, 6 rs.
- Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por Sala. Un tomo, 7 rs.
- Del matrimonio civil, opúsculo formado con la doctrina del P. Perrone en su obra *Del matrimonio cristiano*. Un tomo, 6 rs.
- Meditaciones para todos los dias de Adviento, novena y octava de Navidad y demás dias hasta la de la Epifanía inclusive, por san Ligorio. Un tomo, 5 rs.
- Ejercicios espirituales de san Ignacio explicados por el Excmo. é Ilmo. señor Claret. Un tomo, 7 rs.
- De la oracion y consideracion por el V. Granada. Dos tomos, 12 rs.
- Anuario de María por Menghi-d'Arville. Dos tomos, 12 rs.
- El Colegial ó Seminarista teórica y prácticamente instruido, por el excelentísimo é Ilmo. Sr. Claret. Dos tomos, 12 rs.
- Coleccion de oraciones y obras piadosas por las cuales han concedido in-

dulgencias los Sumos Pontífices, aprobada como única auténtica por la sagrada Congregacion de Indulgencias. Un tomo, 7 rs. en piel de color y relieve.

— Tratado de la victoria de sí mismo, por el P. Melchor Cano, seguido del Alma victoriosa de la pasion dominante, por el P. Javier Hernandez. Un tomo, 5 rs.

— Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Cuatro tomos, 24 rs.

— Compendio del Catecismo de perseverancia por Gaume. Un tomo, 6 rs.

— La devocion á san José establecida por los hechos, por el P. Antonio Patrignani. Un tomo, 6 rs.

— Los seis libros de san Juan Crisóstomo sobre el sacerdocio. Un tomo, 5 rs.

— El vicio y la virtud: observaciones de una razon despreocupada. Un tomo, 6 rs.

— Arte de canto eclesiástico y cantoral para uso de los Seminarios. Un tomo, 9 rs. en piel de color y relieve.

— La vocacion de los niños. Un tomito, 3 y medio rs.

— Escuela del corazon con 55 estampas. Un tomo, 7 rs.

— Del Perú á Europa. Un tomo, 6 rs.

Obras en 16.º encuadernadas en pasta.

— Carácter de la verdadera devocion por el P. Palau. Un tomo, 4 rs.

— El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati. Un tomo, 4 rs.

— Las horas serias de un jóven por Sainte-Foix. Un tomo, 5 rs.

— Camino recto para llegar al cielo por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 5 rs.

— Id. id. en catalan : 4 rs.

— Ejercicios para la primera comunion por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 3 y medio rs.

— La verdadera sabiduria por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 4 rs.

— Tardes ascéticas, ó sea una apuntacion de los principales documentos para llegar á la perfeccion de la vida cristiana, por un monje benedictino. Un tomo, 4 rs.

— El Párroco con los enfermos, ó sea algunos avisos prácticos para los principiantes en dicha carrera. Un tomo, 3 rs.

— Manual de meditaciones por el P. Tomás de Villacastin. Un tomo, 4 y 1/2 rs.

— Un mes consagrado á María. Un tomo, 4 y medio rs.

— Memorial de la Mision. Meditaciones cotidianas por el P. Dr. Juan Bautista Verche. Un tomo, 1 real y medio en media pasta.

— Contrato del hombre con Dios, celebrado en el santo Bautismo: por el R. P. Juan Eudes. Un tomo, 2 rs. en media pasta.

— De los deberes del hombre: discurso dirigido á un jóven por Silvio Pellico. Un tomo, 3 y medio rs.

— Nuevo devocionario para las hijas de la purísima Concepcion. Un tomito, 2 y medio rs. en media pasta.

— La Colegiala instruida, por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo, 5 rs.

— Expositio litteralis et mystica totius missæ, ac cæremoniarum ejus, ad illam devote celebrandam. Un tomo, 4 rs.

— Tardes de verano en la Granja por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomito, 13 cuartos.

— Tesoro del Carmelo abierto á todos los fieles de ambos sexos. Un tomo, 4 rs.

— El mes de María para los niños. Un tomo, 4 y medio reales en relieve.

Opúsculos.

— Avisos á un sacerdote : á 30 rs. el ciento.

— Avisos muy útiles á los padres de familia : á 30 rs. el ciento.

— Avisos muy útiles á las casadas : á 30 rs. el ciento.

— Avisos muy útiles á las viudas : á 30 rs. el ciento.

— Avisos saludables á los niños : á 30 rs. el ciento.

— Avisos saludables á las doncellas : á 26 rs. el ciento.

— Avisos á un militar cristiano : á 24 mrs. el ejemplar.

— El rico Epulon en el infierno : á 22 rs. el ciento.

— Reflexiones á todos los Cristianos : á 24 rs. el ciento.

— Resúmen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion : á 24 rs. el ciento.

— Los tres estados del alma : á 20 rs. el ciento.

— Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore : á 20 rs. el ciento.

— Respeto á los templos : á 22 rs. el ciento.

— Galería del desengaño : á 26 rs. el ciento.

— La Escalera de Jacob y la puerta del cielo : á 30 rs. el ciento.

— Maná del cristiano : á 15 rs. el ciento.

— Idem en catalan : á 15 rs. el ciento.

— El amante de Jesucristo : á 24 mrs. el ejemplar.

— La Cesta de Moisés : á 24 mrs. el ejemplar.

— Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María : á real y cuartillo el ejemplar.

— Breve noticia del origen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María : á real el ejemplar.

— Socorro á los difuntos : á 24 mrs. el ejemplar.

— Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo : á 24 mrs. el ejemplar.

— Antídoto contra el contagio protestante : á 30 rs. el ciento.

— El viajero recién llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias : á 26 rs. el ciento.

— Compendi ó brève explicació de la doctrina cristiana en catalan : á 28 mrs. el ejemplar.

— El Ferrocarril : á 24 mrs. el ejemplar.

— La Época presente : á 24 mrs. el ejemplar.

— La Mision de la mujer : á 23 rs. el ciento.

— Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes : á 50 rs. el ciento.

— Cánticos espirituales : á real el ejemplar.

— Devocionario de los párvulos : á 40 rs. el ciento.

— Máximas espirituales ó sea reglas para vivir los jóvenes cristianamente, edicion corregida y aumentada : á 24 mrs. el ejemplar.

— Ramillete de lo mas agradable á Dios, y útil al género humano : á 22 rs. el ciento.

— Devocion del santísimo Rosario : á 23 rs. el ciento.

— Excelencias y novena del glorioso san Miguel : á 22 rs. el ciento.

— Los Viajeros del ferrocarril : á 24 mrs. el ejemplar.

— Consejos que una madre dió á su hijo al tiempo de despedirse para ir á la guerra de Africa, y los santos Evangelios : á 7 rs. el ciento.

— El Espejo que á una alma cristiana que aspira á la perfeccion ofrece el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 24 mrs. el ejemplar.

— Origen del Trisagio : á 30 rs. el ciento.

— Nuevo viaje en ferrocarril, ó sea, conversacion sobre la blasfemia y el lenguaje brutal y obsceno : á 24 mrs. el ejemplar.

— Carta ascética que el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret escribió al presidente de uno de los coros de la Academia de san Miguel : á 30 rs. el ciento.

— Origen de la devocion del Escapulario azul celeste : á 22 rs. el ciento.

— Vida de santa Mónica. Un tomito, 24 mrs.

— Verdadero retrato de los neos filósofos del siglo XIX : á 26 rs. el ciento.

— El Protestantismo por P. J. P. : á 24 mrs. el ejemplar.

— Id. id. en catalan : á real el ejemplar.

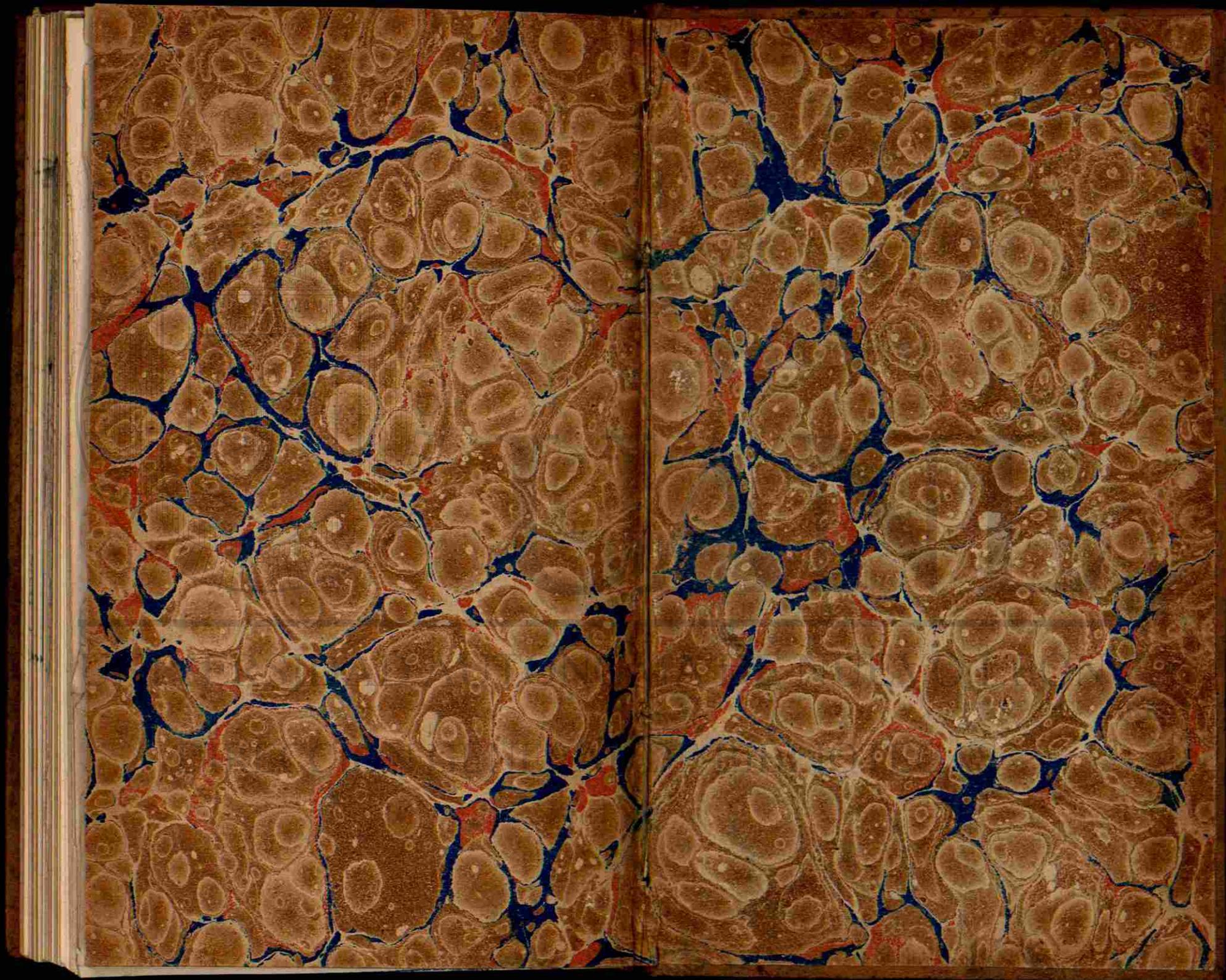
- La prosperidad de las familias, ó sea instrucciones prácticas para el buen gobierno y administracion de una casa, por Clotet: á 24 mrs. el ejemplar.
- La buena sociedad glorificada por la juventud del bello sexo. Apuntes históricos de la santa vida de la venerable sierva de Dios, Cristina de Saboya, reina de las Dos Sicilias: á 24 mrs. el ejemplar.
- Lo Escolá ó sian Conferencias entre un misionista y un jovenet, per D. P. A. P.: á 24 mrs. el ejemplar.
- Manná del Cristiá considerablement aumentat per los misionistas del immaculat Cor de María: á 24 mrs. el ejemplar.
- Id. en castellano: á 24 mrs. el ejemplar.
- Lletrillas compostas per los misionistas del immaculat Cor de María: á 24 mrs. el ejemplar.
- Reglamente de la Academia de san Miguel.
- Deprecacion á Nuestro Señor para obtener de él la gracia de conocerlo y de amarlo, ó bien cualquier otro favor: á 22 rs. el ciento.
- Libro de oro, ó la humildad en práctica. Un tomito, 24 mrs.
- Vida cristiana, ó práctica fácil de entablarla con medios y verdades fundamentales. Un tomito, 24 mrs.
- El Ángel de la familia ó María Girar: á 30 rs. el ciento.
- Ejercicios espirituales que practica la Cofradía del purísimo Corazon de María: á 24 mrs. el ejemplar.
- El santísimo Rosario explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á real y cuartillo el ejemplar.
- Tratadito de las pequeñas virtudes por el P. Roberti: á 24 mrs. el ejemplar.
- El consuelo de una alma calumniada: á 22 rs. el ciento.
- Ejercicio de preparacion para la muerte: á 23 rs. el ciento.
- Reglas del instituto de los clérigos reglares que viven en comunidad: á 24 maravedises el ejemplar.
- Carta espiritual ó avisos á las niñas: á 26 rs. el ciento.
- Las bibliotecas populares.
- Constitutiones juventutis in Seminariis: á 22 rs. el ciento.

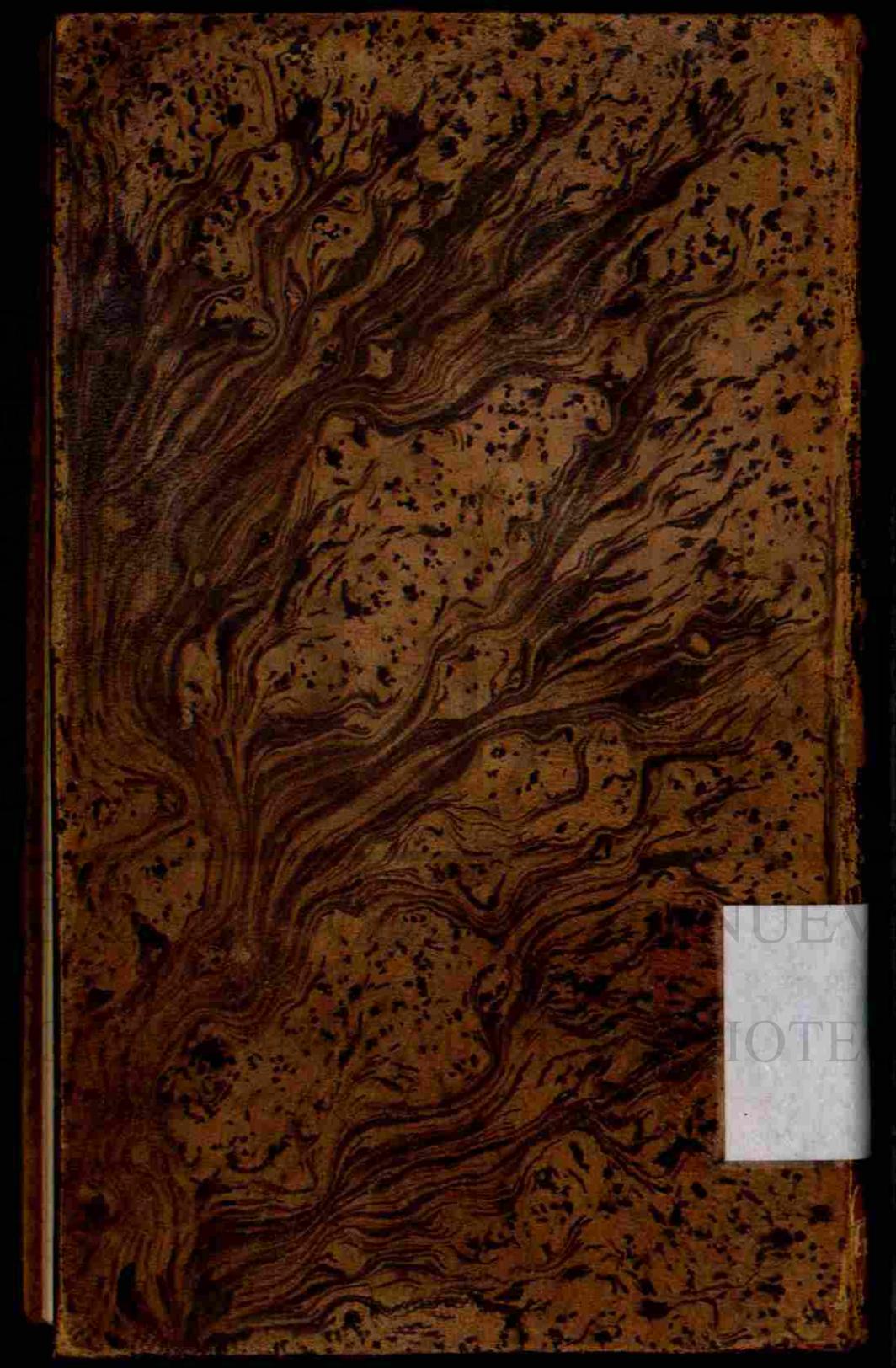
Hojas volantes: á 64 rs. la resma.

Forman una resma 500 de las de á pliego; 1,000 de las de á medio pliego; 2,000 de las de á cuartilla; y 4,000 de las de á octavilla.

1. Máximas cristianas, puestas en verso pareado para mejor retenerlas en la memoria.
2. Máximas cristianas, puestas igualmente en verso pareado.
3. Cédula del Rosario de María santísima.
4. Modo de rezar el Rosario. Contiene los quince Misterios, Ofrecimiento, y Letanía lauretana.
5. Cédula contra la blasfemia.
6. Specimen vitæ sacerdotalis.
7. Fervorosa y cariñosa exhortacion, que distribuyen impresa los misioneros inmediatamente antes de empezar su santo ministerio.
8. Aviso importantísimo que distribuyen los mismos antes de terminar sus santas tareas.
9. Memoria ó recuerdo de la Mision, para distribuir luego de concluida.
10. Propósitos para conservar el fruto y gracia de la santa Mision.
11. Oracion de san Bernardo: Acordaos, piadosísima Virgen María... *Va seguida de una jaculatoria.*

12. Suspiros y quejas de María santísima dirigidos á los pecadores verdugos de su santísimo Hijo.
13. Breve instruccion que dió el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Claret á un hombre sencillo que encontró por un camino, antes de despedirse de su compañía.
14. Máximas cristianas para niños.
15. El amor de Dios y del prójimo.
16. Convite á la gloria.
17. Consejos útiles á los jóvenes.
18. Consejos útiles á las doncellas.
19. Regla de vida.
20. Eclipse de sol.
21. Amenazas del eterno Padre y modo de evitarlas.
22. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida.
23. Modo de adorar á Jesús sacramentado.
24. Acto de contricion.
25. El Carnaval y su entierro.
26. Observaciones á un cristiano que trabaja en los dias de fiesta.
27. De la devocion al santísimo Rosario.
28. Alabado sea Dios. — Contra la blasfemia.
29. Reloj de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo.
30. Consuelo á un enfermo.
31. Consuelo á un encarcelado.
32. Recuerdo al bizarro soldado español.
33. Prácticas cristianas para todo el año.
34. Alma perseverante que no se deja seducir.
35. Alma del Epulon en el infierno.
36. Triunvirato del universo, ó sea necesidad de la confesion.
37. La santa ley de Dios.
38. Cédula del coro de niñas de la piadosa Union.
39. Cédula del coro de niños de id.
40. Devocion al Corazon agonizante de Jesús.
41. Máximas para niños y niñas, ó sea Escalera para subir los mismos al cielo.
42. Prácticas cristianas para todos, ó sea Escalera para id.
43. ¿Quién se condenará?
44. Regla de vida para los sacerdotes.
45. Decenario de la sagrada pasion.
46. Excelencias de san Miguel.
47. Devocion á la santísima Trinidad.
48. Modo práctico de hacer el Via Crucis.
49. Máximas cristianas para todos.
50. Letrillas del santísimo Sacramento.
51. Cánticos en honor de María santísima.
52. Cédula de admision á la Cofradía del immaculado Corazon de María.
53. Cántico á María santísima.





NUEN
IOTE